

Para la Biblioteca
Nacional.

Obsequio del Autor.

Feb 22 - 1894

OJEADA HISTÓRICO-CRÍTICA



FLAR
00034

**BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR**

COLECCION GENERAL

Nº N 40042 AÑO 2000

PRECIO _____ DONACION _____

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

OJEADA HISTÓRICO-CRÍTICA

SOBRE LA

POESIA ECUATORIANA

desde su época más remota hasta nuestros días

POR

JUAN LEÓN MERA

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BIBLIOTECA
NACIONAL
DE QUITO.

SEGUNDA EDICIÓN



GUIDA DE NUEVOS APÉNDICES

BARCELONA

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE JOSÉ CUNILL SALA

1896

0002862 - J.

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
Nº 0080 AÑO 1987
P.E. 1º "Eugenio Espejo" DONACION

PRÓLOGO

Dos objetos me he propuesto al escribir el presente opúsculo: historiar la poesía ecuatoriana, dando á conocer al público los nombres y las producciones de algunos poetas nacionales de quienes no se tenía noticia ninguna; y contribuir de alguna manera á la formación del buen gusto entre nuestros jóvenes compatriotas dedicados al culto de las musas. Para lo primero he colectado algunos materiales antiguos y de no escaso mérito; y para lo segundo empleado la crítica imparcial y los sanos consejos fundados en el examen de las poesías que han dado materia para este libro y apoyados en los principios y conocimientos que he allegado con el estudio y la atenta lectura de los buenos poetas.

En la parte histórica, el trabajo ha sido más bien material que intelectual, y su desempeño ha requerido más bien paciencia que estudio y reflexión. La parte analítica y crítica, en la cual he dejado el papel de narrador para hacer el de juez, me ha costado largas meditaciones y aún vigílias. Esto no ha venido de lo extenso de la tarea ni de su extrema dificultad, pues la pequeñez de mi repertorio poético no dá trabajo para muchos días, sino del temor que naturalmente infunden la escasez ó deficiencia de talento y luces.

¿Cómo me he atrevido entónces á tratar esta materia, para mí tan delicada y árdua? ¡En verdad que la osadía ha sido grandel! ¿Yo de juez de los poetas ecuatorianos, y llamando á juicio hasta al célebre Olmedo, cuyo ingenio pasma á cuantos leen sus divinos versos? ¿Yo aplicando á obras ajenas una censura que cuadraría más bien á mis pobres versos? Lector, repite con Horacio á cada crítica de este libro, á cada página, á cada renglón:

Quam temere in nosmet legem sancimus iniquam!

Vista pues, por este lado mi obra, es preciso confesar que he puesto al hombro un peso muy superior á mis fuerzas. Pero ¿qué hacer? Más poderoso que el miedo á semejante labor ha sido el desco que me ha movido á emplearme en levantar siquiera dos dedos el edificio apenas comenzado de nuestra literatura. Además, creo de buena fé que quien tiene algún caudal de conocimientos, por corto que sea, está obligado á partirle con sus semejantes, si de ello ha de nacer algún beneficio en el campo del saber y la civilización. Quién oculta lo que sabe es semejante al avaro que entierra su oro de miedo de verle circular entre otras manos, por lo cual se hace digno de muy justas murmuraciones. Avaro de las ideas, merece también que se le castigue echándole á la cara su mal pecado; y yo aunque sólo dueño de medianísimos bienes intelectuales, quiero librarme de esta tacha dándolos al comercio del mundo literario.

Buenos y honrados son pues los fines que me he propuesto en esta obrita: la he escrito sin otra pasión que la del amor á la literatura patria, y sin que al hacer la disquisición de lo bueno y lo malo en las poesías que he examinado, me haya inclinado á tal ó cual parte el

afecto para con algunas personas, ni el enojo respecto de otras. Las alabanzas han venido naturalmente del mérito, y la censura de los defectos y errores, y así ni me tengo por acreedor al agradecimiento por las primeras ni á ninguna reconvencción por las segundas: el cumplimiento de un deber no merece ni uno ni otro, y deber mio era, desde que me propuse manejar la pluma del crítico, buscar la verdad y exponerla tal como la hallaba.

¡Oh, verdad, cuán respetable sois, y sin embargo, cuán ultrajada por muchos! ¡cuán amable, y no obstante aborrecida! ¡cuán necesaria é indispensable, y con todo desdeñada y rechazada! ¿Qué sé dirá de mi que os he buscado para haceros servir de fundamento á este libro? ¿Qué de vos cuando vuestra luz ofenda á ciertos ojos?

No creo haber exagerado nada, pues no he hecho otra cosa que ser escrupuloso expositor de mis pensamientos, después de haber estudiado detenidamente á nuestros poetas. Sin embargo, fácil es que se haya deslizado el error en muchos de mis conceptos, error sin duda involuntario, pero que en todo caso corresponde manifestarlo á quién, para leer este libro, se revista, cual yo para escribirle, de un severo espíritu de verdad y de justicia, y de cordial amor á las letras ecuatorianas. Nada hay que me agráde tanto como la cordura y la franqueza, ni hay cosa que me infunda mayor gratitud que el talento y el saber, cuando me eximen de algún error para poder corregir las ideas: quince años llevo de manejar la pluma con frecuencia, y más de una vez he tenido ocasión de agradecer á los críticos juiciosos que han castigado mis faltas y guiádome en la carrera literaria; pero más de una vez me han cau-

sado risa los necios que se han metido á tratar de lo que no entienden, los ignorantes que se han atrevido á dogmatizar, y los envidiosos que en su rabia y desesperación han tirado tajos y mandobles con el único designio de dañar el mérito ageno que los atormenta. Cierito, no escribo para esta gentusa vil, que por desgracia no falta en nuestra patria; mas me parece ya ver algunos, con sólo haber oído el título de este opúsculo, preparándose á despedazarlo.

Movíase en día de esplendente sol la sombra de una paloma en la superficie de una tersa losa, y vióla un gavián y se arrojó sobre la sombra. Mas ¡ay! el ave carnicera se dió tan fiero golpe, que cayó herida y muerta en el instante. ¿Quién me asegurará que esta obrilla no llegue á ser la losa en que refleje mi nombre, y se estrellen algunos tontos que se lancen contra ella?

No ha faltado quien me aconseje que prescinda de los poetas vivos para evitar su enojo; pero esto habría sido una cobardía deshonrosa, por la cual se me podía haber aplicado las fábulas de *La lechuza y los perros*, y *El trapero*. Además, los muertos nada aprovechan de las censuras: no hay autor que haya resucitado para enmendar los defectos notados en sus obras, y éstas solamente sirven con sus manchas y fealdades, de triste ejemplo para los estudiantes y los aficionados, quienes á su vez se complacen también en dar coces y puñetazos á la honra del pobre difunto. Y luego olvidar á nuestros vates porque gozan del beneficio de la vida ¿no habría sido mayor insulto que el decirles con franqueza la verdad, por amarga que parezca? No, no conceptúo necio ni loco á ninguno de mis compatriotas que actualmente llevan sus ofrendas al altar de la bella y seductora poesía, para que, en vez de apreciar que

se haya puesto su nombre en este libro, se enfade porque he censurado los partos de su número. Si le parece ajustada la crítica, la evitará en adelante, si juzga sanos los consejos, los practicará; si comprende la rectitud y pureza de las miras, las aplaudirá y me hará justicia. Si en vez de hacer todo esto, montare en cólera ¿qué sacaría sino la triste nota de pueril y quisquilloso? qué sino demostrar que no solamente le faltó talento para evitar la censura, sino también cordura para tolerarla, y amor á lo justo para aprovecharse de ella?

La verdadera crítica literaria casi ha sido desconocida en el Ecuador; con pocas excepciones, los escasos artículos que se han publicado en achaque de censura, no se han encaminado á corregir los defectos de nuestras letras, sino á lastimar la reputación del autor: han sido solamente desahogos personales, que no tributo de la inteligencia y del saber pagado al buen gusto y á la justicia. Pudiera creerse que algunos cargos de este opúsculo han sido escritos bajo la influencia de alguna mala pasión: pero ya he negado tal suposición, y no me cansaré de protestar mil veces contra ella. No tengo la culpa de la acritud de mis palabras, la tienen los errores y defectos de los cuales no he podido prescindir para pintarlos como son y darles sus propios nombres. Podría repetir con San Jerónimo: *Quando aliquid tibi asperum videtur, non ad mea verba respicias, sed ad scripturam unde mea tracta sunt verba.*

El presente trabajo pudo haber sido mucho más extenso, ya por el número de poesías inéditas antiguas y modernas que habrían sido intercaladas en él, ya porque la materia se presta á largas, útiles y amenas disertaciones; pero he tenido que ir escatimando los mate-

riales y reduciendo el número de ideas para formar, en vez de una obra abundante y prolija, un librito que pudiera imprimirse en una imprenta ecuatoriana y ser costado por los ecuatorianos. Y no obstante el sacrificio de materiales é ideas, que me ha costado bastante pena, preciso es confesarlo, han sido tales los obstáculos presentados para la publicación de esta corta obrita, que muchas veces he estado á punto de arrollar los manuscritos y tirarlos en el rincón de la papelería para no volverme á acordar de ellos jamás. Pero estaba ofrecida al público la *Ojeada histórico crítica sobre la poesía ecuatoriana*, y era preciso cumplir, por más que ese público se mostrase frío é ingrato respecto del autor: en adelante, quizá tendré buen cuidado de no repetir tales ofrecimientos, y á lo menos éste es mi propósito por ahora. Seguiré estudiando y escribiendo, porque esta es mi inclinación, y hasta mi deber; pero guardaré mis producciones hasta que el Ecuador pueda contar con un público, algo más interesado que el actual en sus glorias literarias. Esas producciones llevarán el dictado de póstumas; más en fin, serán mías, serán de un ecuatoriano, y esto me basta.

Ambato febrero de 1868

J. LEÓN MERA.

El Padre Joaquin Ayllon

Se sabe que este docto jesuita nació en la ciudad de Ambato, allá por los años de 1712. Fue estudiante en el Colegio Seminario de San Luis, de la que es hoy capital de nuestra República, y entonces lo era de la Presidencia de Quito. Después de haber terminado sus estudios, con el prejuicio ^{que} de sus distinguidos talentos había de esperarse, ingresó al célebre instituto de la Compañía de Jesús, cuya prosperidad en estas comarcas de América era muy notable. Se distinguió luego por su ciencia, llegando á ser Catedrático de Teología Moral y de Petrica, en la afamada Universidad de San Gregorio Magno, regentada por el mismo instituto. Compelido, con los demás religiosos, en el año de 1767, fué á morir en Italia, á fines del siglo pasado.

Escribió un tratado de Ecología, que no, cono-
cemos. Es de presumir que compuso tam-
bién uno de Retórica, según se infiere del
siguiente pasaje, de este opúsculo (página 19):

"Quid autem sit periodus; quid membrum,
seu colon; quid incisum, seu comma, doce-
bit Rhetorica, cui post poeticam vacabitis."

Pero la única producción literaria suya que
hasta hoy ha podido descubrirse es el Com-
pendio de la "Arte Poética", que damos a
luz acompañando el texto latino con una
traducción castellana. Si existen las demás
obras, deben estar confundidas entre los ma-
nuscritos de la Biblioteca de la Compañía
de Jesús o en poder, quizá, de personas par-
ticulares. —

Luis Cordero — Quito 1894

Comado de la "Traducción del
Compendio de Arte Poético del
Padre Ayllón."

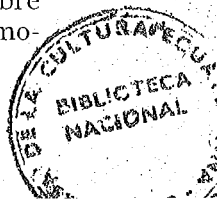


CAPÍTULO PRIMERO

INDAGACIONES SOBRE LA POESÍA QUICHUA

Dios ha presentado patentes en sus obras la verdad, la armonía y la belleza, como caracteres que deben hacer conocer su mano poderosa y adorable á quien las contemple. Esos caracteres incluyen en sí aquella cosa inefable que percibe el alma racional con tanto deleite y encanto, y que los poetas inspirados por el cielo reducen al metro y la rima para hacerla sensible hasta por el órgano del oído.

La poesía es, pues, la gracia innata de la naturaleza: es espiritual por el pensamiento y los afectos, y por la armonía moral que mueve la sensibilidad interior del hombre aún sin el auxilio de la armonía de los sonidos métricos que es obra del arte humana. La selva solitaria, la mar que vemos á lo lejos, la luna que nos baña con su luz melancólica, nada nos dicen al oído, están profundamente silenciosas, y sin embargo ¡cuánta poesía encierran! Los versos, si no están animados por esas dotes misteriosas cuyo influjo sentimos sin comprender; por esas dotes que no vienen del hombre sino de la naturaleza, nada valen, nada son: su armo-



nía es arrebatada por el viento sin que deje en el alma ni en el corazón huella ninguna de su poder: suena, halaga, pasa. La poesía es eterna como el alma, el verso parece como la materia; por eso han vivido siglos y siglos Homero y Píndaro, Virgilio y Horacio Petrarca y Tasso; por eso vivirán unos cuantos poetas modernos; por eso también desaparecen al andar de un día los cantares que abundan en vanas palabras, por bien ajustados que por otra parte estén á las reglas del arte métrica. Fenelón ha observado muy bien que toda la Santa Escritura está llena de poesía, hasta en los lugares mismos donde no hay huella ninguna de versificación. (1)

Y porque es la poesía cosa que está íntimamente encarnada en la naturaleza, es lo primero que descubre la inteligencia humana no bien raya la luz de la razón aunque sea flaca y vacilante. Todos los pueblos, apenas se sacuden del embrutecimiento que, por causas que ignoramos, pesaba sobre ellos, cantan no solamente las groseras divinidades que ha forjado su fantasía, sino sus leyes, los apotegmas de que gusta su espíritu sencillo, las ardientes pasiones de su inculto corazón, el temerario valor de sus héroes, el atractivo de las selvas vírgenes, la magnificencia de los mares y de los cielos. En esa poesía hay más pasión que palabras, más vivacidad que decadencia: ¿que entiende un niño de acentos y pausas? Y el pueblo que comienza á vivir es un niño que canta al despertar, movido de la novedad de la naturaleza que le rodea y le infunde pensamientos originales y le enciende en afectos prontos, vivos é inquietos. "La poesía ha dado al mundo las primeras leyes; ha hablado á los hombres feroces y salvajes; los ha reunido de las selvas donde erraban dispersos y los ha civilizado, y arreglando las costumbres, formando familias y naciones, les ha hecho conocer las dulzuras de la sociedad; la poesía ha despertado

(1) Fenelón. Lettre sur les occupations de l'Academie français.

la razón, cultivado la virtud é inventado las bellas artes; la poesía ha educado á los valientes para la guerra y los ha moderado para la paz. La palabra animada por las vivas imágenes, las grandes figuras, el transporte de las pasiones y el encanto de la armonía, fué llamada la lengua de los dioses, y ni aún los pueblos bárbaros han sido insensibles á ella" (1).

La poesía es universal; para su desenvolvimiento en la naturaleza, para que el alma la comprenda, nada importan la situación geográfica, la variedad de climas ni el diverso genio y condición de las razas humanas; en todas partes y en todas ocasiones ejerce su influencia con una misma fuerza y un mismo poder. Ha tenido altares en las frías montañas de Escandinavia y en las ardientes orillas del Ganges, y si ha regalado con su tesoro de armonías á los voluptuosos orientales nunca ha sido ingrata con los hijos de América. Los Edas nos han conservado la poesía religiosa de los hijos de Odino; el arrebatado curso de los siglos no ha podido hacer desaparecer los sagrados Vedas; aún resuenan las tristes melodías del ciego de Morven que cantaba las desgracias de la patria y el valor de sus guerreros; aún vive el nombre de Ferdicy en las brillantes páginas de su *Chah Nameh*; en las cuales, entré escenas de amor y de heroísmo, de ambición y de sangre, se reflejan el lujo y la vanidad de los monarcas persas; aún parece que vaga en los desiertos de Arabia la sombra del invencible Antar, cantando al estridor de las propias armas sus triunfos, amores y gloria, aún nos trasladamos en alas de la imaginación á los felices tiempos de los incas y nos parece oír en la aurífera mansión de Huaina-Cápac la voz de los *aravicos* que celebraban las hazañas y virtudes de este gran príncipe y las maravillas de la naturaleza americana.

Los imperios de México y el Perú, el reino de los Shiris, todos los pueblos del nuevo mundo que no

(1) Fenelón id., id.

yacían en completo salvagismo, han tenido su poesía. Algunas de las muchas lenguas que hablaba aquella gente habían llegado á cierto grado de cultura que las hacía capaces de pintar la naturaleza y los afectos del alma con verdad, energía viveza y unción. Los historiadores nos hablan de los *aravicos* ó poetas peruanos, y la conquista de Túpac-Yupanqui y Huaina-Cápac que uniformó las creencias religiosas, leyes y costumbres del reino de Quito con las de aquel pueblo, ejerció sin duda la misma influencia sobre la literatura, y de igual manera se cantaba en la célebre Cuzco que en las faldas del Pichincha.

El gobierno de los incas era teocrático y en extremo absoluto; mas tenía no obstante algunas leyes sabias; y la sencillez y pureza de las costumbres, la fé en las divinidades, la suavidad é inocencia del culto, varios institutos religiosos, civiles y militares adaptados á las escasas necesidades sociales de los indios; todo esto, además de la variada y magnífica naturaleza que les rodeaba, favorecía el desenvolvimiento de las ideas en cuanto á la poesía, y había muchos cantores. El inca Garcilaso que merece harto crédito cuando refiere las cosas que atañen á las costumbres y grado de civilización de sus compatriotas, llega á decir que conocían hasta la poesía dramática, la cual era una de las más nobles diversiones de la corte. Pruébese con esto que en todos los pueblos que han alcanzado un punto siquiera mediano de cultura, se ha gustado siempre de buscar ejemplo y enseñanza por medio de agradables ficciones fundadas en la experiencia de los hechos históricos ó en el estudio de los afectos del corazón. Escuela moral y provechosa para los pueblos, que ha tenido en todo tiempo dos clases de enemigos: los escritores de dañadas ideas que han abusado de ella para corromper las costumbres, y los fanáticos que la condenan á ciegas como invento infernal.

El mismo historiador nos ha transmitido una corta muestra de poesía lírica; pero antes de copiarla con-

viene que hagamos otras reflexiones para mejor inteligencia de lo que vamos tratando.

+✓ La lengua quichua es una de las más ricas, expresivas, armoniosas y dulces de las conocidas en América; se adapta á maravilla á la expresión de todas las pasiones, y á veces su concisión y nervio es intraducible á otros idiomas. Merced á sus buenas cualidades, no hay objeto material ó abstracto que no anime con vivísimos colores é imágenes hermosas y variadas. A veces un solo nombre compuesto encierra tantas ideas, que en español, por ejemplo, hay necesidad de muchas palabras para expresarlas. ¿Cómo traduciremos fielmente con el nombre *Dios* el de *Pachacámac* que los indios daban al Ser Supremo? *Pachacámac*, el que hace con el Universo lo que el alma con el cuerpo: el que no solamente anima la creación con las leyes orgánicas de la materia, sino con las de la inteligencia, del espíritu y del sentimiento: el que armoniza las partes que se reducen á polvo con las que se evaporan en el viento y las que se elevan al cielo; cual si dijésemos, la carne con el fuego de la vida, los sentidos con el pensamiento, éste con el alma inmortal. Estudiando la idea que nuestros indios tenían de Dios, á quien daban el significativo nombre que acabamos de ver, no sería difícil hallar un principio de panteísmo, y por tanto una analogía más entre el pueblo americano y el de las indias asiáticas, cuyos antiguos filósofos se dice fueron los primeros fundadores de este sistema religioso.

En apoyo de lo que dejamos dicho sobre la bondad de la lengua quichua, aún podemos citar una sentencia que se oye todavía en boca de algunos indios: *Shungu manchacpi, llaqui shumunmi*, palabras que se traducen débilmente de esta manera: *los vuelcos del corazón preceden á las desgracias*. La carencia de los artículos y de la preposición, dan al quichua tal rapidez y vigor, redondean de tal modo la oración, que la imagen dá de lleno en la mente y deja satisfecha la compren-

sión: en las cuatro palabras que componen esa sentencia no hay más ni menos de lo necesario para expresar bien lo que se quiere decir. Adviértase además en la primera frase aquello de *se espanta el corazón*; tan propio de la índole del quichua, y que hemos traducido con la palabra *vuelcos*, más natural en nuestra lengua, pero no más expresiva.

Semejante lengua, y cuando se encontraba casi perfecta antes de la conquista, se prestaba sin duda á la entonación de la oda heroica, á las vehementes estrofas del himno sacro, á la variedad de la poesía descriptiva, á los arranques del amor, á toda necesidad, á todo carácter y condición del metro, desde el festivo y punzante epígrama hasta el grave y dilatado género de la escena.

Se ha creído que los versos eróticos eran los más usados por los indios; pero no puede ser muy acertado este juicio, si para formarle nos atenemos á que son de este género muchas de las muestras que nos ha transmitido la antigüedad. Sólo la pieza citada por Garcilaso es evidentemente anterior á la invasión de los españoles, y esa pieza es más bien de carácter religioso. Después de la caída del imperio, del exterminio de la familia inca, del cambio absoluto de religión, costumbres y pensamientos; en la época en que la raza india se vió cercada de desgracias inauditas y de muerte, ¿qué objetos, á no ser elegíacos y desesperantes, tenían sus poetas? ¿Deberían haber cantado el heroísmo de sus guerreros al ruido de grillos y cadenas? ¿Se podrían haber inspirado á la presencia de los astros cuya divinidad yacía por tierra? ¿Qué habrían dicho de la patria que ya no les pertenecía? En efecto, hay unos versos sobre la muerte de Atahualpa, hechos sin duda cuando la memoria de la terrible catástrofe estaba har-to viva todavía entre los indios, y los únicos de aquel tiempo que la tradición nos ha conservado; y son elegíacos, de aquellos que inspiran sólo las profundas desgracias que no tienen remedio en la tierra.

El poder exterminador de la conquista arrancó de raíz el genio poético de los indios, y en su lugar hizo surgir de los abismos el espectro de la desolación y del espanto. El numen de la armonía no pudo vivir entre los vicios y depravación de la gente española, y el alma sensible que deseaba deleitarse con la poesía la buscaba entonces en la voz de los torrentes, en la sombra de las seculares selvas, en la sublimidad de las montañas andinas, en los ecos de los desiertos; no en el espíritu del hombre, no en sus afectos, no en sus palabras. Los grandes infortunios, los extremos dolores, son superiores hasta al mágico poder de la lira, y ésta muchas veces enmudece á su influencia. ¡Desdichados indios, proscritos en sus propios hogares, no tuvieron ni el consuelo de cantar sus desgracias, como los cautivos hebreos bajo las sombras de los sauces de Babilonia!

Jacinto Collahuazo, honor de su raza y de Imbabura su tierra, había escrito una interesante historia, y tuvo el sentimiento no sólo de ver perecer en las llamas sus manuscritos, sino de ser encarcelado y vejado, porque *se había metido en cosas que no convenían á un indio*. Si en sentir de los dominadores españoles la inteligencia de sus víctimas no debía ocuparse ni en relatar en prosa los acontecimientos pasados, menos podrían haber consentido en que se aproximase al Parnaso; alta y noble empresa buena sólo para los amos, aunque fuesen unos topos, no para los esclavos, por despabilado que tuviesen el entendimiento. Los escritos en prosa traían en castigo su incineración y las duras prisiones del autor; al que se hubiese atrevido á escribir en verso, le habría tocado tal vez la suerte de ser arrojado á la hoguera envuelto en sus papeles. (1)

(1) El ejemplo de haber quemado la importante «Historia de las guerras civiles de Atahualpa con su hermano Huáscar», escrita por el indio Collahuazo, no es único en los fastos de la dominación española en América: D. Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México, había, mucho tiempo antes, reducido á cenizas gran copia de pinturas simbólicas y manuscritos, relativos á la historia de esta nación. El buen prelado, á quien con justicia compara William H. Prescott con Omar, creía ver en esos monumentos de la civilización azteca otras tantas obras del diablo. Con ocasión de este hecho,

Los criollos y mestizos, seducidos por la riqueza y gracias de la lengua quichua, diéronse á su conocimiento y versificaron en ella; pero aunque introdujeron el consonante y aun el asonante no conocidos por los indios, nunca usaron de metros largos ni de estrofas muy combinadas: hallaron en el país los versos cortos y se contentaron con ellos, dividiéndolos en cuartetas para hacerlos más cantables, pues parece que nunca separaron la poesía de la música: no podían comprender que se pudiese hacer un sólo verso con otro destino que no fuese el de acompañarle al tañido de la guitarra ó del arpa. La poesía citada por el inca Garcilaso, no está dividida en estrofas, sino escrita á la manera de nuestras cantinelas y anacreónticas. El recuerdo de una creencia religiosa y una súplica al numen de las lluvias, forman esta pieccita sencilla y graciosa que nos dá alguna idea de la genuina poesía de los antiguos indios en este género. Héla aquí.

Cumac Ñusta,
 Torallaiquím
 Puiñuy quita
 Paquir cayan,
 Hina mántara
 Cunufñunun
 Illapantac
 Camri, Ñusta,
 Unuy quita
 Para munqui
 May ñimpiri
 Chichi munqui,
 Riti munqui,
 Pacha rúrac,
 Pacha cámac,

recuerda aquel historiador, que el arzobispo Jimenez el célebre ministro que tantos bienes hizo á España, pero que en fanatismo no le iba en zaga á ninguno de sus compatriotas, hizo quemar millares de manuscritos árabes en Granada. *Hist. de la conquista de México*, Lib. 1.º, Cap. 4.º, *Hist. de Fernando y de Isabel*, Part. 2.º, Cap. 6.º

Viracocha
Cai hinápac
Churasunqui
Camasunqui.

TRADUCCIÓN (1)

Tu cantarillo
Tu hermano quiebra,
Por eso el cielo,
Oh virgen bella,
Rayos despide,
Relampaguea
Y el aire umbrío
Tremendo truená.
Tus puras aguas
En lluvias bellas
Nos dá y granizo,
Tú, real doncella;
Que el Dios del cielo
Que hizo la tierra,
Y ese que vida
Dióles eterna,
Y Viracocha
De alta grandeza
Para este oficio
Alma te dieran.

Como las lenguas de todos los pueblos que han padecido las vicisitudes de la guerra, el trastorno de invasiones y conquistas y la esclavitud, el quichua ha sufrido también cambios y adulteraciones notables con la introducción del castellano, y á la vuelta de un siglo será lengua muerta que nadie tratará de aprender, porque no cuenta con obra ninguna que la inmortalice como el griego y el latín. La lengua indígena tiene palabras y modos de decir, que aun sin haber perdido su

(1) Tomamos la traducción que corre en la «Historia de la República del Ecuador por el Dr. Pedro Fermín Cevallos, obra inédita.

índole propia difieren hoy de su construcción y sonido antiguos. Pongamos por ejemplo las dos frases con que termina la anterior composición: *Churasunqui, Camasunqui*. En el día el indio más bien hablado de los nuestros dijera: *Churarcami, camarcami*, si han de significar *te puso, te animó*. (1) Muy raros son los pueblos modernos de indios donde se habla con alguna perfección el quichua; y los que viven en más frecuente comunicación con españoles, han venido á tal ignorancia de la misma lengua que pretenden poseer, que creen ser otra muy diversa la usada por algunas tribus de las montañas del oriente que la han conservado con bastante pureza, gracias al aislamiento é independencia en que viven en esas soledades.

Pero tenemos todavía alguna cosa superior del ingenio de los indios, á más de los versos que acabamos de ver; y tanto más apreciable para nosotros, cuanto fué ecuatoriano el poeta así como el personaje cuya desgracia lamenta su canto. Hablamos de la elegía á la muerte de Atahualpa. Mucho sentimos que el quichua sea tan poco conocido, y que liayan de ser poquísimos los que gusten del delicioso sabor de ésta poesía. Hay en ella tal sentimiento y ternura, tal delicadeza, un olor tan suave de naturalidad é inocencia, que el corazón se conmueve y se inclina á llorar la suerte de la infeliz raza proscrita de los incas y shiris.

Probablemente faltan algunas estrofas al principio para poner la lamentación en la lengua, si así cabe decirse, del *viejo buho* y de la *tierna tórtola*; pues no hay encadenamiento entre lo que estos dicen y las palabras

(1) Parece, además, que siempre ha habido alguna diferencia entre el habla de los indios del Perú y la de los de Quito. No hemos hecho un estudio especial de su gramática ni de las vicisitudes porque ha pasado; pero creemos bastante difícil averiguar hoy en día si la unidad política y religiosa establecida por los incas extendió su influencia hasta la lengua, amoldando absolutamente la índole de la de Quito á la del Perú, ó si la desconformidad que notamos data sólo del tiempo de la conquista. Lo cierto es que en la actualidad se han formado dos dialectos, siu que podamos averiguar con certidumbre cual de ellos conserva mayor grado de pureza, con respecto al idioma que se usaba ahora tres siglos.

del poeta que anteceden. Además, se presume la falta por el sentido de las últimas estrofas, pues aquellas aves no podían llamar su padre al inca: *inca yayalla*. Quizá el poeta las hizo cantar dando á los versos que faltan un sentido por el cual se comprendiese, que los siguientes no son sino una repetición de las quejas del pueblo quiteño por la pérdida del inca, su padre común.

Atahualpa Huañui

Rucu cuscungu
 Jatum pacaipi
 Huañui huacaihuan
 Huacacurcami;
 Urpi huahuapas
 Janac yurapi
 Llaqui llaquilla
 Huacacurcami
 Puyu puyulla
 Uiracuchami,
 Curita nishpa
 Jundarircami.
 Inca yayata
 Japicuchishpa,
 Siripayashpa
 Huañuchircami.
 Puma shunguhuan,
 Atuc maquihuan,
 Llamata shina
 Tucuchircami.
 Runduc urmashpa,
 Illapantashpa,
 Inti yaicushpa
 Tutayarcami.
 Amauta cuna
 Mancharicushpa
 Causac runahuan
 Pamparircami.

Imashinata
 Mana llaquisha
 Ñuca llactapi
 Shucta ricuspha.
 Turi cunalla
 Tandnacushun,
 Yahuar pampapi
 Huacanacushun.
 Inca yayalla,
 Janac pachapi
 Ñuca llaquilla
 Ricungui yari.
 Caïta yuyashpa
 Mana huafuni.
 Shungu llugshishpa
 Causaricuni.

TRADUCCIÓN

En un corpulento guabo
 Un viejo cárabo está
 Con el lloro de los muertos
 Llorando en la soledad;
 Y la tierna tortolilla,
 En otro árbol más allá,
 Lamentando tristemente
 Le acompaña en su pesar.
 "Como niebla vi los blancos
 En muchedumbre llegar,
 Y oro y más oro queriendo
 Se aumentaban más y más,
 Al venerado padre inca
 Con una astucia falaz
 Cogiéronle, y ya rendido
 Le dieron muerte fatal.
 ¡Corazón de león cruel,
 Manos de lobo voraz,
 Como á indefenso cordero



Le acabasteis sin piedad!
Reventaba el trueno entonces,
Granizo caía asaz,
Y el sol entrando en ocaso,
Reinaba la oscuridad.
Al mirar los sacerdotes
Tan espantosa maldad,
Con los hombres que aún vivían
Se enterraron de pesar.
¿Y por qué no he de sentir?
¿Y por qué no he de llorar
Si solamente extranjerós
En mi tierra habitan ya?
¡Ay! venid, hermanos míos,
Juntemos nuestro pesar,
Y en ese llano de sangre,
Lloremos nuestra orfandad,
Y vos inca, padre mío,
Que el alto mundo habitáis,
Estas lágrimas de duelo
No olvidéis allá jamás.
¡Ay! no muero recordando
Tan funesta adversidad!
¡Y vivo cuando desgarrá
Mi corazón el pesar!

No se piense que esta sea una traducción literal: el amigo á quien la debemos, no obstante su conocimiento del quichua y su práctica en la poesía española, se ha visto en la precisión de sacrificar gran parte de la naturalidad, sencillez y sabor indígena de la elegía al ponerla en versos octosílabos castellanos. En estos se ve no solamente al español que habla, sino al español que trata de darnos á conocer un sentimiento ageno; en los versos originales todo es indio, y es indispensable entender el quichua para comprenderlos. La tradición dice que son obra de un cacique de Alangasí, pueblo inmediato á Quito; más no refiere otra cosa acerca del

poeta, ó *aravico*, según ha debido llamársele en su tiempo, ¡Quién sabe si sus lamentos no le ocasionaron alguna cruda persecución! ¡quién sabe si fué uno de los sacerdotes ó sabios (1) que se sepultaron por no presenciar las atrocidades de los blancos! El silencio de tres siglos nos ha robado tal vez un testimonio que habría comprobado los conceptos que vertimos al recordar el acontecimiento de Jacinto Collahuazo.

Extendiéndonos algo más respecto de la lengua nativa de Quito, aún diremos que, á pesar de su decadencia, no nos sería muy difícil presentar muestras de versos en que campea todavía con soltura y gala. En los campos, y aún en las ciudades, se oyen de tarde en tarde en boca de los indios estrofas armoniosas y agradables. He aquí una de expresión apasionada y vehemente:

Cambac rupac cuyai manta
Ñuca shungu ruparinmi;
Arrarraí caparicuepi
Cuyallallatac huafiusha.

Aquí se conserva el verdadero carácter de la poesía india hasta por la falta de rima. Quizá estos versos pudieran ser traducidos de esta manera:

De tu pasión con el fuego
Se abrasa mi corazón,
Y quejándome y clamando
He de morirme de amor.

La voz *arrarraí* para expresar la sensación que causa el fuego, así como la *achachai* que espresa la intensidad del frío, no tienen correspondencia en castellano; son algo más que interjecciones, son palabras onomatópicas que pintan la idea, ó más bien la queja de quien padece, y lo hacen con aquella fuerza y viva-

(1) *Amunta* o *amauta* significa más propiamente sabio, filósofo

cidad hijas de la naturaleza, con aquel colorido que nada deja que desear al entendimiento más exigente.

No se presta menos el quichua al tono sentencioso y epigramático, según puede verse en la siguiente cuarteta.

Cuyai ñanca ancha llullcami,
Allimantalla puringui;
Shuccuti chaipi singucpi
Mana jatari pudingui.

Muy resbalosa es la vía
Del amor: anda pasito,
Pues nunca podrás alzarte
En ella una vez caído.

Pero aquí ya se ve malamente mezclada aquella lengua con la nuestra, pues en el final de la cuarteta, sea por buscar la rima ó por ignorancia de quien hizo los versos, se ha tomado el verbo *poder* y sujetádosele al génio del quichua en el futuro absoluto: *mana pudingui*, no podrás. El abuso de la corrupción, si se puede hablar así, ha llegado al punto de hacer una mixtura todavía más escandalosa de las dos lenguas, pues hay composiciones en que alternan versos españoles y quichuas; cosa que nos repugna cual nos repugnaría ver un hombre vestido con *cullma* ó camiseta de indio y sombrero apuntado á la española, con pluma y escarapela. No por esto dejamos de confesar que la estrofito arriba copiada tiene mucho mérito por la construcción y el pensamiento.

En este maltratado y ya marchito idioma se han compuesto también, en corto número, composiciones de más aliento que las fáciles y volanderas cuartetas, casi todas sobre temas amorosos ó que tienen origen en esta pasión, y todos de autores desconocidos, pero que con evidencia podemos atribuir á hijos del pueblo. Ya es el amor vehemente, ya los cotos frenéticos, ya

la sangrienta venganza el objeto cantado por aquellos trovadores; y aún hemos oído una larga relación sobre los deberes del matrimonio, que se canta á los novios el día de la boda. En estas producciones quizá improvisadas en los momentos de las impresiones fuertes y rápidas siempre en todo corazón inculto, y, de seguro, hechas sin conocimiento ninguno de las reglas del arte, se hallan con frecuencia pensamientos profundos y bellas y seductoras imágenes, brotadas con la espontaneidad de la naturaleza, como las flores del desierto. Podíamos dar algunas muestras; pero ¿á qué acumular ejemplos de versos quichuas? Escribimos para los que entienden nuestra lengua, y no para los pocos individuos que poseen la indígena, desconocida en el mundo ilustrado y muerta para la literatura. Si no obstante hemos citado unas pocas estrofas en este idioma, ha sido porque convenía al buen desenvolvimiento del plan que nos hemos propuesto seguir en esta obra: era preciso introducirse algo en las profundidades de lo pasado, para examinar el grado de progreso de la poesía ecuatoriana en los siglos de la dominación española, comparándole en alguna manera con el que alcanzaron los indios en la misma materia, á la media luz de una civilización diversa de todo en todo de la europea, é impulsados sólo por la naturaleza. La mengua de la parte espiritual en la raza indígena, el aniquilamiento de sus nobles ideas, la degeneración de sus pasiones, fueron las consecuencias más inmediatas de la barbaridad de la conquista, consecuencias que pesaron luego sobre la sociedad mestiza que se levantó en América de entre las ruinas de los pueblos sojuzgados. No podíamos, pues, tomar el hilo de la historia de una parte poderosa de nuestra literatura, cual es la poesía, solamente desde la introducción del español, olvidando la lengua y los cantares indígenas; habríamos carecido en este caso de varios fundamentos interesantes para juzgar los motivos que retrasaron el progreso ecuatoriano, y aún americano, en este punto esencial de la civi-

lización. Ninguna historia es más eslabonada que la historia literaria de cualquiera nación; y esto viene de que son las letras uno como termómetro que va señalando siempre la elevación constante ó el gradual decrecimiento de las luces humanas. Y aún tomando la literatura europea en general, y á pesar de la división y terca rivalidad de clásicos y románticos, obsérvese que nadie podrá meditar sobre su estado actual sin remontarse al siglo del renacimiento de la sabiduría y del buen gusto, á la tenebrosa edad media, á la época de la decadencia de la literatura latina, al siglo de oro del sucesor de César, á los felices tiempos de la Grecia y de los pueblos orientales donde iban sus sabios y sus literatos en busca de mayor ciencia y de la perfección del gusto. Nuestro pensamiento, al fijarse en la historia de los altibajos de la sociedad americana que va reflejándose en su literatura, no puede menos sino remontarse también de época en época hasta dar con las tinieblas de los siglos donde toda indagación es imposible, para venir bajando luego en pos de la verdad de escalón en escalón, hasta nuestros días. Y á fé que en cada uno de esos escalones se puede hallar alguna huella, ya clara, ya confusa y apenas visible, del talento de nuestros mayores, á menos que la rudeza de las costumbres y la ignorancia lo hayan borrado todo, como el huracán las señales que deja el caminante en la movediza arena del desierto.

CAPÍTULO II

LA POESÍA ECUATORIANA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Muerta, como hemos dicho, la parte moral del indio por la codicia y crueldad de los conquistadores, prevaleció la parte material con sus instintos brutales que empujaron á la sociedad á la más ruda barbarie, al abismo de tinieblas y males del cual la habían sacado la inteligencia, el raro tino político y la gran fuerza de voluntad de los incas. Europa lanzó pues entonces á América una tempestad de vicios y crímenes que engendraron las inauditas desgracias de sus pueblos: el crepúsculo de cultura de los indios desapareció entre el humo y los sangrientos vapores de las matanzas de la conquista. La poesía, hija del espíritu y la luz, no pudo subsistir entre hombres que trataban de aniquilar en todas partes estos elementos de vida intelectual.

Y tanto menos perdonable juzgamos en esta parte la conducta de los españoles, cuanto ellos trajeron á América las creencias religiosas que más favorecen el desenvolvimiento de las ideas poéticas. ¡Qué espectáculo para una alma cristiana un mundo vírgen, inmenso, rico y hermoso, arrancado á las misteriosas regiones del Océano y obligado á entrar en la comunión de las demás partes de la tierra! ¡Qué fuente de meditaciones profundas y de inspiraciones sublimes! Más ¡oh

desgracia nunca bastante lamentada! el único bien trás el cual andaban los hazañosos castellanos fué el oro, fué la riqueza corruptora; y el triunfo de la cruz, ó era una parte secundaria de sus miras, ó un medio más de que se valían para allegar los ansiados tesoros. El cetro sagrado de la religión era como una barra de hierro con que se escarbaban las entrañas de la tierra y se derrocaban los antiguos y venerados monumentos indios para extraer metales y piedras preciosas, y enriquecer á los impíos y profanos.

¡Oh religion! ¡oh fuente pura y santa
De amor y de consuelo para el hombre!
¡Cuántos males se hicieron en tu nombre!

No hay pues que buscar poesía en los primitivos tiempos de las colonias americanas. Ese era un verdadero siglo de hierro en que se empapaban con sangre las vetas de las minas, y con sudor y lágrimas los surcos y las gavillas.

¿Cómo, se nos podía objetar, cómo se hubieran consagrado los españoles al estudio de la literatura, cuando su principal interés estaba en dar ensanche á las conquistas y estabilidad á las colonias, cuando tenían por fuerza que andar de lucha en lucha y de peligro en peligro, y dados siempre á una vida errante en un mundo desconocido? Primero era el deber de afirmar los nuevos dominios y asegurar la subsistencia y los bienes de fortuna de quienes emprendieron la árdua empresa de sojuzgar un mundo, que andarse en pos de deleites espirituales, poetizando á la orilla de los ríos y á la sombra de las selvas. Pero, les contestaríamos, una vez metidos al oficio de usurpadores, oficio injustificable é ingrato siempre, ¿hubo necesidad de ser crueles con pueblos para cuya sujeción sobran los elementos de fuerza material y moral de parte de los invasores? ¿Hubo necesidad de animalizar, permítasenos la expresión, á la infeliz raza indígena? ¿Fué preciso

hacer desaparecer todos los progresos hechos por ella en la civilización, y poner un abismo de ignorancia entre el siglo de Huaina Cápac y Atahualpa y los siglos de los despóticos virreyes españoles? ¿Fue preciso hundir en lagos de sangre y sepultar entre los escombros del templo del sol hasta el pensamiento del hombre esclavizado, hasta las tradiciones históricas de la antigüedad americana y los monumentos levantados por el génio espiritual y sencillo de los indios? Oh, no; no fue necesario nada de esto, y el errado sistema de reducción empleado con los americanos, al mismo tiempo que despobló su tierra, nos privó de grandes tesoros útiles á la literatura y las ciencias, y nos mantuvo en una oscuridad desesperante, cuyas consecuencias obran todavía en nuestras sociedades modernas. Con más justicia y menos barbaridad, con más nobleza de ánimo y algo de moderación en la sed de riquezas, con más empleo de razones y de enseñanza cristiana que de arcabuces, y lanzas, y cadenas y látigos, de seguro que las adquisiciones hechas por España en América le habrían sido más provechosas en todo sentido: los indios no habrían ocultado el oro en las entrañas de lagos desconocidos ni encubierto las minas que lo producían: la ciencia habría poseído secretos admirables que yacen enterrados con las generaciones que asesinaron los conquistadores; la literatura habría tenido también su parte en esa común riqueza, y hoy no careceríamos de los frutos intelectuales madurados ahora más de treinta décadas en la sociedad indígena. La interpretación de los *quipos*, el estudio de los monumentos históricos y astronómicos y la tradición oral bien conservada, pudieran habernos proporcionado obras tan curiosas y útiles, cuanto honrosas para los que tuvieron la fortuna de someter al cetro de Castilla los populosos imperios del Nuevo-mundo. Más nada de esto se hizo y todo se perdió, excepto las rarísimas muestras que, entre las relaciones de ídolos movidos por el diablo, de hechicerías y otras sandeces, nos han trasmitido los antiguos

cronistas españoles ó americanos; y hoy la imaginación del escritor tiene que vagar de congetura en congetura, tomando un fragmento aquí, otro acullá, y aún estudiando el carácter que todavía conserva la raza indígena, aunque ya bastardeado por la esclavitud y los padecimientos. Indagaciones difíciles y penosas; pero que es preciso hacer para reparar siquiera en una mínima parte el grave mal de los pasados tiempos.

“El siglo XVII comenzó á lo menos bajo los auspicios de la paz, y produjo hombres intruídos, pero que generalmente carecían de gusto y de genio.” (1) Estos *hombres instruídos* pertenecían al clero secular y regular, y su sabiduría se fundaba en tal cual conocimiento en materias teológicas y en saber embrollar una discusión con pesados silogismos; cosas, por supuesto, sobrado poderosas para deslumbrar á los aborígenes y colonos, ya que los primeros habían sido arrojados al ínfimo grado de ignorancia, á la miserable condición de párias, y entre los segundos era muy raro encontrar quien supiese leer y escribir. Entre las sombras de una noche profundamente oscura, hasta la corta luz de los cocuyos nos parece grande y muy brillante. Con todo; es preciso confesar que la escasa ilustración refugiada en los conventos, en especial en el de los hijos de San Ignacio, fué el foco de donde irradiaban algunos rayos benéficos á las letras americanas. En nuestro continente se repitió en cierta manera y en pequeño lo que en aquellos tiempos de cerrada ignorancia en Europa, cuando los benedictinos y otros frailes custodiaban en sus pacíficos retiros el tesoro de la sabiduría de los griegos y latinos que, de otro modo, habría desaparecido entre las oleadas de la turbulenta y mal segura sociedad de entonces. Lástima grande es que nuestro clero no haya hecho todo el bien que podía, pues su enseñanza se redujo siempre á los fundamentos del cristianismo maleados por la su-

(1) Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana, por el Dr. Pablo Herrera.

perstición, á la ciega obediencia á las autoridades y á creer en el principio de la divinidad del poder monárquico. Para hacer supersticiosos á los pueblos, era menester conservarles la venda de la ignorancia, para tenerlos sumisos hasta la degradación, era preciso esclavizarlos; para que adorasen á los reyes, era indispensable hacerles creer, si no ya que eran hijos del sol, á lo menos que tenían delegación absoluta del cielo para hacer de sus siervos cuanto les viniese á las mientes. Más convenía al monarca español tener rebaños de hombres, que sociedades verdaderamente cristianas y cultas, y á esto tendían principalmente, con pocas excepciones, los sacerdotes que predicaban y catequizaban en América. No obstante, se dedicaban al cultivo de la propia inteligencia, ponían en acción el habla y las razones para reducir las almas á la fé, tocaban los resortes de la conciencia, despertaban los instintos morales, acertaban á consolar grandes pesares; su dominación, en fin, era pacífica y soportable en las primeras décadas de la conquista, y hacía contraste visible con la dominación política que se mantenía de sangre y despojos. Tiranizaban los frailes, tiranizaban los soldados, tiranizaban los que no eran ni uno ni otro; mas á los primeros no hay que acusarles, á lo menos entonces, de haber tratado á los indios cual á seres de otra especie, nacidos para la servidumbre y las desgracias, y hasta sin alma racional; y hay que agradecerles, por el contrario, además de su porte manso y humano, la llama de vida intelectual que conservaron con el aceite de la lectura y el estudio. Esto es mucho en un tiempo en que las pasiones carnales y los crímenes pesaban como un abultado fardo sobre la sociedad, y en que el espíritu no daba señales de tener parte ninguna en la organización interior del hombre. ¡Oh, si aquel bien se hubiese conservado por muchos años! Pero en punto á buenas costumbres y á desinterés, rodando los tiempos ni aún el clero se libertó del contagio: el influjo del mundo, de ese mundo español



trasplantado á América, lo niveló todo, y sacerdotes, y soldados, y jueces y simples aventureros, todos, todos se trasformaron en conquistadores crueles, colonizadores avaros ó comerciantes sin conciencia.

En el siglo XVI España era una selva poblada de aves canoras, y América una inmensa mazmorra, un lugar de maldición. Allá el divino Garcilaso, nacido casi con el siglo, rompió en armónicas voces desconocidas hasta entonces para los hijos de Pelayo y del Cid, é iluminó el camino del Parnaso por donde subieron luego hasta la cumbre Fr. Luís de León, Rioja, Herrera, Francisco de la Torre y otros ingenios eminentes que dieron á su patria la primacía de las letras sobre varias naciones de Europa. Entre nosotros ni aún se sabía que ellos existiesen, cuanto más poder escuchar sus voces. El célebre Colón mostró la manera de atravesar el Océano, más no la de trasladar á estas regiones las simientes de la civilización y las producciones de las grandes inteligencias.

Los primeros vagidos de algo que, aunque impropiamente podemos llamar poesía, se dieron en el Ecuador más de un siglo después de la conquista. Parece que los albores de la inteligencia comenzaron á mostrarse, cuando se había disminuído mucho el oro que enloqueció á los primeros invasores; pues la riqueza entorpece también á veces las facultades del alma: es la fría sombra que descolora la flor que nace en ella, es el viento que arrebatara su fragancia. Mas ya en aquel tiempo el mal gusto introducido por Góngora había esparcido sus tinieblas y envuelto en ellas el Parnaso castellano; nuestra poesía comenzó por tanto bajo malísimas influencias: cúpole la suerte de tener por primera maestra á la locura. Quédanos el nombre de un presbítero Romero, hijo de Quito, que figuró ya mediado el siglo XVII, y cuyo estrafalario decir en verso se trasluce bien al ver su ridícula prosa. (1) El

(1) El Dr. Herrera, obra citada.

P. Alonso Peñafiel, jesuita riobambeño, y en talento é instrucción superior á Romero, vivió por el mismo tiempo y escribió versos que, si bien amoldados al gusto dominante de la época, manifiestan alguna disposición para el trato con las Musas. En una composición dedicada á las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, decía: (1)

Alma región á donde vuela y para
Mi pensamiento, y ve de allá seguro
El peligroso rumbo que yo sigo,
Veces mil te bendigo,
Y mil y mil al Arquitecto adoro,
Que esa tan rociada
Cumbre de gotas de oro
Del seno de la nada
Sacó, y sustenta este edificio inmenso
De aquella imán de su virtud suspenso.
En tu pintura veo
De la maestra mano
El valiente pincel con arte suma
Y como en libro, en tí cifradas leo
Las obras de aquel dedo soberano,
Que ya en papel de piedra ha sido pluma, etc.

Este último verso basta para que demos al P. Peñafiel el título de culterano en grado eminente. Con todo nótese que en los demás hay facilidad en la expresión y destreza en la medida.

A fines del siglo anterior ó principios del que vamos recorriendo en pos de los pocos nombres de cantores ecuatorianos, debió figurar Doña Jerónima Velasco. El ilustrado y erudito Fr. Vicente Solano ha hecho por primera vez mención de ella entre nosotros, (2)

(1) El Dr. Herrera, obra citada.

(2) Juicio imparcial sobre *La Virgen del Sol*. Cuenca, 1861.

recordando estos versos del *Laurel de Apolo* de Lope de Vega:

Parece que se opone á competencia
 En Quito aqueña Safo, aquella Erina,
 Que si Doña Jerónima *divina*
 Se mereció llamar por excelencia;
 ¿Qué ingenio, qué cultura, qué elocuencia
 Podrá oponerse á perfecciones tales,
 Que sustancias imitan celestiales?
 Pues ya con manos bellas
 Estampan el Velasco en las estrellas.

“Es probable, añade el P. Solano, que Lope de Vega hubiese visto algunas composiciones de esta ilustre poetisa del Ecuador, porque de otra suerte, sin conocimiento de causa, nunca habría hecho tan magnífico elogio, hasta llamarla divina.”

El sentido de los versos que acaban de verse hace comprender que este dictado no nació del poeta español, sino que ya Doña Jerónima le poseía; mas si fuere obra de Lope de Vega, menester es que la sana crítica rebaje algo de lo *divino* y restituya á nuestra poetisa á la familia humana, pues sabemos que el autor del *Laurel de Apolo* fué en extremo condescendiente, y “se prestaba con gusto á alabar á los otros.” (1) Agréguese á esto la circunstancia de que en el caso presente se trataba de una mujer, con quien debió haberse gastado más indulgencia y galantería. Con las mujeres aún hoy en día abundan los Lope de Vegas: sólo hay flores, sólo hay incienso para ellas, por bien mal que pulsen los instrumentos de Safo y de Corina.

Lamentable es que se hayan perdido las producciones de la Señora Velasco, así como las de otros tantos poetas ecuatorianos, y no podamos abrir juicio sobre ellas sino por conjeturas, y fundándonos en el carácter

(1) Quintana. Introducción á la *Colección de poesías selectas castellanas*.

de la literatura y en el gusto dominante de aquellos tiempos. Un respetable amigo nuestro nos ha asegurado que cuando muy joven conoció un abultado tomo manuscrito con el título de *Poesías de los quiteños*. Es de presumir que esa colección contendría versos de la Señora Velasco y de otros á quienes conocemos sólo de nombre, y con la desaparición de tan precioso libro hemos perdido un tesoro. ¡Cuánta luz nos habría dado sobre la literatura patria, y como habríamos podido seguir los pasos de nuestra poesía desde ahora dos siglos acá, haciendo comparaciones y deducciones importantísimas para su historia!

Sabemos también por varios conductos fidedignos que la antigua biblioteca de los jesuitas de Quito, á la cual se dió el nombre de *pública*, contenía preciosísimos manuscritos en todo ramo de literatura, y aún sobre ciencias. Entre ellos se encontraban varios trabajos históricos y una gramática ó método de aprender la lengua quichua. Hoy que vá despertándose la afición al estudio, esos documentos habrían sido en sumo grado útiles para aclarar mil puntos dudosos en la historia ecuatoriana y para enseñarnos el grado de los conocimientos de nuestros abuelos en otras materias. Mas por desgracia en la época de cierto gobernante, descubrieron el tesoro algunos extranjeros y se apropiaron de él, valiéndose de los fáciles arbitrios que les proporcionaba la gente de gabinete. El trabajo de muchos años, de siglos, desapareció en un santiamén; el producto acumulado por el talento de los hijos del país, y de otros que habían venido á él para indagar sus antigüedades y estudiar su naturaleza y las leyes y costumbres de sus pueblos, sirvió para quienes no tuvieron otro trabajo que extraerle del sagrado depósito donde yacía. Rubor nos causa decirlo, porque no quisiéramos pasar por bárbaros; pero sólo en el Ecuador se ha visto gobierno que en vez de enriquecer un establecimiento de tal naturaleza, le haya despojado de objetos que en otras naciones se habrían conservado con veneración.

Lo que hemos dicho de la biblioteca pública, conviene más ó menos á las de los conventos. Hace algunos años, en la misma época tal vez á que nos hemos referido arriba, se vendieron algunos centenares de volúmenes de la biblioteca de San Francisco, una de las más ricas en otro tiempo, á real tomo en octavo, á dos reales tomo en cuarto, y así proporcionalmente. Los frailes se despojaron de obras raras y preciosísimas, de esas que en Europa se guardan como sagradas reliquias, por un precio miserable que no alcanzaria para pagar los gastos de un almuerzo de refectório.

Después ni los gobiernos ni los prelados han tomado interés ninguno en que tales depósitos del saber humano se mejorèn ó siquiera se conserven; aunque ya sería imposible reparar el mal de que nos lamentamos. La biblioteca pública cuyo salón se arruinó con el terremoto de 22 de Marzo de 1859, fué entregada á los PP. Jesuitas, á quienes antes pertenecía, y aún se encuentra desarreglada.

Por no cercenar la pobre lista de los que á mediados del siglo XVII figuraron como poetas en el Ecuador, y porque ya se los ha mentado en otros escritos históricos, queremos también poner aquí sus nombres. Fueron bien reputados como favorecidos de las Musas los quiteños Francisco Mosquera, José Lizarazu, jesuitas, el licenciado Juan de Oviedo y Don Cristóbal Arbildo. De ninguno conocemos cosa ninguna; pero ateniéndonos al dicho de un laborioso escritor ya citado, (1) podemos asegurar que la reputación de los cuatro no provenía de otro fundamento que del mal gusto y la ignorancia del tiempo en que vivieron. Igual juicio merecen los PP. Juan de los Rios é Isidro Cárdenas, también jesuitas, el licenciado Don Juan Vaca y Salazar y el capitán Don Juan de Escalona. Este "fué un insigne culterano," y el P. Cárdenas "nada decía por escribir en lenguaje hispano-latino." Parece que tam-

(1) El Dr. Herrera, obra citada.

bién el maestro Antonio Navarro Navarrete escribía versos; más así serían de pésimos, pues nacían de un ciego adorador del padre del mal gusto y la extravagancia, de Don Luís de Góngora.

Tenemos á la vista el *Rámillete de varias flores poéticas*, publicado en Madrid en 1676 por el guayaquileño Jacinto de Evia. A sus propias obras ha juntado en la colección no escasa copia de versos de sus maestros los jesuitas Antonio Bastidas y Hernando Domínguez Camargo, ambos aventajados discípulos de la escuela culterana.

La poesía en el Ecuador, así como en toda la América latina, no era sino un reflejo del Parnaso español, con la diferencia de que éste, en medio de la maleza que le cubría, mostraba algunas flores hermosas y fragantes, hijas del talento que á veces se descuidaba de sus errores para producirlas; más entre nosotros todo era extraviarse, andar en tinieblas y delirar.

Antes de venir al exámen de los versos de Evia, y para demostrar cómo en las colonias se seguía paso á paso la lamentable carrera de perdición de los poetas de la metrópoli, creemos oportuno dar una corta muestra de la más estafalaria y ridícula composición. El granadino Domínguez Camargo, describiendo una chorrera del valle de Chillo, se expresa de este modo:

Corre arrogante un arroyo
Por entre peñas y riscos,
Que enjaezado de perlas
Es un potro cristalino.
Es el pelo de su cuerpo
De aljófar, tan claro y limpio,
Que por cogerle los pelos
Le almohazan verdes mirtos.
Cíñele el pecho un pretal
De cascabeles tan ricos,
Que si no son cisnes de oro
Son ruseñores de vidrio.

Estos versos nos traen al punto á la memoria aquellos tantas veces citados, que han llegado á ser célebres en la decadencia de la poesía española, y con los cuales puso el buen Gracián el sello al sepulcro del buen gusto y hasta del juicio que habían perecido en la península á los fieros golpes de cien desalmados innovadores.

Después que en el celeste anfiteatro
El ginete del día
Sobre Flegonte toreó valiente
Al luminoso toro,
Vibrando por rejonos rayos de oro; etc.

Evia correspondió muy bien á las lecciones de tales maestros, y tanto pudieron sus esfuerzos que sus producciones, según se vé en la colección citada, se pueden confundir con las de aquellos. Sus disposiciones naturales para la poesía eran escasas; tanto que aún bien dirigida su educación literaria, no habría salvado los límites de la medianía; era vulgar en sus concepciones y pobre de colorido y animación. En cambio, había nacido con excelente memoria que le sirvió para adquirir gran cúmulo de erudición, con la cual trataba de suplir aquellas faltas, y creyó sin duda que había llegado á pisar los escalones más elevados del Parnaso, cuando con mal encubierto orgullo dice de sus versos, dirigiéndose á la *juventud estudiosa*: "Mucho se asemejan también estos poemas á lo cristalino de las fuentes, por la suma claridad que hallarás en todos ellos; porque seguí lo que solía repetir mi maestro, que quería parecer antes humilde en el estilo y concepto, que levantado por oscuro." Poco después califica de "hermoso," su *Ramillete*. ¿A qué padre no le parece tal su hijo, aunque sea más deforme que *Cuasimodo*? Esta observación trivial ya de puro repetida, viene de molde á nuestro poeta, á quien el amor de autor, muy semejante al amor paternal hizo ver flores hermosas en un manojo de ortigas y ruda.

Más ¡vive Dios! que nó comprendemos en qué consiste la humildad del estilo y concepto y menos la claridad de los extraños abortos del maestro y del discípulo, y daríamos un premio al adivino que nos explicase lo que algunas veces quisieron decir. No hay que pensar que exageramos lo malo al expresarnos así, y véase en el siguiente fragmento de una canción de Evia la razón de nuestro juicio;

Gallardo jóven, que en la aurora breves
 Abriles disciplina, al sol da ensayos,
 De sus mejillas en lucidas flores,
 De su cabello en florecientes rayos:
 De ingenio y de poder no señas leves,
 De aquel monarca, que á su aliento ardores
 El zafir, como flores
 Logra el suelo, de Adan aquesta alfombra,
 Solio esótro se nombra.
 Más ¡ay! de envidia el Aqueronte lleno
 Exhaló su veneno,
 De este Adonis ajando la azucena,
 Y la luz que alimenta más serena.

Adonis bello, aquel glorioso empleo,
 No de Chipre deidad, deidad mentida
 Sí del amor eterno, que en su llama
 El corazón de hielo logra vida:
 Adonis, si imán antes del deseo,
 Blanco ya del rigor duro se aclama;
 Que en un tronco le inflama
 Proserpina cruel, Marte envidioso,
 El Pluton orgulloso,
 Y esotras fieras del áverno oscuro,
 Con que el aliento puro,
 Que candores rozó al primer instante,
 Negra sombra le huella ya triunfante.
 Del Empireo Cupido, pues divino. . .

¿Entiendes Favio, lo que voy diciendo?

Y tanto más estraña nos parece esta jerga culterana, cuanto la canción tiene un objeto religioso que se ha tratado de desenvolver en una alegoría en que están bárbara y ridículamente mezclados los nombres de deidades mitológicas con los santos misterios del cristianismo.

Sin embargo, preciso es confesar que Evia tiene tal cual trocillo racional é inteligible, en tanto que sus maestros no presentan ni uno sólo. Estos raros lúcidos intervalos del poeta guayaquileño se encuentran en los versos cortos y de tono templado; más nunca están del todo desnudos del ropaje ampuloso y cortado á la moda de la época. Finge Evia que una gitana dice la buenaventura al niño Jesús, y se expresa en estos versos que no carecen de soltura y gracejo:

Dame una limosnita,
Niño bendito,
Dame las buenas pascuas
En que has nacido:
Niño de rosas,
Dale á la gitanilla
Pago de glorias.

Si me das la mano,
Infante divino,
La buenaventura
Verás que te digo.
Miro aquí la raya
Que muestra que aún niño
Verterás tu sangre,
Baño á mis delitos.
Serás de tres reyes
Rey reconocido,
Y á este mismo tiempo
De un rey perseguido.
En tu propia patria,
Con ser el rey mismo,

Vivirás humilde,
Vivirás mendigo.
Dame una limosnita
Niño bendito, etc.

Miro esotra raya
Que és de tu martirio;
Morirás en Libra
Si naciste en Virgo.
Tendrás corta suerte
Aún de los amigos,
Pues de un paniaguado.
Te verás vendido.
A los treinta y tres,
¡Oh con qué prodigios!
Dejarás la vida
De amores rendido.
Si el cruzado leño
Fuere tu cuchillo,
Cuchillo de palo
Cortará tus brios.
Dame una limosnita
Niño bendito, etc.

La idea es poética, y tanto que cerca de doscientos años más tarde dos buenos ingenios han aprovechado de ella, si bien no es verosímil que hayan visto los versos de Evia: D. Angel de Saavedra en uno de sus *Romances históricos*, nos muestra á Hernán Cortés, al punto de embarcarse para América, dejándose examinar la mano y oyendo la buenaventura de una gitana; y Béranger hace figurar en una de sus poesías póstumas al gran Napoleón, niño todavía, en una escena parecida. El P. Evia anduvo más atrevido, pues su héroe no es un simple mortal como los de Saavedra y Béranger, y luego el hecho pasa en un tiempo en que no era conocida la estraña raza de vagabundos que hoy se conocen con el nombre de gitanos, pues aunque ellos mismos

se dicen originarios de Egipto y se llaman *faraones*, la data de su aparición en el mundo es de todo punto desconocida, pudiendo sólo asegurarse que no remonta á los orígenes de nuestra era, ni aún á los principios de la edad media. Hay más: es muy aventurado que se anuncie la adoración de los Reyes magos por boca de una gitana, cuando esta adoración tuvo lugar estando Jesús recién nacido; ¿cuándo le vió pues la tal para decirle la buenaventura?

Poco después se encuentran en el *Ramillete* de Evia estas estrofas dirigidas á una dama:

Y pues en todo eres ángel,
Serás de orden superior,
Si, como el labio asegura,
No miente, no, el corazón
Que aún de mujer degenera
Quién con doblez engañó
A aquel que con noble trato
Toda el alma le entregó.

Discreto comedimento nos parece también que extraigamos del libro que nos ocupa el siguiente romance pastoril; pues no está bien que dejemos los dorados granos de trigo confundidos entre la paja que se arroja al fuego ó que arrebatara el viento:

Por divertir los cuidados
Que en la corte se granjean
Hizo que Fabio buscara
Los retiros de la aldea.
Muchos fueron los pastores,
Muchas las zagalas bellas,
Que admiró por bien hablados,
Que veneró por discretas.
Pero Dantrea entre todas
Le prendió por más atenta;
Que fuera muy necio en Fabio
Escucharla y no quererla.

Desde entonces vive triste.
Entre cuidados y penas,
Que un amor disimulado
Mientras se calla atormenta.

No se atreve á declarar
La pasión que así le aqueja,
Porque teme que al oírla
Le menosprecie severa.

Y aunque á sus ojos se ha visto,
No se alienta aún á una seña;
Como se mira infelice,
Aún á esplicarse no acierta.

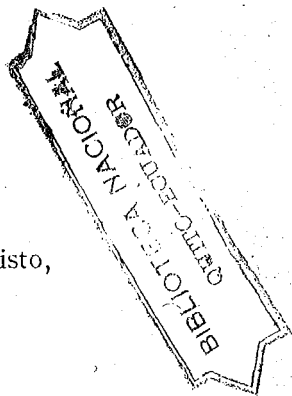
¡Oh que afligido pastor!
Y pues, zagalas, de penas
Sabeis también y de amores,
Decid á Fabio discretas,

Que es Dantrea tan piadosa
Que juzgo que al entenderlas,
Pagará noble en amor
Lo que le debe en finezas.

Escucharále benigna,
Pues, por deidad la venera
Y es atributo divino
El atender á las quejas.

¡Oh! que de albricias promete,
Zagalas, si es que oye nuevas,
Que ya Dantrea amorosa
A su amor amante alterna.

Nótanse varios lunares en esta composición; más, con todo, nos preguntamos bastante sorprendidos: ¿Dónde estaba la ciega veneración del Maestro Evia á los preceptos de Camargo y Bastidas, dónde el aferrado empeño de hundirse en el caos del culteranismo, cuando se atrevió á escribir este romance? Le perdonamos hoy de buena gana semejante pecado, en gracia de la naturalidad y sencillez con que le cometió, y mal que les pese á los manes de sus maestros.



Suponemos al P. Evia hombre grave y circunspecto por su estado, y aunque asegura que sus *flores fueron cultivadas en los primeros abriles de sus años*, nos ha llamado la atención entre otras, la siguiente décima por su desenfadado y voluptuosidad:

Con qué gusto entre los brazos
De Nicé gocé en favor,
Que eterno juzgó mi amor
Por ser de tan fuertes lazos;
Más ¡ay! cuan en breves plazos
Llegué mi dicha á gozar,
Pues sólo vino á estribar
Del alma tan dulce empeño
En breves sombras de un sueño
Que se acabó al despertar.

Aún podemos recordar de este poeta, como una curiosidad, la cuarteta con que empieza otra décima; cuarteta que no decimos sea mala, pero que viene de molde á los poetastros modernos, que han dado en la tecla de decir tantas lindezas de las mujeres, mezclando de una manera fastidiosa las alabanzas con los vituperios:

¿Eres ángel ó mujer?
¿Eres humana ó divina?
Dí ¿que deidad predomina
En tan supremo poder?

Al hojear muchos libros de poesías modernas habrá dado el lector con versos semejantes á estos. A sus autores deberíamos proponer que aprovechen de la cuarteta de Evia siquiera para epígrafe, más no para muestra; pues en cuanto á dechados, numerosos pueden hallar entre las singulares producciones de Camargo y Bastidas.

Haciendo punto á la ligera digresión, digamos dos palabras más respecto de Evia, y terminemos nuestro juicio acerca de sus versos.

Se dió también nuestro vate al género burlesco, y si bien confiesa que no tuvo genio para ello, ha insertado en su *Ramillete* varias sátiras y epigramas. La confesión es sincera y muy razonable; pues no tiene cosa en esta materia que pueda llegar ni aún á lo mediano. No obstante, como por nuestro carácter de investigadores nos creemos obligados á exponer al lector alguna muestra de lo que descubramos, para que sirva de aseveración á nuestro juicio, ahí van esas décimas:

De un sacristán reverendo
 Cierta amigo me advirtió
 Que á su amiga presentó
 De comer, á lo que entiendo;
 Ella el regalo admitiendo
 Con él sirvió á otro galán,
 Haciendo cierto el refrán,
 Que si él la yegua á pensado,
 Otro la silla le ha echado,
 Sin que lograrse su afán.

Dos puercos dizque le envió,
 Regalo á mi ver sin seso,
 Porque si atento le peso
 Él á sí se degolló;
 Pues luego que ví que dió
 Estos á otro amante fino,
 Dije sin ser adivino:
 Su san Martín le ha llegado
 A este galán desdichado
 En muerte de su cochino.

En la siguiente redondilla, traducida del fecundo epigramático latino John Owen, se quiso celebrar la belleza de Amarilis comparándola con el sol, y motejar su inconstancia con el símil de la luna:

¿Quién más que Amarilis bella?
 ¿Quién otra más inconstante?

El sol lleva en su semblante,
La luna su pecho sella (1).

Evia ha traducido también la elegía décima del libro primero de los *Amores* de Ovidio, que principia:

Qualis ab Europa Phrigys aducta caniris,
Coniugibus belli causa duobus erat,

y ha compuesto loas. En la primera ha desleído los pensamientos del poeta latino en gran número de versos octosílabos empapados en el gusto de Góngora y Quevedo; en las segundas demuestra, además de las extravagancias de esta escuela, una total ignorancia del arte del diálogo.

Con Jacinto de Evia termina la lista de los poetas ecuatorianos de esta época, que nosotros sepamos, y hay que atravesar las sombras de medio siglo para dar con nuevos nombres y poder seguir el hilo de nuestras investigaciones.

(1) He aquí el original para que se pueda juzgar de la traducción:
Te rex astrorumdecorat, regina gubernat, In vultu sol, in pectora luna tuo.

Owen, Epig 91. lib. 2."

CAPÍTULO III

SIGLO XVIII

BREVE OJEADA SOBRE LA RESTAURACIÓN DE LA POESÍA
ESPAÑOLA. LOS PP. JUAN B. AGUIRRE, JOAQUÍN AILLÓN
Y OTROS POETAS.

En este siglo ya no será tan difícil que demos con mayor número de nombres respetables de autores de más fundada reputación; mas al atrevernos á penetrar en él con la linterna de la investigación y del criterio, nos es preciso arrojar primero una ligera mirada hácia la España poética de este tiempo, que resucitaba como Lázaro á la voz de la razón y del buen gusto.

Por el año de 1737 publicó en Madrid D. Ignacio de Luzán su poética, rompiendo con ella las hostilidades contra el depravado gusto que tenía asentados sus reales en toda la Península y distribuídas muchas avanzadas en las colonias. Acertados y mortales fueron los golpes del cuerdo y atrevido adalid, si bien sus efectos saludables no se hicieron sentir muy pronto. Á Luzán acompañaron en la empresa de restaurar la poesía española otros escritores no menos dotados de buen juicio y claro talento, como el conde de Torrepalma, Montiano, Porcel y algunos más que le escu-

chaban, practicaban sus doctrinas y las difundían por todas partes, más con el ejemplo, que con la enseñanza teórica. Tarea difícil y penosa era la que se habían impuesto, cual es siempre la de buscar para sí mismos el buen camino en medio de un confuso laberinto, y de atraer y guiar por él á los demás. El vicio estaba encarnado en el corazón de la poesía española, formaba el carácter de los poetas, era su alma. Se necesitaba pues, cambiarlo todo, y era preciso sacar á las Musas de las jaulas de Zaragoza, para devolverlas al Parnaso de donde habían sido arrebatadas.

Hemos visto, no recordamos en qué libro, censurada la severidad de Luzán contra Góngora y los demás profanadores del templo de las Píerides y arrasadores del buen gusto hispano. Si hemos de hablar francamente, creemos que aquella censura fué errada é inoportuna, y laudable el procedimiento de Luzán. Bueno es que haya circunspección y blandura cuando se juzgan las obras de jóvenes principiantes, para quienes son más provechosos los consejos que las reprensiones; pero Góngora, Quevedo y sus secuaces, de talento distinguido y diestros en el manejo de todos los resortes del arte, son no obstante los ángeles rebeldes de la poesía, que tratando de hacer innovaciones violentas é imposibles, por la ambición de sobreponerse á Herrera, Rioja y los demás ingenios que con tanta honra les precedieron, cavaron el abismo en que se hundieron arrastrando consigo cuanto abarcó su grande alparque funestísima influencia. En sus obras están las raíces del mal, y el prestigio de sus nombres y el ejemplo de esas obras se extendieron desde el último tercio del siglo XVI hasta mediados del XVIII. Tan inveterada y espantosa enfermedad necesitaba remedios heroicos y una mano firme que la buscara y combatiese en sus orígenes. Así lo comprendió D. Ignacio de Luzán y así lo ejecutó; si hubiese obrado con lenidad y calma, á fé que la realización de su idea no hubiera dado los provechosos resultados que se han palpado después en

cuantos pueblos se habla la lengua de Castilla. Antes de desacreditar la funesta escuela que se trataba de arrasar, antes de minar sus cimientos y desparramar la hojarasca de sus librotos y ahuyentar á sus porfiados alumnos, habría sido casi inútil que el autor de la nueva poética hubiese aseverado con el testimonio de los grandes ingenios, que la excelencia de la poesía consiste en la proporción, el orden, la naturalidad, la sencillez, la verdad, la armonía, la dulzura y todas aquellas cualidades que ninguno de ellos olvidó, y que proscribieron de sus obras los desatentados innovadores. ¿Ni cómo en presencia del gongorismo fuerte, triunfante y acatado todavía hubiera podido decir que "cuanto agracian á la poesía las imágenes fantásticas bien hechas y formadas con juicio y arte, otro tanto la afean y deslucen usadas sin regla y moderación?" (1) ni ¿cómo hubiera enseñado muchas otras cosas buenas, opuestas á la secta dominante, para la cual no había belleza, no había poesía donde no entraban las imágenes forjadas por el delirio, las trasposiciones violentas, los retruécanos triviales, conceptos falsos, palabras con sentido que nunca tuvieron y frases enfáticas, ampulosas y hueras?

Acontece algunas mañanas, cuando la neblina ha envuelto en su pardo manto todos los objetos, que éstos aparecen de mayor bulto y de formas extrañas, y aún la ilusión óptica llega á pintar ante el espectador muchas figuras donde no hay sino espacios vacíos cubiertos por el pesado vapor que vuela y se extiende lentamente: los collados semejan majestuosas montañas, los árboles son gigantescos, los arbustos son altísimos árboles; todo es fantástico é imponente; pero la luz del sol triunfa, disipanse las nieblas y todo se restituye á su verdadero ser, forma y tamaño. Hé ahí lo que ha pasado con los padres de la secta literaria que imperó en España por más de un siglo y con todos sus

(1) Luzán, Poética. Lib. 2.º Cap. XV



discípulos y adoradores: ¡qué grandes eran mientras duró la pesada niebla del mal gusto! Mas vino la luz del renacimiento de la razón y la verdad, de la armonía y la belleza, se despejó el campo de las letras y aparecieron los poetas y la poesía tales cuales eran. Góngora y Quevedo, cuyas cabezas tocaban al cielo, bajaron á una estatura natural, aunque robusta y sobresaliente; muchos de sus imitadores quedaron pigmeos, é infinitos desaparecieron como las imágenes de un sueño ó las ilusiones ópticas que á veces suspenden y precupan.

Luzán y los que le acompañaron en la restauración quisieron sin duda dar á las letras españolas el mismo carácter clásico que las distinguió en su época de encumbrada reputación, inclinándolas al gusto latino-italiano. Por eso la poética del primero enseña las doctrinas de Aristóteles y Horacio como únicas é infalibles, y las presenta robustecidas con la autoridad de Muratori; y por eso el Conde de Torrepalma escribía octavas reales como las de su *Deucalión*. Más ni el tiempo, ni las circunstancias, ni aún quizá la índole misma de los nuevos maestros eran favorables á tal intento, y la poesía castellana tuvo por fuerza que tomar otro rumbo, y éste rumbo se le mostraba desde los Pirineos el genio de Francia destinado á dominar al genio de España. Robusto y fuerte era el primero, y nutrido con la abundancia de doctrinas que pulularon, crecieron y maduraron con el cultivo de muchos grandes talentos, y por lo mismo orgulloso y dominante; flaco y sin fuerzas el segundo, como aniquilado en las mazmorras de la inquisición, comenzaba apenas á moverse y á ver la luz. La lucha entre los dos, si la hubiera habido, no habría sido ni larga ni indecisa; pero la sujeción fué pacífica, y más que pacífica aceptada y aún buscada con empeño por los escritores españoles. "No había pues otro rumbo que seguir, dice el ilustre Quintana, dado que no era fácil, ni acaso posible tener uno propio, que el que señalaba el ingenio francés. Todo concurría á este efec-

to inevitable: nuestra corte en algún modo francesa: el gobierno siguiendo las máximas y el tener observados en aquella nación: los conocimientos científicos, las artes útiles, los grandes establecimientos de civilización, los institutos literarios, todo se trafa, todo se imitaba de allí: de allí el gusto en las modas, de allí el lujo en las casas, de allí el refinamiento en los banquetes: comíamos, vestíamos, pensábamos á la francesa; y ¿exauríamos que las musas tomasen también algo de este aire y de este idioma?„

Es indudable que la influencia francesa contribuyó á la regeneración del Parnaso español, y este es beneficio que no se debe olvidar. La escuela italiana no tenía ya el poder que en los tiempos de Garcilaso y por tanto su gusto no podía mezclarse con el español en el siglo XVIII, como lo hizo en el XVI. Los resortes de la política se habían relajado algo por el lado del Mediterráneo y fortalecido por el norte: la voz de la Galia cundía por todas partes; Italia enmudecía para España y arrollaba su bandera literaria, bajo cuya sombra había florecido la inteligencia poética de los *sesentistas*. (1).

Una vez aceptada por necesidad la escuela francesa, habría sido conveniente á lo menos resguardar la lengua de Castilla como un precioso tesoro que nada tenía que ver con la nación vecina tomada por modelo para todo; mas, por desgracia, de la política y el lujo, de las modas y los libros, de la literatura y el pensamiento en general, pasó el influjo al habla, y de entonces acá hemos perdido tanto cuanto habíamos ganado por otra parte con la caída del gongorismo. ¡Fatalidad de las cosas humanas! casi no hay beneficio que conquiste el hombre á fuerza de trabajos y sacrificios, que no venga de alguna manera maleado por algún vicio ó error surgido de la misma lucha y del mismo vencimiento que causa su alegría y orgullo

(1) Por circunstancias especiales, que luego veremos, se halla todavía la influencia de la escuela italiana en la mayor parte de los poetas ecuatorianos del siglo XVIII.

Lo bueno de la escuela que se trataba de aclimatar en España estaba en las ideas, en la manera de desenvolverlas y presentarlas á la comprensión del lector, con aquel colorido vivo y firme, aquel aspecto brillante, aquella movilidad seductora que nacen del estudio y observación constante de la naturaleza, y del gusto refinado con la lectura de las obras maestras de la antigüedad; más no estaba en la lengua, no en la forma de la poesía. El arte métrica española, aunque nunca ha tenido un Boileau, no tenía que pedir nada á la francesa; y en cuanto á la lengua, las buenas dotes de las musas de Racine y Corneille, Molière y Lafontaine, habrían ganado mucho con el vigoroso y noble y florido decir de Fr. Luís de León, Santa Teresa, Cervantes y Moratín. En el entusiasmo causado por la novedad de una literatura entrada con la dinastía de los Borbones, parece que los españoles encontraron malo hasta lo que tenían de excelente, y quisieron cambiarlo todo. Error tamaño y condenable á la par del culteranismo.

Todas las literaturas, para venir al mayor ó menor grado de encumbramiento en que han brillado, han tomado algo de otras, consiguiendo así modificar ó perfeccionar el propio carácter: la literatura griega prestó sus tesoros á la latina, la grieco-latina ha franqueado los suyos á la escuela clásica moderna, la escuela de Dante y Petrarca, de Ariosto y Tasso dió su contribución á la española del siglo de oro; pero ninguna que sepamos ha adoptado de la otra aún parte de la lengua con menoscabo de la suya, y si ha tomado algunas voces, ha sido con prudente medida y consultando previamente la necesidad. El espejo de una literatura es la lengua; en ella se refleja el pensamiento, que es su alma. Cambiar de lengua es hacerla cambiar de condición, es dar al pensamiento un espejo que no le conviene, y al buscar en la fuente de otras letras los elementos que las nuestras necesitan para alimentarse y crecer, no debemos tratar de la mudanza radical de

su condición, sino de su mejora posible. Cuando se imita, la idea del modelo debe sujetarse á la lengua del que le copia, no ésta al carácter peculiar del idioma en que está espresada la idea. Lo contrario es demostrar, ó que no se sabe emplear debidamente la propia lengua, ó que ésta es inferior á la otra, cosa que no se podrá decir nunca de la española respecto de la francesa y otras de las modernas.

Pero vengamos ya á nuestro tema principal.

El progreso del renacimiento literario de la madre patria se sintió en América por el mismo tiempo, como era natural; pero lejos del punto en que los restauradores dieron el golpe, las olas que llegaron á nuestras playas vinieron algún tanto mansas y débiles, y su acción benéfica fué por consiguiente pausada y tardía. No obstante, mucho se hizo en pró de la buena causa, y al declinar el siglo hallamos algunas poesías no indignas de este nombre.

Las órdenes religiosas y alguna parte del clero secular, continuaban siendo el abrigo del estudio y del saber. Especialmente la Compañía de Jesús, que se dedicaba á las ciencias y letras con la misma aplicación y constancia que á las misiones, contaba en su seno gran número de varones ilustres, entre los cuales hallamos complacidos no pocos ecuatorianos. A la circunstancia de la asiduidad de los jesuitas en sus trabajos intelectuales y de la buena dirección de sus estudios, debemos añadir que tenían de su parte la ventaja de vivir en mayor contacto y comunicación con Europa que los demás religiosos, y de que su orden se había elevado á un sorprendente grado de poder, riqueza y honra; cosas que contribuyeron á avivar contra ella el celo de los monarcas, hasta hacer expedir á Cárlos III la pragmática que la expulsó de sus dominios, y poner en manos de Clemente XIV el rayo que la hundió en el sepulcro. La falta de los jesuitas en América fué sin duda un gran mal para la educación, y especialmente para las misiones, en las cuales hicieron verdaderos

prodigios con la palabra evangélica y la enseñanza práctica de las virtudes cristianas; pero si hubiesen existido, seguro nos parece también que su influjo habría sido adverso á la causa de nuestra independencia.

A pesar de la vuelta de las luces y el buen gusto á la península, y de que América no se mostraba insensible al ejemplo del feliz adelantamiento que daban muchos buenos ingenios más allá de los mares, todavía tenemos que fatigarnos lidiando en el Ecuador con los restos del feo y repugnante culteranismo, pegados á algunos poetas de lucido talento á la manera de la yedra en el precioso mármol. Pero ¡qué! ¿no parece justo que al seguir nosotros paso á paso á los españoles en las letras humanas, tuviéramos también un Murillo, un P. Aguirre, un P. Garrido, ya que allá no faltó un D. Vicente García de la Huerta, gran sostenedor de la secta y honra del extravagante novador del siglo XVII?

El primero que en esta época se presenta en nuestra liza poética es el Dr. Ignacio Chiriboga y Daza, pero sólo con su nombre, que no con ninguna muestra de su ingenio, celebrado por el historiador Velasco. Vienen á continuación los PP. Pedro Garrido, Francisco Aguilar y Joaquín Aillón; plantas sin interés para nosotros los dos primeros, porque el viento de los tiempos les ha arrebatado las flores y confundídotas para siempre en un abismo de donde no nos es posible sacarlas para devolverlas á la luz: ¿quién sabe donde existan, si acaso se han salvado de la polilla, la humedad ó la incuria del hombre, mucho peor que esas dos enemigas de las obras y la honra del talento?

De Aillón nos ha conservado el P. Velasco unos pocos versos latinos, desnudos de mérito y bien malos que escribió contra el célebre ministro de Portugal, D. Sebastián Carvalho, con motivo de su desgracia y de haber corrido la noticia de su muerte. Los copiamos tanto por ser lo único que tenemos á la vista de las

producciones del citado autor, cuanto por ser curioso ver como correspondían los jesuitas al odio que les profesaba el marqués de Pombal, uno de sus más constantes y terribles enemigos. Los versos están puestos en boca de la reina fidelísima:

Impunitus obit Carballus: nemo stupescat:
 Nulla vivi merito congrua poena fuit.
 Thesaurus scelerum Comes hic exauserat unus,
 Nequitia superans agamina cuncta Satan.
 Juribus hinc nostris vivus tormenta subire
 Nulla tenebatur; sed neque tunc poterat.
 Ergo ego Lusiadum Regni justissima Præses
 Crimina Carvalli cuncta relinquo Deo.
 Citra condignum reus hic plecteretur ab illo.
 Inmenso æterni pondere supplicy.

El P. Joaquín Larrea tradujo este epigrama en un soneto, como se verá más adelante, cuando tratemos de este autor.

El P. Juan Bautista Aguirre, nacido en Guayaquil 1725, dotado de excelente talento y sobresaliente en varias ciencias, tanto que según se asegura su nombre fué respetado en Italia como uno de los más ilustres de la entonces proscrita familia de Loyola, fué uno de los que pudieron con más ventajas ponerse á la cabeza de los poetas ecuatorianos y levantar en nuestra patria el arte de las Musas de su miserable postración; mas, léjos de ésto, él mismo cerró los ojos á la luz del buen gusto que se difundía por la península, y no quiso abandonar las doctrinas de la vacilante escuela, sino más bien sostenerlas con el ejemplo. ¡Mal pecado que no acertamos á perdonar! Pero en él ha encontrado nuestro sabio compatriota su castigo, porque además de traerle vituperio, le ha privado de ocupar el honroso asiento que la posteridad le habría concedido entre los humanistas más distinguidos y los más célebres poetas de la tierra del sol. ¡Oh! qué bello habría sido ver precedida la magnífica figura del cantor de Bolívar

por la hermosa y veneranda del restaurador de nuestras letras! Aguirre habría brillado como un lucero luminoso en la noche de la colonia, de la manera que Olmedo brilla como el sol en la mañana de la libertad.

Pena causa ver como el P. Aguirre delira y disparata en los fragmentos de poesía seria que nos ha dejado:

Este de rocas promontorio adusto
Freno es al aire y á los cielos susto;
Más que de Jijes los ribazos fieros
Organizado horror de los luceros,
Cuya excelsa cimera
Taladrando la esfera
Nevado escollo en su cerviz incauta; etc.

Evia no habría escrito de otra manera. Casi no hay diferencia entre los dos paisanos. ¡Ni un paso adelante en el espacio de un siglo! Ni la más ligera señal de restauración por parte del P. Aguirre! ¡Nada! ¡Nada!

Los versos citados son de la descripción de Monserate, en un poema de la vida de San Ignacio de Loyola, que el autor no concluyó. Olvidémonos pues de esta muestra, y busquemos por otro lado la fluidez, la armonía y el donaire seductor del buen talento poético del vate del Guáyas.

En una composición satírica, dirigida según se presume á un poeta quiteño, amigo suyo, hallamos al principio las siguientes décimas:

Guayaquil, ciudad hermosa,
De la América guirnalda,
De tierra bella esmeralda,
De la mar perla preciosa;
Cuya costa poderosa
Abriga tesoro tanto,
Que con suavísimo encanto
Entre nácares divisa
Congelado en bella risa
Lo que el alba vierte en llanto.

Ciudad que por su esplendor
Entre las que dora Febo,
La mayor del mundo nuevo
Y hoy del orbe la mejor,
Abunda en todo primor
En toda riqueza abunda;
Pues es mucho más fecunda
En ingenios, de manera
Que siendo en todo primera
Es en todo sin segunda.

Tribútanla con desvelo,
Entre singulares modos,
La tierra sus frutos todos
Y sus influencias el cielo:
Hasta el mar que con ahelo
Soberbiamente levanta
Su cristalina garganta
Para tragarse esta perla,
Deponiendo su ira al verla
Le besa humilde la planta.

Los elementos de intento
Le miran con tal agrado,
Que parece se ha formado
De todos un elemento:
Ni en ráfagas brama el viento,
Ni el fuego enciende calores,
Ni en agua y tierra hay rigores,
Y así llega á dominar
En tierra, aire, fuego y mar,
Peces, aves, frutos, flores.

Los rayos que al sol repasan
Allí sus ardores frustran,
Pues son luces que la ilustran,
Y no incendios que la abrasan.
Las lluvias nunca propasan
De un rocío que de prisa
Al terreno fertiliza,
Y que equivale en su tanto

De la aurora al tierno llanto,
 Del alba á la bella risa.
 Templados de esta manera
 Calor y fresco entre sí,
 Hacen que florezca allí
 Una eterna primavera;
 Por lo cual si la alta esfera
 Fuera capaz de desvelos,
 Tuviera sin duda celos
 De ver que en blasón fecundo
 Abriga en su seno el mundo
 Este trozo de los cielos.

Esta ciudad primorosa,
 Manantial de gente amable,
 Cortes, discreta y afable,
 Advertida é ingeniosa,
 Es mi patria venturosa;
 Pero la siempre importuna
 Crueldad de mi fortuna,
 Rompiendo á mi dicha el lazo,
 Me arrebató del regazo
 De esa mi adorada cuna.

Nuestro amigo el Dr. Pedro Fermín Cevallos, que escribió por 1861 un boceto biográfico del P. Aguirre, (1) dice al tratar de estos versos que "fuera de algunas faltas gramaticales y de retórica, algunos *concetti* por el modelo de los poetas del siglo XVII y una que otra expresión vulgar," tienen mérito por varias cualidades notables. Conviene que añadamos de parte nuestra, que entre aquellas faltas se encuentra la de haber rimado *prisa* y *risa* con *fertiliza*, y en otra décima (que no copiamos) *veces* con *meses*; y decimos conviene, porque el mismo defecto de confundir los sonidos de la *s*, *c* y *z*, común al Ecuador como á todas las

(1) Véase «*El Iris*,» periódico de Quito, entrega 8.^a, pág. 121.

repúblicas sudamericanas, se encontrará repetido con frecuencia por otros poetas de quienes luego trataremos. Quede, pues, sentada aquí esta nota una vez por todas. Conviene también que entre las huellas del mal gusto que se ven en los versos que nos ocupan, no dejemos olvidado y sin nuestra reprobación aquello de que "divisa

Congelado en bella risa
Lo que el alba vierte en llanto;

ni aquello de

Los rayos que al sol repasan,

por ser lo que más nos repugna. Algún crítico melindroso refunfuñaría asimismo contra lo exagerado de los elogios hechos á Guayaquil. Ciertó que el buen P. Aguirre se ha propasado; pero creemos que cuando se trata de la patria, y más del techo propio, ó se le permite al poeta toda la expansión posible de su amor á él, ó todo se le disimula. ¿Quién se atreverá á decir ni á un hijo de la áspera y rígida Laponia, que la tierra donde ha nacido no es *un trozo de los cielos*? Después de Dios, la patria; después del sentimiento religioso, el amor patrio. La patria no se deja fácilmente, sino cuando faltan altares en ella, cuando el descarrío de una parte de la sociedad arrasa en los pueblos los templos y trata de arrancar de las almas la idea de la divinidad. El hogar de la tierra no se cambia sino por la morada del cielo. Idea de Dios y de lo infinito, ¡cuánto puedes! Ciudad, aldea, alquería, rincón cualquiera donde nos sorprendió por primera vez la luz de la vida, ¡cuánto halago y dulce seducción encierras para el corazón racional y sensible!

Más á fuer de jueces imparciales, ya que hemos tratado de hacer palpar á nuestros lectores la parte flaca del fragmento del P. Aguirre, pongamos aquí lo que en nuestro concepto, muestra bien que el autor pudo sobresalir á lo menos en el género templado, en

aquella poesía blanda, risueña, apacible, semejante á la luz de la mañana, no al vivo y ardiente resplandor del medio día:

Hasta el mar que con anhelo
Seberbiamente levanta
Su cristalina garganta
Para tragarse esta perla,
Deponiendo su ira al verla
Le besa humilde la planta.

Esta nueva y delicada imágen honra la musa de quien supo inventarla.

No es menos recomendable por la fluidez y dulzura de los versos, así como por el último pensamiento, la décima que empieza con esta cuarteta:

Templados de esta manera
Calor y frío entre sí,
Hacen que florezca allí
Una eterna primavera.

Cuéntase que el célebre Cuvier del exámen de un sólo hueso sacaba deducciones tan evidentes, que formaba el armazón del cuerpo del animal. No decimos que tenemos la ciencia del *Aristóteles de nuestro siglo*; pero aplicando el caso al conocimiento de la inteligencia humana, creemos que un fragmento de prosa ó verso hace el oficio del hueso de Cuvier, y puede dar al inteligente observador la medida del talento de quien le hubiese escrito. El que le tiene grande vierte en diez palabras mejores conceptos que en cien páginas quien le tiene mediano. Así pues, los pocos versos del jesuita Aguirre que dejamos citados, nos le hacen juzgar como hombre que no carecía de buenas dotes para el manejo de la lira. Y al sentar esta opinión nos separamos del escritor que dijo haber sido el género satírico y jocoso el único que convenía al genio de tal poeta. Es cierto que ha dejado felices muestras de la risa burlona de Talía en la composición de que hemos tomado el frag-

mento arriba examinado; pero este mismo ¿no es un trozo descriptivo serio y que sobresale de las picantes chanzas que le siguen?

En la parte jocosa lo más notable son las décimas que dicen:

Cualquier chisme ó patarata
 Lo cuentan por novedad,
 Y para no hablar verdad
 Tienen gracia *gratis data*.
 Todo hombre en lo que relata
 Miente, ó á mentir aspira;
 Mas esto ya no me admira,
 Porque digo siempre ¡alerta!
 Sólo la mentira es cierta,
 Lo demás todo es mentira.

Mienten con grande desvelo;
 Miente el niño, miente el hombre;
 Y, para que más te asombre,
 Aún sabe mentir el cielo;
 Pues vestido de azul velo
 Nos promete mil bonanzas,
 Y muy luego, sin tardanzas,
 junta unas nubes rateras,
 Y nos moja muy de veras
 El buen cielo con sus chanzas. (1).

Sensible es que no poseamos la contestación que dió sin duda el poeta á quien fueron dirigidos estos versos y que ni aún sepamos su nombre. Créese fué D. Juan Larrea; pero esta suposición es evidentemente errada,

(1) No damos otras estrofas más en que el P. Aguirre se burla de Quito y los quiteños, porque sabemos cuanto se mortificaron muchos de éstos contra el autor del citado, hoceto biográfico que las publicó. Enojo que no tuvo otro fundamento si no es un quisquilloso amor propio, ajeno de gente culta que se lastimó de una cosa escrita para excitar el buen humor y la risa. Queremos pues respetar hasta la nimia delicadeza, hija de una pueril preocupación.

si se reflexiona que el P. Aguirre nació al terminar el primer cuarto del siglo XVIII y D. Juan Larrea murió de edad no harto avanzada, ya muy entradas las tres primeras décadas del nuestro. Cuando el P. Aguirre partió á Europa expulsado en 1767, Larrea estuvo sin duda muy niño, ó quizá no había nacido.

CAPÍTULO IV

DON JOSÉ OROZCO, POETA ÉPICO

Al atravesar una selva, después de habernos fatigado en la ardiente arena de un desierto, hallamos con gran júbilo de nuestra alma árboles seculares y magníficos, plantas vestidas de hermosas y fragantes flores, auras blandas y apacibles, aves canoras y mil objetos más que nos sorprenden y embelesan. Los troncos partidos por el rayo, las funestas huellas del fuego devorador que ha sembrado cenizas y carbones en medio de la pomposa vegetación, los reptiles venenosos que se arrastran entre las hojas, el lejano bramir de las fieras, son al mismo tiempo causas que nos dan grima y espeluznan, aunque no alcanzan á borrar del todo la impresión agradable de que ya estamos poseídos. Ved ahí lo que nos pasa en este momento al penetrar en la nueva floresta poética cultivada por los ecuatorianos Orozco, Viescas y otros, á quienes, si bien no podemos calificar de portentosos genios, podemos llamar poetas, dando á esta palabra su verdadero sentido y sin miedo de que la crítica más severa venga á contradecirnos.

¡Salve, nombres simpáticos y venerables! Salid de las tinieblas, venid á ocupar el puesto que la justiciera posteridad os ha señalado en el templo de la inmortalidad.

dad. ¡Honra á quien supo conservaros para la patria, al mismo tiempo que trasmittía á las futuras edades los cuadros de su interesante historia! (1)

Abramos los manuscritos de D. Juan de Velasco y recorramos sus páginas enriquecidas con algunos millares de versos nuestros; nuestros, porque fueron ecuatorianos los ingenios que los produjeron; nuestros, porque ya los poseemos libres de las injurias del tiempo y del fraude de los hombres. El genio de Guttemberg va á protegerlos multiplicándolos y esparciéndolos por el mundo; la imprenta hablará de su legitimidad á los venideros tiempos, y nadie podrá arrebatarnos del Parnaso levantado en la cima de los Andes y bajo la línea equinoccial.

El primero que demanda nuestra atención es don José Orozco, nacido en Riobamba por el año de 1733, y arrebatado del suelo patrio por los vientos del destino hácia la corte del célebre Carlos III. Hijo del poético suelo del Chimborazo, Orozco se sintió constantemente agitado del estro sacro, y pulsó con mano maestra la lira antes profanada por los delirantes sectarios del culteranismo; y aunque él también le arrancó muchas veces sonidos discordantes y rindió parias á los defectos campantes en su tiempo, la lectura de sus versos nos demuestra que su sobresaliente genio poético pudo discernir ya la diferencia que separaba el gusto gongorino del que iba resucitando á esfuerzos del talento y juicio de algunos poetas con que contaba España. Después de las lecciones de Luzán y los desvelos de los que le rodearon, el ejemplo práctico de D. Nicolás Moratín y D. José Cadalso, y la naciente gloria de Jovellanos, Melendes Valdez y el pulcro y castizo D. Leandro Moratín, debieron haber obligado á todos los que se daban al comercio con las musas,

(1) El P. Velasco, historiador del antiguo reino de Quito, ha conservado las poesías de los autores citados, y á él debemos tan inestimable tesoro; pero no debemos olvidar, porque sería tamaña ingratitud, que el Sr. Dr. Modesto Larrea nos le trajo de Italia.

desde el primero hasta el último tercio del siglo, á seguir el nuevo carril en que habían colocado el arte de la armonía, la gracia y la seducción. En las cosas que tocan al espíritu, el ejemplo de los demás y la contemplación de los resultados favorables tienen una fuerza impulsiva que casi siempre llega á ser irresistible: de ahí viene el establecimiento de las diversas escuelas, especialmente en literatura.

D. José Orozco andaba por el décimo lustro de su vida, cuando ya, por lo común, las fuerzas de la inteligencia humana comienzan á flaquear; veinte años hacía que su lira había enmudecido; su musa, según se expresa él mismo, había degenerado *por falta de aura nativa*. ¡Ah! no hay duda, en una corte europea nunca se respirá el ambiente suave, embalsamado y vivificador de una ciudad tropical de América, y para un hijo del sol debé enervarse con frecuencia el sentimiento de lo bello, de lo grande y magnífico que se tiene sólo en el centro de una naturaleza virgen y privilegiada por Dios; allá su inspiración no podrá elevarse á la altura de los Andes, sino rastrear apenas por las faldas alpinas; no tendrá la soberbia majestad del Amazonas, sino la hermosa gravedad del Rin, del Sena ó del Tajo; no se inflamará como el Cotopax y el Sangai, sino que arderá como el Etna ó el Vesubio, capaces solamente de asombrar á quien no ha contemplado aquellos aterradores colosos henchidos de fuego sempiterno. Sin embargo, nuestro compatriota se sintió excitado á cantar por un acontecimiento memorable en la historia de las armas ibéricas, y aunque muy lejos de haberlo hecho como americano (culpa fué de su tiempo, del asunto y de las circunstancias), nos ha dejado la más extensa, robusta y bella composición con que se honra el Parnaso ecuatoriano de aquel tiempo. Es nada menos que un poema épico. *La conquista de Menorca*.

¡Un poema épico! exclamará de seguro más de un desconfiado lector, y el crítico se apresurará á leerle para mofarse de quien así le califica.

Sí, señores, lo dicho dicho: *un poema épico*. Mas si teneis otro nombre que mejor le cuadre bautizadle con él, que nosotros, sin pararnos á examinar la propiedad del título, vamos á buscar sus aciertos y bellezas, así como sus errores y defectos. Ni en unos ni en otros nos parece el campo muy estéril.

Encendida la guerra entre ingleses y españoles por 1780, á consecuencia de la liga de Carlos III con la Francia, los segundos padecieron constantes y crueles reveses. Mas la fortuna, tan adversa al Monarca español, volviósele al fin halagüena y dió á sus armas algunos triunfos que compensaron las pasadas desgracias. Uno de ellos fué la recuperación de la importante isla de Menorca en 1782, debida al talento, valor y pericia del Duque de Crillon y de Mahón; glorioso hecho militar que arrebatando al inglés una presa por largos años poseída, enalteció el nombre de aquel y dió lugar á que Orozco sacudiese el polvo de su lira y despertase sus armónicos acentos.

El poema, escrito en el mismo año y dedicado al héroe de la jornada, no sabemos si se dió á la estampa ni el éxito que tuvo; y habríamos ignorado su existencia á no haber llegado á nuestras manos el manuscrito del P. Velasco. Tiene defectos de cuenta y nó en escaso número; defectos que se hacen más notables al fijar la atención en otras poesías coetáneas de sobresaliente mérito, en especial el *Canto épico* de D. Nicolás Moratín, dado á luz tres años más tarde, esto es, por 1785, con el título *Las naves de Cortés destruidas*.

Veamos cual es el plan que Orozco dió á su poema.

Resuelto Carlos III á llevar á efecto la empresa y hechos los preparativos, vacila en la elección del jefe á quien debe confiarla. Marte se le presenta entonces, y por su influjo es designado Luis de Berton, Duque de Crillon. Dáse la escuadra á la vela, y á poco andar padece una tormenta que la pone á riesgo de perecer; pero el mar se calma á los ruegos que los navegantes elevan al cielo. Al fin, caen éstos de sobresalto en la

isla de Menorca y toman á Mahón; mas los inglesès se concentran en la fortaleza de San Felipe y hacen una vigorosa resistencia. El enemigo los cerca improvisando trincheras y valiéndose de los demás arbitrios de esa especie de guerra; los rechaza con denuedo en una salida que hacen por la noche, y ajustados á la postre se rinden y entregan al vencedor.

El plan nos parece sencillo y bien concertado; pero la falta de artificio le hace frío y muy poco interesante. La intervenció'n del dios de la guerra, la tempestad del Mediterráneo y la repulsa que sufren los ingleses en la salida de San Felipe, poquísimos contribuyen á dar variedad agradable al cuadro que el poeta se ha propuesto desplegar á nuestros ojos. Y este defecto no creemos que sea tanto del autor, cuanto de las circunstancias en que escribía, especialmente la de tener delante de sí al Duque y sus compañeros, con multitud de testigos de sus hazañas. ¿Cómo en presencia de éstos habría podido el cantor dilatar su imaginación y llamar en su auxilio todas las imágenes ideales y fantásticas necesarias para amenizar un poema? La demasiada proximidad de los tiempos en que tienen lugar las hazañas que se trata de celebrar, es un obstáculo de gran cuenta en el que fracasa el más fecundo y atrevido ingenio. Opinamos en consecuencia, apoyados en lo que sientan sobre este punto los maestros del arte y en el ejemplo de grandes poetas, que los hechos recientes pueden ser loados en odas, canciones ó cantos de corto aliento, mas no en obras cuya extensión y carácter piden otros medios de desempeño y una extraordinaria fuerza del numen que, favorecido por las misteriosas sombras de los siglos, sea dueño de sí mismo y obre sin trabas de ninguna especie; sólo entonces á más de penetrar libremente en la intrincada selva de la historia entrelazada con la fábula, podrá también volar á los cielos, vagar por los mares y descender á los abismos. No queda pues otro partido que el del lirismo al poeta que desee navegar con feliz estrella en el

Sí, señores, lo dicho dicho: *un poema épico*. Mas si teneis otro nombre que mejor le cuadre bautizadle con él, que nosotros, sin parañnos á examinar la propiedad del título, vamos á buscar sus aciertos y bellezas, así como sus errores y defectos. Ni en unos ni en otros nos parece el campo muy estéril.

Encendida la guerra entre ingleses y españoles por 1780, á consecuencia de la liga de Carlos III con la Francia, los segundos padecieron constantes y crueles reveses. Mas la fortuna, tan adversa al Monarca español, volvióse al fin halagüeña y dió á sus armas algunos triunfos que compensaron las pasadas desgracias. Uno de ellos fué la recuperación de la importante isla de Menorca en 1782, debida al talento, valor y pericia del Duque de Crillon y de Mahón; glorioso hecho militar que arrébatando al inglés una presa por largos años poseída, enalteció el nombre de aquel y dió lugar á que Orozco sacudiese el polvo de su lira y despertase sus armónicos acentos.

El poema, escrito en el mismo año y dedicado al héroe de la jornada, no sabemos si se dió á la estampa ni el éxito que tuvo; y habríamos ignorado su existencia á no haber llegado á nuestras manos el manuscrito del P. Velasco. Tiene defectos de cuenta y nó en escaso número; defectos que se hacen más notables al fijar la atención en otras poesías coetáneas de sobresaliente mérito, en especial el *Canto épico* de D. Nicolás Moratín, dado á luz tres años más tarde, esto es, por 1785, con el título *Las naves de Cortés destruidas*.

Veamos cual es el plan que Orozco dió á su poema.

Resuelto Carlos III á llevar á efecto la empresa y hechos los preparativos, vacila en la elección del jefe á quien debe confiarla. Marte se le presenta entonces, y por su influjo es designado Luis de Berton, Duque de Crillon. Dáse la escuadra á la vela, y á poco andar padece una tormenta que la pone á riesgo de perecer; pero el mar se calma á los ruegos que los navegantes elevan al cielo. Al fin, caen éstos de sobresalto en la

isla de Menorca y toman á Mahón; mas los ingleses se concentran en la fortaleza de San Felipe y hacen una vigorosa resistencia. El enemigo los cerca improvisando trincheras y valiéndose de los demás arbitrios de esa especie de guerra; los rechaza con denuedo en una salida que hacen por la noche, y ajustados á la postre se rinden y entregan al vencedor.

El plan nos parece sencillo y bien concertado; pero la falta de artificio le hace frío y muy poco interesante. La intervención del dios de la guerra, la tempestad del Mediterráneo y la repulsa que sufren los ingleses en la salida de San Felipe, poquísimos contribuyen á dar variedad agradable al cuadro que el poeta se ha propuesto desplegar á nuestros ojos. Y este defecto no creemos que sea tanto del autor, cuanto de las circunstancias en que escribía, especialmente la de tener delante de sí al Duque y sus compañeros, con multitud de testigos de sus hazañas. ¿Cómo en presencia de éstos habría podido el cantor dilatar su imaginación y llamar en su auxilio todas las imágenes ideales y fantásticas necesarias para amenizar un poema? La demasiada proximidad de los tiempos en que tienen lugar las hazañas que se trata de celebrar; es un obstáculo de gran cuenta en el que fracasa el más fecundo y atrevido ingenio. Opinamos en consecuencia, apoyados en lo que sientan sobre este punto los maestros del arte y en el ejemplo de grandes poetas, que los hechos recientes pueden ser loados en odas, canciones ó cantos de corto aliento, mas no en obras cuya extensión y carácter piden otros medios de desempeño y una extraordinaria fuerza del numen que, favorecido por las misteriosas sombras de los siglos, sea dueño de sí mismo y obre sin trabas de ninguna especie; sólo entonces á más de penetrar libremente en la intrincada selva de la historia entrelazada con la fábula, podrá también volar á los cielos, vagar por los mares y descender á los abismos. No queda pues otro partido que el del lirismo al poeta que desee navegar con feliz estrella en el

revuelto piélagos de los acontecimientos contemporáneos. Así lo comprendió Fernando de Herrera que nos ha dejado sus dos famosas canciones *A Don Juan de Austria* y *A la batalla de Lepanto*, y así lo comprendió también nuestro célebre Olmedo que inmortalizó las glorias de Colombia con el *Canto á Bolívar*. Tanto el héroe español como el americano son dignos de la trompa de Homero; pero Herrera no nació algunos siglos después que el primero, y el vate del Guayas fué testigo ocular de las hazañas de Bolívar y su amigo personal.

Se ha reprobado con harta justicia la intervención de seres mitológicos de que se han valido algunos poetas en sus obras, al mismo tiempo que han dado cabida en ellas el Ser Supremo, la Virgen, los ángeles y santos; pecado del cual es responsable hasta el gran Camoens. Orozco ha caído en él presentándonos al dios de la guerra que trata con Carlos III como un sumiso vasallo, para luego mostrarnos á Jesús y María apaciguando la tempestad, y decirnos que la toma de Mahón se celebró con el sacrificio de solemne misa.

La tormenta descrita en el canto segundo es mal dibujada, descolorida y pobre de las imágenes y conceptos que debe sugerir al poeta un asunto tan magnífico y sublime. Además, apurada la imaginación de Orozco en este árduo punto, ha acudido á las fuentes prohibidas del culteranismo, y en este canto se hallan esparcidos más que en ningún otro los defectos de tan estafalaria escuela. Allí está aquella octava nona de difícil inteligencia; allí ese "antiguo bosque que en su espesura,

Torres vegeta al aire peregrinas;"

allí está la flota "rosando astros con sus antenas;" allí otras muchas lindezas que fácilmente podrá encontrar el lector, en cuyo buen discernimiento fiamos para no dilatarlos citando errores y defectos.

Por desgracia éstos no faltan ni en los demás can-

tos, y no podemos perdonar á nuestro poeta, entre otros rasgos de mal gusto, esta imagen digna del más rematado gongorista:

Mientras que desvelados mis pesares
Bogaban de mis ojos en los mares.

¿Dónde estaba el buen juicio de quien, por otra parte, nos ha hecho saborear la dulzura de la verdadera poesía, cuando escribió estos versos que parecen obra de un cerebro desarreglado?

También se nota que á veces flaqueaba en Orozco el órgano de la armonía, y cantaba versos que no son tales por falta de metro y cadencia musical:

No otro arcano que gratitud encierra...
Recela y teme quedar desposeído....
La tía púrpura agotó sediento....
Por lo que será fácil que yo emprenda....
Ardiendo ve al Mediterráneo en ira....
Le intima desde sus soberbias rocas....

Ni faltan ejemplos de haberse descuidado la genuina significación de las palabras, de lo cual vienen los epítetos forzados, la pesadez del estilo y la impropiedad de los conceptos:

..... La furia del hispano
Que pasó á compasiva de severa,

ha dicho nuestro poeta, olvidando que la *furia* puede amainarse, desarmarse ó desaparecer, mas no llegar á ser *compasiva*. *Furor* y *compasión* son dos ideas que se rechazan, dos afectos del ánimo que no pueden existir en el mismo individuo, y querer convertir el uno en el otro es emprender un milagro que no es dado verificar á la flaqueza humana. Además, no nos parece muy propio el calificativo de *severa* aplicado á la *furia*.

La crítica descontentadiza y rigurosa pudiera detenerse todavía en la disquisición del poema de Orozco, y en ir entresacando de sus octavas unos cuantos otros

errores y faltas de mas ó menos bulto que los ya notados; mas nosotros, haciendo punto á éstos enojosos párrafos, queremos ocuparnos en las muchas bellezas que contienen esas mismas octavas.

El asunto fué tomado exprofeso por Orozco y no cabe que nos paremos á examinarle, debiendo contentarnos con decir que hizo muy bien en aprovecharse de las inspiraciones del momento y del entusiasmo que despertó en la península la hazaña del Duque de Crillon.

Ya hemos dicho que el plan nos parece bien concebido; añadamos que la acción se desenvuelve y llega á su término con naturalidad y sin tropiezo ninguno, mérito sobresaliente en el sentir de los maestros que se arriman al puro clasicismo. En rigor no hay sino un solo personaje cuyo carácter debió ser, y ha sido en efecto, sostenido con maestría: el Duque de Crillon; pero si buscamos otros, encontraremos á Carlos III y á Murray, jefe de los ingleses, y que ambos desempeñan su papel con la nobleza, bizarría y demás condiciones que requieren las circunstancias de cada uno.

No obstante lo que sentamos atrás, hablando de la intervención de Marte, debemos confesar que es delicada y muy poética la idea de hacer que éste designe el personaje á quien se debe confiar el mando del ejército, dando de esta manera término á la vacilación del monarca en este punto. El hombre elegido por el numen de la guerra no puede menos que ser gran guerrero y digno de la trompa épica. Desde el momento en que asoma en la escena con tan felices auspicios, nos parece verle vencedor, cubierto de gloria y deificado; se atrae nuestras miradas y simpatías, y palpitante de entusiasmo el corazón le sigue en todas las fatigas de los peligrosos campos de batalla; le acompaña en los consejos; se recoje con él cuando solitario y meditabundo pasa las horas de la noche en su tienda, coordinando los medios de combatir y de vencer; asiste á sus triunfos, y si sucumbe y muere se postra en su sepul-

cro y derrama lágrimas abundantes como último tributo á su heroísmo y eterna grandeza y gloria.

El genio de Orozco no tenía bastante vigor en las alas para levantarse á la región á que han subido los príncipes de la epopeya: rastreaba á sus pies, y si algunas veces se alzaba á mayor altura, otras rozaba la tierra, pero casi siempre con vuelo impetuoso y con una arrogancia que no conocía obstáculos.

La versificación de la *Conquista de Menorca* es pues por lo general nervuda, robusta, fluida, y, con algunas excepciones, armoniosa y acomodada al objeto de que trata. En ella se refleja más el alma del poeta inspirado, que los conocimientos del artista que versifica. Los pensamientos, sino sublimes y sorprendentes, son por lo común nobles y elevados; hay algunos que respiran una dulce melancolía, como éste, hijo de los recuerdos de la patria.

~ (1)

Como en contrario clima degenera
 No pocas veces desgraciada planta,
 Aun cuando cuidadoso más se esmera
 En su cultivo aquel que la trasplanta:
 Tal mi musa infeliz en extranjera
 Región se vé degenerar, si canta;
 Aura nativa fáltale y con ella
 El dulce influjo de benigna estrella.

Quién pudo escribir tales versos, tenía sin duda el alma muy sensible y el corazón formado para los afectos más tiernos y dulces.

Ya que hemos citado esa estrofa que contiene una natural y bellísima comparación, pongamos otra para probar que Orozco era feliz en el empleo de este inapreciable arbitrio de la elocuencia:

(1) El africano mónstruo coronado,
 Terror del bosque, gravemente herido,
 Sacude la melena, ensangrentado
 Y á combatir de nuevo prevenido:

Bien que no espere en tan fatal estado
 El vencer, casi ya desfallecido,
 Su valor más le ufana en la proeza
 De su gloriosa pertinaz fiereza
 León mas generoso es el hispano,
 Terror universal de las naciones; etc.

Nótese de paso la lánguida entonación de este verso.

El vencer, casi ya desfallecido,
 que pinta el estado del león moribundo.
 Con igual ritmo, hijo del talento y no del estudio,
 dice en otras partes el poeta:

Quando marcial estrépito cual trueno
 El estro despertó que en mi dormía....
 Al ronco rimbombar de un solo trueno...

La imágen que contienen los dos primeros versos,
 nos recuerda agradablemente la del inmortal Olmedo:

El canto silencioso
 Duerme sobre las cuerdas de su lira.

En lo poético de la dicción, en la valentía del decir, en el número y redondez de los períodos, pocos rivales cuenta Orozco en su patria, y quizá el único es Olmedo. Cuando nos acordamos de éste, nos olvidamos de aquel; y esto es muy natural, porque una figura gigantesca puesta en nuestra presencia impide mirar las de menor estatura que están detrás de ella: si miráis desde el sur el Chimborazo, desaparecen del todo los desiguales picachos del Carguairazo, no obstante ser también muy elevados y tener su asiento casi al nivel de aquella mole.

El poema en cuyo examen nos ocupamos, está sembrado de rasgos bellísimos de diversas especies. Hay versos forjados verdaderamente al fuego de las musas; hay granos de oro que atraen la atención y la embele-

san: El Duque de Crillón, valiente y previsor, está en todas partes, atiende á todo y

Pródigo en el valor, del tiempo avaro,
Ni á su propio afanar treguas concede....

El hijo del grande Osuna distinguióse en la pelea y

A los impulsos de su mano airada
Le faltó el campo y le sobró la espada.

Justiciero y discreto el poeta, elogia al enemigo y no lanza contra él ninguna acusación, ningún concepto ni aún levemente ofensivo.

Como el sol que al nublado se oscurece
Y no deja de ser brillante y puro,
Así el britano jefe supo invicto
Mantenerse glorioso en su conflicto.

No puede pintarse mejor el valor y firmeza incontrastable de Murray, que con esta maestra pincelada:

Pues donde él mismo á la defensa se halla
De bronce ó de diamante es la muralla.

Después pone en su boca estas palabras dignas de la nobleza de ánimo de un héroe:

Salvo el honor, ¿qué importa que yo vea
Abrirse las murallas una á una?

Y más abajo exclama el poeta con laudable entusiasmo:

Valor cedió al valor: ¡eterno asombro
Del vencedor y del vencido el nombre!

Esta justicia y miramientos empleados por el cantor del héroe triunfante con los que sucumbieron á sus golpes, es acción moral y noble, digna de no echarse en olvido y que honra en alto grado el buen juicio y rectitud de ánimo del poeta del Chimborazo.

Persuadido éste de que el pensamiento es el alma de cualquier obra sea en prosa ó verso, y de que debe sobresalir y mostrarse bajo las diversas formas materiales usadas por el numen del escritor para hablar al espíritu y al corazón, convencer al uno y mover al otro; se ha esforzado en esta parte del poema, aún dándonos algunas veces filosóficas sentencias adornadas con las seductores flores del Parnaso. Por eso, personificando la guerra en Marte, dice:

De la razón á veces amigable
Y poderoso defensor se ostenta:
No lleva siempre, no, la lamentable
Venta de la ignorancia turbulenta....

Por eso pone en boca del monarca ibero, cuando trata de hacer la elección del jefe de la armada, estos versos que deberían grabarse en la memoria de todo militar que aspira á los triunfos y á la gloria:

Preferir dignamente se debería.
Aquel á quien adorna y ennoblece
La ciencia militar, brillante guía
Sin la cual el valor no resplandece:
Una ciega y frenética osadía
¡Oh cuánto las empresas oscurece!

La ciencia sin valor no desempeña
El crédito de un jefe esclarecido:
El que sin alas en volar se empeña
De necio yerra más que de atrevido....

Por eso esforzando la voz con noble arrogancia exclama:

¿Qué le impide al valor lo insuperable?
¿Tal vez no conseguir? Mas eso es nada
Para quien colocó su propia gloria
En emprenderlo, más que en la victoria.

El mérito de acasos no depende,
Si de los hechos: aún desde la cuna
Hércules mereció con propia mano
El aplauso debido á un veterano.

Al hablar de la tempestad del Mediterráneo, hemos dicho que la paleta de Orozco escaseaba de colores adecuados para esa pintura. Con efecto, no se muestra muy diestro que digamos en esta materia: piensa y siente medianamente, y dibuja y pinta mal. Sin embargo, no carece de tal cual mérito la descripción que hace de Menorca al principio del canto III, y la de la ciudad de Mahón en la octava quince del mismo.

No nos detendremos en las antítesis, á las que es muy aficionado Orozco, empleándolas á veces con oportunidad y gracia, ni en las atrevidas personificaciones, ni en otras muchas hermosas figuras que se encuentran hasta en los pasajes mas viciados y templan el enojoso efecto que éstos causan: presente está el poema que damos íntegro para conocimiento de nuestros lectores, y en el cual pueden hacer su cosecha los que gusten de apreciar los frutos conforme sepan á sus paladares. Por nuestra parte apreciaríamos el poema, aún cuando fuera mucho más defectuoso, y aplicando al poeta uno de sus mismos versos, diríamos que hay gloria

En emprenderlo, más que en la victoria.

Nuestra literatura es harto incipiente y escasa, y desdeñar las producciones de quienes se esforzaron en cultivar su talento y escribir sobre varias materias, en especial antes del presente siglo, sería obra de necesidad ó de locura: sería arrojar el vaso de agua fresca que tenemos á la mano, cuando la sed abrasa nuestros labios. ¡Oh no, no seamos ingratos! Ya que las generaciones pasadas han dejado perderse los partos de nuestros ingenios porque el férreo círculo del absolutismo, asaz estrecho aquende los mares, no consentía volar

libremente el pensamiento, reparemos en parte tanto mal. Hoy somos libres, hoy tenemos imprentas, hoy podemos consagrar á la patria, no sólo el fuego del corazón sino la fuerza creadora de la inteligencia, la luz de la razón, libre ya de las sombras de la ignorancia y del fanatismo, los frutos de la lectura, el estudio y la meditación, y los preciosos granos de oro de los ingenios que nos han precedido, descubiertos por fatigosas investigaciones ó por felices casualidades.

LA CONQUISTA DE MENORCA

CANTO PRIMERO

La elección del Supremo Comandante

I

Musas del Pindo hispano, mis errores
Discretas disculpad, que yo no puedo
A esa cumbre llegar, ni á los honores
Que á vuestras sienes con envidia cedo:
Mal de la docta rama los verdores
Solicitará, pues distante quedo
De ellos, que siendo en su desdén fugaces,
Ni á seguirlos mis ansias son capaces.

II

(A) Como en contrario clima degenera
No pocas veces desgraciada planta,
Aun cuando cuídado más se esmera
En su cultivo aquel que la trasplanta:
Tal mi musa infeliz en extranjera
Región se vé degenerar, si canta;
Aura nativa fáltale, y con ella
El dulce influjo de benigna estrella.

III

Por cuatro lustrós en su obscuro seno
Un letargo funesto me oprímía,
Teniéndome apartado del ameno
Comercio de las musas, de que huía:
Cuando marcial estrépito, cual trueno
El estro despertó que en mi dormía,
Mientras que desvelados mis pesares
Bogaban de mis ojos en los mares.

IV

Del patrio reino la ruidosa fama
El peso aligeró de que oprimido
Vi ya confusa y trémula la llama
Casi apagarse en mí de lo entendido:
El triunfal viva, con que el orbe aclama
Al gran Bertón, aquel estruendo ha sido,
Que hechicero poder de patriotismo
Pudo en mí tanto, que volví en mí mismo.

V

Éste pues entre júbilos me obliga
A divorciar la necia pesadumbre,
Que, cadena de horror, al alma liga
Cuando le ofusca su preciosa lumbre:
Con paz de mi dolor vuelvo á la amiga
Deliciosa estación: si no á la cumbre,
A lo menos al pié: probaré en tanto
Si me hospeda otro vez amigo el canto.

VI

No el místico cristal, que la eminencia
Baña del Pindo, músico risueño,
Libar presumo, no, que en apariencia
De fugaz nieve, incendio es halagüeño:
Ardor más vivo imploro en la asistencia
Del Héroe, de quien canto el desempeño:

Él me influya su ardor; qué así presumo
Que por suyo el acierto será sumo.

VII

Del Duque excelso el inmortal coraje
Y la ciencia me inspiren al intento,
Que unir sabrán en bello maridaje,
La dulzura y terror en mi instrumento:
De délfica deidad con el visaje,
Al numen disfrazar supo sangrienta:
Deba pues de su influjo á la armonía
De Apolo y Marte ser mi melodía.

VIII

Del gran Carlos el alto entendimiento,
(Sol en augusto cielo) cierto día
Cruzó con luminoso movimiento
La extensión de su basta Monarquía,
Bien que viese que de ella el lucimiento
En perpetuo zenit se mantenía,
Darle quiso, con una nueva empresa,
Lucimiento mayor á su grandeza.

IX

Del sublime designio á la medida
No estar ceñido á límites enseña
Su poder en la fuerza desmedida
Militar, en que pródigo se empeña;
A la inmensa riqueza difundida,
Inexhausto el erario desempeña,
Siendo la misma profusión del oro
De su régio esplendor mayor tesoro.

X

Árdua empresa es decir cual fuese á punto
La luminosa armada, que mi acento,
Al cantarla admirable en el conjunto,
Restaura en pasmos su perdido aliento:

En él la admiración encuentra junto
Cuanto con su facundia y fingimiento
Grandiosa en otros inventar podría
Licenciosa y brillante fantasía.

XI

No del feliz Perú preciosas venas
Tantas riquezas á la Europa han dado,
Que excediendo del mar á las arenas
De la gran madre el cuerpo han circulado,
Cuantas son (casi de guarismo ajenas)
Las que regia opulencia ha derramado
Para mayor decoro de la armada
Al árduo desempeño destinada.

XII

Grecia, la antigua Roma, el Othomano,
Y cuanto las historias de eminente
Decirnos pueden del poder humano,
Ceder sin queja deben al presente;
Basta decir: fué empeño soberano
De aquel Monarca sumo, en cuya frente
Aún son corta diadema los imperios
Que ilustra el sol en ambos hemisferios.

XIII

Del aquel monarca invicto y poderoso,
Carlos tercero, el sabio, el admirado....
Aquí suspender debo el armonioso
Acento, reverente y asombrado:
Nadie ignora que asunto muy glorioso
Resalta más que dicho, respetado;
Pues la elocuencia del silencio abulta
El mismo encomio que industriosa oculta.

XIV

Carlos tercero sí, mas sin ségundo,
Vuestra gloria aplaudir sólo callando

Podré con el respeto más profundo.
 Pues que sólo errar mucho puedo hablando;
 Mudo mi labio será más fecundo
 En encomiaros dignamente, cuando
 De vuestros timbres en inmenso abismo
 Zozobra absorto aún el asombro mismo.

XV

Disculpad, como padre compasivo,
 Este mi arrojo temerario y grave:
 A callar el respeto es gran motivo;
 Mas el silencio en tanto amor no cabe;
 Entre amor y respeto decisivo
 El choque fué: mi pecho bien lo sabe:
 Que en él gigantes ambos combatieron;
 Y mutuamente siempre se vencieron.

XVI

De Menorca esculpida en su real pecho
 Lleva el Monarca la indeleble historia,
 A que vió mantener mejor derecho,
 Según publica á voces la memoria;
 Y sabio resolvió que con un hecho
 Más decisivo y digno de su gloria,
 Borrarse de sus héroes el coraje
 El de la cruel fortuna antiguo ultraje.

XVII

Mas en la misma copia prodigiosa
 De campeones, perpleja considera
 La regia comprensión cosa por cosa,
 Y cual de tantos al bastón prefiera:
 De méritos la lid si admira hermosa,
 Crece su duda más: porque pondera
 De cada cual prerrogativas tales,
 Que todos le parecen ser iguales.

XVIII

Equilibrada así la competencia
Estaba, cuando, con prodigio claro,
De Carlos en la augusta residencia
Se dejó ver un personaje raro:
A reprimir su intrépida violencia
No bastando de guardias el reparo,
Libremente sus pasos encamina
Al gabinete en donde al Rey se inclina.

XIX

Su aspecto horror, sus ojos fulminantes
De amenazas y estragos giran llenos;
Sus acentos y voces resonantes
Idioma son de articulados truenos;
Membruda emulación de los gigantes,
Con su gran mole tiemblan los terrenos;
Y oprimidos los pueblos gimen tanto,
Que de sangre en torrentes va su llanto.

XX

Un morrión es la pompa de su frente,
La de su diestra un penetrante acero
Todo manchado en sangre, que caliente
De su sed refrigera el ardor fiero:
Su horrible traje avisa que igualmente
Es de hierro fatal su genio austero;
Pues mostrando el odiar la paz del hombre,
Se jacta de tener este renombre.

XXI

Si á vulgar perspicacia, inexorable
Por su cruel apariencia se presenta,
De la razón á veces amigable
Y poderoso defensor se ostenta:
No lleva siempre, no, la lamentable
Venta de la ignorancia turbulenta:

Tal vez observa bien, como conviene,
La equidad de la parte que sostiene.

XXII

El Monarca muy lejos del espanto
Que al más invicto ocasionar debiera
Tal objeto, lo mira sin quebranto
De su quietud serena y placentera;
Del vestiglo extranjero observa en tanto
Traje, aspecto y divisas: quien pudiera
Ser bien lo advierte, y dícele severo:
¿Qué pretendes aquí, marcial guerrero?

XXIII

¿Cómo ó porqué de mi mansión sagrada
A violar los respetos te atreviste?
¿Tal vez de la más alta y adorada
Suprema potestad Nuncio veniste?
Si tal eres, declara la embajada
Y el fin arcano que en venir tuviste.
¿Quién eres? Del misterio corre el velo,
Y sabe que me rindo sólo al cielo.

XXIV

Marte soy, le responde, aquel terrible
Genio ó Numen sangriento de la guerra:
Esta espada es el yugo que insufrible
Hace gemir el mar, gemir la tierra:
Mi presencia, que os debe ser plausible,
No otro arcano que gratitud encierra;
Pues tengo vinculada yo mi gloria
De las armas de España á la memoria.

XXV

Más que amigo, deudor agradecido
A vuestro grande imperio me declaró;
Mi aplauso por su armas desmedido
En nuevos mundos resonó mas claro:

Mi dominio sin límite extendido
Al del sol justamente lo comparo;
Pues pudo victoriosa su bandera
Las distancias medir de su carrera.

XXVI

Con ruidoso silencio los anales,
Con muda voz los ricos monumentos,
En tinta y bronces hacen inmortales
Del brazo ibero insignes vencimientos;
Testigo soy, y afirmo que son tales
De sus héroes los hechos y portentos,
Que en valor sin igual y en la constancia,
Hacen del reino una común Numancia.

XXVII

Se dilata en dos mundos poderoso
De vuestros campeones el heroísmo,
Sosteniendo el imperio más famoso,
Donde mayor me encuentro yo á mi mismo:
¿Qué mucho que solícito y ansioso
De mi gloria mayor en el abismo,
Me ostente de fiel Marte, que en su empeño
Haga mi gratitud el desempeño?

XXVIII

Minerva como yo, como yo Astrea
Reconocen su deuda cual conviene.
Y grata cada cual se lisonjea
En el sumo esplendor que por vos tiene:
De valor, ciencia y equidad pelea
El poder triplicado, de que os viene
Gloria inmortal, no halago de fortuna,
Luz permanente, no esplendor de luna.

XXIX

De luna que al esmero de favores
De quien su gala argenta é ilumina,

Crece; y cuanto más crece en esplendores,
Tanto más á la mengua se avecina:
No así cuando resaltan los primores
De una fuente de luz que no declina,
Como la vuestra, que perenne crece
Por sí misma, y dos mundos esclarece.

XXX

Dijo; y con agradable cortesía
El grande Carlos reconoce en Marte
La atenta y obsequiosa bizarría
Que al reino encomios liberal comparte;
Viendo pues que propicio le sería,
De su indecisa duda le dá parte,
Haciendo que por justo y por severo,
Fuese su fiel privado consejero.

XXXI

Veniste, dijo, al tiempo que mi idea
En tantas dudas más que detenida,
Ya se confunde, ya se lisonjea
En la bella contienda divertida;
El mérito sublime la recrea
De mis héroes, si bien entretenida
Y suspensa esto mismo tiene á el alma,
A un tiempo en dulce y turbulenta calma.

XXXII

Preferir dignamente se debería
Aquel á quien adorna y ennoblece
La ciencia militar, brillante guía
Sin la cual el valor no resplandece:
Una ciega é intrépida osadía
¡Oh cuánto las empresas oscurece!
Pues que de la ignorancia los arrojos
Son de sí mismos trágicos despojos.

XXXIII

La ciencia sin valor no desempeña
El crédito de un jefe esclarecido:
El que sin alas en volar se empeña,
De necio yerra más que de atrevido;
Así razón, así experiencia enseña
Ser aquel que de ciencia enriquecido,
Del valor no se adorna necesario
Á rebatir el ímpetu contrario.

XXXIV

Arte eximia y valor, los principales
Apoyos que á mis armas dan decoro,
Se elevan en el precio á ser iguales
De la equidad con el mejor tesoro;
De una injusta violencia los triunfales
Aplausos sólo sirven de desdoro:
De Rey justo el renombre mis deseos
Satisfacen más bien que mil trofeos.

XXXV

Cedo esta vez la decisión dudosa
Á tu experiencia y sin igual cordura:
Mi mente inquieta en ellas se reposa
Tranquila y los aciertos asegura;
De mis guerreros en la copia hermosa
Elegirás aquel cuya estatura
Alta en valor, en equidad y en arte
A tí mismo te deje absorto, Marte.

XXXVI

Comprendo bien, ¡oh sabio soberano!
Vuestros designios, dijo Marte, y veo
Que de mil héroes la invencible mano
Llena el espacio inmenso á mi deseo;
Más allá remontada de lo humano
En contemplarla es mi mayor recreo;

Por lo que será fácil que yo emprenda
Hallar al que quereis que me sorprenda.

XXXVII

Mi gratitud atenta se previene
Al desempeño de la empresa, y llama
El mejor testimonio que ésta tiene
En el grito sonoro de la Fama:
Cuanto de Euròpa el ámbito contiene
Pregonera sus méritos aclama;
Y el eco que repite todo el mundo,
Al héroe le señala sin segundo.

XXXVIII

Mi justa aprobación lo solemniza
De gloria sin igual enriquecido;
Pues con ventaja en él junto divisa
Lo que en muchos se admira dividido;
Ni más brillante, ni mejor divisa
Jamás á un héroe tanto ha distinguido
Como la suya, á cuyo sólo nombre
No habrá quien justamente no se asombre.

XXXIX

Valor, ciencia, equidad; son ornamento
Digno del general que se pretende;
Juntas en competencia, á vuestro intento,
Las descubro en aquel que me sorprende;
Entre sí cada cual el vencimiento
Y bello exceso en amistad contiene;
Eximias y sublimes en su altura
Solemnizan del héroe la estatura.

XL

El vuelo de sus méritos excede
Con sus remontes la más alta esfera,
Á donde apenas acercarse puede
La idea más fecunda y lisonjera;

Á sus prerogativas se concede
Que si elevar alguno se debiera
Entre los semidioses por guerrero,
El Duque de Crillón fuera el primero.

XLI

Este es sabio Monarca, el valeroso
Campeón que Providencia os lo previno;
A su diestra librad vuestro reposo,
Pues que de Marte fiel os lo destino:
Comprobará más bien el venturoso
Éxito cuanto mi elección convino,
Y quedarán mis grandes expresiones
Inferiores del Duque á las acciones.

XLII

Su rubor generoso se querella
Que á su modesta frente le es deforme
De sus encomios la corona bella,
Que le tejió verídico mi informe:
De sí mismo se queje; pues que de ella
Atestiguan sus hechos ser conforme
Al mérito, que al par que la merece
Él mismo se confirma y se encarece.

XLIII

El bastón de supremo comandante,
Para la empresa de Menorca quiero
Por mí mismo poner en la triunfante
Mano del que más digno considero;
Esta mi dignación será bastante
Á descifrar mejor el verdadero
Aprecio que del grande campeón tengo,
Pues de amigo á servirle me convengo.

XLIV

Dijo; y con pompa airosa gravemente
Rindió obsequio cortez al Soberano,

Protestando, al partirse reverente,
 Ir, por rendido á Carlos, más ufano;
 El monarca no menos sabiamente
 En lo discreto se excedió y humano,
 Viendo que de amistad en el combate
 Vence quien más se rinde y más se abate.

XLV

En la justa elección el Rey pondera
 Retratada su mente con recreo,
 Y con ella gozoso el dar espera
 Cumplimiento feliz á su deseo;
 La difícil conquista se acelera
 El bastón entregando del empleo .
 Al insigne Bertón, en cuya mano
 La victoria asegura el Soberano.

XLVI

El empleo, rendido y obediente,
 Acepta y el empeño en que lo pone
 El guerrero parcial, Numen ardiente,
 Y á mil heroicidades le dispone;
 En alas de su espíritu impaciente
 Abrevia la distancia que se opone
 Á ejecutar con la mayor presteza
 De la Menorca la gloriosa empresa.

CANTO SEGUNDO

La navegación del Mediterráneo

I

En el hercúleo puerto numerosa
 Flota, si de sus ansias retardada
 Y no del tiempo, suspiraba ansiosa
 Por transportar al héroe con su armada;

Cuando Fama festiva y presurosa,
En aurora elocuente transformada,
De un partero esplendor en los reflejos,
Anunció que aquel sol no estaba lejos.

II

Arrebatado cada cual corría,
Á impulsos de suavísima violencia,
Y en éxtasis después se suspendía,
Absorto al esplendor de su presencia.
En tan bella ocasión, ¿quién no querría
Á sus ojos brindar la complacencia
De ver en sólo el Duque los esmeros
Que iguales no verán siglos enteros?

III

La prevenida flota que impaciente
De tardos los instantes acusaba,
Y su misma quietud por displicente
Como insufrible afán la recusaba;
Al ver que en ella el gran Bertón presente
Espíritus fogosos le inspiraba,
Presurosa indultó con las faenas,
De su prisión rugosa á las antenas.

IV

De la región cerúlea sorprendido
El Numen tutelar la causa mira
De su ronco furor entumecido,
Más bien por un recelo que por ira;
Recela y teme quedar desposeído
De la gran amplitud en que respira,
É inquieto en los tumultos de su pena
Romper quisiera el freno de la arena.

V

Sobre su azul instable pavimento
Ve dominar flotantes poblaciones,



Que hacen de débil quilla su cimiento
Y de elevados pinos sus torreones
Con susto las numera ciento á ciento,
Gimiendo de sus altas esenciones
Violada la razón; pues parecía,
Que el mar con ellas casi se perdía.

VI

Como el antiguo bosque en su espesura
Torres vegeta al aire peregrinas,
Emulación frondosa de la altura
Del cielo; que á tocarlo van vecinas;
Como sabe tejer en sombra oscura
Laberintos de riesgos y ruinas,
Donde confuso se halla el pasajero,
En débil cárcel de hojas prisionero;

VII

Así la régia escuadra representa
En densa selva Antheos presumidos,
Cuya erguida altivez á Jove ostenta
Nuevo motivo á sustos desmedidos;
Así cuando intrincada se presenta,
Los espacios cerrando encanecidos,
Robar sabe extendida en sus remotes,
Á cielo y mar sus bellos horizontes.

VIII

De Neptuno en los golfos dominantes
Al asombro espectáculos ofrece
En cada nave, que ciudad andante
Con el tren militar se fortalece;
En alianza vistosa el fulminante
Terror con rico adorno comparece,
Formando el fausto en que el poder se apura
Promontorios de horror y de hermosura.

IX

Cuando festiva de sus galas bellas
Trémula pompa desplegaba al viento,
Esmalte rico á Flora y sus estrellas
Les pudo competir con lucimiento;
Enjambre vago del rubí en centellas
La tíría púrpura agotó sediento,
Y del vario matiz con los primores
Tejido al iris tremoló en colores.

X

Mas cuando formidable en el combate
De horror oculto rasga la cortina,
De bronce bocas mil abriendo bate
A las contrarias naves que extermina:
Del Erebo al profundo las abate
Horrendo impulso de total ruina;
Breves Etnas de hierro en irrupciones,
En llamas y en fragor son sus cañones.

XI

El incansable volador aliento
De Pyrois y de Ethon, más encendida
Formaba la estación, en que aún el viento
Aborta incendios, fragua desmedida,
Cuando la hispana flota al elemento
Líquido se entregó, y en su partida,
Al primer soplo de auras oportunas
Vió robarse el *non plus* de sus columnas.

XII

Poderosa y ufana se pasea
De Thétis por el reino cristalino,
Y al halago del céfiro campea
Vistosa pompa hinchando cada lino:
De Thétis, que si absorta se recrea
En contemplar al héroe peregrino,

Se precia de tener en su hemisferio
Del poder y el valor todo el imperio.

XIII

Cuando rica de esfuerzo y de esperanza
Que superior oráculo le inspira,
Por el hercúleo estrecho más se avanza,
Ardiendo vé al mediterráneo de ira;
Á reprimirla su constancia alcanza,
Por más que horrendo el mónstruo se conspira
En que oprimidos de espumosos montes
Naufraguen aún sus mismos horizontes.

XIV

Fatal el austro con preludio insano
De densas nubes, puso en movimiento
El tranquilo reposo, con que ufano
Tal vez duerme el instable pavimento;
Del helado Trión más inhumano
En los tumultos que abortó el aliento
Del mar, tan alto concitó el olaje,
Que ni á los astros perdonó su ultraje.

XV

Si el estruendo furioso con qué brama
La densa obscuridad, presagia al pecho
Que suerte cruel é inexorable llama
De los hados el último despecho;
No menos ominosa cuanta llama
Intermedia sinuosa en el estrecho
Ligamen de tinieblas, de que flecha
Sierpes de fuego en tempestad deshecha.

XVI

Del Euro y Noto la ira turbulenta,
Del Africo al esfuerzo furibundo,
Avisa á las riberas que amedrenta
Los parasismos últimos del mundo:

Al cóncavo celeste en la tormenta
Intimó vecindades el profundo;
Pues usurpando á Juno los espacios,
Pasó á manchar del cielo los topacios.

XVII

Trágica flota, del fatal destino
Al vario y replicado desconcierto,
Aun el mismo sepulcro cristalino
De tanto afán miraba como puerto:
Lastimoso juguete cada pino,
De procelosa furia al golpe incierto,
Tal vez astros rozó con sus antenas,
Y tal vez con sus quillas las arenas.

XVIII

De súplicas ardientes la armonía
Al sacrosanto Nombre reverente
Apeló de JESÚS y de MARÍA,
Como el mayor asilo omnipotente;
Se humilló de los vientos la osadía,
Avasalló Neptuno su tridente:
Que á tan sagrado nombre por sí mismos
Se rinden cielo, mar, tierra y abismos.

XIV

La forzosa obediencia á tanto nombre,
El aspecto cambió, con que la muerte
Armada de mil modos contra el hombre
Apuró los rigores de la suerte;
El pueblo fiel atónito se asombre
Del excelso poder con que convierte,
Á esmeros de fe viva, el Nombre augusto,
En dulzura la hiel, en gozo el susto.

XX

En los preludios de aquel fausto día
Los purpúreos matices de la aurora,

Del orbe macilento la alegría
Rescataron con perlas que ella llora;
Del oriental rubí la lozanía
Ya más adulta el oriente dora,
Restituyendo al mundo los primores
Que usurparon de sombras los horrores.

XXI

Ya de vivos colores matizaba
Con esplendor más claro y reluciente,
Diestro el solar pincel, que reformaba
Los objetos que borra estando ausente;
Cuando la flota se observó que estaba,
Á pesar del desastre precedente,
Renacida y batiendo placentera
Alas de lino en cristalina hoguera.

XXII

Si de ondas y tinieblas combatida
Acusaba tal vez de su destino
La crueldad y violencia desmedida,
Con que en todo peligro le previno,
Ya con mejor aliento, sostenida
En la experiencia del favor divino,
Al ver el sol y mar tan halagüeño.
Tormenta y sombras tubo por un sueño.

XXIII

No tanto aquel que en opresión funesta
De nocturno fantasma acometido,
Despierto ya, con risa manifiesta
El duro afán que agonizó dormido:
Cuanto esta vez solemnizó con fiesta
Cada cual el peligro ya vencido;
Pues por la realidad de la agonía
Resaltó más plausible su alegría.

XXIV

La reparada flota á velas llenas
De zafir el pacífico sendero
Hollaba, como al són de las sirenas,
Del céfiro al aliento lisonjero:
Vengando así de las pasadas penas
Las inclemencias y tesón severo,
Hácia Menorca, que observó cercana,
Encaminó sus proas más ufana.

CANTO TERCERO

La conquista de la isla

I

En el Mediterráneo se levanta
Una de las Baleares que engreída,
Sujeta y humillada ve á su planta
De las ondas la saña encanecida;
En átomos desecha la quebranta
Su robusta paciencia envejecida,
Donde espumoso orgullo, como en tumba,
Su propio funeral ronco retumba.

II

Su desmedida mole comparece
Del más bárbaro adorno con las señas,
Pues rebujándose áspera ennegrece
La hórrida gala y fausto de sus greñas:
De mil Tiféos el remedo ofrece
En lo encumbrado de sus rudas peñas,
Cuyos erguidos y diformes bultos
A Jové le recuerdan sus insultos.

III

Organizada en montes su estatura
De Juno en los espacios extranjera,
Usurparse presume por su altura
Los agenos linderos de otra esfera:
Alzándose frondosa su verdura
Sobre las nubes, pretextar pudiera
De Pyrois y de Ethonte la fogosa
Hambre satisfacer vanagloriosa.

IV

Por fértil y abundante su terreno
De Baco y Ceres trono se encarece,
Que acallar puede de delicias lleno
Los melindres del gusto en lo que ofrece:
Del cultivo al prolijo afán ameno,
Feraz y dócil tanto se enriquece,
Que con exceso paga de su parte
Cuanto debió á naturaleza ó arte.

V

Si de frutos y mieses la riqueza
El justo aprecio á su memoria ha dado,
De sus isleños la marcial fiereza
El eco de la fama ha fatigado:
De su brazo certero la destreza
Á naciones guerreras ha enterrado,
Haciendo de armas débiles tal uso,
Que el enemigo se volvió confuso.

VI

Teatro antiguo de la guerra ha sido,
Pues que alternando escenas en cada una,
Con muy diverso traje ha parecido,
Según variable genio de fortuna:
Liberal de laureles le ha ceñido,
Y tal vez de cadenas importuna,

Que inconstante en sus gracias y traiciones,
Fija es sólo en sus propias mutaciones.

VII

Si sola la Britana valentía
Le basta para hacerla formidable,
De ingeniosa opulencia la porfia
Ostentarla presume inexpugnable;
Al tiempo y sus agravios desafia
Y pretende burlar insuperable
De armadas mil el ímpetu y fiereza,
De sus fuertes segura en la firmeza.

VIII

Surta la alegre flota á su destino
De aura feliz al cariñoso aliento,
La tropa presurosa se previno
Al mayor y más árduo atrevimiento;
No la contiene, no, mirar vecino
El vasto promontorio que sangriento
Le intima desde sus soberbias rocas,
Exterminios de fuego con mil bocas.

IX

¡Á tierra! dijo el jefe valeroso,
Que es llegada por fin la feliz hora
Al español invicto y animoso,
Á quien un riesgo extremo le mejora:
Si este abate al cobarde y temeroso,
Este mismo estimula y acalora
Á los que en las hazañas á que aspiran
Hallan la aura vital con que respiran.

X

Dada ya la más sabia providencia
Al gran designio, de común concierto,
Resolvió en la Mezquita la prudencia
El desembarque con feliz acierto;

El sol que declinando, de su ausencia
 Avisaba el forzoso desconcierto,
 Á la tropa empeñó, que no perdía
 Ni un sólo instante de la luz del día.

XI

Por cuanto activo y animoso fuese
 El afán de dar fin á la gran obra,
 Del día con la luz ésta fallece,
 Y aquel confuso en dudas mil zozobra;
 ¿Más qué importa? si claro resplandece
 Exfuerzo superior, que basta y sobra
 Á vencer, más qué pródigo, admirable
 Lo que parece ser insuperable.

XII

Menorca macilenta, bajo el triste
 Lóbrego velo de la noche en tanto,
 De mil trágicos lutos se reviste,
 Cubierta en negro presagioso manto:
 El sol en el ocaso, cuando insiste
 Más denso de las sombras el espanto,
 (Temeridad heroica), que le insulta,
 No teme riesgos de asechanza oculta.

XIII

Seguidme ¡oh héroes de inmortal memoria!
 El jefe dijo, que ésta ser parece
 La tierra en que fatiga transitoria
 Eternos los laureles reverdece:
 De arrebatada heroicidad la gloria
 Su, mejor época al asombro ofrece;
 Y el arrojo plausible que os empeña,
 Más allá de lo humano os desempeña.

XIV

Así influyendo activo sus ardores
 En sus campeones, éstos se encendieron

En tan ardientes iras y furores,
Que á vencer ó morir se resolvieron:
De su ejemplar supremo los primores
Que intrépido valor así emprendieron,
De á su admirable influjo reforzado,
Un nuevo Hércules fué cada soldado.

XV

La ciudad de Mahón que denomina
El puerto principal, yace en un seno
Retirada del golfo que termina
En su planta, besándola sereno;
Contra cualquier asalto predomina
La fuerza insuperable del terreno:
Fuertes, torres, cuatro islas, sin segundo
Su puerto, son justo terror del mundo.

XVI

Mas no del nuevo Marte que en persona
Intrépito acomete con increíble
Arrojo que á su vida no perdona,
Exponiéndola al riesgo más terrible:
Así cuando no bien con luz corona
De los montes la cima inaccesible
El sol, la isla solemne el homenaje
Rindió á su diestra é inmortal coraje.

XVII

Cual desprendido rayo en la altanera
Defensa de los puestos del britano,
Hiriendo y abrazando en su carrera,
La gran Menorca sujetó el hispano;
En solas horas nueve la bandera
Del más invicto y sabio soberano
Triunfante tremoló tales portentos,
Que aun los amagos fueron vencimientos.

XVIII

¡Oh noche! noche no, que mal concibo
 Cuando de sol presente relucía
 Heroico lucimiento más activo,
 Con que el valor á su zenit subía;
 ¿Quién no ve que del Duque el excesivo
 Coraje y ciencia fueron la gran guía
 Que forzó de la noche á los horrores
 Dar á la acción mayores resplandores?

XIX

Pródigo en el valor, del tiempo avaro,
 Ni á su propio afanar treguas concede;
 Ni de un instante el general preclaro
 El desperdicio tolerarlo puede:
 Contra su actividad ningún reparo
 Valer pudiendo, como á rayo cede
 A su rápido asalto prontamente
 El gran poder de la britana gente.

XX

Con su acción memorable ha compendiado
 En el espacio á pocas horas fijo,
 El tardo obrar del tiempo dilatado,
 Y el molesto tesón de afán prolijo:
 De la noche hasta el sol más elevado
 La isla reconoció con regocijo
 A su antiguo Señor, y en cumplimiento
 Hizo de vasallaje el juramento.

XXI

El inclito Avilés, digno guerrero,
 Honor de su nación, con hidalguía
 Mostró que el temple duro de su acero
 A la fragua de Brontes lo debía:
 Este desempeñando su ardor fiero,
 La ciudadela sujetado había,

Haciendo la ventaja de su proeza
Paso avanzado á la feliz empresa.

XXII

Del gran Osuna el hijo hácia Fornela
Se encaminó con ímpetu violento,
Y en árduo trance que á su diestra apela
Hizo más que seguro el vencimiento:
Los fuertes ocupó; rápida vuela
La Fama á publicar que en un momento,
A los impulsos de su mano alzada
Le faltó el campo y le sobró la espada.

XXIII

De tantos grandes jefes oportuno
Fuera aplaudir el mérito preclaro;
Del Estado mayor era cada uno
De maravillas ejemplar muy claro;
De Marte cada cual probado alumno
Ser el mayor parece y el más raro;
Mas siendo igual su bella competencia,
Se equilibra su mútua preferencia.

XXIV

De la fuerza naval los oficiales
De su parte á la acción daban el lleno,
Rayos mil arrojando artificiales
Al ronco rimbombar de un sólo trueno;
Distinguido lugar en los anales
De la nación merecerá Moreno,
Y cada subalterno que á porfía
Aspiraba emular lo que veía.

XXV

Del ocupado émporio el opulento
Desmedido despojo tanto monta,
Que á número cenido no contento
Sobre todo guarisimo se remonta:

La isla duplica un excesivo aumento
 Con la grandé riqueza que ella apronta
 En las navés, pertrechos, provisiones,
 Y en tantos prisioneros escuadrones.

XXVI

Brillante comitiva al templo santo
 Del Dios de las batallas, con grandiosa
 Pompa pasó, donde solemne el canto
 Eco de gratitud fué religiosa;
 Mezclado el regocijo con el llanto,
 Reveló de la llama fervorosa
 El poder invencible, que á los ojos
 Asomó ardiente en líquidos despojos.

XXVII

Del Numen el favor y beneficio
 Solemnizó mejor la más augusta
 Sacra función de incruento sacrificio,
 Placación infinita á Dios muy justa;
 Cuanto por ella al fiel se hace propicio
 Tanto áterra al protervo y tanto asusta,
 Que, si absorto y rendido no se viera,
 Con esta sola acción vencido fuera.

CANTO CUARTO

La toma de San Felipe

I

El general Murray sobrecogido
 Y atónito de caso tan extraño,
 De su propia experiencia aún prevenido,
 Pudo de un sueño imaginarlo engaño:
 ¿Quién jamás comprender habrá podido
 Que al golpe, dijo, precediese el daño?

Mas ¿quién dudarlo puede, si al momento
Del combatir previno el vencimiento?

II

Viendo en la amarga circunstancia dura
Que del tiempo la angustia no permite
Los prodigios obrar de su cordura
Y coraje, que igual á ella compite,
En parte á reparar la desventura
Su marcial vigilancia nada omite,
Por ponerse en estado de defensa
Y tal vez de vengarse de la ofensa.

III

La sorpresa otro arbitrio no le ofrece
Que las fuerzas unir en lo seguro
De los fuertes, que más los engrandece
Inexpugnable de su brazo el muro.
Como el sol que al nublado se obscurece
Y no deja de ser brillante y puro,
Así el britano jefe supo invicto
Mantenerse glorioso en su conflicto.

IV

Con presuroso arrebatado aliento
Entrar de San Felipe al fuerte emprende,
Y su forzoso y grande atrevimiento.
Ni á la distancia ni al peligro atiende:
Así emulando lo veloz del viento,
Con su vuelo parece que le ofende,
Que relámpago fué su ligereza
En ocupar la insigne fortaleza.

V

Allí muestra constante cuanto importa
Escotado el valor de marcial ciencia;
Ejemplar vivo de uno y otro, exorta
Á la más obstinada resistencia;

Guerreros más de cuatro mil conforta
 El ánimo que infunde su presencia,
 Pues donde él mismo á la defensa se halla
 De bronce ó de diamante es la muralla

VI

¿Sabéis, dijo, cual es el enemigo
 Que nos ocupa la isla, cual su fama?
 El orbe absorto y ocular testigo,
 Maravillas sus hechos los aclama;
 Valerosos britanos, ésto os digo
 Por encenderos en aquella llama
 Con que ardiendo lució vuestro coraje,
 Sin rendirse jamás en homenaje.

VII

Á trance extremo, extremo también sea
 Nuestro esfuerzo, nos valga ó no fortuna,
 Y aunque présaga anuncie suerte rea
 El no dejarnos esperanza alguna.
 Salvo el honor, ¿qué importa que yo vea
 Abrirse las murallas una á una,
 Si el Héroe que invencible nos oprime
 Del desdoro con gloria nos exime?

VIII

Dijo; y con ceño ardiente alzar previno
 Un formidable tren á la defensa
 Magnífico Murray, tanto que vino
 Á hacer alarde de su fuerza inmensa;
 Y aunque en su Numen tutelar divino
 Poder no hallaba á vindicar su ofensa,
 Como de la isla sacerdote sumo,
 Hizo á Belona sacrificio de humo.

IX

Al terminar su religioso culto
 El español al Dios de las batallas,

Hallóse revestido por resultado
De nuevo ardor é impenetrables mallas;
Arrebatado luego del oculto
Impetu á desolar va las murallas
De San Felipe, á que en el cerco estrecho
Gima oprimido su último despecho.

X

Cerca de un siglo que la gran Bretaña
Este de armas emporio mantenía,
Sin más derecho que una suerte extraña,
Que vivamente el español sentía;
Sobre tantos esmeros con que España
Prodigio á ser de ingenio lo erigía
Comptiendo el britano á sus primores
Quiso ostentar los suyos superiores.

XI

De armas plaza famosa la decora
Su natural y firme consistencia,
Que mucho más el arte la mejora
Con militar magnífica opulencia;
Como en su centro la firmeza mora,
Como en su solio está la resistencia:
Ármense todos; se arma aún el profundo,
Segunda Gibraltar la admira el mundo.

XII

Sus torres y sus fuertes encumbrados,
Su doble muro, escándalo del arte,
Minas y fosos á Plutón pegados,
Ser regia ostenta del sangriento Marte,
Donde apurada industria en intrincados
Laberintos de bronce se comparte.
A rebatir insultador exceso
Que en su estrago total halla el regreso.

XIII

De San Felipe pues la fortaleza,
Antigua emulación de las naciones
El confin donde apenas de proeza
Portentosa llegaron las acciones,
Al árduo empeño, á la imposible empresa,
Insita de la España á los campeones
Que arrebatados de una noble saña,
A una alta gloria aspiran con su hazaña.

XIV

La peligrosa apenas imitable
Empresa al heroismo reservada
De rendir una plaza inexpugnable,
Censura en vano lengua envenenada:
¿Qué le impide al valor lo insuperable?
¿Tal vez no conseguir? Mas esto es nada
Para quien colocó su propia gloria
En emprenderlo, más que en la victoria.

XV

Una victoria muchas veces pende
De un repentino halago de fortuna,
Cuya necia política suspende
Y frustra los progresos importuna:
El mérito de acasos no depende,
Sí de los hechos: aun desde la cuna
Hércules mereció con propia mano
El aplauso debido á un veterano.

XVI

Llama temeridad, necia osadía,
Quien este asedio á comprender no llega,
Y á vista de la luz del medio día,
Densa tiniebla su pasión le ciega:
Contra la heroicidad y valentía
Tanta dificultad muy mal alega,

Pues esta misma muestra cuánto puede
El que ni al imposible mayor cede.

XVII

(21) El africano mónstruo coronado,
Terror del bosque, gravemente herido,
Sacude la melena ensangrentado
Y á combatir de nuevo prevenido:
Bien que no espere en tan fatal estado
El vencer, casi ya desfallecido,
Su valor más le ufana en lá proeza
De su gloriosa pertinaz ficreza.

XVIII

León más generoso es el hispano,
Terror universal de las naciones:
Mal la calumnia condenó de insano
Su noble empeño de árduas pretensiones;
Poderoso esta vez, robusto y sano,
Bien las puede esperar de sus acciones;
La envidia selle ya su negro labio,
Que el veneno tiznó para el agravio.

XIX

El numeroso campo á quien ordena
Ardor heróico, mas ardor modesto,
Redobla vigilante la faena
De inmenso afán y riesgo manifiesto;
El grande espacio con sus ansias llena
Del árduo triunfo; pues que espera presto
Mirar al golpe de una excelsa mano
Postrado en tierra el imposible ufano.

XX

Si con sólo mirarlo aterra tanto
De rocas el erguido promontorio,
Artificial horror donde el espanto
Levantar supo su mayor emporio;

Al asediante no, que sin quebranto
De su valor, se arroja al más notorio
Peligro del cañón, expuesto al pecho
Más que al fuego voraz, á su despecho.

XXI

Bien es que la razón con freno de oro
Contener sepa este furor que acusa
Del más enorme trágico desdoro,
Del cual necia esperanza no le escusa;
Su obrar por eso, para más decoro,
De arte eminente las industrias usa,
Para que resplandezca en la victoria
De ciencia y de valor igual la gloria.

XXII

Por más que la ingeniosa vigilancia
En tantos Argos dividida hiciese
Al hispano forzosa la distancia,
Á que más impaciente en ella ardiese
Se le acercó, ¡prodigio de constancia!
Circe estupendo, á que el britano viese
Por encanto erigiendo baterías,
Del gran fuerte ocupar las cercanías.

XXIII

La poderosa Circe, á lo que pienso,
Fué del invicto Duque la presencia,
Pues de ella admiro, en éxtasis suspenso,
De portentoso acierto la influencia;
La maravilla de un afán inmenso
Que erigir sólo pudo su asistencia,
Se dice encanto, porque allá se avanza
Á donde apenas fuerza humana alcanza.

XXIV

La obra de los reparos y trinchera,
Perfeccionada sobre peña viva,

Del asombro excediendo la alta esfera,
 Mostró hasta donde un gran ingenio arriva;
 Llegar á más no pudo aquella fiera
 Mole, donde apurada la excesiva
 Industria, daba con afán plausible,
 La norma de vencer un imposible.

XXV

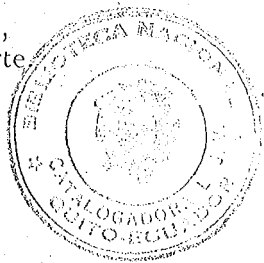
Máquina erguida con flegrea planta.
 De marcial aparato revestida,
 Descomunal terror se alza y levanta
 Á abortar exterminios prevenida;
 El coraje enemigo se ve en tanta
 Consternación y pena desmedida,
 Que palpando ruinas, encarece
 Que más su asombro que su riesgo crece.

XXVI

Dirigióse la empresa portentosa
 Con tal valor, actividad y ciencia,
 Que á despecho de fuerza prodigiosa
 Imposible hizo ver la resistencia;
 Valeroso Murray, disculpa hermosa
 Os ofrece la fuerte competencia:
 No ya vulgar valor, ni vulgar arte,
 Invencible os oprime el nuevo Marte.

XXVII

Su coraje por eso no desiste:
 Pues de prodigios émulo glorioso,
 De mayor fortaleza se reviste.
 Á competir con Marte generoso:
 Con nuevo ardor en abatir insiste
 Del hispano el progreso ventajoso,
 Que rápido avanzándose al gran fuerte.
 Se aceleraba á decidir su suerte.



XXVIII

De un riesgo casi extremo el incentivo
Aviva más de un ánimo valiente
El fuego, que apurado y más activo
Sólo la dilación teme impaciente:
Así el furor britano ardió más vivo
Cuando miró su riesgo ya inminente;
Que en su mayor conflicto parecía
Que de triunfante insultador hacía.

XXIX

Tal se mostró de intrépida su saña,
Que presumió salir de lo seguro
Del reparo, juzgando á tanta hazaña
Que de su pecho le bastaba el muro;
Por la siniestra al campo por extraña
Furia acomete, bajo el manto obscuro
De la noche, y ve claro ser su proeza
Necia temeridad y loca empresa.

XXX

De aquella parte el venturoso Caro,
Al comando feliz del gran Cifuentes,
Tan veloz oponer supo el reparo,
Que burló los arrojos insolentes;
Precipitada fuga fué el amparo
Que libró á los britanos combatientes
Del brazo triunfador, que en sus amagos
Anticipaba al golpe mil estragos.

XXXI

Corta hazaña juzgando el Héroe hispano
El rechazar á su enemigo fiero,
Lo persiguió en su fuga, mas en vano,
Por que le hizo el temor más que ligero:
Así salvarse pudo de la mano
Alzada ya, con qué furor guerrero

Lo forzaba al extremo de la suerte
Con el impulso de una horrenda muerte

XXXII

Entre tanto en los fuertes más activo
El desempeño militar ardía,
Cuyo furor constante y excesivo
No ya valor, despecho parecía;
Contener presumiendo el ardor vivo
Del campo, que perenne fuego hacía,
Hizo también al suyo que incesante
Emulase las iras del Tonante.

XXXIII

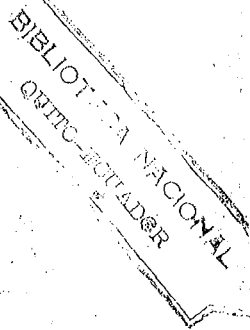
De fuego, estruendo y humo al gran insulto
Con vaivenes y sombras el terreno
Los estragos sintió, cual si en oculto
Se hallara de Pluton lóbrego seno,
Á Aqueronte á rendir llegó el insulto,
Porque teniendo el lago Estigio lleno,
Tantos reclutas le mandó la Parca,
Que apenas pudo transferir su barca.

XXXIV

El residuo, del arte defendido,
Que todavía el ofender pretende,
Aun de cóncavas rocas protegido,
Del hispano furor mal se defiende:
El vivísimo fuego dirigido
Á sus lóbregos senos lo sorprende,
Y al despecho de angustia repetida,
Se vé forzado á sepultarse en vida.

XXXV

Como cuando preñez de oculta mina
Aborta de su seno embrión tremendo,
Haciendo que se sienta la ruina
Anticipada al estallido horrendo;



Así esta vez el campo que se obstina
Contra la plaza, á su fragor y estruendo
Anticipó el estrago, y furibundo
Desquiciár de sus ejes quiso al mundo.

XXXVI

Con diestra dirección contra la plaza
Esfuerzo irresistible se replica,
Que de lástimas puebla cuanto arrasa,
Y de horror una escena reedifica;
Hierro exterminador, fuego que abrasa
Y parca que mil vidas sacrifica,
Hacen ya que en su trágico quebranto
Exceda el daño al desmedido espanto.

XXXVII

Á los fuertes de bronce mal seguros
Tanto avanzarse ven el ardor fiero,
Que abriéndose en mil bocas ya los muros.
Lamentan el estrago lastimero;
Bien que resistan aún, peñascos duros,
Fuerza es ceder al sin igual esmero
De más que humana, superior violencia,
Que hace inútil ya toda resistencia.

XXXVIII

Por suspender estragos, á un humano
Pacto de rendimiento la bandera
Blanca calmó la furia del hispano,
Que pasó á compasiva de severa,
Fuertes y plaza le rindió el britano,
La guarnición quedando prisionera:
Valor cedió al valor: eterno asombro
Del vencedor y del vencido el nombre!

XXXIX

Duque excelso, inmortal será la gloria
De vuestro invicto brazo poderoso,

Y á la futura edad vuestra victoria
Será con pasmo ejemplo luminoso;
En la imitación no, sí en la memoria
Vivirá siempre un hecho tan glorioso,
Que al gritarlo la Fama sin segundo,
Hallará corta la extensión del mundo.

XL

Á Madrid tornad ya, que ansiosa espera
Dar á vuestra modestia mil sonrojos
Con sus vivas; tornad, que desespera
Por calmar la impaciencia de sus ojos:
Bien sabe que vencisteis, más quisiera
Mirarós arrastrando los despojos
Por los arcos, que augustos y triunfales,
Celebran vuestros hechos inmortales.

XLI

Después de tantos siglos, aún caliente
De Ilión abrasado la ceniza,
Es del argivo nombre un elocuente
Mudo orador que más lo preconiza:
De Ilión más invencible la cadente
Mole, con sus estragos se eterniza
El vuestro, que alzar supo en un momento
Sobre ruina su eterno monumento.

XLII

El digno desempeño sois de Marte,
Prisioneros ilustres escuadrones:
Gloria es vuestra rendir el estandarte,
Espadas y británicos blasones
Vuestra fama inmortal en cualquier parte
Será siempre inferior á las acciones;
Vuestro valor, en fin, cual lo presumo,
Mayor no puede ser porque fué sumo.

XLIII

Á vosotros, felices acreedores
Del paterno esplendor que á sus prolijos
Hechos queriendo ser competidores,
Mostrásteis ser del Duque dignos hijos,
Á rendiros no alcanzo yo mejores
Plácemes de triunfales regocijos,
Que con decir: subid á donde alcanza
Del Padre excelso la alta semejanza.

XLIV

En vosotros y el Padre, triplicado
Portentoso fenómeno se admira,
Que de su propio pasmo enajenado,
No llega á comprenderlo quien lo mira;
El más raro esplendor multiplicado
En vosotros á ser prodigio aspira,
Pues no es, no, de un parelio de arboles,
Si del bello conjunto de tres soles.

XLV

Musa, no más, que oscurecer no quiero
Sublimes glorias con mi plectro rudo,
Que, Faeton nuevo, otro solar sendero
Á girar aspiró, pero no pudo:
Por temerario, en triste y lastimero
Desdoro de sí mismo, quede mudo,
Y de su estrago y confusión la Musa,
En el más claro sol halle la excusa.

CAPÍTULO V

EL P. RAMÓN VIESCAS

Ramón Viescas nació en Ibarra por diciembre de 1731. La dulce poesía le arrulló sin duda en esa tierra feráz y alegre, al soplo de sus tibias auras, y cantó el hijo de Imbabura apenas sintió en el alma el fuego de la espontánea inspiración. ¡Oh! bien haya tal docilidad á los mandatos de la naturaleza! El hombre que sigue el camino que ésta le indica cumple su deber, llena su destino, se perfecciona. Ella dijo á Viescas, como ha dicho á otros: Sé poeta, toma la parte que te cumple en el movimiento moral de la sociedad humana. Y Viescas fué poeta, y desempeñó como tal su papel en el teatro de la vida. Si no hubiera procedido de esta manera, si hubiera tirado por otra senda, su nombre se habría perdido entre los millones de nombres de seres insignificantes que todos los días se hunden en la nada.

Viescas en la poesía lírica de aquel tiempo es entre nosotros lo que Orozco en la poesía épica: son, bajo este aspecto, dos genios que pisan un mismo escabel y cuyas frentes corona idéntica rama. No obstante, Viescas es algo inferior á Orozco en el arrebató del decir y en la fuerza y viveza del pensamiento: aquel corre, éste se precipita; pero entrambos se burlan de los obstáculos, pasan sobre ellos y llegan á su fin. Vies-

cas, además, vence con mucho á Orozco en la pureza del gusto y en lo correcto de la dicción, si bien no está en esta parte exento de pecado; sus versos se deslizan con suavidad y gracia: son una fuente que surge y vaga por las praderas, no un torrente que se despeña atronando los valles. Grave defecto es sin duda en un poeta lírico como el vate ibarreño, carecer del fuego que debe distinguir al discípulo de Píndaro y Horacio; pero es lo cierto que nuestro poeta ha suplido esta falta con otras dotes felices que, haciéndonos gustar del encanto propio de la verdadera poesía, nos hace también disculpar fácilmente lo bajo de su vuelo y el son no muy vivo de su lira.

Viescas no era menos feliz en las traducciones que en las obras originales: su imaginación que penetraba las bellezas de la naturaleza, alcanzaba también á comprender y explicar las de las obras ajenas pintadas en otras lenguas; mérito nada común y que bastaría para que le juzgásemos favorablemente, pues sólo un poeta puede traducir á otro poeta con propiedad, limpieza y gallardía, no quien carece de la inspiración de las musas, aunque por otra parte tenga talento brillante y distinguido. Entre muchos ejemplos de esta verdad; podíamos citar á D. J. Gomez Hermosilla que, diestro algunas veces en el criterio y la enseñanza, no acertó á dar á conocer un solo rasgo de la poesía homérica en su fría y descolorida traducción de la *Iliada*. Para hacer buenas traducciones no basta conocer la lengua de la cual se toma una obra y aquella á la cual se la vierte; es preciso por medio de un detenido estudio y de la constante meditación indagar el verdadero carácter del autor original, las circunstancias que le inspiraron su obra, el fin que con ella se propuso y los arbitrios que empleó en el desempeño. El pintor que conozca á fondo las reglas del dibujo y las condiciones químicas de los colores, y piense que con esto ha de poder hacer una buena copia de la Virgen de Murillo, se engaña: para ello tiene que buscar primero á fuerza de medita-

ción el alma del gran maestro, su extraordinaria fé religiosa, su entusiasmo y el éxtasis en que se elevó al cielo para trasladar al lienzo las formas y el misterioso colorido de la belleza ideal. Hermosilla no fué poeta, y por eso tomó el cuerpo y dejó el alma del ciego de Smirna; no pudo elevarse á la mansión de los dioses y dió á su traducción el reflejo de una luz artificial, no la espléndida luz del Olimpo. El italiano Monti fué poeta, y por eso, no obstante su ignorancia del griego, tomó el alma de Homero que no estaba en la forma sino en el fondo del poema, y dió á su versión la luz y la inmortalidad. ¡Oh! como se comprende con tales ejemplos la divina espiritualidad de la poesía!

Volvamos á Viescas. Éste, como muchos poetas españoles y americanos, hacía versos por entretenimiento, por matar el tiempo, como suele decirse, y vaciaba en ellos, junto con las dotes que había recibido de la naturaleza, el gusto adquirido en la lectura; pero no se dedicó al cultivo de la poesía con aquel afán y aquella constancia que emplean los que tratan de cobrar renombre como alumnos de Apolo: poetizaba porque tenía talento para ello y podía sin esfuerzo ninguno aplicar las reglas aprendidas en las aulas á la materia que se proponía tratar. Cuando estas reglas fallaban y él caía en la cuenta de ello, ¡en hora buena! exclamaba sin duda: ¿qué me importa? y dejaba correr la pluma sin detenerse, sin borrar ni una letra, sin cambiar ni una sílaba; ni pensar que sus producciones habían de pasar á la posteridad y ser juzgadas. Nos mueven á pensar de esta manera las faltas y errores que encontramos en esas producciones, escritas por otra parte con tanta soltura y desenfado.

Vamos á los ejemplos. Allá va primeramente una composición que no es traducida, pero que puede ser imitada; no recordamos donde hemos visto algo que se le parece. Sin embargo, creemos que es original en la mayor parte. El cardenal Luis Valenti Gonzaga hace fabricar á sus expensas un magnífico sepulcro al cantor

de la *Divina comedia*, y el vate ecuatoriano finje con tal motivo un sueño y le canta, mezclando diestramente en los versos el elogio de Dante Alighieri con el de Valenti que honra su memoria.

Sueño sobre el sepulcro de Dante

Una vez que, cansado
Con vanas esperanzas el deseo,
Entregué mi cuidado
Y toda el alma en brazos de Morfeo,
Que al punto suspendidos
Dejó con dulce halago mis sentidos;

Libre la fantasía
Del ruido y esplendor con que enajena
Las potencias el día,
Á volar comenzó por la serena
Región de noche umbrosa,
Mientras el alma en dulce paz reposa.

Y soñé que me hallaba
En los campos Elíseos: que su cielo
Nuevo sol alumbraba,
Y verdor nuevo matizaba el suelo;
Al ver sus horizontes
Dudaba si eran soles ó eran montes:

Céfiro lisonjero
Vapor me parecía de las flores;
Cada flor un lucero;
Y anunciaba de tiernos ruiseñores
La sonora armonía
Perenne aurora de un constante día.

Entre tan vario objeto
De asombro y de placer, como triunfante

En ese albergue quieto
Me pareció mirar la alma de Dante:
De aquel Dante divino
Que al Parnaso italiano abrió camino.

Vila allí rodeada
De otras sombras ilustres, que festivas,
Por la región alada
La celebraban con alegres vivas,
Dejando con su acento
Absorta mi alma y armonioso el viento.

El asunto glorioso
Que pude concebir confusamente,
Fué el sepulcro suntuoso
Alzado á sus cenizas nuevamente;
Y que cantaba infiero
Unas veces Virgilio, otras Homero.

Y cuando ansiosamente
Aplicaba á sus voces el oído,
Miro que de repente
De un estro superior Dante embestido
Alza la voz, y en tanto
Dejan los otros su empezado canto:

Oh tú, sublime genio,
(Pareció que empezaba de este modo)
Oh tú, sublime genio,
Gloria de Mantua y aún del mundo todo,
En cuya diestra mano
Puso el bien de la Emilia el Vaticano; (1)

Oh tú, que entre las gentes
Que baña el Tajo y que fecunda el Reno,

(1) El cardenal Luis Valenti Gonzaga, Legado de la Romagna, que comprendía parte del territorio de la Emilia. Esta antigua provincia tomó su nombre de la vía Emiliana que la atravesaba.

Dejaste relucientes
Huellas de tus virtudes; que en el seno
De extranjeras regiones
Perpétuas mereciste aclamaciones.

Tú que, segundo Augusto
Al sabio animas, la virtud fomentas
Y el presente buen gusto
Apoyas, ennobleces y lo aumentas;
Siendo las nobles partes
De tu atención virtudes, ciencias y artes.

A tí, gran mantuano,
(Ya que fué de la edad voraz trofeo
Aquel de Polentano)
Debo el suntuoso y nuevo mausoleo,
Donde el arte y belleza
Sólo vencidos son de tu largueza.

En la obra que erigiste
Del polvo del olvido me sacaste;
Alma á mi fama diste,
Y el sepultado honor resucitaste,
Volviendo á la memoria
De los siglos mi antigua ilustre gloria.

En mármol duradero
Por tí reposan mis cenizas yertas,
Donde ve el pasajero
Imagen viva de memorias muertas;
Y en aplaudir combate
Al artífice, al héroe, al mecenate.

Y tú, madre fecunda
De grandes héroes, inmortal Ravena,
Que fuiste mi segunda
Patria, y alivio de mi antigua pena,

Bendice aquella mano
Que restablecé tu esplendor anciano.

Y para un argumento
De eterna gratitud, en letras de oro,
Se añada al monumento,
Á eternizar su fama y tu decoro
Por toda edad restante,
Reina Valenti donde yace Dante.

Dijo, y entre el estruendo
De fantásticos vivas, lentamente
Se fué desvaneciendo
El pesado vapor que dulcemente
En éxtasis tenía
El corazón, el alma y fantasía.

¡Oh nunca despertado
De tan alegre y dulce sueño hubiera!
Mas al fin he probado,
Lleno de una delicia pasajera,
Que es eco fiel el sueño
De cuanto vigilante piensa el dueño.

Fácilmente se nota lo falso del epíteto de *alada* que se dá á la *región* feliz donde se supone el alma de Dante; la repetición de un verso en la misma estrofa; la impropiedad del epíteto de *yertas* dado á las *cenizas*; aquello de "y en aplaudir combate," por se empeña, porfía, etc., de donde viene que "el artífice, el héroe, el mecenate," son *combatidos* en vez de aplaudidos; el calificativo de *anciano* dado á *esplendor*, y otros lunarcillos, en fin, de esos que se reparan, pero que no detienen las miradas de la crítica por mucho rato, porque están compensados con la belleza del conjunto. Y aún si nos paramos en los pormenores de la poesía que nos ocupa, encontramos á cada paso rasgos sobresalientes ya por la armonía, ya por la verdad del pensa-

miento, ya por la propiedad del colorido en ellos empleado; señales todas que dan á conocer el estro sacro del alma del poeta:

Entregué mi cuidado
Y toda el alma en brazos de Morfeo.....
De aquel Dante divino
Que al Parnaso italiano abrió camino...
De un estro superior Dante embestido.....

Ahí está el poeta, ahí está la verdadera inspiración apolínea, ahí está la índole de los amantes de las musas. ¡Oh, si así poetizaran muchos de los que hoy entre nosotros pretenden ceñir su sien de mirto y rosas! El Parnaso ecuatoriano tendría entonces muchas y bellísimas flores, y cierta gente, celosa enemiga de nuestra gloria literaria, no se atrevería á decir que carecemos de ella, ni á ensalzar los propios ingenios á la par que censura á los extraños, supliendo con la abundancia de versificadores con que cuenta, la falta de los Olmedos, Orozcos, Viescas y Larreas.

Pongamos ahora una pieza traducida, en que el talento del poeta ibarrefío se presenta con no menos desenfado y gallardía.

En las vísperas ya del postrero ataque á la Compañía de Jesús, cuando se habían aglomerado las nubes de la tormenta y el Papa empuñaba el rayo para herirla de muerte, dióse á la estampa una poesía toscana, queja sentida y enérgica exhalada sin duda por algún corazón que palpitaba en el seno de la misma orden, y vertida por Viescas á nuestro idioma.

Nació la Compañía
(Así con voz divina el Vaticano)
Cuando más la heregía
Rayos flechaba con soberbia mano,
Á defender constante
Con su escuadrón la iglesia militante.

Hoy con nueva osadía
Volvió el infierno todo á amenazarla:
Muera la Compañía,
Si acaso es este el medio de salvarla:
Quien la salvó naciendo
Tenga también el mismo honor muriendo.

Mas ¿será por ventura
Ella el nuevo Jonás que deje en calma
La tempestad que aún dura?
¡Ah! qué es dudosa aquesta heroica palma;
Y con un riesgo cierto
No es prudencia comprar un bien incierto.

Rómpase al fin el velo
Donde se esconde una pasión ardiente
Con semblante de hielo;
Y entonces se verá más claramente
Que la intentada ruina
Será el primer efecto de la mina.

Acaso una hidra fiera
Se verá (puede ser) infaustamente
Desplegar su bandera,
Con dentado infernal y erguida frente,
Hecha fatal alianza
Con la envidia, interés y cruel venganza.

Y como que ha esperado
Oportuna ocasión para su intento,
Cuando la haya logrado
Querrá turbar con venenoso aliento
Desde el profundo abismo
El imperio y la iglesia á un tiempo mismo.

Desatinada empresa,
Delirio, bien lo sé; pues asegura

La divina promesa
Intacta de la Esposa la hermosura,
Y á pesar del infierno
Siempre firme su ser, su honor eterno.

Por más que proceloso
El mar en cada espuma un riesgo ostente,
El bajel victorioso
De Pedro surgirá seguramente,
Deshecha en un momento,
Como leve vapor, su furia al viento.

Será así; mas en tanto
¿Quién enjugar podrá de la afligida
Iglesia el tierno llanto,
Al ver casi á la nada reducida,
Llena de ayes prolijos,
La escuadra ilustre de sus fuertes hijos;

Y á todos conjurados
Á herir en el sagrado de su seno,
A esos hijos amados
Dejando en duda si el mortal veneno
Á ellos sólo comprenda,
Ó á la Madre común también se extienda?

Aunque en bosquejo rudo,
De ella formar una cabal idea
Sólo Rebeca pudo,
Cuando en su vientre fraternal pelea
De su fruto gemelo
Dobló su pena y aumentó su anhelo.

Mas esta madre amante
No muestra en medio de un ultraje acerbo
Airado su semblante,
Antes más blanda en el dolor, la observo.

Herir con dulces quejas
De sus protervos hijos las orejas.

“Amados hijos, dice,
Si acaso alguna luz os ha dejado
Este siglo infelice,
Abrid los ojos, ved aquel nublado
Cuyo fulgor fingido
Es vapor del abismo despedido;

Dad lugar al reflejo
De la verdad que enturbia un ciego encanto,
Mudad vuestro consejo,
Que ya me sobra pena y falta llanto;
Ó á lo menos ¿decirme
No sabréis el motivo para herirme?

Si al veros engañados
Seguir senda fatal del descarrío,
Llena de mil cuidados
Alcé la voz, fué más que amor el mio;
Pues callarse no pudo,
Que aunque es ciego el amor, nunca fué mudo.

Gritos fueron de amante
Que, al ver junto al peligro vuestro sueño,
Os dijo palpitante:
Mirad, hijos, mirad ese despeño.
Si os fué esta voz molesta,
Decidme por piedad ¿qué culpa es esta?

Si mostré resistencia
Por no condescender con vuestro arrojo,
Que con suma violencia
Víctima quiso hacer de injusto enojo
La pobre Compañía,
No lo estrañéis, que al fin es hija mía..

Hija cuyo guerrero
Espíritu divino fué mi escudo
Desde su albor primero;
Pues al ver contra mi dragón sañudo
Se opuso frente á frente
Por defender mi honor ardientemente.

Hija que siempre ha sido
Madre de tantos héroes cuya gloria
Inmortal al olvido
Aún á la ciega envidia fué notoria;
Y á quienes tantos loores
El mundo tributó, cuanto hoy dolores.

Ilustres campeones
Que extendieron mi imperio siempre fuertes
Por inmensas regiones,
Á costa de trabajos y de muertes:
Alejandros segundos
Para cuyo valor faltaban mundos.

Hija, al fin, que enemiga
Del ocio, siempre trabajó constante,
Sin perdonar fatiga;
Y con amor filial é interesante
Se afanaba de modo
Que todo lo abrazaba y lo hizo todo.

El jardín que el Divino
Agricultor ha puesto á mi cuidado,
Del ángulo vecino
Al más remoto tiene mejorado;
Y con fatiga ¡oh cuánta!
Allí ingiere, aquí poda y allá planta.

Con laboriosa mano
Cultiva cuanto encuentra, infatigable,

Del roble más anciano
Hasta el chopo más vil y despreciable,
Debiendo á su cultura
Este inmenso vergel grande hermosura.

Y donde más se esmera
Es en las tiernas plantas que produce
Fecunda la ribera:
En ellas tanto su labor reluce
Que descuellan gigantes
Á ser de mis esferas los Atlantes.

Esta pues hija mia
Que tales brillos de hermosura esparce,
Que en prendas de hidalguía
Apenas hay quien pueda compararse,
¡Ay! cuáles y tiranos
Tratamientos sufrió de sus hermanos!

Como los envidiosos
Hermanos de José vosotros fuisteis,
Hijos, los que furiosos
Á esta hija amada tanto mal hicisteis:
Vuestra envidia se excita
Al ver su vestidura polimita.

Si os dá lugar el humo
Con que vuestro rencor os ha ofuscado,
Mirad que es dolor sumo
Su rostro contemplar desfigurado:
Si poco antes fué bella,
Observadla muy bien, no es más aquella.

Se eclipsó su hermosura
Despareció su honor, su lustre y gloria,
Grabando su amargura
Eterno desengaño en su memoria;

Y en mi brillante esfera
Ya no parece más lo que antes era.

Si fué el objeto hermoso
De la envidia fatal la Compañía,
Ya es hoy un lastimoso
Despojo de la injusta tiranía;
De muchos ultrajada,
Casi sin vida, pobre y desterrada.

Templad, hijos tiranos,
Vuestro rigor. ¡Ay! basta tanto ultraje,
Que al fin sois sus hermanos;
Y puede suceder que así baraje
Los males la fortuna,
Que de tanta miseria os toque alguna.

Y al fin rendida os ruego
Que á tanto llanto derramado ceda
De vuestra furia el fuego,
Y á tal estrago la piedad suceda;
Pues se ha avanzado á tanto,
Que ya sobra el dolor y falta el llanto.

¿Nos detendremos á examinar los defectos de esta pieza, notable por tantas bellezas? ¿Fijaremos nuestra atención en éstas? Bajo uno ú otro aspecto, esto es, ya por el lado malo, ya por el bueno, encontramos á Viescas siempre el mismo: sus pecados literarios son parecidos en todas sus piezas; son consecuencias de los vicios de la época. Sus aciertos son también semejantes, como que emanan de un talento bien desenvuelto y bien nutrido con la buena lectura. El talento se encumbra ó mengua, pero no cambia, y sus partos, cualquiera que sea el mérito que encierren, llevan el tipo que indica su procedencia. No obstante, daremos un voto negativo al estudiado pensamiento que contienen estos versos:

En ellas tanto su valor reluce
Que descuellan gigantes
A ser de mis esferas los Atlantes.

Ni dejaremos inadvertidos y sin castigo esos adverbios acabados en *ente*, enemigos jurados de la robustez y armonía del verso. Pero en cambio llamaremos la atención de los lectores, en especial de los jóvenes estudiantes, por que conviene mucho, á la dicción poética empleada por Viescas, á la destreza y gracia con que expresa los pensamientos y al sencillo é interesante conjunto dado á toda la obra. Debe sobre todo advertirse que no hay vaciedad ni inútil ruido de palabras, sino que cada oración, cada párrafo tiene sustancia propia para satisfacer el entendimiento del lector. Este es un mérito nobilísimo que desearíamos hacerlo advertir siempre que se nos presente en el curso de nuestras investigaciones, por lo mismo que tanto escasea en la mayor parte de los escritores modernos.

No es inferior á la poesía que acabamos de ver la siguiente traducción del francés (1) (cuyo original, así como el de la otra, no conocemos), y escrita con ocasión de la muerte del P. Lorenzo Ricci, entonces General de la Compañía; antes bien quizá se pudiera advertir en esta algo más de vivacidad y nobleza en el sentimiento.

Canción con motivo de haber muerto el P. Ricci en sus prisiones.

Esto es hecho: te mueres,
¡Oh! grande Ricci! La infeliz carrera
De tus amargos días, ya severa
Corta la Parca; pero nunca esperes
Que á tan fatal momento

(1) Más adelante se verá otra versión de la misma pieza, hecha por el P. Juan Ullauri.

Sucedá mi lamento;
 Porque aunque ya extinguida
 Entre mortajas y entre el polvo yerto
 Del sepulcro tu vida esclarecida
 Yace, no lloro; pues que bien advierto
 No debe ser llorada
 Una muerte de tantos envidiada.

Entre los escuadrones
 Que el nombre de Jesús ennoblecía
 Tú militaste un día,
 Uno de sus mejores campeones:
 Fuiste el padre común, el jefe fuiste
 De su escogida tribu: tú seguiste
 Bajo el rojo estandarte
 Sus huellas, sus virtudes;
 Y por eso también fuiste á la parte
 En sus vicisitudes,
 En los trabajos de su adversa suerte,
 Ultrajes y calumnias, llanto y muerte.

Su apóstol tú viviste,
 Y tú mueres su mártir: ¡Oh qué dicha!
 Tal suerte de acabar nunca es desdicha,
 Que es muy dulce morir como moriste.
 Lleno de envidia miro
 En tu último suspiro
 El bello fruto de las aflicciones
 De esta vida mortal: el más brillante
 Blason de tus blasones.
 Acabas por su gloria; mas triunfante
 Hará tu muerte eterna tu victoria,
 Y tus penas preciosa tu memoria.

Vuela, grande alma, vuela,
 Vuela confiada á aquel paterno seno,
 Á ese Dios de equidad que siempre lleno
 De piedades consuela
 Al siervo fiel que ha sido
 Del mundo y de los hombres perseguido,
 Á aquel Dios cuya gran munificencia

Sabe recompensar inmensamente
La apacible inocencia:
Á aquel que, en el premiar omnipotente,
Coloca más allá del firmamento
Junto á su eterno trono al sufrimiento.
De tu ilustre corona
Miro el fulgor: ¡oh cuántos tè han labrado
Los trabajos, gran Ricci, que has pasado,
Resplandores de gloria á tu persona!
Y esos hijos queridos
Que un tiempo divididos
De tu seno, lloraron en el suelo
El común exterminio, y a este día,
Unidos otra vez allá en el cielo,
Con su amoroso padre en armonía,
En la divina esencia
El fruto gozarán de su paciencia.
Mas ¡ay! que todavía
En este valle de miseria y llanto
Queda debajo del oprobio ¡oh cuánto
Pueblo de hijos sin paz, consuelo y guía
De todo bien privados,
Dispersos, desterrados,
En tierra extraña, en peregrino traje;
Un tiempo honor del mundo y al presente
Víctimas de la envidia y del ultraje;
Expuestos al torrente
De los trabajos en que sumergida
Siempre tu alma se vió, se vió tu vida.
Desde lo alto del cielo
No olvides estos hijos, padre amado,
Que al fin fueron porción de tu cuidado
Y grey encomendada á tu desvelo;
Y al Redentor divino
El infeliz destino
De estos humildes hijos representa:
Haz fé de sus combates y sudores:
Que observaron sus leyes: que su afrenta

Sufren, como sufrieron sus mayores;
 Y que pacientes cojen en sus penas
 Las palmas de la cruz á manos llenas.

Por más que su memoria

La calumnia voraz tiznar intente,
 Entre cadenas, como delincuente,
 Muere el gran Ricci con inmensa gloria.

Así morir debía

El jefe ilustre de esa Compañía,

En un siglo perverso

Que oprime la virtud, que exalta el vicio.

Del que imita á Jesús nunca es diverso

El término; pues dá, siempre propicio,

Una muerte triunfante

Al que fué de su cruz participante.

Repetimos que no conocemos el original de esta pieza, y á fé que lo sentimos; pero fácil es entrever el interés con que Viescas conservaría sus bellezas. Quizá la muerte del célebre jesuita que con tanta entereza exclamaba: *Sint ut sunt, aut non sint*, dejando sin réplica á los que le obligaban cambiase el instituto, labró más profundamente en el ánimo de nuestro poeta, que la amenaza de extinción de la Compañía; pues la pérdida de un jefe suele á veces poner en mayor peligro á los que siguen su bando, que el aniquilamiento de la causa misma que defendían; y por esto Viescas, dominado de profundo sentimiento, movido de una pasión más personal, arrebatado por la consideración de las virtudes del héroe perdido para siempre, pudo escribir esas bellísimas estrofas. La atención que puso en conservar el fondo de la poesía, lo que constituye su mérito principal, hizo sin duda se descuidase de la rotundidad y eufonía en algunos versos: lunares que, si desdican de la belleza de la forma, en nada ofenden al pensamiento: el oído no queda satisfecho, pero la comprensión nada tiene de que quejarse. Y luego ¿quién no sabe que al jardinero más experto suelen escapárséle

algunas ortigas que se entrelazan con las margaritas y claveles? maleza que toca por acaso descubrirla á quien no tiene bastante habilidad para extirparla sin maltratar la belleza de las flores.

Pero volvamos á los partos originales del ingenio que nos ocupa; ellos le pintan mucho más bien y nos le hacen conocer más extensamente.

El soneto, género al cual han sido siempre muy aficionados los poetas italianos, fué cultivado con sobrada frecuencia por nuestros compatriotas, llevados á esa nación por consecuencia de la pragmática de Carlos III; mas nunca pudieron hacer adelantos muy notables en la materia, sino que casi siempre, vencidos por las dificultades de este metro, confirmaron la opinión del célebre poeta, que decía haberle inventado Apolo por puro capricho, para hacer rabiar á sus alumnos. El ibarrefío ha escrito algunos, y es de los muy pocos que, sino han llegado á la perfección, no se han dejado á lo menos abrumar de todo en todo por el capricho del dios de la lira. Tratemos de probarlo con algunos ejemplos.

**A la restauración de una iglesia de Ravena,
debida al celo de D. Gabriel de Roca.**

Lloró tu ruina, oh templo de María,
La ciudad reina del Emilio suelo,
Y sumergida en hondo desconsuelo,
Modo de repararte no sabía;

Quando la Iberia generosa un día,
Llena de devoción, llena de celo,
Un hijo suyo, digno de su cielo,
Nuevo Zorobabel, á tí te envía.

“Anda, le dice, oh Roca. Tú el Atlante
Serás del nuevo templo: alza, reforma,
Órnalo todo y hazlo más brillante.”

Él á tanto designio se conforma,
Y con empeño siempre vigilante,
Más firmeza te dió, más bella forma.

Al partir de Ravena para Imola la señora Matilde Cappio, casada con el señor Juan Fuschini.

Despedida de la madre á la hija.

¡Ay! amada Matilde! ¿Con que, el cielo
Á dejarme te obliga envuelta en llanto,
Para estrechar tu nudo sacrosanto,
El materno pospuesto á otro desvelo?
¿Con que, tus prendas que eran mi consuelo
Son la causa fatal de mi quebranto?
Porque eres bella y mi amoroso encanto
¿He de perderte? ¡Oh duro desconsuelo!
¡Hija, Adios! Anda; pero ten presente
Que no en los ojos el amor se anida,
Y aprende á no olvidarme estando ausente.
Tu corazón es grande y sin medida,
Luego pueden caer cómodamente
Tu esposo en él y quien te dió la vida.

Contestación de la hija.

Madre adorada, nõ; ningún momento
Podrá dejar mi amor de ser constante;
Antes bien con la ausencia en cada instante
Irà siempre ganando un nuevo aumento.
¿Viste herida una cierva con violento
Dardo, correr al bosque, agonizante,
Mucho más grave haciendo y penetrante
La llaga con su propio movimiento?
Así yo parto al vivo traspasada
Con la flecha de amor, y en mi retiro
Me siento de dolor despedazada.

Luego aumentarse más mi herida miro
Al paso que de tí voy separada,
Buscando en sólo el llanto mi respiro.

El primer soneto nos recuerda el de D. Leandro Moratín á la capilla de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza. Este, como obra de tan famoso maestro, tiene una soberbia locución poética desde el primero hasta el último verso. El de Viescas, nos atrevemos á creer, si es algo inferior á este respecto, no lo es en cuanto á la gracia y al donairoso movimiento que tiene de principio á fin. Los dos versos con que principian uno y otro son de una entonación tan robusta, que en ambos se echa de ver la maestría de los ingenios que los produjeron. Viescas pudiera haber hecho los de Moratín; éste no habría desdeñado los de Viescas.

Éstos que levantó de mármol duro
Sacros altares la ciudad famosa,

ha dicho el poeta español. El ibarreño ha escrito:

Lloró tu ruina, oh templo de María
La ciudad reina del Emilio suelo.

El segundo soneto nos parece tan bueno, que es difícil encontrar en el Parnaso americano muchos que se le puedan comparar, y en el español, tan abundante de este género de poesía, podría lucir junto á los más celebrados de Arguijo y Arjona, de Moratín y Meléndez. ¡Qué naturalidad! ¡Qué ternura de sentimiento! ¡Qué propiedad y delicadeza de expresión!

En el tercero ha decaído mucho: el primer cuarteto es defectuoso por varios aspectos; el que le sigue, aunque contiene una imágen delicada, ni es nueva, ni su desempeño es de lo mejor, por la anfibología á que dá lugar la colocación de las palabras en los dos primeros

versos. Los tercetos corresponden á los cuartetos. La hija no contestó pues á la madre como debía, ó más bien el poeta no la desempeñó con acierto dejando en todo superior el amor maternal al amor filial. Pero ¡qué! si examináramos el ejercicio práctico de los afectos humanos, ¿no encontraríamos también esa diferencia en favor del corazón de los padres?....

Cuando los jesuitas fueron extrañados de los dominios de Carlos III, y muchos compatriotas nuestros fueron con tal motivo á residir en Italia, y habiendo sido suprimida su orden seis años más tarde, se suscitó entre los individuos que la habían compuesto una acalorada disputa: unos desesperaban del restablecimiento de la Compañía; otros por el contrario, le creían posible. Tristes y desconsolados los primeros, y conformes y alegres los segundos, abrieron una liza poética en la cual expresaban sus contrarios pareceres, fundados en las razones que cada cual tomaba de las circunstancias actuales. *Calvaristas* se apellidaban los que creían en la abolición perpetua de la orden, y *taboristas* los que esperaban en su resurrección. En esta contienda se presentó Viescas con el título de *Musa escéptica*, pues no se avinó con las ideas de ninguno de los dos bandos, y yacía envuelto entre mil dudas, ó *metido en el Limbo*, como decía. Sonetos, décimas, seguidillas y otros metros fueron las armas que se emplearon en la lid, debiendo notarse que fué moda entonces, seguida por varios de los contendores, comenzar con uno ó dos sonetos, á manera de prólogo, desenvolver los argumentos en centenares de décimas y terminar asimismo con otros dos ó más sonetos.

Las décimas alcanzaron tanta boga que se las empleaba en lo serio y en lo burlesco. El P. Velazco, habiendo leído una obra mística que su correligionario Lozano semetió á su censura, le decía:

Soy también de la opinión
Que el metro proporcionado

Para asunto tan sagrado,
Sólo las décimas son.

Que á Dios se debe cantar
En salterio de *diez cuerdas*.

Y después le censuraba que hubiese cambiado de metro al fin, y le aconsejaba la corrección de esta parte de la obra. Hoy en día las décimas han caído en desuso, y sólo se las emplea en algunos epigramas, para los cuales tiene condiciones ventajosas; ó se las halla en boca de los copleros que gustan de ellas para pintar sus conceptos triviales en felicitaciones de cumpleaños y matrimonios.

El P. Viescas, como muchos de sus contemporáneos, escribía décimas con una facilidad admirable, y la pieza que de él encontramos en la contienda de los *calvaristas* y *laboristas*, cuenta nada menos que sesenta y cuatro de estas estrofas. Hay algunas que tienen mérito por el pensamiento y por el donaire de la forma. Cumple á nuestro intento que hagamos conocer unas pocas muestras.

Con sentimiento profundo
En el destierro me estoy,
Y por Dios cargando voy
La cruz que me ha puesto el mundo;
Y aunque cielo y tierra inundo
De gemidos y de llanto,
Me parece en el quebranto
De este mi infeliz destierro,
Todo corazón de hierro
Y de mármol todo santo.

Yo me esfuerzo, yo me animo
Á sufrir lo que me toca,
Y con la risa en la boca,
Dentro de mi pecho gimo:
Con la soledad me oprimo,

Con el mundo me disgusto,
 Con las noticias me asusto,
 Con la dilación me amargo,
 Con la esperanza me alargo
 Y con el cielo me ajusto.

.....
 Estoy como en alta mar,
 Donde no se puede ver
 Ni puerto á donde correr,
 Ni escollo en que tropezar;
 Ni aun sabré determinar
 Lo que indica el cataviento,
 Porque en un mismo momento
 Me muestran los siete montes (1)
 Por todos sus horizontes
 Señales de calma y viento.

Y así aunque cueste dolor
 Esta duda, estoy constante,
 Sin dar un paso adelante
 Ni al Calvario ni al Tabor,
 Porque me viene temor
 Que esta grave cruz que siento
 Aumente en vano el tormento,
 Y mis hombros delicados
 Se queden más lastimados
 Con cualquiera movimiento.

¿Al Calvario yo? ¡Qué poco
 Me verán allá en mis días!
 Luego lleno de alegrías
 ¿Me iré hácia el Tabor? Tampoco;
 Que aunque á volar me provoco
 Á su hermosa cumbre, advierto
 Que nunca fué buen acierto
 Antes que el piloto acabe

(1) Alusión á las siete colinas en que está fundada Roma.

La maniobra de la nave,
Quererse meter al puerto.

Aunque al esperar se inclina
Mi corazón, juntamente
Conoce que es muy prudente
Temer una oculta mina;
Y así ni uno ni otro atina
Mi razón filosófica,
Y en el equilibrio tal
En que las cosas se ven,
Ni quiero esperar el bien
Ni quiero temer el mal.

El temor (si acaso puede
Definirlo el juicio mío)
Es como el escalofrío
Que á la enfermedad precede:
Pues de ordinario sucede
Que el que teme con temprana
Anticipación, se afana
Padeciendo desde hoy día
La mitad de la agonía
Del mal que vendrá mañana.

Pues si es tormento el temor,
Si la esperanza acongoja,
El que ni uno ni otra escoja
¿No es el partido mejor?
Quien me mete en el Tabor
Si al fin será acción precisa
Mojar con llanto la risa;
Ni en el Calvario, que fuera
Dar más calor á la hoguera
Para morir más aprisa.

Si temo, mi mal irrito:
Si espero no encuentro fondo;
Más si en mis dudas me escondo,
Ambos escollos evito.

Mi sosiego solícito
 En aquesta oscuridad;
 Que nunca fué necesidad,
 En un golfo sin orilla,
 El meterse en la escotilla
 Por no ver la tempestad.

.

El género burlesco y satírico tampoco fué desconocido por nuestro poeta, y se conservan algunas piezas suyas que muestran bastantes aptitudes para el manejo del látigo poético. Las dos siguientes probarán nuestro juicio. Á la primera, en la cual se ve el intento de imitar el apólogo inglés. *The court of deaht*, le faltan desde luego algunas condiciones para que sea una verdadera fábula: no se la podría someter á juicio de muchachos, según la expresión de Martínez de la Rosa; pero tiene prendas de buena poesía, y creemos que en especial la pintura del mal venéreo está tocada de mano maestra. En la segunda se advierten la fluidez y la chispa que son el alma de esta clase de juguetes, y bien podíamos decir que hay en ella la *difícil facilidad* tan justamente recomendada por Moratín. ¡Qué placer no se siente al leer algunas cuartetas como esta!

El alma siempre en cucullas
 Por el gran frío que siente,
 Ni extender un pié de verso
 Ni elevarse un poco puede.

Los que no son favorecidos por Talía, de seguro que no son capaces de escribir de esta manera.
 He aquí las dos muestras ofrecidas.

La muerte elije su primer ministro.

Cansada ya la muerte
 De sus diarios afanes, y obligada
 De tanto estrago á que por dura suerte

Se ve la humana especie condenada,
Próvidamente un día
En que más la afligía
Tan grave peso, comenzó á buscarse
Algún arbitrio en su feral imperio;
Y pensó descargarse
De la parte mayor del ministerio
Haciendo á alguno de sus más capaces
Y hábiles secuaces
Primer ministro suyo, que atendiendo
Con celo á los negocios principales,
Fuese más expedito, aunque tremendo,
El despacho común de los mortales.

Luego habiendo intimado
Un consejo de estado,
Hizo saber que cada cual viniese
A relatar sus méritos, de modo
Que la elección hacer ella pudiese
Después de examinarlo y pesar todo.

Veis aquí que al momento
Viene infestando el viento
Inmensa turba de asquerosos males,
Guerras, diluvios, terremotos, fuego,
Y cuantas inventaron capitales
Penas los reinos por común sosiego.

Respirando asqueroso
Aliento venenoso
De sus impuras fauces, y el semblante
Lleno de manchas, lívido y funesto,
Con paso vacilante
Y pavoroso gesto,
La peste se encamina,
Llevando en pos de sí, por más espanto
De enteros pueblos soledad y ruina,
El luto y el horror, miseria y llanto.
Viene después exhausta y consumida,
Mostrando la osamenta
Debajo de la piel endurecida,

La tisis macilenta,
Y su mérito expone incontrastable
En jóvenes sin número que fueron
Heridos de su fiebre irremediable,
Y en el primer albor anohecieron,
En ese mismo instante
En hábito galante
Y á la moda vestido,
Más pálida la faz y cojeando,
De llagas carcomido,
Con su media nariz y como ahullando
Del intenso dolor, viene al Consejo
Aquel mal que envenena
Con tan amargo dejo
La causa del placer, aquel que llena
De inválidos el mundo; más con todo,
Haciendo á la francesa un cumplimento
Con un gracioso modo,
En lugar distinguido tomó asiento.
Mas no acabara si prolijamente
Recorrer intentáse cuantos fueron
Hórridos miembros que tan prontamente
A la sala espantosa concurrieron.
Ya todos congregados
Esperaban turbados
La grande decisión. La muerte en tanto
Todo el Consejo al rededor miraba,
Llenando á todos de mortal espanto;
Y como que buscaba
Á alguno, cuidadosa revolvía
De una á otra parte su ominoso aspecto,
Y entre tantos al médico nõ veía
Que á su feroz conspecto
No había aún asomado.
Alzando entonces de su voz tremenda
El eco formidable, "he observado,
Dijo, y es esto lo que más me prenda,
Que el mérito mayor es más modesto.

Mas no será por esto
Defraudado del premio. Sabe el mundo
Cuánto al médico debo: él me ha servido
Con su saber profundo
Sin aparato, ostentación ni ruido
A despoblar la tierra
Más que la peste, el gálico y la guerra.,
Alzóse, y luego con solemne pompa
Fué por primer ministro proclamado
El médico, y al son de ronca trompa
Por todo el grande imperio publicado.
Oh vosotros doctores
Y sabios profesores
De esta arte saludable, no os maltrata
La fabulilla mía;
De médicos de antaño sólo trata,
No de vosotros cuya bizzarria
Y singular destreza
En la arte de curar es hoy de suerte,
Que de naturaleza
Ministros dignos sois; no de la muerte.

**A un poeta que en el rigor del invierno
se ocupaba en hacer versos.**

ROMANCE.

Miro el Pindo arrebozado
Con redingote de nieve,
Y helada en medio del curso
Á la fuente de Hipocrene;
Las Musas en la cocina
Encendiendo un olmo verde,

Y el buen Apolo en la cama
 Hasta las ocho ó las nueve,
 Sin tocar ni aún castañetas,
 Sin cantar ni aún en falsete,
 Se están mano sobre mano,
 Dándose diente con diente;
 Y tú, Fabio, muy sereno
 En tu silla ó taburete,
 Escribiendo que te pelas
 Y haciendo coplas que hierves.
 ¿Eres poeta de lana
 Que tanto frío no sientes?
 ¿Ó es tu vena chimenea
 Que carámbanos disuelve?
 Todo sensitivo gime,
 Todo vegetal muere,
 Todas las aguas se hielan
 Todos los vientos se mueven;
 Lloran el mármol, suda el bronce,
 Y la tierra penitente
 Está entre hielos y escarchas
 Por sus primaveras verdes.
 Desnudo el campo se mira,
 Blanco, pero nunca *ad messen*,
 Y entre obeliscos de hielo
 Yace esqueleto de nieve.
 Pobres y ricos tiritan,
 Mas éstos con pingües vientres
 Les sobra para animales
 Estar cubiertós de pieles.
 Y aquellos que en viles trapos
 Mal del frío se defienden,
 Es mayor el desabrigo
 Que en sus barrigas padecen.
 Como nuevas salamandras
 Los hombres y las mujeres,
 Entre el fuego se recrean,
 Allí comen, allí beben.

Y el pobre presté que corre
En pos de un muerto que hiede,
Después de tiritar salmos
Dice una misa que duele.

Todo el mundo en ocio pasa
Los días que, siendo breves,
Con grande majadería,
Si no hiela, ó neva ó llúeve.

Febo, que es el suspirado
Recreo de los vivientes,
Entre frazadas de nubes
Suele asomar las más veces.

Y aunque en despejado cielo
Á nuestro emisferio asciende,
Apenas dá media vuelta
Se vuelve á su gabinete,

Dejando que las estrellas
Las demás horas gobiernen
Con rigurosos edictos
De obscuridad y destemples.

¿Cómo no ha de ser del mundo
Tan miserable la suerte,
Si le falta la asistencia
De su activo presidente?

Este es el tiempo que llaman
Invierno todas las gentes,
Que en boca de un alemán
Es infierno propiamente.

Y tú en temporal tan fiero,
Quieta y sosegadamente,
En pensamientos te hielas
Y en conceptos te disuelves.

Con el compás del ingenio,
Cual estático Arquímedes,
Estás midiendo la esfera
De tu soberana mente.

Rara frescura, por cierto,
Humor de tan alto temple

Que no se destempla á un norte
Ni á los hielos se estremece.

Tu fortaleza me admira,
Tus romances me divierten;
Pero, con perdón amigo,
El que prometí no esperes.

Porque está tan crudo el tiempo
Y tan helada la fuente,
Que no es fácil que destile
Ningún pensamiento alegre.

Á cada letra se engendra
Un sabañón que me hiere,
Y á cada concepto airoso
Una pechuguera fuerte.

El alma siempre en cuclillas
Por el gran frío que siente,
Ni extender un pié de verso
Ni elevarse un poco puede.

Longanizas muy heladas
Todos mis dedos parecen,
Y no sé que tenga manos
Sino por lo que me duelen.

Así, amigo, Dios te guarde
Para otros tantos dñciembres,
Cuantas son las primaveras
Que en tus poesías viertes.

Es de notarse que no tengamos de Viescas, así como de otros muchos compatriotas nuestros, sino las producciones que dieron en Europa. ¿Cuántas más y de que carácter y mérito serían las que escribieron en el país natal y al fuego del sol ecuatoriano? ¿Cómo podremos creer que sus ingenios esperaron la expatriación y el infortunio para fecundarse? Oh, no! creamos más bien, porque es seguramente la verdad, que sus obras escritas antes de la expulsión han desaparecido. ¡Triste destino de las letras ecuatorianas! Hasta la honra que les prepararon sus legítimos cultivadores

debía ser ultramarina, así como lo es el influjo poderoso que hoy arrolla y vence y avasalla á la mayor parte de los escritores sudamericanos, poetas y prosistas, alejándolos, por desgracia, del camino que le han trazado la naturaleza, las costumbres y las instituciones de pueblos nuevos, tan diversas de las de la vieja y adusta Europa.

CAPÍTULO VI



LOS PP. AMBROSIO Y JOAQUÍN LARREA.

He aquí otros dos poetas paisanos de D. José Orozco; y de cierto no son los últimos que ilustran con sus nombres á la histórica y noble hija del Chimborazo.

D. Ambrosio vino al mundo por los años de 1742, y uno más tarde D. Joaquín su hermano. El primero tiene más fecundidad y mejores dotes de poeta que el segundo; mas entrambos son dignos de aprecio por la versificación generalmente fluida y rica; lo expresivo de las ideas y lo tierno de los afectos.

Habitadores de la pintoresca y seductora Italia, como muchos de sus hermanos de religión, por causa de la guerra que se les movía por todas partes y de su expulsión de España y América, se aficionaron á la lengua de Ariosto y Tasso y versificaron en ella. Antes de la expatriación emplearon sin duda la lengua nativa para el comercio con las musas, lengua para éstas muy agradable y en la cual han oído resonar tantos magníficos cantares en los bosques del Pindo; pero por mucha que hubiese sido la pasión de los dos poetas por la lengua de Castilla, tuvieron que someterse al poder de las circunstancias: cantaban lejos de la patria, canta-

ban en el suelo hospitalario, cantaban para oídos toscanos, y las más de las veces eran también toscanos los asuntos que celebraban. ¿Les acusaremos por tal procedimiento? Sin duda que nos faltan razones para ello, y apenas nos queda asimismo para quejarnos de que no hubiesen consagrado ningún recuerdo á la tierra natal; pues no poseemos todo lo que produjo su ingenio, y por tanto no podemos saber cuáles fueron sus verdaderos afectos. Imposible juzgamos que haya ecuatoriano que no vierta lágrimas y tienda los brazos hacia la patria, bendiciéndola mil veces desde la tierra extranjera. ¡Ah, cuántas veces los hermanos Larreas exclamarían como Orozco:

Aura nativa fáltame, y con ella
El dulce influjo de benigna estrella!

D. Ambrosio, aunque de una manera muy general, mienta á la América en una de sus composiciones. Y esta es precisamente de las que escogeremos entre las castellanas para copiarla en nuestro libro. La escribió con motivo de la muerte de D. Francisco Javier Clavijero, célebre escritor mejicano que indagó é historió las costumbres y grado de civilización del pueblo azteca, antes y después de la conquista de Hernán Cortes.

ENDECHAS

Bella filosofía,
Razón iluminada,
Ciencias las más sublimes,
¿Dónde está vuestra luz? ¡Está eclipsada!
Gracias, Parnaso, Apolo,
Musas desconsoladas,
Las aguas de Aganipe
¿Dónde están? qué se han hecho? ¡Están heladas!

América, delicia
De las más nobles almas,
Tu defensor invicto,
Dime ¿porqué no alienta, por qué calla?
¿Qué es lo que se ha hecho, dime,
La mente soberana,
En cuyo elogio siempre
Quedará corta aún la eterna fama?
¡Ay! que el silencio sólo
Y la sañuda parca
Oigo que me responden:
Aquí yace Javier, aquí descansa!
Murió; pero su nombre,
Cual luz de la mañana,
Á cada instante crece
Y á pesar de las sombras se propaga.
¿Qué es lo que miro, cielos!
Urna, cenizas, llamas;
Minerva que depone
Los laureles al pié de la gran' ara.
Livio que atento mira
La historia reformada,
Y Plinio que lloroso
Hácia la tumba negro manto arrastra.
Ven, América triste,
Y abriendo la urna helada
Mezclen con sus cenizas
Ardiente llanto tus dolientes ansias.
Y mire el peregrino
Esta inscripción grabada
En el funesto mármol
Por mano del amor y de las gracias:
"Clavijero aquí yace:
Su nombre sólo basta
Para hacer su memoria
Eterna en los anales de la fama.
Yace; mas mira atento
Que triunfa aún de la parca,

Pues con sus obras tiene
 Á la rabiosa envidia encadenada.
 Y el siglo de las luces
 Ya pierde la esperanza
 De conservar tal nombre,
 Viendo apagado el sol que le alumbraba.

Se ve por estos versos que D. Ambrosio Larrea maneja su lengua con pureza y el metro con soltura y despejo, aunque á veces flaquea algo la locución poética: Orozco y Viescas tienen más calor y animación. Con todo, en la pieza que acabamos de ver hay rasgos muy bellos que muestran el alma de un aventajado poeta. En especial debemos recomendar las cuatro estancias, desde la que empieza: "¡Ay! que el silencio sólo," hasta la octava. Delicado y hermoso, obra de muy buen gusto nos parece mostrar al lector á Minerva deponiendo sus laureles al pie del ara, y á Plinio arrastrando lloroso su negro manto hácia la tumba. Habríamos querido únicamente que el poeta observase las reglas del clímax, haciendo que la diosa de las ciencias apareciese después de Livio y Plinio, para dar mayor fuerza á la idea, con demostrar que no sólo los sábios, sino hasta los númenes celestiales habían tomado parte en el duelo causado por la muerte del ilustre Clavijero. Muy bueno habría sido asimismo que Larrea diese un tono más sentimental á sus versos, y que moderase algo la hipérbole de la última estrofa.

No carece tampoco de gracia el soneto á Nuestra Sra. de los Dolores, uno de los muy raros que nuestro autor hizo en castellano. Es este:

No al sol la nube afea si le encubre,
 Ni del alba el llorar quita á las flores
 Sus hermosos, vivísimos colores,
 Antes más agradables los descubre.
 Las lluvias más frecuentes en octubre
 Aumentan en el prado los verdores,

Con ellas el jazmín crece en candores
Y la rosa de púrpura se cubre.

Tal, oh Virgen bellísima, tu llanto
Como el tierno rocío de la aurora
Muestra sólo el dolor, muestra el quebranto.

Pero así como el alba cuando llora
Es de los ojos peregrino encanto,
Así el llorar en tí más enamora.

Lo que hay muy digno de recomendarse en Larrea es que hubiese cantado en italiano tan bien, ó quizás mejor que en español. Parece que aquella lengua musical y hermosa no necesita sino la medida del verso para ser la lengua propia de las musas. Con ocasión de la muerte de un arzobispo escribió nuestro poeta el siguiente soneto, que juzgamos muy recomendable por la armonía de los versos, el sentimiento delicado que expresa y la gracia del conjunto:

Chè sento oimè! Dei bronzi il mesto suono,
I gemiti, i sospiri, e quel pallóre,
Chè nei volti s'osserva, segni sono
D' un eccessivo insolito dolore.

Pianto, lutto, silenzio, flebil tuono,
E quei lumi funesti, e quel orrore,
E quel eccelso, ma lugubre trono,
M' avvisano la morte del Pastore.

Veggio funerea tomba già innalzata,
E ah! dico allor, il caro Padre é morto,
Crudèl, ci lo rapí la morte ingrata.

Rivolgo il guardo attonito ed assorto,
E miro allor quell'anima beata
Lieta volar verso il celeste Porto.

Muy bueno nos parece también el soneto hecho para celebrar el nuevo sepulcro de Dante, mandando construir por el Cardenal Valenti Gonzaga:

Del juicio final.

Valle de veritá, valle di pianto
 Ed é pur vér ch' il giorno luttuoso,
 Alla notte squarciando 'l nero ammanto,
 Si lascierà vedere spaventoso?

Dí di vendetta é di giustizia, in quanto
 Sopra tronó raggianti e luminoso,
 Giudice sederá, ma irato tanto
 Che d' ira avvampa 'l volto minacioso.

Sempre mi fá tremar giorno sí orrendo,
 Ma dopò che vi udi, piú mi spaventa,
 I mi par di vederlo piú tremiendo.

Alla turbata mente si presenta
 Valle, reproví, eletti; e qui comprendo
 Che chi non teme, há la sua fede spenta.

Del infierno.

Inferno! Oime, che subitaneo orrore
 Nell 'alma mia s'infonde! Ancor io sento
 Una voce che dice in fondo al cuore:
 Breve piace, eterno patimento?

Presente alla mia pena 'l Dio d' amore,
 Sarà amara cagion del mio lamento:
 Ma lontano da me, che gran dolore!
 E tormento maggior d' ogni tormento!

Disse, ed allor attonita l' udienza
 Si conturba, sospira, s' addolora,
 Sente nuovi pensier di penitenza.

Perdono il peccator piagendo implora,
 Il giusto teme adorno d' innocenza,
 E del Dio grande la giustizia adora.

De la gloria.

Divina ereditá, patria felice,
Pelago d'ogni ben, d' ogni bellezza,
Deh, cara patria, mostra a un infelice
Le porte almen, se non la tua grandezza.

A pellegrin ed a mortal non lice
Altro che contemplar la tua vaghezza:
Esilio é il mondo, e ad esule disdice
L' esilio amar con tanta tenerezza.

Alla patria, alla patria, ch' é pur bella
Ove regna il godér, il puro amore,
Ma oh ciell! ché sento? E chi cosí favella?

Voi, o Signor, che con celeste ardore
E tanta luce, quantá há chiara stella,
Festi veder' la Reggia del Signore.

Mas no es este género de composición el único que, para expresarse en italiano, escogió el vate riobambenino: á continuación ponemos unas tres piezas en versos cortos, y con aquella combinación de graves y esdrújulos que tan bien sienta á la poesía italiana. Todas tres contienen trozos que no podemos calificar de buenos; pero asimismo hay otros que son verdaderamente hermosos y que merecen grande aprecio.

À nuestra señora de la luz.

Canto il piú fulgido
Divino Lume:
Voi assistetemi
Superno Nume:
Si' che s' illumini
D' un raggio ardente
Questa mia mente.

Oh Dio, che sentomi
Rapire 'l cuore!
Che Luce insolita,
Che gran fulgore!
Che volto amabile!
Oh! che beltá,
Che maestá!
Il crin biondissimo,
Aria serena
Fronte piú candida
Che luna piena:
Guardo soavissimo
Ch' il cuor ferisce
E a se rapisce.

Ora noscondansi
Gli astri Lucenti,
Che piú non sembranmi
Qual pria splendenti
Che' in quei bellissimi
Occhi il fulgore
É superiore.

Alba purissima
Del sol foriera,
Deh, trattenetela
Nella carriera:
L' impareggiabile
Chiarore ammiri,
Poi si ritiri!

Ma no, suspendasi,
E attentamente
Ved' il castissimo
Labro ridente:
Poi vegán placide,
E vergognose
Le fresche rose.

Quivi depongano
Fragranza, ardore,
Ed il purpureo

Grato colore:
Ma Musa, arrestati,
Che la pittura
E' indegna, oscura.
Se ti é possibile,
Prendi il pennello
D' Apelle o Zeuside,
Poi pingi quello
Che di piú splendido
V' ha nelle belle
Raggianti stelle.
Dipingi timido
La bianca vesta,
Confuso, estatico,
Deh, non t' arresta
Pingi il ceruleo
Augusto ammanto,
Se pur puoi tanto.
Potrai dipingere
Il bel turchino?...
Tia che lo temperi
Ad ombreggiare
Color si fino?
Com' é possibile,
Se grazia tanta
Sol luce ammanta?
Corperito vedesi
Il Mongibelo
Del suo bianchissimo
Nevoso velo:
Ma se lo illumina
Raggio solare
Ch' il puo affrontare?
Fugge prontissimo
L' occhio al mirare;
Che le pupille
Non puo fissare:

Eppur caligine
É questo monte
Col suo Fetonte.
 Col candidissimo
Paragonato
Manto magnifico
Ch' io hó adombrato:
Ma perché intrepido
Descrivo veste
Tutta celeste?
 Ah se descrivere
Tanta bellezza
Non m' é possibile
Senz' arditezza,
Quel drago orribile
Potessi almeno
Mostrare appieno
 Lo spaventevole
Che sotto il piede
Drago tartareo
Calcar si vede:
Il finto Cerbero
Io ben comprendo
Non é sí orrendo.
 Serpe ch' avvolgasi,
E in cento giri
La sua lunghissima
Coda s' aggiri:
No; comparabile
Non é con questo
Mostro funesto.
 Il suo oscurissimo
Atro colore,
Oh quanto infondecì
Tartareo orrore!
Irate vibrano
Le sue pupille

Saette mille.

Quella terribile
Bocca respira
Foco densissimo,
Che ovunque spira,
Eil fa' difondere
Per l' aria impura
Che tutto oscura.

Il piú mortifero
Manda dal seno
Inesplicabile
Fiero veleno:
Fiato pestifero,
Che sparso appena
Tutto avvelena.

Oh quant' all' anime
Arrecca male
Sol col spargere
Velen fatale:
Ma la Gran Vergine
Colla sua Luce
Fugga quel truce.

Sotto l' angelico
E bianco piede
Tremante, attonito
Ora si vede,
E poi da nobile
Genio celeste
Troncar la testa.

Levargli l' anima
E assiem col cuore
Alla gran Vergine
Madre d' amore,
Offiur Liettissimo
Quel sacro dono
Al pie del trono.

Deh, consolatevi,

Oh peccatori,
 Il pianto tergasì,
 Non piú timori:
 E con fiducia
 Guardate quella
 Raggiante Stella.

Madre amantissima
 Di Luce immensa,
 Che pronta dissipa
 La nebbia densa:
 Che quello Spirito
 Dal sen profondo
 Sparge sul Mondo

Quel chiaro Figlio
Madre di Luce,
 Sino il piú perfido
 Uom riconduce
 A salutifera
 Sicura via,
 Oh Gran Maria!

Oh Madre amabile,
 Che io accecato,
 Solo le tenebre
 Abbia cercato?
 Non piú: la fulgida
 Luce, o Signora,
 Si cerchi ognora!

**Cuando celebró su primera misa
 el P. José Davalos, en la fiesta de Ntra. Señora
 de las Gracias.**

Cetra, che densa polvere
 Ricopre le tue cordel
 In questo giorno scuotansi
 E non rimangan sorde.

S' ascolti il suono placido
In questo dì festivo,
In cui le grazie spargonsi,
Come già l' acque il rivo.

In ogni suono sentasi
Allegro, e dolce eviva;
E questa voce rapida
Sia sempre piú festiva.

S' oda nè gioghi altissimi,
Nell' ime valli ombrose:
Nelle città diffondasi
Piú colte e luminose.

Ma ferma cetra il delfico
Suono, per un momento
Mentre io senta estatico
Nuovo, divino accento.

Mentre ch' osservi attonito
Ostia, Ministro, Altare,
Immacolata vittima,
Ch' é di dolcezza un mare.

E miri ancor lietissimo
In questo nuovo Aroonne,
E l' innocenza amabile,
Ed il candor di Sionne.

E il fuoco placidissimo
Di casto e santo amore,
Che nel suo cor pacífico
Esercita il suo ardore.

Elle virtù ammirabili
Di Fede, e di Speranza,
Di Carità dolcissima,
D' immobile costanza.

Oh Sacerdote altissimo,
Sia il tuo novello stato
Chiarissimo pronostico
Che sei al cielo grato.

E quel divin Prototipo

Di mille Grazie pieno,
 I doni piú reconditi
 Infonda nel tuo seno:
 Vita ti doni prospera,
 Le tue virtù conservi:
 Lontano da' pericoli
 Benignamente servi.
 Ora ricevi affabile
 Questi sinceri affetti,
 Che sono i piú sensibili
 D' amor, e gaudio effetti.

Apología del estío.

Vieni Stagione amabile
 A rallegrar il core
 Del Villanel intrepido,
 Del saggio agricoltore.
 Di quella stagion parlasi,
 Ove da Febo amico
 Co' i raggi suoi s' illumina
 La valle, il monte aprico.
 Risplende il ciel pacifico,
 La terra si riveste
 Del verde suo gratissimo,
 E di smaltata veste.
 Trovan le capre, e pecore
 Pascolo sempre eletto
 Sol che lo sguardo volgano
 Fuor dell' usato tetto.
 E l' agnellino candido,
 Lasciando il niveo seno,
 Già' salta, corre, e fermasi
 Lieto nel prato ameno.
 E l' Usignolo e il Passaro,
 E ancor la Rondinella

I grati giorni applaudono
In metrica favella.

Le quattro età che passano,
Han sua stagiono ognuna:
E' Primavera instabile
L' età che siam in cuna.

E' fiorellin gratissimo,
Ch' ancora non fá frutto
La Gioventú caldissima
E varia quasi in tutto

Come la state placida
Arde, s' infiamma ognora
Risplende come lucida,
E porporina Aurora.

L' età di mezzo é simile
A Autunno ch' abbondante
Chiamato vien Pomifero
Dal rinomato Dante.

L' Inverno assai consimile
Alla cadente etade,
Che vive fra pericoli,
E senza appoggio cade.

Biancheggia il suo crin arido
Come la neve al monte,
S'agghiaccia il vecchio languido
Come nel verno il fonte.

Or se l' Inverno frigido
Somiglia alla vecchiezza,
Chi lasciera' di scegliere
La cara giovinezza?

Si soffre (e' pur verissimo)
Gran caldo nella state,
E par che fiamme aggirinsi
Nel petto rinserrate.

Ma questo é male piccolo,
Che' sempre nelle vene
Serpeggia un fuoco fervido

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-EQUADOR

Ch' il sangue in se contiene.

Se il roseggiante liquido
Un poco freddo viene,
Addio salute prospera
Giá piú non si mantiene.

Perché lagnarsi perfidi
Di state, di calore,
Se sempre abiam vivissimo
Fuoco nel proprio core?

Si suda ognor, savigila,
E tanti animaletti
Fan un penar diabolico
Che mai ci lascian chetti.

Si suda; ma prestissimo
Col moto degli umori
Tutt' il cattivo esalasi
In piccioli vapori

Se non dormiamo placidi
Come nel Verno, al meno
Si vive ancor lunghissimo
Mentre si dorme meno.

E' ver, ch' il gusto perdesi
Di sonno, e d' alimento;
Ma viver si metodico
E' gran medicamento.

La estate di' ch' é orrida
Per piogge, per tempeste,
E per fragori, e fulmini,
E cose piú funeste.

Diró ch' il nauta intrepido
Dopo orrida tempesta,
Non teme piú pericoli,
E par che fá piú festa.

Diró che Febo ascondesi
Avvolto in denso velo;
Ma allor che l' ombre dissipa,
Fá piú ridente il cielo.

Diró ch' i monti sterili
Si trovan piú festosi,
E tutti si ricoprono
Di raggi ruggiadosi.

Diró, ch' il verno tetrico
Mi par cosi funesto;
Ch' il piú nojoso carcere
Non mi saria piú mesto.

Diró, ma al dir s' agghiacciano
Lo frasi ancor nel labbro,
E per cavarle unisone
Vi vuol martello, e Fabbro.

Al fin diró, (s' é lecito)
Si vive in ogni instante
Convulsi come femine
Con quest' umor piccante.

Che fra le piume morbide
Si vive notte e giorno:
Campagne son le tenebre
Di questo bel soggiorno.

Un fiore, un frutto insipido
Non troverai nel prato,
Senza verzura gli alberi
Lungi da Febo amató.

In questa stagion umida
Ea neve si calpesta,
Ch' al sangue introducendosi
Nel corso suo l' arresta.

Or ninfe gentilissime,
Scegliete state, o Verno.
Per me quel vecchio tisico
E' Purgatorio eterno.

De D. Joaquin Larrea no tenemos ni un solo verso en nuestra lengua; ó nunca la empleó en sus cantares, ó ni aún el diligente Velasco, que nos ha conservado hasta las más insignificantes producciones de los demás.

poetas, ecuatorianos ó no, pudo conseguir de su paisano otras muestras que las que tenemos delante en idioma toscano. Lo primero nos parece difícil, y juzgamos más bien que las piezas castellanas, por causas que no se nos alcanza, se ocultaron hasta hacer inútiles los afanes que el compilador emplearía para descubrirlas.

En tal circunstancia no nos queda más arbitrio que presentar al lector unos pocos versos italianos de este autor, consolándonos con la idea de que la honra es siempre ecuatoriana, cuando es ecuatoriano el artifice, aunque sus obras estén vaciadas en ajenos moldes y pintadas con un colorido igualmente ajeno.

Al P. Cayetano Angiolini, jesuita, cuando predicó la cuaresma en Ravena, y al hermano del autor. (1)

Quel Pellegrin, che dopo lungo errare
Per erma valle, o inospita foresta,
Affretta il passo e il piede non arresta,
Il sole già vedendo tramontare:

La chiara face, che già per smorzare
Tremolo lume stá, vibra funesta
Or vivace la fiamma, ed ora mesta,
Ch' ambiguo lume par, già par fumare.

Il sole siete voi: io Pellegrino,
Ch' il passo raddoppiai da ciel Romano,
Vedendo a tramontar il sol vicino:

Voi la Fiaccola chiara, che lontano
Agli occhi invola omai fatal destino,
Dolce Francesco, amabile Gaetano.

(1) D. Ambrosio Larrea, como se ha visto, escribió con igual motivo una serie de sonetos en italiano.

**Á la vocación á la Compañía de Jesús
del joven Popayanejo D. Ignacio Tenorio,
en el noviciado de Rusia.**

Mostrosi já ne' Regni dell' Aurora
Fulgida Stella, o Fiaccola lucente,
Ch' annunzió lieta a' Magi dell' oriente
Esser il Sol divin comparso allora:

In traccia vangli que' reccando ancora
Doni, e Reggie lasciando inmantinente
Cosí a dí nostri, i Regni d' occidente
Di dovizie, e piacer fecond' ognora.

Abbandona in veder Polare Stella
Addittarli Gesù, Nobil Garzone,
Chi valicando mari dietro a quella

Dal ostro corre fin' al, settentrione:
E in tré mistiche Doni, la piú bella
Offre di sé á Gesù pura obblazione.

Al mismo asunto.

Chi della vita al torvido e fermente
Mar s' abbandona, ed in noncale rada
Pone, o Stella Polar non gli fá strada,
Tardi tra l' onde naufrago si pente.

Chi prende a valicar fiume, o torrente
Che gonfio, e rapidissimo sen vada,
S' alla sponda non mira, e all' acqua bada,
Trasportato sará dalla corrente.

Cosí pensava, con sovrano lume,
L'eroe Tenorio, chi ad un tratto schiva
Padre, Mondo, ricchezze, e il lor barlume,
Fatto é 'l uomo pel ciel, (dicea) vi arriva

Chi del Mondo in varcar il mare, o fiume
 Il Porto sol, o sol miró la riva.

Traducción de un epigrama de D. Joaquín Aillón

Maraviglia non é, sia traspasato
 Impunito, da quest', al altro Mondo,
 Quel Carvaglio crudele e furibondo
 Mostro d' iniquità si scelerato.

Ni un supplizio terren proporzionato
 Fú a costui, che l' erario piú fecondo
 Disecc' egli de' vizi, e il piú profundo
 D' Averno col suo Duce há superato.

Quindi per leggi umane ancor vivente
 Ne doveva soffrir, ne men potea
 Pene quaggiú: Sovrana ond' io potente.

Lascio punir Iddio quell' alma rea:
 Benché il púnisca lui immensamente,
 Oltre l' immenso ancor patir dovea.

En la familia Larrea ha predominado desde muy atrás el instinto poético, y si bien los que acabamos de ver son los conspicuos en la materia, luego recordaremos á D. Juan, á D. Benigno de quien no conocemos sino unos pocos versos, y á D. Fortunato que aun se ensayó en el género dramático, y fué notable por la manía de hacer versos del día á la noche para luego arrojarlos á las llamas. Es difícil abrir juicio muy recto de todos tres, por la escasez y poca importancia de las piezas que de ellos se conservan. Mas no nos adelantemos, pues no es este el lugar que les hemos señalado y terminaremos este capítulo con una reflexión que se nos ha ocurrido al recordar á D. Fortunato Larrea. ¿No sería cosa de desearse que muchísimos de los que le imitan en hacer versos sin ton ni son, á la luz del sol

ó de la luna, ó de una melancólica. Lámpara escasa de aceite como de ideas sus cabezas; no sería cosa de descarse, repetimos, y obra digna de todo elogio, que le imitasen también en el tema de quemar sus producciones? ¡Oh qué desahogado de malezas veríamos entonces el jardín de las musas!....

CAPÍTULO VII

LOS PP. JUAN DE VELASCO, JUAN ULLAURI Y OTROS

Formemos un grupo de varios ingenios que no se levantaron á mucha altura, pero que no carecieron de dotes para la poesía. De todos ellos pudiéramos hacer un juicio general, como preámbulo de estas líneas, á saber, que su error principal consiste en no haber hecho la debida disquisición de la diferencia que va de la poesía al verso, y haber confundido lo uno con lo otro. La poesía ha brotado á veces sin que lo advirtiesen los cantores y otras han dejado correr la pluma sin detenerse, con tal de trazar líneas con sílabas cabales y consonantes puestos simétricamente. Este es el origen de esa infinidad de décimas insulsas con que tropezamos á cada paso.

D. Juan de Velasco nació en Riobamba por el año de 1727. De buen talento, de buena instrucción, indagador minucioso de nuestra historia y conocedor de las antiguallas y lengua de los indios, nos era conocido y aun familiar por su *Historia del reino de Quito*, mas nunca por sus obras poéticas, de las cuales no tenía

mos noticia hasta ahora poco tiempo. Con menos credulidad y candidez, con mejor criterio y más lógica, habría sido uno de nuestros escritores más sobresalientes en el género que abrazó; y asimismo con más conocimientos en ortografía y métrica, algún esmero en la dicción y cuidado en la lectura de buenos poetas, para embebecerse en su gusto, pudo haber hecho desarrollar ventajosamente el gérmen de poesía que la naturaleza sembró en su alma. Mas, por desgracia, en punto á su historia, si merece mucho aprecio como narrador noticioso y justiciero, no hallamos al pensador que con juicio recto sabe sacar lecciones provechosas de moral y filosofía de los acontecimientos que presenta al lector; y como poeta apenas nos es dado juzgarle por los dones que poseyó, y no por el empleo que hizo de ellos en beneficio de nuestro Parnaso.

Velasco pulsaba la lira cual la encontraba; sin temprar las cuerdas flojas y con todo el desgaire de quien juega con el instrumento, no con la atención de quien trata de arrancarle armónicos acentos. Cuando por casualidad la hallaba acorde, manejábala como poeta; pero lo común era hacerlo como un vulgar guitarrista, y dando *pifias* capaces de lastimar las orejas de una estatua. Pues ¿cómo, se nos dirá, puede tal hombre ser llamado poeta? Y nosotros nos viéramos sin duda muy apurados con tal pregunta, si en medio de un gran cúmulo de versos malos y chavacanos no hubiésemos encontrado algunos buenos, de esos que solamente los poetas son capaces de producir. Siempre hemos creído que es obra de injusticia condenar lo poco bueno cuando se halla rodeado de mucho malo. ¡Qué! el grano de uva sano y maduro que encontramos en un racimo enfermo, ¿deja por esto de ser grano sabroso al paladar? ¿Quién es capaz de variar su naturaleza? Y la parra que dió el mal racimo junto con el grano bien sazonado, ¿ha dejado de ser parra? El poeta es poeta, y por escaso que sea el número de sus buenas producciones respec-

to de las pésimas, quédale siempre algo que debemos apreciar y encarecer.

Muchas veces lo malo de las obras literarias viene de los vicios contraídos con la mala dirección de los estudios, de los errores bebidos en textos indignos, ó saboreados cual usuales y sabrosos manjares en libros nacidos de indoctas plumas, y del torcido curso que, en consecuencia, se da al propio pensamiento. No hay pues justicia en achacar al ingenio llamándolo romo y nulo, cuando acaso la naturaleza le hizo agudo y apto para cosas buenas, y solo llegó á embotarse porque le trataron mal echándole á rodar por extraviadas vías. Esto, en nuestro concepto, ha sucedido con el P. Velasco (cosa extraña en un jesuita) y muchos otros ecuatorianos, no solo en el siglo pasado, sino en el presente. Buenos ingenios nunca han faltado en nuestro tiempo; pero sí ha sobrado desidia, ha escaseado el amor al renombre de las letras, se han festinado los estudios, no ha habido discernimiento en la lectura, ni empeño ninguno, de parte de los maestros, en formar el buen gusto de los discípulos. Y no hay que asombrarse de esto en nuestros días, porque hemos visto confiada la educación literaria de los jóvenes á preceptores cuyos conocimientos y gusto son más para extraviar á quienes los siguen, que para encaminarlos con acierto. Por fortuna notamos que los PP. Jesuitas observan un buen sistema en la enseñanza, y presentan á los jóvenes fuentes puras en que pueden beber sin recelo ninguno. ¡Ojalá encontraran las mismas después que dejan los claustros del seminario y del colegio nacional!

Veamos ya algunas poesías de D. Juan de Velasco. La siguiente traducida del italiano es la mejor de todas; es el grano de uva bien sazonado del racimo enfermo que nos dejó el autor, y á nuestro juicio hay con esto bastante para que le apreciemos como á verdadero poeta.

**Canción con motivo del destrozo de los colegios
de Boloña,
que precedió á la extinción de la Compañía**

Me estimulas en vano,
Gozzi, á buscar en délfico instrumento
El dulce aonio acento:
De la lira discorde,
Bajo la inepta mano,
No dan las duras cuerdas voz acorde.
¡Culpa del hado! Al dar vuelo atrevido
El estro se desmaya envilecido.
¡Ah! que festiva y quieta
Gusta Febo la mente del poeta,
Y apoyar no se atreve en los deslices
De Ascrea sus cuidados infelices.

Brama con furia abierta
La borrasca que tiene sumergido
El leño ya vencido;
Al cual, con gran coraje
Fié, con veía incierta
En el mar de esta vida mi viaje.
Tranquila la onda hallábase, y sin velo
Serenó reía el cielo;
Bien es que despreciada
De lejos nubecilla levantada
Nuncio fatal se ostenta,
Mas sin indicios de mayor tormenta.

Pero la adversa suerte
Tanto después al mar la rabia aumenta,
Que la nave, aunque fuerte,
Se halla ya sin aliento.
Ve que enlutado el aire anuncia muerte,
Oye mujir el mar, silbar el viento:
Toda se alza de modo

La onda enemiga, que lo vence todo.
El margen retirado
Está, y, con el cuidado
Pálidos los pilotos aturridos
Del largo batallar se hallan rendidos.
Su dolor más profundo
Es que aquel dios del mar, Neptuno mismo,
Le abra al leño el abismo:
Hijo del más ruin barro
Que desde el cieno inmundo
Sale á triunfar sobre el ajeno carro.
¡Perece, oh nave! grita, y con tal arte
La ofende en cada parte
Sacudiendo el tridente,
Que fuga ni descanso no consiente;
Y al leño maltratado
Bárbaro lo destroza por un lado.
Entre tanto la ociosa
Flota de barcas, (en que tú alistado,
Con chuzma vil mezclado,
Ejercitaste el remo)
Serenó el polo goza,
Plácido el mar, ¡oh vituperio extremo!
Y robando riberas cual corsario,
Enriquece su erario;
Y cerca de la vega
A descansar navega;
Y por su empresa en tanto
Gozando está de la sirena el canto.
¿Esta paga debía
Esperar, numen cruel, de tu avaricia?
¿Qué es de la fe y justicia?
Bajo de tu bandera
La amplia nave corría
Del mar hesperio á la oriental ribera:
Ella te engrandeció: tus mares varios
Purgó de impíos corsarios:

Con la sangre vertida
 De sus hijos vió el agua enrojecida;
 Y ella por defenderte
 No ómitió empresa ni temió la muerte.
 De tu reino sonrojo
 Vivirá en calma la villana flota,
 Mientras dispersa y rota,
 Sin su tesoro grave,
 Del sacro injusto enojo
 Víctima acabará la augusta nave.
 ¿Y Júpiter aun calla? ¿No en ardores
 Te abrasa vengadores?
 ¡Ah! mientras hablo, amigo.
 Tifón brama enemigo,
 Y al aire con lamento
 Mis versos y mi voz se lleva el viento.
 Canción, que de repente
 Fuiste entre el agua y tempestad nacida,
 Huye ligeramente,
 Y escondiendo tu faz desconocida
 Á Glaucos y á Tritones,
 Haz que mientras yo llego á salvamento
 No se sientan mi grito y mi lamento.

No obstante las buenas partes de esta poesía, tenemos que notar algunas faltas. Se la ha dado el nombre de *canción*, cuando habría más propiedad en llamarla *silva*, porque no guardan uniformidad las estrofas en la distribución de los consonantes, y porque los versos de siete y once sílabas están arbitrariamente alternados. Toda ella es alegórica, y de esto resulta oscuridad en algunos pasajes; oscuridad que sin duda no habría en el tiempo y las circunstancias en que fué escrita. Toda obra que ha sido desempeñada bajo la influencia de impresiones transitorias, adolece de este defecto al andar de los tiempos. La sublime *Divina comedia* es una prueba de esta verdad: Dante envenenado por el

rencor contra los que le habían perseguido y desterrado, los arrojó al infierno; pero esa pasión debía sepultarse con él y no pasar á la posteridad animando el poema: la obscuridad ha envuelto en su velo impenetrable las alusiones personales.

La fuerza del consonante ha obligado á Velasco á cambiar de género en el sustantivo *margen*:

El margen retirado, etc.

cuando en este caso debió emplear el femenino. Pero no desagrada una licencia, si no obstante se conserva la claridad de la idea. Tampoco dejaremos desadvertido el pensamiento del principio de la estrofa cuarta: después de advertir que Neptuno abrió el abismo á la nave, es muy impropio mostrárnosle triunfante en un carro, como si éstos pudiesen rodar en el mar, imperio de aquel numen. Por último, no quisiéramos hallar entre otros pecados de poca importancia, el calificativo de *grave* dado á *tesoro*, por grande y pesado que sea.

Habiendo ensordecido el P. Velasco, su amigo el P. Ambrosio Larrea le dirigió unas décimas lamentándose de tal desgracia. La contestación fué un romance en que el paciente hizo la apología de la sordera, esparciendo con frecuencia en sus versos la sátira y la salada burla.

Los aullidos de los perros
Y su ladrar me enfadaban,
Así como los chillidos
De los grillos y cigarras,
Al rebuznar los jumentos,
Aunque luego me tapaba
Ambas orejas, sentía
Que los sesos se volteaban.
Ahora no sé si rebuznan
Ó si bostezan ó si hablan,
Cuando tal vez veo abiertas.

De par en par sus quijadas.
Si el pelear de las mujeres
Ó su cacarear de urracas
Me rallaban los oídos,
Y los sesos me rallaban,
Las miro ya sin fastidio,
Y aun me divierto en mirarlas
Abriendo bocas enormes
Y mudas como tarascas.

Si al pasar por plaza y calles
Casi siempre me indignaba
Aquí oyendo maldiciones,
Allá votos y amenazas,
Más allá pleitos y voces,
Más acá un grito ó risada,
Y por todas partes siempre
Sucias, groseras palabras,
Al presente en todas partes
Hallo un silencio que encanta,
Y me parece que miro
Una ciudad encantada:
No oigo más murmuraciones,
Ni estropear la ajena fama,
Ni que de mí digan otros
Vituperios ó alabanzas.

Entre los grandes tormentos
Que antes me martirizaban,
Era el más intolerable
El de las visitas largas;
Porque hay ciertos majaderos
Que aborreciendo sus casas
Andan siempre en las agenas
Hechos gateras de plaza.
Estos que suelen tener
De acero ó bronce las nalgas,

Y saben calentar sillas
Hasta volverlas una ascua;
Estos que siempre hablan mucho,
Mas siempre sin decir nada,
Si á visitarme se tientan,
Dicen: es sordo, y se pasan.

¿Qué importa que del mendigo
No perciba las plegarias,
Si le doy, cuando yo puedo,
Sólo con verle la cara?
¿Qué importa que á las iglesias
Á oír sermones no vaya,
Si yo leo en mi aposento
Los que me importan y agradan?
¿Qué importa que yo no asista
Las tardes y las mañanas
Á conversar con los nuestros
En el portal ó en la plaza?
¿Qué el no oír las novedades
Que allí siempre se relatan
De mil frívolos sucesos
Que no interesan en nada,
Ó de los cuentos pueriles
De cuanto pasa en las casas,
Ó de noticias que vienen
Casi siempre todas falsas?
¿Qué importa, digo, que no oiga
Mentiras y pataratas,
Si cuando quiero las leo
En las gacetas y cartas?

Habla después el poeta de la manera ventajosa con que suplen los libros á la conversaci3n de las personas instruidas, y pintando luego la multitud de mendigos, petardistas y ladrones que dice infestan la Italia y persiguen y molestan á todo el mundo; continúa:

Estas terribles Harpías
Cuando yo sordo no estaba
Me hicieron de oreja á oreja
Algunas burlas pesadas.
Y has de estar en la advertencia
Que las hay de todas castas,
Aun con mantillón y cofia
Y con peluca empolvada;
Con traje de peregrino,
De capuchino con barbas,
De ermitaños y de prestes,
Y de otras variadas trazas;
De vergonzantes aun más
Que encubiertas, descaradas;
De doncellas que péligran,
Ó más bien de *escarramanas*;
Mas de todos y de todas
Ya me hallo libre, á Dios gracias,
Y en estado de burlarme
De sus astucias y garras.
Luego que alguno me embiste
Y llegó á entender su trama,
Le doy noticia de hallarme
Tan sordo como una tapia;
Si se empeña en aturdirme
Gritándome cara á cara,
Le digo que no se canse,
Porque no le oigo palabra;
Y si por escrito quiere
Expresarme su demanda,
Le pongo pluma y papel
Sin la menor repugnancia;
Mas viendo después lo escrito
Reniego contra la Italia,
Por su pérfido carácter
Que entiendo menos que su habla.
Con este eficaz conjuro,

Perdida toda esperanza,
Sin decirme á Dios, el diablo
Hediendo sale que rabia.

Viene después un gran elogio de la sordera, y el deseo de que el amigo á quien se dirige el autor, goce algún día de tamaño beneficio:

Es la sordera un colete
Que no le penetra bala,
Y contra muchas traiciones
Una fiel guardia avanzada;
Es remedio universal
De gran virtud y eficacia
Contra infinitas molestias
Que la vida humana agravan;
Es una fiel compañera
Que jamás se ausenta ó falta,
Y consejera admirable
Que nunca adula ni engaña;
Es antidoto admirable
Que preserva de acechanzas,
De silbido de serpientes
Y de sirenas que encantan;
Es un tratado de paz
Y quietud de cuerpo y alma,
Y es un gozar en la tierra
Vida bienaventurada.

Pide á Dios igual fortuna,
Y si no te hace la gracia,
No por eso desconfies
Ni pierdas las esperanzas:
Luego que sientas rumores
Á los oídos, confianza,
Y ponte luego en las manos
De algún médico de fama;

Por medio de él lograrás,
 Como yo, doble ganancia,
 En el oído rematado
 Y en la bolsa rematada.....

Habiéndosele pedido una vez á Velasco que hiciese la definición del jesuita y del fraile, lo hizo en un soneto en conceptos irónicos.

¿Qué cosa es un jesuita? Según creo,
 Es judío en sus pintas y señales,
 Despreciador de los ministros reales,
 Presuntuoso y soberbio Mardoquco.
 ¿Y qué cosa es un fraile? Á lo que veo,
 Humilde Amán, vestido de zayales,
 Que por ser de los siervos más leales
 Subió en la corte hasta el primer empleo.
 ¿No es así, sabio siglo de las luces?
 ¿No es verdad que adorar nunca ha querido
 El erguido *bonete* á los *capuces*?
 Así parece, pues que se ha cumplido
 Ver colgados los frailes en las cruces
 Que habian á los otros prevenido.

Aun pudiéramos presentar otros versos como muestras, á lo menos, de lo que pudo haber hecho nuestro poeta, si hubiera puesto algún cuidado en la dirección de sus estudios en este ramo; pero, para nuestro propósito, basta lo expuesto.

D. Juan Ullauri, hijo de Loja y contemporáneo de los poetas de quienes venimos tratando, quemaba también incienso en las aras de las musas: (1) pero inferior por algunos respectos á Orozco, Viéscas y los hermanos Larreas, le damos lugar en este capítulo junto con Velasco, D. Manuel Orozco y otros cuyo ingenio nos parece está en la misma línea. Aquí la voz de Ullauri puede hacerse distinguir y ser escuchada; en competencia con las anteriores habría desmerecido mucho: no debe cantar el gorrión cuando canta el canario.

El jesuita Ullauri nos ha dejado una traducción de la poesía francesa escrita con motivo de la muerte del P. Ricci, y cuya versión hecha por Viéscas ya vimos antes. Fácilmente se puede juzgar de la diferencia que va de la una á la otra. La de Ullauri es prosáica y fria, y hasta el metro que ha escogido es inferior al que empleó Viéscas con tanto acierto. Véase la obra de aquel.

¿Conque esto es hecho, oh Ricci?
 ¿Te mueres sin remedio?
 ¿Y en la prisión es donde
 Has de acabar la vida como reo?
 No temas que mis ojos
 Con su llanto sincero
 Injurien una muerte
 Digna de envidia más que de lamento.
 Del santo augusto nombre
 De Jesús, con anhelo
 Seguiste las banderas
 Y fuiste de su tribu el jefe electo.
 Tu heredaste sus penas,
 Sus virtudes y ejemplos,
 Su oprobio, su agonía,
 Su cruz al fin, su muerte y sus trofeos.
 Viviste cual apóstol

(1) El P. Juan de Velasco en su *Historia del reino de Quito*; menciona al P. Ullauri como hábil naturalista y conocedor de nuestra historia.

Y cual mártir has muerto.
¡Ah! cuando así se muere,
¡Qué dicha es el morir! ¡ah, qué consuelo!
 Sí, Ricci, ese suspiro
Que arrojaste postrero
Por su gloria, eterniza
Tu gloriosa batalla y vencimiento.
 Vuela, pues, con confianza,
Vuela al seno paterno
De aquel Dios suave y justo,
Todo munificencia, allá en el cielo.
 Allí es donde coloca
La inocencia en su seno,
Y establece á la firme
Constancia cerca de su trono eterno.
 Veo de tu corona
La brillantez y veo
Que unidos te rodean
Tus caros hijos una vez dispersos.
 Bajo los resplandores
Que te circundan bellos
Gozan todos el fruto
Del violento contraste que sufrieron.
 Mas queda todavía
En su infeliz destierro:
De lágrimas y penas
Aún batallando una gran parte de ellos.
 Esos tristes caminan
Entre el susto y recelo,
Y entre peligros grandes
De que se hallan sembrados sus senderos.
 No, no les abandones:
Desde lo alto del cielo
De Jesús les alcanza
Serenidad y fuerza y grande aliento.
 Pues es Jesús testigo
De sus combates fieros,

Haz tú que en sus desgracias
Siempre se muestre con glorioso esfuerzo;
Que al instituto fieles
Y fervientes en celo,
Cojan sobre tus huellas
Las dulces palmas de la cruz en premio.
Á pesar de calumnias
Ricci, noble guerrero,
Espira en las prisiones
Con toda gloria, honor y buen concepto.
Así morir debía
En este siglo adverso
El jefe que llevaba
La insignia de Jesús grabada al pecho;
Aquel que con el nombre
Imitó los ejemplos
De quien murió enclavado
En la cruz, por salvar al universo.

Ya se habrá notado que hemos prescindido de todo orden cronológico, en especial al tratar de nuestros poetas del siglo XVIII; pues no lo juzgamos necesario, una vez que no han sido las personas, sino una escuela entera la que ha ido siempre en conjunto corriendo á los despeñaderos ó buscando el buen camino. En efecto, con muy raras escepciones, que acaso no es muy fácil descubrir, hemos visto en nuestro Parnaso en el siglo penúltimo un solo carácter, un solo colorido, una misma y muy peculiar manera de pintar la naturaleza, afeándola y haciéndola repugnante, cual si los extravagantes cantores se hubiesen propuesto oponerse de todo en todo al fin y objeto del arte encantador traído al mundo por el numen de la luz y la armonía; y esta misma escuela, como un carro cargado de los pesados volúmenes del mal gusto, atravesó con resonantes y voladoras ruedas los umbrales del siglo XVIII y penetró en él. ¿Quién había de atajarlo? Cuando el mal toma

una forma cualquiera, invade la sociedad, y empujado por la fuerza de muchas voluntades se hecha á rodar atropellando por todo, y ni basta el poder de la razón humana para contenerle, es el Satanás de Milton que se hunde en los espacios al peso de su crimen, llevando en pos á sus secuaces hasta los abismos.

Los poetas que más se alejan de nuestra época (hablamos de los antiguos), son naturalmente los más defectuosos, y van en escala proporcional hácia atrás, hasta los tiempos en que deliraban Evia y otros discípulos de la secta tenebrosa. Quizá el Padre Viescas y el P. Mariano Andrade son las únicas escepciones, pues nacido el primero dos años antes que D. José Orozco, da muchos menos motivos de censura que éste; y posterior el segundo á Viescas con tres años es tan gongorista como Orozco. Luego hallamos á D. Manuel Orozco, nacido en 1729, cuatro años antes que D. José, cuyo hermano se supone, y á quien es muy inferior en dotes poéticas y superior en defectos; más atrás está el lojano José Garrido, venido al mundo en 1726, y algunos grados menos en la escala del mérito que el anterior; y por último, en 1701 hallamos la cuna del P. Nicolás Crespo, también lojano, y cuya educación literaria participa con más razón del colorido vicioso y de las sombras del siglo que acaba de desaparecer, y eso que, entre las pocas muestras que de este poeta nos han quedado, se alcanza á descubrir algunas huellas de las buenas disposiciones naturales que poseía para el arte de las Musas.

Puede que haya quien tenga por innecesarias estas reflexiones; pero las hemos hecho, porque cuando se trata de historiar una literatura, ó parte de ella, conviene no olvidar nada de cuanto puede servir para el buen conocimiento del estado en que se hallaba, y de las vicisitudes ó ventajas que han retardado ó precipitado su progreso.

D. Manuel Orozco ha dejado una larga serie de

décimas, una especie de poema elegíaco, intitulado *Lamentos por la muerte de la Compañía de Jesús, y consuelos al ver que comienza á resucitar en la Rusia*. En esta obra muestra el autor gran facilidad de rimar; las estrofas se desprenden unas de otras sin el menor tropiezo, y con pocas escepciones, son todas claras en su sentido, aunque muchas encierran metáforas nada naturales, y sutilezas aguzadas en el asperón del mal gusto contemporáneo. Y luego ¡imagínese el lector más flemático é impasible si pudiera tolerar sin cansancio y fastidio cerca de doscientas décimas, que menudean á compás sobre un mismo objeto, como los golpes del martillo sobre el yunque! Parece que el buen Orozco quiso poner á prueba la paciencia de sus lectores.

Con todo, es preciso que demos algunas ligeras muestras de esta obra, tal vez singular en su género, porque hace conocer cuanto podía en algunos hombres la afición insensata á la estrofilla de D. Vicente Espinel. Se lamenta Orozco de la extinción de la Compañía y de su propio destierro, y escribe estas décimas que no carecen de sentimiento y ternura:

¡Ay corazón afligido!
 Mucho tu afán se acrecienta,
 Y temo que en la tormenta
 Vengas á ser sumergido.
 Que moderes es debido
 El continuo suspirar,
 No sea caso que á cegar
 Del todo vengan mis ojos,
 Como funestos despojos
 De tu continuo llorar.
 Pero ¿cómo moderar
 Podrás tu justo lamento
 Si la pena y el tormento
 No se quieren minorar?



No es posible aligerar
El peso de estas cadenas;
Si á las fuentes de mis penas
Y crueles y acerbós males
Se añaden nuevos raudales
Para conservarlas llenas.
Si algún poco me dejáis,
¡Oh tristísimos suspiros!
Un favor quiero pedirós
Para la parte á que váis:
Es que á todos les digáis
Que estoy al llanto entregado,
Y que en el penoso estado
En que más muero que vivo,
Es mi dolor más activo
Verme sin mi bien amado;
Que estoy de mi patria ausente
Y muy lejos de los míos;
Que son mis ojos dos ríos
De amarguísima corriente;
Que no puedo de mi mente
Separar lo que he querido,
Y que viéndome *abolido*
Tengo tanto desconuelo,
Que hasta la senda del cielo
Me parece haber perdido;
Que no puedo ni un momento,
Ni un sólo instante dejar
Este continuo pensar
En mi aflicción y tormento;
Que anegado el pensamiento
De penas en un abismo,
Voltea siempre lo mismo;
Que oprimido de dolor
Vuelvo con fuerza mayor
Á mi primer parasismo.
¡Piedad, cielos! ¡Compasión!

No queráis tanto apurar
Que se llegue á liquidar
En llanto mi corazón.
Yo muero de la aflicción,
Porque no puedo sufrir
Tan largo tiempo vivir
Fuera de mi dulce hechizo,
Del cual privado es preciso
Siempre llorar y gemir.

¡Oh triste memoria mía!
No me estés representando
Aquel edicto, aquel bando
Que dictó la tiranía.
Quitar de mi fantasía
Quisiera por un momento
Tan odioso pensamiento,
Borrando la cruel pintura
De la trágica aventura
Que es causa de mi tormento

Basta; que si damos un paso más adelante, llevamos riesgo de destruir la impresión agradable que pueden haber causado estos versos.

El P. José Garrido, natural de Loja, fué también un insigne *decimista*. Tiene menos defectos que D. Manuel Orozco, acaso porque no escribió más largo, y en cuanto á dotes de poeta, si pusiéramos las de uno y otro en una balanza, el fiel permanecería perfectamente vertical.

Garrido tomó también parte en la contienda de los *taboristas* y *calvaristas* de que antes hablamos, y haciendo papel de *Musa imparcial* ensartó sus treinta

décimas. Vacilantes estamos sobre la elección de las que debemos copiar aquí, pues no hay una sola que sepa bien á nuestro paladar; con todo, allá van esas pocas.

En el alto contrapunto
De ingeniosa oposición,
Permita vuestra atención
Que hable yo sobre el asunto;
Mas no discurreis que al punto
Vaya á proferir sentencia;
Pues siendo la propia esencia
De mi mente la ignorancia,
Fuera osada mi arrogancia,
Harta fuera mi demencia.

No se presume dichoso
Quien se siente en el Tabor,
Pues también tiene el dolor
Su trono y dosel precioso.

Ni puede ser la inocencia
Suficiente fundamento
Para evitar el tormento
Con que oprime la insolencia.

Aunque desahuciado esté
El enfermo, jamás pierde
Del árbol que plantó verde
Una hoja, que entre ansias vé;
El náufrago infeliz que
Mira al furor de los vientos
Deshecho el leño en fragmentos,
En su tabla rota espera
Poder tocar la ribera
Entre angustias y tormentos.
Si es su empeño singular
Desterrar á la alegría,

Á la esperanza debía
 Consagrar su propio altar;
 Esta tiene gran lugar
 En el *Calvario* y *Tabor*,
 Pues no ignora el contendor
 Que atormenta la esperanza,
 Haciéndose la tardanza
 De su pecho torcedor.

Es preciso separar
 De cada virtud la esencia,
 Que hay muy grande diferencia
 Entre esperar y gozar,
 Por la escala de esperar
 El venturoso ladrón
 Ascendió á la posesión
 Del paraíso deseado;
 Que si él no hubiera esperado
 Llorara hoy su perdición.

Pondremos el siguiente soneto, no como obra de poesía perfecta, de lo cual está muy lejos, sino como una medida más para apreciar el ingenio de Garrido. Púsole al fin de su serie de espinelas, y elogia en él á los jesuitas Francisco Javier Lozano y Manuel Iturriaga, principales contendores del *Tabor* y del *Calvario*. Nuestro poeta comete el error de hacer mejicanos á entrambos, siéndolo solamente el segundo; pues Lozano nació en Valdepeñas en España.

¡Oh qué atrevido, qué árduo pensamiento
 Desde mi mente trasladé á la pluma,
 Sin advertir en cuanto mar presuma
 Abismarse mi corto entendimiento!

¿Yo interrumpir con ronca voz intento
 Á esos dos cisnes de la azteca espuma,
 Que en la laguna real de Motezuma
 Superan del Meandro el suave acento?



No tuve tal idea, tal asunto;
 Sólo (pues me encantó su melodía)
 Soñé aprender el dulce contrapunto.
 Mas dirá siempre á voces mi osadía
 Que estos dos cisnes logran un conjunto
 De agudeza, de hechizo y armonía.

Con motivo de la extinción de la Compañía, mojó también su pluma y escribió unas endechas que, si tienen bastante desembarazo en los versos, no tienen mucha poesía; el frío prosaísmo ha apagado hasta el sentimiento que, según la idea del autor, debía dar vida á esta pobre pieza. Los versos del principio son los mejores:

Déjame, triste musa,
 Que en tan lúgubre pena
 Exprese mis suspiros,
 Si en expresión los ayes caber puedan.
 Melpómene, permite
 Que yo con tu influencia
 Dé color y figura
 Á los gemidos que el dolor expresa.
 Inspira negro aliento
 Sobré mi pluma y vena,
 Que ya libar las aguas
 De Hipocrene el espíritu no acierta.
 Al trueno formidable
 Que sorprendió la tierra
 Se adoró el misterioso
 Rayo de la divina Providencia.
 Del golpe cayó herida
 Aquella torre excelsa,
 De la cual mil escudos
 Pendían, coronando sus almenas.
 La región más sublime
 Gozaba de la esfera,

Poniendo entre los astros
El alto capitel de su grandeza.

.....

Obligado por el asonante ha puesto Garrido, al fin de la primera estrofa, *puèdan*, cuando la sintáxis pedía *pueden*. Sin embargo, ¡ojalá todo fuera parecido á lo que dejamos copiado! pero el buen Padre diserta después del modo más indigesto, y hasta llega á darnos noticias señalando prolijamente años meses y días. Hablando del tiempo que había vivido la Compañía, dice:

Los años son doscientos
Treinta y dos, que numera,
Diez meses veinte días
Que ilustró al orbe con sus luces bellas.

Tal vez cuando escribía estos peregrinos versos, tenía presentes el poeta lojano los que escribió el autor de *La Araucana* señalando la fecha de un acontecimiento, pero ni Ercilla ni ningún otro grande ingenio, han tenido el poder de hacer aceptar á las hijas del Pindo los prosaicos y desabridísimos números, con los cuales no es posible que subsista su encantadora dicción. Nosotros, en vez de aplaudir la relación de tales años, y meses y días, nos reimos recordando la burla que de semejante disparatado hablar hace D. Leandro Moratín en la *Derrota de los pedantes*:

El día diez y siete del corriente,
Á cosa de las nueve ó nueve y cuarto
De la mañana, se juntaron todos
Los señores que estaban convidados.

La expulsión de los jesuitas, materia de abundante inspiración para muchos de ellos, hizo cantar en un romance la *Despedida de Quito* al P. Mariano Andrade, hijo de esta ciudad. El desempeño de los versos muestra que el autor procedía impulsado por alguna intención poética, y hay en el fondo de toda la pieza un colorido melancólico propio de las circunstancias en que fué escrita. Mas por desgracia tiene pensamientos tan alambicados y dicción tan amanerada y enfadosa, que hemos vacilado mucho entre ponerla toda ó escojer solamente algunos fragmentos para nuestro libro. Al cabo nos hemos resuelto á lo primero, dejando á la discreción del lector el aprecio que quiera dar á tal romance. Si nos acusa por esto, le contestaremos que hay algunos trocillos buenos en nuestra opinión, los cuales perderían su mérito al verse aislados: tal es la ilación que Andrade ha sabido dar á su obra.

ROMANCE

Ya que la expresión no alcanza,
 Delicioso bello Quito,
 Para explicar esta ausencia,
 Supla siquiera el gemido.

Solás las lágrimas digan
 De mi dolor lo excesivo,
 Pues no es grande aquel dolor,
 Que en las voces ha cabido.

¿Es posible que te dejo?
 Posible es que no te miro?
 Que no veo tu hermosura?
 Que tu amenidad no piso?

Al cabo salí (¡ay de mí!)
 Dejándote, Quito mío:
 Oh! cómo no se me arranca
 El corazón al decirlo!

Salí, no sé como diga,
Ni bien muerto, ni bien vivo;
Porque al salir de tu espacio,
Salí también de mí mismo;

Salí perdiendo, ¡ay dolor!
Las prendas de mi cariño,
Que exprimieron por los ojos
Todo el corazón vértido.

Lloré yo, más por no ver
Tal dolor, tales gemidos,
Parece que con el llanto
Lloré hasta los ojos mismos;

Me dolían los consuelos,
Que me daban los amigos;
¿Cómo doldría la pena,
Cuando dolía el alivio?

Lidiando con mi dolor,
Ó engañándome á mí mismo
Quizá (decía) los hados
Se mostrarán más benignos.

Pero ¿cuándo volveré
Á gozarte, hermoso Quito?
No sé si estará contada
Tanta dicha en mi destino.

¿Cuándo volveré á habitar
Esa ciudad donde unidos
Se ven, entre mil delicias,
Dulcísimos atractivos?

Esa ciudad, donde el cielo
Gastó todos sus alifios,
Como si plantase allí
El terrenal paraíso.

Esa ciudad, donde el arte
Supo excederse á sí mismo,
Viéndose lo natural
Junto con el artificio.

Esa ciudad que tan bellos

Edificios ha erigido
Que le servirá á la Fama
De templo cada edificio.
Esa ciudad dond  todo
Tiene en sí tales hechizos,
Que aun las piedras de las calles
Parecen de imán activo.

All  es donde siempre el aire,
Adulando los sentidos,
Es respiración vital
Templadamente benigno.

All  donde amante el sol,
Con inseparable giro,
Est  siempre vertical
Por contemplar aquel sitio;

All  donde los vergeles
Con su natural cultivo,
Deliciosamente juntan
Lo fértil con lo florido;

All  donde por los campos,
Con abundantes prodigios,
Su Cornucopia Amalt a
Derrama en mil beneficios;

All  entre tantos verdores,
Donde todo est  florido,
Qued  mi esperanza muerta,
Reverdeciendo el olvido;

All  la gente que habita
Tiene por lengua el cariño,
Por corazón la blandura,
Y por alma el beneficio.

En sus labios las tres gracias
Tienen su trono más digno
Dominando en los afectos
Del alma por los oídos.

Todos sus habitantes
Qué discretos! qué entendidos!

Qué sociales! qué halagüeños!
Qué humanos! qué compasivos!
¿Y esto he perdido? ¡Ay de mí!
¿Para qué hiciste, hado mío,
Que Quito fuese mi patria,
Para sacarme de Quito?

La planta que se ha arrancado
De su terreno nativo,
Muere, perdiendo aquel suelo,
Á quien debió su cultivo;
Así también yo arrancado
Del propio suelo patricio,
Daré la vida, perdiendo
El terreno en que he nacido.

Recibe pues, patria mía,
Estos amantes suspiros,
¡Oh quien te enviara hasta el alma
Con los suspiros que envío!

Recíbelos, y si acaso
Su dueño no has conocido,
En viendo turbado tu aire
Conocerás que son míos.

Pero temo que en llegando
Allá mis tristes suspiros,
Quieran también desterrar
Hasta los suspiros mismos.

Pero ¿qué podré hacer cuando,
Por más que yo me reprimo,
Los suspiros se me salen
Hasta el lábio, sin sentirlos?

No es mi dolor como aquellos,
En que manda el albedrío,
Sino tan forzoso, que
Sale el llanto sin arbitrio.

Mas ¿qué mucho sea así,
Si en la cauea por que gimo
Hasta lo insensible llora

Con tristes mudos gemidos?
Mis ayes vienen á ser
Como aquel eco preciso
Que repite el tronco ó bronce
De algún duro golpe herido.
Pues así herido mi pecho
Á golpe tan desmedido,
Con razón es de su queja
El ¡ay! el eco preciso.

Admite, en fin, estas quejas
De este mi dolor prolijo,
Que son, cuanto más forzosos,
Los ayes más bien nacidos.

Y porque estas quejas tristes,
Que incesantemente envío,
En tanta distancia el aire
No me las pierda maligno,
Copiado en mi fantasía
Siempre estarás, Quito mío,
Y en la región más remota
Viviré siempre contigo.

Por tenerte en mi memoria,
Padeceré siempre fino
El martirio del recuerdo,
Que queda del bien perdido.

Viviré, pero ¿hasta dónde
Este tormento prolijo?
Borre estos versos mi llanto,
Para enmendar lo que escribo.

Del P. Nicolás Crespo, nacido en Loja por 1701, como ya lo hemos dicho, no daremos á conocer sino los primeros versos de una composición latina, escrita con la misma ocasión que la anterior, y eso tan sólo para probar la gradación retrospectiva de nuestros poetas. Los malos versos del P. Crespo encierran pensamien-

tos campanudos y falsos, como la mayor parte de las producciones contemporáneas.

Linquite me tantos tristem plorare labores:
 Tempore presenti nil nisi flere libet.
 In lacrymas abeant pectus, cor, viscera cuncta;
 Deque meis oculis sanguis, et unda fluant.
 Saxaque scindantur nimio correpta dolore:
 Luctibus est dignus maximus iste labor.
 Sæpe meis lacrymis tumeat mare, flumina crescant;
 Et fian rubra sanguine tincta meo.
 Nigrescant campi, jam sol, jam luna remittat
 Funestas tenebras; astraque cuncta fleant.
 Vos pisces marium, etc.

El P. Juan de Arteta, quiteño y posterior al P. Crespo ha escrito también unos dísticos; más por desgracia pertenecen á la clase de los que acabamos de ver, y parece inútil que demos muestra de ellos.

Al terminarse la larga lista de jesuitas que dieron culto á las musas, unos llamados por ellas á su templo, y otros metidos en él sin vocación ninguna y por fuerza, como sucede hoy con infinidad de poetastros, nos ocurre naturalmente pensar que por el mismo tiempo también las otras órdenes religiosas tendrían buenos poetas y versificadores chavacanos, y que no faltarían muchos aun entre los seculares; pero no ha habido un curioso colector de sus producciones, mal de que ya nos hemos lamentado. Aunque es verdad que los hijos de San Ignacio han sido siempre esmerados en sus estudios, y esto ha contribuído sin duda á que muchos de ellos nos hayan dejado buenos versos, no cabe la suposición de que entre los franciscanos, dominicos, etc. y aun entre individuos de fuera de los claustros, haya escaseado totalmente el buen talento para la poesia, ó á lo menos la afición que pone la lira aun que sea en manos nacidas para empuñar la garrocha ó coser zapatos.

CAPÍTULO VIII

SIGLO XIX

D. JUAN, D. BENIGNO, D. FORTUNATO Y D. LUCAS
LARREA. (1)—EL TEATRO EN EL ECUADOR.

Ya hemos dicho que en la familia Larrea predominaba el instinto poético, y si bien los que sobresalieron en el pulsar la lira fueron las jesuitas Ambrosio y Joaquín, no debemos olvidar á los que encabezan con sus nombres el presente capítulo, no tanto por lo que valga su ingenio muy mediano, según los versos que luego veremos, cuanto por demostrar lo que, fuera de Olmedo, hacían á principios de este siglo algunos ecuatorianos aficionados á las musas.

Las escasísimas muestras de los versos de D. Juan y D. Benigno Larrea que tenemos á la vista, pertenecen casi todas al género burlesco. Es seguro que ninguno de ellos se tenía por poeta, y que escribían algunos

(1) D. J. J. Olmedo, infinitamente superior á los Larreas, pudo haber abierto la lista de los poetas ecuatorianos en este siglo; pero hemos querido terminar el examen de los poco ó nada conocidos, á fin de ocuparnos en los capítulos siguientes en sólo los que componen la *Lira ecuatoriana*, empezando por el célebre cantor de *La Victoria de Junín*.

juguettillos por puro pasatiempo, cuando la ocasión se les venía á la mano, y porque no hallaban dificultad en ir ensartando verso tras verso. Quizá si les hubiese picado el deseo de honra y fama, excitado su numen habría producido alguna cosa de más valía que las cuartetas y décimas destinadas á mover la risa en los corrillos y en las tertulias familiares.

Lo único de tono un poco grave, pero siempre de carácter callejero, que conocemos de D. Juan, son las dos décimas siguientes:

De nada sirve el placer,
De nada vale el servir,
De nada vale el subir,
Si ha de ser para caer:
Mantente en mediano ser
Con constancia y con valor,
No apetezcas el favor;
Camina con mucho tiento,
Que no hay seguro cimiento
En los palacios de amor.

—
Ya mi ciega fantasía
Lisonjeaba mi esperanza;
Con esta vana confianza
Dichoso me presumía;
Y cuando ufano creía
Adquirir la posesión
Del ageno corazón,
Un funesto desengaño
Me hizo conocer el daño
De mi loca presunción,

D. Juan Larrea tenía buenas conexiones con D. José Mejía, el célebre orador americano de las Cortes españolas de 1812, quien había querido también ensayar su numen en la poesía; más las pruebas

le salieron tan mal, que Larrea se las devolvió una vez escribiendo en el forro estos cuatro versos:

Para escuchar tus versos ¡oh Mejía!
 Los dioses del Olimpo se reunieron,
 Y á la primera estrofa bostezaron,
 Á la segunda estrofa se durmieron.

Larrea alcanzó á los días de la primera revolución de Quito, y como se cometieron no pocos desatinos por parte de los cabecillas, desatinos que redundaron en mal de la santa causa de la independendia, harto disgustado, no obstante su decisión por ella, escribió algunos versos satíricos y punzantes. Los más notables son los de la siguiente glosa:

Ya no quiero insurrección,
 Pues hé visto lo que pasa:
 Yo juzgué que era melón
 Lo que ha sido calabaza.

Juzgué que con reflexión
 Amor á la patria había;
 Pero solo hay picardía,
 Y no quiero insurrección.

Cada uno para su casa
 Todas las líneas tiraba.

No me engaño, me engañaba,
 Pues he visto lo que pasa.

De lejos, sin atención
 Vi la flor, las hojas ví;
 Como bien no conocí,
 Yo juzgué que era melón.

Me acerqué más, ví la traza
 De la planta y el color,
 Probé el fruto, busqué olor,
 Y había sido calabaza.

El mismo despecho de la política de entonces se ase-
 gura que inspiró á Larrea este epigrama:

El rey de plata había sido,
La patria toda de cobre,
Su gobierno loco y pobre
Y de ladrones tejido.

D. Benigno Larrea, si hemos de juzgar por la única muestra que de él tenemos, se parecía en todo á don Juan su tío; y hacía versos por travesura, dando suelta á su humor burlón y picaresco en fáciles y sencillas cuartetos. Allá va la citada muestra, porque no tenemos otra. Encierra un pensamiento nada delicado, y la damos á riesgo de excitar el enfado y la censura de los lectores escrupulosos.

Yo soy pescador de amor,
Tiro mi anzuelo á la mar;
El peje que cae, cómo,
Y el que no, le dejo andar.

Yo no soy conquistador
De pechos inaccesibles,
Nunca pretendo imposibles,
Yo soy pescador de amor.

Yo nunca procuro anclar
La nave de mi deseo,
Y si al paso un peje veo,
Tiro mi anzuelo á la mar.

No me ando con piés de plomo
Si se brinda la ocasión,
Y si no hay contradicción,
El peje que cae, cómo.

En mi es ageno el porfiar
Contra el ageno querer:
Cómo al que puedo cojer,
Al que no, le dejo andar.

De D. Fortunato Larrea, en cuya manía de escribir y quemar versos nos ocupamos ya, no hemos podido

haber otra cosa que una cuarteta bastante simple y que huele á cõplilla de ciego:

He sido tan desdichado
Desde que te conocí,
Que hasta el ser *afortunado*
Ha sido desdicha en mí.

Conocemos una letrilla satírica no despreciable, y por el estilo de las de D. José Iglesias, que se atribuye á uno de los Larreas. Parece que quien la escribió vivía en Riobamba (de donde son originarios todos los de este apellido), y en tal caso es más verosímil que su autor hubiese sido D. Lucas. Sea de cualquiera de ellos, merece que la pongamos aquí:

Que ya Riobamba se afana
Por la causa americana
Con ardor y frenesí,
Eso sí;
Pero que el realista eterno
No se introducé al gobierno,
Porque su imperio cesó,
Eso no.
Que el jefe piadoso y bueno
Esté de compasión lleno
Por el realista de aquí,
Eso sí;
Pero que el favorecido
No dé cuenta á su partido
De todo lo que observó,
Eso no.
Que se mudé prontamente
El realista en insurgente
Porque le conviene así,
Eso sí;
Pero que sean verdaderos

Sus afanosos esmeros,
 Porque de boca juró,
 Eso no.
 Que con tintero y papel
 Entre el realista al cuartel
 Á que me alisten á mí,
 Eso sí;
 Mas que de letra cursada
 No dé otra lista á Calzada
 De todo lo que en él vió,
 Eso no.
 Que de algún *Empecinado*
 Esté el lenguaje mudado,
 Según lo que yo advertí,
 Eso sí;
 Mas que en tan breve ocasión
 Se le mué el corazón
 Tan sólo porque gritó,
 Eso no.

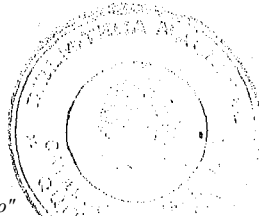
D. Lucas Larrea tenía gran facilidad para versificar, y puede confirmarse esta opinión con la siguiente décima. Fué muy aficionado al juego de gallos, y habiendo recibido en cierta ocasión el desafío de los vecinos de Chambo, les contestó:

Chambeños, nación guerrera
 Y aficionada á los gallos,
 No he de cansar mis caballos,
 Sino á vencer tu gallera.
 Gallos irán de primera
 Que han de saber confundir
 Con su valor y rendir
 Pollos, gallos, gallinetas
 Á punta de bayonetas,
 Pues son diestros en herir.

D. Fortunato y D. Lucas habían escrito piezas dramáticas, y se nos asegura que de éste se conservan todavía algunas en Riobamba. Hemos hecho las diligencias posibles por conseguirlas; mas todo ha sido en vano hasta el momento en que escribimos estas líneas. Curioso sería ver las piezas de autores dramáticos sin teatro, y forjadas en el tiempo en que el Ecuador acababa de salir de las sombras de su edad media, y no habían desaparecido del todo las ideas ni las costumbres de la *patria boba*.

La poesía dramática es desconocida en el Ecuador, y no la tendremos mientras nuestra civilización no llegue á cierto grado de altura y se difunda en la mayor parte del pueblo. La poesía lírica nace con las primeras palpitaciones de la vida intelectual del hombre, el poema épico brota de la historia y del heroísmo, y el teatro se forma de las costumbres para cultivar las costumbres, y cuando el corazón de los pueblos, perdida su primitiva sencillez, desea lecciones vivas y palpables, y emociones nuevas y profundas, para lo cual sirven los afectos buenos y malos que emplea el ingenio del escritor como otros tantos resortes de la máquina del drama. Orfeo maravillaba á los dioses y á los hombres, siglos antes que Homero celebrase las hazañas de los griegos; Eurípides y Sófocles brillaron cuatrocientos años después que el ciego de Esmirna, cuyos divinos versos eran cantados por los rapsodas mucho tiempo antes que Téspis y Esquilo diesen forma y vida al teatro. Éste no se establece, pues, sino en la edad madura de las naciones, y la nuestra se anda todavía muy lejos de ella. En nuestra escena tenemos por tanto que admirar solamente los partos de ajenos númenes, y á lo más nos queda derecho para escoger entre ellos los mejores.

Guayaquil tiene su teatro hace algún tiempo: pero no asoma todavía un ingenio que dé lustre á la poesía dramática de esa sección de la república, ó más bien de



toda la República, con alguna producción digna de Melpómene ó de Talía. Los escasos ensayos que conocemos hechos por hijos de ese pueblo ilustre son tan pésimos, tan miserables y ruines, que antes sirven de vergüenza que no de honra á nuestras letras. Ojalá desaparezcan y no quede memoria de ellos. De intento omitimos aquí hasta sus títulos.

Quito, la capital de la república, ciudad de sesenta mil habitantes, tiene la desgracia de carecer de teatro, y las compañías dramáticas que asoman de tarde en tarde se ven en la necesidad de improvisarle en salones nada á propósito, con malísimas decoraciones y potros en vez de palcos. En representaciones dadas en teatros de esta naturaleza, se pierde toda ilusión y se disminuye el placer, por bien que se desempeñen los actores.

No ha mucho tiempo abrigamos la seductora esperanza de que se establecería pronto un regular teatro, y de que Quito no aparecería por este lado tan lejos de la cultura moderna, y tal vez como único ejemplo de capital de nación sin este lugar de honestas y decentes diversiones, donde á la par se deleita el alma, se mueve el corazón al bien y se pulen las costumbres. ¡Qué entusiasmo el de las personas que tomaron á su cargo la empresa de construirle! ¡Cómo se buscaban acciones en ella! ¡Qué proyectos sobre las compañías que luego vendrían á estrenar el teatro! ¡Qué cálculos de las ganancias que reportarían los empresarios! Pero ¿á dónde fué á parar todo esto? Á donde van á dar todos nuestros proyectos: á la calma letal, al frío, á la nada. Se tropezó con algunas dificultades acerca del lugar conveniente donde debía levantarse el edificio, y como si hubiesen sido insuperables, todo el deseo, los preparativos y el ardor primero decayeron y se evaporaron á su presencia. Cada uno recogió su acción, embolsó el dinero, y hoy el pensamiento del teatro á nadie ocupa, y quizá no falta quien, entre los mismos del proyecto

frustrado, le rechaza ya como pecaminoso y tentación del diablo. ¡Qué carácter el de esta pobre gentel.... Entre nosotros es cosa probada, que mientras mayor es el entusiasmo por un proyecto, menos probabilidades hay de darle cima.

Conviene que narremos en cuatro palabras el invencible obstáculo que echó por tierra el proyectado teatro; el abismo que espantó á los empresarios y los hizo retroceder como los cruzados de Tasso al aspecto de las encantadas selvas, y esta simple y breve relación encerrará una merecida censura contra los que nos han movido á escribirla.

Se pensó comprar un sitio perteneciente al monasterio de la Concepción, ó entrar á la parte de la empresa á la municipalidad cantonal, con tal que cediera una porción del edificio de la carnicería. En verdad que el primer terreno era más adecuado, por estar casi en el centro de la ciudad, y porque no tiene como el otro, la fastidiosa vecindad del rastro; pero algunos individuos del clero llegaron á traslucir el proyecto, se despertaron los escrúpulos que prendieron luego en el ánimo de las monjas como fuego en arista seca, y ¡Adiós tentativas por ese lado! Se hizo de todo punto imposible que vendieran aquel sitio; pues ¡cómo de manos religiosas había de pasar á manos profanas, *para servir á la corrupción y la iniquidad!* Y cuando esta idea labraba tanto en algunas conciencias espantadizas, y cuando se predicaba con tanto fervor contra el teatro, condenándole como cosa infernal, ninguno paraba mientes en el convento de San Buenaventura, donde en esos mismos días representaba una compañía dramática, pagando de alquiler una pensión mensual á los franciscanos. Estos hicieron muy bien en no pararse en pelillos y en proporcionar un salón, aunque malo, á la compañía, y los que concurrieron al teatro obraron de mejor modo; ni los unos ni los otros han de *perder sus almas*, y sí los que se dejan arrastrar por los escrúpu-

los y el fanatismo, pues ya están en el camino de las tinieblas y el error.

En seguida se trató de formalizar la contrata con el concejo municipal, y aquí ya no hubo escrúpulos de monjas ni oposición de clérigos, sino mala comprensión del negocio de parte de los concejales, que expusieron sus pretensiones exajeradas en pro del ayuntamiento, y quisieron sujetar á los demás empresarios á condiciones inaceptables. Decimos mala comprensión del negocio, porque esos señores han debido tener presente, no sólo la utilidad que habría reportado el tesoro municipal, sino, lo que es más, la necesidad de dar á Quito un edificio que tanta falta le hace. Al concejo tocaba allanar toda dificultad, prestar toda clase de apoyo, facilitarlo todo; y ya que los particulares han desistido de su importante idea, incumbe al concejo abrazarla y darla forma empleando sus propios medios. Pero ¡qué! si es una municipalidad de lo más peregrino: ¿podrá pensar en hacer construir un teatro, cuando no ha querido conservar el único paseo que tenía la ciudad? La Alameda está, pues, arrendada á un particular y cubierta de alfalfa: donde antes se recreaban las hermosas hijas del Pichincha, hoy pacen caballos y bueyes. ¡Gran adelanto del buen gusto quiteño! ¡Loor al concejo que le ha impulsado!

Se nota, cierto, adelantamiento material en nuestra patria: se abren caminos, se reforman calles, se hermosean las casas; y fundadas esperanzas abrigamos de que la inteligencia y el espíritu se despejarán y encumbrarán también en nuestra sociedad, si las casas de educación que hoy tenemos no dan mañana con la criminal desidia, ó con las preocupaciones en que tropezó y acabó la empresa del teatro. Pero la civilización trae consigo nuevas necesidades á la inteligencia, despierta nuevos deseos en el corazón, y el alma busca entonces recreos que convengan á su espiritualidad; y para satisfacer esas necesidades y deseos y recrear á el alma

cual conviene, una de las cosas más dignas y nobles que ha inventado el ingenio humano es el teatro.

¿Será necesario que levantemos nuestra desautorizada voz para hacer el elogio de esta institución moralizadora y benéfica? ¿Qué podríamos añadir á lo que en su favor está diciendo el mundo civilizado hace veinticuatro siglos? Bien conocen nuestros compatriotas cuánto vale tan largo y no interrumpido testimonio, y la aceptación del teatro en todos los pueblos donde la cultura social ha encendido su esplendorosa antorcha. En vano la ignorancia y el fanatismo se han levantado contra él; en vano se ha pretendido ahogar sus provechosos resultados con los argumentos sacados del abuso y de la corrupción, como si hubiese en el mundo cosa de que no abusase el hombre y no contaminase con el hálito de sus dañadas pasiones; hasta el cristianismo vemos que se convierte mil veces en instrumento de la ambición y la codicia: los sacerdotes se hacen comerciantes y los templos se trasforman en factorías. ¿Condenaremos por esto nuestra religión, aboliremos el sacerdocio y derrocaremos los altares?

El arte dramático constituye también una especie de religión: los autores dramáticos son sus santos padres y doctores, los actores son sus sacerdotes, los teatros sus templos, y la moral y la filosofía los objetos de su culto. Levantaos contra ellos, ateos de la literatura y de la civilización, y ya veremos cual sucumbís bajo la burla y el desprecio del mundo entero. La escena seguirá cumpliendo á pesar vuestro el destino para que fué inventada.

Nuestros sacerdotes son tenazmente opuestos á ella y la combaten de mil maneras. Si sus tiros se dirigiesen contra el abuso, nada tendríamos de que quejarnos, y sí mucho que agradecer, pues también le rechazamos y condenamos; pero ¿por qué quieren echar por tierra una cosa buena en sí misma, en vez de defenderla del contagio del vicio y de sostenerla? Hay un

árbol cuya sombra y frutos son benéficos á mucha gente; mas se le han pegado algunas plantas parásitas y andan en sus ramas reptiles venenosos que dañan á quien se le aproxima y toma sus frutos. ¿Qué haremos con este árbol? ¿Picaremos sus raíces y le derribaremos? Oh, no, eso sería imprudente y bárbaro. MATEMOS los reptiles, limpiemos el árbol.

El teatro es este árbol benéfico; el abuso y los vicios introducidos en él son esas plantas parásitas y reptiles venenosos. MATEMOS éstos, limpiemos el teatro, y obraremos como gente moral y civilizada.

Pero no hay cosa que desarme la saña de ciertos sacerdotes y beatos escrupulosos contra las representaciones dramáticas, y nuestras razones serán inútiles. ¿Qué haremos para convencerlos de su error? Apoyémonos en una grande y respetada autoridad de la iglesia, en Santo Tomás de Aquino, en el *Doctor angélico*, en el *Angel de las escuelas* que ha dicho: "El oficio de comediante (que es útil á la vida social, porque se dirige á proporcionar solaz á los hombres), no es intrínsecamente malo, con tal que se use de él con moderación, esto es, no introduciendo hechos ó palabras inmorales, ni presentando cosas ilícitas, ni en tiempos prohibidos.." (1) Y en otra parte. "Para adquirir virtudes y evitar vicios, sirven más las representaciones sencillas, que los largos discursos morales.." (2)

¿Qué dirán de Santo Tomás los enemigos del teatro?

(1) Officium Histronum (quod est utile conversationi humanæ etc. ordinatur ad solatium hominibus exhibendum) non est secundum se illicitum; dummodo moderate illo utantur, id est, non utendo aliquibus illicitis verbis, vel factis, etc. non adhibendo tale officium negotijs, etc. temporibus indebitis.

Summa Theologica—Secunda secunde quæst. 168—Art. 3 ad tertium.

Este pasaje corre en un prólogo ó examen de la Poética de Luzán; más al verificar la cita la hemos hallado equivocada en cuanto al número de la cuestión, y con algunas alteraciones en las palabras. Con todo, las ideas son exactamente las mismas, y hemos preferido el texto que acaba de verse, porque, según los entendidos en latinidad, es más bien construido y elegante que el genuino que hemos consultado.

(2) Ad acquirendum virtutes, etc. vitanda vitia, melius simplices indicuntur Representationibus, quam rationibus.—Id.

¡Tan ciegos son, que no es difícil le califiquen de inmoral é impío!

Más toda cosa buena y encaminada al mejoramiento social, por más que digan los pesimistas, echa en los pueblos raíces que no pueden ser removidas y arrancadas, y que afirmándose en ellos influyen constantemente en sus costumbres. Así ha prevalecido el teatro en todas partes, y donde se levantaron cuatro tablas para cuatro malos farsantes, se han erigido al cabo magníficos escenarios para numerosas y lucidas compañías. Día vendrá, y ¡quiera el cielo no esté demasiado lejos! en que vea el Ecuador muchas escuelas de costumbres en otros tantos buenos teatros, y en que el pueblo de todas condiciones corra á los palcos y plateas á buscar nobles y gratas emociones, y no á las plazas de toros á cebar sus malos instintos con la embriaguez, las muertes desastradas y la más inicua prostitución; no á las calles y casas particulares á revolcarse cual cerdos en las inmundicias del carnaval, donde si desaparece el aseo del cuerpo, se pierde también la limpieza del alma, y el hombre y la mujer, el viejo y el niño, el noble y el plebeyo abjuran de toda racionalidad y buen sentido para formar piaras de inmundos animales que insultan y escarnecen la moral cristiana y la cultura del siglo. Entonces, cuando entre otras diversiones honestas y decentes, nos abra sus puertas el teatro, sólo entonces, repetimos, desaparecerán tales barbaridades y podremos mostrarnos al mundo como nación civilizada; pero mientras subsistan..... ¡Ah vergüenza! vergüenza que nos obliga á tirar la pluma por no hacer más visible el mal con nuestra propia censura.

CAPITULO IX

DON JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO

De la manera que al terciar el siglo XVI la poesía española dió un repentino salto, y desde Juan de Mena y el Marqués de Santillana que la conservaron bajo la tutela de un gusto burdo y amanerado, vino á ser con Garcilaso una hermosa dama emancipada, llena de gracia y adornada con preciosas joyas; asimismo, al comenzar el siglo que alcanzamos, asomó el gran ingenio americano cuyo destino era arrebatarla de las indoctas manos que se habían apoderado de ella y presentarla al mundo con todo el brillo, con toda la seducción de su belleza celestial, cantando magníficamente la libertad de América y los héroes que la acometieron y llevaron á venturosa cima. ¡Qué espectáculo tan sublime ver levantarse la poesía al tiempo mismo que la libertad de los pueblos! Esto prueba que la inteligencia humana sólo puede volar hasta el cielo en alas de la libertad divina: el pensamiento y la armonía no pueden morar con la esclavitud, la nobleza no se junta con lo bajo y ruín, ni el valor con la pusilanimidad, ni la virtud con el vicio y el crimen; y la inspiración de las musas, es toda pensamiento, armonía,

nobleza, valor y virtud; la esclavitud toda es necedad, desorden, cobardía, bajeza y maldad.

Dios, para probar esta verdad, al tiempo que formaba las almas de Bolívar, Sucre y otros héroes, formaba también la de Olmedo; y á la par que infundía en América el amor ardientísimo á la independencia y á la gloria, hacía descender el coro de las musas á las risueñas orillas del Guayas. Con la libertad y engrandecimiento de nuestras naciones vino la libertad y engrandecimiento del Parnaso americano: el genio de la poesía voló por regiones antes desconocidas en nuestro clima, y puso entre los tiempos recientemente pasados y los actuales días la diferencia que, en otras partes, ha sido engendrada y desenvuelta con la pesada lentitud de los siglos.

Pero si hemos comparado el vuelo de la poesía española en tierras y épocas diversas, no cabe hacerlo respecto de los dos grandes ingenios á quienes se debe tan asombroso encumbramiento: no hay punto de semejanza entre el carácter del poeta toledano, cantor de pacíficos zagales, y el de nuestro compatriota, cantor de las batallas y los héroes de la independencia de un mundo, así como no le hay entre las flechas del amor y los rayos de la guerra, ni entre el suave sonido de la zampoña y el estridor de la tormenta. El uno canta

El dulce lamentar de dos pastores,

el otro:

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata.

Don José Joaquín Olmedo nació en Guayaquil en 1780, y fué el único que representó la poesía ecuatoriana desde los primeros años de este siglo, hasta después de alcanzada y afirmada la independencia de las repúblicas sud-americanas; pues si bien hubo algu-

nos que, como ya hemos visto, hicieron versos, ni los dieron á luz ni podemos compararlos con los del vate que nos ocupa. La escasez de número podía habernos desalentado, pero está abundantemente compensada con la excelencia del ingenio: Olmedo vale por ciento y toda la América española se honra con su nombre; la misma España le ha disimulado los tiros que la ha dirigido en el *Canto á Bolívar*, en gracia de los magníficos versos forjados en su robusta y hermosísima lengua: "perdona al *insurgente* para engalanarse con el poeta," ha dicho con verdad un escritor peruano.

Además de las poesías publicadas por Don J. M. Gutierrez en Valparaiso el año 1849, edición que dejó preparada el autor y que fué reimpresa en París en 1853, poseemos ya de Olmedo las piezas descubiertas y dadas á la estampa por D. M. N. Corpancho en Lima en 1861, acompañadas de un juicio crítico y de varias noticias históricas relativas al poeta. ¡Ojalá constantemente pudieran hacerse tales descubrimientos!

De las primeras, y en especial del *Canto á Bolívar*, se han hecha varias censuras, y los jueces generalmente han arrojado flores y coronas al primer poeta sud-americano; de las otras no conocemos sino las líneas escritas por el literato peruano que las editó. El juicio sobre aquellas es pues abundante; el producido por Corpancho nos parece recto en su mayor parte. Á nosotros que hoy nos atrevemos á poner la mano en el sagrado de nuestro repertorio poético, no nos queda otra cosa que corregir ó refutar lo que en nuestro concepto tienen de errada ó injusto esas críticas, ó bien unir nuestro dictamen al de los escritores que han pensado como nosotros, para impugnar lo malo y coronar lo bueno; sin dejar de exponer por esto, con toda franqueza, las ideas que nos sugiera la lectura ya del poeta, ya de sus censores. Difícil es este trabajo para quien como nosotros mira las obras de Olmedo con

religiosa veneración; pero hay otra cosa que veneramos mucho más y preferimos á cuanto grande tiene el mundo: la justicia. Y pues la hemos invocado al proponernos formar este libro, poeta y críticos vendrán siempre con igual derecho á nuestra presencia

Las poesías de Olmedo pertenecen á la escuela que generalmente se denomina clásica; tienen el carácter que distingue las obras españolas del siglo de oro, excepto sólo las modificaciones que el uso ha introducido en el lenguaje; éste, sin embargo, es puro y castizo, bebido en fuentes no contaminadas con la aspersión galicana ni adulteradas por la ignorancia de los fundamentos y reglas del bien hablar, la dicción es pulida y engalanada por las manos de las musas: dicción propia y exclusiva del canto arrancado por la inspiración y el entusiasmo. Olmedo tenía vastos conocimientos en literatura latina, y Horacio parece que le había merecido siempre una especie de adoración: el espíritu del cantor de Augusto y Druso anima los versos del cantor de Bolívar y Flores. No se distingue menos en las producciones del vate americano la provechosa lectura de los libros bíblicos. Su traducción del *Ensayo sobre el hombre* muestra cuan bien poscía el inglés, y en cuanto á la lengua de Chateaubriand y Lamartine, aún le sirvió para escribir en ella algunos versos originales. Nutrido de tan variados conocimientos literarios, á más de poseer talento profundo y juicio recto y nada común, pudo formar ese gusto exquisito que, sacando nuestra poesía de su infancia, la elevó á una altura que asombra, hasta llamar la atención de la orgullosa Europa.

La inspiración de Olmedo fué siempre robusta y fogosa, y de ahí vienen el nervio, la valentía y el noble desenfado de su versificación. Sus estrofas muestran el genio que las ha formado amoldándolas con maestría á los diversos aspectos de la naturaleza y á la índole de los asuntos que cantaba: lo blando y dulce,

lo profundo y lo moderado, la virtud y la filosofía, la abnegación y el heroísmo, el estrépito de los combates y el orgullo que dá el triunfo á los guerreros y á los pueblos, la vergüenza y el despecho de los vencidos.... todas las pasiones, todos los movimientos del corazón humano han encontrado en la lira del vate guayaquileño su expresión propia y natural. ¡Esto se llama ser poeta! ¡Esto es arrancar á la naturaleza sus más íntimas armonías! ¡Esto es arrebatarse con mano victoriosa el lauro de Helicon y ceñirsele sin miedo de que nadie se lo dispute!

Entre los poetas españoles modernos, Quintana es acaso el único que puede compararse á Olmedo en el arrebatado pindárico; y pudiéramos dar á éste el sobrenombre de Tirteo americano, ya que al primero llamaron Tirteo de España sus compatriotas. En Sud-América no hay sino D. Andrés Bello capaz de colocarse, por sus dotes de poeta, junto al ingenio que nos ocupa; dotes no obstante muy diversas por su carácter de las que este poseía: Bello es el cantor de la paz, de la fecunda tierra, del genio del hombre aplicado á labrar su ventura con el auxilio de la inteligencia y la labor de las manos; Olmedo es el cantor de las armas, de las batallas y los triunfos, de la libertad y la gloria, y hasta en los versos en que pinta blandos afectos ó enseña máximas filosóficas y morales, se notan el vigor y la fogosidad de su inquieta musa. Olmedo pide por premio á su osadía

El odio y el furor de los tiranos;

el otro invoca al ángel de la paz, que ilumine al español,

Que alargar le haga al injuriado hermano
(Ensangrentada asaz) la diestra inerme,
Y si la innata mansedumbre duerme
La despierte en el pecho americano.

La musa del poeta caraqueño vestía el ropaje talar de una sacerdotisa de Ceres; la musa del vate guayaquileño se mostraba casi siempre al mundo

En cristado morrión y peto armada,

ó se elevaba en arrebatado vuelo á la altura del Chimborazo y á las regiones del águila soberbia. La primera labraba esmeradamente el precioso metal de su vena; la segunda le tomaba á manos llenas de la suya mucho más rica, y le esparcía con noble profusión, sin curarse de los escrúpulos del arte.

En una cosa sí eran idénticos los dos grandes poetas, en la sinceridad y firmeza de la mútua amistad que los unía. Las grandes almas rara vez dan el mal ejemplo con que escandalizaron al mundo Bossuet y Fenelon.

Es fuerza que te diga, caro Olmedo,
Que del dulce solaz destituido
De tu tierna amistad, vivir no puedo.(1)

La más antigua de las producciones de nuestro poeta, conocidas hasta el presente, es la elegía *A la muerte de Doña María Antonia de Borbon*. La escribió en 1807, y en ella al par que se notan los piadosos afectos del monarquista que ha perdido á su reina, se trasluce al poeta fácil, vigoroso y elegante que debía cantar pocos lustros después la ruina del trono de esa misma reina en América, y el triunfo de la libertad que tanto temen y odian los monarcas.

De igual carácter es la silva *El árbol*, hecha en 1809; quien leá una y otra composición no puede menos que conocer á la primera ojeada una sola lira

(1) Fragmentos de una epístola de D. Andrés Bello á D. J. J. Olmedo, publicados en *La Libertad*, periódico de Chile.

pulsada por una misma mano. Olmedo, si bien era americano por el nacimiento y los afectos, era también español por la sangre y, sobre todo, tenía un corazón bien puesto y generoso, incapaz de contemplar sin indignarse los actos de infidencia y de injusticia. Este honroso sentir y pensar hizole algunas veces lanzar tiros violentos y excederse de los límites de la moderación y la filosofía, pues hasta las nobles pasiones se descarrían cuando se rompe el freno de la razón; por eso en la silva de que tratamos, en medio de rasgos que pintan la justa cólera del poeta contra los invasores de la península y usurpadores del cetro de San Fernando, dice con impetuoso arranque:

Cuando al trono de Luis César subía,
 En medio del tumulto y la alegría
 De un pueblo esclavo... Bruto, donde estabas?
 No es tarde aún; ven besaré tu mano
 Bañada con la sangre del tirano.

Ni las circunstancias en que Olmedo escribía, ni las harto criminales y funestas que acompañaron á la invasión de Bonaparte, ni el fuego sagrado de amor patrio que abrasaba el corazón del poeta, bastan para que le podamos disculpar la predicación de tal doctrina: no entran para nada en nuestro sistema político la inmoralidad y el puñal alevoso, y nos disgusta ver la musa del Guayas señalando el corazón de una víctima y besando luego la mano que le ha despedazado.

Por desgracia, no es solamente en esta ocasión en que ha dado Olmedo semejante muestra, y con dolor del alma, pero á fuer de desapasionados y justos, tenemos que citar otro ejemplo que se da la mano con aquel. En el *Alfabeto para un niño* se encuentra esta cuarteta:

Tiranía y opresión
 Suenan y expresan lo mismo:

Para salir de este abismo
Es honrosa toda acción.

¡Increíble y triste extravío del pensamiento! Es honroso el envenenamiento, es honroso el asesinato, es honrosa la traición, es honroso el suicidio.... *toda acción* es honrosa, por opuesta que sea á la razón y á la moral. ¡Oh, no, no, gran poeta! no es así. El amor á la patria y á la libertad os ha hecho caer en un gravísimo error, y enseñáis á un niño que para salvar la sociedad de los crímenes de un hombre ó de un partido, es bueno y honroso que se cometan otros crímenes. Esta inmoral y odiosa máxima levantó los puñales del 24 de Septiembre contra el Libertador de Colombia y del Perú, contra el grande héroe cantado por el mismo que la sostiene y enseña. ¡Cuánto habría desgarrado las entrañas del poeta semeiante asesinato! Nunca deja el mal sin su parte merecida á quien le ha sembrado.

Y es tanto más notable, tanto más increíble que Olmedo se haya expresado de esta manera, cuanto en la misma citada silva y en sus demás obras ha sabido esparcir muchos principios de moral y sana filosofía, incompatibles con aquella doctrina. Sin buscarlos en las piezas de largo aliento, en que más ha campeado el alma del vate con su luz y belleza, podemos tomar del *Alfabeto*, juguete de poca importancia, otra cuarteta que antecede á la que hemos censurado, y de sentido muy diverso.

Moral, la sana moral,
Consiste en amarse bien,
En hacer á todos bien
Y no hacer á nadie mal.

Juzgando detenidamente una por una las poesías de Olmedo, de la manera como Hermosilla juzgó las de los poetas españoles, desmenuzando lo bueno y lo malo

para hacer palpar uno y otro á los lectores, nuestra tarea llegaría á ser larga y enojosa, no obstante que emplearíamos mucho más dilatado tiempo en elogiar las bellezas que en tildar los defectos. Mas nuestro propósito no es dar lecciones á los estudiantes, como parece que trató de hacerlo el crítico español, sino hacer disquisiciones generales, censuras en globo, reflexiones que abracen, no tanto la estructura de los versos, como el carácter de una obra, y la aplicación que en ella se ha hecho del pensamiento á los objetos; y haciéndolas aunque no presumimos de maestros, nos dirigimos á nuestros jóvenes compatriotas que, lejos de las enseñanzas primarias y sistemáticas de las aulas, andan ya guiados por su propia y libre voluntad en el escabroso camino del Parnaso. El escrupuloso examen de la estructura de la buena poesía enseña más que las reglas teóricas del mejor arte; pero el examen de su conjunto, del objeto que el autor se propuso, y del mayor ó menor éxito que han conseguido los esfuerzos de su talento y luces, completan la enseñanza, vigorizando el pensamiento y limpiando el gusto de todo resabio que le empaña y afea. Si al tratar de nuestros poetas antiguos nos hemos detenido á veces en hacer una especie de autopsia de algunos de sus versos, ha sido porque así lo exigía la condición enfermiza y raquítica de la literatura de entonces, y no se la podía apreciar debidamente pasando sobre ella á la ligera. En cuanto á los modernos, no obstante que la mayor parte han producido también obras enclenques y débiles, no analizaremos sino los trozos puramente necesarios para justificar nuestro dictamen.

Mas las poesías de Olmedo pertenecen á la escuela restauradora del buen gusto, y están lejos igualmente de los delirios del culteranismo y de los dislates que campean en el día á la sombra de la moda; sus pensamientos, su dicción y armonía, las buenas cualidades que las distinguen, deben ser puestas á la vista de la

juventud, no como flores en búcaros aislados, sino como matas cubiertas de ellas y juntas en un jardín.

Después de lo que hasta aquí llevamos dicho en general sobre la calidad, índole y movimiento de la musa de Olmedo, para continuar desenvolviendo con mayor acierto nuestras ideas, conviene que entremos en cuenta la más extensa y seria crítica que de ella se ha publicado. Esto nos parece útil y provechoso, porque un pensamiento engendra otro, de un reparo nace otro reparo, de una impugnación viene una segunda nota de censura; y si el error se ha deslizado entre dos conceptos del crítico, hay empeño en defender la reputación lastimada del autor juzgado. De este comercio de ideas, de este cruzarse y chocar de varios razonamientos nace la verdad, y en obras como la presente esta debe ser el objeto principal tras el que se desvele el escritor.

Hablamos del *Juicio crítico de algunos poetas americanos* de los Señores Luis y Gregorio Amunáteguis, literatos chilenos. (1) Juzgando á Olmedo dicen: "Tiene más habilidad que inspiración, más ciencia que pasión. Es gobernado no por el arrebató poético, sino por el cálculo de los efectos que pueden producir cier-

(1) Conviene advertir que en el citado libro está la crítica de nuestras poesías publicadas en 1838, hecha en lenguaje apasionado, acre y punzador; y pudiera creerse que lo que se va á leer es obra de resentimiento, no de justicia, parto de un ánimo vengativo, y no de la conciencia de quien sólo trata de defender la reputación de otro ingenio sin razón atacada y vulnerada. ¡Lejos de nosotros tan pueril vulgaridad! No sólo no nos enfadamos con los críticos chilenos, sino que les agradecemos cordialmente algunos juiciosos consejos que, en medio de la descarga cerrada contra nuestros versos, tuvieron la bondad de dirigirnos, y de los cuales hemos tenido buen cuidado de aprovechar. Penetrados vivimos de que el escritor que se deja cegar por el enojo, y no pesa con mano calmada y firme las razones ó vituperios que se han echado sobre sus obras, corre inminente riesgo de ser injusto con sus censores, lo cual siempre es malo; ó de no hacer adelanto ninguno y de quedarse metido en su ignorancia y errores, sin que su inteligencia pueda volar fuera del círculo que le han trazado su soberbia y vanidad, lo cual es mucho peor. Todo el que se da al oficio de escritor debe tener dos cántaras siempre listas, la una desfondada para recibir en ella los votos de las malas pasiones y de la injusticia; la otra entera para guardar con cuidado los de la honradez y de la imparcialidad ilustrada.

tos procedimientos., Poco después: "Todo en él es esmerado, pero todo también revela más la ciencia y el trabajo, que la inspiración y el entusiasmo."

No nos parece que hay muy buen gusto ni razonable criterio en quienes sientan de modo tan absoluto y magistral, que nuestro poeta no cantaba tanto movido por la inspiración como por habilidad, y que se ocupaba en calcular los afectos que movería con sus versos, como un comerciante las ganancias que sacaría de sus especulaciones. Con las matemáticas esencialmente prosaicas aplicadas al arte de las musas, no habría un solo poeta, porque moriría toda sensibilidad, toda armonía, todo fuego. En el campo de la inteligencia cubierto con la escarcha del materialismo, no brota ni una sola flor. Pero no, no hay poesía sin fuego, no hay poeta que cante bien sino cuando siente dentro de sí "un Dios que le fatiga," y no hay fuego sagrado donde el frío *cálculo* mete la mano. Cualquiera que lee desapasionadamente á Olmedo conoce que no pulsaba la lira sino cuando se sentía poseído de ese ser misterioso que hace brotar del alma pensamientos divinos y de la lengua voces encantadoras; que se olvidaba de los preceptos del arte y dejaba correr ese torrente de versos pindáricos que han inmortalizado su nombre.

.....De aquí mi musa,
Desplegando las alas vagarosas
Por el aire sutil tenderá el vuelo;
Ya cual fugaz y bella mariposa
Por la selva florida,
Libre, inquieta, perdida,
Irá en pos de un clavel ó de una rosa;
Ya cual paloma blanda y lastimera
Irá á Chipre á buscar su compañera;
Ya cual garza atrevida
Trasparará los mares,

Verá todos los reinos y lugares;
Ó cual águila audaz alzará el vuelo
Hasta el remoto y estrellado cielo.

(El árbol.)

¿Quién me dará templar el voraz fuego
En que ardo todo yo? Trémula, incierta,
Torpe la mano vá sobre la lira
Dando discorde són. ¿Quién me liberta
Del Dios que me fatiga?...
Siento unas veces la rebelde Musa
Cual bacante en furor vagar incierta
Por medio de las plazas bulliciosas,
Ó sola por las selvas silenciosas,
Ó las risueñas playas
Que manso lame el caudaloso Guayas;
Otras el vuelo arrebatada tiende
Sobre los montes: y de allí descende
Al campo de Junín; y ardiendo en ira
Los numerosos escuadrones mira,
Que el odiado pendón de España arbolan:
Y en cristado morrión y peto armada,
Cual amazona fiera,
Se mezcla entre las filas la primera
De todos los guerreros,
Y á combatir con ellos se adelanta,
Triunfa con ellos y sus triunfos canta.

(Canto á Bolívar.)

Así mi Musa un día
Sintió la tierra huir bajo su planta,
Y osó escalar los cielos, no teniendo
Más genio que amor patria y osadía.

En la región etérea se declara
 Grande Sacerdotisa de los Incas;
 Abre el templo del Sol: flores y ofrendas
 Esparce sobre el ara.
 Ciñe la estola espléndida y la tiara:
 Inquieta, atormentada
 De un Dios que dentro el pecho no le cabe,
 Profiere en alta voz lo que no sabe,
 Por ciega inspiración. Tiemblan los reyes
 Escuchando el oráculo tremendo:
 Revelaciones, leyes
 Dicta al Pueblo: describe las batallas;
 De la Patria predice la victoria,
 Y la aplaude en seráficos cantares:
 De los Incas deifica la memoria,
 Y á sus manes sagrados
 Si tumba les faltó, levanta altares.

(Canto al General Flores.)

.....

¡Qué musa la de Olmedo! inquieta mariposa ó blanda paloma, genio tutelar de los guerreros colombianos ó sacerdotisa de los incas, siempre se presenta rica de armonía, fácil, numerosa, arrebatada y magnífica. ¡Y Olmedo se paraba á *calcular* cuando así escribía! ¡y estos versos y otros de igual belleza y fuerza, casi todos los que produjo su admirable numen, son más bien obra de una especie de *habilidad* mecánica, y no del estro en que hervía su alma! Nos inclinamos á creer que los señores Amunáteguis juzgaron así de tan insignie poeta, sólo por el simple antojo de juzgarle; pero antojo que ha venido á poner en duda su buen gusto y discernimiento, como los de quien dijera que la aurora es verde y que el panal sabe á zumo de verbena.

Et ubicunque ars ostentatur, veritas abesse videat-

tur, ha escrito Quintiliano. (1) Admitiendo la censura de los críticos chilenos, y aplicando á las poesías de Olmedo la sentencia del gran maestro latino, vendríamos á parar en que no tienen belleza ninguna; pues todo *cálculo* todo lo que muestra *ciencia y trabajo* en el desempeño, descubre de claro en claro el arte y la falta de verdad, sin la cual no hay belleza, según ha sentado otro no menos célebre escritor: *Rien n' est beau que le vrai*. Ahora, pues, los señores Amunáteguis, ó tendrían que sostener que los versos de Olmedo carecen de belleza, contra los multiplicados ejemplos que presentan sus obras y contra la opinión generalmente adoptada en América y aún en Europa; ó habrían de modificar ó cambiar su dictamen, ó se verían en la necesidad de impugnar las dos verdades de Quintiliano y de Boileau, lo que sería una novedad por demás curiosa.

Tan poco *calculador*, y sí tan entusiasta y arrebatado era Olmedo, que no se acordaba de las malas impresiones que producen los pecados contra la eufonía, evitados con cuidado por otros poetas, y que le hacían espeluznarse al quisquilloso Hermosilla.

. Ellos *burlando*
De ajena envidia y del *protervo tiempo*
La furia y el poder serán *eternos*
De libertad y de victoria *heraldos*,

(Canto á Bolívar.)

. Sordos *aterran*
La turba pertinaz, que espavorida
Huye, y no sabe donde—que *dó quiera*

(1) Inst. or. Lib. IX, cap. III.

Los ecos le persiguen,—y *dó quiera*.
El espectro del héroe la intimida.

(*Canto al General Flores.*)

Ofano da en fantástica *carrera*.

Id.

Pudieramos citar otros ejemplos de versos cuya entonación desapacible no es obra de *esmero*, sino de la inquietud y vivacidad de la fantasía que no gusta de pararse á redondearlo y pulirlo todo, cosa que las más veces manifiesta escasez de talento; los grandes pintores dan siempre brochazos atrevidos para conseguir el sorprendente efecto del conjunto de sus grupos. Pero ¡vaya con las *pifias* de la lira de Olmedo! ¿Porqué las daría? ¿No *calculaba* éste que podían quitarle alguna parte de la impresión que deseaba produjesen su *trabajo* y sus *procedimientos* aritméticos?

Nosotros, aunque no desdenosos con las reglas del arte, pero sí enemigos de los escrúpulos, á veces ridículos, que causan escalofrío á ciertos censores por la concurrencia de dos sílabas parecidas, ó la sinalefa de una *o* con una *i*, perdonamos fácilmente esas faltas, que no obstante habríamos querido las evitase el poeta, aunque sea dando un motivo más á los señores Amunáteguis para que juzguen mal de su inspiración.

Sunt delicta tamen, quibus ignovisse velimus. Sí, los perdonamos; y ¿quién no será indulgente con ellos si están acompañados de multitud de grandes bellezas, ó perdidos entre ellas como la ortiga entre un magnífico rosal, como el humilde abalorio entre un montón de riquísimas perlas? En cada página, en cada estrofa, manifiesta Olmedo la espontaneidad, el atrevimiento sublime y la celestial brillantez de su genio incapaz de someterse al rigor de los preceptos artísticos que podían haber detenido su vuelo. El condor de los Andes

no necesita reglas para remontarse más allá de las nubes.

Tampoco nos conformamos con el gusto de los críticos chilenos cuando, con harta ligereza y acrimonia, llaman á la aparición de Huaina-Cápac, en el *Canto á Bolívar*, *fantasmagoría ridícula que hace la misma impresión que los individuos disfrazados de ángeles ó demonios que aparecen en ciertas solemnidades religiosas*, y que apesar de todo el aparato y magnificencia que la rodea, *la recibimos fríos y bastante fastidiados, como si fuera una de las pasiones ó abstracciones personificadas de Voltaire.*

No nos parece fuera del caso observar primero, que sobre ser insustancial la comparación que se hace de una ficción poética con los ridículos mamarachos de algunas festividades religiosas del populacho, pues que sólo el populacho se festeja con ellos en el día; no hay tampoco bastante exactitud en la segunda paridad con las personificaciones usadas en la *Henriade*. Olmedo finge la aparición de un ser real que ha vivido, hablado y obrado en el mundo, como cualquier otro héroe, y que tiene un lugar distinguido en la historia, no en la fábula ni entre las caprichosas invenciones de la fantasía; Voltaire da formas humanas y hace hablar á seres cuya fingida existencia tiene cabida solamente en nuestro corazón ó cabeza, pero que han estado y estarán siempre muy lejos de la acción material de nuestros sentidos. No es pues lo mismo un *hombre*, aunque yazga en el sepulcro, que las *pasiones* buenas ó malas que han influido en sus acciones.

Sin ficción no hay poesía, ha dicho el sabio de Que-rona, y los poetas de las más antiguas edades así como los modernos han tenido presente esta sentencia. Á tan poderoso agente de la imaginación debemos, prescindiendo de las obras en que entra la mitología de los tiempos anteriores á nuestra era, los inventos magníficos de Dante, los caprichosos episodios de

Ariosto y los cuadros brillantes y seductores de Tasso. Todavía sorprenden agradablemente las sombras de Francisca de Rimini y de su amante arrebatadas sin cesar por un torbellino de hielo, el descabezado Orrilo y las escenas del bosque encantado de los cruzados, sin que nadie diga que son *fantasmagorías ridículas*; y agradan no menos y conmueven á todo el que no es friamente insensible á las hermosas fantasías poéticas, la *sombra* del Rey de Dinamarca en el *Hamlet* de Shakespeare, y la de *Nelson* del célebre Moratín, inferior, en nuestro sentir, á la del inca Huaina-Cápac que tanto menosprecian los rigurosos críticos chilenos. Nadie cree, es cierto, en apariciones y sombras; pero también es verdad que el poder del escepticismo que avanza á la par con la civilización moderna, no ha sido capaz de esterilizar el numen de los poetas, ni de quitar á todos los lectores la facultad de percibir la belleza y armonía de las obras de las musas, y de deleitarse aunque sea con las imágenes de un sueño. Cantad bien, decimos á los vates, conmovednos, arrebatadnos, y poco nos importan los arbitrios de que os valéis para dar cuerpo á vuestras ideas y hacernos palpar vuestra inspiración.

El plan del *Canto á Bolívar* es, además, de tal naturaleza, que el poeta tenía necesidad de algún medio atrevido para darle unidad, y la ingeniosa manera de que se valió con la aparición de la sombra del inca salvó la dificultad, como observa el ilustre D. Andrés Bello. "Todo pasa en Junín, continúa el mismo, todo está enlazado con esta primera función, todo forma en realidad parte de ella. Mediante la aparición y profesía del inca Huaina-Cápac, Ayacucho se transporta á Junín, y las dos jornadas se eslabonan en una. Este plan se trazó, á nuestro parecer, con mucho juicio y tino. La batalla de Junín sola, como hemos observado, no era la libertad del Perú. La batalla de Ayacucho la aseguró, pero en ella no mandó personalmente el

General Bolívar. Ninguna de las dos por sí sola proporcionaba presentar dignamente la figura del héroe; en Junín no le hubiéramos visto; en Ayacucho le hubiéramos visto á demasiada distancia. Es, pues, indispensable acercar estos dos puntos é identificarlos, y el poeta, ha sabido sacar de esta misma necesidad grandes bellezas, pues la parte más espléndida y animada de su canto es incontestablemente la aparición del inca.,

Bello, indica modestamente su opinión desfavorable acerca de la extensión de esta parte de la obra, y otros, quizá apoyados en tan respetable parecer, han hecho la misma censura. Nosotros no la encontramos muy justa. La obra de Olmedo, nos atrevemos á creer, es algo más que un himno: es un canto *sui generis* que sin dejar de ser lírico se aproxima á la epopeya. Y así lo requería su mismo plan, que abrazando dos acciones y habiendo de desenvolverse en él un pensamiento que tenía sus raíces en lo pasado y extendía sus ramas hasta lo futuro, le habrían venido estrechas las estrofas de una composición ceñida á las comunes reglas de la poética. Para juzgar esta parte del *Canto á Bolívar*, es menester penetrar la intención del poeta y colocar la obra fuera de la línea que ocupan los demás himnos y odas hechos sobre temas análogos. Bien conocida esta intención y estudiado el objeto del poema, se ve claramente que Olmedo no quiso dar á su patria una obra raquílica y mezquina, cual habría sido si no hubiera campeado su numen en un terreno abierto y dilatado. Y luego ¿acaso por el largo cantar ha flaqueado y decaído? ¿no es laudable que haya hecho en su extenso canto lo que otros hacen difícilmente en himnos ó canciones de pocas estrofas? Á falta de otros motivos, la inspiración varonil y fogosa sostenida desde el primero hasta el último verso, habría bastado para que se le disimule el que se haya extendido mucho en la celebración de nuestros grandes héroes y sus hazañas.

En otra parte censuran los señores Amunáteguis al poeta del Guayas el empleo que ha hecho de *muchas reminiscencias de los poetas griegos y latinos, que se refieren á costumbres y tradiciones ajenas á los tiempos modernos, como la de los juegos olímpicos* inmortalizados por Píndaro, al retiro de Aquiles en Sciros, etc., y añaden que por esto hay una estrofa ininteligible.

Olmedo escribió, de seguro, para la sociedad ilustrada, no para el vulgo que ignora quienes fueron Homero, Virgilio, Aquiles y Encas, y los demás poetas y héroes de la antigüedad, y, lo que es más hasta el mérito de una composición elevada como el *Canto á Bolívar*. Además, una vez tomado el camino del clasicismo, había que seguirle hasta el fin, y muy mal habría hecho Olmedo en renunciar los rasgos de elocuencia que le proporcionaban sus conocimientos en historia y literatura griega y romana. Esta es la fuente de donde prefirió tomar las bellezas y armonías con que trató de embelesar, y embelesó, en efecto, á sus compatriotas, como de igual manera pasmaron á los suyos los clásicos Fray Luis de León y Fernando de Herrera. Homero, Virgilio, Tasso, Milton y otros muchos hasta Olmedo, son poetas para la sociedad que lee y estudia y llega á un grado más ó menos alto de civilización. El pueblo, cuya educación literaria no pasa de saber leer y escribir mal, ha tenido y aun tiene en nuestros días poetas que cantan en lenguaje familiar y á veces hasta vulgar. Decidle con Herrera;

Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso
Á Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso,

y no os entenderá palabra; pero repetidle con Trueba:

Me gustan mucho tus ojos,
 Me gusta mucho tu pelo,
 Me gusta mucho tu cara,
 Me gusta mucho tu cuerpo,

ó cualquier otra cosilla de este género, y le veréis saltar de contento. Para el populacho, esto es, para esa clase infeliz que yace bajo las plantas de todas las demás, quizá ni estos versos son muy comprensibles, sino esas coplas rudas y mezquinas que brotan de sus labios como flores pálidas y sin olor, nacidas bajo un tronco ó un peñasco, y que no han sentido nunca el calor vivificante del sol. ¡Tal es la falta de inspiración!

En cambio estas coplas son muchas veces ininteligibles para la gente encopetada de la culta sociedad. Hasta en esto se advierte la ley de las compensaciones establecida por la naturaleza.

Dicho lo que antecede, ¿qué tiene de malo y oscuro el siguiente trozo del *Canto á Bolívar*, citado como tal por los señores Amunáteguis?

Yo acaso más osado le cantara
 Si la meonia Musa me prestara
 La resonante trompa que otro tiempo
 Cantaba al crudo Marte entre los Traces,
 Bien animando las terribles haces,
 Bien los fieros caballos, que la lumbre
 De la égida de palas espantaba.

Estos versos dignos de la *Iliada* no son sin duda para la inteligencia de un arriero, ni siquiera para la de un buhonero, una bachillera ó un pisaverde; pero sí para la de los mismos críticos chilenos, y para la de cuantos, como ellos, han tenido la dicha de educarse é ilustrarse bien.

No rehusamos unir nuestro voto de censura al de aquellos señores, cuando en la silva *A un amigo, con*

motivo del nacimiento de su primogénito, reparan en lo inadecuado é inoportuno que es darse á filosofar tristemente al pié de la cuna de un niño cuyos padres esperaban sin duda, y con mucha razón, que el poeta esparciese algunas flores sobre ella. Harto desengañados Risel y su esposa, sienten caer gotas de hiel en su corazón: ¡el cantor les ha mostrado cuánto más ventajoso fuera que ese hijo de sus entrañas, el primer fruto de sus amores, volviera á la nada! Y después de haber cantado cual convendría hacerlo sobre una tumba, deseando consolar á quienes perdieron un ser amado, presenta Olmedo al fin un cuadro bellísimo y encantador en el niño que

Abre en sonrisa la encarnada boca
Y el dulce beso maternal provoca,

resultando con los versos del principio un contraste que dudamos sea muy natural.

Igual justicia encierra la crítica de los literatos de Santiago respecto del *Canto al General Flores*, si bien separándose un tanto del único objeto que debieron proponerse al hacer la censura, objeto puramente literario, mojan la pluma en la hiel de las pasiones políticas y trazan algunos rasgos, tocando á un tiempo al poeta y al guerrero. Una sola gota de sangre derramada con ocasión de una guerra intestina, es cosa de lastimar y arrancar lágrimas á todo corazón bien puesto: porque los hombres destinados á vivir en paz y unión fraternal en el recinto de una misma patria, bajo el amparo de unas mismas leyes, dirigidos por un sólo gobierno, cometen un crimen inaudito armándose para asesinarse mutuamente, arraigar odios mortales y eternos entre sí y dejar á la historia páginas inmorales y escandalosas. Nunca hemos visto los campos de Mifanica, donde el hundimiento del terreno muestra en partes el sepulcro de mil y más víctimas, donde to-

avía blanquean algunos huesos esparcidos en la arena... nunca los hemos visto sin estremecernos de horror, sin sentir el alma movida de santa indignación, sin condenar severamente el ciego extravío de los revolucionarios, del adalid victorioso á costa de tanta sangre, y del poeta que, en vez de cubrir de luto su lira ó de entonar una triste elegía, entonó un soberbio canto de triunfo. Las buenas impresiones que producen las bellezas de esta poesía, son ahogadas en nuestro corazón por el sentimiento profundo que causa el sangriento suceso que la inspiró. ¡Oh, si fuese posible arrancar esta perla de la diadema del poeta, lo haríamos por su honra propia y por la del distinguido guerrero á quien fué dedicada! Mas ella pertenece ya á la historia de la patria, como la *Farsalia* á la historia de Roma.

Siguen los señores Amunáteguis en su examen crítico sobre Olmedo, y con sagacidad maliciosa tratan de mostrar que ciertos rasgos son *casi traducciones* de Horacio; y han dado á sus observaciones un colorido sospechoso que tiende á deslustrar el mérito de las obras que censuran. Esta mala inclinación se hace tanto más visible, cuanto vemos que no han parado mientes en defectos de bulto estampados en obras de otros autores, de las cuales han hecho la censura amoldándola á circunstancias especiales é individuales. Aquí la buena fé se presenta problemática y corre peligro de que se la comprenda al revés. En tal caso, señores críticos, no contéis con la concurrencia de nuestro humilde voto.

Olmedo imita, es cierto, porque la escuela á que pertenece es esencialmente imitadora; pero amplifica; viste y adorna de tal modo los pensamientos de los clásicos que le sirven de modelos, que Horacio, por ejemplo, le cedería la propiedad de algunos de los suyos.

Cœlo tonantem credidimus Jovem
 Regnare: præsens divus habebitur
 Augustus, adyectis Britannis
 Imperio gravibusque Persis.

Proclama á Jove el trueno retumbando
 Rey y Señor del luminoso cielo:
 Al britano feroz, al persa infando
 César leyes dictando,
 César el-Dios será del ancho suelo.

Traducción de Burgos.

El trueno horrendo que en fragor revienta
 Y sordo retumbando se dilata
 Por la inflamada esfera,
 Al Dios anuncia que en el cielo impera.
 Y el rayo que en Junín rompe y auyenta
 La hispana muchedumbre,
 Que más feroz que nunca amenazaba
 Á sangre y fuego eterna servidumbre:
 Y el canto de victoria
 Que en ecos mil discurre ensordeciendo
 El hondo valle y enriscada cumbre,
 Proclaman á Bolívar en la tierra
 Arbitro de la paz y de la guerra.

Canto á Bolívar.

¿Es esto una *casí traducción*, ó una imitación soberbia? El mismo lírico de Venuso se deleitaría con este pensamiento suyo que, vestido con nuevas galas y felizmente adaptado por Olmedo al principio de su célebre *Canto á Bolívar*, sorprende la imaginación con su vigor y brillantez. Para notar la diferencia que va del un trozo al otro, es preciso no limitarse á la comparación del *Cœlo tonantem* con *El trueno horrendo que en fragor revienta*, frases con que principia el

pensamiento, sinó entrar en cuenta todo él. No se ha de juzgar de una columna por sólo el corte de un fragmento de la basa. La identidad del principio de una oración no arguye contra toda ella, si en su progreso ha variado de giro y es otro su final; así mal pudiera censurarse que Virgilio hubiese comenzado la *Eneida* invocando modestamente á su musa, como Homero; ni que Ariosto, Ercilla y hasta D. Juan María Moury hubiesen dado idéntico principio á sus poemas; ni que Espronceda para formar la magnífica octava con que da entrada á su *Pelayo*, hubiese tomado la idea de un elocuente escritor francés; ni que aun los mismos señores Amunáteguis hubiesen pedido á Cormenin el patrón para escribir que Olmedo "hace con sus ideas y con sus frases lo que hace un general con sus cañones, sus caballos y sus hombres." Y nótese de paso que la imitación de los últimos se ha extendido hasta á la lengua, pues ese *sus*, *sus* y más *sus*, es un sonsonete que sólo pertenece á Cormenin, porque es francés, más no á ningun español bien hablado.

Las mismas reflexiones pudiéramos hacer acerca del siguiente pasaje y de otros que sería inútil citar:

. . . . Micad inter omnes
Julium, velut inter ignes
Luna minores.

Horacio.

Y así la estrella Julia resplandece,
Cual entre astros sin cuento
La luna en el lumbroso firmamento.

Traducción de Burgos.

Mas de improviso
La espada de Bolívar aparece,

Y á todos los guerreros
Como el sol á los astros oscurece.

Tal se ve héspero arder en su carrera,
Y del nocturno cielo
Suyo el imperio sin la luna fuera.

Olmedo, Canto á Bolívar.

Compárese y júzguese.

Si no nos engaña nuestro juicio, porque tal vez naturaleza no nos ha negado el don de comprender medianamente bien las cosas y de discernir con alguna rectitud, hay muchísima diferencia entre el pensamiento de Horacio y de Olmedo. El primero nos representa á la reina de la noche brillando en medio de su corte de estrellas, y con ella compara por su esplendor á la *estrella Julia*. No hay más ni menos: esta es toda la imagen, éste todo el símil. El segundo compara la espada de Bolívar entre las de los demás guerreros, con el sol cuyos esplendorosos rayos oscurecen el pálido fulgor de las estrellas, ó expresa que si no existiera el gran héroe, objeto principal de su canto, Sucre sería el primero, de la manera que el héspero, si no hubiera la luna, sería el rey del cielo por la noche. Hé ahí, pues, los astros sirviendo á Horacio y Olmedo para hermosas comparaciones; pero cada uno de los poetas se ha valido de ellos de tan diverso modo, cual dos hábiles artistas se sirven de los mismos colores para pintar diversos cuadros.

La historia de las copias serviles y de los plagios es muy antigua, y uno de los principales defectos de la escuela clásica, á nuestro ver, es reflejar demasiado el carácter de los griegos y latinos con menoscabo de la originalidad. No á todos es dado comprender en qué consiste la diferencia que va de una imitación á una traducción ó un plagio. Los grandes ingenios que han

tirado por el clasicismo han podido imitar felizmente á los poetas antiguos, mezclando las invenciones nuevas con los pensamientos que han tomado de los otros; de aquí han nacido sus obras maestras y la fama de sus nombres. Pero lo común ha sido siempre, en el vulgo de los hijos de Apolo, vestir sus producciones con ajeno ropaje clásico, sin cortarles nunca á la moda, por sensata que esta sea, y sin reflexionar que el progreso incesante de la civilización va cambiando día por día el carácter de la sociedad en la cual se vive y para la cual se escribe.

Pero poetas insignes como Virgilio plagiaban también, y de una manera encandalosa, porque

“Le Parnasse est comme le monde:

On n’y permet qu’aux riches de voler.,,

Ennio, Pacobio, Accio y Suevio, Lucrecio, Cátulo, Vario y Furio, fueron más ó menos, despojados por el gran poeta. Aun hizo más, según lo ha afirmado un escritor latino, pues el libro 2.º de la *Eneida* es copiado *casi palabra por palabra* de un tal Pisandro, poeta griego cuyas obras, que sin duda no eran *estiercol* como las de Ennio, según puede juzgarse por aquella muestra, no han llegado hasta nosotros. Eso sí que fué abusar del privilegio de los ricos. Olmedo lo ha sido también; pero ha tomado algo sólo á préstamo, para devolverlo al público con usura. Si el poeta americano merece censura por sus imitaciones, ¡cuántos célebres vates españoles del siglo de oro y de nuestros días caerían bajo la férula de Aristarco! Garcilaso que imitasteis á Virgilio, Fray Luis de León que *casi tradujisteis* á Horacio, Herrera que exornasteis vuestras producciones con las maravillas de los libros santos, y hasta vos, arrebatado y armonioso Quintana, que habéis puesto en vuestra *Oda á la hermosura* esta perla sustraída de la corona de Safo,

¡Feliz aquel que junto á tí suspiral

¡cuidado! poco falta para que la honra consagrada por el buen gusto y la admiración de largos años, caiga y se eclipse ante la severa rectitud de los críticos modernos.

Hemos oído ceusurar de demasiado atrevido el soneto de nuestro poeta *A la muerte de mi hermana*. Lo es en efecto, y si por una parte admiramos su belleza, por otra no sabemos como disculpar la osadía de los pensamientos. Diríamos en defensa de Olmedo que la resolución y vehemencia de estos versos son partos de justo dolor, gritos de un corazón desgarrado por una gran desgracia; diríamos que el poeta no pudo reprimir su sentimiento; que las pasiones de los vates son profundas y volcánicas, y que por tanto sus expresiones tienen que ser análogas al estado del espíritu en el momento de correr la pluma sobre el papel. ¡Oh! quien no sabe pintar lo que siente con palabras y frases de fuego que hagan sentir también al lector de la misma manera, no es poeta; quien teme verter la expresión propia y adecuada para decir lo que pasa en su interior, y busca palabras y giros mil veces usados y descoloridos, por miedo de pasar los límites que le han trazado algunos maestros, nunca podrá ser más que un vulgar coplero. Olmedo comprendió muy bien todo esto, y así se distingue en el Parnaso americano como verdadero discípulo de las musas. El soneto mencionado es, pues, un brote de la inspiración del momento; fué forjado en la mente del poeta y trasladado al papel tal como lo vemos; por eso se compone de rasgos enérgicos no tocados por la manos de los preceptos artísticos que habrían enfriado y arrebatado su color propio y el tono genuino del sentimiento. Pero somos cristianos, y los encantos del bello soneto desaparecen para nosotros ante la imagen de Dios; de ese Dios, árbitro supremo y único de nuestro destino, que hace brotar la vida del polvo y de la nada y que nos arrebató del mundo cuando le place; de ese Dios á cuya vo-

luntad no cabe oponerse y á quien nadie toma cuenta de sus hechos. ¡Poeta! ¡oh poeta! canta, pero bendice, llora, pero humíllate, cuando la mano de Dios te dispare el golpe.

Luego tendremos ocasión de explayar nuestras ideas acerca de la energía de la expresión y de otras dotes de la verdadera poesía. Por ahora terminemos nuestro juicio respecto del célebre poeta de nuestra independencia.

Después de hecho el examen general de las principales obras de Olmedo, en las cuales se ve pintado su genio de frente, diremos así, poco merecen la atención las demás piezas. Las traducciones han sido generalmente celebradas por jueces más idóneos que nosotros. En ellas se distingue también al poeta; pero la honra está dividida entre quien inventó el original y quien nos le dió á conocer. Una pieza de Shakespeare ó Pope, por buena que sea, es un instrumento mudo para el que no sabe la lengua de Albión; el traductor le hace sonar, percíbese la armonía, se la comprende, y los aplausos que arranca son para el inglés y para el que le ha interpretado. Cuando leemos la traducción de *Ensayo sobre el hombre*, por ejemplo, no nos deleitamos con ella sin admirar á Pope; y quien lea la magnífica versión de la *Iliada*, hecha por éste, no podrá menos que regar abundantes flores sobre el poeta de Smirna. La *Alocución pronunciada por la Señora Carmen Aguilar*, tiene el tono propio de su género. En el *Prólogo á la tragedia de El Duque de Viséu*, la inspiración más viva, el movimiento de las ideas y el colorido de toda la composición, manifiestan la frescura y lozanía de su autor cuando la produjo. *Mi retrato* es un juguete muy bello, de esos que los buenos ingenios hacen á la ligera y como jugando. De esta clase de piécitas tiene otras Olmedo, que se leen con agrado una y muchas veces. Las mejores nos parecen las dedicadas á las señoritas Rosa Ortiz de Cevallos y

Grimaneza Althaus, y el soneto dirigido á un niño, dándole algunos consejos de moral y urbanidad. Copiamos los dos últimos por ser los menos conocidos hasta aquí.

Díceme un Dios que dentro el pecho siento,
Que al nacer se me dió fuego divino
Sólo por que cantara, ¡oh Grimaneza!
Las gracias, la virtud y la belleza.
Yo cumplí, no sin gloria, mi destino,
Cuando mi corazón y el alma mía
En vivo amor y juventud ardía.
Y en premio de haber sido
Siempre fiel á tan dulce ministerio,
El Dios á cuyo imperio
Se rinden voluntarios
La tierra, el cielo, el mar, ha concedido
Su antiguo ardor, su inspiración divina
Á un genio que fallece desvalido,
Como el sol que al ocaso se avecina.
Si he podido cantar como solía
Tuyo es este portento, amiga mía.
¡Qué gloria para mí! Ver que este día
La más bella y graciosa no rehusa
Ser la corona de mi anciana Musa!

1846.

SONETO

Saber poner en práctica el amor
Que á Dios y al hombre debes profesar;
Á Dios como á tu fin último amar,
Y al hombre como imagen de su autor.
Proceder con lisura y con candor;
Á todos complacer sin adular;
Saber el propio génio dominar,
Y seguir á los otros el humor;

Cual propio el bien ajeno promover,
Como propio el ajeno mal sentir;
Saber negar, saber condescender.
Saber disimular y no fingir:
Esta ciencia del mundo has de aprender,
Esta es la ciencia del feliz vivir.

1836.

Olmedo conoció su propio valer, y aplaudimos el
noble orgullo con que dijo:

Yo cumplí, no sin gloria, mi destino.

Un moralista aconseja, no sin mucha razón, que el
hombre no debe humillarse y abatirse, sino justificar
su orgullo. Parece que nuestro poeta tuvo presente
esta máxima: harto justificado está su orgullo.

CAPÍTULO X

DOÑA DOLORES VEINTEMILLA DE GALINDO.

LA EDUCACIÓN DE LA MUJER ENTRE NOSOTROS.

Después que habíamos oscrito el juicio que precede sobre las obras de D. José Joaquín Olmedo, nos vino la *Lira ecuatoriana. Colección de poesías nacionales escogidas y ordenadas por el Dr. Vicente Emilio Molestina.—Guayaquil.—1886.* Teníamos una colección de las poesías de Olmedo y esto nos facilitó su examen; mas los versos de otros ecuatorianos contemporáneos andaban esparcidos en hojas sueltas y periódicos, y era algo difícil, ó á lo menos molesto, conseguirlos y ordenarlos para nuestro intento. El apreciable joven Dr. Molestina, nuestro amigo, nos ha descargado de este trabajo; y dando, además, el diploma de poeta á algunos cuyas producciones ó no conocíamos ó no nos habríamos atrevido á calificar de poesías, nos ha sacado de la ignorancia y perplejidad en que estábamos, y puéstonos en posibilidad de abrir juicio con la franqueza necesaria, respecto de las obras de autores conocidos y señalados.

Tomamos, pues, la *Lira*, y después del célebre can-

tor de las glorias de Colombia, damos con una mujer, la señora Dolores Veintemilla de Galindo. Acertado anduvo el compilador, á nuestro juicio, pues á fé que nos gusta ver la interesante figura de una dama, simpática por la juventud y el talento, y más todavía por la desgracia, siguiendo á la austera y magnífica figura de Olmedó.

La señora Veintemilla nació en Quito en 1829, y en mayo de 1857, abrió con propia mano las puertas de la eternidad y huyó de la vida. Un cúmulo de desgracias abatieron su espíritu con aquella enfermedad moral que hace despremiar todo instinto de conservación, y extraviando el entendimiento engendra la idea de un estéril y repugnante delito, el suicidio. La infeliz señora, que pudo realzar su mérito añadiendo al talento la resignación cristiana en el infortunio, quiso oponerse á este con una muerte violenta y prematura, acción que tiene más de pagana que de noble y heroica. La imprudencia de un sacerdote fanático, por no decir más, tuvo mucha parte en la consumación del suicidio. Hemos consagrado á la memoria de la señora de Veintemilla el sentimiento y las lágrimas que merece toda desventura, y justo es que execremos y maldigamos las malas pasiones de aquel hombre que la impulsó al delito. Los restos de la víctima yacen en solitario sepulcro, y el fanatismo del victimario, ¿podría quedar sin la maldición de la sociedad cristiana y culta?

Asegúrase que la señora Veintemilla quemó los manuscritos de sus versos horas antes de darse la muerte; pero sin embargo nos quedan algudias muestras, aun fuera de las publicadas en la *Lira*, y nos serviremos de ellas como de fundamento para nuestro juicio, que por cierto no será muy largo.

Árdua y peligrosa es la tarea del crítico que juzga de una obra literaria; pues no todas las reglas en que funda su dictamen son seguras é infalibles, ni es muy fácil que su gusto sea tan puro que no esté deslumbrado.

do por algún capricho, por lo menos, ó que su conciencia sea tan recta y firme que no se doblegue á tal ó cual lado, con menoscabo de la debida justicia. De aquí viene que la mayor parte de los *juicios críticos*, en vez de alcanzar su fin, que es la corrección y enseñanza, suelen dar escaso provecho con sus minuciosidades inoportunas, sembrar nuevós errores con sus falsas doctrinas junto á los que pretendían desarraigar, y lastimando el amor propio encender guerras literarias que por lo común traen amargos resultados. Así hemos pensado al escribir estas líneas; y si bien confiamos en que no faltará sinceridad en nuestras apreciaciones, y rectitud y pureza de intención, también tenemos fundados temores de que la pequeñez del talento y la escasez de conocimientos se opongan á que demos cima feliz á una obra emprendida sólo por amor á la honra de nuestras letras y por servir en algo á la juventud estudiosa de la república.

Y las dificultades crecen cuando las producciones que se juzgan son de contemporáneos, ó de ingenio de mujer, y en este caso hay que expresar todo concepto hermanando la nimia delicadeza con la amargura de la verdad, cosa por cierto no fácilmente hacedera, aun cuando la autora yazga en el sepulcro. Los fueros de la mujer son muy diferentes de los del hombre hasta después de la muerte.

Por fortuna, al hablar de los partos literarios de la señora Veintemilla, tenemos que empezar con el elogio de su talento; pues lo tenía y no vulgar, como se descubre en los pocos versos que nos ha dejado. Añadamos que ese talento estaba unido á un corazón estremadamente sensible y fogoso: corazón de poetisa al cual la más breve chispa de inspiración bastaba para convertirlo en una hoguera.

La composición *Quejas* ha sido escrita en momentos en que la autora sentía ultrajado su amor; la voz conmovida de esta pasión y la voz de los punzantes



celos alternan en los versos con naturalidad y hacen comprender que cuanto expresan es verdadero. Con ocasión de esta poesía se ha dicho que la señora Veintemilla fué la émula de Safo. Creemos que hay exajeración en tal concepto, pues aun que sean parecidas en la vehemencia de la pasión, la amante del infiel Faón sabía el arte de hacer resaltar todo el fuego del alma en sus versos, y nuestra poetisa apenas le hace traslucir en los suyos. Safo es una antorcha, estotra sólo una chispa vivaz; y aunque ambas queman, la primera alumbra además, en tanto que la segunda luce como un átomo de lumbré en las tinieblas. Si es verdad que la musa de Lesbos buscó la muerte en el salto de Leúcades, lo cual no está muy bien averiguado, habría en esto más bien alguna analogía con la poetisa quiteña; porque matarse saltando de un promontorio ó apurando un vaso de morfina, todo es matarse, ó saltar de la altura de la vida al abismo de la eternidad; sólo que la acción de la pagana Safo nada tiene de sorprendente ni reprehensible, atendiendo á las ideas morales que debió tener, mientras que el envenenamiento de la cristiana Dolores, no podemos explicarnos, sino buscando su desesperada resolución en la perturbación de las facultades mentales. Safo pudo haberse matado con plena conciencia de lo que hacía; Doña Dolores Veintemilla, de seguro, no tuvo tal convencimiento, y esto pone entre las dos una enorme diferencia.

El buen talento de esta señora está oscurecido por la mal dirigida educación literaria; sus versos prueban que los hacía por pura inspiración y nada más. Esto es á la par un elogio y una censura: elogio de las buenas dotes que le dió naturaleza; censura de no haberlas cultivado y hecho realzar con el estudio. Se conoce que este se halló limitado á un poco de lectura con la cual dió ensanche y soltura á las ideas que había recogido en la escuela, y adquirió cuantas otras bulleron des-

pués en su ardorosa imaginación, sin el orden y concierto que proporciona el estudio metódico y bien fundado. No es aventurado presumir también que la lectura no fué de lo más selecto, y sin duda cayeron en manos de la joven libros de aquellos que por desgracia abundan en América, insustanciales y corruptores en el fondo, defectuosos y abominables por la forma. ¡Cuán perniciosas á la moral y á las letras son esas novelas románticas, con que cierta novísima escuela francesa riega las semillas del socialismo y la corrupción por todas partes! ¡Cuán pernicioso y detestable es esa poesía de oropel, que si algún pensamiento encierra es para menoscabar los efectos puros y nobles, y sembrar en el corazón de la juventud el germen de las malas pasiones! Y el interés dramático de esas novelas, aunque inverosímil las más veces, y aquel moverse y brillar del estilo en ellas y en los versos empleado, y el colorido superficial de las imágenes y el armonioso ruido de las estancias; toda esa apariencia seductora obra de tal suerte en el ánimo de los jóvenes, que los inclina á la imitación no solo de las formas literarias y del lenguaje, sino del carácter de los héroes novelescos y de sus acciones hijas de doctrinas extravagantes y á veces hasta diabólicas. Las mujeres, de suyo más sensibles, son las que abrazan más ciega-mente el partido de las novelas y de los versos cortados á la moda del día, y, por supuesto, son las que más pierden. Por eso hemos dicho mil veces y lo repetimos otras mil, que más bien quisiéramos ver una vívora en el seno de una joven, que no en sus manos un libro corruptor.

La noche y mi dolor, aunque no apasionada y vehemente como la primera composición, tiene el mismo tono, la misma firmeza y no menos número de defectos: es también parto de un ingenio sin estudios; tiene poesía en el fondo, por que era preciso que la autora hubiera puesto algo de su corazón en sus versos: la

alondra canta sin saber porque canta. Esta composición fué el preludio de la agonía, la última nota de su lira que iba á ser arrojada y despedazada contra el umbral de la vida por las manos de su propio dueño, el último resplandor de *la antorcha de la vida que se apagó*, como dice la malhadada poetisa. No hallamos en estos versos las ideas y los afectos que se debe tener en los momentos de irse voluntariamente del mundo; ideas en extremo lúgubres y conmovedoras, afectos en extremo agitados, violentos y terribles, como la lucha de la vida y la muerte, del bien y del mal, de los dulces recuerdos con la amargura presente, de alguna sobra de amor á las cosas de la tierra con el despecho y la desesperación que al fin triunfan; nada de esto hallamos, mas, con todo, esos versos nos conmueven, y aunque condenamos el suicidio, la desgracia de la infeliz señora rinde nuestro corazón y le inclina á la simpatía. Grande lástima es que no podamos bendecir su memoria!

El ingenio no escasea en las mujeres ecuatorianas, y siempre se le halla junto con la sensibilidad, la dulzura de caracter y otras prendas del corazón que las constituyen un verdadero tesoro de nuestra sociedad. Pero ¿por qué no brillan, como deben, en las regiones de la inteligencia? ¿Por qué no dan muestras de que piensan y sienten, y tienen facultades para pintar la naturaleza y fuerzas para disputar al hombre las coronas y los lauros apolíneos? ¿Por qué enmudecen? ¿Por qué se esconden? ¡Ah! es porque no se las comprende, ni se las educa, ni se las estimula. Somos todavía semibárbaros en nuestro porte con respecto á las mujeres: las miramos como inferiores nuestras, á lo más como compañeras de nuestra vida material y objetos destinados al placer y al servicio interior de nuestras casas. No apreciamos en ellas el alma, sino el cuerpo, no buscamos las dotes de la inteligencia sino la efímera belleza de las formas exteriores. ¡Pobres mujeres!

¡cuán injustos somos con ellas! Cirios que arden y se consumen en el altar de los deberes domésticos, flores que se marchitan y deshojan en aras del amor y cuya fragancia no trasciende fuera de las puertas de una casa.

Al contemplar la suerte de las mujeres en el Ecuador comprendemos bien la razón que tuvo Eurípides cuando dijo en su *Medea*: "De todas las criaturas dotadas de vida y pensamiento, las más desdichadas son las mujeres." El trágico griego al desenvolver esta idea busca la desgracia de la mujer, entre otras causas, en la sujeción á la vida doméstica, en no poder ensanchar el corazón fuera del estrecho círculo que le oprime, en no poder respirar libremente lejos del lugar donde se ha padecido alguna pena ó desazón. Nosotros hallamos la desgracia de las ecuatorianas en algo más íntimo y más fundamental, en algo que se pudo evitar desde la niñez y no se evitó.

—Estoy contento, nos decía un amigo, porque me ha nacido una hija.

—Reciba V. mi enhorabuena, querido; si bien tras la primogénita le habría venido de perlas un varoncito.

—No tal; y ojalá si llego á completar la docena sea con sólo mujeres.

—¡Vaya con el capricho!

—No es tal capricho, sino conveniencia. ¿No vé V. que cuando nace un varón hay que pensar seriamente en educarle?

—¡Y qué! cuando nace una mujer.....

—¡Oh! una mujer con poquísimos está bien educada.

Comprendimos perfectamente el pensamiento del buen hombre: fué el mismo de la mayor parte de nuestros compatriotas que miran á las hijas como si fuesen mitad menos racionales que los hijos, é indignas de una educación esmerada.

Para los hijos las ciencias y las artes, para ellos la

literatura, para ellos todo el campo del saber humano, los títulos, las condecoraciones, las dignidades y las rentas; para ellos, por lo mismo, el mayor número de placeres, así los que proporciona el pensamiento á la inteligencia, como los que el mundo material regala á los sentidos. Para las hijas las faenas caseras, el aislamiento, la estancación de las ideas, la obscuridad, las escaseces y privaciones. ¿Esto no es injusto? ¿Esto no es bárbaro?

Los padres más esmerados y que han gastado algunos miles en la educación de sus hijos, hasta ver bien ó mal coronados sus esfuerzos, han empleado apenas la mitad de esa suma en educar á las hijas; más ¿cuál es esta educación? Van las niñas á una escuela, se están cuatro ó cinco años en ella aprendiendo á leer mal, á hacer algunos garabatos por letras, y atormentando la memoria con otros rudimentos que se olvidan al día siguiente de no haber visto la cara del maestro. Vueltas á la casa paterna se las hace aprender algo de piano, de vihuela ó arpa, porque es menester, por si el ruido pueda halagar á algun novio; algo de costura, para que si llegan á casarse no hallen dificultades en remendar medias y pegar botones; algo de arte de cocina, porque es útil, y porque además es preciso aprovechar de la habilidad de la tía fulana en este punto.

Luego ellas mismas buscan las modas y el lujo por instinto; aprenden á bailar también por instinto, leen algunas novelas que despiertan en sus mal cultivados corazones pasiones exóticas y peligrosas y locos deseos, y está rematada la educación. ¡Qué señoritas tan bien educadas! Sus padres se andan ufanos creyendo tener con ellas la maravilla del sexo femenino. Pero, oh padres! en vano nos dirigís esas miradas significativas como pidiéndonos un voto de aprobación: en nuestro concepto, si algo habéis hecho por vuestras hijas es tan malo que habría valido más no hubieseis hecho

nada. La instrucción superficial de las mujeres cuando llega el tiempo en que deben desempeñar su papel en el teatro de la vida social, es más dañosa que provechosa; la educación de despensera y cocinera, ó de costurera y bordadora, podrá serles útil muchas veces y podrá proporcionarles ratos de distracción y olvido de los pesares domésticos; mas nunca será capaz de desprender su espíritu de las mezquinas materialidades que les rodean, para elevarlas á pensamientos más nobles y más dignos de su destino en la tierra y en el cielo.

Como se vé, no negamos la necesidad de que las mujeres aprendan aquellas cosas propias de su sexo y buenas para su condición; sin ellas su educación sería viciosa por otro respecto. No hay pues que pensar en darlas una enseñanza del todo varonil. Se asegura que George Sand decía en cierta ocasión que era más difícil hacer una torta que escribir una novela. Esta paradoja sirve á lo menos para darnos á conocer que la célebre novelista no se desdeñaba de bajar á la cocina. Cuéntase también que Isabel la Católica, la protectora de Colón y coadyuvadora en el descubrimiento de un mundo, manejaba la rueca, humilde instrumento de las más humildes mujeres. ¡Llor á la escritora que hace tortas y á la reina hilandera!

Lo que quisiéramos y de seguro quisiera con nosotros toda persona sensata, es que vayan alternando los sabrosos manjares, las costuras, el canto, el piano y el baile, obras de la mujer animal, como habría dicho Aymé Martin, con los partos del talento, con los destellos del alma que colocan á la mujer al nivel del hombre, y aun superior, si atendemos á la delicadeza y gracia que sabe comunicar al amor y á otros afectos íntimos naturales en ella. Pero, ¿cómo ha de ser esto, si hay empeño en favorecer sólo las inclinaciones para lo primero, y no se piensa en cultivar las buenas disposiciones que ha dado naturaleza al espíritu femenino

para lo segundo? Á lo más se observa que á la educación material añaden las mujeres por sí mismas la devoción, prueba de su sensibilidad y predisposición innatas á las cosas espirituales y elevadas, que buscan instintivamente como el ave la altura de los árboles y el pez el seno de las aguas. Pero hasta su devoción está casi siempre viciada con prácticas nada conformes á las doctrinas evangélicas: está contaminada de materialismo. El rosario de María sale por lo común de los labios, no del alma de la devota; es el cumplimiento de una necesidad espiritual desempeñada por la lengua cuando el alma duerme ó vaga por otras partes; es la melodía de un místico instrumento á la cual el viento de la tierra impide subir al cielo. ¡Oh! ¡cuánto ganaría la piedad de nuestras mujeres si se les alumbrase la inteligencia, si se despertasen las facultades de su alma, si se cultivasen las nobles pasiones de su corazón! ¡Cómo volaría entonces al cielo el suave y delicioso olor de sus más íntimos y puros afectos en alas de la santa oración!

“La mujer buena es el regocijo de la casa; la mujer laboriosa es la fortuna de su familia; la mujer que siendo buena y laboriosa tiene alteza en las ideas, prudencia en los actos, delicadeza en los sentimientos, es la bendición de Dios, el encanto de su marido y la providencia de sus hijos.” (1) Todo esto es verdad, y gran verdad; pero añadamos: la mujer buena, pero sin educación es una especie de lámpara de oro sin torcida ni aceite: alegra el mirarla, mas no se recibe de ella ni luz ni calor; la mujer laboriosa, pero sin educación, no es sino una máquina que hace las cosas porque su mecanismo es para hacerlas; la mujer sin educación no puede tener elevación en las ideas porque estas no brotan en cerebros eriales; la mujer sin educación no puede ser prudente, porque la prudencia es hija de la reflec-

(1) *La América* 27 de Agosto de 1856.

sión y del buen conocimiento que se tiene de las cosas, adquirido á la luz de la razón despabilada por el estudio y la experiencia; la mujer dotada de afectos delicados, pero mal educada, es una águila á la cual han cortado las alas, y no puede levantarse de la tierra, por más que su elemento sea la región del aire y los espacios sin límites del cielo. La educación es el sol á cuyo calor fructifican el talento y la virtud, á cuya luz resalta y brilla la belleza del alma y del cuerpo; con ella se anda bien en la tierra, por ella se dá más fácilmente con el camino que conduce al cielo.

Nuestras mujeres formadas para la vida doméstica son verdaderamente *la bendición de Dios*, porque tienen muchas prendas naturales que llegan á sobreponerse á los obstáculos que hallan á cada paso en las laboriosas tareas á que están sujetas por costumbre y por necesidad.

No han faltado tampoco algunas que, descubriendo el mundo intelectual, tan diverso del material y prosaico en que se las encierra, han querido penetrar en él; pero se han detenido acobardadas de verse solas y sin apoyo. El espectáculo brillante que ven delante de sí las halaga y seduce: hierve la sangre en sus venas al calor de noble ambición, palpita su pecho, su imaginación se adelanta á cosechar palmas y coronas legítimamente disputadas al hombre; mas vuelven las miradas hácia atrás, y ¡ay! si no dan con la desesperante soledad, dan con caras burlonas y manos que en vez de levantarse para aplaudir, se previenen para apedrear. ¡Bárbaros, detencos! ¿qué hacéis? La gloria de esas mujeres es también vuestra, es de vuestras familias, es de la patria, ¡y la rechazáis! y la aniquiláis! ¿Qué derecho tenéis para ello? ¡Bárbaros!... Vuestra galantería se ha convertido en maledicencia, en ese deseo de dañar todo lo que no gusta, por más que no haya razón ni conveniencia, comezón constante del ánimo del hombre.

Pero ¿por qué no gusta que las mujeres den á conocer su ingenio como los hombres? ¿Porqué solo á nosotros nos repugna que estudien y escriban? Á fe que quien diera á estas preguntas una contestación satisfactoria, sería digno de un gran premio; nosotros no podemos imaginarla, por más que revolbamos el archivo de los pretextos; disculpas y sofismas.

Sin embargo, hoy parece que se piensa al fin en la educación de las niñas, para las cuales se han establecido colegios. Quizás, vencidos de esta manera los malos hábitos y las preocupaciones de nuestra sociedad, en la generación que nos sigue saldrá la mujer ecuatoriana de la condición de doméstica, y se elevará al puesto que la han señalado el cristianismo y la civilización moderna. Y quizás entonces, vencido el egoísmo incalificable de nuestros hombres, se sabrá apreciar los partos del talento de la mujer ilustrada, que podrá consumir plumas y tinta con provecho, y emplear papel en objetos más dignos que los patronos de trajes y los cajetines de asar confites. Entre tanto, nosotros cumplamos con el deber de demostrar la verdad acerca del destino á que están llamadas las mujeres, con el ánimo de contribuir á su mejoramiento intelectual y moral; y, justos y despreocupados, aplaudamos los destellos de su ingenio. ¡Plegue al cielo no tarde la era de luz en que otros más felices puedan celebrar los triunfos de las ecuatorianas! ¿Por qué no esperar que nuestra patria llegue también á producir Aspasia y Corinas?

No es solamente D.^a Dolores Veintemilla la ecuatoriana que en nuestros tiempos ha trabado amistad con las hijas del Pindo: en las márgenes del Guayas, al pié del Pichincha, y sobre el alfombrado suelo de Imbabura se han dejado traslucir también esas conexiones, que suponemos son muy cordiales y dulces por la identidad de sexos entre los númenes de la armonía y los génios tutelares de la sociedad hu-

mana, las mujeres. Y decimos traslucir, porque, cobardes ó modestas, excesivamente modestas, nuestras poetisas alcanzan sus cantares allá en el retiro y la soledad, cual si su inspiración fuese una llama que arde sólo para sí mismas, y su melodía un tributo que rinden á su propia sensibilidad. Esto no es egoísmo, sino venganza que, sin advertirlo, toman de nosotros: vuelven á la naturaleza ó se dan á sí los resultados de las dotes espirituales que recibieron de la misma naturaleza. ¿Por qué nos los han de dar á nosotros que nada hacemos por ellas?

Tenemos delante un soneto producido por una hija del Guayas, la señorita Dolores Sucre, y dirigido á una amiga suya.

Si alguna vez tu corazón presiente,
Melancólica virgen de estas playas,
Que Dios no quiere que tu caro Guayas
Á retratarte vuelva en su corriente;
Si cuando gimas de tu patria ausente
Y sola y triste por el mundo vayas,
Nuevos cantares de dolor ensayas
Y doblas mustia la abatida frente;
Si el mundo entonces te parece yermo
Y á lo pasado vuelves la memoria,
Y tiembas al pensar en el mañana....
Por dar alivio al corazón enfermo
Recuerda, amiga, mi doliente historia....
No olvides que el dolor me hizo tu hermana.

Muy bello es este soneto, y todo él muestra la delicadeza de afectos de su autora, y que tiene bien desarrollados los órganos de la armonía.

Hemos visto otros versos de la misma guayaquileña, algo inferiores á los que acabamos de ver, pero siempre brotes del buen talento que nos complacemos en confesar y encomiar. En esa poesía hay fragmentos

muy recomendables, como este par de versos que pintan á los hijos del pobre.

Cual arbusto nacido en tierra estéril
No pueden ni crecer ni prosperar;

y estos otros que expresan la situación del desdichado padre:

Mas ¡ay! es vano que anhelante espere
Que vengan su dolor á mitigar;
Que en esas almas que nacieron puras
El instinto del bien muriendo está.

Bien ha comprendido y bien ha expresado la poetisa lo que es la indigencia. Los hijos del pobre nacen y crecen mal, como plantas en terreno estéril: la matadora necesidad no sólo ataca el cuerpo con el hambre y la desnudez, sino el alma con la desesperación que engendra los malos deseos y ahoga todo germen de honradez y virtud. En vano el infeliz padre espera dulces caricias de esos hijos que nada de dulzura tienen para sí mismos: sus besos le hielan el corazón.

Sabemos que otras ecuatorianas escriben también poesía, ya lo hemos indicado; pero no nos ha sido posible conseguir siquiera algunas para juzgarlas y adornar con ellas este capítulo. Ojalá cuanto en él dejamos dicho sirva de estímulo á nuestras bellas y sensibles jóvenes, para que estudien, lean y escriban, y busquen laureos para sus frentes y honra para su patria. ¡Cuán bien sentaría á muchas la verde y fresca diadema de las musas, en lugar de las sartas de perlas y prendedores de diamantes con que sujetan su cabellera! En vez de exclamar al verlas, como hoy lo hacemos: ¡Qué lindas mujeres! son las reinas de la belleza y de la moda! exclamaríamos con mayor entusiasmo y veneración profunda: ¡He ahí las diosas de la inteligencia! ¡he ahí la

gloria de nuestra patria! Y nos descubriríamos á su paso, y regaríamos flores en su camino.

Acábase, por Dios, nuestra criminal indiferencia respecto de las mujeres; alentémoslas, saquémoslas á la luz para que fueron creadas, sentémoslas á nuestro lado y busquemos en ellas la mejora de nuestra propia condición.

CAPÍTULO XI

DON JULIO ZALDUMBIDE

Á mediados de 1852, época de grata obscuridad para nosotros, época de paz y de contento juvenil y en la cual no había terminado aún el idilio de nuestra vida en las verdes y risueñas márgenes del Ambato, dimos con un cuaderno que contenía los discursos pronunciados aquel año por varios individuos, con motivo del aniversario del 6 de marzo de 1845, que celebraron en esta capital las sociedades *de Ilustración, de Miguel de Santiago y Filarmónica*. Entre el delirio de las pasiones políticas y las sandeces que respiraban tales discursos, hallamos un canto *A la música*, compuesto y recitado por el señor Julio Zaldumbide. Leímosle con avidéz, nos agradó; repetimos la lectura, y volvimos á repetirla muchas veces, hallando en cada una la belleza, armonía y misteriosa unción que solamente los poetas saben dar á sus obras. El nombre de Zaldumbide, hasta entonces desconocido, llegó á sernos simpático, y aunque muchas de las composiciones publicadas después bajo su nombre en varios periódicos, no nos parecieron hermanas de la primera, la buena idea que del

poeta habíamos formado no decaía, y deseábamos conocerle y tratarle.

Algún tiempo más tarde, en una de nuestras visitas á esta histórica y pintoresca ciudad de Quito, nos vimos por primera vez con Zaldumbide en casa del doctor Pedro Fermín Cevallos, nuestro común amigo, y trabamos las relaciones que día á día, han ido haciéndose más cordiales y agradables. Muchas circunstancias han concurrido para nuestra unión y estimación recíproca, y, de seguro, nunca crecerá la yerba en el camino de nuestra amistad. (1)

Pero ¿será esta amistad una traba que pueda impedirnos el recto desempeño de la peligrosa tarea á la cual hemos arrimado el hombro con tanta audacia? No; pues tenemos un buen expediente, y para emplearle no nos falta ni vigor de ánimo, ni firmeza de voluntad: vamos, pues, á olvidar todo lo pasado, á romper momentáneamente con la imaginación nuestras relaciones, y dejando atrás al amigo traeremos al poeta á nuestra presencia, le someteremos á juicio y daremos el fallo. Después anudaremos las conexiones y seguirán como antes, sin que por otra parte hayan padecido nada la verdad y la justicia que tanto ama y respeta Zaldumbide. Recto de corazón y noble de carácter, no es este escritor como otros, que bien conocemos, incapaces de sufrir se les muestren los errores de sus obras, y que tomando siempre la crítica por brote de prevención y maledicencia, rabian, y se retuercen y tiran coces contra el crítico.

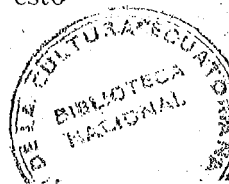
Lo primero que se nos ocurre al meditar en las poesías de Julio Zaldumbide, es averiguar á qué escuela pertenecen; mas como no admitimos la división de clasicismo y romanticismo, por parecernos arbitraria y por demás inútil, y solo empleamos estas voces alguna vez para acomodarnos al decir de la común opinión,

(1) Mme. de Geoffrin.

creemos que sería perder tiempo entrar en aquellas disquisiciones, después de las cuales el poeta no podrá ser más ni menos de lo que es ahora. Su carácter y gusto resaltarán por sí mismos según vayamos avanzando en el examen de las obras que tenemos delante.

Zaldumbide nació con buenas dotes para el comercio con las musas, y estas dotes crecieron y se desarrollaron con la edad, se robustecieron con el estudio y el ejercicio de poetizar, y tomaron el color y sabor de la lectura de varios autores, prevaleciendo aquellos que mejor cuadraban con la índole innata del poeta. Había venido al mundo con propensión á medirlo y sondearlo todo, á fijarse más en el hombre que en la naturaleza, á ver en ésta no tanto la superficie cuanto el fondo, á contemplar la sociedad como debía ser y no como es; y por consiguiente á mezclar con sus ideas, afectos y hasta ilusiones algo de filosofía escéptica, algo sombrío y triste, propio de un alma solitaria que se ve suspendida entre el abismo ignorado de donde viene y el abismo igualmente desconocido y misterioso á donde va. En carácter de tal naturaleza la influencia de Goethe y de Byron tenía que dejar profundas huellas, mucho más profundas que las estampadas asimismo por el melancólico numen de Lamartine, ó el florido y seductor de Manzoni.

A Zaldumbide le gusta penetrar en el corazón humano; pero á veces le halla desierto y triste como el templo abandonado de una ciudad ruinoso, y otras dá en él con mayor número de vicios que de virtudes. Esto le aprieta el corazón y vierte el acibar en que reboza, y cubre á la musa de crespón de pies á cabeza. No estamos en este punto muy conformes con el poeta, y creemos que tiene algo de pesimista cuando toma al hombre por objeto de sus meditaciones. "La experiencia, decía un escritor sueco, me ha convencido de que el mundo encierra mil veces más bondad, sabiduría y amor de lo imaginado por los hombres." Si acaso esto



no es verdad, es preciso confesar á lo menos que conviene no empeorar la condición de la sociedad sacando á plaza sus flaquezas y males, y escondiendo lo poco bueno que le ha dejado el desenfreno de las pasiones. Justo es llorar por las desgracias propias, y á veces también por las ajenas, y las lágrimas son el tributo que la naturaleza nos exige para el dolor; mas no hay razón ninguna para que mezclemos con ellas gotas de veneno que agranden y vuelvan mortales las úlceras del corazón. El talento debe ser médico y no emponzoñador, si ha de cumplir el destino con que el cielo le ha puesto en el hombre; y en especial la poesía, emanación de Dios representada por las bellas y tiernas musas, debe ser la consoladora de las desgracias y la animadora de la virtud; debe cubrir de flores el camino de la vida y mostrar á la pobre humanidad el cielo abierto por la cruz, y no siempre el abismo cavado por el vicio y el crimen.

La tristeza de nuestro poeta aparece generalmente natural, y además de lo que muestra su caracter mediatubundo y reservado, tiene quizá en el fondo del alma algunos otros motivos que le obligan á dar á la mayor parte de sus versos un aspecto elegíaco; pero bien puede que contribuya también á esto el contagio de esa peste de melancolía sin causa que ha invadido el mundo literario, y del cual es rarísimo el poeta que ha podido escapar. Casi no hay uno que no se queje y lamenta en el día, y mientras menos años cuenta de vida, mayor es la abundancia de lágrimas y ayes, como si desde el vientre materno le hubiese perseguido cruelmente la mala estrella, sin darle treguas ni aun en la edad en que la peonza y la cometa son un poderoso preservativo contra las penas.

No podemos olvidar que en cierta ocasión enviamos al amigo de quien venimos tratando, unos versos de este corte y jaez, y habiéndonos preguntado el motivo de nuestra melancolía, nos vimos muy apurados sin sa-

ber qué contestarle. No se nos ocurrió entonces hacerle igual pregunta respecto de sus versos, con la cual le habríamos puesto acaso en idéntico embarazo. Mas, con todo, ¡cuán hermosa y agradable es la manera como Zaldumbide sabe pintar el sentimiento! Como es verdadero poeta, sabe lo que conviene hacer para infundir su tristeza, y ocultando el arte nos muestra sólo el corazón.

Apasionadamente enamorado de la poesía vertida á torrentes por los buenos ingenios de Europa, y habiendo encontrado en ella el caracter y gusto que convenían á su espíritu, ha preferido Zaldumbide alistarse bajo las banderas ultramarinas, y nada ha pedido á la América para sus versos; ninguna reminiscencia de su historia, ni una pincelada de sus costumbres, ni una imagen tomada de su naturaleza, nada, nada hay que muestre al poeta inspirado al pié del Pichincha y bajo la clara luz del sol ecuatorial. Zaldumbide ha querido levantar un monumento de honra literaria en su patria con solo materiales importados del viejo mundo; y no es el primero que ha dado el ejemplo de mirar con desdén las fuentes de inspiración que le rodean, para ir á buscar otras á largas leguas de distancia. Puede provenir esto en parte de su manera de ver y apreciar las cosas, y tal vez pudiera contestar á nuestras observaciones en este punto diciéndonos que es cosmopolita por sus ideas. En efecto, nunca se limita á tal ó cual objeto, sino que tomando todos en conjunto los pinta sin determinarlos, y siempre con unos mismos colores. En la tierra tiende las miradas por todas partes y busca ideas é imágenes en todas las zonas; en el cielo contempla los rutilantes astros y en vez de pedirles inspiraciones, parece que trata de comunicarles la melancólica belleza ideal que ha imaginado su ardiente fantasía. En el hombre nunca vé razas y distinciones, sino la totalidad de los seres racionales, vagando al helado soplo de la fatalidad para caer y perderse luego en las tinieblas de la tumba.

Lo que acabamos de decir no encierra propiamente una reprobación; pero quisiéramos que Zaldumbide reduzca un poco el inmenso círculo en que vuela su imaginación con riesgo de fatigarse y dar en la vaguedad, que cierre alguna vez los libros europeos y abra el de la naturaleza americana y medite en sus páginas. Estamos seguros de que los partos de su numen llegarían á adquirir con esto mayor vigor y lozanía.

El *Canto á la música* en los catorce años trascurridos desde que fué recitado públicamente, hasta 1866 en que ha sido insertado en la *Lira ecuatoriana*, ha padecido una reducción notable en el número de versos, y cambios y alteraciones en la forma y el fondo, si bien poco sustanciales. En 1852, por ejemplo, comenzaba de esta manera:

Música celestial, do quier te escucho
Murmullos, vida, animación brotando,
Y do quiera te escuche, allí gozando
De tus voces, te rindo adoración,
El universo entero en el vacío.
Es un sonoro, armónico instrumento
Que á cada vibración que le dá el viento
Lanza un eco infinito su bordón;

y en 1866 leemos:

Música celestial! do quiera te oigo
Murmullos, vida, animación brotando;
Y do quiera que te oiga, allí gozando
De tu alma voz, te rindo adoración,
Do quier te escucho: el universo todo
Es un sublime armónico instrumento,
Que estremecido al vagaroso viento,
Sus cuerdas lanzan infinito son.

En el año de su aparición en el mundo literario Zaldumbide no tenía, como era natural, ni el caudal de

ideas, ni el gusto, ni el conocimiento de la lengua que después ha adquirido, y era indispensable que al efecto car algún tiempo más tarde su primera composición, la hubiese dado brochadas que tapasen los defectos de la antigua inexperiencia y suavizasen los contornos de las figuras. Sin embargo, el carácter primitivo del *Canto á la música* se ha conservado intacto, y todo él nos muestra el alma candorosa del adolescente que, seducido por el ruido de las palabras y el brillo de los tropos, cree hacer una maravilla con decir mucho en sonoras estrofas. Hemos oído con frecuencia citar esta pieza como el más lucido parto del ingenio de nuestro vate, y este sentir algo disconforme del nuestro, viene tal vez de que muchos que juzgan las obras de Zaldumbide, no han dado en materia de gusto un solo paso adelante, y se han quedado estacionarios en 1852. Para el estreno del cantor, buenos fueron aquellos versos; mas juzgarlos como su obra maestra, es creer que en ellos se agotó su estro, lo cual es insostenible y hasta absurdo.

La *Eternidad de la vida*, composición que nos está dedicada en prenda de amistad, tiene una entrada ó preámbulo escrito en lenguaje correcto y castizo, pero sin asomo de poesía. No así cuando ya el poeta medita en los misterios de la muerte y la eternidad. Zaldumbide sabe dar á todas sus producciones una solemne gravedad, muy propia de su índole y que nos agrada sobremanera. En la mencionada pieza el asunto pedía, como en ninguna otra, el tono y colorido que se ha empleado con acierto. Si anduviéramos con escrúpulos al analizarla menudamente, hallaríamos algunos cortos defectos, como en este verso:

¡Error! funesto error! yo en tí no creo,

donde el pronombre *yo* está demás, y quitándole no solo se habría evitado el pleonasmio, sino que el verso habría ganado en suave fluidez.

También habríamos querido que se dé otro sesgo al pensamiento encerrado en este cuarteto.

El amor, la amistad ¿son vanos nombres
Que borra el soplo de la muerte helada
Del alma, que no muere? etc.

pues no deja de ser algo anfibológico, por más que le esté modificando la última frase.

En esta poesía predomina una consoladora idea religiosa, la esperanza de la vida que se prolonga tras del sepulcro; vida eternamente feliz que tanto consuela á todo cristiano corazón; y por lo mismo no habríamos querido nos deje entrever el poeta su escepticismo religioso cuando dice en la dedicación, refiriéndose á los versos que siguen:

La dulce y soñadora poesía
Los dictó, caro amigo, no la austera
Veraz filosofía.

Para nosotros hay en esos versos, junto con las bellezas poéticas, *austera y veraz filosofía*, y por esto los apreciamos mucho más.

La composición *Á la Soledad del campo*, argumento tratado por muchos poetas, si no se aproxima al *Beatus ille* de Horacio, ni á la *descansada vida* de Fray Luis de León, ni á otras tantas producciones de la imaginación exitada por las bellezas del campo y la paz de las cabañas, contiene no obstante floridos y ricos versos que se leen con agrado. Poco más ó menos, decimos acá para nos, estas cosas han sido dichas ya por otros eminentes vates; mas no por eso dejan de gustarnos estas estrofas. Y si no podemos catar siempre la miel hiblea de los antiguos, ¿por qué hemos de menospreciar la miel de nuestras abejas?

Quejoso de la sociedad se muestra el poeta y al pre-

sentarnos la idea que le domina, nos parece que la desenvuelve repitiéndola con frecuencia, y esto es lo que no nos gusta. Zaldumbide sabe muy bien cuánto vale presentar al lector un objeto por el lado que tiene mejores condiciones, y, cómo con pocos valientes y acertados rasgos, se logra mover fuertemente el ánimo menos dispuesto á las impresiones de la poesía.

Notamos así mismo que ha flaqueado el estro en estos versos.

En tu dulce retiro,
¡Oh soledad! los hombres olvidemos,
Los ojos apartemos
Del teatro infeliz de los mortales,
Angustioso espectáculo de males, etc.

¡Qué diferentes son estos otros en que campean la dición poética y la suave melodía, comparables con las de Garcilaso!

Oh vosotros que dáis, árboles bellos,
Sombra á la tierra al aire galanura,
Alegres aves que moráis en ellos,
Y á dulces cantos endulzáis las horas;
Volubles vientos que mecéis festivos
Las copas cimbradoras;
Diáfanas fuentes que esparcís frescura
Al prado, al aire y la arboleda obscura;
Arroyos fugitivos
Que corréis por hallar dulce reposo
Dentro del huerto umbroso,
Ó entre las flores plácido remanso.
¡Árboles, aves, vientos, aguas puras,
Llegó por fin el día
Que tanto ansié de haceros compañía!

Al leer tales versos ¿quién podrá no aclamar verdadero poeta á Julio Zaldumbide?

Hermosa poesía es también la que pinta *La Mañana*, y contiene trozos no inferiores al que acabamos de citar. La estrofa con que comienza es digna de la hora que describe, de la hora más poética del día:

Leve cinta de luz brilla en oriente,
 Como la fimbria de oro
 Del ropaje del sol resplandeciente;
 Y es la señal del ya vecino día.
 El pueblo de las aves, que dormía
 En el regazo de callada noche,
 Rompe el silencio en armonioso coro,
 Y un cántico levanta al que infalible
 Su cotidiano sol al mundo envía.

Quisiéramos no hallar en esta composición, entre otras cosillas de poca importancia, la idea que encierran estos versos, en los que continua la descripción de la mañana:

Murmura el arroyuelo
 Entre las flores dulce, y más osado
 Rumor levanta el impetuoso río;

pues nada tienen que ver las horas del día con el murmullo del arroyo ni con el rumor osado ó no del río, que siempre tienen de ser los mismos: el arroyo ha de murmurar y el río ha de sonar. Si el poeta nos hablase de ellos al describir la noche, cuyo misterioso silencio hace que parezca más notable todo ruido, pase; pero no nos hace ninguna impresión por la mañana, y atendemos con más gusto á las aves cuyo canto

Rompe el silencio en armonioso coro.

Tampoco nos gusta el último verso de esta composición por que es desapacible á causa de su emistiquio final:

... Mi espíritu cansado
Que aborreció la vida, ya la ama.

Algunas veces suelen también escapársele al poeta palabras que pudo haber economizado en gracia de la dicción poética y del casticismo que con sobrada razón tanto le gustan. Por ejemplo, el pronombre *ella* está demás y hace mal papel en estos versos:

Y entonces maldecía
Tu refulgente luz, tu luz sagrada,
Porque *ella* no traía
Placer al alma ni al dolor remedio.

En *El mediodía* no debemos dejar desadvertido aquello de la *espesura del bosquecillo* que *se alza* en la *floresta*, porque al hablársenos de ésta, en el acto nos imaginamos, no sólo flores y plantas bellas, sino también árboles y *espesura*. Hay otras ligeras faltas, como malsonancia en algunos versos:

Sombra que place á la más bella diosa...
Aquí, solos los dos, sin más testigos...

Por lo demás la composición nos parece hermosa, muy hermosa, y una de las mejores del autor, que corren en la *Lira*. Los versos decasílabos son flúidos, armoniosos y musicales.

De *La tarde* nada tendríamos que decir, pues todo nos parece bueno en esta poesía; si no nos repugnara ver el pensamiento de la primera estrofa repetido en la segunda:

Con majestad sublime el sol se aleja,
Y el extendido cielo
Á las arrebozadas sombras deja,

Que ya le cubren con umbroso velo.

Ya el sol llega al ocaso
Y la noche le sigue á lento paso.

Triste el cielo se enluta, etc.

Bellos son los primeros versos; mas con todo, nada habría perdido la composición con suprimirlos y empezar con la natural y no menos hermosa exclamación:

¡Qué solemne silencio! ¡qué profunda
De paz y de oración grave tristeza!

Tampoco habríamos querido hallar poco después el *aura pasajera que suspira misterios y pasa.*

La estrella de la tarde tiene al principio algunos versos cuya entonación nos recuerda la poesía de D. José Espronceda *A un lucero*. Fáciles estrofas y grata melodía distinguen esta pieza de Zaldumbide. Con todo, estos cuatro versos se prestan á la crítica:

La esperanza que el pecho me agitaba
La exhaló el aire en canto melodioso;
Mi lira sonó así con vagaroso
Melancólico son.

No comprendemos muy bien el pensamiento de los dos primeros versos, á no ser que el artículo *el* del segundo verso sea error tipográfico, y deba leerse *al*. Además, no es propio que la lira diga ó haga sonar versos. Estos son obra del poeta, y la lira, el laud ó el arpa, le prestan su armónica voz para que los cante. Esta observación la ha hecho ya D. José Gómez Hermosilla al criticar el verso de un poeta español,

Canta ¡oh mi lira! tu sublime acento, etc.,

y nos parece muy juiciosa.

Entre los versos que examinamos hay también estos:

Cual sílfide ligera que en los prados
No huella con sus pies la verde alfombra.

No sabemos cómo se le pudo escapar tal pecado á Zaldumbide, á quien naturaleza ha dotado de tan buen sentido y claro talento; pues al hablar de la sílfide que hollaba la verde alfombra, tenía que darle pies, y el posesivo *sus* está demás; pero esto no es lo peor, sino la advertencia de que *hollaba con sus pies*, como si una sílfide pudiese hollar también con las manos.

La noche tiene versos generalmente bien medidos y tono mesurado, grave y filosófico, propio de la meditación y conveniente al tema que desenvuelve el poeta. Juzgamos bien de esta pieza; pero habríamos querido que se evitase un ligero defecto:

Yo en otro tiempo al bullicioso día,
Perseguido de insomnio, etc.

Por más que se haya puesto coma al fin del primer verso, la frase es algo anfibológica.

Hay otra cosilla que debió evitarse:

Á solas con mi triste compañera
La fiel tristeza;

pues *la tristeza* ¿qué ha de ser, sino *triste*?

Hay más todavía:

Yo en su bullicio mi dolor ahogaba.

Quizá aquí no está mal el pronombre yo, aunque no nos parece que tampoco está bien, y pudo evitarse; pero hemos querido mentarle porque el poeta le em-

plea algunas veces sin necesidad. Véase sobre este punto á Baralt, *Diccionario de Galicismos*.

Las poesías *Al sueño*, *El arroyuelo*, y *El bosquecillo* son bellísimas y deliciosas; ideas y versos, todo es bueno, todo nos gusta, y creemos que gustarán asimismo á cuantos tengan buen paladar para percibir lo sabroso de la verdadera poesía. La última está cortada á la moda greco latina:

Qua pinus ingens albaque populus
Humbram hospitem consociare amant
Ramis, et obliquo laborat
Lymphæ fugax trepidare rivo. (1)

No obstante en *El bosquecillo* desearíamos ver á las ninfas ocupadas en cualquier otro oficio más noble y propio de ellas, que no en el de mover las cribas, por más que sean de oro y de esmeralda. Además, no se sabe qué cosa ciernén, á no ser que por la manera algo viciosa de la oración sean el oro y topacio lo cernido en las cribas de esmeralda.

Cerniendo están sus ninfas
En cribas de esmeralda, oro y topacio.

En *Los árboles* ha dicho el poeta cuanto sucede con ellos. Buena es también esta composición; pero convendría que tuviera un poco más de vigor y animación. El poeta en esta vez ha enumerado y descrito más que ha pintado, y de aquí proviene la falta de vivacidad y color que fácilmente pudo haber dado al conjunto, pues para ello tiene sobrada imaginación.

La poesía puesta *En un álbum* es muy mediocre: empieza con versos prosaicos y acaba con una de esas exageraciones que han llegado á ser vulgares entre los

(1) *Horat. Lib. VI: oda III.*

poetastros modernos, quienes tratan de suplir la falta de talento con las ponderaciones más absurdas:

Segunda vez las páginas de tu álbum
Te mostrarán los versos que me inspira
Tu bella faz, segunda vez mi lira
Va á resonar por tí.

Si fuera Dios, la creación entera
Rindiera yo á tus pies.

El mismo fallo merece la composición *Tu imagen*. Parece un pobre ensayo de estudiante, y nada más. No así la *Improvisación*, donde ya hay pasión y estro, y cuyo desempeño es de mano ejercitada. Aquí se nota un si es no es de imitación de *La partida* de Melendez. Sigue otra *improvisación á Laura*, que es preciso colocar algunos grados debajo de la anterior, por parecernos muy mediana.

Á propósito de las improvisaciones, un amigo nuestro observaba con bastante razón, que sólo merecían ese nombre las cosas que se hablaban de improviso sin meditación prévia; mas no las que se escribían, pues por más que se hagan á renglón seguido, el acto de ir trazando las palabras con pluma ó lápiz ya daba tiempo á que la imaginación pueda ir coordinando más ó menos pausadamente las oraciones de una composición en prosa ó verso. Cuando se escribe puede haber gran celeridad en el desempeño, y no improvisación; en lo de ir pensando y hablando al mismo tiempo sin interrupción ninguna, ya es otra cosa, y allí sí que se improvisa. Por otra parte, creemos que la poesía se aviene mal con el hablar instantáneo de los improvisadores, y casi siempre en este caso se forjan versos sin estro ninguno, pues la lengua y el metro se emplean más en ellos que el corazón y la fantasía.

Los versos *A un ramo de ciprés* respiran ternura y

sentimiento; las cuartetos son sencillas y fáciles. La pieza intitulada *Fatalidad* es menos que mediana, es mala, y no ha debido ponerse en la *Lira*. Contiene versos flojos, como los del principio:

Yo creí que dos almas que se unieron
La una para la otra ¡ilusión bella! etc.

Esto no es poesía, sino líneas forjadas en un rato de mal humor.

Fuera de las publicadas en la *Lira*, conocemos muchas producciones hermosas de Zaldumbide, con las que se engalanaban los periódicos de los que era colaborador. Entre los pocos que conservamos hemos hallado los versos que van á continuación y juzgamos no ser indignos del crédito del poeta. Los primeros son un juguete gracioso, un ramo de clavellinas puesto á guisa de ofrenda en el altar de las mujeres, para merecerles una blanda mirada y una dulce sonrisa.

Á las mujeres

Vuestra vida se desliza
Sobre la vida del hombre,
—Árido yermo sin nombre,
Triste valle de dolor—
Como arroyo de ondas puras
Y mágicos resplandores,
Que en la orilla deja flores
Y verdura en derredor.
Ángeles sós en el mundo,
Bálsamo sós de las penas,
Y flotáis como sirenas
De la existencia en el mar;
Para el amor sós nacidas
Por el amor sós formadas,
Y por el cielo enviadas
Á inspirar amor y amar.

Sembrándole de flores el camino,
 Le alimentáis con el maná del cielo,
 El maná del amor y del consuelo,
 Al hombre, del desierto peregrino.

Dispensáis á su pecho los placeres,
 Compartís de su alma los dolores.....
 ¿Qué fuera el corazón sin los amores?
 ¿Qué fuéramos los hombres sin mujeres?

Habríamos querido que en el penúltimo cuarteto la acción de los verbos *sembrándole* y *alimentáis* no estén tan lejos del sustantivo *hombre* á quien se dirigen; pues la imaginación se fatiga buscándole inmediatamente y no hallándole sino al fin de la oración.

Á mis lágrimas. Esta sentimental y bella composición corre en *El Industrial*, número correspondiente al 1.º de noviembre de 1860, bajo el seudónimo de *Carolina L.* que Zaidumbide quiso tomar entonces.

Corred, lágrimas tristes,
 Que es dulce el alma mía
 Sentiros á raudales
 Del corazón manar;
 Corred que los suspiros
 Que exhalo en todo el día
 Las ansias de mi pecho
 No bastan á calmar.

Triste, férvido llanto;
 Tus gotas de amargura
 Mitigan celestiales
 La sed del corazón;
 Y sólo tú suavizas
 Mi horrenda desventura,
 Y sólo tú consuelas
 Mi lúgubre aflicción.

Que cuando de la cima
 De dulce venturanza

sentimiento; las cuartetos son sencillas y fáciles. La pieza intitulada *Fatalidad* es menos que mediana, es mala, y no ha debido ponerse en la *Lira*. Contiene versos flojos, como los del principio:

Yo creí que dos almas que se unieron
La una para la otra ¡ilusión bella! etc.

Esto no es poesía, sino líneas forjadas en un rato de mal humor.

Fuera de las publicadas en la *Lira*, conocemos muchas producciones hermosas de Zaldumbide, con las que se engalanaban los periódicos de los que era colaborador. Entre los pocos que conservamos hemos hallado los versos que van á continuación y juzgamos no ser indignos del crédito del poeta. Los primeros son un juguete gracioso, un ramo de clavellinas puesto á guisa de ofrenda en el altar de las mujeres, para merecerles una blanda mirada y una dulce sonrisa.

À las mujeres

Vuestra vida se desliza
Sobre la vida del hombre,
—Árido yermo sin nombre,
Triste valle de dolor—
Como arroyo de ondas puras
Y mágicos resplandores,
Que en la orilla deja flores
Y verdura en derredor.

Ángeles soís en el mundo,
Bálsamo soís de las penas,
Y flotáis como sirenas
De la existencia en el mar;

Para el amor soís nacidas
Por el amor soís formadas,
Y por el cielo enviadas
Á inspirar amor y amar.

Sembrándole de flores el camino,
 Le alimentáis con el maná del cielo,
 El maná del amor y del consuelo,
 Al hombre, del desierto peregrino.
 Dispensáis á su pecho los placeres,
 Compartís de su alma los dolores.....
 ¿Qué fuera el corazón sin los amores?
 ¿Qué fuéramos los hombres sin mujeres?

Habríamos querido que en el penúltimo cuarteto la acción de los verbos *sembrándole* y *alimentáis* no estén tan lejos del sustantivo *hombre* á quien se dirigen; pues la imaginación se fatiga buscándole inmediatamente y no hallándole sino al fin de la oración.

Á mis lágrimas. Esta sentimental y bella composición corre en *El Industrial*, número correspondiente al 1.º de noviembre de 1860, bajo el seudónimo de *Carolina L.* que Zaidumbide quiso tomar entonces.

Corred, lágrimas tristes,
 Que es dulce el alma mía
 Sentiros á raudales
 Del corazón manar;
 Corred que los suspiros
 Que exhalo en todo el día
 Las ánsias de mi pecho
 No bastan á calmar.

Triste, férvido llanto;
 Tus gotas de amargura
 Mitigan celestiales
 La sed del corazón;
 Y sólo tú suavizas
 Mi horrenda desventura,
 Y sólo tú consuelas
 Mi lúgubre aflicción.

Que cuando de la cima
 De dulce venturanza

Desciende el alma al golpe
 Del dardo del pesar,
 Si entonces con la dicha
 Perdemos la esperanza,
 Nos queda sólo el triste
 Consuelo de llorar.

Y así la flor marchita
 Revive del consuelo
 Con lágrimas regadas
 Por lóbrego dolor,
 Como al nocturno llanto
 Del tenebroso cielo
 Cobran las flores secas
 Su aroma y su color.

Corred, lágrimas mías,
 Consuelo á mis dolores,
 En férvidos raudales
 Del corazón manad;
 Y así de mis ensueños
 Revivan ¡ay! las flores
 Que ha marchitado el rayo
 Del sol de la verdad.

Pudiéramos dar otras piezas de Zaldumbide, pero nuestro propósito no es formar una colección sino juzgar las poesías conocidas. Con nuestros poetas que figuraron antes que tuviésemos imprenta, hubimos de proceder de otra manera, porque nos tocaba hacer lo que no pudieron, esto es, dar á la estampa sus versos al par de nuestra opinión acerca de ellos. Mas en el día apenas hay décima ó cuarteta de ciego que no se imprima, y el crítico no tiene más que irlas señalando y nombrándolas. Muy pocas serán las poesías modernas que pongamos íntegras en este libro, y eso solamente cuando la justicia ó la necesidad lo reclamen.

Es de notarse que las poesías de Zaldumbide puestas en la *Lira ecuatoriana*, tienen fechas de 1852 á

1856, y las que no están en esa colección son también de datas algo atrasadas. ¿Qué ha hecho en los últimos años? ¿Por qué ha escrito tan poco en los anteriores? Cierto que se ha dedicado al estudio y la lectura, gracias á lo cual posee conocimientos en literatura poco comunes en jóvenes ecuatorianos, y aun americanos. Conoce bastante bien su lengua, recomendación de gran cuenta en los tiempos que alcanzamos, en que por lo general se habla y escribe entre españoles un idioma en nada parecido al español. Conoce también regularmente el latín, el portugués, italiano, francés é inglés, y en la actualidad va ya venciendo las dificultades de la lengua de Homero y Demóstenes. Sin embargo, en quince años que lleva de haberse mostrado al público como literato, ha podido darnos mayor número de obras, como resultado de su talento día á día ilustrado y ensanchado con el estudio y la buena lectura. Preciso es confesar que en nuestro poeta la pereza principalmente de escribir, anda á la par con el ingenio. Le hacemos esta acusación por lo mismo que confesamos las relevantes dotes que le ha dado naturaleza; dotes que, una vez conocidas, son un tesoro perteneciente á la patria en cuya honra tiene que emplearse, y que Zaldumbide no puede encerrarle y condenarle al moho con su inacción, sin cometer gravísimo delito. Además, sería de desearse que descolgara su lira del árbol del olvido, y cantara no tanto odas, silvas y cosillas ligeras, como algún poema de largo aliento en que pudiera campear su ingenio con todo el poder, flexibilidad y gala que le es natural. Por desgracia no puede ensayarse en el género dramático, para lo cual es necesaria la escuela viva del teatro, donde la imaginación bebe las bellezas poéticas inflamada de entusiasmo y el corazón recibe lecciones poderosas de hondos sentimientos y generosos afectos, y no tenemos todavía cosa que se parezca á teatro; pero la naturaleza, la historia y las costumbres son un venero de hermosos ar-

gumentos para poemas y leyendas, donde el poeta puede escoger á su arbitrio el que mejor cuadre á su índole y gusto.

Zaldumbide podía aún hacer otro servicio importante á nuestra literatura, y es el de darnos buenas traducciones. De esta manera nos haría participar del beneficio que ha reportado del estudio de varias lenguas cultas, y no se encantaría él solo con la lectura de las obras maestras del italiano, inglés, etc. Sabemos que hace algún tiempo comenzó la traducción de *El Corsario* de Byron; pero yace el empezado manuscrito durmiendo un sueño tan largo, que tememos sea el de la muerte. ¿Y quién será responsable de esta muerte y de que carezcamos de esa traducción, que indudablemente había de corresponder á nuestras halagüeñas esperanzas? ¡Quién sino Zaldumbide que no quiere sacudir su maldita pereza!

S' occuper, c' est savoir jouir;
L' oisiveté pése et tourmente:
L' ame est un feu qu' il faut nourrir,
Et qui s' éteint s' il ne s' augmente.

Quisiéramos que esta sentencia del filósofo de Fernel estuviese grabada en las paredes del estudio de nuestro poeta, y más todavía en su corazón.

CAPÍTULO XII

EL DOCTOR MIGUEL RIOFRIO

He aquí otro amigo á quien nos liga la gratitud desde diciembre de 1853; el motivo de este lazo de amistad no puede ser ignorado por quienes conocen á los dos. Sin embargo, vamos á juzgar también al doctor Riofrío como poeta, empleando la imparcialidad debida y tratando de buscar la verdad para decirla sin el menor embozo.

Las vicisitudes de la política han arrebatado á nuestro amigo lejos de la patria, y antes había influido esa misma política en su corazón y arrancádole parte de los afectos de poeta para sustituirlos con las pasiones de bandería. ¡Ojalá no se hayan ahogado entre éstas, como suele acontecer, los gratos recuerdos de la amistad!

Quien lee los escritos de Riofrío, en prosa ó verso, descubre al instante su buen talento y la inclinación al cultivo de la gaya ciencia; en todos ellos se trasluce el espiritualismo del poeta y su fecunda y brillante imaginación que brota flores como un rosál en mayo. Los poetas son como los enamorados: nunca pueden cerrar el corazón y ocultar lo que sienten, y por más que no

quieran, el apasionado fuego asoma en las palabras, acciones y miradas. La fantasía de Riofrío no puede esconderse y está denunciando al amante de las musas á pesar de todos los esfuerzos del político.

El doctor Riofrío habría podido ser uno de nuestros mejores poetas, sino hubiera venido á malear su ingenio con la decidida afición á los negocios públicos; pues sabido es que una vez probados, no obstante su venenosa acritud, seducen y arrastran al hombre por el camino del exclusivismo y la injusticia, del odio y de la violencia, lejos, muy lejos de todo dulce afecto, de toda imagen risueña y de toda seductora ilusión; y entonces ¡Adiós poesía! El doctor Riofrío no ha querido pues, sentarse á la mesa de los dioses, ceñida la frente del laurel de Apolo, y ha preferido tomar parte en esta especie de bacanales políticas que nunca traen honra ni provecho, sino desengaño, amargura y ruina.

Sin embargo; los jardines de Helicon no le están vedados, ni se le han convertido en fango los cristales de Aganipe. En ellos se inspira á veces, y su lira, aunque con harta frecuencia de sonidos discordes y enojosos, no deja de producir algunas notas armoniosas, porque la naturaleza triunfa de los obstáculos que le opone la voluntad extraviada del poeta.

Riofrío hace aparecer en todos sus versos sombras de tristeza y gotas de llanto, y en todos ellos se nota la vaguedad del pensamiento originada por el espiritualismo que quiere comunicarles, y por la tendencia á buscár siempre analogías entre las cosas de la naturaleza material y el destino y los afectos humanos. Parece que no halla poesía donde no hay esa trabazón y correspondencia de los objetos visibles y tangibles con los espirituales y abstractos; cosa á nuestro ver, que si tiene su tanto de verdadero, no le falta su parte de falso, pues la naturaleza encierra en sí un gran fondo de poesía que el ingenio puede hacérsela sensible sin más que trasladarla fielmente á sus pinturas; y los

afectos y movimientos del alma son poéticos en alto grado cuando reciben forma y colorido de parte de la imaginación. La naturaleza y el alma, en el sentido en que venimos hablando, son pues dos depósitos de poesía que sirven al talento según quiera emplearlos, sin que sea indispensable ponerlos en relación para obtener las condiciones que debe tener toda composición poética. De juntarlos, de armonizar las facultades de la una con las de la otra, resultan bellezas de primera clase, y así han obrado unos cuantos poetas, y á ello son inclinados especialmente los alemanes; pero no han faltado quienes abusen de esta manera de emplear las fuentes de belleza y armonía, confundiendo las cosas que tocan al espíritu con las que atañen á la materia atribuyendo, por ejemplo, alma á una montaña ó á una selva, y dando las calidades de estas á el alma y al pensamiento.

“Subsisten todavía aquellos grandes sentimientos que entusiasman, aquellas acciones heroicas que van á engendrar cánticos sublimes en el alma de los poetas; pero ya el infinito está sobre nosotros. Ahora, cuando el poeta se eleva demasiado, se encuentra en el vacío y tiene que llenarlo con las imágenes fantásticas de su alma acalorada, ó se vé precisado á descender miserablemente á la parte más árida de la superficie terrenal, de esta superficie en que corren las lágrimas y se cruzan los suspiros.” Esto escribía el doctor Riofrío en cierta ocasión, y creemos es la manifestación de las ideas que sirven de base á su poesía: nunca toma la lira sinó cuando sus voces pueden estar conformes con ellas. Pero cuando se lanza á las regiones de lo infinito, cuando se encuentra en el vacío, no sabe qué hacer de su alma, ni cómo definir sus afectos, ni á qué aplicarlos; y entonces descende á la superficie terrenal para prestar á las cosas materiales y perecederas todo el tesoro de su fantasía, ó más bien de su alma acalorada, y para entristecerse y llorar.

Á nuestro ver, lo infinito no está vacío, cuando el espíritu se remonta á él por medio de las creencias cristianas, que nos le han abierto para que vuelen nuestras ideas libres de las ataduras del materialismo pagano y filosófico que nos retenían en la tierra antes que Jesús predicase su inmortal doctrina. No, el alma cristiana nunca vaga en el vacío, y lejos del mundo encuentra bellezas sin número y grandes tesoros de armonía en que se embebece y deleita, así como en los objetos de la tierra descubre mil atractivos que yacían ocultos á la gentilica antigüedad.

Por lo dicho nos inclinamos á creer que el procedimiento de Riofrío como poeta, viene de la influencia de la escuela sentimental y llorona tan á la moda en el día, y no de convicciones propias y arraigadas. Á lo menos parécenos indudable que pudiendo dar otro sesgo al carácter de sus obras, ha preferido seguir la corriente que halló ya crecida y fuera de madre, cuando despertó á la vida intelectual. Por lo demás, eso de temer elevarse á la contemplación de lo infinito, por no encontrarse con el vacío ó la nada, y descender en consecuencia á la tierra para dar á sus objetos un baño de esencia espiritual, si así puede hablarse, incluye el peligro de que á la postre surja y prevalezca el materialismo, ahogando esa misma espiritualidad traída como por la fuerza á modificar lo corpóreo y perecedero, cuya acción obra directamente en nuestros sentidos.

La *Lira ecuatoriana* contiene cinco poesías de Riofrío, á saber: *La partida*, *Al Telembi*, *Al vientecillo de la sierra*, *Su imagen* y *Al río Piura*; pero conocemos muchas otras que sentimos no tenerlas á la mano para compararlas entre sí y juzgar del acierto del colector. La segunda es la menos mala; la primera y la tercera, aunque muy viciadas, tienen alguna sencillez y naturalidad, que son de estimarse en quien anda siempre reñido con estas buenas cualidades; la cuarta es inferior á las anteriores y la quinta es pésima. En todas

ellas hay líneas que no son versos; en *La partida*, por ejemplo leemos estas;

Al prever que este momento
Sin remedio llegaría....
Pienso que ningún proscrito....
Es la gratitud intensa.....

Nótase también, así en esta pieza como en las demás, ya la manera viciosa de aplicar las palabras al pensamiento y expresarlo mal, ya pensamientos malos en sí mismos y expresados con palabras que, aunque sonoras y hermosas, no son las más convenientes, y contribuyen á hacerlos mucho peores.

Al hundirse en el ocaso
La que devoré con ansia,
Plácida luz de mi estancia
Donde mis trovas canté.

No citamos estos versos para que se vea el *ansia* rimando con *estancia*, sino eso de devorar la luz, cosa mucho peor que confundir los asonantes con los consonantes. Luego hallamos unos

Corazones que ambrosía
Destilaban sin cesar,

lo cual nos los hace figurar como fuentes rajadas de la mesa de Júpiter, siendo esto no menos inverosímil, pues, el soberbio numen no consentiría que le sirvan en vajilla mala y rota. Luego damos con un *pensamiento* que el poeta quiere *absorverse* con el aliento y con el alma:

La misma que me dió asilo
Me enviará algún pensamiento,
Que sabré con el aliento,
Con toda el alma absorber.

Dejamos al mismo doctor Riofrío que considere en lo que ha dicho, y nos dará sin duda la razón de haber acotado este y los anteriores pensamientos, como desvíos, por no decir más, de mucho bulto.

Dijimos que los versos *Al Telembí* son los menos malos de nuestro autor; esto es, recomendamos la bondad relativa. Examinándolos hallamos, pues, varios defectos que están mostrando la viciada pluma que los ha escrito,

Siente el alma fluyentes hechizos
De una grata, indecible emoción,

ha dicho Riofrío, y creemos de buena fé que los tales *fluyentes hechizos de emoción*, no pueden merecer el perdón de Apolo. Tampoco podría tolerar la violenta metáfora siguiente;

Pero esa ave que gime doliente
Inocula en el alma el dolor.

¡Una ave haciendo de médico é inoculando el dolor en el alma, como si el dolor fuese fluido vacuno y el alma admitiese lanceta!

Otros más escrupulosos hallarían en la poesía que nos ocupa mayor número de lunares, mas nosotros nos contentamos con hacer advertir al lector los ya apuntados. No obstante, en el penúltimo cuarteto hay una cosa incomprensible, sobre lo cual conviene decir dos palabras:

Sólo tiene vitales encantos
De una intensa bondad perdurable,
Lo que anhela mi pecho insaciable
Es el aura patricia aspirar.

Una hora larga cavilamos por encontrar el sentido

de estos versos, y al fin dimos con que todo el mal consistía en que el verbo *es* del último verso, se había puesto por equivocación, en lugar de la preposición *en*. La censura cae pues en este caso sobre el cajista que escribió la *Lira* y sobre el editor que no cuidó de las correcciones. Esta compilación de poesías, como casi todo lo que se imprime en el Ecuador, está llena de errores tipográficos, algunos de tanta gravedad, que han trastornado completamente el sentido de las oraciones, haciéndole decir al autor cosas que nunca ha podido imaginar.

Volviendo á los versos *Al Telembí*, diremos también, por última vez, que la cuarteta citada no queda buena ni con la fé de erratas, pues no es pecado del cajista eso de los *vitales alientos* de *bondad íntima* y *perdurable*, lo cual tiene señaladas trazas de mal gusto porque al fin ¿que viene á ser? vanas palabras y nada más.

Al vientecillo de la sierra. En estos versos se nota la intención poética del autor, y el asunto se brindaba para un lucido desempeño. Habríamos querido que todo se pareciese á esta cuarteta:

¿Por qué de las altas cumbres
Desciendes al Océano,
Si el Edén ecuatoriano
Es de céfiros mansión?

Mas, por desgracia, en esta pieza hay también pecados de tomo y lomo. Nuestro poeta es muy amigo de las *absorciones*: ya vimos como absorbía el pensamiento con el aliento y el alma; ahora tenemos una *cima* y una *pradera*,

Que *absorviendo* primavera
Forman eterno pencil.



No sabemos á cual de las dos *absorciones* dar la preferencia: ambas son peregrinas.

Á poco sigue un *patricio vendaval*, un *abarquilla flévil*, unos *nubarrones*, como *embriones* que *aborta la eternidad*, un *eterno misterio de soledad y bullicio* que *imprime el mundo en los quicios de los mares*; y luego una *cristiana huri*, cual si dijésemos la cruz enlazada con la media luna, y otras cosas que vale más omitir, y que no alcanzamos á comprender cómo han sido inventadas y dichas por un hombre del talento de Riofrío.

Y todo esto se halla en las poesías menos malas del autor, de las cinco ya citadas. ¿Qué diremos de las tituladas *Su imagen* y *Al río de Piura*? Diremos que no es posible someterlas á juicio, sin riesgo de perder el nuestro. Pasen, pasen en silencio con su río que sirve de *inscripción monumental* de muchas repetidas escenas, con sus cabelleras puestas á flote y con todos sus lunares, manchas, lacras y deformidades. Bastante inexperto anduvo el compilador de la *Lira ecuatoriana* al hacer la elección de los versos de Riofrío; su intención fué buena y laudable; mas le faltaron el tino y el buen gusto que se requiere para formar libros de esa naturaleza. Y lo peor es que toda la colección está maleada con la mezcla de unos cuantos adefesios que tienen títulos de poesías, cuando no son sinó paja que debería quemarse por honor del Parnaso ecuatoriano.

CAPITULO XIII.

EL DOCTOR RAFAEL CARVAJAL

Quitemos otro nombre del padrón de los políticos é inscribámosle en la nómina de los poetas: arrebatemos al doctor Carvajal del desván gatero donde se enredan y desenredan los negocios públicos, y llevémosle al espacioso y magnífico santuario de las musas; allí las manos sobre el ara y vuelta la mirada al cielo, harémosle jurar que una sola flor del Parnaso vale más que un triunfo en el campo de Marte; y que diez triunfos diplomáticos debidos casi siempre á las inspiraciones del funesto político florentino, consejero eterno de todos los tiranos. El aroma de esa flor embriaga dulcemente el alma y no turba la conciencia; el olor de la sangre quita el sueño y atormenta. Los primorosos matices de esa flor no menguan con el curso de los años: las coronas de la mentirosa diplomacia, de la falaz política, se marchitan y caen al voltear de un sol, y las frentes que ceñían son cruelmente azotadas por el viento letal de las mezquinas pasiones, que á veces las abate y las hunde en el polvo.

El doctor Carvajal, hombre de estado, ha servido con talento y honra á la república; preciso es confesar-

lo. Pero hoy queremos ver al doctor Carvajal discípulo de las musas, queremos traerle al pié de los altares levantados á las hijas del Pindo. Dejad, poeta, el frac del diplomático y el bastón del magistrado, cubriós con el talar vestido del sacerdote délfico, ceñid de mirto vuestra frente, tomad la lira y venid con nosotros. ¡Ea! venid, poeta... Mas deteneos ahí en los umbrales del templo, hasta que nos digáis cual es vuestro carácter, qué habéis hecho y cómo habéis obrado obedeciendo á las inspiraciones de vuestro numen. Aquí no se entra ni se toma asiento antes de estar bien clasificada y conocida la condición del personaje; aquí nada vale haber ocupado el solio y dictado leyes y órdenes supremas; aquí se rompe todo diploma que no sea concedido por las píerides; aquí... Deteneos, Señor, que si nos atrevimos á tomar la pluma de Aristarco (grande atrevimiento sin duda) no ha de estar ociosa en nuestra mano, ni ha de consentir que ningún usurpador del título de poeta profane ni aún las inmediaciones de este santuario. Ya vereis luego la suerte de otros, y no os quejareis de la vuestra; os lo aseguramos. Pero deteneos, deteneos, que empieza el juicio.

Comencemos recordando unas palabras del *Homero de la filosofía*, al tratar del entusiasmo poético (*Jon*) "No al arte sinó el entusiasmo y á una especie de delirio deben los poetas sus hermosos poemas. Así como los coribantes no danzan sinó cuando están fuera de sí mismos, los poetas líricos no forman bellos versos á sangre fría; es necesario que la armonía y la naturaleza se apoderen de su alma, la transporten y arroben. Las bacantes no beben en ríos de leche y miel, sinó después de haber perdido la razón; su poder cesa al cesar el delirio: de esta manera hace el alma de los poetas líricos las cosas de que se lisonjean. Es en las fuentes de miel, nos dicen, y en los jardines y verjeles de las musas donde á semejanza de abejas vuelan aquí y allá recogiendo los versos que nos presentan; y dicen

una verdad. En efecto, el poeta es una cosa ligera, alada, sagrada. Es incapaz de cantar antes que llegue el delirio del entusiasmo; y hasta entonces no hace versos ni pronuncia oráculos.... Quitándoles la razón, tomándoles por sus ministros como profetas y adivinos sagrados, quiere el Dios enseñarnos que no dicen por sí mismos cosas tan maravillosas, pues están sin juicio, sinó que son simplemente los órganos por medio de los cuales nos habla.», Para confirmar lo dicho cita luego Platón á Tínicó de Cálcida que, sin embargo de ser muy mal poeta, acertó á hacer una magnífica oda.

No puede recomendarse de una manera más expresiva y enérgica el calor y arrebató que demanda la poesía lírica. Y ¿quién los recomienda? Uno de los mayores filósofos de la antigüedad, que si bien tuvo el capricho de excluir de su república á los poetas, no pudo excusarse del culto de las musas, y antes de ser investigador de la verdad, fué cantor de la naturaleza. Hay más; las austeridades filosóficas no habían podido extinguir en el alma del hijo de Aristón los gérmenes del talento poético que recibió con la vida, y que brotan con harta frecuencia en sus obras más serias: sus conceptos respecto de la moral son poéticos, sus *Ideas* ó tipos eternos lo son así mismo; y su república no es otra cosa que una hermosa y poética utopía.

Un dios habla siempre por boca del poeta, su instrumento ciego y pasivo. Algo de esto se le alcanzaba á Olmedo cuando exclamaba:

¿Quién me dará templar el voraz fuego
En que ardo todo yo? Trémula, incierta,
Torpe la mano va sobre la lira
Dando discorde son. ¿Quién me liberta
Del Dios que me fatiga?...
Siento unas veces la rebelde Musa
Cual bacante en furor vagar incierta....

Sí: es una sacerdotisa de Baco, una coribante, una inquieta abeja que vuela en los jardines de las musas: Platón lo ha dicho y Olmedo lo ha cantado; he ahí la poesía confirmando una verdad de la filosofía; he ahí la doctrina y su aplicación, la teoría y la práctica. La armonía y la naturaleza, ó lo que es lo mismo, el numen que las representa, se apodera del alma y del corazón del poeta que vibran y sueñan como un instrumento misterioso y dicen cosas maravillosas que el hombre sería incapaz de producir por sí mismo; y ese numen es un espíritu que vivifica, una llama que enciende, un poder que mueve y arrebató no sólo á quien le tiene dentro de sí, sino á cuantos le rodean y le escuchan. Quien canta y no logra que sus voces trasladen al corazón del oyente los afectos que las han producido, no es poeta, ó es un Tínicó de Cálcida sin el favor del numen. Poesía y frialdad son cosas que se repelen como la armonía y el desorden, como la razón y la locura. Mas cuando el padre de la Academia habla de delirio y de falta de juicio, no hay que tomar el sentido literal del concepto, como parece haberlo hecho gran número de poetastró modernos, no: el delirio y la locura del poeta son efectos de la inspiración, de aquella cosa que no le cabe en el alma y le fatiga: por medio de la cual descubre en el mundo moral y material, en lo visible y lo invisible, armonías, bellezas y encantos que no puede traslucir ni aún ligeramente el que no es favorecido de las musas. Ese delirio, esa locura son la razón y el juicio de la poesía; razón y juicio elevadísimos y perfectos, y superiores á la comprensión de las almas comunes, de donde viené que se los confunda con el desarreglo de la fantasía y la perturbación de la razón. Poesía es belleza y armonía, verdad y bondad, cosas que no se buscan ni se expresan por el camino del desorden ni por boca de la demencia. Si se toma el entusiasmo poético por la falta de juicio y se huye de él, se da en un piélago de escar-

cha: esto es huir del Ecuador y caer en el polo; y si se toma la locura por estro sacro y se canta baja su influencia, ¿qué han de ser esos cantos sinó monstruosos disparates? Apolo castiga tanto la pusilanimidad como el temerario atrevimiento, y no admite ni frios razonamientos ni ardientes locuras, sinó hermosas y ordenadas razones dichas con racional entusiasmo, con juicioso fervor; ó más claro, dictadas por el mismo numen que rige al astro del fuego y de la luz para dar vida y deleitar al mundo, no para quemarle y dañarle. ¡Aprovechad esta lección, poetas!

El doctor Rafael Carvajal ¿ha cumplido la sentencia de Platón? Habríamos querido contestar afirmativamente sin vacilar; mas no es posible. ¡Y qué! el doctor Carvajal ¿carece de genio para la poesía? Á esto sí contestamos al punto: no, no carece; pero su talento anda y no vuela, y sus movimientos tienen cierta timidez, cierta mesura que raya en cobardía; se diría que teme encontrarse á cada paso con un áspid entre las flores que va buscando. Le hacen falta el desenfado, la arrogancia y orgullo del discípulo de las musas. Es un talento poético notable que está en oposición con un carácter formado á fuerza de lecciones de jurisprudencia y de política, y oprimido quizás por el rigor del método escolástico. Las poesías del doctor Carvajal se comprenden muy bien; la razón y la inteligencia quedan satisfechas de ellas; el oído rara vez tiene que quejarse de falta de armonía; todas tienen su principio medio y fin, y empiezan, y siguen su curso y dan en le término con naturalidad y sin tropiezo ninguno. Pero después de leídas, poned la mano en vuestro corazón y, con algunas excepciones que en nada faltan, no sentiréis ni un sólo golpe más de los acostumbrados, y le hallaréis con su calor natural y nada más: las pasiones duermen y la lira del poeta no ha podido despertarlas. El doctor Carvajal podrá ser un Argensola, el poeta de la razón y del juicio; mas no el cantor de los

arrebatados afectos y dominador del corazón, al cual empuñe y sacuda con mano poderosa, le hiera y le cure, le haga retozar de gozo delirante ó le bañe en amargas lágrimas, le hunda en el abismo á le arrebate al cielo. Esto hacen sólo aquellos seres *ligeros, alados, sagrados*, que cantan arrebatados del *delirio del entusiasmo*, y nuestro poeta no quiere delirar poéticamente, y parece que teme abrasarse demasiado en el fuego del entusiasmo.

Carvajal es el reverso de Riofrío: sus ingenios son antagonistas como sus caracteres y sus ideas. Si fuese posible, daríamos al primero el calor, la movilidad, el delirio que le sobran y le perjudican al segundo; y á este el método, el orden, el juicio y la claridad que abundan en el otro. ¡Cuán bien acondicionados quedarían entrambos, y qué preciosos frutos dieran al parnaso ecuatoriano! Entonces ambos brillarían con luz igual y clara, y no sería la del uno inquieta y derramada como hacha de viento, y la del otro inmóvil y pálida como antorcha entre opacos vidrios; esto es, ambas viciosas por muy diversos aspectos. Si no temiésemos profanar el tema poético en que nos ocupamos, diríamos que la primera representa el espíritu de la política liberal, exagerada, bulliciosa y demente, y la otra el de la política conservadora llevada al extremo contrario, cobarde y encogida.

Con todo, la poesía del doctor Carvajal se entiende, tiene imágenes agradables y versos fáciles y sonoros, y aunque no siempre excite los afectos del ánimo, está muy lejos de parecerse á esos baturrillos soporíferos é intolerables con que todos los días nos abrumba la prensa sud-americana. Al cabo el doctor Carvajal es poeta, y si no un asiento eminente, sí tendrá el suyo bien situado del umbral adentro en el templo de las musas.

El sueño de un proscrito, visto bajo el aspecto ya determinado de la índole del poeta, es buena composición.

Tiende otra vez tus alas, grato sueño,
 Y vuélveme benigno á esas praderas
 Dulces, consoladoras, hechiceras,
 Donde otro tiempo descansé risueño.

Tiende otra vez tus seductoras alas
 Y en apacible, delicioso vuelo,
 Dame que mire de mi patrio suelo
 Las floridas campiñas y sus galas.

Aquí hay poesía y los versos nada dejan que desear. Con pocas excepciones toda la pieza está escrita de esta manera, mas para confirmar nuestra opinión acerca de la escasez de entusiasmo y fuego lírico del doctor Carvajal, citemos el principio de una poesía de D. Manuel José Quintana hecha sobre un tema igual, y abvirtiendo que el *sueño* del primero, por ser de un proscrito, se brindaba á una entonación más lírica, y á la expresión más viva y apasionada de los conceptos que debe sugerir tan poético asunto, que no el simple *sueño* deseado de quien batalla en su lecho con el insomnio, cual era el de Quintana,

¡Tú, mudo esposo de la noche umbría.
 Oh padre del sosiego,
 Sueño consolador! ¿por qué te niegas
 A mi lloroso ruego?
 ¿Por qué á mis sienes con piedad no llegas?
 Y no que lento y vagaroso bates
 Lejos de mí tu desmayado vuelo,
 Y esparces en el suelo
 La niebla del balsámico rocío,
 Con que el dolor serenas
 Y el vivo afán de las acerbas penas.

Duélete ¡oh sueño! al contemplar las mías:
 Suspende ¡ay Dios! suspende
 Por un momento el velador cuidado
 Y en él tu velo vaporoso tiende.
 ¿No bastan, dí, para penar los días?

Pero ¿se quiere un *sueño* que tenga más analogía con el de nuestro poeta, un *sueño del proscrito*? Ahí está el del duque de Rivas.

Oh sueño delicioso,
Que hace un momento tan feliz me hacías,
¿Huyes y me abandonas inclemente,
Y en el mar borrascoso
Tornas á hundirme de las ansias mías?...
¡Ay!... Los fugaces cuadros que mi mente
Ha un instante en tus brazos contemplaba,
Los juzgué realidad, y mis pesares
Y mi destino bárbaro olvidaba:
Y ¿todo fué ilusión?... vuelve halagüeño,
Vuelve, ó consolador, ó dulce sueño.

Si escogimos para la comparación los versos de Quintana, fué porque sólo tratamos de hacerla en cuanto al estro, que lo tienen superior al de los de Saavedra y Carvajal. Estos por tal respecto, si juzgáramos sólo con vista de los trozos citados, en poco se diferenciarían; pero extendiéndonos algo en el examen, ya es otra cosa, y el poeta español se lleva la preferencia.

El doctor Carvajal se muestra muy cuidadoso de evitar la concurrencia de sílabas y palabras que puedan oponerse á la eufonía, y es raro encontrar, por ejemplo la asonancia del final de un verso con un emistiquio, ó con el término de otros inmediatos, como sucede en el último verso del primer cuarteto, en el tercero y cuarto del quinto, y en algunas octavas de la pieza que venimos examinando.

Conviene evitar estos pecados veniales, que merecen perdón sólo cuando se han cometido en los raptos del furor poético, y al espresar magníficas ideas que hacen olvidar toda flaqueza del arte en cambio de la robustez de la inspiración, como sucede con muchísi-

mos pasajes de *La Victoria de Junín* y del *Canto al General Flores*; pero al espurgar tales faltillas es preciso tratar de no caer en otras de mayor bulto. Suele acontecer que estas se disminuyen á nuestra vista á fuerza de cavar en las otras, y por quitar con grande empeño el lunarillo de una obra, no reparamos en el cancro que le amenaza de muerte.

El poeta de quien nos ocupamos es muy aficionado al empleo del pronombre demostrativo *ese, esa*, mucha veces innecesario y otras que convendría trocarle por el artículo. El tal es un pegote nada gracioso y que desdice de la locución poética, es una de aquellas palabras cortas que se acomodan bien en la medida del verso, pero con frecuencia dañan el pensamiento y aflojan el estilo. Los principiantes se sirven de ella en sus apuros, como del adverbio *ya* y de muchas partículas que hacen el oficio de cuñas en la construcción métrica; son muletillas de escuela que los poetas ejercitados deben evitar. No sabemos por qué se le ha pegado al doctor Carvajal este defecto.

"Yo ví de la pintada mariposa
Ese inquieto volar que se asemeja...
...Que mi alma complacida
De gloria quiere ver *ese* santuario....

Largo fuera citar ejemplos semejantes. Pasemos á otra cosa.

Hallamos también en *El sueño de un proscrito* algunas palabras, frases y versos prosáicos. Habríamos querido que en el séptimo cuarteto nos hubiese hecho oír el solitario su canto, trinado ó lamento, y no su *silbar*, pues no nos parece ni poético ni propio tratándose de una ave y en composición de carácter sério. ¡Cuán de otra manera emplea el mismo doctor Carvajal esta palabra en la siguiente bellísima estrofa.

Solo allá lejos el lloroso acento
 Del fatídico buho resonaba,
 Y en general concierto acompañaba
 Triste el silbido del siniestro viento.

Tampoco hallamos poesía en estos versos:

....¿Acaso es cierto
 Que nuestra destrucción has decretado?...
 Y los hombres, Señor, que á imagen tuya
 Formados fueron por tu propia mano....
 Hijos del Ecuador, vergüenza horrible
 Me causa recordar que aquí he nacido....

La medida de los versos no es mala; los acentos y cesuras están bien colocados, y las sînefas nada tienen de duro y desapacible; pues ¿por qué no agradan esos versos? Porque son versos y no poesía. Ni ideas ni lenguaje pertenecen á las musas, y lo que se ha dicho con el corte métrico, se puede decir á renglón seguido, con ligeras alteraciones. Pongamos un ejemplo: "Hijos del Ecuador, vergüenza horrible me causa recordar que he nacido aquí." Muéstrsenos lo poético de estas líneas.

La dicción del habla de las musas tiene su severidad, y hasta sus caprichos y quisquillas que es preciso respetar. Quien con ellos no se aviene, ó tiene que renunciar á la poesía, ó que sufrir la censura de parte del buen gusto. Muchas veces una palabra, una frase que viene como de molde á tal estrofa, y pinta admirablemente este ó aquel objeto material ó abstracto, trasladada á otro lugar, aunque los versos sean de igual carácter, disuena y repugna: no todos los poetas tienen el tino y delicado gusto de Caro para impresionar el ánimo con el *amarillo jaramago* y la de los *lagartos vil morada*. La elección de los vocablos, su coordinación adecuada á la índole de la poesía, su colocación en el lugar conveniente, la armonía que debe

haber entre ellos y las ideas que expresan, eso de aplicarlos á las imágenes que forma la fantasía ó á las pasiones que hierven en el corazón sin que pierdan el colorido, la vivacidad y fuego con que los siente dentro de sí el poeta; no son cosas que enseñan las gramáticas, ni las artes métricas, ni Horacio, ni todos los maestros del mundo: las enseña naturaleza á los que há elegido para sus cantores, dándoles desde que los cría un instinto especial, un sentido interno que todo lo percibe de un modo peculiar, un discernimiento y delicadeza que no se puede explicar. El arte, la buena lectura, la cuerda imitación, los sanos consejos, sirven para hacer desenvolver ese tesoro misterioso del alma; mas para quien no le posee, todo trabajo y esfuerzo será inútil: pondrá una perla donde convenía una esmeralda, esmaltará guijarros en oro, ó toda piedra preciosa será canto en sus manos, y todo rico metal escoria despreciable. ¡Cuántos y cuántos conocemos que obran de esta manera para escarnio del Parnaso!

Hemos hecho la debida justicia llamando buena la composición *El sueño de un proscrito*; pero añadamos que el doctor Carvajal ha hecho otras poesías de igual mérito, y la justicia será completa.

Tomamos las siguientes de *El Iris* periódico literario que se publicaba en Quito por 1861 y '62, pues en la *Lira ecuatoriana* no se ha dado cabida sino á *El sueño de un proscrito*. Las que insertamos á continuación llevan el seudónimo de *Arsi* que entonces tomó el autor.

Impresión á la vista del mar.

Infeliz y entregado al torbellino
De tristes pensamientos vióme el cielo,
Sin patria, sin amigos, sin consuelo.
Y entregado al rigor de mi destino.
Vagando, como suele de continuo

Quién la copa bebió de la amargura,
 Mi vista se extendió por la llanura
 Que no tiene ni huella ni camino.
 ¡Era el mar! y su aspecto majestuoso
 Largo tiempo detúvome absorbido
 En éxtasis profundo y misterioso:
 ¡Era el mar! que, ajitado por los vientos
 Mi suerte retrataba enfurecido,
 O en su calma, mis tristes pensamientos.

Estos catorce versos quisieron formar soneto; pero cambió la rima en el sexto y séptimo, y dejaron de serlo. Además, habría sido bueno que no se repitiese en el verso cuarto la palabra *entregado*, que ya tiene su buen oficio en el primero, y que el *torbellino* de los tristes pensamientos no se pareciese después á la *calma* del mar.

El Jilguerillo.

¿No ves, hermosa Delia,
 Cual suele el jilguerillo
 Allá en su jaula preso
 Yacer entristecido?
 Acongojado, inmóvil,
 Mantiénesse en su sitio,
 Las plumas erizadas,
 El cuello recojido;
 Cerrando á cada instante
 Los párpados rendidos,
 Señal de que en el sueño
 Hallar pretende alivio.
 Empero, si te asomas,
 Al verte el pobrecillo,
 Sus cuitas olvidando,
 Alegre dá mil brincos;
 Y ostenta de sus alas
 El pintoresco brillo,

Batiéndolas, y luego
Prorrumpe en dulces trinos.
Se acerca al enrejado,
Ya no como cautivo,
Sino como antes libre
Vagaba por los trillos;
Y allí con sus gorgeos
Sonoros y festivos
Te muestra jugueteando
Que vive complacido.
Acaso tú, al mirarle,
Con eco enternecido
Le dices: "Te comprendo,
Mi pobre jilguerillo:
Olvidas al mirarme
Que aquí vives cautivo,
Y pagas mis anhelos
Con tu cantar divino.,,
En tanto, hermosa Delia,
Al verte en mi retiro,
Yo envidio el cautiverio
Feliz del jilguerillo.
Él puede venturoso
Mostrarse agradecido
A quien torna sus cuitas
En dulce regocijo;
Y yo ¡ay infelice!
Sintiendo el pecho mío
A tu amistad más grato,
No puedo ni escribirlo.

Bella composición, por el estilo de las de Meléndez Valdés. Para que sea rematadamente buena bastaría quitarle aquel *eco enternecido* que se anda por ahí y acaso también el adjetivo *divino* que juzgamos de mucha valía para ser aplicado al canto de un pájaro; dar suavidad y ternura á los versos

Te muestras jugueteando....
Y yo ¡ay infeliz!....

suprimir el *yo* por inútil en estotro:

Yo envidio el cautiverio;

pronombre al cual es muy aficionado nuestro poeta y le emplea muchas veces donde no conviene y antes bien estorba; y por último, determinar la acción del verbo *escribir* del verso final, pues no sabemos á quien ó á qué cosa se refiera el afijo *lo*.

TRADUCCION DE BYRON.

PARA UN ALBUM

And think my heart is buried here.

Como el nombre que en la losa
De un sepulcro solitario,
Cual recuerdo funerario
Grabado suele encontrar,
Si por allí caminando
El fatigado viajero,
Ese lúgubre letrero
Se detiene á contemplar;
Así cuando algún recuerdo
Buscando en dulce reposo,
Mires de tu Album dichoso
Esta página infeliz,
Atraiga mi triste nombre
Alguna vez, por ventura,
Esa angélica dulzura

De tu mirada feliz,
Y después que, interrumpiendo
Un instante tus placeres,
Mi nombre leído hubieres
Con bondadosa atención,
Piensa en mí como en el hombre
Que de vivir ha dejado,
Y que aquí está sepultado
Mi afligido corazón.

El mismo periódico de donde tomamos las anteriores composiciones, contiene otras del Dr. Carvajal muy escasas de mérito. Hay entre ellas una dedicada á una manzana; los versos son fáciles y sonoros; pero en demasiado número para objeto tan pueril. Creemos que una *manzana*, por más que haya pertenecido á Delinda, no mercede ni tantos versos ni tantos cariños y besos.

También ha manejado nuestro autor la poesía burlesca y satírica, y á fé que no lo ha hecho mal: tiene chispa, y si se hubiera dedicado á este género, tomando los vicios, errores y defectos en general ora del hombre, ora de la mujer, ya del individuo, ya de toda la sociedad, juzgamos que habría llegado á ser notable. Pero sus sátiras son enteramente ocasionales y producidas por el calor de las pasiones políticas. Conocemos un cuaderno intitulado *Por ahora* y dado á luz por 1853, que contiene unas pocas piezas de este carácter. A la vuelta de medio siglo tal vez se podrá apreciar el mérito que tienen, sin entrar en cuenta para nada las alusiones picantes y amargas burlas dirigidas á personas que aun viven y que entonces nadie sabrá quienes fueron. No obstante podemos citar algunos trozos de la *Musa mensajera*, imitación de D. Leandro Moratín. Después de pintarla con sus atavíos y modales continúa el poeta:

¿Y qué, te ries al verte

Transformada en un momento
En una Venus hermosa
Capaz de quitarme el sueño?

Pues bien, mi musa, recibe
Los afanes de mi afecto;
Pero aguarda, que te falta
Lo principal estoy viendo.

Sabes bien que la hermosura
Sin un interior perfecto
Hizo decir á la zorra:

"Hermosa es, pero sin seso.,"
Tal vez te dirá lo mismo
En vez de zorra algún cuervo,
Ó el cabro salta-ventanas
De un fabulista moderno.

Te dirán y con justicia
En estos benditos tiempos,
En que las prendas del alma
Se venden á cualquier precio.

En tus labios la mentira,
Y la codicia en el seno
Sean el norte seguro
De tu conducta y tus hechos.

La traición oculta siempre
Puedes llevar sin recelo,
Que en el día las traiciones
Dan fortuna y buen aprecio.

Y si quieres tener algo
De lo que honor llama el necio,
Un paseo en los cuarteles
Te brindará mil ejemplos.

De amistad fingirás siempre
Los más nobles sentimientos,
Y sacrifica á tu amigo
Si se atraviesa un empleo.

Jamás te cortes las uñas
Ni pongas ley á tus dedos

Y ante las aras de Caco
Quema siempre mucho incienso.

Sean tu arma favorita
La calumnia y los enredos;
Nunca enfrenen tus pasiones
Condición, edad, ni sexo.

Tus deseos jamás midas
Por vergüenza ó por respeto,
Que para ser buen ministro
Es político precepto.

La virtud llama químera
Y al vicio quémale incienso;
De religión y moral
Habla poco y con desprecio

Y sólo cuando pretendas
Asegurar tus intentos,
Fingirás que las defiendes
Que ser hipócrita es bueno.

A tu rencor rienda suelta,
Como sabia á nadie el puesto,
Charla siempre con descaro
De libertad y progreso.

Enemiga del trabajo
Vivirás sólo de empleos,
Que ya te doy cualidades
Muy aparentes para esto.

Y aunque enciendas diez mil guerras
Y hagas víctimas sin cuento,
Adelante, nada mires
Que son recelillos necios.

Y si algún joven incauto
Llama vicios tus portentos,
Salta y chilla y dí que es godo,
Que es enemigo del pueblo.

Arma contra él la calumnia,
Persecuciones, destierros;
Y si es posible el puñal

Ponga á sus lábios silencio.

He, mi musa, ya estás lista,
Nada te falta, completos
Tienes muy lindos adornos
Para el alma y para el cuerpo.

Ora deja esos harapos
Que están sin lustre y son viejos,
Que si no andas á la moda
Te mirarán con desprecio.

Ponte el moño de escritora,
De política los crespos,
De patriotismo el afeite,
La mantilla de progreso.

Unas pulseras de renta
Y aretes de palacio,
Con gargantilla de charla,
Te vendrán muy á buen tiempo.

De liberal el penacho
Te adornará con esmero,
Y el prendedor de dos caras
Con brillos de amor al pueblo.

¡Ah! no dejes esos guantes
De torna-propio lo ageno,
Ni la basquiña de astucia,
Ni el sobre-todo de empleos.

Oye pues y no te pares,
Que me interesa en extremo
Llegue pronto este mensaje
Á donde partirás luego.

¡Fácil cosa! tu lenguaje
Altisonante, indigesto,
Con galicismos y ripios
Te dará de bardo el premio.

Y trocando las palabras
Á costa del pensamiento,
Los oscuros rimbombantes
Harán mágico tu acento.

Pero, musa, ¿todavía
Me muestras tus descontentos,
Después que te he regalado
Con cuanto he visto y no tengo?
¿Y tiembblas? ¿tal vez te he dado

De salir algún recelo,
Porque á mía sobre tuya
Al cuartel irán los presos?

No, mi musa, no receles,
Á fé mía te confieso:
Pinti-parada requista
Te verán hasta los tuertos.

Puedes salir bien confiada
De que te guardan respeto,
Mucho más cuando ya tienes
De socialista los fucros.

Si encuentras un artesano
Que viva en paz y sosiego,
Demostrando en su trabajo
Sus honrados sentimientos.

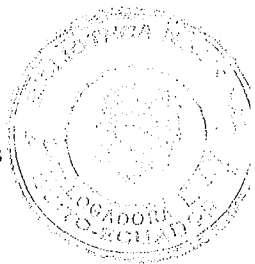
Ocultando cuanto llevas
Haste patriota en extremo
Y fingete con astucia
Defensora de los pueblos;

De sociedad habla mucho
De medallas y de premios,
Y con mentidas arengas
Pon en sus manos el cielo.

Nada importa su miseria
Con la guerra y los impuestos:
Nada importa que padezca
Dile tú que esto es progreso.

No importa que tus promesas
Le engañen hasta el extremo,
Como á costa de su ruina
Tú asegures un empleo.

Seduces, engaña, porfia,



Edúcale con tu ejemplo,
Que será feliz la patria
Con tan felices modelos.

Entonces sí, ya no temas
De algún roquista el encuentro,
Vete pronto y muy altiva
Le dirás..... Pero ¡qué veo!

¡Musa, colérica tiemblas
Y brotan tus ojos fuego,
Pálida quedas y mustia
De color cambias y gesto!

¡Amenazantes miradas
Me diriges, y en el suelo
Dando una fuerte patada,
Desaliñas tus cabellos!

¡Crugen tus dientes..... los labios
Te remuerdes..... y al momento
Separas de mí la vista
Y la diriges al cielo!

¿Del rubio Dios la venganza
Buscas, acaso, y su ceño,
Ó de Júpiter tonante
Los vengadores estruendos?

¿Lloras también..... y ademanas
Haces ya de alzar tu vuelo.....?
No, musa ¡perdón mil veces!
Perdón...! ¡Perdón! te comprendo;

Ultrajada te contemplas
Con razón en estos versos,
Porque he querido vestirme
Con las galas de estos tiempos.

Pero no, musa, deténte;
Ya de veras me arrepiento:
Conoce que fué una burla
Y un ligero pasatiempo.

Acabé tu justo enojo
Y vuelve á tu pobre arreo,

Despójate de esas galas
Dejando todo á sus dueños;
Que yo sencilla y honrada,
Con tu carácter ingenuo,
Te necesito aunque sufras
La rabia de los perversos.



CAPÍTULO XIV

LOS DOCTORES MIGUEL ANGEL CORRAL Y LUIS
CORDERO.—POESÍA SATÍRICA Y EPIGRAMÁTICA.—
EL DOCTOR ANTONIO MARCHÁN.

Si naturaleza al dar á los hombres el talento, la índole y todas las demás condiciones que entre ellos reparte al echarlos á rodar por el mundo, les concediese en igual grado la facultad de conocerlas y la voluntad de aprovecharse de ellas en bien propio y de la sociedad, no hay duda que la suerte de ésta sería menos mala; pero no es así, y la falta de correlación entre las calidades innatas de los individuos y sus procedimientos está publicando todos los días la desigualdad de los dones naturales. Prueba es esta, á nuestro ver, de la degeneración de la raza humana producida por algún moral cataclismo que desorganizó la esencia del ser racional, hermoso y perfecto en su origen; y este desbaratamiento y ruina del hombre interior y espiritual no puede ser otro que la caída de Adán, como en efecto no lo es, para cuantos tenemos fé en las palabras de Moisés, eterna fuente de verdad y de ciencia. Los seres irracionales que no han padecido igual detrimento

to, porque su organización puramente material les ha puesto fuera del caso en que se vió el primer hombre, cumplen hoy su destino como ahora seis mil años, sin desviarse ni un punto de las leyes para ellos establecidas en la creación: labra el águila su nido en las escarpadas rocas, y suspende el suyo el colibrí entre hojas verdes y flexibles ramas; el ave de rapiña caza en los aires, y el león busca su presa y la persigue en el laberinto de las selvas. Sólo el hombre se agita y lucha en un mar de afectos contrarios entre sí y de inclinaciones que rara vez se armonizan con la conciencia, y es uno cuando piensa y siente, y otro muy diverso cuando se mueve y obra. La civilización no ha podido uniformar todavía en provecho de la humanidad la vida de la carne con la vida del espíritu, y por desgracia hay superabundancia de fuerzas en la primera con las cuales casi siempre triunfa sobre la segunda.

Así va el mundo, y de aquí viene lo que se llama acertar ó errar la *vocación*. El acierto muchas veces está en seguir buena mente las inspiraciones de la naturaleza; el error consiste en hacer todo lo contrario. Yerra, pues, quien se siente inclinado al misticismo y á la concentración devota, y se mete á soldado; yerra quien tiene caracter turbulento, rencilloso y variable, y busca la dicha en el matrimonio; yerra quien ha más fuerza corporal que vigor de espíritu, y en vez de darse á las labores del campo se mete á buscar alto renombre como escritor; yerra quien no está dotado de la menor chispa de poeta, y emplea su tiempo en hacer malos versos; yerra el poeta que teniendo buenas disposiciones para ser un Teócrito ó un Gesner, se empeña en cantar como Píndaro ó como Byron. Y así yerran otros y otros sin cuento, y son lo que no deberían ser, y se anulan y se pierden para la sociedad y para sí mismos.

El hilo de estas reflexiones nos ha traído al cabo al punto que deseábamos, esto es, á tratar de los poetas.

Es preciso que quien lo es tenga conciencia de haber recibido de la naturaleza el rico é inapreciable don de pintarla cantando con el entusiasmo encomiado por Platón, y que á esa conciencia añada el examen de su propio carácter, y la firmeza de voluntad necesaria para tirar por el camino que éste le indica, rechazando las malas tentaciones de irse por los opuestos. Entonces el poeta épico no descenderá á la región del fabulista, ni el llamado á cantar las campiñas y los pastores trepará en pos del asiento del primero, ni el que debe pintar afectos y escenas populares calzará el coturno trágico, ni el poeta epigramático usurpará el melancólico laúd de la elegía: todo estará en orden, y cada uno en su género será excelente poeta. Es rarísimo que un solo individuo esté dotado de ingenio para todo, aunque es muy común encontrar quienes no estén contentos con el que Dios les ha dado. Voltaire es el que, al parecer, se hallaba provisto de un talento universal, puesto que se le vió lucir como filósofo, como historiador, como poeta y novelista, y sin embargo de haberse encumbrado en la *Zaira* á la altura de los primeros trágicos modernos, cuando quiso coronarse con el lauro de la epopeya, resultó ¡oh cruel desengaño! resultó autor de una *gaceta rimada*. Y ¿qué hubiera sido de La Fontaine al haberse metido á escribir una *Atalia*?

No podemos negar que entre nosotros hay algunas personas nacidas con talento para la poesía, y creemos haberlo confesado ya en otras ocasiones; pero hay muchísimas que se han engañado de medio á medio al creerse favorecidas por las musas, y no pocas que se han dado á forjar versos de género muy diverso del que les convenía. Individuos hay que han llenado de malas composiciones nuestro Parnaso, por falta absoluta de vocación, y otros porque no han sabido emplear bien sus buenas disposiciones. Unos y otros merecen reprobación, pues lo malo es malo, venga de donde viniere, y debe ser estirpado ora nazca de audacia de

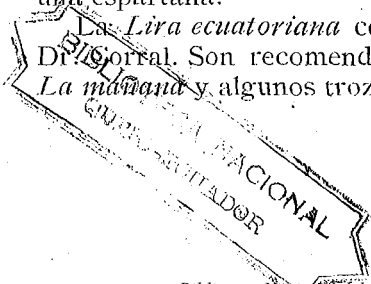
quien se metió en oficio ajeno, ora de quien no estudió bastante para ejercer el suyo; y este castigo sería conveniente, sino para escarmiento de los osados y necios que ya escribieron, á lo menos para lección de los que se tienten á seguirlos.

Creemos que nadie, obrando de buena fé, podrá negar que los jóvenes con cuyos nombres comenzamos el presente capítulo, y el que nos dará materia para el que sigue, tienen dotes de poetas; mas para aprovecharlas, naturaleza les ha señalado diversos rumbos. Ninguno de los cuatro, por más esfuerzos que haga, podrá levantarse á la poesía épica y filosófica, ni aun á la que, no siendo ni una ni otra, requiere una gran fuerza de imaginación y un calor extraordinario. Si arrancan el vuelo con demasiado ímpetu, si quieren remontarse á las estrellas ó hundirse en los misteriosos abismos de lo infinito, caen y se pierden sin remedio. La vida de sus nombres está en las flores, en las bellezas que pueden asir con sólo extender la mano, en los más naturales y sencillos movimientos del corazón. Han nacido para pintar en miniatura; para cubrir grandes lienzos con magníficos grupos no tienen ni ideas adecuadas ni materiales propios. ¿Por qué, pues, empeñarse en fabricar lo que no deben? Tengan presente y aprovechen los tantas veces recordados ejemplos de Icaro y Faeton, y no se expongan á aumentar el ya infinito número de los que se han hundido en el Egeo y el Eridano del menosprecio y el olvido. ¡Cuán expresivas y terribles son estas lecciones, y sin embargo cuán incesantemente olvidadas y acaso despreciadas! Para qué empeñarse, repetimos, en hacer lo que no podrán nunca, cuando haciendo lo que fácil y lucidamente pueden conquistar rico renombre? Gutiérrez de Cetina fué tan poeta como Lope de Vega, no obstante que este escribió largos poemas y centenares de piezas dramáticas, y el título de aquél se funda principal y casi exclusivamente en los ocho versos de un encantador madri-

gal; á la fama de Villegas habría bastado su oda *Al céfiro* ó una de sus cantinelas ó anacreónticas, y á la de D. Francisco de Castro su oda *El arroyuelo*. No es la abundancia lo que dá celebridad, sino la mayor perfección posible; no es tampoco el género de poesía, sino el acierto en escoger el que conviene. Una florecilla silvestre sobre cuatro delicadas verdes hojas nos agrada á veces mucho más que un complicado ramillete en un dorado vaso; y una mariposa de pintadas alas, inquieta y aérea, dando vueltas en torno de una rosa, nos embelesa más que el condor que vaga entre las nubes. Dadnos, oh jóvenes! graciosas florecillas y lindas mariposas, y quedaremos satisfechos de vuestro trabajo. Las musas á quienes imploráis no os piden otra cosa: complacedlas, y ya veréis cómo adornan su cabeza y seno con esas florecillas, y cómo corren con infantil alegría tras vuestras mariposas.

El Dr. Miguel Angel Corral está llamado á cultivar esa poesía templada y suave que vaga por la superficie, diremos, de la naturaleza, que tiene su asiento en el corazón y vierten los labios del vate como un rocío. El torbellino de la fogosa imaginación, los impetuosos arranques del espíritu no la convienen; el ruido de las armas la asusta; la profundidad de la filosofía la desespera; los horizontes demasiado lejanos de un paisaje, la excesiva luz del medio día, el cruzarse de los rayos de una tormenta, todo lo grande, elevado é infinito la causa vértigo y hace desfallecer. Pues á esa musa sólo le convienen, el murmullo de los arroyos, el suspirar del viento, la fragancia y matiz de las flores, la luz del crepúsculo y de la luna, los tiernos y sencillos afectos del propio corazón. Esa musa puede ser una zagala, no una filósofa, tal vez una voluptuosa sibarita, más nunca una espartana.

La *Lira ecuatoriana* contiene algunas poesías del Dr. Corral. Son recomendables entre ellas la titulada *La manáguá* y algunos trozos de *Mis fantasías de amor*



y *A la infausta memoria de la Sra. Dolores Veintemilla*. Para dar una prueba de nuestro juicio acerca del carácter del poeta, citemos algunos trocillos del género que hemos dicho le conviene. Describiendo la mañana principia así:

El tenue resplandor del sol naciente
 Poco á poco los cielos ilumina,
 Y al fresco soplo de vital ambiente
 Va huyendo presurosa la neblina.
 En los árboles húmedos resbalan
 Trémulos visos de carmín y de oro,
 Y aleteando los pájaros exhalan
 En trino alegre su cantar sonoro.....

En *Mis fantasías de amor* hace la pintura de Delia y dice:

Es bella como el cielo,
 Y aunque de bronce ó hielo
 El corazón tuvieras,
 A sus plantas postrándote sensible,
 Como yo, tú la amaras si la vieras,
 Porque verla y no amarla es imposible.

.....
 Si con airosa planta
 Y descubierto el seno,
 Risueña va cruzando
 El verde prado y el vergel ameno,
 Al bosque mismo su beldad encanta...

Ahora, para ver el género que no le conviene á nuestro poeta, basta leer una composición patriótica que en mala hora dedicó *Al pueblo ecuatoriano* por 1863, y *Un día en el panteón*. Aquella no corre en la *Lira ecuatoriana*, y ésta sí anda por esas páginas clamando contra el padre que la engendró tan raquítica y deforme.

Si la primera es mala, la segunda es pésima; quiso aquí el autor imitar á Espronceda, y creyó que un banquete celebrado sobre un cementerio era magnífico argumento para el caso.

Pero al fin ha debido turbarse
 El augusto silencio, la calma,
 Que por siempre mecieron nuestra alma
 En tan grave y solemne mansión;
 Porque ayer una música irónica,
 Cual tremenda infernal carcajada, etc.

Así va todo; ¿para qué detenernos á hacer notar los despropósitos de esos versos, cuando están patentes? Eso fuera insultar al buen sentido de nuestros lectores. Sólo recomendamos que se comparen con los antes citados, para que se conozca al Dr. Corral poeta de los blandos afectos, por donde debe ser estimado, que no al Dr. Corral filosofador del cementerio donde desbarra lastimosamente.

En los buenos versos del joven que nos ocupa hay, no obstante, gran copia de defectos que están publicando la falta de estudio, de buena lectura y de meditación; hay pecados graves en el lenguaje y en los conceptos; el gusto es vacilante y tropieza y cae muchas veces como un beodó; el prosaismo es frecuente y no escasean los versos de són desapasible. Sin salir de las piezas que hemos citado como prueba de las excelentes prendas del autor, pudiéramos encontrar algunos lunares y manchas que han debido evitarse.

Infeliz! qué sentirías
 Cuando toda confundida
 Te hallaste despavorida,
 Sola, delante de Dios!
 Cuando en vez de su mirada
 Santísima y adorable,

Oíste el trueno formidable
De su omnipotente voz!
¡Cuánto, cuánto sufrirías, etc.

En todo este fragmento hay algo de flojedad y pro-saísmo, en especial en el verso.

Santísima y adorable.

Luego no nos parece muy bien que quien buscaba la *mirada* de Dios, *oiga el trueno de su voz*. Para que haya ilación en las ideas, habría convenido que en vez de una *mirada* santa, adorable, paternal, hubiese hallado el alma infeliz la *mirada* fulminante y terrible del divino juez; pero saltar de súbito de la *mirada* á la *voz*, formidable ó no, es no corresponder á lo que el lector espera cuando lee los primeros versos. La *voz* de reprobación vendría bien después de una *mirada* terrible. Hacemos esta observación para que se vea cuánto cuidado es menester en la elección y ordenamiento de las ideas, que vale mucho más que el enlace y armonía de las voces.

En el último de los versos citados se ha hecho mal uso del verbo *sufrir*, sustituyéndole al legítimo y castizo *padecer*. Frecuentísimo es este error, y nos induce á transcribir unas líneas que, para condenarle, escribía D. Antonio Alcalá Galiano, y se hallan citados por don Rafael María Baralt en su *Diccionario de Galicismos*.

"*Sufrir* en castellano declara un acto de la voluntad que haciendo al hombre superior á un dolor físico ó moral, le dá la facultad de llevarlo con fortaleza, ó con resignación cuando menos. *Padecer* es el efecto que en las criaturas producen las dolencias corporales, ó las penas del alma. Nada aclara la significación de la voz *sufrir* y de sus derivados, como la circunstancia de que en castellano un marido consentidor de los desórdenes de su mujer era llamado un *sufrido*, y cabalmen-

te por lo mismo que por ellos nada padecía, llevándolos, al revés, con perfecta conformidad, y á veces con gusto por sacar de su tolerancia alguna clase de provecho. El credo nos dice que Jesucristo *padeció bajo el poder de Poncio Pilato*, y no que *sufrió*: y de su pasión habla la iglesia, al paso que de su sufrimiento en los tormentos y trabajos tratan los escritores devotos con la correspondiente admiración y alabanza. ¿Hacen falta ejemplos aclaratorios del uso que conviene hacer y hacían los escritores castellanos dél uno y otro verbo? Pues abundan. Vayan en seguida por muestra dos: el uno de autor ya de fines de siglo XVII; el otro de un buen hablista, pero algo más antiguo en fecha, y que en su dicción peca de anticuado, si bien en este caso merece ser atendido y seguido. D. Antonio Solís, el primero citado y el más moderno en fecha, al comenzar su historia de la conquista de Méjico en su advertencia á los que leyeren, usa con propiedad de los verbos *padecer* y *sufrir* en el período siguiente: "Puse (dice) al principio de esta obra su introducción ó proemio, como lo estilaron los antiguos, á donde tuvieron su lugar los motivos que me obligaron á escribirla para defenderla de algunas equivocaciones que *padeció* en sus primeras noticias esta empresa, tratada en verdad con poca reflexión de nuestros historiadores, y perseguida siempre de los extranjeros que no pueden *sufrir* la gloria de nuestra nación, etc., No es menos claro y terminante ejemplo el que va á darse en seguida sacado de la historia de España del P. Mariana. Éste, poniendo un discurso en boca del papa Urbano cuando exhortó á los fieles congregados á acometer la empresa de la guerra de la Cruzada, hace que se exprese según á continuación se copia: "Oído habéis, hermanos carísimos, los males que vuestros hermanos *padecen* en Asia: sus desastres son afrenta nuestra, mengua y deshonra de la religión cristiana, digna, si fuésemos hombres, de que se remediase con la vida y con la sangre.

Ninguno puede escapar de la muerte por ser cosa natural. El mayor de los males es, con deseo de la vida *sufrir* torpezas y fealdades, y disimularlas, etc., No cabe mejor ilustración que las dos que acaban de presentarse de la diferencia entre los *padecimientos* y el *sufrimiento*.

“No menos que los anteriores ejemplos aclara el sentido de lo que en buen castellano significa *sufrir*, el adjetivo *insufrible*; si bien es cierto que hoy mal puede aclarar este punto, habiendo sido descartado del vocabulario moderno para poner en su lugar *insoportable*. Sería de desear una demostración de que mudanzas talés enriquecen en vez de empobrecer la lengua.

“No para aquí la invasión del malhadado *sufrir* traído á España del verbo francés parecido. Así como el verbo *padecer* es común sustituirle á otras locuciones. ¿*Sufres?* dice algún traductor para expresar la pregunta castellana ¿*Estás malo ó indispuerto ó desasonado?* Pero basta y sobra de este semibarbarismo: „(1)

Ya que nos hemos propuesto examinar esos versos, no dejaremos de acotar la asonancia del primero con los dos siguientes, y la dureza del antepenúltimo, proveniente de no habersedisuelto el diptongo del verbo *oir*.

También leemos en otra parte:

Ayl desde entonces llevo yo la sombra
De esa mujer en mi alma.....

Aquí, como en muchos otros versos del Dr. Corral, y como en mil de otros muchos autores, el pronombre *yo* se está demás, se está como ripio procedente de un galicismo. En el presente caso es tanto más innecesario y defectuoso, cuanto con el pronombre *mi* del segundo verso queda la idea perfectamente expresada.

(1). A. A. Galiano, *Revista de Europa*, número del 15 de Julio de 1846.

Pero no es esta falta lo que más nos repugna, sino el ver que el poeta lleva en *el alma la sombra* de su amada.

Si hubiese hablado de la imagen, pase, aunque muchos lo han dicho y ya es una vulgaridad: no hay enamorado que no lleve en el alma ó en el corazón la imagen de su querida; pero llevar su *sombra*, como quien dice un espectro, un aparecido, el alma de un muerto, que son los sentidos en que los poetas emplean esa palabra, es novedad intolerable introducida por el doctor Corral. Nada de almas con *sombras*, oh poeta! á no ser las de la tristeza, de la duda ú otras por el estilo.

Y me ha de olvidar ella!
Qué pronto la mujer voluble olvida
Sus más hondas y vivas afecciones.....

Estas líneas trascienden á prosa neta á tiro de ballesta, y además la construcción de la primera es bastante dura.

Hemos tratado de poner en claro la índole del doctor Corral en punto á poesía; hemos tomado al vuelo algunos de sus hermosos versos y de sus frecuentes defectos, y creemos haber hecho algo en favor de un joven que, con más estudio, mayor afán y mejor dirección de sus facultades naturales, pudiera llegar á ser un poeta muy estimable. Culpa suya será si se queda rezagado entre los meros *aficionados* que, sin consagrar de veras el corazón á las musas, quieren obtener sus divinos favores. Una musa diría con más razón que una mujer profana:

“Corazones partidos
Yo no los quiero,
Que cuando doy el mío
Le doy entero.”

Y esto es tan indudable, que de ahí viene la no admisión de los poetas mediocres en el Parnaso. No hay

numen que inspire á medias: ó dá todo ó no dá nada: ó vierte torrentes de luz en el alma del poeta, ó le deja en las tinieblas, donde forja como al tanteo sus versos condenados á ir pereciendo á medida que van brotando de su desdichada pluma.

El Dr. Luis Cordero, hijo también de Cuenca, como el anterior y como el Dr. Antonio Marchan de quien luego trataremos, ha sido inscrito entre los poetas de la colección del Dr. Molestina.

Alguna semejanza se nota entre el carácter del doctor Corral y el del Dr. Cordero, pues á este tampoco le conviene el tono elevado de la oda épica ni la profundidad del pensamiento filosófico. Vestida con esmero y gracia su sencilla musa, pudiera agradar á este mundo tan exigente y descontentadizo: *El arroyo del desierto* y la *Gratitud*, aunque están lejos de ser perfectas y bellas composiciones, prueban nuestra aserción. *La sombra de Bolívar* y *A Maximiliano en su derrota* valen muy poco, ó más bien no valen nada. Puede que el vulgo de los lectores se alucine con esa especie de energía y brillo prestados por el patriotismo á esas dos composiciones; pero Dios le libre al Dr. Cordero de las alabanzas del vulgo, que casi siempre anda extraviado y no sabe distinguir las flores de la hojarasca, ni la luz del sol de la luz momentánea de una fogata. Sólo el voto de la gente ilustrada y juiciosa, y que á fuerza de estudio y buena lectura aprendió á paladear el néctar de la verdadera poesía, es documento fehaciente, uno como título que se hace valer en toda tierra y en toda generación. Además del necio vulgo que vitorea sin proporcionar honra ninguna, merece también grandísimo desprecio la censura de los ignorantes que tratan de despedazar las cosas que no entienden ó que quisie-

ran fuesen suyas. Su obtuso ingenio no les permite levantarse de la esfera en que nacieron, y despechados y rabiosos emplean la charla y los insultos, sus únicas armas, contra los individuos, cuyo mérito les ofende. Especie de gusanos literarios, aquellos miserables buscan la manera de hincar el diente en las flores cuyo matiz y brillo exaltan su envidia; pero caen al suelo por su propia impotencia, allí se los pisa y espachurra, y adelante. Alabanza ó vituperio en boca de los tontos suenan y valen lo mismo, así como en la de hombres que sin ser tontos hacen el oficio de tales llevados sólo de su mal carácter ó de apasionados impulsos. A éstos es preciso compadecer como á seres enfermos de perturbación mental, enemigos del género humano y de sí mismos, y dejarles entregados á la acción del tiempo y de la experiencia, que son excelentes médicos para males de esta laya.

Un ilustrado amigo nuestro observaba con mucha razón que el lenguaje gacetero había venido á suplantarlo al lenguaje de las musas. ¡Feo y repugnante delito, digno de ejemplar castigo! El diurno manoseo de los negocios públicos, especialmente en nuestras revoltosas democracias, ha traído este mal, del cual adolecen de ordinario las composiciones patrióticas que circulan por centenares en los periódicos americanos. Las más no son sino arengas demagógicas con valentonadas quijotescas, exabruptos de delirantes jefes de partidos, disertaciones de flemáticos estadistas, ó exposiciones de proyectos maravillosos para el futuro engrandecimiento de los pueblos, todo sujeto á las reglas de la métrica pero sin llevar siquiera ligeros visos de poesía. Para decir que la hay y del género elevado y enérgico, emplean sus autores unas cuantas docenas de interjecciones é interrogantes, frases truncas, puntos suspensivos, alguna hiperbólica mentira, una centena de insultos á algún personaje ó pueblo, y la obra está rematada, y sale á buscar aplausos y formar parte de las

Liras, y Coronas, y Guirnaldas y Colecciones selectas. Lo sensible es que el poder de la moda ó la costumbre vaya influyendo tanto, que se venga á tener todo eso por poesía! Conocemos gente con trazas de ilustrada que aplaude esas badomías, y se enfada muy de veras contra quienes las censuran.

El Dr. Cordero ha incurrido también en el error de darnos versos de este género en las dos composiciones citadas, *La sombra de Bolívar y A Maximiliano* "¡Vete y no vuelvas!," dice á este.

¡Vete y no vuelvas! el fecundo suelo
 Donde brotan los héroes á millares,
 La patria ilustre del ilustre Juárez,
 No tiene un sólo palmo para tí.

¡Déspota advenedizo!....
 ¿Qué derecho trajiste á estas regiones?
 ¿Quién el poder te dió de hacer esclavos?
 ¿Contabas con la lanza de estos bravos
 Al soñar en tu regio porvenir?

Llévale á Napoleón este escarmiento,
 Tú que ascendiste á rey por ser su hechura,
 Comprenda ese tirano su locura,
 Respete de la América el poder.

Y se fué en efecto ó más bien le enviaron al pobre *emperador de un día*, y á fé que no volverá; y tampoco tornará el Dr. Cordero á escribir versos semejantes, pues confiamos en su talento y buen juicio. Lea y medite las poesías patrióticas españolas, por ejemplo las de Olmedo y Quintana, y allí verá el corte, movimiento y lenguaje que las conviene, muy diversos de los que él ha empleado siguiendo las huellas de algunos sudamericanos manufactureros de versos bombásticos y vacíos. Para probar esta mala afición parece que

nuestro autor ha puesto de epígrafe en la *Sombra de Bolívar* estas líneas:

América, sacude la inercia que te abate;
Sacude las cadenas que oprimen tu valor:
Mañana llegar puede el día del combate,
Mañana llegar puede la lucha del honor.

¿Esto es poesía? Vive Dios, que si lo es, han descendido las hijas del Pindo á la triste condición de bodegoneras! ¡Qué lenguaje y estilo, especialmente el de los dos últimos versos!

Creemos no engañarnos al juzgar que el talento del doctor Cordero fué formado para un género de poesía de todo punto diverso del que nos ha ocupado, á saber; el burlesco y satírico. El simplemente burlesco y destinado á mover la risa no ofrece muchas dificultades, con tal que quien lo emplee tenga aquella sal y gracia, aquel donaire y travesura naturales que manan de los labios del poeta y causan una irresistible sensación de contento en el ánimo del oyente ó del lector. No obstante, cuando las composiciones de esta clase no encierran alguna enseñanza moral, su importancia es escásima. La sátira y el epigrama satírico son más trabajosos, su desempeño pide más tino y se prestan fácilmente al desahogo de malas pasiones. Casi no hay poeta que cultivando este género se haya libertado de las sugestiones de aquel demonio que hurga el corazón humano y le inclina á la inmoralidad, á la venganza, al daño de nuestros semejantes bajo diversas formas y acomodados pretextos: testigos, Marcial, Pedro Aretino, Jhon Owen y otros muchos. En tal caso la sátira no castiga, sino corrompe; no cura, sino mata; y debe ser maldecida y condenada, porque emplea contra la sociedad la fuerza y el poder que debió servirle para moralizarla y civilizarla.

Hay tanto vicio y error, tanto malo y ruín en el

mundo fuera de la acción de la ley penal, que para suplirla y darles algún castigo es necesario el poder del sentimiento de moralidad y justicia que vive en el alma de la sociedad civilizada, y con el nombre de *opinión* se hace ostensible, reina, manda y da fallos rectos y terribles. El castigo que impone la ley escrita es muchas veces injusto, y mil veces daña más al juez que á la víctima; pero el castigo dado por la opinión uniforme, constante y severa, es un fuego que penetra al alma, traspasa los límites de la vida y no perdona ni la memoria, sin que la sociedad, que es entonces el juez, sufra de ninguna manera las consecuencias de su fallo irrevocable. La sátira, para ser buena y cumplir su destino, necesita ser el intérprete de aquel sentimiento, la voz de este severo juez que llama á juicio á todo lo malo, y lo condena, hiere, abruma, despedaza y aniquila, siempre en defensa de la virtud y la inocencia, de la razón y la justicia, de la bondad y la belleza. El destino de la sátira es entonces noble y elevado, y aún superior al de la ley, porque su acción es ilimitada y no respeta calidades sociales, ni se enerva y encoje ante el poder, ni se templa y desfallece con el brillo de las riquezas. Ora grave, cáustica y violenta con Juvenal, ora festiva y burlesca con Horacio; ya se dilata en largos poemas, ya se reduce á la estrechez del epigrama, la sátira se dirige y llega á su término ladeando toda consideración y hollando los presentes que para seducirla le arrojan el vicio y la maldad en el camino.

Estas consideraciones demuestran cuán errado va quien juzga que el poeta satírico tiene en el alma un principio de maledicencia que determina su carácter y exalta su indignación contra todo lo que le repugna. ¡Error, y grande error, digno también del látigo de la sátira! No, la verdadera sátira no es hija de la maledicencia, su enemiga: los hijos de ésta son la diatriba, el insulto y la difamación.

La sátira grave y seria representa á la filosofía in-

dignada contra los crímenes y grandes vicios; necesita pensamientos profundos y sólidos, movimientos vivos y rápidos, lenguaje elevado, ardiente, fulminante; todo adecuado á la alteza de su fin, todo capaz de abrumar y aniquilar al enemigo á quien persigue. La sátira festiva, destinada especialmente á corregir las costumbres y extirpar el mal gusto de la literatura, fustigando los vicios más ridículos que graves, los necios caprichos, las faltas y ruindades que se pegan al hombre como una lepra ó desfiguran y anulan las obras de su ingenio; necesita gran fondo de verdad y buena intención, cubierto por las flores de un estilo templado y á veces familiar. En este género de composiciones nunca hay gracejo por demás: tras de cada verso, si es posible, debe ocultarse una agudeza; los tiros deben ser delicados y abundantes, y sino abundantes, á lo menos tan certeros y enhebolados que den en el corazón de la alimaña á quien se dirigen y la echen á rodar en el polvo donde agonice y muera. Es menester que esos tiros sean de flechas vestidas de flores y que el veneno sea dulce y fragante como un panal; quien los dispare lo ha de hacer siempre con la risa en los labios y como jugando, y el blanco ha de ser el vicio, no la persona. ¡Oh, cuán difícil es esto! Flechero, mira ahí al hijo de Guillermo Tell con la manzana en la cabeza. La manzana es el blanco, derríbala; pero ¡ay si algún movimiento de tu parte hace que se desvíe el arma!...

Excusado parece añadir que este es el género en el cual podía llegar á distinguirse el doctor Cordero. En el Ecuador, como en todos los pueblos de la tierra, andamos sobrados de vicios, y el mal gusto abunda en nuestra literatura; lo que nos falta es un ingenio que castigue esos vicios y mal gusto, y el doctor Cordero puede por este lado prestar un gran servicio á nuestra sociedad. Hasta aquí no ha hecho sino por distracción y ocasionalmente algunos juguetes y caricaturas, en los cuales creemos ver la chispa natural y viva del

poeta epigramático. En *El Popular*, periódico de Cuenca, hallamos algunas muestras. Parece que un devoto, no muy poeta, hizo unos versos á los dolores de María, y Cordero, imitando el tono místico propio del caso, dijo con oportunidad y gracia:

Madre de mi Redentor,
 Grave fué cada dolor
 De los siete que tuviste;
 Pero tener tal cantor
 Es el octavo y más triste.

Los siguientes epigramas; á más de la naturalidad y gracia del desempeño, tienen su relevante mérito para quien conoce y deplora ciertas miserias y ridiculezas de nuestra política:

Perplegidad de un elector

Si voto contra el Gobierno,
 Chiriboga me da susto:
 Si en favor, el Doctor Justo
 Me aterra con el infierno.
 ¿Por quien voto, Dios eterno?
 ¡Qué aprietos los de un cristiano!
 Con dos listas en la mano
 Me mantengo noche y día.
 ¿Qué demonio inventaría
 Esto de ser *soberano*?

Voto á la diablo

—¡Qué capricho, don Javier!
 ¿Por qué no nos hizo ver
 La lista que puso allí?
 —Hombre de Dios, que he de hacer
 Cuando ni yo la leí.

Empleomanía

Ese *liberal* eterno
Que furioso noche y día
Combate la *tiranía*
Ladrando á todo Gobierno;
Que maldice la *opresión*,
Truena contra el *despotismo*,
Y al *margin de un negro abismo*
Mira siempre á la nación;
¿Queréis que lo aplauda todo,
Que contrito se desdiga,
Que se pòstre y os bendiga?
—Sí—Pues dadle un *acomodo*.

Metamórfosis de un patriota

Para salvar el pellejo
No tengo pelo de bobo:
Durante la paz, soy lobo;
Luego que hay guerra, conejo.
Si una camorra formal
Pone en peligro la vida,
Soy conejo, y mi guarida
Busco en algún matorral;
Pero si el valor extraño
Derrota á los contrincantes,
Vuelvo á ser lobo como antes
Para comerme el rebaño.

El siguiente rasgo pinta bien y de una manera maestra y cabal, el horror que nuestros artesanos y gente de labor tienen al reclutamiento y á las contiendas civiles, que muchas veces no llevan otro pretexto que la conjugación de un *verbo*:

Gato escaldado.....

Dos magnates del lugar
 Cuestionaban cierto día
 Sobre si un verbo sería
 Regular ó irregular.

Observando la disputa
 Partió un sastre á la carrera
 Diciendo: ¡Milagro fuera
 Que esto acabe sin recluta!

No podemos resistir al deseo de dar á conocer en nuestro libro otros epigramas del Dr. Cordero, sobre distintos temas.

Un consejo

Ocúpate en algo, Blas:
 ¿De qué modo vivirás
 Noble y sin una peseta?
 Mira que en peligro estás,
 Hijo, de dar en poeta.

Buen linaje

Viendo un hábil curtidor
 El cutis de un caballero,
 No hay duda, dijo, en el cuero
 Consiste todo el valor.

El enfermo

Que me traigan confesor;
 Que llamen al escribano,
 Exclamó don Cayetano
 Que iba de mal en peor.

Hombre, dijo don Tomás,
Haz ver un facultativo:
Con un buen plan curativo
No dudo que apelarás.
¡Confesor! gritó el paciente;
¡Escribano que dé fe!
Médico no hay para qué
Porque basta el accidente.

Devoción

Con un notable contento
Juana se pone á rezar,
Afanada por llegar
Al séptimo sacramento.....
Yo que su mala intención
Tengo entendida muy bien,
Le estorbo con el *amén*
Después de la *extremaunción*.

Publicábase en Cuenca un mal periódico intitulado *El Espectador*, y el joven que lo redactaba había tomado el seudónimo de *Faro*. Enojado contra éste *El Popular*, ó el Dr. Luis Cordero, que es lo mismo, y en defensa de la literatura que el otro manoseaba y ultrajaba, le dirigió algunos tiros por el estilo de los de Moratín.

Buen consejo

Ninguno ha de consentir
Que escribas para aprender,
Faro, mejor ha de ser
Que aprendas para escribir.

—¿Qué es eso?—*El Espectador*
—¿De dónde ó cómo?....—Lo hallé

—¿Lo ha leído?—Sí, señor.

—¿Y de qué trata?—No sé.

Receta para hacer un buen soneto

Junta lo más extraño y discordante;
Haz una pepitoria endemoniada,
Y aunque, vístolo bien, no digas nada,
Concluye tu cuarteto, y adelante.

Procura sostener el consonante,
Y dispón á tu gusto otra ensalada,
De modo que la dejes sazónada
Con desatinos mil, en un instante.

Poco te falta ya: pídele al numen
Cien disparates más, y sin reparo
Expón en un terceto su resumen;
Y, para terminar con lo más raro
En materia de musas y cacumen
Al fin de tu soneto escribe: FARO.

El doctor Antonio Marchán figura en la *Lira ecuatoriana* con nueve composiciones, cuyos títulos creemos inútil mencionar aquí.

Al leer el soneto intitulado *El patíbulo*, y hasta el que inmediatamente le sigue, *Á la Muerte*, juzgá uno descubrir una llamarada de ingenio, y se alegra; pues no es cosa de despreciarse que la patria cuente con un poeta más; pero al leer la pieza que antecede á éstas y las que les siguen, el contento desaparece y el libro se cae de la mano. ¡No hay lo que buscábamos! ¡No hay poesía! El fondo está vacío, la forma está maleada con no escasos defectos.

Tomemos á la ventura un par de ejemplos para analizarlos ligeramente.

Horas que en torno de mi blanda (1) cuna
 Se deslizaron en raudal sonoro,
 Cuando brillaba entre arreboles de oro
 De mi niñez la matutina luz.
 Amor, placeres y perpetua gloria
 Á mi inocente corazón brindaron,
 Y en mi distante porvenir pintaron
 Cuanto pudiera la ambición crear.

Pudiera pasar la idea del primer cuarteto, aunque habiendo hablado de las horas que se deslizaban junto á la cuna, no había necesidad de añadir que fué cuando empezaba la niñez; pues ésta, claro se ve, empieza en la cuna. Pero no puede pasar, porque se oponen el buen gusto y la razón, que las tales horas le hayan brindado al niño que se mecía en la cuna, *perpetua gloria* ni cosas que *crea la ambición*. ¿Qué sabe un niño de pechos de ambición ni de gloria, para que las haya visto traídas por las horas ni pintadas en lo futuro? ¡Bueno sería, á fe, que los tales fantasmas que tanto seducen al joven y al hombre entrado en años, comenzaran á perseguirlos desde la mañana de la vida! Este pensamiento del Dr. Marchán está, pues, lejos de toda verosimilitud, es desatinado. En cuanto al amor y los placeres, presentes de las mismas *horas*, entendemos que serán los que la madre, el padre y los hermanos le prodigaron al niño, como era natural, y este pudo comprender, según lo permitían sus nacientes facultades; pero si son el amor y los placeres de esos que sienten sólo los mayores de edad, tampoco pueden pasar, y les aplicamos el mismo criterio que á la ambición y la gloria.

En otro lugar dice dirigiéndose á su querida.

Siempre á tu acento, con fervor intenso,
 Galvanizado se encendió mi ser,

(1) Blanca dice el texto de la *Lira*, pero es probablemente error de imprenta.

Como á la voz del Cotopaxi inmenso
Se ven sus cumbres trémulas arder.

Y en vano el mal con su ponzoña enerva
Mi vil materia, tímida, incapaz,
Si eternamente de tu amor conserva
Esa memoria el pensamiento audaz.

Estos versos no necesitan análisis crítico para ser condenados: bastante claro se explican ellos mismos. Otro tanto decimos de otros muchos, casi de la totalidad, excepto los dos sonetos que señalamos al principio, no obstante que no son del todo buenos, en especial el segundo.

Pues ¿cómo, se nos dirá, se ha dado cabida en este libro al Dr. Marchán? Y nosotros contestaremos: Pues ¿cómo el Dr. Marchán acertó á escribir su par de sonetos? Además, se le ha puesto en la *Lira ecuatoriana*, y era preciso juzgarle.

Paréce que el gusto de este autor no ha dado un solo paso en el buen camino; se extravió al principio, no sabemos por qué causa, y así ha continuado. A fines de 1861 decía Fray Vicente Solano: "Nuestros periódicos están llenos de versitos malos y pésimos, y fácil me sería citarlos, si no temiese irritar el amor propio de sus autores." Picado por las palabras del ilustrado franciscano, el Dr. Marchán quiso desmentirlas; mas procedió tan fuera de tino, que hizo lo que el prudente fraile había querido omitir: publicó los peores versos del *ecuatoriano* Dr. Corral, *Un día en el panteón*. El Padre no replicó; pues se le había proporcionado un soberbio argumento para sacarle airoso y hacer que, sin hablar palabra, dejase patente al mundo la razón que le sobraba.

CAPÍTULO XV

EL DR. JULIO CASTRO.—POESÍA POPULAR.

CORRECCIÓN DE UN ERRADO CONCEPTO DE UN ESCRITOR.

Al recorrer las composiciones del Dr. Julio Castro saltan á la vista, sin buscarlos mucho, una buena cualidad y un grave defecto; la primera consiste en lo natural y fácil de los versos, y el segundo en cierta flojedad y vulgaridad en la expresión. El Dr. Castro, como apuntamos en el anterior capítulo, no tiene genio para la poesía elevada, y el defecto que acabamos de notar confirma nuestro pensamiento: nada desdice tanto de esta clase de obras como la humildad de las palabras y la falta de nervio en el estilo. A veces este pecado se traslada como por contagio de la locución al metro, y en los versos que tenemos delante hay algunos que no lo son.

La letrilla intitulada *La flor del Puyal*, en que se nota la intención de imitar á Meléndez, vale muy poco, no obstante la fluidez y donaire de los versos; es *florequilla* pigmea, inodora, sin matiz. Entre otras faltas, notamos en ella las siguientes:

Las áridas rocas
 Del páramo frío,
 Del yermo sombrío
 La pampa glacial,
Es ese el alcázar
 Do yace lozana, etc.

Después de haber hablado del *páramo frío*, ninguna belleza añade la *pampa glacial*. Aquí cabe, pues, decir lo mismo que expresamos acerca de la *cuna* y la *niñez* del Dr. Marchán. No nos podemos conformar con ideas que se repiten sin aumentar el interés del pensamiento principal ni robustecerle. Pero lo peor es la falta que se ha cometido con el verbo y pronombre en singular designando las *rocas* del *páramo* y la *pampa* del *yermo*. No sabemos si la licencia de los poetas pueda llegar á tanto.

Si el silbo del viento
 Tristísimo zumba,
 La voz si retumba
 Del fiero huracán;
 Entonce á su impulso
 Mecida se ostenta
 Risueña y contenta
 La flor del Puyal.

Atildemos en primer lugar el *silbo* que *zumba*, por ser de todo punto falso. Ambos son sonidos de distinto género, y no puede incluirse el uno en el otro; ni el *silbo zumba*, ni el zumbido *silba*. Este es bronco y desapacible; aquél delgado y sutil. Luego viene la *voz* del huracán á cuyo *impulso* (al de la voz) parece que se *mece* la flor, lo cual no puede ser; y si es el impulso del mismo huracán, no es cosa para *mecer*, y menos dejar *risueña* y *contenta* á una flor, sino para troncharla y despedazarla tristemente. ¡Cuidado con el

pensamiento Dr. Castro! ¡Cuidado con la propiedad de las voces!

La vihuela es lo mejor que tiene la *Lira* entre los versos de este poeta; pero habríamos querido que la limase con más cuidado: tiene lunarillos nada agradables, como algunos versos prosáicos, y un epíteto que juzgamos impropio, el de *sombría* dado á la *voz*. Metafóricamente significa tétrico, melancólico; pero no sabemos que nunca se haya aplicado á un sonido.

Pongamos otro ejemplo como prueba de que el Dr. Castro descuida frecuentemente la propiedad de las ideas; gravísimo pecado que debería evitar á todo trance, pues expone su reputación. Al fin de la composición *El terremoto*, que es malísima, dice el autor que los asustados y pavoridos habitantes de la ciudad se *lograron adormir junto al arco de un ruinoso pórtico*; y no hubo tal cosa, porque, como era muy natural, todo el mundo huía de los edificios *ruinosos* que amenazaban de muerte. ¡Había de haberse visto una alma tan boba que se pusiese á dormir debajo de un arco ó pórtico rajado y fuera de quicio! En la penúltima estrofa, los mismos *adormidos hallarán las riquezas de los árabes y la belleza y delicia del Eden*. Quizá un desgraciado pueda ser favorecido del cielo con un sueño beatífico: á lo menos los poetas aseguran que eso sucede; pero ¿qué tienen que ver los quiteños azotados por una calamidad con la riqueza de los árabes? y ¿por qué ha de ser precisamente de éstos la riqueza? y esta riqueza ¿es acaso proverbial para que se la mencione singularmente y á posta? Los árabes, en especial los que vagan sin hogar fijo en los desiertos, son unos pobres ladrones nada dignos de envidia ni de ser soñados. Poeta, ¡cuidado con el pensamiento! ¡cuidado con la verdad!

Versos de mal sonido, ó líneas que no son versos, se encuentran también con frecuencia.

Sonreía desdeñosa la ciudad,
La Quito venturosa que arrullada....
¡Oh cuán feliz la creí.... Mas de repente, etc.

La pieza de donde tomamos estas muestras es un vengero de semejantes errores y defectos.

La poesía *A una flor* es muy mediocre. La dirigida *Al Guáyas* tiene trozos armoniosos y bellos, particularmente cuando el metro es corto; en los que pasan de ocho sílabas el poeta no es muy feliz. En estos, más que en los otros, atiende al sonido de las palabras y deja que el pensamiento se ande por su cuenta.

Hay entre nosotros, como en todos los pueblos del mundo, un género de poesía, ó más bien materiales para este género, que se hallan en la parte media y baja de la sociedad. Sus pensamientos, costumbres y usos; su manera de apreciar las cosas y de obrar, hasta sus creencias religiosas y supersticiones, la ponen á gran distancia de lo que llamamos alta sociedad. Esta que brilla por el lujo y la policía de los hábitos en la vida material, y por la cultura y despejo de la inteligencia y la moderación de algunas pasiones en la vida espiritual, tiene una poesía que corresponde á estas calidades, y es la más abundante y conocida; la única cultivada entre nosotros, aunque sea con el éxito desigual que venimos notando en el curso de este libro. La poesía de la otra parte del pueblo, ó de todo el pueblo, según la acepción en que aquí tomamos esta palabra, aun no nos ha sido dado saborear, y está encerrada como la miel en el cáliz de las flores: faltan abejas que la extraigan. Las cuartetos callejeras, las glosas incultas pero sencillas y de apasionada expresión que se oyen en las noches de luna al son de la popular guitarra, son los preludios de esa poesía, las gotas de miel naturalmente fluidas del seno de las flores, y que nos hacen pensar en lo agradable que sería el panal ya formado.

El doctor Castro pudiera cultivar esta especie de poesía; y lo creemos así en vista de su romance *Un matrimonio en mi barrio*, que dió á la estampa en un periódico de Guayaquil. En él demuestra buenas disposiciones para el caso, pero que no están suficientemente desenvueltas para llegar á producir cosas que sin dejar de ser inspiradas por las musas, sean populares. Es preciso hermanar la naturalidad, la sencillez, la vulgaridad, con el arte, el tono y aire de la poesía: nada de afectación y altisonancia, nada de riqueza y brillo aristocrático, nada de sutilezas filosóficas ni de ideas que no sean propias y exclusivas de la fuente en que se busca la inspiración; pero nada tampoco de flojedad y prosaismo; ni de indecente y chavacano. Dificil, muy difícil es concertar aquellas buenas calidades, huir de estos defectos y mantenerse como en una balanza cuyo fiel no se incline á uno ni otro lado: el más corto impulso de una parte hace subir al poeta á una región superior al pueblo; el más ligero descuido de otra parte le hace descender á una superficie donde nunca se halla poesía. Si se eleva, el pueblo se deslumbró y no le comprende; si se humilla y cae, el mismo pueblo le desprecia, porque no le gusta ver á su musa en una pocilga. El peligro es mayor en este caso, eso sí; pues si no hay aprecio de parte del pueblo, ménos le habrá de la sociedad encopetada, en tanto que ésta bien se deleita con las cosas que aquél no comprende.

Á Béranger se le ha llamado el poeta popular de Francia, y hay sobrada razón para ello, aunque en la mayor parte de sus obras su musa se presenta más bien como cortesana. Á Trueba se le ha dado igual título en España, comparándole con el poeta francés. Á nuestro ver, hay tamaño error en la comparación, pues el caracter de los dos tiene notables diferencias, sin que por esto deje Trueba de ser popular; y aquí está precisamente una de tales diferencias: True-

ba es más popular que Béranger, porque toma del origen, de la fuente genuina del pueblo que es el pueblo mismo, los temas y el lenguaje, siendo raras las veces que se eleva á donde no le puede alcanzar la común inteligencia para la cual trabaja. Pero es también un ser con dos corazones, el aristócrata y el popular; un instrumento con dos términos, el propio de las piezas largas y graves para los salones de la corte, y el sencillo, natural y dulce para las tocatas al pié de los balcones ó en los bailes del botón gordo. No obstante predomina el corazón popular, y le gusta más el término de esta música. Si Trueba viniese á nuestra patria, se apasionaría vivamente del yaraví. ¿Queréis á este poeta cantando para el pueblo? Héle aquí:

Calle arriba, calle abajo,
 Las doce y sereno cantan
 Los serenos de la calle,
 De la calle de la Palma;
 Y el barrio de Maravillas,
 Cuando los serenos callan,
 Vuelve á quedar en silencio
 Cual si nadie le habitara.
 Ay qué fría está la noche!
 Ay qué terrible es la escarcha!
 Ay como soplan los cierzos.
 Los cierzos del Guadarrama!....

¿Queréis al Trueba culto y cortesano? Héle aquí:

Miradle!... El blando Favonio
 Agita su cabellera,
 Que en negros y undosos rizos
 Su frente apacible vela.
 Miradle!... vaga en sus labios
 Una sonrisa que expresa
 Goces del alma, arrullada
 Por seductoras quimeras.

Miradle!... Parece un ángel
Que alegre al mundo viniera
Creyendo hallar en el mundo
Felicidad é inocencia,
Y al encontrar en los hombres
Falacia, rencor, miserias,
Plegó sus cándidas alas
Simbolizando tristeza,
Y buscó en sus sueños de ángel
Imágenes más risueñas...

No se nos censurará, por cierto, el que pongamos aquí versos de un español, cuando tratamos de los de un ecuatoriano, pues lo hacemos para determinar mejor el carácter de la poesía á la cual, según nuestro parecer, debe aplicarse el Dr. Castro. Y ¿qué mejor cosa podemos hacer que ponerle delante un buen dechado?

Nuestro poeta ha tomado desde luego otro camino: no se limita á trasladar á sus versos las costumbres y afectos, las escenas y el habla de la clase media de nuestra sociedad, sino que va salpicando sus cuadros con la burla y la sátira, cosa que no nos desagrada. Su romance *Un matrimonio en mi barrio*, es una verdadera pintura de costumbres quiteñas, ó más bien ecuatorianas, y como en éstas nunca faltan vicios y ridiculeces, muy en orden está que al retratarlas se las castigue. Hay trozos fáciles y desenfadados, diestras pinceladas, y todo el conjunto es una historieta de esas que se repiten en nuestros pueblos aún en noches que no son de Navidad; pero falta interés, falta cierto movimiento dramático que ha menester toda la pieza; no tiene el colorido vivo, la sal, lo chusco que hace el alma de tales escenas, y con frecuencia se dá con el frío prosaismo que despecha al lector y le obliga á tirar lejos el romance.

ba es más popular que Béranger, porque toma del origen, de la fuente genuina del pueblo que es el pueblo mismo, los temas y el lenguaje, siendo raras las veces que se eleva á donde no le puede alcanzar la común inteligencia para la cual trabaja. Pero es también un ser con dos corazones, él aristócrata y el popular; un instrumento con dos términos, el propio de las piezas largas y graves para los salones de la corte, y el sencillo, natural y dulce para las tocatas al pié de los balcones ó en los bailes del botón gordo. No obstante predomina el corazón popular, y le gusta más el término de esta música. Si Trueba viniese á nuestra patria, se apasionaría vivamente del yaraví. ¿Queréis á este poeta cantando para el pueblo? Héle aquí:

Calle arriba, calle abajo,
 Las doce y sereno cantan
 Los serenos de la calle,
 De la calle de la Palma;
 Y el barrio de Maravillas,
 Cuando los serenos callan,
 Vuelve á quedar en silencio
 Cual si nadie le habitara.
 Ay qué fría está la noche!
 Ay qué terrible es la escarcha!
 Ay como soplan los cierzos.
 Los cierzos del Guadarrama!....

¿Queréis al Trueba culto y cortesano? Héle aquí:

Miradle!.... El blando Favonio
 Agita su cabellera,
 Que en negros y undosos rizos
 Su frente apacible vela.
 Miradle!.... vaga en sus labios
 Una sonrisa que expresa
 Goces del alma, arrullada
 Por seductoras quimeras.

Miradle!... Parece un ángel
Que alegre al mundo viniera
Creyendo hallar en el mundo
Felicidad é inocencia,
Y al encontrar en los hombres
Falacia, rencor, miserias,
Plegó sus cándidas alas
Simbolizando tristeza,
Y buscó en sus sueños de ángel
Imágenes más risueñas...

No se nos censurará, por cierto, el que pongamos aquí versos de un español, cuando tratamos de los de un ecuatoriano, pues lo hacemos para determinar mejor el carácter de la poesía á la cual, según nuestro parecer, debe aplicarse el Dr. Castro. Y ¿qué mejor cosa podemos hacer que ponerle delante un buen dechado?

Nuestro poeta ha tomado desde luego otro camino: no se limita á trasladar á sus versos las costumbres y afectos, las escenas y el habla de la clase media de nuestra sociedad, sino que va salpicando sus cuadros con la burla y la sátira, cosa que no nos desagrada. Su romance *Un matrimonio en mi barrio*, es una verdadera pintura de costumbres quiteñas, ó más bien ecuatorianas, y como en éstas nunca faltan vicios y ridiculeces, muy en orden está que al retratarlas se las castigue. Hay trozos fáciles y desenfadados, diestras pinceladas, y todo el conjunto es una historieta de esas que se repiten en nuestros pueblos aún en noches que no son de Navidad; pero falta interés, falta cierto movimiento dramático que ha menester toda la pieza; no tiene el colorido vivo, la sal, lo chusco que hace el alma de tales escenas, y con frecuencia se dá con el frío prosaismo que despecha al lector y le obliga á tirar lejos el romance.

Como debe suponerse,
De nuestro novio la tía
Reune á todos sus amigos
De confianza, les suplica
Que hagan todo lo posible
Con los padres de la niña,
Á fin de que paralice
Tanto escándalo, y que siga
La amistad entre personas
Que nacieron para unidas....

Esta es la prosa que despecha: el poeta ha descendido tristemente, y el lector no le puede soportar. Pero luego se verifica el *arreglo*, hay boda, y los convidados.

Fueron después á la mesa
Servida con tanto afán
Que el apetito de un muerto
Pudiera resucitar.
Confitos de doña Goya,
De la Sebastiana pan,
Pasteles de don Augusto,
Chicha dulce de San Blas,
Empanadas de la Tola
Malaya! y no se qué más.

Luego un guapo colombiano
De la escuela liberal,
Político; ó periodista,
Y no se qué cosas más,
Pronunció veintidos brindis,
Como era muy natural,
Más encumbrados que un globo,
Más hinchados que un guardián,
Tronantes cual triquitraque,
Ruidosos como un timbal;
Y tan grandes cosas dijo

Del novio y de su mitad,
Que si todo fuese cierto,
¡Caramba! á la Universal
Exposición les mandara
Cual prodigio singular
Sobre el cual Buffon no tuvo
Noticia alguna jamás.

Terminada la comida,
Bailaron con sumo afán
Los mozos el *amor fino*,
Los viejos el *costillar*,
En tanto que un mozalvete
De los de sombrero atrás,
Con entusiasmo cantaba
De su guitarra al compás; etc.

Aquí el poeta se levanta al lugar que le conviene y le apretamos la mano llenos de satisfacción. Estos son los versos, esta la poesía que exigimos de él. Aquí está el pueblo; esas son sus costumbres, esas las escenas que tantas veces hemos presenciado. ¿Qué mozo no baila el *amor fino* en semejantes ocasiones? ¿Qué cincuentón no baila el *costillar*? ¿Quién no ha visto á los tunantes del *sombrero atrás* que rásguean la guitarra y cantan picarescas coplas, tal vez por ellos mismos forjadas?

El ilustrado y laborioso joven Dr. Elías Laso, con ocasión de estos versos, publicó en *La América Latina* un artículo sobre el romance y la poesía descriptiva, recomendando las buenas cualidades de *Un matrimonio en mi barrio*. Con alguna diferencia, el juicio del Dr. Laso concuerda con el nuestro aun con respecto al romance en general; pero hablando por incidencia de la poesía lírica ecuatoriana, ha cometido un error de tamaña magnitud que á fuer de apasionados de la honra literaria de nuestra patria, nos vemos en la necesidad de condenar. Si esto no hiciéramos, y

con toda la energía que produce un insulto inmerecido ¡qué podrían juzgar de nuestro Parnaso los extraños al ver al Dr. Moncayo puesto entre los poetas por el Dr. Laso! ¡Qué dirían del mismo Dr. Laso! ¡Qué de los que escuchan en silencio tal blasfemia literaria! El Dr. Gabriel López Moncayo publicó por 1854 un cuaderno de una cosa que llamó *Ensayos poéticos*, y que nosotros no tenemos nombre con que calificar; y esto, que para evitar un sarcasmo á las musas ecuatorianas ha debido ocultar bajo la tierra el autor del citado artículo, saca á lucir como un diploma de poeta de su amigo Moncayo. ¿Se cree exagerado y tal vez obra de pasión lo que hemos dicho? Protestamos que no: es obra de justicia y nada más, pues nunca pintamos los objetos más ó menos abultados de lo que son, ni nunca la pasión nos ciega, ni el Dr. Moncayo es para que le tengamos por enemigo. Hable él mismo en favor de nuestra censura con la pieza elogiada por el doctor Laso:

Ya blanquecinos corderos
Van paciendo por el prado;
Y el somnoliento ganado
Ya comienza á despertar;
Siguiendo va la manada
Cantando por la floresta
De blando musgo cubierta,
Un diligente pastor.

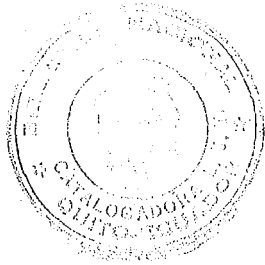
Debajo de unos gujarros
Que cubre un álamo umbroso,
Siéntase un zagal hermoso,
Sobre mullido tapíz;

Ya parece una pastora
Entre malezas y abrojos:
¡Dos luceros son sus ojos!
¡Su belleza angelical! etc.

¿Se querrá otro testimonio en defensa nuestra? Pues para qué, si esto es lo encomiado?

El Dr. Laso ha hecho un verdadero mal á Montcayo, pues á no haberse empeñado en tenerle por vate, á no haber puesto su nombre en el memorado artículo de *La América latina*, no nos habríamos acordado de él, ni habríamos transcrito esas líneas, que es mucho peor, pues ellas mismas se censuran amargamente. Con tal proceder, el Dr. Laso ha expuesto su buen nombre como escritor: en el tribunal del buen gusto tiene que ser condenado, si no como delincuente principal, á lo menos como cómplice. Nosotros, no obstante el sincero aprecio que le tenemos, no pudiéramos obsolverle.





CAPÍTULO XVI

DON VICENTE PIEDRAHITA, DON IGNACIO C. ROCA, Y LOS
DOCTORES JOAQUÍN F. CORDOVA Y JOSÉ MATÍAS AVI-
LES.—DOS PALABRAS SOBRE LA "LIRA ECUATORIANA"

Amarga cosa es para el hombre verse agitado por un deseo que no puede cumplir, y más si el obstáculo está de parte del objeto en el cual quisiera hallar la satisfacción de sus anhelos. ¡Cómo trata de prestarle las condiciones que le faltan! ¡Cómo le fuera posible tomarle en las manos y darle otra forma, infundirle con el aliento lo que busca en él, hacerle cambiar de naturaleza! ¡Ansias inútiles, vana desesperación! Chateaubriand pinta á Cimodocea que abrasada por la sed en un desierto de Palestina, halla una fruta silvestre, la muerde y da con un corazón de ceniza. He ahí la imagen más expresiva de un deseo burlado: ¡ceniza en vez de jugo refrigerante para la lengua seca y el pecho fatigado!

Algo semejante á esto pasa con nosotros al tratar de las personas que comprende el actual capítulo: deseamos vivamente, anhelamos con el alma hallar abundante poesía en las obras de Piedrahita, Roca, Córdo-

va y Aviles, para tener la satisfacción de decir al mundo: Ved aquí estos poetas; admiradlos y respetadlos, y felicidad á nuestra patria de la cual son hijos. Pero no es posible que tal suceda, y en el choque de nuestra simpatía y aprecio por estos cuatro jóvenes con nuestra propia conciencia, ésta triunfa, se sobrepone á toda consideración personal, burla todo deseo que no va encaminado á la justicia, y nos abrumba con la verdad que nos obliga á exponer. La verdad es ahora aquella fruta del desierto que llena de ceniza nuestros sedientos labios. ¡Oh! esto es para amargar el corazón, esto es para despechar; y bien despechados, cierto, vamos trazando estas líneas, que por desgracia no bastarán acaso á justificar nuestra intención á los ojos de las personas en cuyas producciones vamos á ocuparnos. ¡Oh jóvenes! moderad vuestro enojo; moderadle, porque harto padecemos en el ánimo al no poder decir de vosotros lo que quisiéramos. Moderadle y perdonadnos! No tenéis la culpa de no poseer el genio poético, tan justamente codiciado por el hombre, y tan escaso en el mundo. Ni nosotros ¿cómo podremos tenerla, si no nos es dado reconocer en vosotros un dón que naturaleza os ha negado? Pero tenéis otra especie de talento, y poco importa que no seáis para tañer el laud ó la lira. La patria que tanto amáis pide servicios á sus hijos, mas no les señala oficio ninguno: no dice á este: Sed poeta; ni á esotro: Sed geómetra. Recibe lo que le dan con tal que sea bueno y conveniente, legítimo y honroso. Cada uno debe consagrarse á ella según su carácter, inclinaciones é inteligencia, si quiere cumplir su destino, debiendo cifrarse en esto la satisfacción de su alma y la buena fama de su nombre. La patria es nuestra, y nosotros somos de la patria: sirvámosla obedeciendo la voluntad de la naturaleza, sin contradécirla y sin violentarnos con la adopción de empleos, que no podremos desempeñar.

En el *Diario del Guayas* se publicó una composi-

ción del Sr. Piedrahita dirigida á una amiga suya y acompañada de un elogio tan bombástico y desafiado, que era más para avergonzar que para halagar al autor de los versos, quien ha debido recordar entonces este final de una de las mejores fábulas de Iriarte:

Si el sabio no aprueba, malo;
Si el necio aplaude, peor,

Un colaborador de *El Centinela* de Cuenca dijo con este motivo lo siguiente:

“Confesamos como sinceros apreciadores del mérito literario, y aun como estimadores de la persona del joven inteligente é ilustrado que ha cantado á la señorita Carmen Concha, que su producción contiene pensamientos delicados y bellísimos versos. Nótase en toda ella la facilidad, fluidez y armonía que distinguen al favorito de las musas del coplero ramplón que se esfuerza en vano por parecer poeta. ¡Oh! Si hubiese querido el Sr. V. P. pertenecer á la escuela de Olmedo y Bello, si cuidara más de la propiedad del pensamiento, si no obscureciera sus mejores ideas con la abundancia excesiva de los adornos, si diera á sus poesías más sencillez y naturalidad; no vacilaríamos en concederle una corona, como á uno de los más ilustres vates sudamericanos. Pero se extravía con mucha frecuencia.

Mas dediquémonos á la pieza que nos ha movido á escribir estas líneas, y vengamos primero á la parte material de los versos.

“Tomó la forma más fina..”

Nos parece que en este verso se ha faltado á las leyes de la eufonía: ésta condena la repetición inmediata de sílabas de igual sonido, y esos *mo, ma, ma*, son un defectillo que ha debido evitarse.

“No es la abstracción que han llamado.,,

Lo mismo decimos de este verso, y creemos que la dureza que en él se nota le viene de la concurrencia de las tres sinalefas y la palabra *abstracción* que es de muy poca suavidad y armonía. En un verso largo, un endecasílabo, por ejemplo, esas tres sinalefas y el desapacible sustantivo no perjudicarían en nada; pero en uno de ocho sílabas, es difícil que se les dé una colocación conveniente á la fluidez y armonía métricas.

No obstante, esta especie de faltas son muy poco frecuentes en los versos del Sr. V. P. y menos en los que nos ocupan; mas no podemos decir lo mismo respecto de las ideas y del modo de expresarlas.

Los buenos escritores, prosistas ó poetas, toman un objeto, lo examinan, y encontrando el lado bueno, el más perfecto ó el que más conviene para causar en el ánimo del lector la impresión que desean, le presentan con naturalidad, sencillez y claridad; mas no así el Sr. P. que, abusando malamente de su facilidad de producirse, le vuelve y revuelve y le muestra de frente, de espaldas, de lado, de cabeza, de pié, por dentro y por fuera, y todo con tal exhuberancia de palabras, con tal acumulación de figuras y con brillo tan importuno, que el más entusiasta lector se fatiga, se deslumbra, se pierde en ese laberinto, y termina la lectura sin haberla entendido mucho y bastante fastidiado.

El canto á la señorita Carmen Concha pudo haber contenido en mucho menos versos, y versos hermosos, las mismas pinturas y alabanzas, y entonces, sino la *obra de un dios*, habría sido por lo menos una obra distinguida entre las de los hombres; si bien, contra la opinión del diarista, y sin salir de la América, pudiéramos encontrar algunas composiciones de ese género, superiores con mucho á las del bardo guayaquileño.

“Es tu ser Carmen profundo
De la poesía infinita.,,

¿De qué poesía infinita habla el poeta? ¿De la que, como la de Homero, Tasso, Milton, etc., está destinada á vivir en todos los siglos? ¿De la poesía que encierran la naturaleza y la fantasía de los verdaderos poetas, que no es otra que la revelada al mundo por esos grandes ingenios? ¿De la poesía de los cielos que nosotros, pobres mortales, vestidos de lodo y cercados de objetos materiales, no podemos ni aun vislumbrar? Hasta el artículo antepuesto á *poesía* contribuye á hacer incomprensible la idea. Parece, pues, que la palabra *infinita* fué traída y colocada en el verso sólo para darle sonoridad.

“Rayo del fuego increado,
Alma del bien inmortal,
Á los hombres revelado
Por la gracia terrenal.”

¡Qué versos tan rotundos y fluidos! ¡Qué armonía! ¿Pero qué quieren decir? ¿de qué *fuego increado* es *rayo* esa hermosa joven? ¿De qué *bien inmortal* es el *alma*? ¿Qué será eso de haber sido *revelado á los hombres por la gracia terrenal*? ¡Qué ha de ser sino palabras y palabras!

• En ellos (en los ojos de la joven) hay un poema

“De felicidad suprema“....

En los mismos ojos tiene, además de otras cosas,

“Dos soles el pensamiento.“

Palabras y palabras. En eso de

“Lira de tu corazón,“

que tanto encomia el autor del *Diario*, creemos que no hay una imagen muy natural y hermosa, porque

nen cabida tantos pensamientos falsos, tantas imágenes pueriles, tanto disparate entre un maremagnum de frases y palabras, las más de ellas de circulación prohibida en la república de las letras españolas."

Poco tenemos que agregar á este juicio, hablando aún en general de las producciones del Sr. Piedrahita; pero sí tenemos que corregir algunos conceptos. Se ha recomendado su talento, y nos complacemos en confesarlo á voz en cuello, añadiendo solamente, que dudamos tenga también el talento poético. ¿Acaso el dón de la poesía es condición indispensable de todo buen talento? Y hay una singularidad muy notable en este autor, á saber, que siendo de excelente capacidad sea con exceso locuaz. La abundancia de palabras es signo de corta inteligencia, decía Thales de Mileto. Sin duda el sabio griego nunca dió con un Piedrahita, que á no ser así, su proposición no habría sido tan general.

Lo que se reputa poesía en los versos que examinamos, son las palabras sonoras encadenadas con gracia, los períodos musicales, el inimitable fluir de las ideas, el brillo de los adornos, la riqueza exterior, el lujo de todo el conjunto. La cabeza del Sr. Piedrahita es un almacén de las preciosidades artísticas que para esto se necesitan; de allí toma lo que gusta cuando quiere versificar; pero no es la cabeza el depósito de las joyas de gran valer de la poesía, sino el corazón, y las llaves de esta arca maravillosa están escondidas para nuestro autor. Ella encierra los verdaderos afectos, allí está el fuego que abrasa cuanto toca, el impulso que mueve, la atracción que arrebató, la magia creadora y prodigiosa. El corazón dá el alma á la poesía, la cabeza la viste y adorna. La musa del Sr. Piedrahita no es más que una modista, pues corta elegantes vestidos y sabe emplear artísticamente las cintas y perifollos. Mas una poesía sin alma es un cadáver engalanado. Cuando muere una virgen se la cubre de telas delicadas y piedras preciosas; blancas rosas ci-

ñen su frente, lleva una palma en la diestra y vá recostada en un lecho de olorosas flores. Pero debajo de tanta riqueza y pompa, ¿qué hay sino sólo un cuerpo cuyo pecho inanimado, cuya palidez y frío asustan y estremecen? Ved la imagen de los versos sin poesía. Los de Piedrahita se mueven y rebullen, cierto; mas no por efecto de vitalidad propia y natural, sino por la fuerza y poder del talento que mueve una máquina á la cual ha dado ruedas y resortes; ó más bien es el galvanismo aplicado al cadáver de la virgen que adquiere apariencias de vida. Si; se mueve esa belleza, se mueve...; pero no oye, ni mira, ni siente, ni piensa: no tiene alma, no conserva de su ser otra cosa que la materia pronta á desorganizarse y desaparecer. ¡Qué bien cuadran á los versos de Piedrahita estos de Horacio:

Non satis est pulchra esse poemata: dulcia suntu
Et quocumque volent, animum auditoris agunto!

Admirables dotes para fascinar á los lectores tiene el Sr. Piedrahita, y no es mucho que Bernal le tenga por excelente poeta, cuando han podido engañarse tal vez hasta los inteligentes y advertidos. Por esto sin duda ha dicho el colaborador de *El Centinela*, que el cantor de la señorita Concha tiene mayor fuerza de imaginación que Olmedo. ¡Sombra del ilustre vate, perdona este error cometido de buena fé!

Además de los errores y defectos notados por el mencionado periódico, pudiéramos citar muchos otros sin que nos molestásemos en buscarlos, y con sólo abrir la *Lira ecuatoriana* en las páginas correspondientes al Sr. Piedrahita, pues se nos vienen á la mano; pero tenemos que irnos conteniendo por miedo de dar en difusos, y porque no conviene hacer muy extensos los capítulos de este opúsculo.

No obstante, pondremos de nuestra cuenta algunos ejemplos, y haremos ligeras reflexiones.

Nada diremos de los pecados contra el lenguaje, nada de la falta de ritmo en que ha incurrido algunas veces el autor, sin embargo de su buen oído, nada de muchas estrofas que no son sino un tejido de palabras sonoras: fijémonos en el fónido, en la esencia de los versos; esto es, en los pensamientos, porque en ellos está la *prueba plena* contra el Sr. Piedrahita. Los que deseen conocerla en sus pormenores, vean los *autos*, bien en la *Lira ecuatoriana*, bien en los periódicos en que este jóven ha sido colaborador. En cuanto á nosotros, ¿en cuál de tantas malas muestras nos fijaremos? Piquemos el libro y veamos cual nos sale. Vaya esta octava:

Ese pecho, magnífico santuario
 Que de las gracias tras el lindo velo
 Guarda el fuego vivífico del cielo
 En las urnas marmóreas del amor;
 Ese talle gentil, más delicado
 Que una ilusión de la inocencia pura,
 Más brillante que un sueño de ventura,
 Más que el placer hermoso y seductor.

Aquí vemos por primera vez unas *urnas marmóreas del amor*, donde se *guarda tras el velo de las gracias el fuego del cielo*, en un *pecho* que es un *santuario*: luego nos sorprende un *talle más delicado que una ilusión de la inocencia pura*, y, lo que es más admirable, superior en *brillantez á un sueño de ventura*.

Toda la composición de donde hemos tomado esos versos, está escrita de igual manera, y sin embargo, seguro es que ha deslumbrado á muchos bobalicones. En materia de versos eróticos, todo lo que sale de lo verosímil y racional produce entre aquella gente un efecto admirable; no comprende que pueda haber belleza sin el *humano capiti* de Horacio, ni verdadero amor si el poeta que le canta no se encumbra á las nebulosas.

Piquemos otra vez el libro.

Partiste tú serena,
Yo exánime, sin voz, ni movimiento,
Confuso y aturdido,
Cual si fuese de mi alma desprendido,
Quedé insensible al mismo pensamiento.

Para analizar el pensamiento contenido en estos versos, es menester suplir la falta de puntuación; pues si todos forman un sólo período, no se puede comprender bien su sentido. Si al partir la querida partió también el poeta *exánime, sin voz ni movimiento*, etc., el último verso queda dislocado. Si, lo que es más natural, debe comenzar el período en el segundo verso, para evitar el defecto que hemos notado, era preciso poner un punto y coma al fin del primero. Esta falta puede ser tipográfica; corriámosla y vamos al grano. Quedó el infeliz amante *exánime, sin voz, sin movimiento*; y por cierto que ninguno que está *exánime* se mueve ni habla. En seguida quedó *confuso y aturdido*, esto es, menos que *exánime*; porque lo primero, en el sentido en que se halla empleado, no vale sino *turbado, temeroso*, y lo segundo querrá decir perturbado de los sentidos ó muy admirado, aunque también significa *atolondrado*. Después vemos al malaventurado poeta *cual si fuese desprendido de su alma*. Aquí no nos parece bien, primero que hubiese estado *prendido* en el alma, y habría sido mejor suponer que ésta se hallaba encajada en él; y segundo que habiéndose nos presentado *exánime*, nos venga á decir á poco que estaba difunto é *insensible al mismo pensamiento*, pues todo se vá á dar allá. Apuntemos de paso que lo último nos repugna de igual manera, pues dudamos que se pueda tomar el pensamiento como cosa sensible.

Picamos el libro por tercera vez, y damos con el principio de una composición *A la memoria del Señor Agustín Roca*.

De un hombre justo terminó en la tierra
 La existencia fecunda y bienhechora;
 Hoy una tumba solitaria encierra,
 En su recinto lóbrego y estrecho,
 Ya en cenizas y polvo convertido
 El cuerpo de un espíritu al que había
 El orbe parecido
 Para su afán vehemente,
 Para su sed ardiente
 Del infinito bien, que le abrasaba,
 Un campo reducido.

Aquí hay falta absoluta de afectos y de sentimiento. Así vá esta pieza; es un frío elogio hecho á la manera de las necrologías *obligadas* que todos los días vemos en los periódicos, sin que sintamos la menor impresión en el ánimo; y si estos versos la causan, á fé que es bastante desagradable, por ese *cuerpo de espíritu convertido en polvo y ceniza....* ¡Cuerpo de espíritu! espíritu convertido en polvo y ceniza!... Después de este pecado incalificable de puro mortal, ¿por qué atildar otros que apenas pueden tenerse por veniales?

El Sr. Ignacio Casimiro Roca se diferencia del señor Piedrahita en cierta inocencia y candor que sabe comunicar á sus versos, lo cual nos le hace juzgar como á un joven de carácter suave y amable. El autor de la *Lira ecuatoriana* dice: "Todo lo que es bueno y hermoso le arrebató," y no tenemos dificultad en creerlo. Pero no posee la fecundidad y gracia con que alucina el Sr. Piedrahita, y con mucha frecuencia cae en un lánguido prosaismo, en una especie de marasmo que no puede vencer, y que le obliga á caminar á pa-

so de tortuga. Con todo, gusta también de dijes y relumbrones, y se queja de la suerte, y dá ayes y aprieta los párpados para verter lágrimas. En la ingenuidad é inocencia, prenda no poco estimables, es pues superior á Piedrahita, igual en el mal gusto de los adornos, é inferior en la gracia y abundancia. En cuanto á la lengua, ambos, á cual más, la maltratan y afean; en lo tocante á las ideas, menos extraviado nos parece que vá el Sr. Roca, si bien no está libre de responsabilidad. El defecto, en este caso, viene muchas veces de la mala calificación que se dá á los sustantivos: por ejemplo, al principio de la composición *A mi madre* leemos:

Madre adorada, tu dichoso nombre,

y creemos que un nombre no tiene por qué ser *dichoso* ni desdichado, sino sólo quien le lleva. Esta es una de las faltas más frecuentes en que incurren los principiantes, y con ellas suelen ir muy adelante, si no añaden á la continúa práctica de escribir, la continúa buena lectura y la docilidad de escuchar los consejos de las personas entendidas. No hay joven que no piense que el gran número de epítetos constituye la excelencia de una obra, y sólo la experiencia y el pulimento del gusto vienen á desengañarle, demostrándole que no es la multitud, sino la buena elección de los calificativos y su atinado empleo lo que dá realce á los sustantivos, y novedad y belleza á las oraciones en prosa ó verso. Si no son naturales y propios al par que nuevos, si no son oportunos é interesantes, y no contribuyen á satisfacer la inteligencia pintando y redondeando el objeto de una manera cumplida, ¿qué han de ser sino vana hojarasca ó miserables ripios? Los sustantivos expresan por sí solos el ser y la forma de las cosas, y los adjetivos son una como luz que los baña y demuestra sus calidades. Si no tienen las buenas con-

diciones que hemos apuntado, no son luz sino sombra que obscurece y daña.

Otras veces ha errado el Sr. Roca siguiendo el camino del Sr. Piedrahita. Parece que éste hubiese escrito la siguiente octava:

¡Ay! porque son mis lágrimas de fuego,
 Mis lágrimas de sangre quemadoras,
 Que consumen cual lavas destructoras,
 Que vomitára el cráter de un volcán;
 Lágrimas ¡ay! que corren solitarias
 Sin fecundar la senda de dolores,
 Que ya del alma las hermosas flores
 Marchitas, secas, sin aroma están.

¡Insoportable parlería! Lágrimas de fuego, lágrimas de sangre que queman; lágrimas como lavas que consumen no sabemos qué cosas; lágrimas que corren solitarias sin fecundar la senda de dolores, porque las flores del alma están secas. Y luego se advierte que las lavas son vomitadas por el cráter de un volcán, cosa bien sabida por cuantos han venido al mundo.

En la misma composición notamos otra cosa mala, muy frecuente no sólo en los jóvenes que, inexpertos y escasos de propio caudal, se dan á la árdua tarea de escribir, sino aun en poetas y prosistas envejecidos en el oficio; cosa mala que no obstante ha merecido defensa de parte de algunos buenos ingenios, y que tiene no escasos ejemplos en su favor, pero que no por eso deja de ser, en nuestro concepto, mala y muy mala, como es malo el pecado, por más que todo el mundo le cometa. Hablamos del plagio.

Solo me quedas tú, prenda salvada
 En el naufragio de mi amor....

dice el Sr. Roca; y antes, si no nos engañamos, hemos

visto en una composición de D. Juan E. Hartzenbusch esta cuarteta:

Imagen de mi adorada,
Consuelo de mi dolor,
Única prenda salvada
Del naufragio de mi amor.

No acusamos por esto al Sr. Roca, pues juzgamos que el plagio, cuando no es de largos trozos ó de muchos pensamientos, no arguye de malicia. Bien puede suceder, y en efecto ha sucedido, que dos ó más escritores hubiesen tenido idénticas ideas y aun las hubiesen expresado con palabras parecidas; ó que de buena fé se juzgue nuevo y propio lo que es viejo y ageno; pero no nos ha parecido fuera de propósito que condenemos aquí el plagio con ocasión de haber pensado y escrito de igual manera el poeta español y el Sr. Roca, porque hay gente que lo comete á sabiendas y de un modo desvergonzado, dando á lo más el título de imitaciones á sus robos. Todo el trabajo de algunos grajos literarios consiste en la alteración de las palabras, ó en añadir ó quitar tal cual cosilla insignificante á la pieza agena, y está hecha la imitación. ¡Bella y soberbia imitación!

Sin embargo de cuanto dejamos dicho del Sr. Roca, pudiera ser que el estudio y la continua contemplación de los buenos modelos mejorasen su talento y corrigiesen su gusto. Es joven, las piezas que hemos visto son quizás sus primeros ensayos, y sin duda está movido por el amor á la gloria que ha hecho tantas veces el milagro de transformar á los hombres y levantar á grande altura ingenios que al principio se han mostrado con señales nada lisonjeras. Si nos fuera dado, le prescribiéramos como régimen *higiénico-intelectual* la lectura, análisis y meditación, por uno ó dos años; de los buenos poetas españoles, con exclusión de todos

los demás; y entre los mismos castellanos apartaríamos algunos, no obstante su justo renombre, como por ejemplo á Espronceda, cuyo escepticismo no es para imitado por nuestros jóvenes. Al cabo de los dos años le pondríamos la lira en la mano, y, de seguro, sus cantos serían muy diversos de los que hoy nos han ocupado.

La crítica de las producciones de los señores Piedrahíta y Roca es aplicable en su mayor parte á las de los señores Fernandez Córdova y Avilés; si bien las de éste merecen castigo más severo, quitando por añadidura hasta lo poco que hemos dicho en abono de las otras.

El Dr. Córdova hace versos muy sonoros, mas con tal que lo sean no se fija mucho en el fondo; tiene bastante imaginación, pero le falta gusto para emplearla, se apasiona á veces del objeto que trata, pero no sabe comunicar su afecto al lector: es llama que arde en una esfera de hielo.

La *Lira ecuatoriana* contiene, entre otras piezas de este autor, los *Fragmentos de una leyenda titulada: El asesinato del espadachín Zabala*. Parece que el Dr. Córdova quiso formar su leyenda por el estilo de las de Zorrilla, aunque la pintura de su héroe trasciende á imitación de *El estudiante de Salamanca* de Espronceda. Mas ¡cuánta diferencia entre el don Félix de Montemar de éste, y el don Félix Joaquín Zabala de nuestro compatriota! No está bien que nos detengamos á comparar esta figurilla de barro con aquella soberbia estatua de bronce.

En el capítulo ó canto intitulado *La cita* hay algunas estrofas pasaderas; pero en lo demás hallamos mucho de condenable, y si el doctor Córdova examina

su obra y medita sobre ella, indudablemente nos dará la razón de haberle negado nuestro voto en favor suyo. Para ser justo y dócil no se necesita ser poeta, sino tener talento y juicio.

Los susodichos fragmentos empiezan con esta cuarteta:

Era Cuenca hace dos siglos
Un panteón de espadachines,
Con sus brujas y vestiglos,
Con sus variados jardines.

El Panteón era un templo que los antiguos romanos levantaron para dar culto á todos los dioses; después se dió este nombre á las bóvedas destinadas para sepulcros de los reyes y príncipes; y últimamente se ha dado en llamar así á los cementerios. ¿Por qué fué pues la ciudad de Cuenca *un panteón de espadachines*? Si se aplica la primera acepción el pensamiento es falso, porque los espadachines nunca han sido divinidades ni se les ha rendido culto; si la segunda, falso también, porque ni Cuenca es sepulcro ni los espadachines reyes y príncipes; y si la tercera, falso igualmente. Además de esto ¿qué tienen que ver con un panteón ni con los espadachines las brujas y los vestiglos, ni con éstos los jardines sean ó nó variados? Lo que al fin se deduce es que el Dr. Córdova se enamoró ciegamente del sonido musical de los versos, y no paró mientes en las ideas.

En otra parte dice hablando de una bella:

Su cuello de nieve
Fosfórico brilla,
Su blanca mejilla,
Su nítida sien.

Sabemos que el cuello de nieve *brilla fosfórico* y es-

to, dicha sea la verdad, no nos parece muy buena calidad de su belleza para que se la recomiende. La idea de los dos últimos versos no tiene ligazón con la anterior, pues si el cuello *brilla*, ¿qué hacen la mejilla y la sien? ¿*Brillan* también? No lo podemos adivinar, y lo único que se nos alcanza es que mejilla y sien pertenecen á la hermosa Dolores.

Felices aunque sufran los que aman con grandeza,
 Los mártires ilustres de grandes impresiones;
 Felices los que elevan su amor, sus ilusiones,
 Al rango de la gloria, á su mágico ideal.

Comprendemos lo que es amar con ternura, con vehemencia, con delirio, etc.; pero eso de amar *con grandeza* es novedad que no puede gustar á nadie, porque no cabe entender lo que significa. Lo mismo nos sucede con los *mártires de grandes impresiones*, y con la elevación del amor y las ilusiones *al rango de la gloria*. Todo es pura palabrería, ruido insustancial, brillo falso. Y luego la lengua está impiamente maltratada, pues hay un *sufrir* por *padecer*, defecto que no ha mucho condenamos; y unas *impresiones* en lugar de *afectos*; y un *rango* "por clase, jerarquía, calidad de las personas." Rango, en este sentido, dice Baralt, "es galicismo supérfluo; pero pasa á ser galicismo, sobre supérfluo, detestable, cuando se dice por fila, línea, ringlera, hilera, etc.," El Dr. Córdova tal vez ha empleado ese término, tan del gusto del día, aunque no entre buenos escritores, en el primer sentido; esto es, en el menos repugnante para un castellano. Pero la falta, aunque no muy tamaña, es siempre falta.

Hay todavía algo peor que esto en los versos que venimos examinando:

Mas ¡ay! cuando sus rayos abrasan misteriosos
 Las almas efectivas.....

¡*Almas efectivas!*.... Vayan las tales á correr parejas con el cuerpo de espíritu que vimos antes.

El Dr. Avilés tiene igual facilidad que los anteriores para versificar, pero mucho menos imaginación y gracia aun para emplear los adornos y brillo superficial con que aquellos suelen deslumbrar á veces; es muy mal pintor de las pasiones, mal fingidor de melancolía, y mal conocedor de la lengua. Entre las faltas cometidas contra ésta, citaremos una sola. Dice pues el Dr. Avilés dirigiéndose á un recién nacido:

Hoy ageno de pesares
Te *adormeces* en tu lecho,
Sin que *sientas* en el pecho
Las espinas del dolor;
Y tal vez mañana *sientes*
De una pasión el delirio,
Y *sufres* ese martirio
Que desgarrá el corazón.

La falta gramatical en el empleo de los verbos que van testados, es harto grave; y no sólo hay discordancia entre los dos primeros y los dos últimos, por la diversidad de tiempos, sino un repugnante error contra el régimen en el verbo *sientes* que sigue al adverbio *mañana*, usado metafóricamente como tiempo venidero. Todo habría quedado bien con solo decir *sientas* y *sufras*, cambiando de alguna manera el tercer verso, á fin de evitar la repetición inmediata del verbo *sentir* en un mismo tiempo.

En la parte ideológica no va menos extraviado. En la misma composición que nos ha suministrado el ejemplo anterior, hallamos estos versos:

En el umbral de la vida
Hermoso niño, has entrado.

Aquí el mal está en el uso de la preposición *en*. Lo primero que se nos ocurre es pensar que el umbral sería de madera, y el niño nada más que carcoma, cuando pudo entrarse *en* él. Pasar el umbral ó los umbrales de la vida, ó de la eternidad; atravesar, salvar, tocar, etc., los umbrales, se ha usado y se usa metafóricamente todos los días; pero decir que un racional, niño ó viejo, se mete, entra ó encaja en los umbrales, es una falsedad de más de la marca que no se perdona ni á los poetas.

Después de lamentarse de los males del mundo que esperan al niño, le dice el Dr. Avilés.

Ven á aumentar la familia
De la humanidad doliente,
Que no importa que tu frente
Azote el rudo huracán;
Que la virtud que te infundan
Tus padres con santo celo,
En este valle de duelo
De escudo te servirá.
Vive feliz, ostentando
En tu rostro la alegría. ...

Lindo teatro de penas y sinsaborés se le ha mostrado al niño, miembro de la *humanidad doliente* y azotado en la frente por no se qué rudo huracán, para que pueda *vivir feliz y ostentar alegría*.

Nada hemos hallado en los versos de este autor capaz de poder citarse como bueno. Si no le hubiésemos visto figurando entre los poetas de la *Lira ecuatoriana*, no habríamos tenido por qué ocuparnos en sus obras.

Hay algunos otros ecuatorianos que en nuestros días han llevado sus ofrendas al altar de las musas, y aquí podíamos tratar de ellos; pero nos abstenemos, porque sus producciones nos parecen más bien partos de la pura afición y desahogos momentáneos, que obras de conocida vocación á la poesía. Por eso andan dispersas en periódicos y hojas sueltas, y por eso el público se acuerda muy poco de ellas, y acaso sus mismos autores no han tenido nunca la pretensión de que sean dignas de formar colecciones. Es verdad que en la *Lira ecuatoriana* se han puesto muchos *productos* de esta afición; pero esto no les ha quitado su calidad de medianos, malos y malísimos, y lo único que ha hecho es sacarlos de su feliz obscuridad para que sean despedazados por la crítica. Colecciones como las de la mencionada *Lira*, deben ser cofres llenos de joyas de gran valor, y por lo mismo, los que las busquen y recojan deben tener grande cuidado en ello, y emplear todos sus conocimientos, todo su tacto, discreción y buen gusto, para no tomar el cobre por oro, el vidrio por diamante y algunos pintados guijarrillos por exquisitas esmeraldas y rubíes. El doctor Molestina es muy recomendable y digno de elogio por el empeño que ha tomado en presentar á su patria uno de esos cofres henchidos de alhajas trabajadas por ecuatorianos; le agradecemos su buena intención y la constancia con que ha vencido las mil dificultades que ofrece nuestro país á los que quieren estampar un libro. Este es un triunfo que merecería ser coronado. Pero el laborioso compilador no anduvo feliz en la elección de las piezas, y las dos terceras partes son condenables como indignas de la noble y venerada matrona á quien hizo el presente. La patria habría sido pues honrada con un número menor de poesías verdaderamente buenas, y con el olvido de todo lo mediocre y malo. ¿Para qué sirve esto? ¿Para aumentar el número de páginas? ¡Maldita sea la tal abun-

dancia! Venga una decena de ellas con versos dictados por las musas, y cargue el demonio con todo lo demás que acaso es obra suya. El Dr. Molestina ha debido separarse del uso introducido en la América del mediodía, donde con frecuencia se dan al público libros que, con diversos títulos, son compilaciones de versos desnudos de todo mérito, y que sirven solamente para descrédito de sus autores, ó para extragar más y más el gusto de los que tienen la desgracia de poder leerlos. La literatura sudamericana en general es todavía muy escasa, y su poesía no tiene lo bastante para formar un Parnaso selecto y respetable, capaz de competir con otros de pueblos antiguos y avanzadísimos en cultura intelectual. Si de este escaso caudal de los americanos tomamos lo que nos corresponde, naturalmente esta porción será bien corta; y si la subdividimos, como convendría hacerlo para labrar una *guirnalda* ó formar una *lira*, quedará reducidísima. El Ecuador cuenta felizmente con Olmedo, que tiene la primacía en el Parnaso hispano-americano, y con otros notables ingenios en el siglo pasado y el actual, y la *Lira ecuatoriana* ha podido ser, en América, de lo más lucido en su género. Pero el Dr. Molestina no ha querido enriquecer su obra con algunas piezas antiguas de indisputable mérito, por aprovechar de muchas modernas que ha debido olvidar. Además, habríamos querido que no se limitase á lo lírico, para que pudiera aumentar su coleccion con sólo versos selectos, y darle la variedad tan necesaria en esta clase de libros. De esta manera no se habría ahogado el lector en ese mar de lágrimas, fingidas las más, ni se habría visto atormentado con tantos ayes y suspiros; pues lágrimas y quejas doloridas sin ton ni son llenan las páginas de la *Lira* con muy raras excepciones, lo cual llega al cabo á fastidiar el ánimo más paciente y sufrido.

CAPÍTULO XVII

VICIOS PRINCIPALES DE LA POESÍA AMERICANA EN LA ACTUALIDAD, ESPECIALMENTE EN EL ECUADOR.

Si en general es todavía pobre la literatura hispano americana, nuestro Parnaso naturalmente no abunda en buenas composiciones, y se advierte en él, sobre todo, la falta de originalidad. Esto no deja de ser extraño, si atendemos á que tuvimos sobresalientes ingenios aun en tiempo de la colonia, y que la independencia, cambiando la condición moral de nuestra sociedad, ha favorecido el desenvolvimiento de las ideas en todo sentido. Antes de esta época, nuestra poesía no fué sino una rama de la española-europea; rama enferma como el tronco de donde procedía, y por tanto con escasas hojas verdes y lozanas. Después de establecida la república en el suelo americano, mudó de carácter la poesía, más no mejoró: de amanerada y viciosa á la española vino á ser amanerada y viciosa á la francesa; la influencia ultramarina cambió de armas, si puede decirse, pero no dejó de atacarnos ni de triunfar y ser preponderante. Nuestros poetas cedieron á ella, y abrazaron ciegamente lo bueno y lo malo, prevaleciendo esta parte como era natural, y como sucede

en todo á causa de la nunca desmentida flaqueza humana.

Olmedo, Bello, Baralt y otros pocos han sido excepciones honrosas que nos han dejado páginas bellas y magníficas, si bien en punto á originalidad no nos han dejado las muestras que habríamos apetecido. Gracias al primero, el Ecuador puede reputarse muy adelantado en el arte de las musas, y no tiene por qué cubrirse la frente en el concurso de las demás naciones latino-americanas. La lástima es que la gloria del cantor de Bolívar no haya estimulado á sus jóvenes compatriotas, que tan eminente ingenio se halle entre ellos como un gran espejo destinado á servir á todos, y que sin embargo nadie quiera mirarse en él.

La originalidad es una de las principales cualidades que hacen bellas y dignas de aprecio las obras literarias; por ella se mide el talento del autor. La copia por exquisita que sea, le muestra sólo de perfil; la invención nueva le presenta de frente y en su tamaño verdadero. La facultad de inventar, se ha dicho con razón, es lo que más aproxima la inteligencia del hombre á la Suprema inteligencia. El hombre que hace servir su pensamiento en indagar, observar y profundizar cuantos objetos le rodean, y recoge dentro de sí el resultado de sus meditaciones, como las aguas de la lluvia en un gran pozo, para luego esparcirlas en beneficio de sus semejantes, pertenece algo menos al mundo y algo más á las regiones del espíritu. Por eso los grandes pensadores, que son también por lo general grandes poetas, han sido siempre desgraciados: el mundo les dá los males en que rebosa, y el espíritu les proporciona un asiento entre los inmortales y les cubre de gloria.

No obstante, en literatura la imitación es necesaria, y no sería prudente vedarla á quien dá los primeros pasos en las faldas de Helicon; ni el acometerla reputamos como méngua para el talento. El tierno niño,

lento de vida, necesita de andaderas para aprender á caminar, y el talento que comienza á desenvolverse es un niño que necesita el apoyo de las obras maestras, cuya imitación le da *vigor* y firmeza, para que llegado el tiempo del desembarazo y libertad, no lleve riesgo de darse una costalada.

En los primeros ensayos conviene que la imitación sea muy ajustada al original, porque sólo así puede el talento amoldarse al buen gusto que se desea formar con el estudio práctico de las obras que ha tomado por dechados. Más tarde, es preciso que se vayan introduciendo ideas propias, y que las miras tiendan hacia la novedad. Al fin, adquirido ya un buen fondo de conocimientos, afirmado el gusto en fundamentos racionales y legítimos, no hay sino dejar correr la imaginación en pos de los objetos reales ó fantásticos que deben dar vida y movimiento á las invenciones del genio.

Quien no se resuelva á tomar la naturaleza por modelo, arrollando los lienzos que le han servido de primeras guías, nunca será otra cosa que un copista. Quien no se valga de estos ejemplares al comenzar sus estudios, y desdenándolos pretenda lanzarse solo en la árdua tarea de cobrar fama como poeta, llevará más de noventa probabilidades de desbarrar como loco, que no de cantar como alumno de las musas. ¡Cuántos de estos atrevidos conocemos á quienes ha castigado el cielo dándoles á Momo por numen favorito!

Las imitaciones, cuando son parciales y no perjudican al conjunto original de la obra, sino que más bien contribuyen á realzar su belleza, aun son reputadas como arbitrios legítimos de que se han valido y se valen siempre los grandes ingenios. Lo único que se exige en este caso á quien imita, es que sepa distinguir la diferencia que vá de la imitación al plagio, y que aquélla no raye en el abuso y menoscabe el mérito que por lo original pueda tener la pieza en que se la

introduzca. Lo ageno debe disfrazarse con atavíos nuevos y hermanarse de tal manera con lo propio, que uno y otro parezcan nacidos de una sola inteligencia y destinados por una misma voluntad á causar un efecto sorprendente y agradable. Esto requiere talento y juicio. Los poetas medianos ó malos, incapaces de inventar cosas buenas, quieren suplirlo todo con la imitación; pero sucede que si no pueden ser originales, cuando copian son chavacanísimos; no comprenden la índole del modelo, dejan visibles en sus cuadros las inspiraciones ajenas, y dan brochadas tan inoportunas que se conoce á tiro de piedra la torpe mano del embardnador.

Olmedo y Bello han sido felices en el expediente de las imitaciones que, como ya apuntamos en otra parte, forman uno de los caracteres de la escuela greco-latina; pero en torno de ellos y de unos pocos que los siguen, hay muchas docenas de poetas, ó de gente que pretende serlo, y que, imitadores á su modo, han llenado y siguen llenando la América española de versos indigestos é intolerables.

La Europa nos ha enviado un aluvión de poesías, parte buenas, parte malas y pésimas; y nuestros jóvenes, olvidando de todo en todo que son americanos, han tratado de imitarlas en el fondo y en la forma, violentando de una manera necia y ridícula los afectos propios y la lengua materna. Hay algunos que han aprendido á chapurrar el inglés, han leído á Byron casi sin entenderle, y piensan imitarle fingiendo escepticismo y despecho de la suerte, maldiciendo y reneando. Otros han tomado por modelo á Lamartine, y allá va la melancolía, el gemir y llorar sin causa ni tregua y el sentimentalismo empalagoso, todo con sus ribetes de misticismo que fastidia por falso é inoportuno. Quien se apasiona de Victor Hugo y desenfrena la fantasía que salta por toda regla, por toda ley, por toda moderación racional; quien trata de seguir las

huellas de Espronceda; quien calca las producciones de Zorrilla.... Y ninguno es capaz de reflexionar que cuando no hay verdad en los afectos, cuando las expresiones nacen de la cabeza y no del corazón, cuando se desecha lo natural por arrimarse sólo á los caprichos de la imaginación propia ó extrañas no hay poesía sino vano ruido de palabras que no causa ninguna impresión agradable, y sí, mas bien, mucho desabrimiento y enojo.

La verbosidad insulsa es consecuencia casi infalible de las malas imitaciones: no comprendiendo el espíritu del modelo, no habiendo un rico fondo de ideas semejantes á las que le distinguen, se trata de disfrazar la ignorancia á fuerza de hojarasca. Si el original tiene una imagen bella por su sencillez y por la parsimonia de palabras con que está pintada, el imitador, de seguro, la recarga de adornos de pies á cabeza. ¿Cómo no comprende que la belleza que tanto le ha seducido consiste en todo lo contrario de lo que hace para imitarla? Mil veces hemos visto obras preciosas de esculturá que han caído en manos de beatas de gusto estrafalario, y nos hemos lamentado de ver el primor del arte sepultado en trapos, cintas y oropeles. De creer es que esta gente ha dado lecciones á nuestros poetas que tan puntualmente las siguen.

Y esta manía de amontonar palabras sin decir nada, se extiende asimismo á las composiciones que tienen aires de originalidad, lo cual dá á conocer que el vicio ha echado profundas raíces entre los escritores americanos, y que la poesía fanfarrona y chinchosa forma ya una verdadera escuela. En un poeta que ha gozado de bastante nombradía en América en nuestros tiempos, hallamos el siguiente trozo, que es una excelente muestra para juzgar de todas sus demás obras y confirmar lo que venimos diciendo:

Beso postrero.... sudario
De la ilusión del primero

Vago, triste, lastimero
Como el ¡ay! de la orfandad:
Última flor arrancada
Al árbol de los amores,
Horrorosa campanada
Que suena en la eternidad.

En materia de besos, bastantes disparates han dicho otros poetas; pero no hemos visto ni tenemos noticia de que ninguno hubiese llegado al extremo del autor de estos versos. Con todo, el reimpresor de las *Tristezas del alma* de Puebloviejo asegura que quien los escribió tiene el gran mérito de hacerlo con verdad en las imágenes, profundidad de sentimiento; claridad y oportuna elección de las frases; y por último, dice que nada conoce superior á la estrofa que hemos copiado. Mas, preguntamos á todo lector discreto y de buen juicio, á todo el que no hubiese extragado su gusto hasta el último grado, si la tal estrofa es otra cosa que una ridícula alharaca.

Versos como los del desdichado *beso postrero* tiene á centenares el autor de las *Tristezas del alma*, y bien pudiéramos citarlos si quisiésemos aburrir á nuestros lectores, que, á buen seguro, no todos han de tener el alma del reimpresor de tal libro.

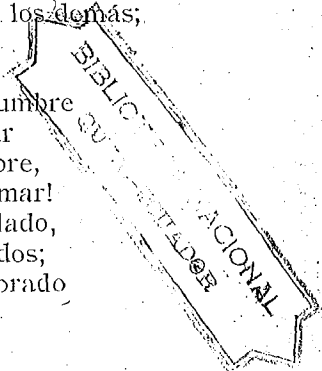
El prurito de mostrarse descontento de la propia suerte, de lamentarse de males que no saben dónde están, de pintar una tristeza que está bien lejos del corazón, de fingir pasiones imposibles y deseos fuera de toda ley racional, de llamar á la muerte cuando acaso menos se la desea, etc; ha venido, así mismo, á dar á nuestra poesía contemporánea un saborcillo de impiedad y un atrevimiento que, sin añadir belleza ninguna, no hace sino mostrar los esfuerzos del poeta por parecer singular y valiente. Que el hombre verdaderamente lastimado por la desgracia vierta mucha amargura en sus versos, no hay cosa mas natural, así

como lo es la risa de quién está alegre, y el arranque de enojo de quien está movido por la cólera. Aun pudiéramos disculpar las quejas que, en la vehemencia del dolor, se elevan al cielo, porque sabemos que en tales casos no hallando el corazón á quién dirigirse en la tierra, se vuelve á lo alto para desahogarse hablándole al mismo Dios en lenguaje sentido y vehemente. No obstante lo que dijimos del soneto de Olmedo á la muerte de su hermana:

“¿Y eres tú Dios? ¡Á quién podré quejarme!”

pudiéramos disimularle el exceso de pasión que le hizo prorrumpir en tales acentos, porque al fin el poeta, aunque anduvo muy audaz, no se salió de lo racional; pero reprobamos que sin más ni más y por cualquiera simpleza se tome al Ser Supremo y se le introduzca en una poesía dándole pasiones humanas, sin entrar en cuenta que su grandeza no puede confundirse con la miseria del hombre, y colocándole en escenas forjadas por el delirio de la cabeza, que no por los afectos del corazón. Un poeta á quien se ha colmado de alabanzas, quizá con alguna exageración, pinta en una de sus producciones eróticas la pasión que tiene á su querida, y dice que en el día del juicio final, cuando todos hayan resucitado y comparecido ante Dios para ser juzgados, él también se presentará con los demás; pero

.....La inmensa humana muchedumbre
 Cortando á prisa, sólo iré á buscar
 La faz mejor, los ojos de más lumbre,
 El ser más bello y más capaz de amar!
 Y cuando ya le hubiere al fin hallado,
 Juntos saldremos hacia el Juez los dos;
 Y ante el concurso mudo y asombrado
 Así diré resueltamente á Dios:



"Esta mujer á mí me pertenece!
 Es la mujer que amó mi juventud!
 Ya estoy juzgado: todo lo merece
 Quien tanto amó; mi amor es mi virtud!
 No pido más, mi cielo sólo es ella!
 El que se atreva, véngala á pedir! etc."

Para escribir de esta manera es preciso no imaginarse muy terrible el día de las iras de Dios y del aniquilamiento del Universo. En tan horrendo día ¡ha de estar una pobre criatura acordándose de su querida, ha de hablar resueltamente á Dios, mostrándosele como si no la conociera, y le ha de decir que le pertenece á él sólo, como si no lo supiera, y ha de añadir la advertencia de que nadie se la vaya á disputar! El tono amenazante del último verso es de lo más peregrino: ya nos parece ver al celoso amante echando mano á los cachorros y buscando con sesga mirada al atrevido que quiera quitarle la mujer.

Haya en hora buena atrevimiento en las ideas; dígase, si se quiere, con otro poeta en los arrebatos de un loco deseo, y aunque sea con riesgo de ser castigado como Luzbel:

Yo quisiera ser Dios, ó nada ser;

pero no se digan cosas que excitan la risa, cuando el intento es interesar al lector de otra manera; no se pinte el juicio final como una feria de aldea, ni á Dios se le haga alcalde pedáneo que se pone á escuchar buenamente una demanda, ó á lo más divinidad mitológica, de esas que, movidas de las mismas pasiones que los hombres, tomaban cartas en sus pendencias; toleraban se les hablase con imperio y desvergüenza. El cristianismo nos muestra al Señor del cielo y la tierra de muy diversa manera; en su presencia tiembla no solamente la criatura humana, sino todo el Univer-

so; nuestro Dios está siempre á los ojos del espíritu rodeado de tal grandeza, poder y majestad, que atribuirle cualquiera calidad que no pueda estar conexas con la idea que de él tenemos, es obra de entendimiento muy vulgar. Cuando el poeta quiera elevarse á Dios, cante si puede al son del arpa de David; y si no, descienda á la tierra y busque la inspiración en las maravillas de la naturaleza que le rodean por todas partes, y, cantándolas, bendiga la mano de ese mismo incomprendible Ser que las ha creado. Esto es lo único que cabe hacer; y esto, por desgracia, nunca con la perfección que convendría.

El poeta cuyos versos nos han sugerido las anteriores reflexiones, dice también en otra parte:

“Neira, sublime imitador de Cristo.”

Y esto en nuestro concepto, no sólo es exagerado sino impío. Por grande que sea la abnegación de un guerrero, por heróico y singular que sea su sacrificio en aras de la patria, por trascendentales que sean las consecuencias de su nobilísima y santa acción; no puede compararse ni el héroe al hijo de Dios, ni su obra á la obra estupenda y maravillosa de la redención humana. El guerrero se sacrifica por su hogar, familia ó nación, á lo más, y Jesús derrama su sangre por el mundo todo; el guerrero arranca millares de vidas, antes de caer al golpe del plomo ó del acero enemigo, y Jesús perece sin combatir y sólo por sanar al hombre de las heridas mortales que le han hecho sus propios vicios; el guerrero muere con el corazón hirviendo de cólera y venganza y rodeado de víctimas sangrientas, y Jesús espira ardiendo de amor á la humanidad, y perdonando á los mismos que le hiéren, escarnecen y matan; la sangre del guerrero salva á un pueblo por breve tiempo, la sangre de Jesús salva á todas las naciones, y su beneficio se extiende hasta la eternidad...

Pero, muy mal hacemos en detenernos en tales comparaciones y esto es también acaso una impiedad. Habría bastado citar el verso, y dejarle á la consideración de los lectores.

Después de lo que acabamos de ver, producción, no obstante, de un distinguido talento, ya no admira encontrar á cada paso el nombre de María y de los ángeles, y las ideales mansiones de la beatitud profanadas por nuestros poetas. ¡Qué mezclar la belleza inefable de los seres celestiales con la imperfecta belleza de las humanas criaturas! ¡Qué confundir lo divino y eterno con lo terrenal y perecedero! ¡Qué de pensamientos estrafalarios! ¡Qué de atroces delirios!

Todo tiene su medida en la naturaleza, y cuando hallamos una cosa que nos parece estar fuera del orden establecido por Dios en sus obras, es porque la flaqueza de nuestra inteligencia no alcanza á comprenderla, mas no porque tenga más ni menos de lo que debe. En las obras de Dios está muy bien y es natural lo extraordinario, é inclinamos la frente en silencio; pero cuando el hombre quiere sorprendernos del mismo modo, se engaña, porque por poderosa que sea su inteligencia no le es dado inventar cosa alguna que no pueda estar á nuestros alcances; y si lo intenta, en vez de levantarse á lo sublime, se hunde en lo ridículo. No hay remedio: tenemos que obrar dentro de los límites señalados á nuestra comprensión y á nuestro poder; si no tenemos fuerza para movernos del centro de esta prisión, nada somos; si nos aproximamos á la meta, hemos avanzado mucho en la vía de la perfección humana: si la saltamos, somos perdidos; porque hemos dejado nuestro terreno natural y puesto el pié en los dominios reservados sólo para Dios. De aquí viene que muchas veces arranca el pensamiento con demasiado ímpetu en pos de otros objetos nuevos y desconocidos y dá con el error y con lo absurdo en castigo de su temeraria audacia.

La hinchada hipérbole no engrandece el pensamiento, ni las nuevas concepciones de la mente se pintan bien sino con los colores que brinda la naturaleza. ¿Ni para qué se han de buscar otros? Los versos del poeta, los párrafos del prosista, ¿son acaso para seres que no pertenecen á nuestra especie? ¿Pedimos acaso al escritor cosas que no podemos comprender, ó que nos causen una extrañeza desagradable? Sin embargo, la exageración es tan empleada por nuestros escritores, que sin ella creen fría é insípida toda producción: por desgracia para ellos, no faltan quienes juzgan con justicia destituida de todo mérito la obra en que los afectos del ánimo aparecen desviados siquiera dos dedos de lo humano y racional, y en que la razón ha sido maltratada por la insensatez y el delirio.

Otro arbitrio muy empleado en el día en América para dar vigor y realce á las composiciones poéticas, son las palabras y frases que lastiman en vez de agradar ó convencer. Especialmente en obras que por algún lado se rozan con la política, está admitido un lenguaje descortés é indigno, y hasta el soez insulto. Parece que las pasiones de bandería infunden hasta en las musas su carácter injusto, intolerante y agresor, y las hacen producir versos impregnados de ponzoña: ¡ha llegado el día en que también las nueve hermanas quieran ser envenenadoras por causas de ambición y de política! Y es tal en esta materia el extravío de nuestra sociedad, que esos partos inmundos, no de vates sino de energúmenos políticos, son acogidos por ella con aplauso, en vez de ser arrojados á una hoguera, y sus autores castigados á lo menos con una befa general. La poesía castiga, es verdad, sacudiendo el látigo de la sátira contra los vicios y los delitos, y entonces se presenta como noble y digna defensora de la moral y de la filosofía; pero la especie de poesía que censuramos ¿es satírica? ¿Contiene alguna lección de moral? ¿Defiende la razón? ¿No es más bien el insulto y la difa-

mación derramándose en forma de versos sobre un individuo, sobre una familia, sobre una fracción de la sociedad que se llama *partido político*? ¿No es el aliento mefítico de las malas pasiones que corrompe el corazón, extravía la inteligencia y mancha reputaciones acaso inmaculadas? ¿No es la criminal profanación de la poesía? ¿No es la musa convertida en diabólica maga, haciendo brotar de los abismos un manantial de miserias y desgracias?

Y no sólo la política hace mal uso de la poesía, empleando un lenguaje que le es de todo punto extraño, so pretexto de energía y vigor: muchos amantes celosos reconviene con él á sus Nices, Lais, ó Maritornes, ó les dirigen peregrinos billetes de eternas despedidas, en que campean junto á un piropo desabrido uná amarga burla, al lado de un mentiroso recuerdo una picante ironía, ingerto en una tonta promesa una amenaza más tonta todavía. Espronceda con su canción delirante ó crapulosa, si así pudiera decirse, dirigida á Jarifa, es el maestro de nuestros poetas eróticos; pero los discípulos han sobrepujado tanto al vate español, que si viviera, se avergonzara de la frialdad de sus versos, de la escasez de su romanticismo.

Lo extraño es que de este modo la poesía que cuenta entre sus obligaciones la de cantar la belleza, gracia y hechizo de la mujer, se emplea en vejarla, pues, cuando más bien librada sale es cuando, en vía de cariño, ha recibido un ósculo en una mejilla y un bofetón en la otra. Con semejante tratamiento es de temerse que llegue pronto el día en que las faldas rompan con la novedad y energía románticas ¡Pluguiera al cielo que así fuera! Muy de nuestro agrado sería que las mujeres no admitiesen versos en que por elogiarlas se las pinta como seres de otra especie, ni aquellos en que á un tiempo se les arroja flores y lodo. ¡Que conspiren, que se levanten las bellas contra sus calenturientos adoradores, y contra los necios que las ultrajan en sus báqui-

cos cantares! Ya que no les es dado devolverles la hojarasca poética de tacos de pistola, pues, entre varones pundonorosos ese desacato sería ocasión de desafío, devuélvaseles con desprecio hasta curarles de tan perniciosa manía.

La novedad, el vigor, la energía que tanto apetecen nuestros poetas, no se consiguen, pues, por el camino que han elegido. Novedad y muy grande puede causar un desatino, pero no dejará de ser tal porque le haya empleado un poeta; vigor y energía puede haber en una blasfemia, ó en la exposición de un error, pero á fé que nadie gustaría de tales bravezas por bien dichas que parezcan, á menos que sea un impío y blasfemo. Nosotros, y con nosotros indudablemente todo racional, gustamos de la novedad y energía del pensamiento ó de la expresión que vienen de la manera sencilla y natural, precisa, viva y percuciente con que los buenos ingenios saben pintar los objetos. El escritor de talento da novedad á los pensamientos más vulgares, si no es que tiene la dicha de hallarlos originales para atraer y cautivar más la inteligencia de los lectores, y da vigor y energía á los de una fútil apariencia, sin más que añadirles ó quitarles alguna circunstancia, ó cambiar la manera de expresarlos. En todo caso, la sencillez y naturalidad son condiciones indispensables: lo nuevo sin ellas no podrá dejar de ser nuevo; mas no sorprenderá mucho porque dejará traslucir los esfuerzos del autor: sin ellas no es posible subsista la energía, porque el concepto que se estudia y se le vuelve y revuelve antes de ser expresado, sale precisamente flojo, como la flecha de un arco destemplado á fuerza de manejo y no causa impresión ninguna. Los hombres que más se han aproximado á la naturaleza por la sencillez de las costumbres, y los que han estado dominados por alguna poderosa pasión que les ha impedido reflexionar, se han expresado siempre con vehemencia y energía, pintando con pocas palabras grandes y atrevidos

pensamientos. Esos hombres deben ser en esta materia los maestros de nuestros poetas: tomen de ellos la concisión y el fuego, y entonces podrán echarnos tiros certeros que se claven en el alma y los recuerde constantemente con agrado la memoria. La verbosidad es la enemiga jurada del vigor, de la energía y de la elegancia; no sólo hace el estilo pesado y soporífero, sino, lo que es peor, vuelve desmayadas é insípidas las ideas. Sin embargo, nuestros poetas quieren ser valientes, elevados y magníficos, charlando y declamando insulsa-mente. ¡Peregrina contradicción!

Por demás sabido es que el hombre tiene propensión á abusar de todo: en todo salta la raya de lo justo y de lo prudente; esta es una de las consecuencias de su flaqueza moral, y uno de los estorbos de más cuenta que atraviesa con sus propias manos, en el camino de la civilización. Pero tratándose de poesía, la regla ha llegado á ser el abuso; pues, se abusa de las palabras, de las ideas, de los afectos, del hombre y de la mujer, de la sociedad y del mundo, de la religión y de Dios mismo. Esto sin duda hizo decir á cierto griego que los poetas hacían creer muchas mentiras. Se piensa que todo puede caber en el verso, lo verdadero y lo falso, lo razonable y lo absurdo, lo finito y lo eterno, sin que haya ideas ni imágenes que se rechacen; y con esto cualquier hijo de vecino, por obtuso que sea su talento, toma una lira ó una guitarra de taberna, canta con destemplado berrido, y se llama poeta.

El corazón humano con todas sus pasiones es una rica fuente de bellezas poéticas, y todos los días prueban esta verdad, ya demasiado vulgar, los grandes ingenios; pero los talentos medianos y frívolos que de nada saben sacar el partido conveniente, todos los días prueban también que de las mejores fuentes de poesía se pueden sacar los absurdos más ridículos. ¿Cuántas sandeces no se escriben con ocasión del amor? Citarlas fuera para llenar páginas y más páginas de enfadosa

lectura. Sería de presumir que el amor verdadero, el amor puro, noble y desinteresado, anda prófugo lejos de esta tierra, tal vez de miedo de sus poetas, y deja que la codicia en los matrimonios y la torpe sensualidad fuera de ellos, hagan sus veces con tamaño detrimento de la moral y de la felicidad de las familias.

La poesía ha sido descubierta indudablemente para encaminar el alma hacia el bien; imposible que el Creador la hubiese puesto en sus obras con otro objeto, y que el hombre la hubiese tomado de ellas con el fin de dar una expresión sombría y siniestra á las pasiones de su corazón. Cuando tal se hace se comete un crimen, y el pensamiento extraviado del poeta, lejos de esparcirse sobre la sociedad como saludable rocío, cae como una tempestad desoladora. El amor debe engalanarse con los adornos que prestan las musas, para influir con eficacia en la unión del hombre y la mujer, establecer la familia y constituir la sociedad en la armonía de todos sus intereses y en la paz de todos sus miembros; pero si este afecto, el más noble y poderoso de todos, deja de ser espiritual y puro cuando se reviste de los encantos de las hijas del Pindo, es una llama que devora la moral y la virtud, la inteligencia y la dicha, y donde toca no deja otra cosa que funestas cenizas y atroces dolores. Al són de la lira se deben cantar las alabanzas de los héroes, recordando las hazañas con que han salvado la patria y dádola libertad y gloria, y este será uno de los más eficaces estímulos para que en adelante repitan las nobles acciones y ciñan su frente con nuevos y eternos lauros. Pero si se canta la ambición desenfrenada, la crueldad y los campos ensangrentados por la guerra civil ó injusta, se ensalzará el mal, se alentará el crimen, se mofará la desgracia de la patria, y el poeta se presentará como un druida inspirado por el infierno, que no como el sacerdote de la armonía iluminado por un santo destello del Olimpo. Póstrase la musa en el sepulcro donde yace la inocente

pensamientos. Esos hombres deben ser en esta materia los maestros de nuestros poetas: tomen de ellos la concisión y el fuego, y entonces podrán echarnos tiros certeros que se claven en el alma y los recuerde constantemente con agrado la memoria. La verbosidad es la enemiga jurada del vigor, de la energía y de la elegancia; no sólo hace el estilo pesado y soporífero, sino, lo que es peor, vuelve desmayadas é insípidas las ideas. Sin embargo, nuestros poetas quieren ser valientes, elevados y magníficos, charlando y declamando insulsamente. ¡Peregrina contradicción!

Por demás sabido es que el hombre tiene propensión á abusar de todo: en todo salta la raya de lo justo y de lo prudente; esta es una de las consecuencias de su flaqueza moral, y uno de los estorbos de más cuenta que atraviesa con sus propias manos en el camino de la civilización. Pero tratándose de poesía, la regla ha llegado á ser el abuso; pues, se abusa de las palabras, de las ideas, de los afectos, del hombre y de la mujer, de la sociedad y del mundo, de la religión y de Dios mismo. Esto sin duda hizo decir á cierto griego que los poetas hacían creer muchas mentiras. Se piensa que todo puede caber en el verso, lo verdadero y lo falso, lo razonable y lo absurdo, lo finito y lo eterno, sin que haya ideas ni imágenes que se rechacen; y con esto cualquier hijo de vecino, por obtuso que sea su talento, toma una lira ó una guitarra de taberna, canta con destemplado berrido, y se llama poeta.

El corazón humano con todas sus pasiones es una rica fuente de bellezas poéticas, y todos los días prueban esta verdad, ya demasiado vulgar, los grandes ingenios; pero los talentos medianos y frívolos que de nada saben sacar el partido conveniente, todos los días prueban también que de las mejores fuentes de poesía se pueden sacar los absurdos más ridículos. ¿Cuántas sandeces no se escriben con ocasión del amor? Citarlas fuera para llenar páginas y más páginas de enfadosa

lectura. Sería de presumir que el amor verdadero, el amor puro, noble y desinteresado, anda prófugo lejos de esta tierra, tal vez de miedo de sus poetas, y deja que la codicia en los matrimonios y la torpe sensualidad fuera de ellos, hagan sus veces con tamaño detrimento de la moral y de la felicidad de las familias.

La poesía ha sido descubierta indudablemente para encaminar el alma hacia el bien; imposible que el Creador la hubiese puesto en sus obras con otro objeto, y que el hombre la hubiese tomado de ellas con el fin de dar una expresión sombría y siniestra á las pasiones de su corazón. Cuando tal se hace se comete un crimen, y el pensamiento extraviado del poeta, lejos de esparcirse sobre la sociedad como saludable rocío, cae como una tempestad desoladora. El amor debe engalanarse con los adornos que prestan las musas, para influir con eficacia en la unión del hombre y la mujer, establecer la familia y constituir la sociedad en la armonía de todos sus intereses y en la paz de todos sus miembros; pero si este afecto, el más noble y poderoso de todos, deja de ser espiritual y puro cuando se reviste de los encantos de las hijas del Pindo, es una llama que devora la moral y la virtud, la inteligencia y la dicha, y donde toca no deja otra cosa que funestas cenizas y atroces dolores. Al són de la lira se deben cantar las alabanzas de los héroes, recordando las hazañas con que han salvado la patria y dádola libertad y gloria, y este será uno de los más eficaces estímulos para que en adelante repitan las nobles acciones y ciñan su frente con nuevos y eternos lauros. Pero si se canta la ambición desenfrenada, la crueldad y los campos ensangrentados por la guerra civil ó injusta, se ensalzará el mal, se alentará el crimen, se mofará la desgracia de la patria, y el poeta se presentará como un druida inspirado por el infierno, que no como el sacerdote de la armonía iluminado por un santo destello del Olimpo. Póstrase la musa en el sepulcro donde yace la inocente

virtud ó el honrado infortunio, y riegue flores y llanto en abundancia; mas no vaya á lamentarse y á mentir sobre el féretro en que ha caído un infame carcomido por los vicios. No, no iguale nunca al bueno con el malo, y conténtese con ver la tumba de éste con el respeto que merecen los muertos, no con la veneración debida á los monumentos consagrados á la virtud y al justo mérito. Cántense en fin, de la manera posible las maravillas de Dios, los prodigios de la fé, los consuelos de la dulce esperanza, los beneficios de la heroica y sublime caridad; pero no se emplee el talento poético en arrancar la virtud del corazón, en verter ponzoña en él, en despedazarle, en hacerle presa de la espantosa desesperación, en hacerle probar un tormento del infierno. ¡Qué! ¿no bastan las desgracias de la mísera humanidad, para que los poetas quieran hacerla de peor condición todavía? ¡Pobre humanidad! siempre encuentra en sí misma el mal que la persigue y destroza; pero antes de ahora, cuando se lamentaba de la plaga de la guerra, hija de la ambición y la injusticia, estaba muy lejos de pensar que llegaría un tiempo en que los poetas se levantarían contra ella, y si las armas le arrancaban entonces la vida, luego al són de la lira se trataría de matarle hasta el alma y arrebatarle hasta la esperanza. El ataque á la parte moral del hombre es más pernicioso y cruel que cuantas guerras han ensangrentado el mundo; al través del humo de los combates se ha visto muchas veces brillar la luz de la civilización de un pueblo; tras la desolación del espíritu causada por vosotros, ¿qué ofrecéis á la sociedad, poetas escépticos y blasfemos? ¡Ah! vosotros quisierais producir todos los días un nuevo *Werther* para tener el gusto de contemplar la desesperación y el suicidio, como resultados magníficos de vuestro ingenio. ¡Cuán noble, cuán humanitario, cuán civilizador es el oficio que dáis á la literatura!

La literatura moderna atilda á la antigua el materia-

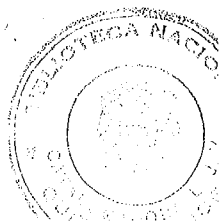
lismo que la dominaba:—incapaz de salvar los límites de lo corpóreo y visible, la dice, te quedaste encerrada en el mundo como el peje en un estanque; deificaste las pasiones carnales del hombre, buscaste el deleite en la sensualidad, ignoraste el destino del alma y te fué desconocido todo lo ideal. Yo pertenezco más á las regiones del espíritu, y por eso tiendo mi vuelo hasta lo infinito, y arrebató al hombre á espacios llenos de luz y de dicha que nunca soñaron Grecia ni Roma. Tú representaste la carne, la parte perecedera y miserable de la humanidad; y yo su alma, simbolizando su destino eterno lejos de la tierra y tras las sombras de la muerte.—Cierto: ¡qué diferencia entre las dos literaturas! Pero la filosofía descontentadiza y tétrica que ha contaminado con el acibar de la duda hasta la poesía, va volviendo ya las nuevas letras de peor condición que las antiguas: éstas se contentaban con hablar á los sentidos y seducirlos, olvidándose de la parte mas noble y elevada del hombre, cual es el alma; más no trataban de abrumarla y convertirla en depósito de hiel, de hiel que no cabiendo ya en ella se desborda para amargar á cuantos le rodean. Horacio aconsejaba aprovechar de los voladores días, pasándolos entre el vino y los placeres: sus ideas no se extendían más lejos que sus miradas, y quería gozar de lo presente y embriagarse con sensaciones voluptuosas. La poesía moderna desdén los epicúreos goces, pero al echar por tierra los vasos de oro y los purpúreos y blandos lechos de los antiguos festines, quiere sustituirlos con los mondados cráneos en que bebe el antropófago, y con las hirvientes calderas de la inquisición. ¡Soberbio cambio! Y luego si queréis libertaros de estos tormentos, remontando el espíritu para allá de la vida material, según las consoladoras doctrinas del evangelio, veréis cómo se ríe sarcásticamente la neoliteratura y os enseña por todas partes la mentira campante, las ilusiones deshechas como flores al soplo del huracán, el desengaño

desconsolador; nada para las lágrimas, nada para la virtud, nada para el vicio y los crímenes más atroces. ¡En la vida del mundo miserias y maldades, y después de la vida, vacío..... nada..... nada! El escepticismo del día es pues de peor carácter que el materialismo de los tiempos gentílicos. "Abrid las mejores obras de nuestros días, estudiad nuestra literatura, que ciertamente no carece de fuerza ni de talento, pero que, encenegándose en la materia, ha perdido su incumbencia regeneradora. Asquerosas figuras os rodean, dramas espantosos os oprimen, os halláis en un mundo fantástico, víctimas de los suplicios y de los verdugos. Ni una mirada para el cielo, ni un sentimiento para el corazón. Al ver todas esas formas humanas que el crimen pone en movimiento, parece el Alberic del Dante recorriendo las calles de Génova, después que su alma ha bajado al infierno. Esto no es la vida, esto no es la muerte; es un cadáver animado por un demonio; tal es el tipo de nuestras producciones literarias, tales los héroes de nuestros dramas y de nuestras ficciones. No parece sino que el objeto del arte es el espanto y el disgusto."

Estas pinceladas de Aimé Martin pintan bastante bien el carácter de la escuela literaria que ha cundido en Europa, que va infestando la América, y que los ingenios sensatos deben impugnarla y rechazarla sin descanso, como á peste que contamina y mata la moralidad de las costumbres y la espiritual y civilizadora filosofía del cristianismo.

Se puede comprender algo de la razón que en Europa sirve de fundamento á la literatura escéptica y materialista: esa sociedad que cuenta largos siglos de existencia, que ha padecido violentos cambios, y sido hollada por la barbarie que rodó sobre ella como los témpanos desprendidos de la cima de los Alpes, envuelta por la ignorancia de la edad media, conmovida y trastornada por los reformadores religiosos y sociales, ensangrentada por los reyes ó por los revolucionarios

políticos: esa sociedad que todo lo ha probado, que ha roto el velo de tantos misterios de la naturaleza, que ha sentado su planta en todos los extremos del campo de la inteligencia, que tanto se ha fatigado en busca de placeres y deleites: esa sociedad debe sentir ya el hielo de la vejez, padecer atonía y estar consumiéndose de tédio; y ese malestar, síntoma de una existencia gastada por el trabajo y los vicios de largas edades, tiene que reflejarse por fuerza en la literatura trasoceánica. Pero la sociedad americana que se halla todavía "en la actividad y en los movimientos de la niñez," que no ha recorrido ni la centésima parte del campo de las ciencias, que crece en el seno de una naturaleza virgen y prodigiosa, con una historia de estrechos límites atrás, y delante una era de vida y robustez de tamañas esperanzas y de placeres no gastados por el abuso: la sociedad americana que, si tiene motivos de queja contra los que la hundieron en la ignorancia, y contra los que hoy movidos por la bastarda ambición de la demagogía, la conmueven y ensangrientan, tiene así mismo, glorias recientes y preciosos derechos que no pueden arrebatarse ni el absolutismo de los centros europeos, ni el atrevimiento de los tiranuelos que abortan nuestras revoluciones. Esa sociedad que guarda en sí los gérmenes de tantos bienes, y que algún día trasladará su fresca sangre y su vitalidad á las secas arterias de las antiguas naciones; esa sociedad que, animada por tantos principios de felicidad, se alza robusta y lozana como las plantas de una almáciga, no puede tener hastío de nada, no lo tiene, ni le es dado regar lágrimas de despecho, ni maldecir, ni blasfemar, ni buscar en el árido materialismo el origen y fin de su existencia, la meta de todas sus aspiraciones. No, no puede hacer nada de eso, como no puede hacer un niño inocente, sano y alegre, lo que en su desesperación un adulto impío y achacoso que ha perdido todas las ilusiones y esperanzas en el torbellino de sus crimi-



nales pasiones. Si es verdad que la literatura de un pueblo es la expresión de su carácter y estado moral, nuestra literatura tiende á ser falsa y mentirosa, porque está pintando lo que ni se vé ni se siente en América. El historiador, al tratar este punto; tiene que decir á las posteridad en descargo de su conciencia:—No creáis á los literatos y poetas americanos del siglo XIX que os han descrito su sociedad semejante á la europea; lo hicieron así porque aficionados á la servil imitación y prostituyendo la verdad, dejaron lo propio por lo extraño, pintaron abrojos donde había flores, se lamentaron cuando su corazón retozaba de alegría, y gustaron con harta insensatez mostrar al mundo las descaradas furias, en vez de una bella y seductora ninfa, vagando por encantadas selvas ó flotando sobre las sonoras ondas de cristalinos ríos.

CAPÍTULO XVIII

DEFECTOS Y MAL ESTADO DE LOS ESTUDIOS EN LA REPÚBLICA
DEL ECUADOR, ALGUNAS CAUSAS
QUE CONTRIBUYEN AL ATRASO DE SU LITERATURA.

Conviene que pongamos la mano en la útil tarea de explayar algunas ideas que, en los capítulos anteriores, no hemos hecho sino tocar de pasada. Hablamos de aquellas circunstancias que directa ó indirectamente influyen mal en las enseñanzas superiores, y en especial en la literatura ecuatoriana; circunstancias que podrán ser muchas quizás para miradas más escudriñadoras que las nuestras, cuando nosotros las vemos en corto número, pero graves y funestas.

Sentemos desde luego como preámbulo, que nunca nos ha gustado ver á hombres apenas dotados de alma para poder llamarse tales, metidos á escritores en prosa ó verso, y vendiéndose como competentes en materias que no conocen ni por el frontis; así como hemos deplorado siempre que se malogren los buenos ingenios por causas que no sería difícil evitar. En los primeros hay sobra de osadía y vanidad; en los segundos falta de instrucción, error en la vocación, ó desidia y pereza, ó

bien necesidad de ceder á algún poder enemigo que los persigue y abrumba, lo cual no es culpa de ellos.

Las aulas de nuestros establecimientos científicos y literarios son bastante concurridas. Quién ve dirigirse á ellas esa multitud de jóvenes con el vade ó el libro bajo el brazo y á pasos ligeros, creería que acuden ansiosos á beber en las abundantes fuentes de las ciencias los variados y sólidos conocimientos que se necesitan para ser útiles á la sociedad, tirando luego cada estudiante por diverso camino; mas no es así. En nuestra república no hay más que tres malos caminos y un despeñadero; la jurisprudencia desacreditada, el sacerdocio profanado, la medicina mal entendida y peor aplicada, y la vagancia. Preguntad á esos jóvenes cuál es su aspiración, cuál el fin de sus diarias labores, y los unos os señalarán el foro, los otros el altar, aquellos el bisturí ó un hueso humano, siendo no pocos los que os mostrarán con despecho solamente el deseo de salir de la vida de estudiante. Éstos, de seguro, se van al despeñadero, á causa de los malos hábitos adquiridos junto con los peores estudios. Y de las largas docenas de robustos mancebos que buscan su futuro bienestar en la abogacía, la teología y la medicina, ¿quién duda que la mayor parte carece de las aptitudes y vocación necesarias para tales ciencias? ¡Cuántos hay que pudieran servir más bien para arquitectos, ingenieros, pintores, ebanistas, ó tan mal dotados por la naturaleza que no sirven para nada! Pero ¡voto á tal! que no podemos sacudirnos de la maldita manía de ir siempre por unos mismos carriles: sino hacemos clérigos, abogados ó médicos á nuestros hijos, no sabemos para qué puedan servir: son naipes en manos de quien no sabe ni barajarlos.

Pero seamos justos: ¿qué van á hacer los padres de familias si los colegios y la Universidad no han abierto para la juventud otras carreras más que las tres mencionadas? Los congresos, diestros para dar leyes ocasio-

nales y embrolladas, no han acertado á impulsar la instrucción pública. Mandan establecer colegios, y señalan fondos para costear la enseñanza; mas ¿cuál es esta enseñanza? La misma de los antiguos colegios: siempre la dirección á unos solos objetos, siempre los fundamentos para idénticos edificios: abogacía, sacerdocio, medicina. Las ciencias exactas y naturales, la industria, las artes, los oficios tan necesarios al pueblo, no han merecido la atención de nuestros legisladores, ó han sido mirados con frío desdén.

Los gobiernos, excepto en los períodos de los señores Rocafuerte y García Moreno, han obrado de igual modo que los congresos. Como su móvil han sido solamente la ambición y los intereses particulares, poco les ha importado la instrucción pública, con tal que el humillado pueblo les haya dado soldados con que sostener su dominación.

En algunos colegios y en la Universidad se dan lecciones de aquellas ciencias; pero ya la falta de los aparatos necesarios, ya la insuficiencia de los maestros, hacen poco menos que nula la enseñanza; y sinó que se nos diga ¿dónde están las muestras del aprovechamiento de los jóvenes? Nuestra rica naturaleza nos brinda por todas partes con los objetos necesarios para la vida, y no obstante acudimos por ellos á Europa. Hay quien ha recibido lecciones de física, é ignora qué cosa es el agua que bebe; hay quien ha estudiado química, y no sabe cómo se ha de hacer un jabón.

Los reglamentos que han regido los establecimientos de enseñanza en que venimos ocupándonos, han sido y son indudablemente defectuosos, pues no satisfacen las necesidades generales ni las condiciones que se necesitan para hacer profundos y sólidos los conocimientos que deben distinguir á los *doctores* de los charlatanes y embaucadores, ya que tanto empeño hay en adquirir ese título. Con tan desatinado sistema de enseñanza adquieren los estudiantes un superficial

conocimiento de las materias que desean aprender, ó diremos más bien, un volátil colorete de gente aprovechada, el cual sirve para el momento del certamen, y luego se borra y desaparece para siempre. Mas ¿qué les importa que después de conquistados los grados, y adquirido el pomposo título de *doctor*, subsista su ignorancia grande, redonda y cerrada? Ese título les da derechos, y éstos en sus manos pueden y deben convertirse en oro, aunque sea á despecho de toda razón y justicia. La honrada reputación es cosa muy secundaria, y no entra en sus planes: muchas veces no vale un pito.

Pero la deficiencia de los reglamentos pudiera suplirse en parte con el buen desempeño de los maestros, y quisiéramos ver en estos: mayor interés por el aprovechamiento de los discípulos. Hay todavía quien piensa que el estudio consiste en retener en la memoria largos trozos de un texto dado, en proveerse de un cúmulo de doctrinas de un solo maestro, como si este tuviese el don de la infabilidad, y en saber aplicar ciertas reglas para verificar un análisis. No es raro por lo mismo ver turbarse y perderse á un joven que se presenta á examen, cuando se le desvía un tanto del único carril por el cual está acostumbrada á caminar su inteligencia. Tomad, por ejemplo, á un estudiante de literatura de la Universidad y hacedle algunas preguntas; os citará el *Arte de Hablar de Hermosilla*.—Pero, Señor, Hermosilla tiene tal defecto.—Sin embargo, esta regla, aquella opinión, esotro ejemplo. Hermosilla lo dice—Pero, Señor, ¿no ha notado V. que este autor anda errado en esa misma opinión, en ese mismo ejemplo?—Quizás; mas con todo, la razón de Hermosilla....—Pero si es Hermosilla á quien trato de impugnar—No obstante, la razón de Hermosilla, Hermosilla, Hermosilla....— ¡Y dele, y dele con Hermosilla!

El maestro que verdaderamente se empeñe en el adelantamiento de sus discípulos, trate de nutrirles el

espíritu y la inteligencia con buenas doctrinas y ejemplos selectos, no limitándose á un solo texto, porque es difícil hallar autor que, intachable en todas las partes del asunto que ha tratado, pueda por sí solo dar enseñanza completa y perfecta. Si así fuera, deberíamos quemar muchos libros escritos sobre un mismo tema, no obstante sus buenas cualidades, y quedarnos solo con uno; ¿para qué se han de conservar objetos que de nada aprovechan?

Los que aspiran á ser catedráticos deben prepararse con conocimientos extensos y sólidos en la materia que han de enseñar; deben aprender á distinguir con recto raciocinio los principios que se fundan en la razón y la filosofía, de aquellos que con apariencias de verdad, son en el fondo falsos y perniciosos; deben saber meditar y llenar con su propio caudal los vacíos de un texto. La inteligencia que no sabe pesar, medir, apreciar con juicio el valor de las cosas, y producir frutos propios y bien sazonados, mal puede contribuir á ilustrar otras inteligencias. Debe por fin no limitarse á enseñar, sino alentar á sus discípulos, estimularlos, hacerles comprender la excelencia y los beneficios del estudio, inclinarles á amar la gloria, que es el aguijón de las almas nobles, encender el fuego de esta poderosa pasión en sus corazones, de esta pasión que eleva y engrandece la patria elevando y engrandeciendo el espíritu de sus hijos. ¿Hacen algo de esto la mayor parte de los que dirigen nuestras cátedras? ¿Comprenden la gravedad é importancia del oficio en que se han metido? (1) No. Pues; ¿cómo han de adelantar nuestras ciencias y literatura? ¿Cómo no hemos de tener doctores de pacotilla en vez de hombres ilustrados, y pobreza, y desgracias, y crímenes, en vez de los bienes morales y materiales que deben producir los colegios y universidades? Hay maestros que no tienen otra mira

(1) En esta materia, como en todo, no faltan excepciones, aunque muy raras.

que devengar la pensión señalada á su cátedra; los hay que saben menos que el discípulo á quien dictan sus lecciones; los hay que nunca tienen presente aquello tan sabido de que el aprovechamiento del discípulo es la corona del maestro *Mihi ille detur puer*, decía Quintiliano, *quem laus exitet, quem gloria juvel, qui victus fleat*; y aplicando estas palabras á los maestros, diremos que nunca podrá ser bueno quien no se mueva con la alabanza, ni se estimule con la gloria, ni llore de despecho cuando se deje vencer por alguna dificultad, y no pueda satisfacer la necesidad que descubra en la inteligencia cuyo cultivo se le ha confiado.

Nuestros agricultores rutineros, llegados ciertos meses, rompen la tierra, siembran, escardan su poquillo en torno de la planta, y la dejan después á la ventura; mas nunca se toman el trabajo de hacer ninguna observación meteorológica, de analizar el terreno, de aplicarle los abonos necesarios de una manera conveniente, y aprovechar de los beneficios que la naturaleza brinda en sus sabias leyes. He ahí lo que por lo común sucede también con los maestros y discípulos en el Ecuador: terrenos éstos de diferentes clases, reciben no obstante la aplicación de un solo cultivo, y mal cultivo, por supuesto. No se estudia el carácter é inclinaciones del niño, ni se piensa en escoger la semilla intelectual que debe sembrarse en él, ni el sistema que convendría seguir en la enseñanza: el preceptor rutinario que le toma á su cargo, no hace más ni menos que cualquiera de nuestros campesinos cuando siembra su trigo ó sus patatas. Si la naturaleza no ha dotado al niño de buena índole, de mucha aplicación al estudio, y de vivos deseos de adelantar en él, no hay que esperar sea con el tiempo hombre ilustrado y útil á la patria, á la familia y á si mismo: el maestro nada hace, si no es ejercitarle un poco la memoria haciéndole aprender largas lecciones que repite de corrida y sin entender jota cuando se le pregunta. ¿Espera acaso

el buen hombre que todo se conseguirá con el crecimiento del muchacho, y el espontáneo desenvolvimiento de sus facultades naturales?

No debemos echar en olvido otra circunstancia que hemos notado con pena en nuestros establecimientos científicos y literarios, porque influye mal no sólo en el ánimo de los estudiantes, sino también en el de los maestros, que nos aflige y abate por extremo. Hablamos de la indiferencia del público hacia los actos en que los primeros desean lucir los conocimientos adquiridos en el año escolar que ha transcurrido, y los segundos buscan su parte de honra demostrando en el aprovechamiento de los discípulos el empeño que han puesto en la enseñanza. En el año actual, (1867), remedo de los anteriores en este punto, la Universidad, los más de los días, ha estado desierta, y los examinadores han sido los mismos catedráticos; en vano han buscado los jóvenes desde el asiento del examen, siempre duro y penoso, miradas y sonrisas que los alentasen y muestras de aprobación que no sean las de sus propios superiores y condiscípulos. ¡Qué frío tan glacial el de esta sociedad! ¿Por qué no concurren á estos actos á lo menos los padres para imponerse del estado de los estudios de sus hijos? ¿Porqué los hombres ilustrados se desdeñan de ir á examinar á los estudiantes? ¿Por qué no van los magistrados á estimularlos con su presencia? ¡Qué! la educación de la juventud ha llegado á ser objeto tan baladí para que nadie se interese en saber el estado en que se halla?

El colegio nacional ha sido con poca diferencia desatendido como la Universidad. Decimos con poca diferencia, porque los Padres Jesuitas ejercitan á los jóvenes en la declamación, hacen cantar á algunos sus propias composiciones con acompañamiento de piano, y amenizan los actos literarios de otras varias maneras, siendo esto, y no el deseo de imponerse de la instrucción de los estudiantes; lo que atrae á muchas personas

á San Luís; y el concurso se aumenta y el salón de los exámenes rebosa de gente, cuando no hay nada de preguntas y respuestas, sino solamente distribución de premios, música y alguna representación teatral que los maestros preparan con sus mismos alumnos, como descanso de las fatigosas tareas que han terminado. Pero quitad la declamación, la música, el teatro y la pomposa distribución de premios, y ya veréis si los Jesuitas y sus alumnos tienen compañía ninguna.

Esta indiferencia con los actos públicos de los colegios arguye falta de interés y celo por la instrucción de parte de las personas ilustradas y notables del país é ignorancia y miedo de ser vencidos por lo examinados en todos los demás. Hay criminalidad de parte de los unos y de los otros, y ninguno merece perdón. No es obligatorio examinar, y los padres ignorantes deberían concurrir á dichos actos para siquiera oír hablar á sus hijos y juzgar de su adelantamiento por el aplauso de los demás; y si se les invita á hacer algunas preguntas poniéndoles la *varia* en la mano, hay tantas buenas salidas que hemos visto emplear con acierto á muchas personas que viven en olor de sabiduría:—¡Oh! basta, basta; lo han hecho perfectamente. — ¡Oh! muy bien; estoy satisfecho. ¡Bien! bien! bien!—Y luego palmotean y zapatean para ocultar su ineptitud entre la algazara de otros aplaudidores que les siguen. Casi siempre los más entusiastas en levantar esa bulla, son los que menos han entendido el motivo del aplauso.

Las personas que en estos tiempos de los estudios al vapor, de la desidia de los maestros, de la falta de estímulos y de otros males, han llegado á sobresalir entre nosotros por sus conocimientos literarios ó científicos, se han ijustrado fuera de las aulas, emprendiendo de nuevo asíduos estudios, luchando contra los defectos que en ellos aprendieron, buscando nuevas doctrinas y corrigiendo el gusto con la lectura de libros que sus maestros acaso no conocieron. Como fruto de sus

anteriores tareas no les queda á los más otra cosa que el título de doctor; objeto vano y ridículo de puro uso, y que sin embargo sirve todavía para que se ufanen con él los tontos, como si constituyese un tesoro de merecimientos. (1)

Hay quienes á este título añaden un poco de mala lectura; novelas, cuentecillos, anécdotas, versos, todo defectuoso por la forma é inmoral en el fondo, todo malo y nocivo. Por lo regular son traducciones del francés hechas por librereros que no conocen ni esta lengua ni la española, ó imitaciones serviles en que sólo lo falso y lo absurdo campean á maravilla y están que ni pintados, y que sus autores han tenido la cortesanía de dedicar á los americanos, y éstos la candidez de aceptarlas; pues les parece un prodigio cuanto viene de Europa ó se ha imitado de los europeos, como si allá en el viejo mundo no hubieran también ingenios de ordinariísima estofa, cuya única gracia consiste en saber embaldurnar gruesas resmas de papel. ¡Qué diluvio de libros, folletos, folletines y periódicos de esta calaña nos cae encima todos los días, santo Dios! Son las flechas de Jerjes que oscurecen el sol de la ilustración americana; son la irrupción de la barbarie de la inteligencia contra el imperio de las buenas costumbres y del saber; son el cólera morbo de los espíritus que cebándose en ellos los arrasa cruelmente.

Convendría mucho al progreso de las letras sudamericanas, que en vez de esa multitud de novelas insulsas y otros escritos inútiles ó perniciosos con que nos abrumba la prensa europea, especialmente la francesa, nos brindasen sus sabios y literatos con el estímulo de su correspondencia, con sus consejos y avisos oportunos; ó á lo menos sería muy bueno que no fuesen tan

(1) El último congreso ordinario acaba de dar una ley estableciendo Juntas universitarias en Guayaquil y Cuenca; esto es, nuevas fábricas de hacer doctores. ¡Feliz Ecuador donde á la vuelta de poco tiempo tendremos doctores arrieros y gañanes. Esto sí es civilizarse. ¡Viva el doctorado!

desdeñosos con los partos de la inteligencia de los hijos de estas lejanas tierras. Un escritor francés de nuestros días que se ha ocupado en examinar el estado de la literatura brasileña, ha dicho con recomendable sinceridad: "Somos muy desdeñosos, á lo menos en literatura, con todo lo que no es europeo: creemos de buena gana que la porción de tierra que habitamos tiene el exclusivo privilegio de producir obras de inteligencia, y, olvidando que la civilización ha pasado por el oriente antes de llegar hasta nosotros, no pedimos á aquellas remotas comarcas otras cosas más que los productos de su suelo ó de su industria. No tratamos de averiguar si su literatura podría producirnos nuevas fuentes de inspiración, ó cuando menos nuevos objetos de estudio. Sin embargo, en las antiguas regiones orientales hay más de una literatura que ha precedido é inspirado á las de Europa; y el Nuevo Mundo, al cual hemos abierto la carrera, nos ha seguido muchos más prontamente en el campo de las letras que en el del comercio y la industria." (1) Agradecemos á M. E. Delaplace esta confesión porque nos evita el trabajo de extendernos demostrando lo que él ha puesto en claro en pocas palabras.

Volvamos al punto principal.

Entrad al cuarto de uno de esos jóvenes doctorcitos en quienes veníamos ocupándonos, y si me enseñáis cosa de provecho en materia de libros y periódicos, me sorprenderéis con un milagro. Allí, encima de esa mesa, está una docena de volúmenes en romántico desorden: *Los siete pecados capitales* las *Memorias del diablo*, *La mano del muerto*, etc. Ved por debajo de la mesa: esos números de periódicos, esos folletos y hojas sueltas contienen el sangriento desahogo de las pasiones de bandería: los liberales se han deslenguado contra los conservadores; los conservadores han des-

(1) *Revue contemporaine*. 15 décembre, 1865.

pedazado á los liberales. Unos y otros han agotado los insultos y las calumnias en la contienda del periodismo y de los libelos políticos: esos papeles son balas que se han disparado con furia infernal, que han echado por tierra las buenas reputaciones, amancillado nombres mercedamente afamados, engendrado odios eternos y mortales; y sin embargo, son joyas del repertorio literario que tenéis delante. Seguid con el examen: encima de aquel escritorio están las producciones de la lectura de tantas obras maestras: este es un rasgo novelesco escrito en lenguaje extraño, pues si es gabacho no es español, y si es español no es gabacho; aquel es un artículo sobre política, en el cual se explayan los saludables principios de desollar al prójimo que comete el gran pecado de no pensar y obrar como el autor, ó de no pertenecer á la bandería en que se ha afiliado; escrito es el borrador de unos versos sentimentales con sus ribetes de materialismo; ¡oh! de seguro: sin esto no hay poesía. Echad la vista algo más allá, y veréis en un rincón unos objetos rotos y empolvados, que muestran el tosco manoseo de otros tiempos, y el absoluto descanso en que por último se los ha dejado: son los libros que sirvieron á nuestro amante sabio en el colegio y la universidad, y hoy sirven solamente de pasto á las polillas.

Si: con esos libros y papeles y cuatro teorías utópicas en la cabeza, con harto atrevimiento para desafiar la opinión pública, hay quienes se venden por sabios, y sabios tan competentes para todo, tan grandes, que para ellos no hay cosa imposible. Cantar como Píndaro ú Horacio, ó más bien como Byron y Víctor Hugo, es patarata; la ciencia de Humbolt y Arago les es familiar; en diplomacia podrían dar lecciones á un Talleirand; en religión son tan instruídos, que han dado en hereges ó ateos. ¡Qué portento el de esta juventud de ayer con conocimientos enciclopédicos! En cuanto á los partos de tanta sabiduría, algo habéis visto ya en el

cuarto que acabáis de visitar, pues ahí están más ó menos las muestras de lo que hace toda esa maravillosa gente: millaradas de versos insulsos y ruines; artículos de periódicos y hojas sueltas en que se dan la mano la ignorancia y la desverguenza; las ciencias mal aplicadas por bien mal comprendidas ó totalmente ignoradas; la política engendrando infames revoluciones desoladoras de los pueblos; las inmorales y disolventes doctrinas del socialismo y comunismo tratando de suplantar á la santa sabiduría del Evangelio para corromper el corazón de la sociedad; las sombras de Proudom, de San Simón, de Fourier inspirando á sus atolondrados discípulos las ideas del mal que deben entronizar en la tierra.

Pero si hablamos de muchos jóvenes de ayer, tampoco debemos olvidar á la gente que peina canas ó luce una extensa calva cual despojos de sus dilatados años, y obra no obstante como los inexpertos muchachos. Al ver su desatinado procedimiento, se creería que respira aún el aire de las aulas, que su inteligencia no ha pasado de la región que le abrieron las lecciones en ellas aprendidas, y que nada ha ganado su corazón con el comercio social en que se ha movido y envejecido. Y así es verdad: se ha parado moralmente en el punto en que la dejaron los maestros y los cartapacios, y no da un paso adelante. Allí se hace coplera, periodista, política, aspirante á los empleos, enredadora, impía y todo; desde allí asesta los dardos de su lengua é insulta á los hombres de buena reputación, predica doctrinas que no entiendo y exige tributo de respeto y veneración para sí de cuantos la rodean. La experiencia, tan benéfica por lo general, es para esa gente como un río de aguas cristalinas que corren en un cauce de mil varas de profundidad y de nada la aprovechan; la vida es una lluvia de acontecimientos, buenos y malos, que la encuentran como una estatua de granito: ni la ilustran ni la desgastan.

En tiempo del gobierno monárquico, el absolutismo y las cadenas que embargaban la inteligencia americana impidieron el adelantamiento de nuestra literatura; y esta fué, cual debía ser, planta que crecía lentamente y fructificaba mal bajo la influencia de instituciones sociales frías y aniquiladoras como la escarcha. Ahora, á esas causas de estancación y retroceso se han sustituido las mezquinas pasiones que germinan y crecen en el mal campo de la insana política que todo lo trastorna en nuestras repúblicas. Aquellos eran males que estaban encarnados en lo íntimo de la sociedad colonial por el querer de los déspotas; éstos son males que vienen del aliento deletéreo de la demagogia esparcido sobre pueblos demócratas y libres. Las espadas de mil héroes nos libertaron de los primeros; ¿qué haremos para salvarnos de los segundos? Por todas partes nos atisban, nos persiguen, nos hieren; y en tanto la patria nos pregunta:—¿Qué hacéis por mi honra? ¿Donde están las coronas que me prepara vuestro ingenio? ¿Creéis que pueden enaltecerme vuestros odios y persecuciones, y que puedo presentarme en el concurso de los pueblos civilizados manchada de vuestra sangre y sucia con vuestro lodo?

En el orden moral no hay cosa peor que las pasiones de los partidos políticos: todo lo tocan, lo contaminan y dañan; son como esas serpientes de África de las cuales se refiere que envuelven sus presas en un humor ponzoñoso para que caigan sus carnes deshechas en pedazos. Intolerantes, agresoras y crueles, juntan en sí cuantas condiciones perversas son necesarias para constituir una verdadera plaga. Para ellas no hay virtud ni inocencia ni saber ni mérito ninguno; para ellas no transcurren los tiempos, y la venganza hoy meditada la llevarán adelante de aquí á veinte años; para ellas no hay ley escrita ni sanción moral ni pudor ni conciencia, y manejan las armas de la mentira y la difamación como se maneja el veneno y el puñal.

Cuando el vicio se presta á sus miras, le erigen altares y le queman incienso; cuando el crimen les ha púesto el poder en las manos, le encomian y ensalzan como un acto de virtud heróica. Desvergonzadas por naturaleza, ciñen sus sienes con las hojas de laurel arrancadas á sablazos de las sienes de sus víctimas, y levantando el arma ensangrentada dicen con ronca voz á los humillados pueblos que tiemblan á sus pies: *in signis vincis*. Rastreras y ruines, se abaten otras veces y se arrastran como los reptiles, y ocultas entre el polvo y la maleza conspiran contra el orden y la paz, contra la vida y la honra de la patria. Pintar estas malditas pasiones es imposible. El alma generosa de algunos artistas y poetas nós ha traído del cielo el tipo de la belleza ideal; mas para mostrar al mundo el tipo de esas monstruosas deformidades del espíritu humano, sería menester buscarle en los infiernos, y ¿quién, si no son ellas mismas, podrá descender á esas regiones?

¡Cuántos males han causado esas pasiones á nuestra patria! No son ya solamente las conspiraciones, los campos de batalla, las poblaciones desoladas por el fuego y el aceró, las proscripciones y los cadalsos los que nos hacen gemir y lamentar; es también la persecución moral declarada directa ó indirectamente contra el imperio del espíritu y la inteligencia, cuyo influjo inofensivo y suave no tiene cosa que ver con la política, sino con las ciencias, la literatura, las artes, y con cuanto moraliza las costumbres, trae á los pueblos riqueza y bienestar y hace para los individuos llevadera la carga de la vida. Ese imperio es para todos; mas ¡oh desgracia! no todos los hombres son para él. La filosofía le proclama cual excelso dón de los cielos, y quisiera ver florecer á su sombra á las naciones; pero la insana y dañosa política se le opone y proclama á su vez las inmorales y disolventes doctrinas de la intolerancia, ¡y estas prevalecen! Son tales, que muchas veces vemos hombres dotados de limpieza de corazón

por la naturaleza, y de inteligencia clara é ilustrada, trocarse de sobresalto en rabiosos exclusivistas, y dar al traste con ese buen corazón y despejado talento. Desterrado entonces todo asomo de razón y de justicia, embotada la conciencia ó muerto su vigilante gusanillo, cierran los ojos y se van como unos necios tras los desatinos, las mentiras y los crímenes.

La literatura tiene pues que padecer necesariamente en la tierra donde el árbol de tales vicios ha arraigado, crecido y dado sus nocivos frutos. Los que, á fuer de apasionados de las letras consagran los días de la juventud á cultivarlas, porque de ello esperan honra duradera para la patria, pagan demasiado caro su buen propósito, pues quienes deberían aplaudirles y tejerles coronas, les arrojan guijarros y abrojos en el camino, ó cuando menos, les niegan todo apoyo y favorecen los elementos que han de servirles para ahogar el ingenio y hacer desesperar el corazón. Una indiferencia estudiada, hija del egoísmo y de la envidia, lo enfría y paraliza todo en contorno del pobre escritor; no sopla el aura del estímulo, no luce ni un destello de esperanza para el talento; nave inmóvil en medio del océano de la ingrata sociedad, yace abandonada y triste, plegadas las velas y esperando con ansiedad y en vano un viento que nunca ha de soplar. Despechado entonces, enójase contra las nobles ideas que abriga en su alma, las maldice, las rechaza, las aniquila, y vuelto á sus injustos y miserables enemigos exclama:—Tuve algo bueno que daros, y vosotros anticipasteis para mí el premio de la ingratitude; pues ¡ingratos! ya no os daré nada. Y el ingenio calla y muere: la nave se hunde en los abismos, y se escapa una corona de las sienas de la patria, y sólo quedan rugiendo en torno de ella las pasiones, estériles, negras, infames, pero triunfantes. ¡Oh cuán funesto y desesperante es este cuadro! y sin embargo, ¿quién se atreverá á decir que es falso?

Nosotros que hemos vivido siempre bastante despe-

gados de esa política que tizna á cuantos la manosean é infama á cuantos viven de ella, hemos tenido ocasión de observar en silencio lo que acabamos de bosquejar sin que nos mueva pasión ninguna, y sólo por afear las que, emponzoñando y corrompiendo á los partidos, causan tantas desgracias á la nación entera. Y no obstante nuestro porte en esta materia, ya nos parece oír el murmullo de desaprobación y hasta desprecio á este libro de parte de esa gente cuyo retrato venimos haciendo; ya vemos su risa burlona y sarcástica, ya está levantado el dedo que nos señala. Los conservadores nos preguntan: ¿por qué no nos probáis que sois todo nuestro? Los liberales exclaman: *¡Et hic cum illo erat!* (1) ¿Aparece un libro, una composición cualquiera en prosa ó verso? Si su autor es conocido, se da el fallo al instante; sino, nadie chista. Comienza á murmurarse un nombre por lo bajo, y ya no falta quien murmure también vagamente:—Parece que la cosa no es muy acertada; se dice que tiene algunas faltillas; hay quien opine que el autor carece de buen gusto. Pero á la postre salta á la plaza el pobre escritor, y su nombre, que no el mérito de la obra, decide de ella. Una paloma arrojada en un nido de culcbras no causaría más movimiento entre ellas ni excitaría tanto su cólera, como ese nombre en centenares de individuos de cierta comunión política, que se retuercen, chillan, silban y baten sus lenguas venenosas en todas direcciones.—

(1) No ha mucho tiempo que, sin pretensiones de ninguna clase y sólo como maestra de aprecio hácia el Sr. Gabriel García Moreno, le dedicamos el «Canto á los héroes de Colombia»; mas esta acción sencilla é inocente excitó contra nosotros la amarga murmuración de muchas personas adversas á la política de dicho amigo, á quien en verdad estimamos. Tal murmuración, más ridícula que justificable, nos ha merecido profundo desprecio; pero no se nos alcanza por qué el editor de la *Lira ecuatoriana*, al insertar aquella poesía en esta colección, ha suprimido la dedicatoria, cuando no le hemos facultado para ello.

Por lo demás, bien se habrá visto que condenamos lo malo en todos los partidos; mas si el *liberalismo* consiste en el abuso de las ideas democráticas, y en la adopción de la inmoralidad y la irreligión, ¡al diablo con él! y nos acogemos á la bandera *conservadora*, donde al fin se hallan las doctrinas católicas que profesamos de corazón.

¡Hola! ¡con qué fulano ha escrito tal cosa! ¿el ignoratón se ha metido en tales honduras? ¡Qué atrevimiento! Notad como de una manera poco disimulada habla mal de los nuestros.—Advertid los elogios á zutano que es de su ralea.—¡Qué descaró!—Pues ya lo habíamos dicho: era sospechoso.—¡Qué sospechoso! siempre ha sido mal hombre.—Un Barrabás.—Un demonio.—Pues ¡anatema con él!.—¡Anatema! ¡Anatema!

Esto dicen los biliosos y violentos; los que no lo son, aquellos que suelen saludar al autor con amable sonrisa y apretones de manos, murmuran con apariencias de compasión:—¡Qué lástima de hombre! hacía cosas tan bonitas en prosa y verso, que era un gusto; pero ahora todo lo ha olvidado: ya no es prosista ni poeta ni cosa....; se ha vuelto un topo. ¡Mostrarse el bausán partidario de... de... de ese bando que nosotros detestamos! Está perdido, está arruinado ¡Qué lástima!

Y ahora ¿creerá el lector que el escrito que ha movido tanta bulla en ese partido trata en efecto de política? Nada de eso; però cuando uno es mirado con ojerriza por ciertos hombres, y le atribuyen ideas que no están acordes con las suyas; bien puede escribir sobre moral ó teología, que en ello han de alcanzar á ver doctrinas antisociales y absolutistas, y en el Padre Eterno han de hallar disfrazado un caudillo y en el Verbo algún terrible demagogo. ¡Ah hombres! ¡ah ciegos hombres los que os dais á la quisquillosa política! ¡de cuánta necedad, de qué ridiculeces no sois capaces cuando se os mete en el alma el demonio de la parcialidad y del exclusivismo!

Pero venid acá y entendámonos; escuchadnos, ya nos habéis irritado con vuestras malas obras. ¡Que nuestra pluma os lastime, que nuestras palabras os abrumen, que la opinión de los buenos os persiga y aniquile!

Habéis establecido una jurisdicción moral asaz ca-

prichosa, dentro de la cual creéis que se encuentran toda razón, toda justicia, todo mérito, y nada bueno veis fuera de ella, nada, nada; y cuando agarráis á un hombre que os parece sospechoso, trazáis en su torno el círculo del arrogante Popilio Lena. Mas, ¿qué diréis cuando deis con alguno que, superior en fortaleza de ánimo á Antiaco, dé un salto fuera de este círculo y os grite:— Soy libre é independiente y obro como más bien me place? ¿Qué os importan mis acciones y palabras, si aun que cedan en honra y provecho de otros ó en el mio, en nada absolutamente os dañan? ¿Quiénes sois? ¿Qué pretendéis? ¿En nombre de quién obráis cuando me encerráis con esa inútil línea, y me compelés á sacrificar mis pensamientos y la noble libertad de mis acciones? ¿Os enseña vuestro liberalismo que debéis dominar por la fuerza las ajenas voluntades? ¡Peregrino liberalismo! ¡Qué parecido al del Czar de Rusia ó al del Gran Turco! ¡Qué lindas piezas sois todos vosotros! y luego tenéis bastante insolencia para llamaros republicanos, liberales y propagadores de la civilización. Callad, egoistas inícuos, y no mostréis vuestra frente sucia á la culta y honrada sociedad!—¿Qué diriais de tal acriminación, señores de la bandera exclusivista? Quizás la reputariais injusta; mas no hay tal, y vive Dios que bien la merecéis.

Liberales ó no liberales, con escasas excepciones, todos son cortados en un solo patrón: á nadie le falta lengua difamadora ni dañinas manos. Cuando toman cartas en los partidos, su naturaleza se identifica con los vicios en ellos dominantes: ser tolerantes, justos, urbanos y generosos, desinteresados y nobles, fuera contradecir los principios abrazados, oponerse al carácter general de sus escuelas y mostrarse indignos de la vida política. No; en esto hay que ser malos y pícaros, ó no ser nada, y buscar para morada un desierto, ó resignarse á una existencia de contradicciones y continuas pruebas.

¿Pertenece V. á tal partido? Pues ahí tiene ya la horca donde le han de colgar los otros. ¿Se inclina usted al otro bando? Prepárese para ser quemado por el Santo Oficio. ¿No pertenece V. á ninguno? Tanto peor; pues le darán baqueta á mantenido. Si es V. persona de talento, éste no lucirá sino bajo tal bandera, y, ¡cosa bien triste! andará V. en una con más de un zopenco charlatan, pues la ceguera del partido hace que se nivelen el mérito y el demérito, con tal que la opinión sea uniforme. Mas para los otros será V. hombre nulo, uno de esos que vienen al mundo sin saber para qué; esto si no le echan encima un millón de cargos sobre su conducta pública y privada, con aquello de monarquista, absolutista, servil, bebedor de sangre y otras lindezas de uso corriente en el lenguaje de nuestras sectas políticas. Y después váyase enhoramala el beneficio que V. quiso hacer ó hizo á la sociedad, y váyase más allá la honra de la nación, por la cual ha pasado largos días de afanes y fatigas y eternas noches de abrumadora vigilia.

Un amigo nuestro tiene escrita, hace mucho tiempo, la *Historia de la República del Ecuador*. Ha trabajado con infatigable constancia buscando buenos documentos é indagando los hechos dignos de la historia. Esto y sus conocimientos en la geografía y cronología de nuestro pueblo, su prescindencia de la política, y el carácter manso y tolerante que le distingue, nos hacen esperar que sea acertada la manera con que relate y aprecie los acontecimientos. En cuanto al desempeño, ¿quién pondrá en duda que el autor de esa Historia es uno de los pocos americanos que conocen bien la lengua de Castilla y saben manejarla con acierto y limpieza? Ahí están como prueba de ello las biografías de Maldonado, Velasco, Alcedo, Aguirre, etc., y aun el *Curso de derecho práctico ecuatoriano*, que acaba de dar á la estampa. Pues, ¿por qué no está publicada la *Historia del Ecuador*, á todas luces necesaria? Porque

se ha visto y apreciado sin duda en el autor, no su mérito como literato, sino sus antecedentes como político. ¿Qué importa, se habrá dicho, que haya escrito un buen libro, si no pertenece á nuestro bando? ¿Y puede haber nada bueno, si el escritor no es de los nuestros? Buena pamplina ha de ser todo cuanto refiera y no hay que prestarle el menor apoyo.

Y, en efecto, ningún apoyo se le ha prestado, ni siquiera se ha cumplido la resolución legislativa de 1861, por la cual, aceptándose la condición que el mismo autor se impuso de emplear en la edición de la obra lo que le debe el Tesoro, se mandó que se le pagara, añadiendo el permiso de que introdujese libres de derechos de aduanas seiscientas resmas de papel, y ordenando al gobierno se suscribiese en un corto número de ejemplares. Los manuscritos duermen entretanto en el escritorio del historiador, mientras tenga otros arbitrios para publicarlos. Felizmente es de esos hombres cuyo ánimo no desmaya con las dificultades, pues gusta de trabajarlas y vencerlas.

Tenemos otro ejemplo muy reciente de la injusta y perniciosa parcialidad de bandería. Un sujeto ilustrado y laborioso presentó al Gobierno una obra sobre pedagogía amoldada á las circunstancias y necesidades del Ecuador: era el método de la enseñanza alemana aplicado á las escuelas de la República. El Gobierno, como debía, pasó los manuscritos al Consejo General de Instrucción Pública, para que, si reputaba bueno el trabajo, lo declarase como texto. Pero, ¿qué sucedió? ¡Vergüenza da decirlo! Se devolvieron los manuscritos sin siquiera leerlos, para que su autor los imprimiese... Éste no pertenecía al bando de los consejeros. El asunto ha tomado después otro sesgo, porque la indignación de algunas personas sensatas llegó á oídos de los mal apasionados individuos que componían el mayor número del Consejo. Se ha tratado de reparar el mal, aunque no voluntariamente, y siempre queda visible nues-

tro argumento contra los que proceden sin otro guía que el egoísmo de la ciega política.

Cierto, es cosa de afligir el ánimo que se tuerza tanto la razón en pró de los intereses particulares de un partido con menoscabo de los intereses comunes de la nación. Esta quiere que su literatura se encumbre, porque de ello reportaría la utilidad de la honra, que no es por cierto escasa utilidad, ni nunca ha sido menospreciada por ningún pueblo antiguo ni moderno. Por el estado de la literatura de una nación se estima y ha estimado siempre su valer, el verdadero valer, que está en el lustre y alteza del espíritu de sus hijos. Á nosotros también ha de juzgárenos ¡ay! por la misma regla. ¿Cuál será la sentencia? Fácil es preverla.

Si no conociéramos á fondo el carácter de las pasiones de bandería, ese carácter irritable, intolerante, exclusivista, feroz y protervo, levantaríamos nuestra voz, aunque débil y desautorizada, para decir á todos los partidos y á todos los hombres: Alentemos el talento, sea quien fuere la persona á quien se le ha dado Dios, protejámosle y levantémosle; ese es un tesoro que pertenece á la patria, no á nosotros, y estamos obligados á custodiarle, á darle aumento y expansión. Mirarle con desprecio, abandonarle, aislarle ó bien poner la mano en él para aniquilarle, es tamaño crimen del cual tenemos que responder á la posteridad. ¿Qué nos importa que un ingenio pertenezca á tal ó cual comunión política? Si sus partos contienen malas ideas, impugnémoslas; mas no porque la persona tenga inclinaciones al Gobierno, ó por lo contrario, defienda la oposición, le neguemos el aprecio que merece por su despejo y luces. Si sus producciones contienen pensamientos buenos y provechosos en general, ¿qué puede importarnos, repetimos, sus afectos de bandería? ¿Qué á nosotros cuanto haga en provecho de la causa que defienda cuando la tiene por justa? ¿Qué á nosotros la veneración que tenga por éste ó aquél caudillo? Sea

respetuoso nuestro porte con toda virtud, atento y comedido con todo ingenio, y franco y sincero en reconocerle; no seamos intolerantes, no seamos egoístas, no nos contemplemos sólo nosotros ni contemplemos sólo á nuestros amigos, cerrando las puertas de nuestro corazón á los demás.

Pero nuestra voz se perderá entre el tumulto ruidoso y desaforado de la política, como se pierde el canto de las aves entre el fragor de la tormenta. ¡Oh, Dios nuestro! Que otras voces más enérgicas se levanten y consigan el triunfo que no es dado alcanzar á la nuestra, y la literatura de la patria cambiará de aspecto.

CAPÍTULO XIX

¿ES POSIBLE DAR UN CARÁCTER NUEVO Y ORIGINAL Á LA POESÍA SUDAMERICANA?

Comencemos haciendo una atrevida ascensión aérea en alas de la imaginación, para que podamos tender nuestras miradas por lugares lejanos é ignotos y por espacios más extensos que los limitados por los estrechos y mezquinos horizontes que nos rodean. Sólo de este modo podemos diseñar, aunque no con la maestría que quisiéramos, los magníficos cuadros que alcanza á distinguir por todas partes nuestra acalorada mente.

Los Andes son un trono miserable para el numen que nos guía; la altura del Chimborazo es baja y menguada para nuestro intento: subir á su cima es montar en la cabeza de un alfiler, según la expresión del gran Bolívar. Queremos mayor elevación: volemós; pues, volemós á la región de los astros y suspendámonos sobre la tierra como uno de ellos sobre su planeta. Desde ahí nos conviene contemplarla.

¡Oh Dios! ¡que espectáculo tan vario, tan bello, tan grandioso sorprende nuestros sentidos y suspende nuestra alma! La inmensidad del espacio nos rodea. La atmósfera pura y transparente brilla atravesada por los vivísimos rayos del sol, y la redonda tierra voltea á nuestros pies, mostrándonos en su incesante movimiento

to sus fases todas. En cada una de ellas ha puesto el Creador tanta diversidad de objetos, de belleza atractiva, de vida que se renueva instantáneamente, de caracteres, inclinaciones y afectos, que así en la parte material del globo como en el espíritu de la sociedad humana que le habita, hay un motivo eterno de meditación para el filósofo y una eterna fuente de inspiración para el poeta. Asia, Europa y Africa enlazadas y agrupadas hacia el norte del antiguo hemisferio; América tendida sobre los dos océanos como un gigante cuyos pies se hunden en los hielos del polo ártico y cuya cabeza se avecina á la extremidad antártica; las islas oceánicas brotadas del inmenso seno de los mares en variados y pintorescos grupos; los mares que abrazan por todas partes las fracciones del globo; todo está á nuestra vista. Y luego esas fracciones no se parecen entre sí, y cada una de ellas contiene otras subdivisiones, y éstas asimismo encierran tanta diversidad de cosas, con tal diferencia de formas, de colores y caracteres, que no bastan cien inteligencias para comprenderlas, ni cien lenguas para describirlas siquiera brevemente. El sol reparte con desigualdad su fuego y luz, y son infinitos los efectos de su acción; enciende las regiones de la Libia y las costas meridionales de la India; templá el frío del norte ó apaga sus rayos en los hielos eternos de los polos; arregla las benéficas estaciones, ó bien en partes, cual la tierra feliz de nuestra patria, mantiene una constante y deliciosa primavera. Las montañas tienen todas su aspecto peculiar: los Alpes se diferencian del Cáucaso, éste del Atlas; y Atlas, Cáucaso y Alpes ceden á la grandeza de los estupendos Andes. Si el Himalaya se ufana con su Dhawalagiri y su Chalamari, los Andes sorprenden con su Sorata y su Chimborazo, vestidos de sempiterna nieve desde la inmensa berroqueña basa hasta la elevadísima cumbre envuelta de escarmenadas nubes. El mitológico Nilo; el Eúfrates, rico de recuerdos bíblicos, el pintoresco Gan-

ges, sagrado para los adoradores de Brahma, el Danubio y el Rhin de orillas coronadas de ruinosos castillos feudales y de florecientes ciudades, atraen la atención y la cautivan; pero acá se ostenta el Amazonas ornado de seculares y magníficas selvas, y pide su título de monarca de todos los ríos de la tierra é infunde una especie de veneración mezclada de terror sublime.

¡Cuántos misteriosos bosques, cuántas atronadoras cataratas, cuántos golfos que han hendido la tierra y roto las montañas, cuántas islas que parece flotan en el Océano, cuántos lagos que llevan el nombre de mares! Y en montañas y selvas, en ríos y mares, en islas y golfos se rebulle la vida que brota por todas partes, lo anima todo, se hunde en el sepulcro y vuelve á surgir del polvo de la muerte. ¡Oh, riqueza, oh hermosura, oh magnificencia, oh incomprensible magia de la creación en sólo la superficie de la tierra!

Dejemos al astro divino, centro de nuestro sistema planetario; no contemplemos las escintilantes estrellas en el éter purísimo suspendidas; no vaguemos en los infinitos espacios en pos de otras maravillas que ha esparcido la mano del Criador cual muestra cabal é irrefragable de su omnipotencia: basta á nuestra consideración el hombre en relación con los objetos del universo, el hombre amoldado á las circunstancias del suelo que pisa, del aire que respira, del sol que le abriga, de los alimentos que le nutren, de las impresiones que recibe; de sus afectos, recuerdos, creencias y esperanzas, de cuanto, en fin, constituye su vida inteligente, espiritual y moral. Por más que los cambios políticos y religiosos y el poder irresistible de la civilización influyan en las costumbres de los pueblos, cerrando unas eras y abriendo otras distintas á las escenas de la vida, queda siempre la tintura primitiva, el color original que ha calado en ellos y llegado á constituir parte de su naturaleza. Y esto se explica perfectamente, pues, si no es difícil hacerle cambiar á la sociedad de creencias reli-

gias, instituciones políticas, costumbres y civilización, el poder del ingenio, de las ciencias y de la ambición humana, escolla y se rompe al tropezar con las leyes superiores que reglan y gobiernan las infinitas partes del universo: leyes ocultas y misteriosas, y que están por lo mismo lejos de la comprensión y del poder del hombre, por más que la sabiduría le eleve sobre sus semejantes y éstos le proclamen semidiós. Tal es lo que venimos exponiendo, cual la racional criatura que puede muy bien trocar sus alimentos y vestidos por otros muy diversos, y aun modificar y cambiar sus pensamientos, pero sin que alcance la fuerza de su voluntad á dar á los órganos vitales otras formas ni otras leyes de todo en todo opuestas á las que le ha señalado la naturaleza.

La existencia del hombre tiene, pues, que ser diferente en todas partes, y que llevar un sello peculiar impuesto por las circunstancias locales: así nunca podrá parecerse el diligente, robusto y civilizado europeo al asiático que, vencido por la perezosa molicie y enervado por la sensualidad, ha perdido la fuerza viril de la inteligencia y del espíritu junto con la del cuerpo; ni los bárbaros habitantes del Congo y de Zangüivar, acostumbrados á sufrir los calcinadores rayos del sol y á desafiar la ferocidad de los leones y tigres, podrán ser comparados nunca á los miserables hijos de Laponia, embrutecidos por el hielo del polo, y domadores sólo del indefenso reno. En la variedad de la naturaleza está la variedad del hombre. Éste, llamado rey de la creación, es á su vez esclavo de cierta fuerza oculta que hay en la misma creación y que le gobierna de una manera absoluta é irresistible. Si él abate las selvas, aplana los montes y se burla de las ondas del océano, las selvas, los montes y los mares le dan ideas, caracterizan su índole, forman su vida, y esta es la fuerza á que no puede resistir, y le obliga á ocupar un punto determinado y fijo en el mundo.

Añadamos á lo dicho, ótras causas, sin duda secundarias, si las ponemos en parangón con las que provienen directamente de la naturaleza, pero en ningún caso menos importantes, que contribuyen á establecer la variedad entre los hombres considerados como seres racionales y pensadores. Tales causas son las religiones, las historias y las costumbres; éstas y las primeras establecidas las más en fuerza de las necesidades y no pocas veces por efecto de la caprichosa imaginación, y las historias como brotadas bajo la planta de las generaciones que han pasado, para que se aleccionen con ellas las generaciones venideras.

¡Qué cúmulo tan innumerable de creencias vemos esparcidas en todo el mundo y en todos los siglos! ¡Qué fuente tan inagotable y fecunda ha sido siempre para ellas el corazón y la cabeza del hombre! Á penas hay en la creación objeto al cual no se haya atribuído virtudes sobrenaturales y tributado adoración; apenas hay afecto que haya carecido de altares y de incienso. Los egipcios, según la picante expresión de Juvenal, eran tan felices que les nacían dioses hasta en los huertos: la cebolla les había merecido honores divinos; los griegos y romanos llevaron el abuso en esta materia hasta el extremo de degradar con él su civilización, pues deificaron las pasiones más vergonzosas y tuvieron por buenos y virtuosos actos, hoy con razón tenidos y reprobados como criminales; el fetiquismo ha sido y es todavía común á muchos pueblos salvajes; los *gris gris* dominan en el espíritu de los negros del Africa central, los *burkans* son adorados en Siberia, y muchas tribus de América llevan consigo sus *manitús* en la errante vida de las desiertas selvas. En todas las naciones han humeado los sacrificios presentados por la superstición á la mentira; la historia nos enseña allá en las Galias al druida con el cuchillo sagrado goteando caliente sangre, y las víctimas humanas revolcándose agonizantes sobre las toscas aras; el imperio de los

aztecas nos muestra escenas no menos atroces y repugnantes; los incas y shiris dieron á sus vasallos una religión menos bárbara, y vemos en su culto más humanidad y sencillez, pero siempre muchas extravagancias y ridiculeces. Aun hay pueblos en Asia que adoran el fuego y los astros; en el Tibet vive el gran Lamá en su rico y misterioso santuario servido de millares de sacerdotes; el Indostán conserva la antiquísima fe de Para-Brama; el islamismo difundido en Asia y Africa, sostiene todavía con fervor las revelaciones del Alcorán; los diseminados vestigios de la nación hebrea conservan sus sinagogas y esperan en las promesas de los profetas, y el civilizador cristianismo, dueño de la verdad y la justicia, triunfa de la mentira y el error, y lleva su divina enseña á todos los ángulos de la tierra.

La historia política de las naciones, siempre eslabonada con la historia religiosa, tiene tantos aspectos cuantas son las generaciones que vienen sucediéndose en el escenario de la vida desde hace seis mil años, y cuantas son las fracciones en que está dividida la sociedad. Hay pueblos salvajes, absolutamente sin leyes, y para quienes la justicia es por lo mismo de todo punto desconocida; los ha habido que bajo el régimen patriarcal han gozado días de verdadera ventura; la teocracia ha empuñado muchas veces el cetro en uso de su pretendida delegación divina; otras tantas la sangrienta espada ha sido convertida en emblema de Gobierno. Aquí gimen los pueblos vencidos y encadenados por la tiranía; allá viven en perpétua lucha con los déspotas por adquirir ó conservar los derechos que les ha dado naturaleza; acullá proclaman estos derechos en toda su plenitud, y gozan de ellos y crecen en civilización y grandeza; acá se abusa de la libertad, y esta fuente de ricos bienes para los pueblos se convierte en manantial de calamidades. El polvo de la tierra se ha empapado en tanto y se empapa todavía con los ríos de sangre producidos por las terribles tormentas de las

revoluciones, conspiraciones y guerras; y del seno de esas tormentas han aparecido los héroes que, cual dueños y árbitros de ellas, las han conjurado ó las han vuelto más largas y espantosas. Semidioses ó genios del mal; ellos han constituido el alma de su época, y aun se los ve al través de las sombras de los tiempos cual figuras simpáticas ó siniestras, pero siempre eminentes y admirables.

Vengamos á las costumbres. ¿Quién es capaz de enumerarlas ni de pintarlas? Son infinitas y variadas como las montañas, los mares, los ríos, las selvas, como las circunstancias peculiares que rodean á cada pueblo, como las necesidades que le apremian, como sus pensamientos y recuerdos, afectos y caprichos. Las costumbres son los déspotas más duros y tenaces del mundo: imperan en los alimentos y vestidos, en la manera de buscarlos, en la ciudad y el campo, en la paz y la guerra, en el trato familiar, en el comercio social; influyen sobre las naciones en general y sobre los individuos en particular; el cuerpo y el alma están sujetos á ellas, y hasta la alegría y el sentimiento participan de la acción de su omnímodo poder. Las costumbres son los rasgos típicos de los pueblos y forman su aspecto material y moral: son una especie de espíritu, si se permite la expresión, que pone en movimiento todos los resortes del organismo individual y social con tal fuerza y poder que su operación, si alguna vez se modifica, es sólo por el constante trabajo de los siglos que ruedan sobre las naciones, cual los ríos sobre sus álbeos de piedra, gastándolas lentamente. Se asegura que los árabes conservan hoy en día las costumbres que Ismael, su padre común, y sus descendientes establecieron ahora más de tres mil quinientos años en la errante vida del desierto; nuestros indios, á pesar de la dominación española y de la constante contradicción que han sufrido de todas maneras en su vida pública y privada, no han podido olvidar ciertos usos y hábitos que

aprendieron de sus mayores; y nosotros mismos vivimos como pegados á lo que nos enseñaron nuestros abuelos en tiempo de la colonia.

En medio de tal variedad de cosas tocantes ya á la tierra, ya al hombre, á la historia y las costumbres, era imposible que los partos de la inteligencia no fuesen también variados: los pensamientos tenían que germinar en la cabeza racional, nacer y circular en el mundo amoldados al carácter del lugar donde esa cabeza se hubo desarrollado, é impregnados del olor y sabor, digamos así, de las circunstancias peculiares del suelo, del clima, del aspecto y de las producciones de ese lugar, y así fué en efecto. De aquí viene que en nada se parecen las literaturas entre sí, y que lleve cada una tan profundamente impresa la marca de su procedencia, que no puede ser desconocida por más que se la vea á la luz de zonas diferentes y al través de muchos siglos.

Buffon decía con verdad que el estilo es el hombre, y nosotros podríamos añadir que la literatura es el pueblo; si en el estilo se refleja el carácter íntimo del individuo, en la literatura aparece entera el alma de la sociedad. La literatura hebrea, sencilla como las tiendas y los rediles, robusta como la naturaleza primitiva, nos muestra á los hijos de Israel en su vida patriarcal y prolongada por largos siglos; los poemas y libros sanscritos conservan en sus páginas el calor y el brillo de las regiones del Indostán; al norte de Europa las letras han tomado el tinte sombrío de las nebulosas montañas y la índole reconcentrada y pensadora de sus pueblos; el carácter de la literatura española, conservado especialmente en sus romances, no puede buscarse en ningún otro pueblo que no sea el español, religioso, caballeroso, valiente, luchador de siete siglos, insaciable conquistador de tierras y riquezas, y fanático en religión, terco en política, temerario en las empresas, cruel en la guerra: América ha podido tener

también su literatura propia, y la tuvo en efecto aunque en embrión, según podemos juzgar por los cantares peruanos y quiteños de ahora tres siglos, y por los cantares y escritura jeroglífica de los aztecas, salvada en cortos restos del barbarismo de la conquista. La poesía, la astronomía y las tradiciones orales son los orígenes de toda literatura, y los pueblos americanos cantaban la naturaleza, observaban las leyes que rigen los astros y guardaban los hechos históricos en la memoria de las generaciones ó en signos inventados al efecto: ¿quién ignora lo que fué la ingeniosa escritura de Quito y del Perú, en la cual unos cordeles de diversos colores y unos nudos de varias formas hacían el oficio de letras? La civilizada Europa vino á cortar las alas de la literatura original del Nuevo Mundo, y á los conquistadores debemos el no poseer, sino libros como los vedas y los poemas sanscritos, á lo menos muchos importantes documentos de la inteligencia americana, que hoy habrían sido objetos de estudios y meditaciones provechosas para la historia, la ciencia y las bellas letras.

No obstante, los arcabuces españoles y los briosos caballos de los Corteces y Pizarros que arrasaban pueblos y hollaban montones de cadáveres, no pudieron cegar las fuentes de inspiración abiertas al alma: naturaleza es un libro inmenso y eterno, que no ha podido ser quemado como los manuscritos aztecas y la *Historia de las guerras civiles* de Collahuazo. También se han salvado de la común ruina algunas tradiciones indígenas, y no han desaparecido del todo los rasgos característicos del primitivo pueblo americano. Esto viene de que tampoco se puede quemar la memoria de los pueblos, y de que la índole de las razas se mantiene como confundida con su sangre hasta en sus últimos y maltratados vástagos.

Vive, pues, y brilla la naturaleza del nuevo hemisferio, con el vigor, lozanía y magnificencia de ahora

tres siglos; conocemos algo de la historia de sus pueblos originarios, cuyos restos aun subsisten entre nosotros, y cuyo carácter y costumbres no se han borrado del todo. Además, la raza europea, cruzada en su mayor parte con la indígena, la ha modificado: la savia de dos troncos se ha confundido para dar vida al árbol de nuestra sociedad moderna. La religión cristiana y la civilización ultramarina influyen hoy en las almas e inteligencias que antes vivieron y se desarrollaron bajo la influencia de la fe en *Pachacámac* y el sol. La organización moral primitiva de los americanos, su elemento espiritual, está patente en nuestra raza mezclada en todas partes, y sólo es diverso el poder que la mueve y dirige, ya dándole expansión en los campos inmensos de una naturaleza virgen, ya elevándole a las regiones abiertas por las nuevas creencias religiosas y por las investigaciones de la filosofía; regiones infinitas llenas de armonía y de belleza donde vaga el alma humana como una exhalación perenne en el azul firmamento.

En vista de tantos principios de vida intelectual que sentimos y palpamos en torno nuestro, nos hemos preguntado muchas veces, ¿por qué no tenemos una literatura original? ¿Por qué no damos a lo menos a nuestras producciones poéticas un colorido local y aspecto americano? ¿Por qué vaciamos nuestros pensamientos en moldes europeos? Queremos dar a nuestras obras una traza de cansada vejez que está en contradicción con el mundo de bellezas originales, frescas y risueñas entre las cuales se desliza nuestra vida, cual si de esa manera pudiéramos atraernos la estimación de la sociedad ilustrada de entrambos hemisferios; y no se piensa en el fastidio que puede causarla la reproducción de unas mismas líneas y colores en nuestros cuadros, y la repercusión de unas mismas voces en nuestros instrumentos, cuando al contrario la agrada-ría mucho que la presentásemos objetos propios bro-

tados del seno de América, desarrollados al suave calor del sol americano, nutridos con sustancias especiales y ataviados con galas en nada semejantes á las que nos vienen de ultramar.

Nadie podrá negar los elementos de nueva vida intelectual que hemos puntualizado, pues para ello sería preciso negar la existencia misma de la América, llevando el pirronismo al más alto punto de la extravagancia. Sin embargo, ¡cosa rara! no ha faltado quien se oponga á la posibilidad de dar un aspecto nuevo y original á la literatura americana. Admitir la causa y negar el efecto es cosa que nunca pretendieron los Pirrónes y Gorgias; quienes para fundar sus dudas ó sentar sus teorías de negación, trataron primeramente de desbaratar la razón de todo principio. Los que cierran las páginas de la naturaleza americana para abrir las ya manoseadas de otras regiones, los que todo lo esperan de fuera de casa, cual si en ella nada bueno tuvieran, deberían ser francos para confesar que no tienen voluntad de aprovechar las ventajas que les ofrece un nuevo camino, y que les gusta el ya abierto y trillado donde no tienen por qué fatigarse; mas no deberían desconocerlas, porque eso arguye contra la buena fé ó contra la buena inteligencia. Esta negación absoluta es un despropósito que no puede sostenerse, y la confesión de falta de voluntad tendrá argumentos en favor sugeridos en parte por la pereza y desidia. En tal caso el triunfo estaría siempre del lado de América. Los granos de uva suspensos de la parra no tienen la culpa de no dar vino por sí mismos; mas la tiene quien, pudiendo hacerlo no los hecha al lagar ni los somete al calor de la fermentación.

No decimos que la literatura sudamericana debe nunca dejar de ser española por la forma y la lengua; muy al contrario nos place que se observen las leyes del buen gusto castellano, y somos entusiastas defensores del habla que trajeron nuestros mayores. Creer que la

novedad de una literatura proviene del cambio de su parte material, es tamaño error porque es buscar el mérito en la superficie, en la pintura de las letras y el sonido de las voces; esa sería una *pobre originalidad*, como han dicho muy bien ciertos críticos bastante acertados en este punto; originalidad que rechazamos y cuya adopción nunca ha estado en nuestro pensamiento. La originalidad debe estar en los afectos, en las ideas, en las imágenes, en la parte espiritual de las pinturas, y todo en América abre el campo á esta originalidad. La unidad de la lengua y de la forma, la homogeneidad, diremos así, de que nos servimos para expresar lo que deseamos dar á conocer, nada tiene que ver con la variedad de carácter, que podemos imprimir á las obras que escribimos. Uno es el género humano, y sin embargo está dividido en muchas razas diferentes: una es la organización de las cabezas y los corazones, y con todo son infinitamente diversos los pensamientos que se labran en las primeras y los afectos que mueven á los segundos; uno es el órgano de la lengua, y no obstante con ella se forman millares de palabras, y se hablan en el mundo tantos idiomas con tan diferentes sonidos, con tan varios acentos é inflexiones, que no bastan diez vidas para aprenderlos; ¡y sólo se quiere imposibilitar el movimiento de la inteligencia, tratando de hacer de la lengua sus cadenas! ¡como si la inteligencia perteneciera á la inmóvil materia, como si el pensamiento no pudiera volar á las regiones del espíritu, como si la misma lengua no fuera el instrumento con que se expresan las ideas, y no su importuna traba! ¡como si hubiese poder en la tierra capaz de limitar la acción inmensa del verdadero talento colocada con amplia libertad en medio de las maravillas de la creación!

M. J. de Chénier, al empezar el examen crítico de la *Atala* de Chateaubriand, parece sorprendido de que esta novela sea "singulier pour la conception, pour la

marche et pour le style." (1) Si el crítico se hubiese trasladado á lo menos con la imaginación á los lugares y á la salvaje sociedad que inspiraron al autor del *Genio del Cristianismo* aquella original y bellísima novela americana, de seguro no se habría sorprendido; pero la vió sólo como se ven las cosas de Francia, no se acordó de la diferencia que hay entre el pueblo parisiense y el pueblo natche, y entre el bosque de Boloña y las selvas seculares de la América del norte, y de aquí nacieron la sorpresa y la censura. La *Atala* es un trozo de poesía americana hábilmente trasladado por Chateaubriand á su lengua y á su literatura, y no puede apreciarse su mérito con la aplicación de reglas que sirven para cincelar obras europeas. Fenimore Cooper ha pintado también con maestría inimitable la naturaleza de América y el carácter y costumbres de sus aborígenes; sus novelas tienen el alma americana y el cuerpo inglés; y no porque Cooper haya escrito en la lengua de Walter Scott y haya llegado á ser su digno émulo, se le ha de juzgar de la misma manera que á éste, ni se ha de negar la originalidad de sus producciones. Marmontel escribió *Los Incas*, pero como no conoció la naturaleza americana ni la historia de sus pueblos ni sus costumbres, disfrazó personajes franceses con caretas de indios y los puso en escena. Está considerada tal novela como un sobresaliente monumento de la literatura francesa por la moralidad de su fin, el buen estilo y otras prendas, mas para los americanos ha perdido la mitad del mérito que se la atribuye. Véase con estos ejemplos la diferencia que vá de las obras escritas por literatos que saben estudiar y comprender las cosas de América, á las de escritores cuyo pensamiento vegeta sólo á la influencia de la civilización europea, no siendo capaz de volar

(1) Tableau historique de l'état et des progrès de la littérature française, depuis 1789. Chap. VI.

un palmo fuera del círculo por ella trazado á las letras. Hay escritores que toman en esta materia el *nihil novum sub sole* demasiado literalmente.

Á los que pretenden establecer una especie de unidad absoluta é invariable entre la literatura española y la americana, arrimados á la índole de la lengua que para ellos forma el alma de toda obra; sin entrar en cuenta la inteligencia que toma á su arbitrio las bellezas de la tierra ó bien del mundo de las abstracciones y del espíritu; á esos pensadores exclusivistas, decimos, se les pudiera citar un ejemplo de la misma literatura castellana, ejemplo tanto más poderoso, cuanto le muestran para aseverar sus opiniones; hablamos del romance, género que constituye la poesía nacional de España. Hubo una época en que la concurrencia de muchas circunstancias, como la invasión morisca, la larga lucha sostenida por los cristianos arrinconados al norte de la Península, las costumbres que trajeron á esta sus nuevos señores, el choque de las ideas de dos civilizaciones distintas, etc., diéron forma propia, redondearon, por decirlo así, é hicieron sobresalir el carácter español. De esta fuente original y característica nació el romance, poesía nueva, como debía ser, especial, sin ninguna analogía con ninguna otra del mundo. Vino después la influencia de las literaturas latina é italiana, y más culta entonces, más robusta y noble, si se quiere, la poesía castellana tomó otro rumbo, acertado, cierto, pero no original ni nacional; mas para este cambio, ó más bien división de la poesía, no hubo necesidad de buscar otra lengua ni siquiera de alterar el carácter de la propia; tan española es el habla del romance del Cid, como la empleada en los versos del marqués de Santillana ó en las églogas de Garcilaso. Pero insistir en este punto, es poco menos que inútil, pues patente está nuestra razón cuando tratamos de demostrar que la lengua poco tiene que ver con la varia inclinación y curso que, en la esencia,

convendría dar á nuestra literatura, á lo menos en la parte que abraza lo poético y fantástico. Sólo haremos notar que las circunstancias de América antes y después de la conquista, antes y después de su emancipación política, han sido tan favorables para la invención de una poesía original, como lo fueron para la formación del romance el cúmulo de sucesos que sobrevinieron á España desde la primera década del siglo VIII, hasta el fin del período de caballería, de ideales amores, y de extraordinarias hazañas; no obstante que, en nuestro continente, hay que suprimir esas ventajas de parte del hombre en los primeros tiempos de la irrupción española, y buscarlas en otras fuentes, como ya hemos apuntado en otro lugar. Los robos, las matanzas y las devastaciones nada tienen de poético ni de embelesante.

La idea de dar un carácter original y propio á la literatura americana, de abrirle un camino que sea nuevo sin dejar de ser natural, como alguien ha dicho ya, viene de años atrás germinando en algunas cabezas, y aun ha llegado en partes á cierto grado de desarrollo y madurez capaz de producir agradables frutos. Esto nos consuela y alienta, porque no es aislado ni sin autoridad que le sirva de arrimo cuanto en la materia venimos exponiendo. No hay semilla más fecunda que la del pensamiento cuando ha brotado de la naturaleza y de la verdad: el pensamiento de establecer una literatura nacional en América está sembrado en nuestra sociedad y tendremos esa literatura.

Entre varios ejemplos que pudiéramos citar como pruebas concluyentes de cuanto llevamos dicho, recordamos el *Celiar* de Alejandro Magariños Cervantes y la *Cautiva* de D. Esteban Echevarría; si bien el primero, aunque ha sabido escoger con acierto el argumento é impregnar sus cuadros de ideas y afectos propios de la naturaleza y sociedad que representan, no demuestra una inspiración muy fácil y vigorosa, y maltrata la

pureza del español con frecuencia; y Echevarría, con estro más robusto y firme y con entonación más armoniosa; aunque no con menos defectos en la lengua, no ha querido dar todo el ensanche que podía á sus ideas americanas. Con todo, estas dos obras originales son superiores con mucho á otras mayores en extensión y pretensiones, vertidas á la francesa ó á la inglesa, con humos de cultura materialista y sus rancias que lejos de agradar, fastidian. *Celiar* y *La Cautiva* se leen con agrado, á pesar de sus defectos.

En la poesía lírica hay también muestras de la tendencia que algunos ingenios han sentido de animar sus cantares con ideas americanas. El cubano Milanés ha escrito piezas que por su esencia pertenecen á su tierra y pueblo, proviniendo de aquí el dulce deleite que se saborea con su lectura; pero ni este poeta ni otros han obrado con el desembarazo y vigor que necesita en sus alumnos una escuela naciente para crecer y robustecerse. La timidez y encogimiento no pueden contribuir en provecho de ella, sino antes bien atajar su desenvolvimiento y dar lugar á la duda respecto de la posibilidad de alcanzar un alto grado de perfección y autòridad.

El Brasil ha tenido la fortuna de encontrar con literatos que han penetrado bien la necesidad de dar un curso nuevo al pensamiento, y por tanto un carácter original y propio á sus obras. Esta nación, inferior por sus instituciones políticas á las demás naciones sudamericanas donde los principios democráticos, tan favorables al desenvolvimiento del espíritu humano, han arraigado y crecido á maravilla, ha adelantado sin embargo en literatura de una manera sorprendente. Aun antes de su emancipación política, que no habiendo sido para mejorar la forma del Gobierno fué poco significativa, el Brasil tenía entre sus hijos escritores distinguidos, y desde entonces ha existido la idea de una literatura indígena. Basilio de Gama e

Durás la abrazó con calor y trató de difundirla entre sus conciudadanos. La simiente tuvo buenos principios de vida, y no fué estéril el terreno que la recibió. Hoy está dividida la literatura brasileña en dos parcialidades; pero si es robusta la que, contando con ingenios como el de Pereira da Silva, sostiene con honra la escuela portuguesa genuina, no lo es menos la que representa al Brasil en su naturaleza, tradiciones y costumbres indígenas; pues esta escuela se lisonjea de tener consigo á los Porto-Alegres y Magalhaens que tan notablemente ha dicho á su patria: "Has sacudido de tu cuello la extraña mano que le apretaba; respira con libertad, respira y cultiva las ciencias, las artes, letras é industrias, y rechaza todo cuanto puede embarazarlas." Sin la libertad de la inteligencia toda otra libertad es incompleta; y así lo ha comprendido este ilustrado ingenio cuando invita á su nación á que, después de haberse emancipado de la metrópoli, venga á ocupar el puesto que debe entre las naciones civilizadas. Mas este llamamiento no será eficaz en tanto que la independencia del Brasil no tenga toda la expansión que requiere la civilización moderna, y el pueblo conozca la plenitud de sus derechos y goce todos sus beneficios. El Brasil se ha desembarazado de la mano extranjera que le ahogaba, pero ha dejado en su ser la monarquía; ha roto la cadena que le ataba al trono de Portugal para volverla á remachar al pié del trono levantado en su propio suelo. No es lo mismo emanciparse que libertarse. La tierra que la casualidad puso bajo el dominio de los reyes lusitanos, constituyéndose en nación independiente en 1822, á penas ha dado el primer paso hacia la libertad; largo tiene que andar hasta llegar á ella, pero al fin llegará, y entonces el vuelo de la inteligencia entre los republicanos brasileños será asombroso.

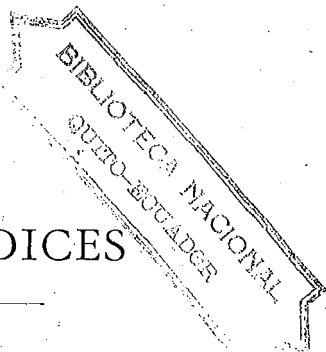
No daremos remate á este capítulo sin tocar aunque sea ligeramente, el punto sobre si conviene ó no

emplear algunos vocablos indígenas en nuestros escritos. Es necesario advertir ante todo que tal empleo ha sido reprobado en algunas poesías del autor de este libro por quienes se han constituido sus jueces en la materia; reprobación juiciosa y justa, aceptada por él que la recibió como lección provechosa. Mas traídos á la práctica algunos principios, que es necesario adoptar si hemos de convenir en dar carácter nuevo y americano á nuestra obra, hallamos alguna deficiencia en el español, no obstante su admirable riqueza y flexibilidad. El estudio de las fuentes de belleza y poesía que hemos puntualizado en este capítulo, sugiere ideas que á veces con palabras castellanas no se vacían con la forma y color que las conviene. Ya digimos cuanto cambia el sentido de la palabra *Pachacamac* si se traduce con la palabra *Dios*; si deseamos pues conservar la propia idea que los indios tenían del Sér Supremo, es indispensable conservar la voz quichua; de lo contrario tendremos la idea española, ó más bien europea, y nada nuevo habremos dicho. La misma razón hay para conservar el sustantivo *amunta* ó *amauta*, título de una especie de filósofos y sabios indios, que por cierto no profesaban las doctrinas de los enciclopedistas del siglo XVIII. Si para expresar aquel aguacerillo menudo y ralo que cae á veces mientras quema el sol, y que enferma y daña las plantas, empleamos la voz llovizna, no habremos dado idea ninguna de lo que conocemos con el nombre de *lancha*. Y á este són podríamos citar muchos ejemplos, apoyándonos aún en la práctica de célebres escritores. Chateaubriand ha empleado en *Atala* el nombre *Meschacebe* y no el de *Mississippi* con que es conocido el célebre río de la América septentrional, y llama *sachem* al jefe ó gobernador de una tribu. Este procedimiento nos parece acertado, porque con palabras aunque sean exóticas hay que expresar algunos pensamientos, delinear algunas figuras, que de otra suerte no serían lo que fue-

ron y deben ser. Para pintar bien un musulmán no basta trasladar al lienzo el tipo de la raza de Ismael; es preciso el airoso turbante, la corva cimitarra y las babuchas bordadas. Los héroes de Ossian serían sombras pálidas y figuras vulgares, si no se les viese en medio de la naturaleza rígida y salvaje de las montañas de Escocia. Y ¿qué serían Huaina-Cápac y Atahualpa si los despojásemos del *llauto* imperial, y en vez de su sencillo y flotante vestuario les diésemos el férreo casco y ajustado peto del vencedor de Troya?

Felizmente el casticismo español en nada puede menoscabarse con la introducción de algunas voces nuevas y necesarias, como pensamos y hemos tratado de demostrar, para la expresión de las ideas en el campo de una nueva literatura; pero es menester, bien lo advierte un amigo nuestro, en uno de sus escritos, andarse con tiento en estas novedades, condenando el abuso y empleando siempre una razonable parcidad. Venga lo útil, no lo innecesario; adóptese lo nuevo, no lo que puede dañar, ensánchece el imperio de las ideas y no se bastardee la lengua; dése mayor fuerza y brillo, nuevos ornatos y seducciones á los partos del ingenio, mas no se eche á rodar el buen gusto; porque sin este que representa la verdad en las obras de la inteligencia, lo que parece adelanto es retroceso, todo triunfo derrota, toda riqueza hojarasca, y escoria vil cuanto relumbra con apariencias de oro y plata.





APÉNDICES

I

En la página 142 hablando de una fábula del padre Viascas digimos que se veía el intento de imitar el apólogo inglés *The court of death*; y en efecto está patente lo parecido de las dos piezas. Pero hemos hallado después, al recorrer las poesías del italiano Lorenzo Pignotti, que Viascas ha traducido literalmente la fábula intitulada *La Morte e il Médico*. No sabemos por qué el P. Velasco da como original de nuestro compatriota la referida traducción, cuando otras veces tiene cuidado de advertir esta circunstancia.

II

Décimas del P. Juan de Velasco á Nuestra Señora de la Luz.

(Véase el capítulo VII)

Permite, Madre piadosa,
Que á tu luz me arroje bella,
Y sin apartarme de ella
Muera ardiendo mariposa.

En tu luz mi alma reposa
Como en su centro, de suerte
Que con las ansias de verte
Siento gusto en el dolor,
Refrigerio en el ardor,
Dulce deleite en la muerte.

Tú eres estrella del mar
Que muestra á los navegantes,
Con caracteres brillantes
Los rumbos del navegar.
Yo que temo naufragar
En el siempre turbulento
Mar del mundo, quiero atento
Desde el palo de la Cruz
Observar siempre tu luz,
Sin perderla ni un momento.

Es tu esplendor luminoso
De Estrella de la mañana,
Que anuncia con luz temprana
Próximo el día dichoso.
Haz, pues, que al verla medroso
El lobo que en noche oscura,
Rodear y asediar procura
Con infernal rabia á mi alma,
La deje tranquila en calma
Acogida en tu luz pura.

Tú eres la cándida Aurora
Que con purpúreo arrebol
Nos trajo al divino Sol
Que el mundo ilumina y dora;
Haz por eso, gran Señora,
Que el tierno Sol humanado
En tus brazos reclinado,
Dentro de mi alma amanezca,
Á que de ella desaparezca
Toda sombra de pecado
Eres tú la bella Luna

Sin mancha, pura y hermosa,
Cuya luz la tierra goza
Con influencia oportuna.
Lograr de esa gran fortuna
Por tu medio solicita
Mi corazón, por ser tierra
Estéril que sólo encierra
Abrojos, por ser maldita.

Señal, cual sol, escogida
Tu belleza resplandece,
Pues que en el cielo aparece
Del Sol divino vestida;
Corona te hacen lúcida
Doce estrellas, y peana
De tus pies la luna ufana;
Así cuanta luz blasona
Hallarse en tí, te pregona
Madre de Luz soberana:

Luz de luces misteriosa,
De la luz del Verbo madre,
Hija de la luz del Padre,
De la Luz de luz esposa;
Tú como Madre piadosa
Á mi alma tu luz convierte,
Y esgrimiendo á brazo fuerte
Contra el dragón infernal,
Librala de todo mal
En la vida y en la muerte.

III

En tiempo de la guerra de la Independencia se despertó el numen poético de los ecuatorianos junto con su entusiasmo patriótico, y se escribieron muchas composiciones en verso, de las cuales conservamos algunas. Su mérito literario es insignificante; pero si las

circunstancias poco favorables que acompañan á la impresión del presente libro no lo impidieran, nos complaceríamos en darlas á luz, porque nos merecen grande aprecio, atendidos los motivos que las inspiraron y la luz que derraman sobre el estado intelectual y social de nuestros abuelos en aquella época memorable. Hay entre ellas algunas piezas que, á falta de otros documentos más autorizados, pudieran servir para ilustrar algunos puntos de nuestra historia política en el primer cuarto de este siglo. Tenemos, por ejemplo, el *Cántico lúgubre, en que se lamenta el estado de desolación de la ciudad de Quito el día jueves 2 de Agosto de 1810, á la una y media de la tarde*; composición de ciento veinticuatro redondillas alternadas con varios versículos latinos de la Escritura, y que encierran una minuciosa relación de los asesinatos, robos y tropelías cometidos en aquel nefando día por las tropas realistas contra los promotores de la revolución. La versificación es bastante fluida, el estilo llano y familiar, la intención sencilla y patriótica.

El *Cántico* principia así:

Acuérdate tú, Señor,
 Del oprobio sucedido,
 Atiende á nuestro gemido
 Y vuélvenos tu favor.
 ¡Ay dolor! ¡suerte fatal!
 Para esos asesinatos,
 De nuestros dos virreinos
 Se trajo á esta capital,
 Á esos hombres desalmados,
 Gente inicua y criminosa,
 Impía y facinerosa,
 En delitos consumados.

Sigue luego la viva pintura de la matanza de los presos, de los asesinatos en las calles, del saqueo y des-

orden; hay después una sangrienta imprecación contra Ruiz de Castilla, presidente de Quito, y viene por fin la lamentación especial por cada uno de los mártires de la patria, empezando por Morales y terminando por Sierra. El elogio hecho de aquel es notable por cierto arrebató y nobleza que animan los versos: dice el poeta del ilustre prócer

Que como rayo luciente
Ilustró la obscuridad,
Influyó la libertad
Y perdióse de repente.

Poco tiempo después se celebraron en Caracas magníficas exequias en honor de los patriotas ecuatorianos asesinados el 2 de agosto, y con tal motivo asomó en Quito la siguiente composición en mal medidos sáficos adónicos, pero animada de un noble sentimiento de gratitud.

El pueblo de Quito al ilustre de Caracas

Pueblo sensible, caraqueño pueblo,
Tú nuestros males lloras compasivo,
Y tú acompañas nuestro llanto triste
Desde tu patria.

Flores derramas, libaciones haces
Sobre las tumbas de quiteños héroes;
De luto visten vírgenes y esposas
Americanas.

Clima dichoso, tierra peregrina,
Tú das ejemplo del amor fraterno,
Y tú derramas en nuestras heridas
Bálsamo grato.

Quieran los cielos; quieran para siempre
Á las estrellas elevar tu gloria

Y que ya libre cantes tus victorias
 Eternamente.
 Que tus virtudes rompan las cadenas
 Que te dió ingrata la española gente,
 Y que la patria, religión, Fernando
 Sólo gobiernen.
 El que á los mares límites señala,
 El que á la nada ser le da, si quiere,
 Y cuando quiere, todo el universo
 Vuelve á la nada,
 Escuche pio del quiteño pueblo
 Votos ardientes de encendidos pechos,
 Que se lo ruegan, sometidos siempre
 A sus decretos.

Daremos otra muestra de la poesía patriótica de aquellos tiempos, en la cual ya no se ve el nombre de *Fernando* sirviendo como de paliativo al entusiasmo republicano, sino que claramente se ensalza la revolución y la libertad, y se ataca á los realistas en lenguaje popular y hasta brusco. No sabemos qué acontecimiento laudable de 1820 inspiró esta canción; acaso fué la insurrección del 9 de octubre ocurrida en Guayaquil, ó los movimientos de igual naturaleza habidos en Ambato y Latacunga, ó las esperanzas que hizo concebir Urdaneta con la expedición que vino á escollar tristemente en Guachi el 22 de noviembre del mismo año.

CANCION

¡Albricias! ¡albricias
 Patriotas amados,
 Que van siendo libres
 Los americanos!
 ¡Albricias señores!
 Feliz insurgente,

Felícísimo año
De ochocientos veinte.
Llegará por fin
El tiempo esperado
En que el insurgente
Ya no será esclavo.
Bendigamos todos
Humildes al cielo,
Porque ha bendecido
Nuestro patrio suelo.
Bendito sea Dios,
Que sacudiremos
El pesado yugo
De aquellos infiernos.
Ah, dichosos pueblos
Con Constitución,
Y sin que ya os mande
Nunca el chapetón.
Ay, pobres realistas,
Hermosos borricos,
Que á costa del pobre
Se volvieron ricos.
Ya no hay más ancheta
Para su ambición,
Porque ya el realista
No será el mandón.

Hay también otra composición en que se elogia á Bolívar y San Martín y se canta la *libertad gloriosa*. Es notable la estrofa con que empieza, por la energía del pensamiento:

Levantémonos los muertos,
Pisemos las sepulturas,
Que ya veremos el día,
Y no tinieblas oscuras.

En efecto antes de la independencia los americanos yacían en las tinieblas del sepulcro.

Las composiciones citadas se atribuyen á don Juan Larrea ó al Dr. Viteri; pero no hay ningún dato para creerlas de estos poetas, que entonces gozaban de buen crédito; y ni aun podemos sacar nada de la comparación del estilo; porque de Larrea no conocemos sino algunas poesías jocosas, y de Viteri apenas hemos visto un par de versos endecasílabos.

IV

DON MIGUEL HERBOSO Y EL DOCTOR VITERI

Hemos diferido hasta el último el tratar de estos dos poetas por ver si conseguíamos algunas de sus producciones que nos sirviesen para un concienzudo examen, mas todas nuestras diligencias han sido vanas. Herbo-so se distinguía como improvisador y epigramático; algunos de sus amigos conservan todavía en la memoria cuartetas y décimas ocasionales y de escaso mérito. Las piezas de alguna extensión, como un entremés que escribió para celebrar una fiesta de colegio, han desaparecido, y sólo hemos podido haber las redondillas en lenguaje antiguo que copiamos á continuación.

Nos han asegurado que el Dr. Viteri era feliz en las poesías eróticas y de carácter templado, y aun hemos oido citar estos dos versos de una canción que dirigió á una hermana suya á quien quería mucho.

Quando no estoy contigo, hermana mía,
No encuentro claro el sol ni alegre el día.

La composición de Herbo-so fué escrita con ocasión de un ruidoso capítulo celebrado por los religiosos de San Francisco. Héla aquí;

Non creades, lector mio,
Que es verso de buena güisa
Nin que pueda daros risa
Un estilo rancio é frío;
Solamente catar puedes
Una breve travesura
Que la fice en mi folgura
E es así como la vedes.

Ca dende luengas edades
Fasta los tiempos de agora,
En San Francisco mayora
Han ya sus paternidades.

El digno perlado actual
Del de Asís es propio fijo,
E santo home que prolijo
Sabe de ser provincial.

¡Viva el inclito Vinuesa!
Magüer, oh padres franciscos,
Bomitedes basiliscos
Contra esa vuesa cabeza.

Magüer quiérades le dar
Los epítetos de recio,
Imprudente, malo é necio,
El sólo sabe mandar.

E en él su afincamiento
Pone la opinion ferida
Del desarreglo de vida
En que yacia el convento.
Seyendo integro perlado
Tuelle la comun-censura
Que ya le dió la folgura
Dende el guardian al donado.

Por ende los religiosos
Asaz aquejen de cuitas
Dejaran ya de visitas,
E de caminar ociosos.

Ansi podránse tornar

Religiosos de provecho,
E non frailes que se han fecho
Por comer sin trabajar.

¡Qué gran dolor es mirallos
De ignominia de la Iglesia,
Que el impio los desprecia,
E aun el pueblo murmurillos!

Sí, mia comunidad,
Mal recabdo non curades
Sino de afectos verdades,
E un retazo de piedad.

Todos los homes sapientes,
E tambien los que no son.
Hanme darne esta razon
E non me iran á las mientes.

Perdonad míos hermanos,
Non vos digo á que os aqueje,
Ni menos seyendo hereje,
Sino en pro de los cristianos.

Pues si segun regla vuestra
Viviéredes ejemplares,
Cualquiera de los seglares
Diéraos de respeto muestra.

E si sólidas leyendas
De la sacra teología
Tuviérades en el día
Sin correr calles é tiendas.

¡Cuán eminentes varones
Fuérades de confesores,
E cuan magnos oradores
Predicando los sermones!

É aun entónces non callados
Vos dejara el novo escrito
Que de Cuenca vino á Quito
Sobre los predestinados; (1)

(1) Alusión á la obra de Fr. Vicente Solano que fué condenada en Roma.

E hubiérades en efecto
Ensalzamiento é loores,
E aun de infinitos doctores
Mereciérades respeto.

Empero muy fácil cosa
Es empezar á seyer
Buenos frailes con facer
Una vida más honrosa.

Para ello, oh padres, tenedes
Un perlado que celoso
Non seyendo rigoroso
Es tampoco de *mercedes*....

Ca con esfuerzos muy vivos
Quiere á todos acoger,
La religion acrecer,
E *non redime cautivos*.

E de esta manera é grado
Quiere á todos contenellos,
E en el convento tenellos
Estudiando á buen recabdo.

Mas si gran relajamiento
Fasta agora ha habido asaz
Encontraran los demas
De esta órden el trocamiento.

Sigue pues, sabio Vinuesa,
En tu reforma é conquista
Que en gobernar con tal guisa
Ninguno te face igualeza.

E así el tu pueblo todo
Contentamiento recibe,
E el placer con que se escribe
En esta manera é modo.

Empero non es extraño
Que el pláceme é homenaje
Vaya escrito en tal lenguàje
De aquellos tiempos de antaño
Es que por ventura ende

Otro cual voz non se ha dado
Para ser fecho perlado
Que del instituto entiende.
 Ansí al cabo cuando esten
Juntos é que nadie fuya,
Canten en coro aleluya
Por siempre jamas amen.

V

Tenemos á la vista un poemita burlesco intitulado *Lección á los incautos. Vida del insigne jugador Pedro Negrete, escrita por el mismo en su última enfermedad en caracteres taur-mánicos, y traducida en verso castellano por un ecuatoriano guayense.* El ejemplar que poseemos es manuscrito de mala letra y peor ortografía; pero es evidente que se hizo una edición de tan curiosa poesía en Guayaquil, en la imprenta de Vivero, 1836. No hemos podido averiguar quien fué el autor, cosa rara cuando no hace mucho tiempo que se ha impreso la obra; mas no falta quien la atribuya al Dr. José Mascote; y nosotros lo creemos también, porque hallamos alguna analogía entre el estilo de los poquísimos versos que conocemos de éste, y el de la *Vida de Pedro Negrete*. Como quiera que sea, ésta no carece de mérito; y aunque no abundante en gracia y chiste, tiene versos fáciles y agradables y un fin moral muy recomendable. Las octavas del principio pueden dar la medida del desempeño de toda la pieza, que consta de trescientos veinticuatro versos; si bien el copista que hizo el ejemplar que poseemos ha cometido el grave error de saltar algunos pares de ellos y escrito séxtinas en vez de octavas.

Hoy que la muerte se prepara fiera
Á lanzar contra mí su horrible gancho,
Y que no hay remisión con la tigera
De Atropos cruel que corta lo más ancho;
Y porque, muerto yo, podrá cualquiera
Decir mentiras mil y creerlas Sancho,
Mi vida escribir quiero sin rodeo,
Para no verme hundido en el Leteo.

¡Oh Clío! ven, inspírame indulgente,
Y me verás trepar el Helicon;
Me verás zambullir en la corriente
Del Permeso, y hacerle la balona
Al alado Pegaso de ojo ardiente,
Sobre el cual correré de zona en zona.
Ven, Clío, inspira sobre mí un bostezo,
Que ya la historia de mi vida empiezo.

Nací causando graves sinsabores
Á mi madre, cual todos han nacido;
Mas á pesar de riesgos y dolores
Vió en sus brazos, al fin, su hijo querido,
Como muchos de agora, ó bien de antaño,
Que al sexo encantador sirve de daño.

Mi genitor, no obstante, respetaba
De natura el poder y sus deberes;
Mil caricias me hacía, si lloraba,
Y más si me fallaban menesteres.
El infeliz así me demostraba
Su amor, porque no fué de aquellos seres
Que olvidan codiciosos y malvados
Los deberes más justos y sagrados.

Pedro mi nombre fué, de Negrete hijo,
Mi madre se llamó.... mas no es del caso;
Lo que quiero es contar de un modo fijo
Mis años, que ya tocan á su ocaso;
En mi historia no quiero ser prolijo,
Como lo fué en los Incas Garcilaso;
Y sólo por si importe á esta materia

Diré que mi prosapia es de la Iberia.
 Americano y español, mi crianza
 Fué cual suelen tenerla muchos niños:
 Poca escuela, mas siempre mucha holganza;
 Mucho consentimiento y mil cariños;
 Oficio, ni aun por pensó, ni aun por chanza,
 Que esa es cosa de negros no de armiños;
 Y sólo me dejaron que llegase
 De diestro jugador á la alta clase.

Sigue la relación de los juegos que aprendió y de sus hazañas de tahir, con multitud de palabras propias del oficio, y no para todos inteligibles, por lo cual se ha visto el autor en la necesidad de emplear unas cuantas notas.

Entre muchas octavas que pintan bien al jugador de profesión, hay una muy característica de nuestro pueblo por el lenguaje y la escena que refiere.

Cierto es que un mal cristiano (y fué quiteño)
 Jugando una ocasión á la primera
 Y oyéndome nombrar, con necio empeño
 Que me *amarcara* (1) todo me dijera.
 —“;Usted señor, Negrete? ¡Amado dueño!
 Lleve no más”—Pero esto ví que era
 Por plantarme el grandísimo bellaco,
 Discípulo á mi ver del mismo Caco.

La relación de la vida de Pedro Negrete termina con un epitafio, y el poema con un romancito de versos eptasilabos fáciles y muy hermosos:

EPITAFIO

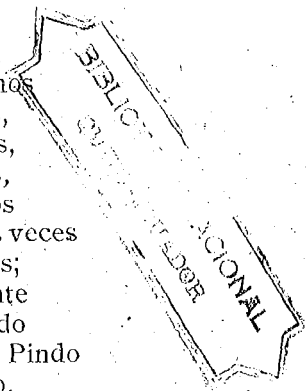
Aquí yace un doméstico animal
 Que vivió de la sangre de otros mil;

(1) Cojer por delante 6 en brazos.

Su engañadora condición fué tal,
 Tan mágico su ingenio y tan sutil,
 Que sus leyes sostuvo sin igual,
 Licurgo de la fértil Guayaquil,
 Lamia feroz con visos de hermosura
 Que siempre logró hacer presa segura,
 Del juego es de quien te hablo y del coimero;
 Guárdate de sus garrás pasajero.

CONCLUSIÓN

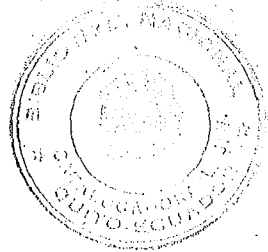
Pobre librito mío,
 Que vais á dar á manos
 De ricos y de pobres,
 De necios y de sabios,
 De tahures discretos,
 Y de otros temerarios
 Que querrán muchas veces
 Tal vez despedazaros;
 Si alguno injustamente
 Se muestra disgustado
 Porque me acerco al Pindo
 Con mal seguro paso,
 O porque he descubierto
 Del juego los arcanos,
 Decidle que no precio
 De poeta ni aún mediano;
 Que en general escribo,
 Que á ninguno señalo,
 Ni temo la censura,
 Ni pretendo el aplauso,
 Y sólo ataco el vicio
 En bien de mis hermanos.



FIN DE LA OJEADA HISTÓRICO-CRÍTICA SOBRE
 LA POESÍA ECUATORIANA



NUEVOS APÉNDICES



EXPLICACIONES DEL EDITOR

El autor de la *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*, se había propuesto refundir su obra y añadirla un segundo tomo que habría contenido el juicio crítico de los poetas que, después del año de 1867 en que la escribió, han figurado en su país; más como ocupaciones de distinto género que las literarias, á que ha tenido que atender, no le han permitido realizar su proyecto, nos ha autorizado para que subsanemos siquiera sea en parte esta falta, publicando á continuación de la segunda edición de la *Ojeada* algunos de sus escritos que á ella se refieren y que modifican ó completan varios de sus juicios y apreciaciones y dan alguna idea de la actual cultura literaria del Ecuador, bastante diferente, en verdad, de la que había en los tiempos á que la *Ojeada* se refiere.

En la *Carta al Señor Don Manuel Cañete* y en el breve estudio que precede á las *cartas inéditas de Olmedo*, encontrará el lector muchas noticias y datos que, al realizarse la refundición de la *Ojeada*, habrían entrado en el capítulo correspondiente á este ilustre poeta. No menos enriquecidos con nuevos datos y noticias habrían sido los capítulos relativos á algunos poe-



tas anteriores y contemporáneos de Olmedo; pero á este respecto nada hemos podido añadir en estos *nuevos apéndices* y nos contentamos con remitir al lector á las *Antiguallas curiosas* que el señor Mera puso como apéndice de su *Colección de cantares del pueblo ecuatoriano*. (1) Antes que añadir algo, hemos tenido que suprimir del capítulo VII de la *Ojeada* todo lo relativo al P. Francisco Revolleda, por haberse descubierto que no fué ecuatoriano.

De las *Cartas al señor don Juan Valera* nos permitimos recomendar especialmente las dos últimas, pues, en ellas el autor habla del progreso intelectual que ha alcanzado el Ecuador en los últimos años, y expone, siquiera sea á grandes rasgos, su juicio sobre algunos escritores de quienes no se ocupó en la *Ojeada*.

La *Carta al señor don Antonio Rubió y Lluch* puede considerarse como una ampliación del capítulo XIX de la *Ojeada*.

La dirigida al señor don Antonio Flores es, quizás, la que menos analogía guarda con este libro, pero la damos cabida en estos apéndices por ser un trabajo de crítica literaria (aunque no se refiera á escritores ecuatorianos) y por la relación que tiene con las cartas del señor Valera.

(1) ANTOLOGIA ECUATORIANA 2.^o tomo.—*Cantares del pueblo ecuatoriano*.—*Compilación formada por Juan León Mera, etc.*—Quito, Imp. de la Universidad Central, 1892.

CARTA AL SR. D. MANUEL CAÑETE
SOBRE D. JOSÉ JOAQUIN DE OLMEDO.

Ambato, Enero 12 de 1887.

Sr. D. Manuel Cañete.
Madrid.

Señor mío de todo mi respeto y aprecio: Cuando supe que V. había escrito y dado á luz la biografía del Sr. Olmedo y el juicio crítico de sus poesías, entré en vivos deseos de conocer esa obra, que con harta justicia me imaginaba excelente.

Atrevíme entonces á escribir á V. pidiéndole que me hiciese el favor de mandármela; pero no tuve contestación: es probable que mi comunicación se haya extraviado, pues aunque entre V. y yo no han mediado relaciones de ninguna clase para justificar mi solicitud, la carta de V., cumplido caballero, y tratándose de Olmedo, no pudo haber faltado sino porque la mía no llegó á su destino.

Al fin, hace poco vino á mis manos el libro de usted que contiene sus estudios sobre D. Angel de Saavedra y D. José Joaquín Olmedo. Su lectura me ha deleitado é instruído. Gran maestro es V., y creo que nadie le leerá sin respeto y gratitud. A lo menos yo siempre

la tengo muy viva para quienes me enseñan algo bueno. Un buen autor da un tesoro á sus lectores, y éstas dádivas merecen en verdad ser agradecidas más que si fuesen de oro y diamantes.

En dicho libro, en la parte relativa á nuestro gran poeta Olmedo, he hallado dos motivos que justifican y hasta hacen necesaria la presente carta: la queja de V. de no haber hallado bastantes datos acerca del cantor de Bolívar, y el deseo que muestra de conocer mi *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*. Estoy, pues, en posibilidad de dar á V. algunos documentos importantes, y aun de aclarar tal cual punto no directamente relacionado con Olmedo y que usted ha tocado por incidencia; todo lo cual puede servirle para cuando haga la segunda edición de su obra. En cuanto á la *Ojeada*, adjunto recibirá V. un ejemplar. A los defectos propios de mi incompetencia, se añade en esa obrilla lo pésimo de la edición. Tiene V. mucho que disimular en ella.

En la fecha del nacimiento de Olmedo todos sus biógrafos han errado. Yo mismo, siguiendo al Sr. Gutiérrez (*América Poética*) y al Sr. Molestina (*Lira Ecuatoriana*) la había fijado en 1782 (1). V. ha querido atenerse al año 1784; señalado por D. M. A. Caro. Pero toda incertidumbre desaparece con el siguiente documento, conservado por la familia del poeta y venido á mis manos por favor de mi amigo el docto y diligentísimo Dr. D. Pablo Herrera. Dice así: "El Dr. D. José Ignacio Cortázar y Lavayen, cura rector de esta Iglesia matriz, examinador sinodal, comisario apostólico de la santa cruzada, juez subdelegado de diezmos, ministro calificador y comisario del santo oficio de la inquisición, y vicario juez eclesiástico superintendente de la provincia de Guayaquil, etc.—Certifico en la manera que puedo y debo á los señores y demás perso-

(1) En la presente edición de la *Ojeada* se ha corregido ya este error.—(N. del E.)

nas que la presente vieren, que en un libro de marca menor, forrado en pergamino, y corriente desde el año de mil setecientos sesenta y cinco, en el cual se lleva razón de los bautismos que se hacen en esta iglesia matriz de mi cargo, á fojas ciento ochenta y cinco vuelta, se halla una partida del tenor siguiente:—"En veintidos de Marzo de mil setecientos ochenta, bauticé, puse óleo y crisma á José Joaquín Eufrasio, de dos días de nacido, hijo legítimo del capitán D. Miguel de Olmedo y de doña Ana Maruri y Salavarría; fué su madrina D.^a Dominga Maruri y Salavarría, á quien le advertí el parentesco y la obligación que tenía, y para que conste firmo.—Dr. D. José Alejandro de Egües y Villamar".—Es copia fiel de su original, á que me remito, por lo que doy ésta en la muy noble y leal ciudad de Santiago de Guayaquil, á los treinta días del mes de Julio de mil ochocientos cinco años.—Dr. José Ignacio de Cortázar.—Los escribanos que al frente signamos, damos fé: que el Dr. D. Josef Ignacio de Cortázar, de quien aparece firmado el documento que antecede, es tal cura y vicario de esta ciudad como se titula y nombra: á cuyos documentos se les dá entera fé y crédito en juicio y fuera de él. Y para que así conste donde convenga, damos la presente en Guayaquil, y Julio treinta y uno de mil ochocientos cinco años.—Gaspar Zenón de Medina.—Nicolás de Angulo".

Parece que esta fé de bautismo formaba parte de los documentos que Olmedo presentó en la universidad de Lima para optar al grado de doctor en leyes.

El Dr. Herrera, ya citado, en unos apuntes biográficos de Olmedo que publicó en Quito en *El Porvenir*, da noticias interesantes. Se sabe que el padre de nuestro poeta fué nativo de Málaga y la madre de Guayaquil: Aquel "vino á América en 1757 y en Panamá sirvió el destino de Administrador de rentas reales, desde 1759 hasta 1762. Trasladóse á Guayaquil en 1764, donde obtuvo varios empleos públicos. En 1766 fué

nombrado Corregidor y Justicia Mayor de Quito, y después Alcalde ordinario. Murió en Guayaquil el 27 de Agosto de 1808".

D. José Joaquín Olmedo estudió en Quito, en el acreditado colegio de San Fernando, desde 1789 hasta 1792, "haciéndose notable entre los demás alumnos por su talento y aplicación". El quiteño Mejía, que por su elocuencia é ideas liberales se hizo tan notable en las Cortes Españólas de 1812, y el estudiante guayaquileño que después fué cantor de la libertad, hicieron entonces conocimiento, y ambos recibían los consejos y el estímulo del Dr. José Eugenio Espejo, afamado por su erudición, que en verdad era grande para aquel tiempo en Quito. En 1794 Olmedo fué llevado á Lima, donde en el colegio de San Carlos terminó sus estudios. "En 1805 recibió el grado de doctor en leyes, y se le dió la cátedra de derecho civil en el mismo colegio; y cuando en 1808 se recibió de abogado, obtuvo la cátedra de Digesto en la Universidad de San Marcos". "En Marzo de 1809 vino á Quito, se incorporó en la Universidad de Santo Tomás de Aquino así como en la clase de abogado, y regresó á Guayaquil, en donde se dió particularmente al estudio de la literatura; pues, como lo decía él mismo, nada aprendió sobre esta materia en los cursos escolares".

Debe atribuirse á pura modestia ó bien á descontento hijo de una noble ambición, eso de asegurar que hasta 1809 *nada aprendió* en materia de literatura, pues de 1807 es su composición "En la muerte de María Antonia de Borbón", y del año 9 "El Arbol", en las cuales aunque no se nota la perfección de los cantos á Bolívar y al general Flores, hay señales evidentes de estudio literario y de buena lectura.

Diversos pareceres hay acerca de los estudios en tiempo de la colonia comparados con los que se hacen hoy día; quien los pone sobre éstos, quien asegura lo contrario. Los que juzgan de esta manera puede que lo

hagan por espíritu antiespañol, y los otros por el prurito, que no suele faltar, de encomiar todo lo antiguo como muy superior á lo nuevo. Lo cierto es que antes de la independencia y poco después, hubo hombres de provecho en América, como los ha habido en las nuevas generaciones. Si vemos en la actualidad un movimiento y una vida relativamente más activas en la esfera del saber, y más ensanche en ésta, debemos atribuirlo á las condiciones del siglo; hoy el torrente de la ilustración, si bien, por desgracia, no exento de fango ni de guijas que al rodar hacen inútil y á veces molesto ruido, invade irresistiblemente todos los pueblos; y tengo para mí que América habría participado poco ó mucho de él, aun cuando no se hubiese emancipado. Mas, como quiera que sea, si bien se observa, nuestros padres estudiaban pocos ramos, pero á fondo, en tanto que nosotros, con pocas excepciones, pretendemos adquirir una instrucción enciclopédica, y de aquí proviene que sea tan común la superficialidad de conocimientos. A cada paso se encuentran entre nosotros los patos de la fábula, que se ufanan de ser de *agua, tierra y aire*. y que ni vuelan bien, ni andan bien, ni nadan bien. Pero este no es achaque solamente americano.... Con esos nada profundos conocimientos nos lanzamos temprano á la vida pública, cuyo tefreno era asaz limitado para los colonos, y entonces ya no hay bastante tiempo para dar ensanche y perfección á los estudios comenzados en los colegios y Universidades. Porque, en verdad, en estos establecimientos no se hace comunmente sino empezarlos; los jóvenes que por su dicha pueden prescindir del tráfago de la política y tienen amor á la ilustración, estudian en sus casas, leen mucho y de este modo consiguen, en los ramos que son de su predilección, colmar sus deseos y figurar como doctos.

Olmedo perteneció, pues, á una época en que podía salir del colegio, si no perfecto en su educación litera-

ria y científica, á lo menos con poco que hacer fuera de él para presentarse al mundo como buen legista y, sobre todo, como buen literato y eximio poeta.

El cantor de María Antonia de Borbón emprendió su primer viaje á España, como secretario de don José Silva, nombrado miembro de la Junta Central de Sevilla; pero ambos tuvieron que volverse de Méjico al saber que dicha junta había cesado. Al año siguiente el primero hizo su segundo viaje como diputado á Cortes; y entonces sí llegó á España, después de penosísima navegación, y desempeñó su cargo.

Olmedo escribía con elocuencia, pero no tenía disposiciones para la oratoria; su voz era apagada y sus maneras tímidas, aunque no por esto se ha de creer que no tenía valor. Esa timidez le venía, en mi concepto, de su extremada bondad y modestia, que le hacían recelarse de ofender á las personas con quienes trataba, ó de parecer presuntuoso. Sin embargo, en el seno de la amistad era jovial y expansivo, y se permitía el empleo de burlas delicadas y satirillas.

En las Cortes de 1812 contribuyó á los actos más importantes. Cuando se trató de la abolición de las *mitas*, pronunció un discurso muy enérgico contra ellas. Se conoce que el alma noble del diputado guayaquileño estaba penetrada de indignación, para que haya podido mostrar tanto brío en esa oración; si bien la noticia que tenemos no dice si éste se hallaba juntamente en los conceptos y en la manera de expresarlos; quizás estuvo solo en los primeros.

“La nueva constitución española prevenía que, al cerrarse las sesiones, se nombrara una diputación permanente para suplir la representación nacional en el intermedio de unas Cortes á otras, y Olmedo fué uno de los individuos nombrados para esta diputación por la provincia de Guayaquil, y concurrió á dar el célebre decreto del 2 de febrero de 1814, que disponía no fuese reconocido Fernando VII, mientras no jurase la Cons-

titución política". Este acto le valió la persecución, cuando el rey declaró nula y sin valor aquella, y nuestro poeta, fugándose á tiempo, pudo venirse á Guayaquil. No sabemos cómo pudo evitar aquí la acción de las autoridades españolas. Sin duda permaneció oculto.

Durante su estancia en la Península, Olmedo estrechó su amistad con D. José Mejía, algunos años mayor que él. Ignórase si ya en América habían dado ambos en la flaqueza (lo es mucha en mi concepto) de inclinarse á las doctrinas volterianas, ó si se contagiaron de ellas en España con el trato de muchos diputados y otros hombres públicos y literatos que por entonces padecían este achaque ultrapirenáico. Cuando Mejía falleció víctima de la peste que desolaba el pueblo gaditano por 1813, y también de su creencia de que no había fiebre contagiosa, Olmedo le honró con el siguiente epitafio:—"A Dios glorificador.—Aquí espera la resurrección de la carne el polvo de D. José Mejía, Diputado á Cortes por Santa Fé de Bogotá. Poseyó todos los talentos, amó y cultivó todas las ciencias; pero, sobre todo, amó á su patria y defendió los derechos del pueblo español, con la firmeza de la virtud, con las armas del ingenio y de la elocuencia, y con toda la libertad de un representante del pueblo. Nació en Quito: murió en Cádiz en Octubre de 1813, á los 36 años de su edad. Sus paisanos y amigos escriben llorando estas letras á la posteridad".

Nuestro poeta, según se vé, no profesaba un volterianismo extremado, pues creía en la resurrección de los muertos, como creía otro americano amigo y admirador de Voltaire, Franklin, que esperaba volver á la vida en nueva edición corregida por su Autor y bien encuadernada. No hemos podido averiguar con qué sentimientos religiosos murió Mejía, *volteriano de pura sangre*, en el decir del Sr. Menéndez y Pelayo; pero en cuanto á Olmedo los católicos que admiramos su ingenio y veneramos su memoria, podemos estar

tranquilos y contentos respecto de la manera como pasó á la eternidad, según lo verá V. luego.

Olmedo, filósofo amante del hogar y de la vida sosegada, no gustaba mucho de la política, y tomó parte en ella sólo en fuerza de la necesidad, del amor á la patria y de las circunstancias de los tiempos. En 1820 compuso con Roca y Jimena la *Junta de Gobierno* de Guayaquil, la cual fué después tratada con poco respeto por Bolívar, cuando se trasladó á dicha ciudad á enderezar la opinión y el curso de los negocios públicos, que no andaban allí muy bien para Colombia. Arrepentido de su proceder para con la Junta, porque en el maltrato había incluido á Olmedo, envió á uno de sus edecanes á que diera satisfacciones á éste, "cuyo genio respetaba, y no su empleo". Antes, pues, de que el gran poeta cantara *La Victoria de Junín*, el gran caudillo había penetrado todo su valer. Los genios con frecuencia se comprenden, estiman y respetan por una especie de intuición: parece que tuvieran el privilegio de infundirse mutuamente la luz que informa sus almas.

Tengo por muy juiciosa y bien fundada la opinión de V. (ni podía ser de otra manera) acerca de los motivos que obraron en el ánimo generoso y discreto del Libertador para nombrar á *su poeta* agente diplomático en la Gran Bretaña; motivos de pública conveniencia fundados en las aptitudes y merecimientos de quien recibió el empleo, no en el deseo de Bolívar de premiarle por los elogios que le tributara en su canto, como maliciosamente han dicho algunos. Ni Bolívar era capaz de hacer *un pago* de tal naturaleza, ni Olmedo de recibirle; así la poesía del uno como el destino dado al poeta por el otro, no tenían por raíz más afecto que un ardiente y desinteresado patriotismo. El refrán recordado por V., *piensa mal y acertarás*, era entonces de aplicación menos absoluta que hoy en día, en que por desgracia el extravío de las ideas y la adulteración

de los afectos han venido á apocar los caracteres. Los agigantados y firmes, como el de Bolívar, el de Sucre, el de Rafael Urdaneta y otros ínclitos militares; y como el de Olmedo, Caldas, Pedro Gual, Joaquín Mosquera y muchos discípulos de las Musas y de las Ciencias, van escaseando lamentablemente. Si es innegable que la independéncia fué un bién con justicia reclamado por las colonias españolas del Nuevo Mundo, indudable es también que no hemos sabido sacar de ella todo el provecho que podíamos y en el cual soñaron nuestros heróicos padres. Desde los mismos días de nuestra emancipación comenzó á soplar furioso el viento demagógico y anárquico, abatiéndolo y maleándolo todo, ¡y Dios sabe cuándo cesará! Con estas revueltas de todos los días, con gobiernos que las provocan, con partidos que trabajan sólo para sí trás los parapetos de la libertad y los derechos públicos, con un pueblo que va haciéndose más y más descontentadizo, inquieto é ingobernable, con esta fiebre de reformas inconsultas que va invadiendo todos los cerebros, por un paso que hoy damos en el camino del progreso, mañana retrocedemos dos, ó, cuando menos, nos paramos rehacios, ó asustados, ó turbados; y entretanto la verdadera grandeza de carácter, hija de la moral, la justicia y las creencias profundas, vá como he dicho, haciéndose muy rara. Cuando asoma en el escenario social, el *punjal de la salud* cuida de hacerla desaparecer junto con quien la posee. Testigos Portales en Chile, Julio Arboleda en Nueva Granada y García Moreno en el Ecuador. Para cierta escuela, la grandeza de carácter de un individuo es enfermedad perniciosa al pueblo, y es preciso cortarla de raíz! El goce de todos los derechos, el progreso en todas sus facés, la civilización, la defensa de la integridad y la honra nacional, necesitan hombres de carácter movedido y ruín, que todo lo fien de la intriga rastrera, del fraude, de la violencia bárbara, de la compra-venta de las

conciencias! . . . ¡Ay pobres repúblicas americanas!

Ya ve V., Sr. Cañete, que á mí tampoco me ciegan el amor patrio ni el americanismo; al contrario, como son tan grandes me abren los ojos para que vea toda la verdad.

Justo anda V. así mismo cuando condena los fusilamientos de Caracas y la Guaira, "mancha indeleble en la memoria de Bolívar"; mas si para afirmar el fallo cita el parecer de M. Gustavo Hubbard, ¿no habría sido bueno que para que la mancha de Bolívar no apareciese más ni menos grande, trajese á cuento siquiera brevemente las atrocidades que los peninsulares cometieron en aquella guerra civil? Estoy seguro que V. se ha indignado muchas veces al recorrer las páginas de la historia horribilmente ensangrentadas por los Monteverdes, los Antoñanzas, los Bodes, etc., etc.; y creo que no disculpará á Morillo que, aunque no en masa, sí fusiló por centenares á colombianos *incapacitados de defenderse*. Y vaya otro reconocimiento de lo propio y otra confesión ingenua; sí, de lo propio, pues de españoles vengo y jamás he renegado de mi sangre: yo creo, pues, que á españoles de acá y de allá nos viene de familia tanto el valor como la crueldad, así las virtudes y perfecciones como los vicios y defectos. En la guerra de la independencia nos destrozamos por aquí, de la misma manera que Vds. en España en las guerras carlistas, por ejemplo; y el espíritu turbulento que en América nos trae por caño maltrechos, es hijo legítimo de padres españoles.

Punto á la digresión, y volvamos á Olmedo.

Si de 1828 á 1847 la vida de este célebre ecuatoriano no aparece más pública, dirémoslo, de lo que debería aparecer, creo que es de atribuirse á su propia irresistible afición á lo doméstico y privado; si su ambición hubiese sido más activa en el campo de la política y de las letras, la historia habría llenado muchas páginas con el nombre de Olmedo. No quiero disculpar

con esto nuestra incuria: en verdad, los ecuatorianos hemos debido ser más diligentes en recoger datos de la vida de quien tanto nos ha honrado con los partos de su gigante ingenio. Así somos, por desgracia: dejamos oscurecerse nombres ilustres, ó tendemos á anularlos cuando no son de nuestro bandó; dejamos que el polvo y la polilla consuman documentos importantes, ó que aprovechen de ellos manos extranjeras; dejamos que el olvido se trague la memoria de hechos gloriosos. He ahí otra confesión que prueba lo que soy; incapaz de ocultar la verdad. No puedo practicar el precepto de Olmedo:

“Que si mengua ó escándalo resulta,
Honra más la verdad quien más la oculta.”

Esas cosas me duelen y digo siempre francamente lo que siento, siquiera sea con riesgo de que algunos se me enojen por esa mi franqueza. ¡Qué fuera de la historia si se aplicase aquello de nuestro poeta!

Sin embargo, en aquel lapso de 19 años hay algo más, respecto de Olmedo, de cuanto V. ha podido recoger para su interesantísima monografía. Yo que he sido siempre apasionado del gran poeta, del *Modelo*, (según el donoso anagrama que trae una publicación hecha en Guayaquil en 1878, y que repitió el ilustrado Sr. Pombo en 1882), heme instruido de algunas cosas, y además de las que dejo apuntadas, mire V. otras.

Ante todo (pues V. se muestra sospechoso é inquieto acerca del *hijo* de dos años que aparece después de cinco de muerta la *esposa*), debo decirle que la noticia que recibió en Valparaiso á mediados de 1828, de haber *perdido la prenda más querida de su corazón*, resultó falsa: su esposa vivía. Quizás estuvo por entonces gravemente enferma, y no faltó, como no suele faltar en esos casos, algún noticioso comedido que no temió lastimar el sensible corazón de nuestro poeta con la triste nueva de que su cara mitad estaba no sólo enferma, sino ya difunta.

Olmedo, como lo ha visto V. en sus cartas, tuvo dos hijas antes de su viaje á Londres, á quienes amaba apasionadamente: eran *las niñas de sus ojos*. Llamábanse Virginia Rosario y Rosa Perpetua; ésta murió en la infancia en 1830, y la primera en 1878. En cuanto al hijo que le nació después, ya se puede imaginar los quilates del amor que le tenía y las esperanzas que fundaría en él. Hasta quiso que llevase su propio nombre. D. José Joaquín Olmedo vive aún en Guayaquil, y goza las consideraciones á que es acreedor por su honradez y su noble carácter, tanto como por el nombre que lleva. Este hijo dió al poeta un nieto, que probablemente habría llenado su esperanza demostrada en una de sus cartas al Libertador; "¡Quién sabe, le decía, si mi humilde Canto de Junín despierte en algún tiempo la fantasía de algún nieto mío!" Éste llevaba el nombre del abuelo y el padre, y era una verdadera esperanza para las letras, por su rara inteligencia; mas desgraciadamente murió, á penas cumplidos sus catorce años de edad, en Marzo de 1875.

Después de su vuelta á la patria el Sr. Olmedo contrajo amistad con el general D. Juan José Flores, á quien pocos años más tarde había de ensalzar en la magnífica composición poética inspirada por la victoria de Miñarica. Esas conexiones llegaron á tal punto, que el poeta y el guerrero vinieron á ser compadres, pues aquél sacó de pila á un hijo de éste. Con ese título se trataban los dos.

En la Asamblea constituyente de 1830, que se reunió en Riobamba, Olmedo fué electo Vicepresidente del Ecuador; pero no es exacto que "separados de Colombia los departamentos del Sur y erigidos en un estado independiente" hubiesen tomado "el nombre de República del Ecuador", como lo dice D. Manuel Gállegos Naranjo al dar noticias del poeta en su desdichadísimo *Parnaso Ecuatoriano*. Entonces el general Flores, como todos los que deseaban que no se

disolviese por completo la grande obra de Bolívar, que-
ría la federación colombiana, y no la total independen-
cia de aquellos departamentos. Se erigió, pues, no una
República, sino uno de los estados que debía componer
la sobre dicha confederación. El Sr. Gallegos ha podido
ver hasta en las monedas ecuatorianas de esos tiem-
pos la leyenda que dice: "El Ecuador en Colombia". La
República verdaderamente desmembrada de esta na-
ción no vino á constituirse sino en 1835, en la Conven-
ción de Ambato.

En los trastornos políticos que sobrevinieron des-
pués de la muerte del Libertador, los pueblós del sur
de Nueva Granada vacilaban entre si se juntarían á
ésta ó al Ecuador. Al fin se decidieron por lo segundo.
Pero Nueva Granada no podía convenirse con que tan
rica, bella y poblada porción de Colombia no le perte-
neciera, y para que el pleito se decidiese á su favor,
tentó entre otros medios el de la diplomacia. Acreditó,
pues, (1832) el Gabinete de Bogotá para que entendie-
sen en el asunto á D. José Manuel Restrepo (el histo-
riador de Colombia) y al obispo de Santa Marta doctor
D. José María Esteves. El Gobierno ecuatoriano por
su parte nombró á D. José Félix Valdivieso, al doctor
D. Nicolás de Arteta, poco después obispo de Quito,
y á D. José Joaquín Olmedo. Se trabaron las confe-
rencias en la ciudad de Ibarra, sin la concurrencia de
éste; luego se continuaron en Quito; mas para enton-
ces Olmedo estaba ya presente. Flores le había lla-
mado por medio de un posta, pues aunque los otros dos
comisionados eran competentes, creyó necesaria la con-
currencia del tercero. En efecto, la voz de Olmedo,
que no obstante su salud delicada se vino á marchas
forzadas, fué decisiva. Las conferencias fueron largas
é interesantes, y al cabo el historiador fué arrollado
por el poeta. Sin embargo, lo que no alcanzó la polí-
tica en la contienda de dos eminentes ingenios (Olmedo
y Restrepo fueron los que más trabajaron), lo consi-

guió la traición poco después. El nombre del jefe que la consumó vive infamado en la historia. Los pueblos del sur de Nueva-Granada volvieron las espaldas al Ecuador y se hicieron definitivamente neogranadinos.

Olmedo continuó fiel á la amistad y la política del general Flores. Ya sabe V. cómo le cantó con ocasión de la batalla de Miñarica. Inmediatamente después de la victoria alcanzada por este general, se reunió en Ambato la Convención encargada de reorganizar el Estado y de darle un nuevo Presidente. Para tan elevado cargo fué elegido D. Vicente Rocafuerte, uno de los estadistas más conspicuos que han servido y honrado al Ecuador. Era paisano y muy amigo de Olmedo, quien presidió aquella Asamblea.

Sirvió de secretario de ésta D. Ignacio Holguín, muy amigo también del poeta y del héroe de Miñarica, y que casado y avecindado poco más tarde en Ambato, mi tierra natal, llegó á prestarme fina amistad, no obstante la gran diferencia de edad que mediaba entre los dos, pues cuando él fué empleado en dicha Convención, yo no tenía aún tres años. El Sr. Holguín, (tío carnal de D. Carlos, Ministro de Colombia en España en estos últimos tiempos) era talentoso y de felicísima memoria, y gustaba de recordar algunas menudencias relativas al vate guayaquileño, las que yo á mi vez he procurado no olvidar. Por él supe, entre otras cosas, que Olmedo era con frecuencia consultado por algunos jóvenes aprendices de poeta, que le enviaban sus versos; mas, por desgracia, poco ó nada bueno hallaba en éstos, no obstante la recomendable voluntad de sus autores.

Hasta muy adelantada la era de la república, la musa ecuatoriana, encantada por el extraordinario génio de Olmedo, parece que negaba terca sus favores á otros pretendientes que la requebraban humildes y se postraban á sus pies. ¡Qué esterilidad la del numen poético del Ecuador hasta pasada la mitad de este si-

glo! El vate del Guayas era el único astro de nuestro cielo; no había ningún otro que girase en torno de él. *El Duende*, periódico satírico de Bogotá que se publicaba por 1846 se mofaba con terrible é insultante acritud de una décima *de ingenio chimborazuno*, publicada en Guayaquil contra el general Flores, y después de copiarla añadía: "Y nosotros ¿què podremos decir? Que por Pasto no hay culebras". Y la tal décima ¡quien lo creyera! no fué *culebra chimborazuna*, sino del río en que nadaba el cisne divino de la América. Esta esterilidad en poesía y aún en otros ramos, delante de hombres que en ellos sobresalían con luces adquiridas en la enseñanza de la colonia que acababa de ser abolida, no se puede explicar sino entrando en cuenta que durante largos años nadie pensaba en estudiar, y sí solo en combatir para llevar á término la independencia de la patria, y luego en dar estabilidad y orden á esa gran obra.

Naturalmente el genio del poeta y el mérito indisputable del *Canto al general Flores* no bastaron á acallar las voces enemigas que contra el primero se levantaron. Por entonces corría, entre otros versos y dichos picantes, el siguiente epigrama:

"El cantor de Miñarica
Es como el cantor de antaño,
Que cantó al hambriento lobo
Que devoró su rebaño".

Que la mayor parte de las censuras eran hijas de la pasión política exaltada entonces por extremo, y más personales que literarias, no hay que decirlo.

Al fin, respecto de Olmedo, esa pasión aún antes de 1845, en que el cantor y compadre de Flores tomó parte en la revolución del 6 de Marzo, llegó á calmarse y hasta á extinguirse; pero contra el general que cayó en *La Elvira* lamentándose de que *su Homero* hubiese contribuído á su perdición, ha continuado ardiendo

te hasta después de muerto: si bien tan sólo en pechos poco generosos y menos aún amigos de la justicia pueden vivir mezquinos resentimientos y odios salvajes. Como prueba reciente—de ayer, de la vitalidad enérgica de la pasión política adversa al general Flores, puede citarse la obra que lleva por título *El Ecuador de 1825 á 1875*, por P. M. (Pedro Moncayo). Su autor, hombre de buen talento, fácil y florido escritor, aunque no muy amigo del casticismo tiene por desgracia carácter atrabiliario y violento y rinde ciego culto al más desbocado radicalismo. La calmada reflexión ha sido desconocida por él durante su larguísima vida (pasa de 80 años), y las lecciones elocuentes de sucesos á que tal vez él mismo ha contribuido, le encuentran siempre terco, inflexible é invulnerable como una roca de los Andes. Para hombres de esta naturaleza moral, lo que ellos piensan es lo único justo, lo que ellos hacen, lo único bueno, lo que ellos pretenden, lo único que merece cooperación. El mencionado libro quiso ser historia crítica, y á causa de su autor ha resultado sólo una fiscalización apasionada y ruda, como los artículos de periódicos destinados á desacreditar á todo trance á quienes se desea quitar el poder ó influjo político sobre un pueblo, ó de quienes se desea vengarse denigrando su memoria. Las víctimas principales del libro de P. M. son el general Flores y D. Gabriel García Moreno. ¡Pobre escritor!

Entre los mismos enemigos de Flores, y por ende poco ó nada adictos á Olmedo, no faltaron quienes rindiesen tributo de admiración á éste con motivo de su famosísimo *Canto*. Uno de ellos, notable por su talento y conocimientos, después de haberlo leído dicen que sedió una palmada en la frente y exclamó: “¡Ah diablo! Olmedo ha inmortalizado al tirano!”

Yo también, no obstante mi pasión por Olmedo, le he censurado por que su lira celebró un triunfo obtenido en guerra civil, en la cual la crueldad estuvo de

parte del vencedor, cuya fuerza consistía en gente no ecuatoriana y curtida y avezada á las matanzas en la guerra de la independencia. La crueldad no estuvo, cierto, en el general Flores, y es falso que éste se hubiese presentado en Ambato, después de la victoria, empapado en sangre, como alguien ha dicho; pero, á mi juicio, es responsable ante la humanidad y la historia de las atrocidades que cometieron sus subalternos; hubo hasta ferocidad de parte de muchos jefes y oficiales y de los soldados que acuchillaron en la derrota centenares de vencidos que no pensaban sino en huir. El general Juan Otamendi, mulato venezolano que mandaba la caballería, valentísimo y entendido en el arte de la guerra, pero de instintos de pantera, fué el autor principal de aquella carnicería. Más de mil hombres perecieron, y de éstos quizás solo la tercera parte cayó en la refriega. Si las víctimas en todo caso, hubiesen sido los culpables de la revolución, yo habría dicho que merecieron tan duro castigo; pero fueron en su mayoría infelices artesanos y labradores á quienes se obligó á tomar las armas por fuerza, como los obligan siempre nuestros demagogos, que no reparan en sacrificar al pueblo en aras de su infame ambición. ¡Oh! no basta la maldición de la historia para castigo de estos revolucionarios de oficio, responsables del atraso y perenne malestar de casi todas las Repúblicas hispano-americanas!

Mi crítica fué, pues, puramente moral y para robustecerla con un ejemplo, quiero recordar un hecho que no sé por qué ha sido olvidado por la historia, cuando tanto enaltece la memoria de Rocafuerte. Éste se hallaba de Presidente del Ecuador cuando ocurrió la revolución que terminó con la batalla de Hualilahua (17 de marzo de 1838). Recibióse en Quito la noticia del triunfo de las armas constitucionales; Rocafuerte prohibió los repiques y otras muestras de regocijo que en estas ocasiones suelen hacerse, y presentándose en

la galería del palacio habló al pueblo congregado en la plaza, comenzando su discurso con estas palabras: "El Gobierno ha obtenido completo triunfo; pero abstengámonos de toda demostración de júbilo por que los que han perecido en la batalla son hermanos nuestros."

¡También fueron, pues, nuestros hermanos los mil y tantos soldados que cayeron sin vida en las llanuras de Miñarica!

Que en el general Flores (venezolano, y no hijo del Ecuador, como lo cree V.) la ambición era afecto poderoso, y que por esta causa ú otras cometió no pocas faltas é incurrió en graves errores políticos, es innegable; mas que fué hombre generoso, de buen talento, de indole excelente y entendido guerrero, no se puede negar sin injusticia. Estas dotes brillaron inmediatamente después de la victoria de Miñarica, y no pocos de sus enemigos las reconocieron, y por ellas vencidos dejaron de serlo. Personas de gran importancia (pues no faltaban en el bando opuesto) abandonaron las filas de la oposición y acudieron á rodear y sostener al mismo á quien antes habían hecho cruda guerra. De aquí provino que cuando diez años después el general Flores cayó del poder, aunque á este hecho contribuyeron hombres de la talla de Olmedo y Rocafuerte, que le habían retirado su amistad, dejó en la República un partido respetable que contaba también con miembros de alta valía.

Para terminar este punto, añadiré, pues lo creo conveniente en razón de la simpatía que V. muestra por Flores, que en 1861 tuve ocasión de tratar de cerca á este general, llamado de su largo destierro por su antiguo enemigo D. G. García Moreno, para que le ayudase á salvar el país de un doble enemigo—el Gobierno del Perú y el semibárbaro general Franco que trataba de entregar al enemigo exterior gran parte del territorio nacional. Flores y yo éramos diputados

á la Convención de dicho año, que él presidía. Entonces conservaba yo todavía algunos resabios liberalescos, reliquias de las locuras de mi primera mocedad, y pertenecía á la oposición. Sostuve con calor mis principios y alguna vez me hallé en la arena frente á frente á dicho benemérito general. Después de discusiones agitadas y á veces tempestuosas, cuando salíamos del salón, Flores, con semblante apacible y bondadosa sonrisa, buscaba á los que le habían combatido y conversaba amigablemente con ellos, sobre asuntos que podían agradarles; á mí me hablaba de literatura y de poesía: ¡qué cosa mas delectosa para mí! No debo omitir una circunstancia que redundaba en favor mío: no obstante mi oposición y mi vehemencia juvenil, jamás traté al general Flores sin los miramientos á que era acreedor y que él debía esperar de todo rival no ayuno de buena educación. Diputados hubo que no le trataron de igual manera; si bien es verdad que entre sus partidarios no faltaban tampoco genios ágrios y lenguas nada á propósito para la polémica razonada y noble. El general lo conocía, y una ocasión, con motivo del poco tino y ninguna mesura que cierto clérigo empleó en defenderle, exclamó en el seno de la confianza de algunos de los suyos: "¡Ay, Dios mio! qué haremos para que el amigo N*** no vuelva á defenderme!"

Volvamos á Olmedo y á 1835. Parece que nuestro poeta gustaba de templar las para él desapacibles tareas legislativas con el trato de las damas y la amenidad de la tertulia, que aceptaba convites y alguna vez templaba la lira, aunque no para cantar asuntos elevados, sino cosillas de esas que sirven sólo de pasatiempo y que se hacen como jugando, ó para salir de un empeño contraído con una amiga ó un camarada. A esta clase pertenece la breve canción que copio en seguida, conservada por el Sr. Holguín y hasta ahora inédita:

la galería del palacio habló al pueblo congregado en la plaza, comenzando su discurso con estas palabras: "El Gobierno ha obtenido completo triunfo; pero abstengámonos de toda demostración de júbilo por que los que han perecido en la batalla son hermanos nuestros."

¡También fueron, pues, nuestros hermanos los mil y tantos soldados que cayeron sin vida en las llanuras de Miñarica!

Que en el general Flores (venezolano, y no hijo del Ecuador, como lo cree V.) la ambición era afecto poderoso, y que por esta causa ú otras cometió no pocas faltas é incurrió en graves errores políticos, es innegable; mas que fué hombre generoso, de buen talento, de índole excelente y entendido guerrero, no se puede negar sin injusticia. Estas dotes brillaron inmediatamente después de la victoria de Miñarica, y no pocos de sus enemigos las reconocieron, y por ellas vencidos dejaron de serlo. Personas de gran importancia (pues no faltaban en el bando opuesto) abandonaron las filas de la oposición y acudieron á rodear y sostener al mismo á quien antes habían hecho cruda guerra. De aquí provino que cuando diez años después el general Flores cayó del poder, aunque á este hecho contribuyeron hombres de la talla de Olmedo y Rocafuerte, que le habían retirado su amistad, dejó en la República un partido respetable que contaba también con miembros de alta valía.

Para terminar este punto, añadiré, pues lo creo conveniente en razón de la simpatía que V. muestra por Flores, que en 1861 tuve ocasión de tratar de cerca á este general, llamado de su largo destierro por su antiguo enemigo D. G. García Moreno, para que le ayudase á salvar el país de un doble enemigo—el Gobierno del Perú y el semibárbaro general Franco que trataba de entregar al enemigo exterior gran parte del territorio nacional. Flores y yo éramos diputados

á la Convención de dicho año, que él presidía. Entonces conservaba yo todavía algunos resabios liberalescos, reliquias de las locuras de mi primera mocedad, y pertenecía á la oposición. Sostuve con calor mis principios y alguna vez me hallé en la arena frente á frente á dicho benemérito general. Después de discusiones agitadas y á veces tempestuosas, cuando salíamos del salón, Flores, con semblante apacible y bondadosa sonrisa, buscaba á los que le habian combatido y conversaba amigablemente con ellos, sobre asuntos que podían agradarles; á mí me hablaba de literatura y de poesía: ¡qué cosa mas deleitosa para mí! No debo omitir una circunstancia que redundaba en favor mío: no obstante mi oposición y mi vehemencia juvenil, jamás traté al general Flores sin los miramientos á que era acreedor y que él debía esperar de todo rival no ayuno de buena educación. Diputados hubo que no le trataron de igual manera; si bien es verdad que entre sus partidarios no faltaban tampoco genios ágricos y lenguas nada á propósito para la polémica razonada y noble. El general lo conocía, y una ocasión, con motivo del poco tino y ninguna mesura que cierto clérigo empleó en defenderle, exclamó en el seno de la confianza de algunos de los suyos: "¡Ay, Dios mío! qué haremos para que el amigo N*** no vuelva á defenderme!"

Volvamos á Olmedo y á 1835. Parece que nuestro poeta gustaba de templar las para él desapacibles tareas legislativas con el trato de las damas y la amenidad de la tertulia, que aceptaba convites y alguna vez templaba la lira, aunque no para cantar asuntos elevados, sino cosillas de esas que sirven sólo de pasatiempo y que se hacen como jugando, ó para salir de un empeño contraído con una amiga ó un camarada. A esta clase pertenece la breve canción que copió en seguida, conservada por el Sr. Holguín y hasta ahora inédita:

"Visitóme el amor esta noche
 Con un dulce gratísimo sueño:
 Yo soñé que á mi angélico dueño
 De este modo empezábale á hablar:
 —Saber puedes las veces que te amo
 Si las luces contares del cielo,
 Y las hojas que cubren el suelo,
 Y las olas que baten la mar....—
 Ella me oye y gustosa y afable
 Corre á mí con el seno entreabierto....
 Mas ¡ay triste! que al punto despierto,
 Y era sombra lo que iba á abrazar.
 Loco, ciego, impaciente, furioso,
 Salto luego del lecho gritando:
 —¡Duro amor! ¡duro amor! ¿hasta cuándo,
 Hasta cuándo me quieres burlar?"

En las márgenes del *Ambato* nunca han faltado
 beldades capaces de encender fuego amoroso en el co-
 razón de un poeta; pero se hace difícil creer que nues-
 tro Olmedo á los cincuenta y cinco años de edad, tan
 apasionado de su esposa, tan circunspecto y de cuyas
 morales costumbres nunca se ha murmurado, hubiese
 compuesto esas estrofas dignas de un mozo de veinte
 años encadenado por Cupido, porque tuviese por aquí
 algún *angélico dueño* que le hiciese soñar; pienso que
 las forjó sin intención seductora, quizás por compla-
 cer á algún amigo de condición amartelada, quizás so-
 lamente á petición de alguna amiga para acomodarias
 á música ya preparada. Esto suele suceder con fre-
 cuencia; y refuézase mi sospecha al considerar que
 están en un metro que nunca usó Olmedo, y que es
 tan propio para el canto. En cuanto al mérito de los
 versos, yo no quiero decir nada, y dejo el campo libre
 al criterio de V. Sólo debo observar que en el géne-
 ro erótico no conocíamos del vate guayaquileño cosa
 ninguna, á no ser la cancioncita imitada de Chateau-

briand, inserta en la colección de 1853, y que los editores dan como original; siendo, por lo mismo, las estrofas transcritas á propósito para juzgar lo que pudo hacer quien se preciaba de discípulo y amigo de Ovidio y Meléndez Valdés, si hubiese cantado al Amor y las Gracias con más devoción y esmero, y con más frecuencia.

Una de las atenciones de que nuestro poeta fué objeto en Ambato, durante su permanencia en esta ciudad como diputado, la mereció del Dr. D. Joaquín de Araujo. Este sacerdote le convidó á comer en una pequeña quinta, donde á la sazón vivía retirado entre libros, árboles y flores. Olmedo concurrió á la merienda. El eclesiástico, que era anciano ya, había deseado tratar con alguna intimidad á hombre que por su gigante ingenio se atraía la atención y el respeto de todos. No sé lo que juzgó del poeta en habiéndole tenido junto á sí y cumplido su antojo de conversar con él; pero Olmedo dejó traslucir con bastante claridad el parecer que le mereció el Dr. Araujo:—"Repútasele por hombre de luces", le dijo un amigo.—"Sí las tiene, le contestó..... cuando las encienden en su casa". Tengo para mí que la pulla fué asaz injusta. (1)

El doctor Araujo ha dejado fama no sólo por su virtud austera, sino también por su saber patentizado en la oratoria sagrada y en las polémicas que sostuvo, con gran copia de doctrina, con el obispo de Popayán y con el P. Solano, religioso franciscano de inteligencia distinguida é inmensa erudición en letras sagradas y profanas. Ese desfavorable sentir de Olmedo acerca del *sacerdote* Araujo, ¿no pudo ser hijo del espíritu que dictó en cierta carta la frase *de saborcillo impropio de la indole del autor*, según ha observado V.? Seguro que sí. Cuando caen en el alma

(1) Sobre esta anécdota véase lo que el mismo Sr. Mera dice en el estudio que precede á las *Cartas inéditas de Olmedo*.

las sombras de los principios anticristianos, el sacerdote, la Iglesia, Dios mismo, no tienen que esperar justicia de parte de los hombres. Si, ni Dios mismo: ahí está la carta de nuestro Olmedo á Bello fechada á 31 de Enero de 1847. Estas cosas duelen; pero es preciso conservarlas, porque al fin son enseñanzas para quienes las estudian y meditan con buen juicio y buena fé.

No indagaré las causas que hubiese tenido Olmedo para cooperar en la revolución del 6 de marzo de 1845, ó para aceptarla de buen talante; ellas pudieran ser estudiadas en el *manifiesto* que el Gobierno provisional de entonces dió á luz, documento bien meditado y mejor escrito por nuestro poeta; diré sólo que no todas nuestras revoluciones han sido obra de la ambición y la injusticia, sino de una imprescindible necesidad nacional.

El general Flores se creyó menós fuerte de lo que realmente era entonces: las multiplicadas intrigas de sus enemigos le vendaron los ojos. En la sierra contaba aún con tropas veteranas, y juzgó poderosa la revolución, cuando en verdad después de las acciones sangrientas del 3 y 10 de Mayo no había quedado en condiciones muy ventajosas. Esta errada creencia le hizo ceder y entregar la nación en manos de los *Marcistas*. Propusieronse éstos aniquilar todo elemento *floreano*; pero el hecho con que más claramente demostraron su ningún respeto á la justicia y al honor de su propio partido, fué la anulación del *Tratado de la Virginia* (la hacienda de Olmedo á Orillas del Babahoyo), con la cual, de temporal que debió ser, se hizo perpétuo el destierro del jefe vencido. Este acto que hallará en la historia irremisible condenación, sirvió de fundamento de otro que, por antipolítico, inoportuno y, sobre todo, adverso á los intereses de América, tampoco merece absolución: hablo de la expedición que el general Flores organizó en Europa, y que fracasó por interven-

ción del Gobierno inglés. Cinco años después hizo una nueva tentativa, que preparó no ya en el viejo mundo, sino en costas americanas, y que vino á escollar en las aguas de Guayaquil. Antes, durante el gobierno de don Vicente Ramón Roca, el partido *floreano* había hecho muchos inútiles esfuerzos para una reacción. Tengo para mí que tanto aquellas expediciones como estos esfuerzos en el interior de la República, contribuyeron á dilatar el destierro del general Flores, y á amargar por extremo la situación de su excelente familia, la cual fué al cabo expulsada por Urvina, jefe principal y sostén del militarismo rudo y bárbaro y uno de los demagogos que más daño han causado á la Nación.

No me parece exacto que *con los años se hubiese desarrollado en nuestro poeta la afición á intervenir en las luchas políticas*. En un país de corta población como el nuestro, y en el cual no abundan los estadistas, todos los hombres que sobresalen por sus luces y virtudes cívicas, de grado ó de fuerza, y cual más, cual menos, toman parte en la política. ¡Y ojalá interviniesen en ella sólo esos hombres dignos de la patria y de regir sus destinos!.....

En la Convención reunida en Cuenca á fines de 1845, se presentaron dos candidaturas para la presidencia de la República, la de Olmedo y la de Roca. La primera fué calurosamente patrocinada por Rocafuerte, lo cual prueba que éste no tomó parte en la revolución *con ánimo de recoger su herencia*, sino movido por más noble impulso, propio de su alma grande y generosa. Rocafuerte, hombre de mucho influjo por su ilustración y patriotismo, y por el tino y espíritu progresista que desplegó en los cuatro años de su gobierno (1835-1839), que en orden de mérito sería el primero que hemos tenido, si después no hubiese gobernado García Moreno; Rocafuerte, digo, fué derrotado por Roca y su círculo, que manejaron la intriga, si no con decencia, sí con destreza y actividad. Dos ó tres días se

mantuvo empatada la votación, hasta que al fin un Diputado de Guayaquil vendió su voto y su honor por una fuerte suma de onzas de oro, inclinando la balanza á favor de Roca. El irritable y vehemente Rocafuerte, en cuanto el Secretario de la Asamblea publicó el resultado del escrutinio, prorrumpió en un discurso, extemporáneo cierto, pero que fué noble protesta contra tamaña injusticia, y en el cual, á par que patentizó los méritos de Olmedo, no dejó muy bien puesto el nombre de su adversario y el de los que le ayudaran á subir á la presidencia. Estas cosas no constan en el acta del día; pero la omisión, obra de la *delicadeza* de los que entonces influían en la Convención, no bastó á impedir que se supiese fuera de ella y se trasmitiese á otras partes todo lo ocurrido.

Sin embargo, no hubo cabal justicia de parte del acalorado ilustre orador, cuando exclamó: "¡He aquí el triunfo de la barbarie sobre la civilización!" y por este hilo dió curso á la indignación que le dominaba; ni tampoco la hay en el desprecio con que V. habla de Roca en una nota de su sabio trabajo sobre el poeta del Guayas (página 270). En la misma nota dice V. que los demagogos elevaron á aquel á la presidencia, y esto no es exacto; quizás hubo algún demagogo, mas quienes formaron el grupo *roquista* fueron liberales, y liberales hubo también entre los que votaron por Olmedo. Entonces, como acontece muchas veces en semejantes casos, obró la personalidad ó el *personalismo*, como ha dado en decirse por acá, el cual tenía por fundamento el interés privado de cada uno, y no el de la nación. Es preciso ser imparcial y justo con Roca: fué hombre de muy notable talento político, no pobre de luces, y si dominado de ambición, no codicioso; sus costumbres privadas eran austeras. Su mérito como magistrado, relativo sin duda, no puede ser anulado del todo por las graves faltas de su administración, entre las cuales fué la mayor el agio consentido á muchos

infames especuladores. Si no hizo nada por el adelanto moral y material de la República, la censura á que fue acreedor se modera al considerar que ocupó un solio rodeado incesantemente del fuego de la insurrección diez y ocho revoluciones sofocadas en cuatro años de gobierno, prueban grandes fuerzas vitales en el bando caído á par de extraordinaria actividad, así como mucha vigilancia, mucho trabajo y muchos gastos de parte del Gobierno. ¿Cómo pudo haberse dedicado éste á mejorar la situación de la República?

No sé cual pudo haber sido el porte de Olmedo en la presidencia; creo que está por resolverse el problema de si un gran poeta puede ser también gran magistrado. Yo sospecho (puede que esté muy equivocado) que las Musas no enseñan á gobernar un Estado, sobre todo si es revoltoso, y que la lira y el tirso no pueden cambiarse con ventaja con un cetro ó con un bastón presidencial. Nuestras Repúblicas tienen necesariamente que ser gobernadas en prosa, y prosa dura, so pena de que ellas y sus magistrados vengan á manos de la diabólica demagogia, mil veces más dura que el más despótico de los sistemas. Olmedo, es verdad, habría sido un poeta filósofo en el poder; pero su corazón dulcísimo habría dejado romperse la vara de la energía en aras de la humanidad, y las revoluciones no hubieran sido diez y ocho, sino tres ó cuatro á lo más... En todo caso, no pudo haber durado mucho tiempo el gobierno del insigne vate, pues su salud había decaído tanto por aquellos días, que él mismo parece que desesperaba de recobrarla: la dispepsia había tomado carácter alarmante; medicinas, cambio de clima, todo era ineficaz para combatirla. La flor de tan preciosa existencia ya no tenía jugo é iba á deshojarse y desaparecer! Así aconteció, en efecto, el 19 de Febrero de 1847, á los 67 años, menos un mes, de haberse abierto al sol ecuatorial.

General y sincera fué la pena que produjo la muerte

de Olmedo, y en algunas ciudades, especialmente en Quito y Guayaquil, se le honró con suntuosas exequias. La pasión política, la más injusta y pertinaz de cuantas enloquecen el corazón humano, enmudeció, sin embargo, ante el sepulcro del Homero ecuatoriano, y ya nadie se acordó más que de su gloria. Sus restos yacen en la iglesia de San Francisco de su ciudad natal, cubiertos de humilde losa, sobre la cual se lee este epitafio:

«DON JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO

Por su patriotismo y su ingenio, honra de su patria y de la América.

Por su índole y sus virtudes, ídolo de su familia y sus amigos.»

Para un hombre como Olmedo, bastaba que la lápida llevase su nombre: éste lo dice todo.

Para cuantos tenemos fijas las miradas del alma en una vida infinitamente superior á la de este mundo, y en una gloria á la cual comparada la suya es triste sombra, es cosa que inquieta y aflige el no saber con que género de ideas y sentimientos pasaron á la eternidad las personas á quienes hemos tenido cariño y respeto; y esto me pasaba respecto de Olmedo—de mi querido y admirado poeta. V., Sr. Cañete, participaba sin duda de este dolor, y quizás lo siente aún; pero hace poco se cambió en mí en consuelo y satisfacción, y tal cambio va también á ser común á V. ¡Olmedo murió como fiel cristiano! Olmedo entregó su alma, purificada por la penitencia y santificada por la Hostia sacramentalísima, á Aquel de quien recibiera tantos tesoros de corazón y de inteligencia, y cuya obra de redención misericordiosa tachaba, pocos días antes (en momentos,

sin duda, de amargura y de flaqueza de ánimo), *de incompleta é imperfecta*. El Dr. D. Francisco X. Garai-coa, condiscípulo y muy amigo del poeta, sacerdote docto y virtuoso, á la sazón primer obispo de Guayaquil, y algo más tarde arzobispo de Quito, escribía al Dr. D. José María Laso, con quien tenía estrechas conexiones, la siguiente carta:—"Guayaquil, Marzo 24 de 1847.—.... La pérdida de un ilustre ciudadano como el Sr. Olmedo, de un condiscípulo, de un amigo, es pérdida sobremanera sensible. Pero me consuelan las cristianas y religiosas disposiciones con que murió. Aunque la noche en que falleció estuvo lloviaosa y yo acatarrado, fuí llamado á las diez de ella para administrarle los últimos sacramentos y demás consuelos de la Religión. Recibió aquellos con los sentimientos que yo debía desear, y con expresiones edificantes de un sabio. Después de administrado, pasé á inspirarle en la acción de gracias estos consuelos religiosos, unidos á los actos de resignación, de gratitud y de amor á Dios; y en los psalmos, que nos prestan una materia vasta para tales actos, y que él mismo iniciaba algunas veces, nos ocupamos de un modo provechoso. Por algunos momentos me separé de su lecho para volver á encomendar su alma: entre tanto, fué rodeado de su numerosa familia y como quien quiere desprenderse de ella para unirse á Dios sólo, pidió que se retirasen y lo dejasen con su Ministro. Entregó su espíritu al Criador á las dos de la mañana, con las palabras del salmo *In te, Domine, speravi*, que concluye: *In manus tuas, Domine commendo spiritum meum*; dejando á su familia, á sus parientes y amigos en la consternación y el llanto; y á su condiscípulo en el dolor más intenso, y á su ministro é indigno Director en el mayor consuelo por las envidiables disposiciones de su sensible corazón. He dado á V. este detal, porque me acompaña en mi dolor por tan lamentable pérdida, y es muy justo también que participe de mis consuelos. Yo no cesaré

de rogar á Dios y de pedir á las almas virtuosas que rueguen por tan ilustre conciudadano. Por el presente correo rotulo á V. cuatro ejemplares de la noticia necrológica que ha presentado el médico de cabecera del finado Olmedo, para que V. los distribuya á sus amigos.

“Consérvese V. en salud y gracia, como lo desea su verdadero amigo y afectísimo capellán. — *Francisco X. Obispo.*”

Este interesante documento lo debo á la bondad de mi amigo el inteligente y laborioso joven D. Manuel María Pólit, ilustrado cultivador de las letras en el campo católico; quien le halló entre unos papeles de su abuelo materno, el supradicho Dr. Laso.

Es notable la coincidencia de que así el eminente caudillo de la independencia como su inmortal cantor, hayan muerto en las vecindades del mar, con idénticos sentimientos cristianos y sacramentados por obispos: Bolívar, como V. sabe, espiró en brazos del de Santa Marta, oyendo quizás el rumor del Atlántico; Olmedo, como acabamos de verlo, en los del de Guayaquil, á corta distancia del Pacífico.

La *noticia necrológica*, de que habla el Ilmo Sr. Garraicoa, fué reproducida en *El Seis de Marzo*, periódico oficial de aquel tiempo; pero no he podido conseguir ni la hoja primitiva ni el número de aquel semanario en que fué inserta. El médico que la escribió fué el doctor D. Juan Bautista Destruge, francés; si no me engaño.

Tres grandes hombres ha producido Guayaquil: D. José Joaquín Olmedo. D. Vicente Rocafuerte y don Gabriel García Moreno; los dos primeros nacidos y educados bajo el régimen español, y que brillaron y murieron sirviendo á su patria emancipada; el último nacido el año siguiente al de la revolución de Guayaquil contra el Gobierno de la metrópoli, y sacrificado por la demagogia en 1875, en pago de los grandes bienes que hizo á la República. Si Olmedo fué gigante co-

mo poeta y Rocafuerte merece muy bien el título de ilustre como estadista, García Moreno, también en este concepto, en el de hombre de conocimientos profundos y variados, de ideas y principios justos y sobre todo, de carácter firme é incontrastable, fué superior con mucho á sus dos beneméritos paisanos. En la firmeza de carácter, Rocafuerte se le parecía mucho; y es de notar que los dos, que han sido los mejores presidentes del Ecuador, fueron duros en el poder y reprimían con plomo la demagogia, máquina creada por el demonio para impedir el orden y progreso de las Repúblicas hispano-americanas.

Rocafuerte, cuyos restos se trajeron hace poco de Lima á su tierra natal, ha sido ya honrado con una estatua de bronce erigida en Guayaquil por sus paisanos; Olmedo que, á mi juicio, la merece más, no la tiene todavía, pero es de esperarse que la tendrá no muy tarde; (1) para que García Moreno la tenga, en cumplimiento de un decreto legislativo de 1875 (pocos días después del asesinato), se pasará mucho tiempo, quizás medio siglo ó más. La pasión política y el odio de secta impiden este acto de justicia, y ellos ¡durán tanto entre nosotros! Hoy todavía ultrajan la memoria de su víctima, y para salvar de sus iras el cadáver, ha sido necesario ocultarlo.

Quito, Guayaquil y otras ciudades del Ecuador celebraron el centenario del natalicio de Olmedo, con más ó menos pompa, pero con igual entusiasmo. En Ambato, mi cuna, cúpome la honra de ser el iniciador de la fiesta. Entonces en la velada literaria que fué parte de ella, leí un *Canto* en que quise expresar mi admiración y amor al gran poeta; *Canto*, ciertamente por extremo inferior á su objeto.

Nada tengo que decir del juicio que V. ha formado de las poesías de Olmedo, á no ser que exprese una

(1) La tiene ya. Fué inaugurada en Octubre de 1892.—N del E.

vez más mi admiración por tan sesudo, elocuente y deleitable trabajo de V.; ni es mi deseo tampoco el de volver á examinar esos admirables cantos: acertadas ó no, en la *Ojeada Histórico-Crítica sobre la Poesía Ecuatoriana* están ya mis observaciones. D. José Joaquín Borda, al hablar de éstas, decía que yo defendiendo á Olmedo con el mismo entusiasmo con que un israelita podría haber defendido el Arca Santa. Acertó el notable escritor colombiano. Después el eximio literato D. Miguel A. Caro ha dicho que he puesto incondicionalmente á Olmedo sobre todos los poetas americanos. Esto, en mi sentir, necesita una breve aclaración. Mi juicio no es absoluto; creo que mi célebre compatriota no tiene rival en la América española, en la poesía heroica, en aquella poesía inspirada por los más profundos y nobles afectos de la patria y del amor á la gloria. Para comprobarlo basta citar sus Cantos á Bolívar y á Flores. V. los mira con admiración, y el mismo Sr. Caro tiene el primero de ellos como "la mejor poesía que ha dictado en el suelo americano la musa del patriotismo". Pero en otros géneros ¿quién no reconocerá la superioridad de más de un poeta hispano-americano sobre Olmedo? Éste ¿tiene por ventura algo que pueda compararse á *La Agricultura de la Zona Tórrida* de su amigo y compadre D. Andrés Bello?

D. Nicolás Corpancho, en sus *Apuntes Biográficos sobre Olmedo*, dice que el coronel Orbegoso conservaba algunos preceptos de educación que le dió nuestro poeta en Guayaquil, por 1836, y entre ellos el soneto siguiente:

"Saber poner en práctica el amor
Que á Dios y al hombre debes profesar;
A Dios como á tu fin último amar,
Y al hombre como á imagen de su autor.
Proceder con lisura y con candor;

A todos complacer sin adular;
Saber el propio genio dominar,
Y seguir á los otros el humor.

Cual propio el bien ajeno promover,
Como propio el ajeno mal sentir;
Saber negar, saber condescender;
Saber disimular y no fingir:
Esta ciencia del mundo has de aprender,
Esta es la ciencia del feliz vivir."

Mi respetable amigo, el afamado jurisconsulto y bibliófilo Dr. D. Ramón Miño, hablando de estos versos me dijo un día que dudaba fuesen de Olmedo, pues tenía idea bastante clara de haberlos visto, cuando era muy joven, en un librito de escuela publicado en España á fines del siglo pasado ó principios del actual. Quizás Olmedo los sabía de memoria y los redujo á escrito para dárselos á Orbegoso. Es de notar, por otra parte, que no los hubiese incluido en la colección que *revisó y corrigió* él mismo, cuando puso en ella el *Alfabeto para un niño* que, á mi juicio, vale menos que el soneto. Si éste no es obra suya, á fe que nada pierde su fama, como nada habría perdido al suprimir de la colección el *Alfabeto*.

Soy de V. con el mayor respeto

S. S. Q. B. S. M.

J. León Mera.

P. S.—Esta carta no fué remitida á su destino en el mes de Enero, porque un amigo tardó en mandarme unos apuntes que me ofreciera inmediatamente después de escrita. La falta de tiempo para rehacerla incluyéndolos en los puntos convenientes, me obliga á ponerlos en posdata, reduciéndolos á la indicación de fechas, que serán útiles para cuando se escriba por ex-

tenso la vida de Olmedo. El documento que vá íntegro por ser muy importante, es la carta del poeta al Dr. D. José Fernández Salvador, cuya adquisición debo á la fina amistad del ilustrado joven D. Carlos Pérez Quiñones.

He aquí las fechas:

Olmedo partió por primera vez á España, con su pariente D. José Silva, el 6 de Julio de 1810. Se volvió de Méjico.

Fué elegido Diputado á Cortes el 11 de Septiembre del mismo año, y cuatro meses después se dirigió á la Península.

El 11 de Septiembre de 1811 llegó á Cádiz, después de ocho meses de penoso viaje.

El 24 de Agosto de 1812 fué electo Secretario de las Cortes, y el 13 de Marzo del año siguiente, miembro de la Diputación permanente, y su Secretario.

Después de disueltas las Cortes, permaneció oculto en Madrid, hasta fines de 1815. Pudo venirse á la Habana, y luego se trasladó á Guayaquil, á donde llegó el 28 de Noviembre de 1816.

El 9 de Octubre de 1820, además de ser miembro de la junta revolucionaria, se le nombró Jefe político. En Noviembre fué electo Presidente de dicha Junta. Olmedo redactó la Constitución que ésta adoptó precariamente para que rigiese en Guayaquil.

Después de la incorporación de este departamento á Colombia, Olmedo se había retirado á Lima. Fué electo Diputado por Puno al Congreso constituyente, y luego, en Junio de 1823 se le nombró en comisión para que hablase con Bolívar y le persuadiese á prestar su auxilio al Perú.

El 24 de Julio se verificó la entrevista de los dos grandes hombres; partieron sin pérdida de tiempo y el 1.º de Septiembre llegaron á Lima.

Olmedo regresó á Guayaquil el 10 de Febrero de 1824. Un año después (15 de Febrero), el Congreso del

Perú expidió el decreto en que se le declaraba peruano de nacimiento, con todos los derechos anexos á esta calidad.

El 15 de Marzo de 1825 fué nombrado Ministro Plenipotenciario en Londres y otras cortes de Europa. Salió de Guayaquil á su destino el 5 de Agosto.

De regreso de Europa, tocó en Lima en Septiembre de 1828. Se había declarado ya la guerra entre Colombia y el Perú; disgustado y apesadumbrado por este incidente, se dirigió á Guayaquil, sin haber querido ver á su amigo el general Lamar, á quien elogiara en su famoso *Canto á Bolívar*, porque siendo á la sazón Presidente del Perú, se había hecho el principal culpable de aquella guerra.

En el mismo año fué nombrado Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia; pero se excusó, por no volver á separarse de su familia y su país natal, trasladándose á Bogotá.

En 1830 obtuvo el nombramiento de prefecto del Guayas. En seguida concurrió á la Convención de Riobamba, que le eligió Vicepresidente del Estado, destino que renunció inmediatamente.

En 1832 fué por segunda vez nombrado prefecto del Guayas, y en Abril se le llamó para que entendiese, como Plenipotenciario, en el asunto de la anexión del Cauca al Ecuador.

En 1835, Presidente de la Convención de Ambato.

En 1839, gobernador del Guayas.

De 1843 á 1844, subdirector de estudios.

En 1845, miembro del Gobierno provisional.

En 1846, comisionado para reclamar del Perú los restos del general Lamar.

"CARTA DE OLMEDO"

«Sr. Dr. José Fernandez Salvador.

Guayaquil, Noviembre 18 de 1810.

Mi más apreciable amigo: Las expresiones de la estimable carta de usted pudieran seducirme, si yo conociera menos lo que pueden las ilusiones de la amistad. Cuanto pierde V. de concepto en punto de imparcialidad y rectitud de sus juicios, tanto más gana en darme nuevas pruebas de afecto y amistad.

La estadística de los establecimientos de enseñanza pública en esta provincia debe ser muy imperfecta; porque este encargo se me hizo el mes pasado, y yo no tenía motivos de haber á la mano los datos necesarios, ni tiempo para indicar las reformas que deban hacerse. Sin embargo, V. no desapruéba ese ligero trabajo.

La allocución que hice para la apertura del teatro, ha merecido el aplauso de V. Sin embargo, esa composición debe ser imperfecta, en el solo hecho de que con la mitad de los versos pudo decirse lo mismo.

La oda de Miñarica. . . . El argumento no es favorable. No es bueno cantar las guerras civiles: el elogio de los vencedores no puede hacerse sin mengua de los vencidos; y vencidos y vencedores, todos son nuestros hermanos. Con todo mi corazón quisiera borrar algunos versos de esa composición. Yo no he querido distribuir los ejemplares que me dieron de la impresión; pero no puedo excusarme de remitir á usted esos dos adjuntos, ya porque V. lo desea, y ya porque estoy seguro de que V. suprimirá lo que debe suprimirse.

Ahora tiempos escribí unas leccioncitas de lógica propias para niñas. Después se aumentaron de modo que podían servir para niños. Posteriormente agregué algunas notas, y ya podían servir para los jóvenes; pero esas lecciones, por diminutas y por estar en forma de diálogo, no las creo á propósito para estudiantes de un colegio. A pesar de estos inconvenientes he sabido que se han destinado para que sirvan en las aulas de la capital, y esto me tiene sumamente disgustado. El Sr. Juan Campuzano me escribió para que le remitiese la conclusión de ese tratadito; como yo no conocía ese sujeto, supuse que sería algún profesor del colegio, y en este concepto le encargué que corrigiese esas lecciones. Ahora he sabido que es el impresor y que no puede desempeñar ese encargo. En este caso, V. como literato, como patriota, como director de estudios, y como amigo mío, debe tomar providencias para que ese tratado sea provechoso, en caso de que insistan en adoptarlo, y para que los niños no pierdan su tiempo.

Me han hecho senador; el deseo que tengo de ver á mis amigos de

Quito concurrirá en gran parte á hacerme vencer las dificultades que se oponen á mi viaje.

Estimaré á V. muy particularmente que haga afectuosas expresiones de mi parte á la Sra. Carmencita y familia. La mía retorna á V. sus memorias; y yo reitero á V. mis sinceras expresiones de amistad — Soy su afectísimo amigo.—J. J. Olmedo»

Me ha sido muy satisfactorio ver confirmado por el juicio del poeta mismo, el mío sobre el *Canto al general Flores*. Sí, *el argumento no era favorable*; por admirablemente que se pueda hacer, como lo hizo Olmedo, *no es bueno cantar las guerras civiles*.

Después de escrita esta posdata, tengo la satisfacción de añadir otra; pues á última hora, y gracias al Sr. Pólit, antes mentado, he conseguido la *Noticia Necrológica* que publicó el Dr. Destruge, inmediatamente después del fallecimiento del poeta. Hela aquí:

NOTICIA NECROLÓGICA

¡Feliz, mil veces feliz el hombre de bien que termina en paz una larga carrera de saber y de bondad! que después de haber hecho de su vida el uso prescrito por el Supremo autor, deja por último beneficio en pos de sí una memoria honrada, como herencia gloriosa para su familia, y como modelo de imitación para presentar á los hombres! Pero es una verdadera calamidad para un país que pierda uno de sus más dignos hijos, una fuente inagotable de sabios consejos, un recurso público, un punto de unidad para los negocios de la patria en peligro, un amigo, un defensor del pueblo, de ese pueblo que instruido de la pérdida que ha hecho, deplora con nosotros una desgracia que le es personal. Sentimiento merecido, elogio elocuente, más que cuanto podríamos decir, es la aflicción general que se ha apoderado de todos los corazones á la vista del aparato fúnebre de la tumba que vá á encerrar los restos del Sr. Dr. José Joaquín de Olmedo, del amigo querido del buen ciudadano, del magistrado íntegro del filósofo, que se separa para siempre de nosotros para ir á la mansión reservada al hombre justo.

Todo es perecedero en la tierra, todo en la naturaleza nos recuerda nuestra nada, todo nos señala la fragilidad de nuestro ser, la inevitable catástrofe que pone término á todas las cosas humanas; no dejando de nosotros entre los hombres más que el ejemplo y el recuerdo del bien que hemos hecho. Nuestro corazón está demasiado lleno, nuestras emociones demasiado profundas para trazar dignamente las cualidades, el talento, y las bellezas del alma que distinguían al hombre

de quien deploramos la muerte, de quien apreciábamos el carácter, de quien respetábamos el saber y el mérito, á quien hemos honrado siempre con nuestros sufragios para dirigir los destinos de nuestro país; sin embargo nos es grato dar, aunque imperfectamente, cuenta de una vida que honra la humanidad; y el homenaje más puro que creemos poder rendir á la memoria del Sr. Olmedo, es reproducir sencillamente algunas particularidades de su vida.

Nació el Sr. Dr. José Joaquín de Olmedo, en Guayaquil, el 19 de Marzo de 1780. Su padre D. Miguel de Olmedo, hombre de una honradez tradicional, no tuvo más que este hijo y una hija, que ha sido la idolatría de este hermano, así como ella ha sido un modelo de virtudes. El joven Olmedo entró en el Colegio de Quito á la edad de nueve años; allí principió sus estudios. A los dos años su padre por motivos particulares de familia lo llamó á su lado, en donde permaneció cerca de tres años, no como la mayor parte de los jóvenes de su edad, entregados á la holganza, sino entregado al trabajo del estudio; hasta que en 1791 pasó á Lima á continuarlos en el Colegio de San Carlos bajo la dirección de excelentes profesores. Dotado de una disposición privilegiada y de una voluntad firme, hizo tan brillantes progresos en sus estudios, que en 1799 dió un examen público de filosofía y matemáticas en la real Universidad de San Marcos. Dióse á conocer entonces en el joven estudiante un talento raro y grandes aptitudes para las ciencias exactas; era apasionado por la ciencia de Euclides como lo era también de las bellezas de Homero y Virgilio. Después de su examen, se le confirió la dirección de un curso de filosofía y matemáticas que desempeñó con gran satisfacción de sus superiores, que lo elogiaron públicamente, después de haber presentado sus discípulos un brillante examen público delante de esa misma Universidad en que pocos años antes había presentado él el suyo.

En el intervalo de tiempo que transcurrió desde su examen hasta la fecha de que nos ocupamos, hizo oposición (á mérito) á dos cátedras en la misma Universidad. Se graduó de Doctor en Leyes en el Colegio de San Carlos en 1805, y fué recibido en la práctica, en la Real Audiencia. Dictó un curso de leyes y en 1808 se recibió de Abogado: la Universidad le dió la Cátedra de Digesto.

Una grave enfermedad de su padre le obligó en ese mismo año á dejar la capital del Perú. De regreso á su patria fué incorporado de Abogado en la Real Audiencia de Quito. En esa época el Sr. Olmedo se había hecho conocer por varias composiciones poéticas de buen gusto, que anunciaban ya el genio que más tarde se ha revelado al mundo literario. Habiendo sido nombrado Diputado por el Perú á la Junta Central de España, el Ilmo. Sr. Dr. D. José de Silva quiso que su joven pariente Olmedo le acompañase, sabiendo de qué utilidad podría serle este joven que poseía ya profundos conocimientos en todo ramo de las ciencias. Se efectuó el viaje por la vía de Méjico, y al llegar á esa capital se supo la disolución de la referida Junta. Regresaron entonces á su país; y á poco tiempo, en 1811, nombró Guayaquil al Sr. Olmedo Diputado á las Cortes de España, en donde tomó asiento al lado de los Argüelles, Argüelledas y demás próceres de las libertades españolas. Pronunció en esa ilustre asamblea, entre otros discursos uno memorable sobre las Mitas de América, que ha sido mirado como un modelo de razón y de elocuencia. Concurrió á todos los actos

notables de las Cortes; fué uno de sus Secretarios, mientras duraron éstas, y en Septiembre de 1813 fué elegido individuo de la diputación permanente, en que concurrió á dar el célebre decreto de 2 de Febrero de 1814, que se dió á consecuencia de haber desaprobado las Cortes el tratado de paz celebrado por Fernando VII con Napoleón.

Los acontecimientos de 1814 en Europa volvieron á la España su Rey, y con él vinieron también las persecuciones del partido á que había pertenecido Olmedo; pero éste, más feliz que la mayor parte de sus compañeros, logró escapar de ellas y regresó á Guayaquil en 1816, en donde permaneció entregado á la lectura, formando votos y trabajando por la independencia de su patria, objeto constante de sus desvelos, cuando ese día tan deseado columbó el 9 de Octubre de 1820, en que fué nombrado para que se encargase del Gobierno político, que aceptó. Dió como tal el bando de buen gobierno, arregló los diversos ramos de la administración con las disposiciones y tino que permitían las circunstancias; pero sucedió entonces lo que sucede frecuentemente en las transformaciones políticas, que el poder militar, obrando arbitraria y despóticamente, anuló la acción del poder político; y males inmensos resultaban de este orden de cosas, cuando unido á los principales patriotas, logró derrocar ese poder, planteado y sostenido por algunos jefes. De este resultado fué la reunión de una asamblea de notables que eligió á Olmedo Presidente de la Junta de Gobierno de la República, asociándole dos hombres de un gran mérito también, los señores Francisco María Roca y Rafael Jimena. La independencia de Guayaquil cuenta algunos hombres patriotas que aun viven, que cooperaron eficazmente á su emancipación; pero Olmedo fué siempre el centro de unidad de esos patriotas, que conocían su superioridad de conocimientos en los negocios públicos como igualmente su acendrado patriotismo.

Guayaquil independiente tuvo tan principal influjo en los acontecimientos ulteriores, que apresuró y facilitó libertarse Quito y el Perú del Poder Español. Recibió la Junta de que era presidente Olmedo, á los comisionados del general San Martín y de Colombia: entre estos últimos, estaba el ilustre general Sucre, que se captó la amistad del hombre que se la ha conservado hasta la muerte. Un ejército nacional y otro auxiliar fueron levantados y puestos en mejor orden por las sabias disposiciones de la Junta, y el resultado dió libertad á Quito en la memorable batalla de Pichincha en 1822.—En esa época se verificó la violenta agregación de Quito y Guayaquil á Colombia, y Olmedo abandonó su país para trasladarse al Perú, en donde fué elegido Representante al Congreso Constituyente de esa República por el departamento de Puno. En Junio de 1823 le nombró el Congreso Peruano comisionado cerca del Libertador, para llamarlo á dirigir la campaña contra los Españoles, que terminó con las victorias de Junín y Ayacucho, que en versos sublimes describió Olmedo, inmortalizándose con los guerreros que cantó.

Sellada definitivamente la independencia del Perú, lo nombró esa República su Ministro Plenipotenciario cerca del Gobierno de la Gran Bretaña, donde, además de las consideraciones anexas al cargo que llevaba, recibió toda clase de distinciones de los hombres eminentes y de los grandes literatos de que abunda la Inglaterra. Permaneció en Londres hasta el año de 1828, en que regresó al seno de su familia.



Imitando á Venezuela, el Ecuador se separó de la asociación Colombiana y se erigió en República en 1830.—Un Congreso Constituyente fué convocado: concurrió á él el Sr. Olmedo y perteneció á la Comisión que formó la Carta Constitucional; fue elegido Vicepresidente de la República y á poco tiempo renunció este cargo.

En 1832 el Gobierno le nombró Gobernador de Guayaquil. Los desórdenes de un Ministerio intruso en el ramo de hacienda, exasperaron ese carácter naturalmente tan dulce, y lo determinaron á renunciar este destino. La energía con que comunicó á ese mismo Ministerio una nota llena de patriotismo, de razón y de elocuencia, dió á conocer al Gobierno que tenía en Olmedo un severo censor, que no transigiría con los opresores de su patria. Pocos Congresos ó ninguno ha habido en el Ecuador en el que no haya sido elegido Olmedo.

Los males del Ecuador llegaron á su colmo el año de 1843 en que un Congreso tomó á encargo agotar el sufrimiento de los verdaderos patriotas, promulgando un monstruo de Constitución que en algún modo perpetuaba en el mando al hombre que el pueblo ecuatoriano miraba como su mayor opresor. En esta coyuntura no podía Olmedo quedar simple espectador de tanta arrogancia, él que siempre ha sido enemigo del despotismo y de la arbitrariedad, y en unión de otros patriotas como él, formó el plan de libertar su patria del osado usurpador, preparando la gloriosa revolución del Seis de Marzo, cuyo éxito correspondió á los nobles desvelos de tantos hombres comprometidos, y la espada de uno de esos comprometidos, de un valiente, coronó esta obra cubriéndose de gloria.

La asamblea de notables que se reunió para nombrar un Gobierno provisional eligió al Sr. Olmedo primer miembro de él. La historia, si hace justicia á esa época gloriosa para Guayaquil, dirá si ese Gobierno compuesto de tres célebres ciudadanos, lleno con medidas sabias y filantrópicas los votos del pueblo que había depositado en ellos su confianza.

Mucho tiempo hacia que el Sr. Olmedo padecía de una afección orgánica, á la que sucumbió á la una de la mañana del 19 de Febrero de 1847.

Es de desear que una pluma más diestra que la nuestra, retoque, engrandezca, en una proporción más digna de Olmedo y de la historia á que pertenece, el bosquejo que presentamos de una vida tan útil y tan respetable; de esa vida que ha sido consagrada la mayor parte al servicio público. Después de haber hablado del hombre político y del hombre literario, se hablará de las grandes cualidades que lo adornaban, de la exquisita sagacidad de su talento, de ese talento que nos encantaba, de su bondad, de su modestia, de su amabilidad natural. Se dirá también que jamás la vanidad, el orgullo, ni la ostentación se han mezclado á sus palabras ni á sus acciones; que era inofensivo, porque en esa alma no cabían sentimientos de venganza, que era justo hasta con sus enemigos, que amaba á los hombres por su mérito, en cualquier parte que hubiesen nacido, que fué un modelo de amor fraternal, como lo fué también de esposo y de padre.

Desde largo tiempo la salud del Sr. Olmedo se había quebrantado visiblemente, y ataques repetidos provenientes de una enfermedad orgánica que padecía, la agravaban cada día más. Conocía él su estado, y gran observador, medía los grados de su mal, sentía aproximarse

el término de ellos; pero lleno de ternura por las personas que le rodeaban, trataba de tranquilizarlas sobre su estado, ocultando sus dolores. En fin, llegó la hora fatal; y en medio de padecimientos los más agudos, no se desmintió un instante ese carácter dulce de que la naturaleza lo había dotado: pasó al sueño del justo entregado á las manos de la amistad que le prodigaban el auxilio de la religión santa que le ha abierto las puertas de la eternidad.

¡Alma benéfica, reposa en paz en el seno del padre común de todos los hombres! que tu memoria sea siempre para tus conciudadanos un objeto de veneración!

J. B. D.

(Juan Bautista Destruge)

BREVE ESTUDIO SOBRE LAS CARTAS INÉDITAS

DE OLMEDO (1)

Hace más de un año, entre unos papeles que pertenecieron al Dr. D. Joaquín de Araujo, se hallaron algunas cartas que le había dirigido el Dr. D. José Joaquín Olmedo, las mismas que da hoy á luz la *Revista Ecuatoriana*. Hallazgo importante, pues nuestro poeta es de esa laya de hombres que, encumbrándose á las alturas de la celebridad y la gloria, comunican valer á cuanto les pertenece ó ha producido su ingenio. La ACADEMIA ECUATORIANA, por diligencia mía, adquirió la propiedad de dichas cartas, las cuales debían publicarse en las *Memorias* de la misma Corporación; mas como ésta ha suspendido la salida de su periódico por dar preferencia á la *Antología de Poetas y Prosadores Ecuatorianos*; y no teniendo á bien retardar mucho tiempo la satisfacción que espera tendrán los amigos de las letras y los apreciadores de los frutos de la inteligencia de Olmedo, con la lectura de aquellos escritos íntimos é inéditos, ha consentido generosamente en que se enriquezcan con ellos las páginas de esta *Revista*. La ACADEMIA ECUATORIANA tiene por completo cerradas sus puertas al estéril y repugnante egoísmo, y por el contrario propende, no sólo á que se *limpie, fije y dé esplendor* á la lengua castellana, sino también á que las letras en el Ecuador crezcan y medren y sean tan abundantes como bellas.

Olmedo en estas cartas muestra sus inclinaciones filosóficas, su amor á la literatura clásica, sus repug-

(1) Véase la *Revista Ecuatoriana*, año IV, núm. XLVI.

nancias al movimiento y bullicio de la política y su sincera modestia. En la que lleva la fecha de 29 de agosto de 1823, sobre todo, está retratado el hombre moral de modo que se le conoce á la primera mirada; allí está el filósofo que siente el alma fatigada con la lectura de las páginas de la historia "empapadas en sangre" y "con tantos horriblos crímenes con que los mismos hombres han labrado su propia infelicidad y la de los pueblos," y que envidia al Dr. Araujo que vive contento con "un huerto, un jardín, un río, pocos y buenos libros, pocos y buenos amigos, y embotada la curiosidad de noticias políticas." Este pensamiento está en armonía con otros que expresó en sus versos, en especial en su *Retrato*.

Se ve que Olmedo no dejaba de las manos los poetas latinos, y que gustaba mucho de Lucrecio; conócese asimismo que la traducción del fragmento del *Antilucrecio*, que corre entre sus obras, fué hecha á solicitud del Dr. Araujo. Es lástima que no se conserven las cartas que este ilustre sacerdote dirigió á su amigo el insigne poeta; por esta falta no se pueden comprender bien algunos pasajes de las cartas del segundo. Por ejemplo ¿por qué aconseja éste al Dr. Araujo que no lea entero el original de Lucano? ¿Por qué después le dice que ha sentido que le hubiese leído, y que no podrá conocer al autor de la *Farsalia*, sino leyéndolo traducido por Marmontel? Estos conceptos parecen poco favorables á la competencia del Dr. Araujo en achaque de latinidad y de literatura latina, lo cual no concuerda con el juicio que el mismo Olmedo muestra haber formado de su amigo. Sólo con la comparación de las cartas de los dos podría darse en lo cierto. En las de Olmedo se trasluce á veces el sentir de Araujo; pero se ve el efecto que este sentir produjo, no las razones en que iba apoyado. Estas, verbigracia, no serían despreciables cuando, después que el poeta había defendido al materialista cantor *De rerum natura*, se

halla en la necesidad de defenderse á su vez contra la impugnación que se ve claramente le dirigió su amigo, explicando su pensamiento anterior. "Los ascéticos de los primeros siglos y sus secuaces, había dicho en su carta de 29 de septiembre de 1824, dieron en llamarle (á Lucrecio) el príncipe de los materialistas. Yo no sé por que fueron á buscar el origen de ese error entre las tinieblas del paganismo, cuando las nubes que cubrían el mundo en esos primeros siglos del cristianismo, estaban más cerca de ellos y les ofrecían las verdaderas causas de los errores y supersticiones. Yo no creo que Lucrecio, un filósofo que divinizaba la materia, materializase el alma y la Divinidad. Él materializó los dioses que adoraba su siglo; dioses que merecían ser menos que materia. Conoció toda la miseria de esos ídolos y antes que creerlos autores de la fábrica admirable del mundo, se persuadió más bien que cualquier otra causa, que ellos, era el alma ó principio de esta obra portentosa." Y en la carta de 14 de noviembre se lee: "Por lo que hace á Lucrecio, son justas las observaciones que V. hace sobre mi carta anterior; pero creo que debió ser equivocación mía el hablar de los primeros siglos, así como fué una inexactitud llamar ascéticos á todos los que llaman á Lucrecio príncipe de los materialistas. Yo quise pues escribir *posteriores* siglos, en lugar de primeros; y para hablar con más propiedad, yo quise hablar de los siglos filosóficos, es decir de estos tiempos en que hizo más progresos la filosofía; y en que se abusó tanto de su nombre, como de las armas con que se combatía el abuso. Yo no me indigno de que se le llame materialista. porque lo es; lo que no sufro es que se le llame el príncipe, cuando siglos atrás, filósofos de nombre sentaron los principios que después explanó y hermooseó Lucrecio: *Epicuri sunt omnia quæ delirant Lucretius*, decía Lactancio."

Hábilmente se defiende Olmedo, pero no sin dejar

algunos puntos vulnerables. Parece, sin embargo, que el Dr. Araujo no replicó, pues según la carta de su amigo de 29 del mismo mes de noviembre, "esperaba sus letras con impaciencia," pero fué "malamente burlado."

Por lo demás, si Olmedo confesaba que amaba mucho á Lucrecio y le tenía por "un genio extraordinario, y en sumo grado filósofo y poeta" (juicio en el cual tal vez nuestro vate se excede en fuerza de su amor al vate latino), declaraba también que, en su concepto, "Polignac fué uno de los más doctos y eruditos del siglo pasado, que su poema es uno de los más bellos que han aparecido después del renacimiento de las letras, y que siendo rival de Lucrecio en muchas partes por la versificación, le es superior en la doctrina, en la piedad, en metafísica, en física, y que lucha con él con la ventaja que le daban tantos siglos de adelantamiento de artes y ciencias." Lucrecio y su competidor son hoy día conocidos sólo por los eruditos; el primero lo es algo más. Si ambos tienen mérito, como es indudable, pues Olmedo, y antes y después de Olmedo los críticos que han analizado sus obras se lo conceden, no es fácil que uno se explique el olvido á que se los ha relegado. Entre nosotros se cita alguna vez al poeta *De rerum natura* sin saber lo que fué, y no ha faltado mentecato que halle en sus versos perfectamente definida la idea religiosa; así como hemos tenido también quien pretenda cantar el materialismo, sin ser capaz de disimular la fealdad del error con los brillantes y magníficos adornos que empleaba para el caso el poderoso ingenio de Lucrecio.

El Dr. Araujo, naturalmente, tuvo por justo el elogio que el poeta del Guayas hiciera del autor del *Anti-lucrecio*; y con este motivo dice Olmedo: "Más justo, más bello, es el que hace un juez irrecusable en estas materias-Voltaire. Irrecusable en los juicios sobre buen gusto y mérito literario de los otros; irrecusable

en sus elogios á la religión y la moral." Haremos una reflexión que quizás á otros se les escape, teniendo esos conceptos por favorables á Voltaire. Todo lo contrario, y basta añadir unas pocas palabras á cada uno de ellos para poner muy en claro el pensamiento de Olmedo sin temor de equivocarse: irrecusable en el primer caso, porque Voltaire, envidioso y soberbio, no reconocía fácilmente el mérito de los demás; irrecusable en el segundo caso, porque era enemigo de la religión y la moral. "Este genio extraordinario, añade Olmedo, llamaba á nuestro poeta (á Polignac): "Vengador del Cielo, vencedor de Lucrecio." Aquí es menester corregir á nuestro célebre compatriota: la crítica había puesto ya en su tiempo el ingenio y el carácter del patriarca de Ferney en su verdadero lugar, y posteriormente se ha explanado y robustecido el juicio que se formó entonces. El talento de Voltaire se distingue por la flexibilidad, la universalidad y la fecundidad, mas no por lo profundo, recto y poderoso para las grandes creaciones, no por la luz intensa y pura que es dote de los verdaderos genios. Voltaire no se elevó á grande altura como filósofo, ni como poeta ni como político; no fué extraordinario sino en la audacia y la perversidad sostenidas por una soberbia luzbética. El Conde de Maistre observa con justicia que Voltaire pronunció su propia sentencia cuando dijo: "El talento corrompido nunca podrá ser sublime."

Olmedo, en las preciosas cartas que siquiera brevemente voy examinando, habla de varios autores latinos, pero se extiende algo más sobre Lucrecio y Lucano. Recuerda los graves defectos de éste, que después achaca á las desfavorables circunstancias que le acompañaban cuando escribía, y añade: "Siento en mi alma el que tenga estos defectos, porque me parece un genio poético superior á Virgilio, á pesar de que la Farsalia es un astro que se oscurece al punto que la Eneida aparece sobre el horizonte." Es digno de no-

tarse que algunos años después el gran historiador y crítico Cantú haya expresado igual juicio: despedazado Lucano por el durísimo escarpelo de este autor, hallamos no obstante el siguiente concepto: "Y sin embargo, estaba dotado de más imaginación y facultad poética que Virgilio." La inferioridad práctica de quien esencialmente fué más poeta, respecto de quien lo fué menos, pero que tuvo más discreción y supo desenvolver su genio por medio del arte, es lección que no deben dejar inadvertida cuantos se consagran á las musas, sobre todo los jóvenes. El ingenio es como el diamante, el rosa inferior al brillante, es, con todo, más apreciable cuando el lapidario le ha perfeccionado, en tanto que el otro, sin bastarle los quilates que debe á la naturaleza, permanece con sus facetas desiguales y desfuistradas.

Olmedo en estas cartas apenas habla de política, y eso para lamentarse de que "mientras dure el régimen militar ó su maligno influjo, difícilmente veremos el tranquilo imperio de las leyes;" ¡Ay! y cuánto ha durado ese maligno *influjo!* y cómo largos años ha impedido el régimen legal y el progreso de nuestras Repúblicas! Pero, ó yo me engaño, ó el influjo incondicional de las espadas ha ido cesando á medida que han ido desapareciendo los militares que nos dieron independencia para tornarse luego en señores sustitutos de los Virreyes, Presidentes y Capitanes generales de la colonia. Todavía el militarismo prepondera en algunas de nuestras naciones, pero no puede decirse que constituye propiamente un sistema; y suele ya no resistir á los golpes del brazo del pueblo que va acostumbrándose á la supremacía del elemento civil y á que se le gobierne con leyes y no con la punta del acero. Nuestras revoluciones, siempre sangrientas y terribles, ya no tienen por objeto el sostener militares que no cuentan con más derecho que su voluntad apoyada en la fuerza de las armas: muévense éstas al impulso

de la ambición y la codicia; mas á lo menos, se coonestaba la sinrazón con alguna idea, con algún principio que se invoca para lanzarse á la lucha. A veces la idea ó el principio no son simples pretextos, sino verdaderas causas para las contiendas.

"El Libertador mismo, añade Olmedo, con todas sus buenas intenciones y con todo su poder, no podrá sobreponerse al ímpetu hasta que todas, todas las espadas no se hayan convertido en arados." ¡Sueño de poeta!... Algunos años después repetía en sus versos la manifestación de su deseo de ver la espada

"En el útil arado convertida;"

mas en vez de esto hemos visto los arados convertidos en espadas y los labradores en soldados.

Pero me voy metiendo en reflexiones ajenas al objeto que me propuse al examinar las cartas de nuestro poeta. Vamos por solo el camino literario.

En la carta que lleva la fecha de 28 de febrero de 1825, habla Olmedo de su *Canto á Bolívar* que á la sazón escribía. No recuerdo este momento la fecha de la carta que, con igual motivo, dirigía al Libertador; pero sea de antes ó después, en la que me ocupa se hallan iguales pensamientos que en aquella; lo que decía á Bolívar dice también al Dr. Araujo: tiene el plan de su Canto por *grande y magnífico*, y su ingenio por incapaz de desempeñarlo cumplidamente, y lleno de *timidez y cobardía, sigue con embarazo su trabajo, persuadido de que su oda ha de salir inferior al objeto y al plan*. Modesto era el poeta; pero, con todo, era más ingénuo que modesto, y confesaba que tenía amor á la gloria, si bien esta pasión era muy subalterna al deseo que le dominaba *de evitar en todo la infamia y la ridiculez*. Parece que hay contrariedad entre aquel sentimiento de modestia y este deseo de conquistar celebridad y evitar lo ridículo; pero juzgo

que no es así, porque especialmente en los hombres de talento se concilia bien la virtud que moderá y regla sus acciones con el amor á la fama; lo reprehensible es el orgullo que exagerando este amor, lleva el corazón á la vanidad, á la adoración del propio mérito y al desdén ó el ultraje del ajeno. La modestia que no se detiene en los límites de la dignidad, viene á convertirse, si no en vicio, en grave defecto que pone al hombre en condición muy desfavorable en el orden social, en el cual tiene que ser gente y no estropajo. Dice asimismo Olmedo que se había comprometido aun con el Libertador á escribir su poema; y conocido es el juicio que Bolívar hizo de él, mostrando que no sólo era grande guerrero y profundo político, sino también nada lego en materia de reglas literarias y de buen gusto.

Del penúltimo párrafo de esta carta de 28 de febrero se deduce que entonces tenía ya Olmedo concluída la traducción de la segunda Epístola de Pope, y que hasta había remitido copia de ella al Dr. Araujo. Sospecha que éste se había resfriado de Lucano y también de aquella traducción, respecto de la cual dice modestamente que *bien merece ese resfrío*. El fragmento de carta que va al fin de la serie pertenece á alguna anterior á la de febrero, y en él habla de tres meses pasados en el campo, donde leyó varias obras, escribió algunas observaciones acerca de ellas y empezó y concluyó la segunda *Popea*. "Cuando haya tiempo de copiarla, añade, la remitiré á V. para que la juzque con imparcialidad. Desde ahora le adelanto que me parece muy inferior á la primera."

Parece que el Dr. Araujo no había contestado una carta de Olmedo, y que le escribió después de bastante tiempo, dándole motivo á que le dirigiese la de 29 de junio de 1825. En esta carta Olmedo se disculpa de no haber escrito tampoco á su amigo mucho tiempo. Siempre afectuoso y fino, le habla de haber averigua-

do por él á los pasajeros que habían tocado en Ambato, donde moraba habitualmente. Anúnciale que ha sido nombrado Plenipotenciario del Perú en Londres, y se muestra pesaroso de "tener que arrancarse antes de un mes de las prendas más caras al corazón humano: una mujer y dos hijitas que están en la edad de las gracias, y que eran todo su embeleso." Nuestro poeta era muy de su hogar y su pecho estaba siempre lleno de dulcísimos afectos de la familia. Esto y su afición al campo y al retiro, le hacen á uno sorprenderse de que hubiese cantado tan bien la guerra, cuando pudo ser un Teócrito ecuatoriano. Pero podría observarse con razón que el verdadero genio posee maravillosa ductilidad y á todo se amolda: el cantor de la *Eneida* es también el poeta de las *Geórgicas* y las *Eglogas*, y el Tasso que celebra las batallas y triunfos de los Cruzados, pinta los amores de Herminia y las voluptuosidades de Armida, y nos deleita asimismo con su Aminta. Queda, pues, respecto de Olmedo, tan sólo la nota de que no nos dejó nada en la poesía de este género.

"Há más de un mes, dice luego el vate de Junín, que concluí mi poema proyectado. Remito á V. un ejemplar, y espero sus observaciones: muchas y severas." En seguida se muestra descontento de su obra porque la juzga muy larga é imperfecta. "V. me habla de la posteridad, continúa, y aún hablando de mi composición se ha atrevido V. á mentar la Eneida. No, amigo; yo me conozco. La Eneida es un río, del cual no merece mi poema ser tenido ni por una gota; y cuando más se podrá reputar como un grano de arena de la ribera por donde corre." Esto es muy bello por la forma y por el fondo; es un rayo de luz del alma noble y delicada de Olmedo: ¡qué poesía y qué modestia! Quien no hubiese sido Olmedo, ¡cómo hubiera levantado la frente, radiosa de orgullo, al verse comparado con Virgilio por un Dr. Araujo. Este, en verdad, an-

duvo hiperbólico en la comparación, y las hipérboles no seducen al hombre de verdadero talento. Olmedo es con frecuencia virgiliano y más frecuentemente horaciano, mas nunca es un Virgilio ni un Horacio.

La última carta (30 de julio de 1825) es de despedida, pues debía embarcarse Olmedo, y en efecto se embarcó para Europa el 5 de Agosto. Se conoce que estaba muy triste porque iba á separarse de su familia. Puede uno imaginar el cuadro del poeta, su esposa y sus tiernas hijas el momento de los abrazos y los adioses; habría lágrimas; Olmedo las derramaría también. Son la lluvia de la sensibilidad y la ternura, y los mimados de las Musas son tan sensibles y tiernos! Yo creo que el poeta que no llóra no es poeta cabal. En estó su corazón se parece al de la mujer. Cuando ésta tiene seco el corazón, no está bien que se llame mujer. "Contemple V., dice Olmedo á su amigo, el estado de mi espíritu y de mi corazón," y con esto lo dice todo. Luego añade: "Me encomiendo muy de veras á su memoria y á sus oraciones." Olmedo, que fué inclinado al voltarianismo, encomendándose á las oraciones de un sacerdote, muestra al hombre de cuyo pecho no han podido ser desterrados del todo los sentimientos que la verdad depositó en él en la niñez. Esos sentimientos se avivaron y triunfaron en los últimos días del poeta, y murió con la muerte edificante de un verdadero católico.

Antes de echar punto redondo á este artículo, conviene hacer una corrección importante. En 1887 dirigió á D. Manuel Cañete, de la Real Academia Española, una *Carta sobre Olmedo*, la cual fué dada á luz por la *Revista de la Escuela de Literatura* en su número 3.º; y en esa carta se lee lo siguiente: "Una de las atenciones de que nuestro poeta fué objeto en Ambato, durante su permanencia en esta ciudad como diputado, la mereció al Dr. Joaquín de Araujo. Este sacerdote le convidó á comer en una quinta donde á la sazón

vivía retirado entre libros, árboles y flores. Olmedo concurrió á la comida. El eclesiástico, que era anciano ya, había deseado tratar con alguna intimidad á hombre que por su gigante ingenio se atraía la atención y el respeto de todos. No sé lo que juzgó del poeta en habiéndole tenido junto á sí y cumplido su antojo de conversar con él; pero Olmedo dejó traslucir con bastante claridad el parecer que le mereció el Dr. Araujo: "Reputásele por hombre de luces," le dijo un amigo—"Sí las tiene, le contestó,..... cuando las enciende en su casa." Tengo para mí que la pulla fué asaz injusta etc." Fui mal informado, y las cartas halladas posteriormente prueban que la anécdota no es verdadera. Olmedo y Araujo fueron muy amigos desde antes del año 23 y se trataban con intimidad, y esa anécdota se refiere al año 35 en que el poeta se hallaba en Ambato. Cuándo se trabó esa amistad no es fácil averiguar. El Dr. Araujo nació en 1774, esto es, seis años antes que Olmedo, y muy joven desempeñó la cátedra de Teología moral en el Colegio de San Luis de Quito. Olmedo estudió en San Fernando, Colegio tan afamado como aquél, de 1789 á 1792. Quizás el joven teólogo conoció entonces al niño pichón de poeta que ya se distinguía por su precoz talento y su aplicación? Ese niño era ya entonces amigo del célebre patriota Espejo y de Mejía, quien algunos años más tarde conmovía las Cortes Españolas con su fogosa palabra. O tal vez Araujo y Olmedo se conexionaron cuando éste se vino en 1809 de Lima á Quito para recibir la investidura de abogado en la Universidad de Santo Tomás de Aquino. En 1807 Olmedo había escrito su elegía á la muerte de María Antonia de Borbón, y el año mismo en que se vino á Quito por segunda vez, su silva *El árbol*. Había, pues, comenzado la fama literaria del poeta del Guayas, y Araujo, realista decidido como era, conoció indudablemente esas dos piezas que tan bien armonizaban con su modo de pensar y sentir, y además

como talentoso y apasionado de las letras, las apreciaría cual se merecen.

Seguro nos parece que los dos amigos se verían con mucha frecuencia en Ambato, y ambos con gusto; el poeta se complacería de ver al filósofo en la vida que le envidiaba en 1823, con su huerto, su jardín, á la margen del río, rodeado de pocos y buenos libros, y ajeno á toda curiosidad de saber noticias políticas. Las conversaciones fueron sin duda siempre literarias: Virgilio y Horacio, Lucrecio y su competidor Polignac, y Ciceron, Tácito, y Séneca y otros famosos poetas y filósofos les harían el gasto; quizás Araujo sacaba á colación, siquiera de tarde en tarde, á los Santos Padres en cuyas obras era versadísimo. No es creíble que Olmedo hubiese lanzado aquella burla sobre las *luces* de su amigo: por sus cartas se viene en conocimiento del alto concepto en que le tenía, y de cómo le daba gusto traduciendo un fragmento del *Anitilucrecio*, cómo le sometía sus obras y le pedía que las criticase, y cómo, en fin, al partir á Europa se encomendaba á su memoria y á sus oraciones, ofreciéndole de su parte que nunca le olvidaría.

El Dr. Araujo es una gloria del clero ecuatoriano olvidada hasta hoy casi por completo; su virtud era la de un santo y su saber estaba á nivel de su virtud. En ciencias eclesiásticas había rayado en tal altura, que se le llamaba por antonomasia *El Teólogo del Ecuador*. Déme Dios espacio, y escribiré la biografía de nuestro esclarecido compatriota; poseo para ello los documentos necesarios.

J. LEÓN MERA.

Quito octubre 18 de 1892.

CARTAS AL SEÑOR DON JUAN VALERA⁽¹⁾

I

Respetado señor mío:

Cuando por encargo de nuestro común amigo el Excmo. Sr. D. Antonio Flores, que tanto y con harta justicia aprecia á V., y á mí con sobra de bondad me honra con su cariñosa y grata comunicación, envié á V. algunas de mis obrillas, estuve muy lejos de esperar que me favorecería con sus bellas é interesantes *Cartas Americanas*. Ha querido, pues, V. dirigirme una serie de ellas, y le estoy de veras agradecido.

(1) No siendo posible insertar todas las cartas del señor Valera, como habríamos deseado para mejor inteligencia de las del señor Mera, transcribimos únicamente la que se refiere á la *Ojeada*: véla aquí:

«Descartando de su *Ojeada* de usted toda la soñada civilización india y todo el enojo de usted contra España y tal vez sus remordimientos como de origen español por haber destruido tamaña preciosidad, vuelvo á la creencia del vulgo y me represento á los primitivos aventureros colonos llegando á un país de salvajes ó de semisalvajes luchando, contra una naturaleza poderosa é inculta y tratando de fundar ahí y fundando colonias europeas.

En este supuesto, y siguiendo la *Ojeada* de usted, y resumiéndola mucho, hemos de confesar que no lo hicieron tan mal los aventureros españoles y que llevaron ahí los animales y las plantas útiles de Europa, y la agricultura y la industria, y la religión y la moral cristianas; que fundaron ciudades y que crearon para la civilización un Nuevo Mundo, que si llega un día á competir con el antiguo y á no ser inferior á la parte de él que colonizó la raza inglesa, nos dará satisfacción y gloria á los españoles peninsulares, los cuales por el lado filantrópico, ó digase humanitario, hemos hecho más que los in-

Las *Cartas* que V. viene escribiendo han de ser indudablemente provechosas así para las letras hispano-americanas, como para las de la Península. Éstas y aquellas forman juntas el acervo literario de una gran familia, cuya unidad moral no puede ser rota porque el Océano y las instituciones la tengan dividida en dos

gleses, ya que hemos civilizado á algunos indios y hemos procurado civilizarlos á todos hasta donde nosotros lo estábamos. Más no podíamos dar, porque *nemo dat quod in se non habet*.

Bajo la dominación de España hubo un clero en el Ecuador, el cual (usted lo confiesa) «se dedicó al cultivo de la inteligencia, puso en acción el habla y las razones para reducir las almas á la fe, tocó los resortes de la conciencia, despertó los instintos de moralidad y acertó á consolar grandes pesares.» No contentos con esto, el gobierno y el clero de España fundaron allí buenas escuelas y ricas bibliotecas, donde, según usted afirma, «había preciosísimos manuscritos en todo ramo de literatura y aún sobre ciencias», lamentando usted que, después de declararse el Ecuador independiente, todo esto se haya tirado, se haya perdido ó se haya vendido á extranjeros, en vez de haberlo cuidado y aumentado». «Rubor nos causa decirlo, añade usted, porque no quisiéramos pasar por bárbaros; pero sólo en el Ecuador se ha visto gobierno que en vez de enriquecer un establecimiento de tal naturaleza, la biblioteca pública, la haya despojado de objetos que en otras naciones se hubieran conservado con veneración.»

Peor aún que con la biblioteca pública (que fué la de los padres jesuitas) se condujeron ustedes, ya independientes, con las bibliotecas de otros conventos. «Ni los gobiernos ni los prelaos, dice usted, han tomado interés en que tales depósitos del saber humano se mejoren ó se conserven». Centenares de volúmenes se han vendido á real, sin duda para envolver alcarabea.

Para que vea usted cuan imparcial y desapasionado soy, yo creo que usted exagera las pérdidas y la feroz destrucción de la literatura y de la ciencia coloniales por los ya libres ecuatorianos, como exageró antes la destrucción de la ciencia y de la literatura quichuas por sus conquistadores.

La verdad debe de ser que en esa naciente colonia, tan remota, no pudo haber muy notables producciones literarias, durante el siglo xvi, cuando la colonia materialmente se establecía; ni tampoco en el siglo xvii, durante el cual la misma metrópoli estaba en decadencia y bastante inficionada por el culteranismo y por el fanatismo. Lástima es, con todo, que se hayan perdido escritos históricos, y algunos versos culteranos, como los de la poetisa quiteña doña Jerónima Velasco, á quien Lope eleva á las estrellas, en el *Laurel de Apolo*; la llama *divina*, y la coloca sobre Erina y Safo. Algo había de valer esta doña Jerónima, á pesar de la sabida prodigalidad de Lope en sus alabanzas.

Por lo demás, la poesía ecuatoriana del siglo xvii era extremadamente gongorina; y los poetas, jesuitas ó discípulos de jesuitas. El *Ramilleto de varias flores poéticas*, publicado en Madrid en 1676 por el guayaquileño Jacinto Evia, nos da muestras de todo lo dicho, bastantes para consolarnos de que otras flores del mismo suelo y condición cayesen en el río del olvido y se perdieran, arrebatadas por la corriente, sin llegar á formar ramilletes nuevos.

Restaurado después el buen gusto, ya á mediados del siglo xviii, empieza verdaderamente á florecer la literatura en el Ecuador. Sus más hábiles y dichosos cultivadores fueron aún los padres jesuitas, cuya tiránica expulsión de todos los dominios de España fué un mal grande para el Ecuador. Sacó de ahí el más fructífero centro de cultura y

grandes grupos; pero si para nosotros ha sido bastante bien conocida la parte hispano-europea de ese acervo, la hispano-americana es bastante ignorada por nuestros hermanos de ultramar, y V. viene á subsanar esta falta. Mire V. si no será grande el beneficio que viene haciéndonos.

perjudicó mucho á las florecientes misiones en que los padres atraían á los indios á la vida pacífica y cristiana, á la agricultura y á la civilización. Aquellos jesuitas ecuatorianos fueron, como los españoles de la Península, á refugiarse en Italia, y en Italia dieron también claro testimonio de su saber y su ingenio.

Sería adulación suponer que descolló entre estos jesuitas ecuatorianos ninguno de aquellos varones portentosos que se llaman *genios*; pero, ¿cómo negar que hubo hombres de talento no común, no indignos compañeros de nuestros Islas, Hervás, Andrés y Lampillas, y que en Italia mostraron la ilustración que tuvo y difundió la Compañía, así en la Península como en sus más distantes colonias? El país en que se habían formado hombres como los padres Velasco, Aguirre, Rebolledo, Garrido, Andrade, Crespo, Arteta, Larrea, Viescas y Ullauri, era sin duda un país donde las letras se cultivaban con éxito y con esmero. Las poesías en castellano, en italiano y en latín, de estos expatriados jesuitas, son muy estimables. En mi sentir, usted se muestra con ellas más severo que indulgente. Entre los expulsados jesuitas ecuatorianos hubo también naturalistas, eruditos ó historiadores. El padre Juan de Velasco, por ejemplo, nos ha dejado una interesante *Historia del Reino de Quito*.

A pesar de la expulsión de los jesuitas, no se amortiguó ahí la antorcha del saber. Bien merece llamarse ilustrado en las colonias el gobierno de Carlos III y de sus sucesores hasta el momento en que se proclamó la independencia. La más brillante demostración de tal verdad la dieron los mismos eminentes americanos que tanto honraron á su patria en las Cortes de Cádiz, que pelearon por la independencia y que la cantaron en hermosos é inmortales versos. Sucre, Bolívar, Olmedo, Bello y muchos otros, bajo el régimen colonial habían sido educados.

Olmedo es el más notable de los poetas hispano-americanos lírico-heróicos. Merecidos son los elogios que usted le tributa. Nada puedo añadir ni nada quiero rebajar tampoco. Mi querido amigo D. Manuel Cañete ha escrito un hermoso estudio sobre Olmedo, y usted reconoce que no le escatima los aplausos y que le perdona la dureza con que á veces nos trata, por la hermosura de la dicción y por la sublimidad poética y por la pasión de patriotismo exclusivo que al vate inspiraba entonces.

Si yo procediese con enojo, y no con afecto, diría ahora: ¿Cómo fué que desde que ustedes sacudieron el pesado yugo de España (no hablamos aquí de ciencias, pues me limito á hablar de la poesía de que habla la *Ojeada*) apenas han tenido ustedes un buen poeta? La *Ojeada* llega, creo, hasta 1868, y hasta entonces no cita usted autor de versos que se eleve sobre el nivel de la medianía.

Casi todos los poetas son doctores: el doctor Riofrio, el doctor Carvajal, el doctor Corral, el doctor Cordero, el doctor Castro, el doctor Avilez, el doctor Córdoba. A todos estos doctores, y á otros que no lo son, los iguala usted en el tocar ó pulsar la lira. A todos, al ponerlos usted en su *Ojeada*, los pone en berlina, con delectación morosa, examinando sus composiciones y dejándolas harto mal paradas.

Me admiro de la crueldad de usted, tal vez indispensable. En pradera regada por una mala, pero fecundante fuente Hipocrene, donde crecen con viciosa lozania tantas yerbas inútiles ó nocivas, que tal vez ahogan el trigo y las bellas flores que pudieran

Los europeos y los yankees miran generalmente con soberano desdén todo cuanto no es de sus pueblos y ha brotado de cerebros calentados por el sol del Sur del Nuevo Mundo: confunden todos nuestros grupos sociales, no distinguen la cultura que han alcanzado los unos del atraso en que todavía viven otros, ignoran la

granar, ó abrirse y ofrecer alimento ó aroma, me le figuro á usted armado de terrible almofaque, escardando cuanto hay que escardar sin reparo y sin lástima.

¿Qué estragos no hace su almofaque de usted en esa *Lira ecuatoriana*, jardín de selectas plantas reunidas por otro doctor, el doctor Molestina? El verdadero molesto ha sido usted, y no él. Usted declara que el desventurado doctor Molestina no anduvo feliz en la elección de las piezas: maldice la abundancia; asegura que se contentaría con diez composiciones dictadas por las musas, y exclama, por último, «cargue el demonio con todo lo demás, que acaso es obra suya.»

Pero hablando con mayor seriedad, usted no es molesto sino al doctor Molestina y á los poetas que usted severamente censura. Su *Ojeada* de usted está llena de excelentes consejos, de gracia, de discreción y de muy sana crítica. La pintura que hace usted de los vicios de la poesía en el Ecuador y en toda la América meridional es tan atinada y viva que no parece sino que puede aplicarse á los malos poetas que también abundan por aquí. La diferencia está en que aquí, salvo cuando la apasionada enemistad mueve la pluma, nadie crítica á mi ver con la crudeza que usted crítica. Tal vez suponemos que lo malo morirá de muerte natural, sin que el crítico lo mate. Tal vez templa aquí el rigor crítico la consideración que tan chistosamente aduce usted de que el poeta dice sus inmortales y maravillosos versos, inspirado por el Dios, de suerte, que cuando el Dios no le inspira, suele decir vulgaridades ó desatinos, y así, es menester sufrir éstos para que salgan aquéllos á relucir, pues el poeta mismo ignora cuándo le inspira el Dios, cuando no le inspira nadie, ó cuando le inspira y le empecata el diablo. En apoyo de esto cita usted, con oportunidad ingeniosa, ciertas elocuentes razones de Platón, y el ejemplo que Platón ofrece de un detestable poeta, llamado Tínic de Calcis, el cual acertó á hacer una magnífica oda. Lo singular es que usted después de traer tales argumentos en favor de la indulgencia, maldito el caso que de ellos hace, y sin considerar que los Tínicos de por ahí acaso escriban alguna otra oda tan magnífica ó más que la del de Calcis, me los pone de vuelta y media por las malas odas que ya han escrito.

Apenas hay género de poesía lírica cuyos defectos no marque usted con juicio. Las políticas son artículos de fondo rimados, en *lenguaje gacetero*: «son arengas demagógicas, valentonas quijotescas, exabruptos delirantes, disertaciones flemáticas ó exposiciones de proyectos maravillosos para el futuro engrandecimiento del pueblo.» Para aparentar que hay en ello poesía afirma usted que los autores ponen en sus coplas muchas interrogaciones é interjecciones, puntos suspensivos, ridículas hipérboles é insulto desafortados.

En la poesía amatoria aún halla usted más feos lunares. Por lo común, el poeta que ya ha obtenido favores de una dama, ó por celoso ó por hastiado, la harta de desvergüenzas ó expresa con abominable encarecimiento.

El bien pasado y la ilusión perdida.

Es graciosa esta cita de usted: es de un autor que ha dado á luz un tomo titulado *Tristezas del alma*, y habla del último beso dado á su querida:

geografía y la historia de nuestras naciones, y nos flagelan hasta por las cosas malas que no ha estado en nuestras manos evitar, y porque no nos hemos puesto en un solo día y de un solo tranco en la altura á que han subido otros pueblos después de siglos de labor trabajosa. Especialmente los viajeros que visitan el Ecu-

Beso postrero... sudario
de la ilusión del primero,
Vago, triste, lastimero
Como el ay de la orfandad:
Última flor arrancada
Al arbol de los amores,
Horrorosa campanada
Que sueña en la eternidad

Y usted añade con razón: «En materia de besos, bastantes disparates han dicho otros poetas; pero no hemos visto ni tenemos noticia de que ninguno haya llegado al extremo del autor de estos versos.»

Mucha culpa de semejante disparatar la tiene, según usted, «el prurito de mostrarse descontento de la propia suerte, de lamentarse de males que no se sabe dónde están, de pintar una tristeza que está bien lejos del corazón, de fingir pasiones imposibles y deseos fuera de toda ley racional, y de llamar á la muerte cuando acaso menos se la desea».

«Muchos amantes, dice usted en otro lugar, reconviene á sus Nices, Lais ó Martornes, dirigiéndoles billetes de eterna despedida, donde campeau junto á un piropo desabrido una amarga burla, al lado de un mentiroso recuerdo una picante ironía, é ingerta en una tonta promesa una amenaza aún más tonta. Espronceda, con su canción delirante ó crapulosa, si así puede decirse, dirigida á Jarifa, es el maestro de nuestros poetas eróticos; pero los discípulos han sobrepujado tanto al vate español, que, si viviera, se avergonzaría de la frialdad de sus versos.»

Justo y saludable es el enojo con que truena usted contra el afán de imitar al ya citado Espronceda, á Byron, á Lamartine y á Víctor Hugo, exagerando sus faltas y no acertando á reproducir sus bellezas. Los ejemplos que pone usted son curiosos. Hay un poeta que, para combinar bien lo fúnebre con lo orgiástico, nos describe un banquete celebrado por él en el cementerio, donde turba el augusto silencio de las tumbas con música irónica y carcajadas infernales. Hay otro que, en el día del juicio final, se presenta delante de Dios con su querida de la mano, le dice que aquélla es su señora, que es muy guapa, que su amor es su virtud, que no quiere más cielo que ella, y amenaza al que se atreva á disputársela. Y hay otro, por último, que escribe una leyenda, ó fragmento de una leyenda imitando *El Estudiante de Salamanca*, y dando á luz á un don Félix Joaquín Zavala, que pretende echar la zancadilla á D. Félix de Montemar, nuestro compatriota.

En suma, salvo algunas atenuaciones, salvo varias dedaditas de miel que suministra usted de vez en cuando, poco tienen que agradecer á usted los poetas de su tierra.—«Todo es pura palabrería, ruido insustancial, brillo falso.»—«La lengua está impiamente maltratada.»—«Ninguno reflexiona que cuando no hay verdad en los afectos, cuando las expresiones nacen de la cabeza y no del corazón, cuando se desecha lo natural por arrimarse sólo á los caprichos de la imaginación, propia ó extraña, no hay poesía, sino

dor, por maravilla no lo pintan todos como pueblo rudo y salvaje: para los más somos apenas todavía un gradito superiores á los *jíbaros* y *sáparos* de nuestras selvas orientales. Algunos de esos benditos viajeros han dado tal idea de esta República, que no hace un año un europeo deseoso de venirse por acá escribía averiguando

vano ruido de palabras; que no causa ninguna impresión agradable, sino mucho desabrimiento.—Tales lindezas dice usted de su Parnaso.

Movido usted quizás por el patriotismo, echa la culpa de tamaños males al materialismo, á la impiedad, á la carencia de ideales, al pesimismo, y á otros errores, con que contaminan á los poetas ecuatorianos los poetas europeos, que se les presentan como dechados y objetos de admiración. Pero acaso ¿son satánicos, impíos y desesperados todos los poetas que en Europa están de moda? No: las causas deben de ser otras, y no esas. Y por otra parte, aun siendo impíos, y satánicos y trétricos, lo cual es de lamentar, no se sigue que sean malos todos los poetas europeos. Buenos, egregios, eninientes pueden ser, á pesar de su satanismo y de su misantropía.

Las causas verdaderas de los malos versos usted mismo las expone, rasgando sin compasión el vendaje y levantando los apósitos para catar las llagas.

El capítulo XVIII de la *Ojeada* es sangriento. Suelta usted la pluma y se arma del látigo para azotar á cuantos tienen los defectos, ó son causa ó resultado, ó ambas cosas, del mal estado de los estudios en esa república.

Ahí viene usted á declarar que no se estudia nada bien, ni nada útil, que «no hay más que tres malos caminos y un despeñadero: la jurisprudencia desacreditada, el sacerdocio profanado, la medicina mal entendida y peor aplicada, y la vagancia.» «Los más, prosigue usted, van al despeñadero, «por los malos hábitos adquiridos con los peores estudios». Los que se dedican á la teología, á la abogacía ó á la medicina «carecen, en su mayor parte, de las aptitudes para tales ciencias.»

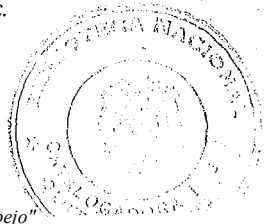
Deplora usted luego que nadie se dedique á seguir otras carreras. Pero, ¿cómo han de seguir las, si en los colegios y Universidades sólo se enseña eso y mal? «Las ciencias exactas y naturales, la industria, las artes, los oficios tan necesarios al pueblo, no han merecido la atención de nuestros legisladores ó han sido mirados con frío desdén.»

Eso mismo que se enseña puede inferirse de las palabras de usted que no se enseña bien ó que no se aprende. «¿Qué importa, exclama usted, con acerbá ironía, que después de conquistados los grados y adquirido el pomposo título de *doctor*, subsista la ignorancia grande, redonda y cerrada? Este título da derechos que pueden convertirse en oro, aunque sea á despecho de toda razón y justicia.»

Del capítulo que voy analizando, si le diésemos crédito y no viésemos acritud y exageración, deduciríamos que ahí bulle un enjambre de doctores sin doctrina, que no leen sino malas novelas, coplas inmorales, y cuanto de peor y de más desatinado, moral, social y racionalmente, se imprime en Europa, y sobre todo en Francia.

Y aquí debo advertir que usted, si bien es anti-español á veces, por sobrado americanismo, es siempre ultraconservador, ferviente católico, y en política lo que hemos llamado por aquí *clercal* ó *neocatólico*. Tal calidad debe tenerse en cuenta á fin de mitigar las diatribas de usted contra sus propios contemporáneos y paisanos.

Termino esta carta aquí no sin asegurar á usted que, si bien me parece usted hombre apasionado, también me parece instruido, inteligente y dotado de muy briosa elocuencia, la cual resplandece en no pocas páginas de la *Ojeada*, y les presta animación y brillantez nada vulgares.—(*Nuevas Cartas Americanas*).—N. del E.



si entre nosotros se comía pan y carne y si era preciso andar bien armados para defenderse de los tigres y chacales, que se metían hasta á las ciudades.

V. en materia de bellas letras quiere hacer justicia á los sud-americanos, y se la hará, y, haciéndola, vindicará el honor de estos pueblos; pues, claro se está, las letras no se cultivan en pueblos que se pintorean con achiote y se coronan de plumas de papagayo.

Sensible es que V. no conozca todo cuanto se ha escrito por acá, para que pueda formar juicio cabal del estado de nuestra literatura. Indudablemente lo malo y lo mediocre abundan. Este achaque no es sólo de Sud-América. Pero hay algo bueno y, me atrevo á decirlo, muy bueno; y tomando V. todas estas partes justamente apreciables, puede mostrarnos al mundo como pueblo

No indigno sucesor de nombre ilustre,

como de sí mismo decía Moratín, y probar á *The Nation* de Nueva York que la comparación que hizo V, de la literatura hispano-americana con la yankee, no es *either this is so immense amistake as to be ridiculous* sino que *there are treasures of spanish-american literature*. Me parece digno de atención que solo en poesía selecta, la monumental colección que vá á dar á luz en Bogotá el general D. Lázaro María Pérez con el título *Poetas Hispano-Americanos*, deba componerse de setenta volúmenes en 8.º de 500 páginas cada uno. Esto halaga nuestro orgullo literario, y, sin embargo, diré á V. con toda lisura, que de buena gana daría á los yankees más de la mitad de nuestras bellas letras en cambio de una partecita de "su ciencia, comercio, industria, poderío y prudencia política, en todo le cual nos vencen."

Mas por lo mismo que es tan noble y benéfico el propósito de V. al escribir sus *Cartas Americanas*,

conviene que los literatos y poetas de estas mismas Repúblicas se empeñen en dar á V. los documentos y noticias necesarias para la perfección posible de obra que ha de redundar especialmente en bien de todos ellos; y conviene asimismo que no pasen desapercibidos los errores, pocos é involuntarios, de seguro, y las apreciaciones que se salen de lo justo en las doctas y encantadoras *Cartas* de V.

No estamos ciertamente acordes V. y yo en algunos puntos relativos á los indios y á la conquista, y quizás en algo tocante á los tiempos que alcanzamos, y esta falta de armonía en tal cual idea y en algunas apreciaciones históricas, me han puesto la pluma en la mano, sin ánimo de mover polémica, sino sólo de discutir en paz y amistad. Por otra parte, ha de saber V. que padezco la invencible manía de leer y escribir: libro ó papel que cae en mis manos he de leerlos sin remedio, aunque á veces tenga de arrepentirme de ello en seguida, por haber perdido tontamente mi tiempo; y cuando me asalta la comezón de escribir, he de embadurnar pliegos y pliegos, sin que haya poder humano que me contenga, siquiera con esa mi obstinación perjudique á mis hijos dejando de buscar el pan que han menester, por méterme en oficio que aquí debería ser sólo de personas ricas.

En carta particular de 23 de julio del año actual, me dice V. que le pesa haber empezado impugnándome en las que viene dando á luz en un diario de Madrid. No hay por qué pueda pesarle la libertad con que expresa su sentir y pensar; hace en ello muy bien, y lo contrario no me gustaría; no crea V. que yo me ofenda de verme impugnado por tan docta é ilustre persona. Lo que suele ponerme de mal humor, es la adulación de los necios.

En la primera de las *Cartas Americanas* dirigidas á mí, refiriéndose á la calumnia que se me levantó por allá de ser enemigo y odiador de España, dice V.:

"Confieso que la lectura del suelto de *La Epoca* me disgustó no poco." Esto y las pruebas que V. quiere hallar de esa *enemistad* y ese *odio* en el primer capítulo de mi *Ojeada sobre la poesía ecuatoriana*, me hacen temer que las cartas que hoy empiezo con la misma sana intención que tuve al escribir aquel capítulo sean para V. y otros españoles motivo de nueva acusación para mí. Pero, en fin, con temor y todo, ya estoy con la pluma en la mano; y no puedo dejarla y sigo adelante.

Al tratar V. de las acusaciones que por acá se han hecho á los españoles que sojuzgaron la América con tanta dureza y crueldad, y á los colonos que martirizaban á los indios, sin hacer caso ninguno de las prudentes y benéficas leyes que se dictaban en España para protegerlos, concluye: "Al decir esto, los americanos de ahora no advierten que ellos son los que se condenan, si no son indios puros. Los que dictaron las leyes protectoras estaban aquí, y por aquí se han quedado; pero los verdugos codiciosos y empedernidos de los indios, lo probable es que, salvo raras excepciones, se quedaron todos por allá y que esos antiespañoles, declamadores acerbos por pura filantropía, no sean otros sino sus descendientes." Poco después añade, al refutar ciertos conceptos de mi paisano Juan Montalvo. "Lo absurdo de este sofisma declamador no merecería respuesta, si no estuviese algo del mismo sentimiento en la masa de la sangre de no pocos hispano-americanos, que así escupen contra el cielo y les cae encima: porque si son indios de pura sangre, se declaran humillados, moralmente estropeados y abandonados de Dios por los siglos de los siglos; y si son españoles, reos de la muerte moral y de la condenación perpetua, é irremediable de millones de seres humanos, y si son mestizos, son abominable amalgama de español é indio, de la raza degradada y del cruel y tiránico verdugo que acertó á degradarla para siempre."

Terrible sería la dialéctica de V. en este punto, si no fuese infundada; pero es el caso que si los indios no tienen la culpa de sus desgracias y abatimiento, los hispano-americanos no nos creemos tampoco culpados del mal que hicieron nuestros abuelos. Yo no creo que háy la menor justicia en condenar á una generación ó á un individuo por los vicios y crímenes de otras generaciones ó individuos que los han precedido en tiempos cercanos ó remotos. Así pues, no se puede cargar sobre los indios actuales de América la crueldad de los sacrificios humanos ni la antropofagía de los indios de ahora tres ó cuatro siglos, ni á los españoles europeos ni á los criollos de hoy en día el barbarismo de la conquista y los vicios y desafueros de la colonia. Cada uno es responsable sólo de sus propios actos ó de aquellos á que directa ó indirectamente y con deliberación ha contribuido. Si entre mis abuelos hubo algún desalmado verdugo de la raza indígena, le condeno, y, al hacerlo, no creo que escupo al cielo para que me caiga encima, ni me avergüenzo de ser su nieto, porque no tengo culpa ninguna de venir de un mal hombre. Si yo no le condenase, vendría sobre mí la solidaridad moral de sus crímenes; si lo imitase, tanto peor. En Europa mismo, ¡cuántas familias hay que alardean de ilustres, no obstante sus antiguas manchas! Si yo descendiese de un César Borgia ó de un Visconti, ¿por qué había de ruborizarme, si no soy como ellos incestuoso y cruel ó envenenador de mi madre, tío y hermano? Si Vds. son mestizos, nos dice V., son abominable amalgama de español é indio. Yo no veo, señor, por qué pueda ser abominable el cruzamiento de una raza; lo abominable sería la amalgama de la abyección y vicios de la una con los vicios é instintos crueles de la otra; pero si del cruzamiento se forma una raza que por efecto de sus adelantos en la civilización llega á ser de ánimo levantado, humana, honrada y de otras prendas, es claro que podrá hom-

brearse con las mejores razas del mundo. Y es de advertir que la mezcla de sangre suele dar buenos resultados. Lo que en todo caso nos conviene á los americanos, es que procuremos ser mejores que nuestros abuelos, hayan sido españoles, indios ó africanos. Si fueron buenos, no nos ufanemos de ello si no imitamos sus virtudes, ya que no las superemos; si malos, no contradigamos la historia que los condena, y obremos de manera que no nos condene también á nosotros.

¿Existen razas completamente puras en Europa? Tal vez nó: las irrupciones de unos pueblos sobre otros, las conquistas, el comercio, etc., han hecho que esa pureza de sangre, desde hace siglos, venga á menos; y tengo para mí que ha de desaparecer por completo en todas partes, merced á los adelantos modernos que cada día facilitan más y más el contacto de las gentes de distintas naciones. Y luego ¿no hay todavía invasiones, y conquistas y emigraciones? La Europa poderosa se echa todos los días sobre el Asia, y el Africa, y la Europa proletaria y desvalida se nos viene á la América en grandes aluviones, á aumentar nuestras poblaciones y crear para lo futuro (yo así lo creo) complicados problemas sociales, políticos y económicos, ante los cuales la cuestión de razas llegará á ser muy secundaria ó á desaparecer del todo. La familia humana tiende al parecer á unificarse, si bien este resultado jamás alcanzará á las ideas, sentimientos, creencias y aspiraciones.

La raza india entre nosotros va camino de la extinción. Un siglo más, y no habrá *hijos del sol* en América. Hay muchas causas para esto, y una de ellas, la principal, es el cruzamiento con las razas europeas. En nuestras Repúblicas abundan los mestizos; estos se enlazan con los indios, y de esta manera todos los días arrancan fragmentos, si así puedo decir, de la familia aborigen para elevarlos un grado en la escala social; ó bien se casan con personas de superior calidad y se

encuadernan con la sociedad de viso. Lo más bajo y lo más encumbrado de nuestra sociedad van aproximándose á un centro común y formando una raza nueva, que es de esperarse no sea abominable á causa de los elementos que entren en su composición. La parte plebeya, cualquiera que sea su origen, adquiere importancia por medio de los estudios científicos y literarios, la industria y el comercio que la enriquecen, y á veces también por los caprichos de la política, y de esta manera se le facilita su enlace con la parte noble. Suele haber *chilladera*, como decimos por acá, y enojos y murmuraciones con tal motivo; mas lo cierto es que el ascenso y descenso de las familias se verifica todos los días, va desapareciendo la nobleza de la sangre y quedando sólo la del mérito y la riqueza.

Lo que por estas tierras vivirá más que las razas puras europea y americana, son la lengua y las costumbres extranjeras. El elemento español tiene que preponderar en su mezcla con el indígena, y acabará por absorberlo del todo; así tiene que ser naturalmente, puesto que éste vale mucho menos que el otro; y así conviene que sea, y así viene siéndolo desde el tiempo de la conquista y sobre todo desde la independencia. El triunfo absoluto de nuestra lengua y nuestras costumbres es ya un hecho bajo cierto aspecto. El quichua no solamente va adulterándose, sino desapareciendo. Los indios van españolizándose, y apenas salen un poco de su antigua rudeza, dejan su lengua, vestidos y costumbres por los de la raza que los conquistó y dominó. Me ha sucedido muchas veces tratar con indios hablándoles en quichua, y me han contestado en castellano. Esto me alegra mucho, pues aunque esa lengua es muy expresiva, sonora y agradable, no cabe duda que el indio para civilizarse necesita ante todo adoptar un idioma culto.

Me dice V. en la primera de sus *Cartas* que espera que el público y yo tendremos paciencia para leerlas.

¿Que diré yo de las mías? Temo que V. se fastidie á las primeras líneas, y más el público por menos indulgente que V.; pues por más que mi voluntad sea la de escribir alguna cosa pasadera, no es difícil que mis cartas sean charla y nada más y que, por lo mismo, no interesen á V. ni al público. Para hacerlas menos insoportables, trataré de que no sean demasiado largas.

Soy de V. muy atento amigo y seguro servidor.

J. LEÓN MERA.

Atocha, 15 de noviembre de 1889.

II

Mi respetado señor:

La historia me ha gustado siempre, pero la antigua de América ha tenido para mí singular atractivo. Quizás su misma obscuridad y misterio seculares han contribuído á esta predilección, á causa de la curiosidad y de las exigencias de la fantasía que en mí como en muchísimas otras personas han sido poderosas. Sin embargo, confieso á V. que no he profundizado esa historia como merece, no por falta de voluntad, pues ésta sobra siempre cuando hay verdadera afición á una cosa, sino por otras causas: no he tenido todos los libros necesarios, no he podido viajar, y la mayor parte del tiempo que he debido consagrar al estudio lo he gastado forzosamente en otras ocupaciones.

Muchas investigaciones se han hecho sobre el origen, historia y civilización de los indios, y todavía queda labor inmensa por hacer. Puede aplicarse á la historia primitiva del Nuevo Continente lo que Séneca el filósofo decía de la verdad: *Multum ex illa etiam futuris relictum est.*

Hay en América problemas etnológicos y filológicos destinados probablemente á fatigar la inteligencia de los sabios, sin que lleguen á ser resueltos jamás. La ciencia habrá de contentarse con darles mil vueltas é ir deduciendo apenas consecuencias más ó menos verosímiles de hipótesis aventuradas. El camino de la certidumbre está borrado por los siglos, y la ignorancia y la incuria de los hombres han arrancado la mayor parte de los mojonos del derrotero.

¿Cómo se pobló la América? ¿A qué raza pertenecían sus primeros habitantes? ¿Por dónde vinieron? ¿Qué grado de civilización alcanzaron? Si los sabios no han podido descubrirlo, menos yo que no tengo pizca de sabio. Con todo, nadie ni nada puede impedirme que me atenga á tal ó cual opinión, ó que en vista de las indagaciones de otros pueda formar mi juicio particular. Si es errado, lo será como el de tantos otros.

Tengo para mí que es absurda la idea de que América pobló el Asia y no al contrario. Esta idea es sin duda hija de un americanismo muy exagerado, ó del deseo de llamar la atención con una novedad de bulto. La adopción de esa idea como de otras que se le parecen, aun prescindiendo de la ortodoxia, contra la cual chocan, vendría, en mi sentir, á aumentar que no á disminuir las dificultades de muchos puntos oscuros de la historia. La América recibió, no dió sus habitantes: Y lo verosímil es que los recibió del Asia y del Africa en diferentes épocas y por distintos puntos: las investigaciones de los sabios han descubierto muchas analogías entre los americanos y los tártaros y egipcios, y no entre aquellos y otras razas del antiguo continente. Virey, que cita en su apayo á Coxe, Krascheninnicoff, Montgomery Pik y otros autores, cree que los indios de la América del Norte son de origen tártaro-mogol. Robertson, Humboldt y otros buscan también ese origen en Asia. Prescott, en su *Historia de la Conquista de México* no ha querido remontarse

en busca de las fuentes de las *razas misteriosas* anteriores á los Aztecas; más parece inclinarse á darles carácter egipcio. El presbítero Dámaso Sotomayor ha dado á luz hace muy poco el primer tomo de su obra *Los Aztecas*, y estoy lleno de curiosidad de verlo; pues pretende el autor haber descubierto la clave para descifrar los geroglíficos mejicanos, y su libro debe tener noticias muy importantes.

Parece que las puertas por donde entraron á América las diversas inmigraciones, fueron el Noroeste y el centro. El estrecho de Behring, que sin duda fué istmo antes, sirvió probablemente de paso á algunas tribus del Asia aventadas por las vicisitudes de la suerte, ó simplemente en razón de su vida nómada; y en cuanto al Sur de México y á Centro América, no pertenezco al número de los que creen que jamás existió la Atlántida, la cual, haya sido un inmenso conjunto de islas; ó un continente cuyos restos pueden ser las Canarias y las Antillas, sirvió, como no es improbable, de puente á las inmigraciones egipcias. Y ¿quién sabe? quizás la tierra de donde vinieron los conquistadores en el siglo xvi, dió también su contingente á este Nuevo Mundo. El vigor, la actividad y la movilidad de las razas humanas primitivas estaban en armonía con las leyes geológicas, tanto más potentes y activas cuanto menos vieja la tierra: las tribus, por las guerras ó por la necesidad de buscar mejor clima ú otras condiciones favorables para la vida, vagaban de aquí para allá y hacían largos viajes sin pararse en dificultades y peligros. La humanidad se ha vuelto estable y hase aquerenciado al terruño á medida que ha ido envejeciendo, así como las fuerzas geológicas han ido siendo menos violentas y produciendo trastornos menos terribles con el curso de los siglos. ¿Quién sabe cuántos pueblos y cuántas razas pasaron por la península ibérica antes de los que señala la historia?

Entre los motivos para suponer fabulosa la exis-

tencia de la Atlántida, quizás el más poderoso es el de no hallarse ni la más ligera noticia de ella en la historia de Grecia, ni aún en los tiempos más oscurecidos por las ficciones míticas; circunstancia que para debilitarla no basta el reproche que Psenophis y Sonchis hacían á los griegos, cuando decían á Solón que éstos eran *niños que no sabían las cosas antiguas*. ¿Por qué no habrían conservado alguna tilde siquiera de las ruidosas guerras de los atenienses con los poderosos reyes de la Atlántida, cuando algo nos han dicho de la de Erectheo y Eumolpo? ¿Por qué no tuvieron tradición ninguna de cataclismo tan espantoso como el hundimiento de un continente ó una inmensa agrupación de islas, como conservaron la de la inundación del Atica y del diluvio de Deucalión? Misterios insondables de la historia! A no ser que, según la presunción del abate Brasseur de Bourbourg, las pequeñas Panateneas, fiestas instituídas por Erectheo I, hubiesen tenido origen en el triunfo de los atenienses sobre los atlántidas. Plutarco en la *Vida de Solón* habla muy á la lijera de la Atlántida con ocasión de haber intentado el legislador de Atenas escribir un poema sobre ella, y vacila entre dar ó no carácter histórico á la relación de los sacerdotes egipcios: "Solón, dice, había emprendido poner en verso esta grande *historia ó fábula* de la Atlántida, que le habían referido los sacerdotes de Saís". Con todo, y admitiendo que haya mucho de ficticio en el relato de éstos, creo que tienen razón los que juzgan que encierra un fondo de verdad. Plutarco mismo llama á Psenophis Heliopolitano y Sonchis el Saítico, *los más sabios de los sacerdotes egipcios*, y repugna el suponer que hubiesen querido engañar con una mentira á otro sabio como Solón. Platón, por otra parte, no insinúa que Solón hubiese dudado de la veracidad de aquellos sacerdotes. En todo caso, creo que debe aceptarse un hecho verosímil cuando concurre á facilitar la explicación de otro he-

cho que, sin él, sería de más difícil comprensión.

Existió, pues, la Atlántida, de la cual ó por la cual vinieron en distintas épocas las gentes que del Sur de México y de la América central se fueron repartiendo paulatinamente por el Sur, el Este y el Oeste del inmenso territorio, uno de cuyos extremos se avecina al Antártico, y cuyas costas desde las grandes Antillas y el golfo de Tehuantepec bañan el Atlántico y el Pacífico. Las corrientes de inmigración que tiraron por el Oeste poblaron los territorios de Nueva Granada, Ecuador, Perú y Chile; las que se extendieron por el Este, Venezuela, las Guayanas, el Brasil, etc. Sería inaceptable la idea de que las inmigraciones en que me ocupo no se extendieron también por el Norte; mas quién sabe hasta qué grado de latitud. Lo presumible con bastante fundamento es que esta parte de la América recibió su mayor caudal de pobladores por el estrecho de Behring.

¿Fueron simultáneas las inmigraciones del Oriente y del Norte, ó al contrario? ¿Cuáles fueron, en este caso, las primeras? ¿En qué tiempo se verificaron? Cuestiones irresolubles. Vamos á lo que admite conjeturas más aceptables. Buena parte de los extranjeros que por la Atlántida se vinieron á las tierras centrales del Nuevo Continente, se quedaron naturalmente en ellas, y fundaron las ciudades misteriosas ruinas se admiran todavía. El mayor y más frecuente contacto con los atlántidas contribuyó al desarrollo de su civilización, la cual vino tal vez á menos desde que el cataclismo recordado hizo desaparecer á éstos y aisló la América del resto del mundo. Al mismo tiempo se fundaban acaso, crecían y se civilizaban las naciones del Norte. En varios otros puntos de México, lo mismo que en Yucatán y Miztla, se han hallado ruinas prehistóricas que guardan los secretos de pueblos avanzados en cultura. Las cabañas que habitó el salvajismo desaparecen en el trascurso de un día, y sólo

las moradas y templos que ha levantado la civilización resisten á la destructora labor de los siglos.

El Baron de Humboldt cree que los *Toltecas* se establecieron en México en el siglo VI, y seiscientos años después pone la invasión de los *Astecas*, nación aguerrida y conquistadora, que los venció y los arrojó hacia el Sur. Según Prescott, la aparición de los primeros debió ser probablemente á fines del siglo VII. "Después de un período de cuatro siglos, añade este célebre historiador, los *Toltecas*..... desaparecieron del país con el mismo silencio y misterio con que habían venido..... La mayor parte de la nación, según todas las apariencias, se dispersó por las regiones de la América central y por las islas vecinas." ¿Por qué no se podría suponer con fundamento que este *pueblo extraordinario*, como lo llama el mismo Prescott, despojado del territorio que había poseído durante cuatrocientos años, fué á su turno la oleada arrasadora que cayó sobre el pueblo culto, y quizás feliz, que moraba en Yucatán y en la lengua de tierra que divide los dos océanos? Y las reliquias de esta nación emigraron quizás al mediodía, abandonando las ruinas de la patria. Juzgo probable que Centro-América sea la cuna de los *Shirís* y de los *Incas*. Fueron éstos tal vez los Eneas americanos, y en Palenque debemos ver las venerandas cenizas de la Ilfon india que no ha tenido Homeros y Virgilibios que la inmortalicen. Quizás también algunos restos de esa nación vencida y despojada sean las raíces de los *Zipapas*, y aún que entre ellos deba buscarse al misterioso *Bochica* ó *Nemquetheba*.

La época de la desaparición de los *Toltecas* del suelo Mexicano, y por consiguiente de su irrupción á Yucatán y el istmo (fines del siglo XI ó principios del XII), coincide con los orígenes del imperio de los *Incas*. Una tradición insegura coloca el arribo de la nación *Cará* á la costa ecuatoriana en el siglo VIII, y la conquista de Quito por la misma hacia fines del X. Si

no hay fundamento ninguno respetable para fijar la época de estos dos sucesos tres ó cuatro siglos antes de aquellos, como se ha hecho, no queda obstáculo á la hipótesis de que ocurrieron en el mismo siglo de la venida de Manco-Cápac y Mama-Oello al Perú. Por lo demás, la circunstancia de que la nación que redujo á condiciones racionales y bastante cultas las tribus salvajes y bárbaras de las tierras ecuatoriales, fué hermana de quienes entraron la civilización en las tribus del Perú, está bastante bien probada por la comunidad de la lengua, la idolatría y las costumbres.

Después de estas breves reflexiones hijas de mi afición á las antigüedades de América, y de las cuales dirá V. con justicia que no tienen que ver con sus *Cartas Americanas* dirigidas á mí, volvamos á éstas.

Duda V. que hubiese habido en América "en el momento en que los españoles la descubrieron", "una magnífica civilización" próxima á ser creada y difundida, y añade: "No hay que buscar este pensamiento en otros autores: V. mismo le expresa á menudo". No he creído ni creo que "todo iba muy bien por aquí", ni que una magnífica civilización estuviese á punto de venir y difundirse entre los indios: existía ya una civilización relativamente muy notable,—esto es lo que he pensado; pero este pensamiento no es mío, sino de muchos escritores no sólo americanos, que pudieran ser sospechosos de parcialidad, mas también de europeos, sin que falten entre éstos muchos españoles. Pudiera yo citarlos á no tenerlo por innecesario al dirigirme á persona tan instruída é ilustre como V., y sólo como recuerdo hecho entre los dos en plática amistosa, traeré unos pocos.

El Conde Carli, que compara á Manco-Cápac con Fohi, elogia á los Incas, y dice que "será eterna gloria de su sabio gobierno que la máxima fundamental haya consistido en obligar á los súbditos á ser felices". "El imperio del Perú, añade, fué el único de toda la tierra que llegó á un objeto tan digno de la humanidad". Pre-

senta después el sistema de gobierno, y agrega que "era seguramente mejor que todos los que se han podido imaginar en nuestro hemisferio; porque los ciudadanos no solamente debían ser felices con este sistema, sino que era necesario que lo fuesen, aún á pesar de ellos mismos". El P. Calancha, cronista de la Orden de San Agustín en el Perú, decía que "verdaderamente pocas naciones hubo en el mundo que tuviesen mejor gobierno que los Incas," y el marqués de Nadaillac creía que tal vez en ningún pueblo del mundo había desplegado el hombre mayor energía que en el Perú. Tantos pareceres juntos de escritores respetables abonan mi juicio favorable á los indios. Parece que los Incas se hubiesen propuesto un sistema utópico; mas lo cierto es que lo realizaron, y bien merecían figurar en los *Estudios sobre los Reformadores* de M. Luis Reybaud. El imperio del Perú en la época de los Incas, ¿no se parecía al Paraguay y al Paraná cuando los gobernaban los Jesuitas?

Prescott abunda también en la idea de la civilización de los Mexicanos y Peruanos, y mesurado en sus apreciaciones, y juicioso en la aplicación de copiosa erudición bebida en buenas fuentes, es uno de los historiadores más dignos de fe y de respeto. Cree el escritor bostoniano que hubo una civilización anterior á los Incas, como otros lo han presumido; pero sea esto así, ó sea Manco-Cápac quien trajo las simientes de la cultura, queda en pie el hecho de que ésta existió al tiempo de la conquista de los españoles.

Don Sebastián Lorente, español, en su *Historia de la Conquista del Perú*, habla repetidas veces de la sorprendente civilización á que había llegado el imperio de los Incas. Permítame V. citar algunas de sus palabras. "El comercio marítimo de los Peruanos y las conquistas de los Incas habían hecho conocer á los remotos salvajes del Darién, que hacia el Sur existía una gran nación civilizada y opulenta." "A su regreso, Molina (explorador enviado por Pizarro), á quien habían en-

cantado aquellas mujeres cariñosas, de tierna mirada y dulce sonrisa, y aquel país lleno de atractivos de una civilización pura y sencilla, etc.", encomió ésta con entusiasmo. Agrega Lorente que Candía y Soto, compañeros de Pizarro, confirmaron después lo dicho por Molina, y aún dieron idea más alta de la cultura de los indios. En la *Historia de la Civilización Peruana* del mismo Lorente, hallo estas líneas que encierran una apreciación semejante á la del conde Carli y el marqués de Nadaillac: "La civilización del Perú hubo de producir bajo los Incas sorprendentes efectos por la solidaridad de acción entre algunos millones de hombres, por la continuidad de los mismos esfuerzos durante siglos y por su propia fuerza de desarrollo: mientras en el interior se levantaban obras colosales y adelantaban las artes de la paz y se gozaba más suma de bienestar que en la mayoría de los países civilizados, se extendían á lo lejos el ascendiente y los beneficios de aquella singular cultura. Así los hijos del sol, bajo cuyo gobierno se confundía el interés de la patria con el de la autoridad, llegaron á formar un imperio rival de los grandes imperios del Asia por la extensión, y superior á todos ellos por el orden social y por el carácter paternal de la administración."

Basta, pues no quiero que V. se aburra con las muchas citas: quédense en el tintero otras cien pruebas de la civilización de nuestros antiguos indios, así las suministradas por autores que merecen fe, como las que pudieran sacarse de los estupendos caminos de los Incas, de sus obras de arquitectura, de la perfección á que llegaron en algunas artes, etc., etc. Sólo añadiré dos palabras acerca de la poesía quichua. Así como he tenido defensa, poderosa á mi juicio, en punto á mis aseveraciones en la *Ojeada* favorables á la civilización en general entre los Americanos, tendríala también respecto de la poesía que fué una de las manifestaciones de esa civilización. Al hablar de una corta poesía que

inserté en dicha obra, dice V.: "Los tales versos son la única reliquia que ostenta usted de la genuina civilización de esas tierras, donde no sólo había *aravicos* ó poetas, sino también *amautas* ó sabios y filósofos." Perdone V. que corrija una equivocación en esas líneas: yo no he dicho que esa *piececita sencilla y graciosa* nos da alguna idea de la *civilización* de los antiguos indios sino de su *genuina poesía*. Si de aquella hubiese querido tratar detenidamente en la *Ojeada*, otras *reliquias* habría ostentado para comprobarla. Yo no defiendo aquí esos versos; los tomé de los *Comentarios Reales* de Garcilaso, y ahora los dejo á cargo del conde Carli y del historiador Prescott: el primero los compara á "un himno de Orfeo dirigido á Juno", y el segundo los califica de composición "ligera y graciosa". Éste dice también que los peruanos manifestaban alguna disposición para las representaciones teatrales, y añade: "Las piezas peruanas aspiraban á los honores de la composición dramática, sostenidas por los caracteres y el diálogo, y fundadas algunas veces en argumentos de interés trágico, y otras en los que por su carácter naturalmente ligero y familiar corresponden á la comedia. En el día no tenemos medios para juzgar de la ejecución de estas piezas. Probablemente sería bastante grosera, como correspondía á un pueblo aún no formado; pero cualquiera que hubiese sido la ejecución, el haber concebido la idea de una diversión de esta clase es ya una prueba de cultura que distingue de una manera honrosa á los peruanos de las demás razas americanas, que no conocían más pasatiempo que la guerra, ó las diversiones feroces que reflejan su imagen".

En cuanto á la sabiduría y filosofía que cultivaron los americanos, me permitirá V. hacer unas dos reflexiones. Hemos visto por el testimonio de la historia que llegaron á fundar grandes y poderosos imperios, y que los Incas, sobre todo, crearon una legislación "cuya máxima fundamental consistía en obligar á los súbditos á

ser felices", y que "el imperio del Perú fué el único de toda la tierra que llegó á un objeto tan digno de la humanidad". Para esto ¿no era preciso que los Incas fuesen sabios y filósofos? ¿Cómo sin serlo pudieron acertar en cosa tan difícil? Algo de ciencia poseyeron los *amau-las*, así como los pensadores del Anáhuac, lo cual está probado con los calendarios, los cómputos cronológicos, las columnas gnomónicas, el orden y solidez de las construcciones arquitectónicas, la nivelación de caminos y canales, etc.

Parece que V. duda que el quichua hubiese sido excelente lengua, como lo había dicho yo en la *Ojeada*. En efecto, creo que nunca habría competido con algunos idiomas perfectos y cultos del mundo antiguo, así los muertos como los que se hablan en las sociedades modernas; sin embargo, si V. conociese el quichua, juzgo que no tendría por exagerado el elogio que hice de él. Prescott lo califica de hermoso, y añade que "el quichua llegó á ser el más rico y variado, así como el más elegante de los dialectos de la América del Sur". Para corroboración de mi sentir acerca de la lengua en que me ocupo, había citado yo una sentencia de difícil traducción al español; pues bien, cosa parecida acaba de hacer quien conoce mejor que yo el quichua, hasta poder escribir en él bellísimos versos. El doctor don Luis Cordero, ilustradísimo académico y querido amigo mío, en sus excelentes *Observaciones sobre las principales poesías del malogrado Zaldumbide*, que acaban de ver la luz en la entrega 7.^a de las *Memorias de la Academia Ecuatoriana*, dice: "Nunca olvidará quien esto escribe la acerba reconvención que un pobrecito indio del Azuay dirigía al Todopoderoso, en el instante de echar la postrera palada de tierra sobre el cadáver de un vigoroso adolescente. ¡Ay Señor! decía en el colmo de la angustia, ¿á qué fin los crías, si has de sembrarlos así en el seno de la tierra? Quien conozca la doliente energía, la singular ternura de la lengua de nuestros

aborígenes, podrá graduar con exactitud lo patético de la queja“.

Dejo para la siguiente carta algunos pensamientos más sobre la civilización y unas cortas reflexiones acerca de la conquista.

Quedo de V. respetuoso y atto. S. S.

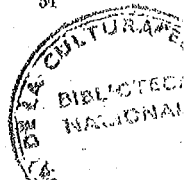
J. LEÓN MERA.

Atocha, 22 de Noviembre de 1889.

III.

Muy respetado señor:

Queda, pues, hecha la indicación de que al escribir mi *Ojeada* yo no creía que hubiese habido en América una civilización perfecta, como no lo creo ahora ni lo creeré jamás: los mejicanos, los peruanos y los chibchas alcanzaron una civilización relativamente muy avanzada, que desapareció con la conquista,—hé ahí mi pensamiento y mi creencia. Esa civilización fué gradualmente sustituida por otra de mucha más valía, cual es la cristiana; pero los conquistadores y los que continuaron la dominación sobre los pueblos sojuzgados, han debido aprovechar para la historia, las ciencias, las artes, etc., lo bueno que tuvieron los indios en estos ramos de los conocimientos humanos, y no arruinarlo todo, bien con intención, bien por incuria,—hé ahí el principal fundamento de mi censura y mis quejas, en las cuales cree V. hallar un antiespañolismo que no existe. Puede que yo no haya dado con la verdad, quizás mi juicio sea extraviado; mas tratando de puntos de historia americana, yo no he hecho otra cosa que lo mismo que pudiera hacer el español más español que, al examinarlos, antepusiera la razón y la justicia á todo sentimiento de nacionalismo.



Acerca de civilización se me vienen algunas ideas, que tal vez han madurado ya en otros cerebros y salido á luz, pero que, con venia de V., voy á ponerlas yo también en esta carta.

¿Ha habido alguna vez civilización perfecta? ¿la tenemos actualmente? ¿llegará á poseerla el mundo con el curso de los siglos? Ni la ha habido, ni la hay, ni vendrá jamás. Yo no creo en la perfectibilidad indefinida de la humanidad, porque no creo que se pueda ver nunca exenta de pasiones, vicios y errores. Unas veces la verdad y la virtud ocuparán el trono social, otras lo ocuparán aquellos mónstruos; unas veces brillará admirable la inteligencia humana, otras habrá invasión de tinieblas. Jamás en el mayor esplendor de la cultura faltarán manchas de salvajismo y barbarie que prueben la caída y desgracia del hombre; jamás por cerradas que sean las sombras que le envuelvan, dejará de brillar algún hilete de luz que pruebe la nobleza de su origen. La historia, la mejor de las maestras, pero la que tiene menos discípulos que aprovechen sus lecciones, nos enseña lo que han sido las civilizaciones antiguas y modernas; y respecto de la que viene desenvolviéndose en la actualidad, dueños somos de sondearla y juzgarla con conocimiento personal é íntimo. ¿Quién puede negar que los Egipcios, Sirios y Persas fueron civilizados? y, sin embargo, ¡cuánta prostitución, cuántas barbaridades, cuántas infamias entre ellos! Admira la civilización de los griegos y, con todo, ¡cuánta grosería y crueldad entre los Lacedemonios! ¡cómo ni los Atenienses mismos se hallaban libres de torpezas y de barbarie! ¿La honestidad no fué por ventura desterrada de sus costumbres? ¿No se manchaba el mes Targelión con sangre humana, y Temístocles, el gran Temístocles, no inmolaba jóvenes á los dioses para que le hiciesen triunfar en Salamina? Admira la civilización de los Romanos, y no obstante, ahí se están escandalizando á la historia con su exclusivismo-degradante, de todo cuan-

to no es romano, con su crueldad para con los vencidos, con su institución de la esclavitud, con sus anfiteatros empapados en sangre de esclavos, prisioneros y mártires derramada por diversión.... En Grecia, en Cartago y otras partes, en medio de la civilización se sacrificaban víctimas humanas á los ídolos; en Roma, el pueblo era el dios en cuyas aras caía despedazada parte de la humanidad.

Bien, pues: en México, en el Perú, entre los Chibchas se obraba de igual manera que en aquellas naciones; y si en éstas, no obstante, creemos que hubo civilización, no podemos negar que también la hubo entre los indios del Nuevo-Mundo. Aquí se mataba gente como acción grata á las divinidades, al mismo tiempo que progresaban las artes y la industria, se estudiaba alguna ciencia y se organizaban gobiernos sobre bases regulares y duraderas. Quizás coincidía el *acto piadoso* de los cartagineses de arrojar niños vivos en el pecho candente de su Moloc de bronce, con el de los mexicanos de abrir el pecho del joven prisionero y sacarle el corazón palpitante en el altar de Tescatlepoça; tal vez al mismo tiempo que en el Indostán se obligaba á la viuda á quemarse en la pira de su esposo, en el Perú se sepultaba el cadáver de un Inca rodeado de un centenar de sus vasallos más queridos.

No deben pasar desapercibidos algunos hechos que abonan á los indios americanos y los ponen sobre otros pueblos: esos indios daban á sus hijos educación varonil y austera, pero no los martirizaban, para dársela, como los Esparcíatas á los suyos; entre los hijos del sol era usada la poligamia, pero no se ultrajaba el pudor y la decencia, como en muchos pueblos antiguos de Asia, Africa y Europa: en América, Priapo, Venus y Baco no tuvieron altares; los indios no tuvieron sacerdotisas rameras como los Asirios y Egipcios; no conocieron las obscenidades de Pafos y Chipre, y si sacrificaron seres humanos, hicieronlo porque creyeron honrar de esta

manera á sus dioses, no por diversión, como los romanos.

“Virgen del mundo, América inocente”, exclama Quintana en la magnífica oda que V. recuerda. Verdaderamente, en ese concepto del cantor de la vacuna, como en otros que se le parecen y que yo también habré empleado en alguna de mis composiciones, puede haber más poesía que exactitud; pero tampoco hallo ésta en que V. para probar que América no fué inocente ni civilizada, cite un caso horrible de antropofagía. Este caso y otros muchos semejantes pertenecen á aquellas tribus que yacían todavía en completo salvajismo, no á los pueblos que habían entrado en el camino de la civilización. Consta de la historia que los Incas miraban con horror la costumbre de alimentarse de carne humana, y la abolían severamente en las tribus que sometían á su imperio.

Que junto á los pueblos civilizados por los Toltecas y Aztecas, por los Incas y los Shiris, hubo tribus indómitas, bárbaras y comedoras de hombres, no se puede revocar á duda. La antropofagía continuó en varias partes hasta mucho tiempo después de la conquista; pero yo creía que había desaparecido, y que á lo menos en las regiones amazónicas el último festín con carne humana era el que refiere el P. D' Etre en su carta de 1.º de junio de 1731, inserta entre las *Cartas de las Misiones de la Compañía de Jesús*. Como éstas, no obstante su utilidad histórica y aún científica, ya nadie lee, y como me parece curioso el hecho que cuenta el P. D' Etre, voy á trasladarlo aquí. Después de decir que supo de boca de un indio, en el pueblo de los *Iquiavates*, orillas del Napo, que un español había sido “asado y comido” por ellos, añade: “Otro me refirió, que pocos días antes de nuestra llegada, uno de estos Bárbaros, viendo que su mujer era muy gorda, y que por no saber hacer la comida, ni componer la bebida, no le hacía los acostumbrados servicios, la mató, y con su cadáver regaló á sus

amigos, diciéndoles, que ya que en su vida no había servido sino de embarazo y enfiado, era razón, que muerta les sirviese de regalo".

Mire V. ahí un caso parecido al de la *Crónica del Perú* citado por Leopardi "en apoyo de su negro pesimismo y desesperada misantropía". Pero ni el gran poeta italiano justificó su aversión á la sociedad con ese hecho, ni V. puede condenar á toda la antigua América á causa del cacique antropófago de *Nore*, ni nadie habrá que pueda asegurar que todos los indios en el siglo pasado se parecían á los *Iquiavales* comedores de españoles y de mujeres gordas.

He dicho que yo creía que lo referido por el P. D' Etre era el último caso de antropofagia en las regiones amazónicas. En efecto, el Sr. Ricardo Spruce, inteligente botánico inglés, que recorrió durante diez ó doce años esas regiones y á quien conocí en 1859, me decía que no encontró antropófagos entre los salvajes que las habitan, sino venganza implacable y suma crueldad en sus guerras; mas que observó no eran extraños á algunas virtudes, como la hospitalidad con los extranjeros y la fidelidad en sus compromisos. Con todo, un misionero francés, dominicano, que acaba de dar á luz una interesante obra sobre nuestro territorio oriental, refiriéndose á un cacique cristiano, cuenta un caso de canibalismo en una lejana tribu del Napo; caso que indudablemente no servirá para que V. juzgue mal de todas esas tribus.

Creo que en justicia no deberíamos asombrarnos mucho de que se cometiesen crueldades y acciones salvajes entre nuestros indios de ahora cuatro siglos, hasta en naciones que alcanzaron un grado más ó menos alto de cultura, cuando vemos que tuvieron iguales manchas otros pueblos de mayor civilización y hasta ilustres, cuando no se hallaban exentos de barbarie por la misma época aún las naciones bautizadas, y cuando hoy en día mismo, á pesar de los alardes que hacemos

de progreso en todo sentido tanto en Europa como en América, no escasean las muestras de que la levadura del salvaje fermenta en las entrañas de la sociedad. Desde luego, casos como el de Tropmán, el de la calle de Fuencarral, los de Witechapel y otros mil, aunque son pluralidad respetable, pueden tomarse como aislados en atención al pasmoso movimiento y desarrollo de los adelantos del siglo; pero, con todo, son tristes manifestaciones del barbarismo que, bajo su brillante vestidura, ocultan las sociedades modernas. Otras veces, forzoso es decirlo, han acaecido sucesos no tan particulares que digamos, puesto que han tenido carácter social; bárbara fué la revolución francesa con que se remató el siglo xviii; barbaridades hicieron los franceses en Egipto y España; barbaridades cometieron los españoles en 1834 y en sus guerras carlistas; barbaridades hubo en la guerra de nuestra independencia; barbaridades en la guerra franco-prusiana y la revolución comunista que se siguió; barbaridades en las revoluciones que han sacudido las repúblicas sud-americanas.... Señor mío, nuestro famoso siglo xix está reboando barbaridades. ¿Y si estalla la guerra continental que tan inminente parece y tanto se teme en Europa...? ¡La guerra! barbaridad de las barbaridades, antiquísima y novísima, en vez de desaparecer para demostrar que la humanidad ha llegado ó está próxima siquiera á su desideratum en materia de civilización, todos los días recibe auxilios para prolongar su existencia: ¡con qué afán se buscan y descubren los medios de matar más y en el menor tiempo posible! He visto en no se qué libro la peregrina idea de que en nuestros tiempos se ha *civilizado la guerra*. ¿Será menos salvaje matarse con pólvora y plomo que con flecha y pica, y asolar con dinamita que con fuego griego?

No quiero recordar otras cosas que me fuerzan á poner en duda el perfeccionamiento de la civilización moderna: pasen, pues, por alto el poco respeto del ajeno

derecho, así de parte de los gobiernos como de los individuos; la libertad llevada al más deplorable abuso; la política informada por el egoísmo y la mala fe; la estadística de los delitos y crímenes que demuestra cuánto mayor es hoy el número de éstos comparado con los de años anteriores; el suicidio que alcanza todos los días á proporciones alarmantes; el pauperismo que devora las entrañas de los pueblos europeos; la embriaguez que cunde hasta en la sociedad encopetada; el racionalismo, el socialismo, el nihilismo y otras sectas político-sociales que van carcomiendo todo orden en el mundo; el decremento de los afectos nobles y tiernos; lo falso y deleznable de los cimientos de la familia á causa de la corrupción de las costumbres; la adoración de la materia y el olvido de todo lo espiritual y eterno; la filosofía que en vez de buscar la luz se hunde en el caos; la literatura que ha comenzado á revolcarse en las inmundicias del *realismo*; los caracteres; así el individual como el social, empequeñecidos y postrados.... Todo esto veo yo en medio de las mil comodidades de la vida, del lujo, de la moda, del vapor, del telégrafo, de la luz eléctrica, de los magníficos palacios, de las suntuosas exposiciones universales, de los ruidosos centenarios, y me pregunto: ¿Es ésta la civilización? Y no puedo contestarme fácilmente, y me quedo cogitabundo y al fin me aflijo.—Me aflijo, sí; porque termino por persuadirme que si es cierto, que si es indudable que tenemos civilización, y muy extendida y muy brillante y seductora, es una civilización puramente material y pagana, que embauca á la humanidad para que no caiga en la cuenta de sus miserias ni sienta el dolor de las asquerosas úlceras que le van consumiendo la vida. El único medio para que los pueblos lleguen á una civilización perfecta en lo posible, es el Cristianismo; pero en vez de aprovechar de él, se trata con grande empeño de echarle á empellones de los hogares y de los pueblos. Todos los días se cumple aquello del Evangelio: *lux in*

tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderun.... In mundo erat, et mundus eum non cognovit. Há cerca de dos mil años el Cristianismo lucha por asentar en el mundo la civilización verdadera, y el mundo se resiste y rechaza el beneficio.

Pero esta cuestión complexa me va llevando lejos de lo que me propuse en mis cartas. Terminaré este párrafo asegurando á V. que no murmuro contra los adelantos modernos: para hacerlo sería preciso ser muy necio: yo los admiro y acepto la parte que de ellos me toca; pero sería preciso también ser muy ciego ó muy optimista para no ver el reverso de tan decantada civilización, y por cabo destituido de juicio para no condenar las monstruosidades que la afean, y que agrandándose diariamente hacen temer el retroceso de la humanidad al degradante materialismo y la mefítica concupiscencia de que la sacó el Cristianismo.

Volvamos á los indios americanos. Como V. ve, yo no defiendo, ni siquiera trato de atenuar sus barbaridades: lo que hago es rendirles justicia por lo bueno que tuvieron. No condeno tampoco la conquista, porque creo que los pueblos civilizados tienen derecho de extirpar la barbarie donde quiera que la encuentren: lo que yo condeno es la manera como se hizo la conquista, y sobre todo lo que se siguió á ella, el modo como se la afirmó y conservó. Qué se extirpe la barbarie, que se desembarace la razón de las nieblas que la ofuscan, que se devuelvan los corazones á los afectos humanos y las almas á Dios, santas cosas; mas que, para hacerlo, se empleen también barbaridades, ¿cómo puede ser bueno y laudable? Hombres fueron los indios y ¡cosa peregrina! Paulo III tuvo necesidad de declarar á los conquistadores, por medio de una bula, que los indios pertenecían á la especie humana. Parece que hubiera habido entre los conquistadores quienes juzgasen á esos desdichados semejantes apenas á los gorillas que hizo desollar Hannón en las Gorgonas. Y á propósito, Hannón

creía de buena fe que eran mujeres las que había tomado; y mire V. con qué frescura refiere el *civilizado* cartaginés que las mandó desollar y llevó sus pellejos á la gran capital púnica, en donde, según Plinio, fueron colgados en el templo de Juno. El quiteño Rumiñahui, despellejador del Inca Illescas, se queda un poco atrás de aquel hijo de Dido.

Cuando uno lee la historia de México, se siente con el corazón oprinido y el alma dolorida y casi desesperada en vista de los torrentes de sangre humana derramados por el cruel fanatismo, y cuando llega á la conquista, siente el alivio de quien se despierta de una pesadilla infernal. Prescott tiene razón cuando dice: "En este estado de cosas, se debe ver un beneficio de la Providencia en la ocupación del país por otra raza que vino á librarlo de las brutales supersticiones que se extendían todos los días á par de los límites del imperio. Las instituciones embrutecedoras de los Aztecas son la mejor apología de la conquista". Mucho menos responsables ante la humanidad fueron los Incas: aún los sacrificios de hombres y mujeres que, acogiendo las noticias de otros historiadores, trae el mismo Prescott como que se hacían en los funerales de los Incas, son de dudosa certidumbre, puesto que Garcilaso y otros autores los contradicen. Con todo, no puede dudarse que la conquista emprendida y llevada á cabo por Pizarro y sus compañeros es justificable como la de Hernán Cortés. El modo como Atahualpa fué atraído á Cajamarca, cómo fué apresado en medio del degüello de sus vasallos y después con tamaña injusticia extrangulado, no puede por menos sino indignar á todo hombre razonable y no desnudo de sentimientos humanitarios; pero injusto sería también negar que fué heroico y asombroso el valor de ese puñado de españoles que emprendieron el sojuzgar un poderoso imperio, metiéndose en su corazón sin hacer el menor caso de los peligros y las dificultades que los rodeaban. Pizarro se había decidido á cometer una

injusticia y se puso en situación de no poderla evitar: si no hubiese obrado como obró, haciendo ostentación de una fuerza de voluntad irresistible y del poder de las armas europeas superiores á las de los peruanos, habría sucumbido sin remedio, dejando para los que después de él hubieran acometido la conquista, mayores dificultades puesto que los indios no se habrían dejado sorprender y engañar muy fácilmente. Buena muestra de lo que en este caso habría sucedido, son los Araucanos y los Pijaos. Igual aplauso merecen los conquistadores de Nueva Granada y Chile por su valor y abnegación, y Cortés quemando sus naves para obligarse y obligar á sus compañeros á coronar una empresa temeraria, pocos rivales tiene entre los héroes del mundo. Respecto de los conquistadores del Perú, aún añadiré otro pensamiento: estorbaron sin duda que Atahualpa ensangrentara el imperio después de su triunfo sobre su hermano Huáscar. Aunque la sana crítica haya de disminuir mucho la acusación de Garcilaso contra el vencedor, pues según él éste casi exterminó la familia Inca del Cuzco (V. sabe que el historiador fué peruano y sobrino carnal de Huáscar, y que por tanto su imparcialidad es muy sospechosa), es preciso convenir en que el príncipe quiteño había heredado, junto con el talento político y militar de Cacha, su abuelo materno, también su genio vengativo é instintos sanguinarios, como lo probó con la matanza de Tomebamba, pueblo adicto á Huáscar. Es pues de creer que para completar y dar firmeza á su dominación, sobre gente que debía continuar siéndole adversa, habría continuado asimismo de parte suya un sistema de crueldad y terror, á no haber caído los españoles sobre él á raíz de su última victoria. Y ¿quién sabe? acaso aun cuando Atahualpa se hubiese portado de otra manera, si no se hubieran abierto en Cajamarca las puertas del imperio á la desolación de la conquista, habría continuado la desolación de la guerra civil.

Tal es mi modo de pensar. Es necesario hacer á los conquistadores toda la justicia que merecen, sin quitarles ni disminuirles su mérito, y reconociendo y condenando al mismo tiempo "su atroz codicia y su ineluctablemente saña", sin que sean parte á torcer nuestro juicio ni la rudeza de los tiempos, ni el ejemplo de crueldades parecidas de otros conquistadores, ni los afectos de raza y de familia.

Quien libre de preocupaciones y con ánimo discreto estudia la historia de la conquista y el establecimiento de los españoles en el Nuevo Mundo, no puede por menos sino admirar los esfuerzos del clero secular y regular por traer los pueblos descubiertos á la mansedumbre y cultura del cristianismo, luchando á un tiempo contra las creencias y costumbres de los aborígenes, y contra los vicios y crueldades de la gente de armas y de otros que, con autoridad legítima ó sin ella, caían sobre los indios para despojarlos de bienes y vida, ó para esclavizarlos. Nótese también faltas en el clero, pues hombres lo componían; pero casi desaparecen ante su caridad, prudencia y abnegación. Larga es la nómina de los mártires de Cristo en América. Entre los protectores de los indios, nunca se citará con sobrada veneración al P. Las Casas. Los frailes han prestado inmenso servicio también á las letras: la mayor parte de los historiadores de la conquista y aún de los que nos han dado noticias anteriores á ella, fueron sacerdotes. También entre los que fiaron su suerte á las armas y á la fuerza brutal, hubo mártires; pero fueron mártires de su codicia y ambición. ¡Qué terribles padecimientos los de Gonzalo Pizarro y sus compañeros en su expedición á las selvas orientales del Ecuador! ¡qué muerte tan desastrada la de la mayor parte de ellos! Todo por su sed de riquezas, no porque tuviesen el más corto interés, en buscar y atraer almas á la fe y la civilización. Estas eran nada para esa gente, y el oro era todo. La fe y la civilización sojuzgan con la caridad y la pala-

bra; la codicia arma el brazo del conquistador del acero y la tea. Con aquéllas hay vida, con éstos, muerte.

¡Qué tiempos y qué gente aquellos, Sr. Valera! Yo creo que á V. ha de sucederle lo que á mí cuando los recorro en la historia. Me pongo en lugar de los españoles y comprendo las impresiones terribles que debieron abrumarlos, cuando presenciaban en México el sacrificio de seres humanos, ó cuando contaban en un templo los ciento treinta y tantos mil cráneos de las víctimas antes inmoladas por los bárbaros sacerdotes de los ídolos; pénétro el dolor de los indios, cuando veían correr á torrentes la sangre de sus príncipes, el degüello que ejecutaban demonios encarnados como el viejo Carvajal, Pedrarias, Ampudia y otros mil, y la horrorosa esclavitud á que pueblos enteros eran arrastrados á perecer de hambre y de látigo; y no estoy menos en el corazón de algunos buenos españoles, sobre todo sacerdotes, que sin duda se angustiaban de muerte cuando veían tantas atrocidades sin poderlas contener ni remediar. Ya he dicho á V. que cuando leo las crueldades de los sacrificios religiosos de los Aztecas, me siento con el corazón oprimido y el alma dolorida; pues bien, lo mismo me pasa al recordar hechos como los referidos por el P. Fray Diego de Landa en su *Relación de las cosas del Yucatán*. (No quiero citar otros de varios autores, españoles como este Padre, porque sería interminable). Dice, pues, lo siguiente: "Los indios recibían pesadamente el yugo de la servidumbre; mas los españoles tenían bien repartidos sus pueblos que abraçavan la tierra, aunque nó faltava entre los indios quien los alterase, sobre lo qual se hizieron castigos muy crueles, que fué causa que se apocase la gente. Quemaron vivos algunos principales de la provincia de Cupul, y ahorçaron otros. Hízose información contra los de Jovain, pueblo de los Cheles, y prendieron la gente principal y metiéronlos en una casa en cepos y pegaron fuego á la casa y se abrasaron vivos con la

mayor inhumanidad del mundo, y dize este Diego de Landa que él vió un gran árbol cerca del pueblo en el qual un capitan ahorcó muchas mujeres indias de las ramas, y de los pies dellas los niños sus hijos, y que en este mismo pueblo, y en otro que dizen *Verrey*, dos leguas del, ahorcaron dos indias la una doncella, y la otra rezién casada, no por otra culpa, sino porque eran muy hermosas, y temían que se alborotaría el real de los españoles sobre ellas, y porque pensassen los indios que no se les daba nada á los españoles de las mujeres...“
“Que se alteraron los indios de la provincia de Cochua y Chectemal y que los españoles los apaziguaron de tal manera que siendo dos provincias las mas pobladas y llenas de gente, quedaron las mas desventuradas de toda aquella tierra, haziendo en ellas crueldades inauditas, cortando manos, brazos y piernas, y á las mujeres los pechos y echándolas en algunas hondas con calabazas atadas á los pies, y dando estocadas á los niños porque no andayan tanto como las madres: y si los que llevavan colleías enfermavan, ó no andavan tanto como los otros, cortábanles entre los otros las cabeças por no pararse á soltarlos“.

La cita de estos casos similares de otros mil que traen los historiadores de la conquista, la he hecho sólo para que no me tache V. de inclinado á la *declamación* y el *sentimentalismo*, y porque en una de sus *Cartas* me dice: “Si después (de 1868) no hubiese usted modificado sus opiniones, *La Epoca* tendría razón en la advertencia que me hizo: usted odiaría á los españoles, y no sin fundamento, aunque erróneo. Desde 1868, usted ha cambiado mucho etc.“ ¿Cómo puede haber cambiado lo que no ha existido? Jamás pudo ser fundamento de odio á una nación en masa, el mal que hicieron unos cuantos de sus hijos. Ni he cambiado tampoco en mi modo de juzgar los hechos; para esto sería preciso que cambiase la historia, ó que se hubiese estragado mi criterio moral. *La Epoca* se equivocó grandemente al juz-

garme enemigo y odiador de España, y si V. cree que *La Epoca tuvo razón*, no se ha equivocado menos. Yo creo que V. está en uno conmigo en el juicio sobre la conquista—suceso heroico y grandioso y útil á la humanidad; pero afeado por vicios, errores y crímenes contra la misma humanidad. Y si no, si V. y yo nos enorgullecemos de ver traído por brazos españoles todo un continente al cristianismo y la civilización, ¿no es verdad que á V. como á mí se le han crispado los nervios y ha maldecido á los bárbaros que ejecutaron las matanzas referidas por el P. Landa? ¿No ha visto V. horrorizado como yo esas madres colgadas de los árboles, esos niños ahorcados de los pies de las madres, esas jóvenes estranguladas sólo por el delito de ser hermosas?

Pero esta carta va haciéndose eterna y V. debe estar ya aburrido. Perdón, señor, y hasta otro día.

J. LEÓN MERA.

Atocha 1.º de Diciembre de 1889

IV.

Mi muy respetado señor:

Había concluído yo de escribir mi tercera carta, cuando vinieron á mis manos la que ha dirigido á V. el señor don Rafael M. Merchán, y parte de un artículo de mi amigo el joven don Vicente Pallares Peñafiel, publicado en el número 11 de la *Revista Ecuatoriana*. El ilustre literato y crítico cubano y mi inteligente compatriota, han coincidido conmigo en la manera de apreciar las doctas *Cartas* con que V. se ha servido honrarme, y han hallado los mismos errores, involuntarios

por supuesto, que era preciso no dejar pasar desadvertidos; y si V. no cree que son errores, diré puntos históricos que Merchán, Pallares Peñafiel y yo vemos y juzgamos de diverso modo que V. ¡Cosa peregrina! aun hay algunos pensamientos muy parecidos en todos tres, y hemos consultado los mismos autores, cual si hubiésemos conferenciado antes sobre la historia de los indios, la conquista y las *Cartas* de V.

Estuve á punto de romper las mías como ya innecesarias; pero me detuvo la consideración de que puede haber en ellas tal cual rasguito no tocado por los señores Pallares y Merchán; y además, había ofrecido á V. escribirlas.

Sigo, pues, discurrendo.

Si hay más poesía que verdad en el verso de Quintana.

Virgen del mundo, América inocente,

quizás igual reparo merecen estos otros:

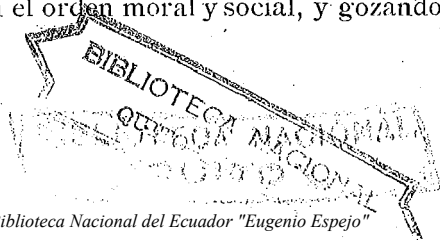
*Su atroz codicia, su inclemente saña
Crimen fueron del tiempo y no de España.*

He dicho en alguna parte ó he querido decirlo (no lo recuerdo), que no hay mucha justicia en cargar sobre el *tiempo* la responsabilidad de los hombres. Ahora lo repito, aunque sea á riesgo de plagiarme á mí mismo. Es verdad que muchos vicios y crímenes debemos achacar al estado social de un tiempo lleno de sombras y crudeza; pero las malas posiciones viven por desgacia en todos los tiempos, y ellas son las engendradoras de los hechos que escandalizan y espantan por su monstruosidad á las almas que se han elevado á la verdadera civilización. Y si no ¿cómo nos explicamos que los franceses, por ejemplo, hayan hecho á fines del civilizado siglo XVIII cosas iguales ó peores que los antiguos galos? Dícese que éstos, después de haber derrotado á

Cepión, arrojaron á un río á todos los prisioneros junto con los caballos tomados al enemigo; ¿qué diferencia hay entre este hecho bárbaro y los *matrimonios republicanos* de Carrier? Si hay diferencia está en favor de los galos de ahora dos mil años, que no tuvieron filósofos que los educaran é instruyeran, en tanto que los galos modernos cometían esas atrocidades, después de haberse nutrido de las lecciones de sus *grandes* maestros Rousseau y los enciclopedistas. La historia de Italia, Alemania, Inglaterra, etc.,—V. lo sabe mejor que yo,—presenta casos harto suficientes para probar que los hombres cometen injusticias y crueldades, sean cuales fueren los tiempos. Los españoles no han podido ser una excepción de esta como ley que pesa sobre la humanidad para moderar su orgullo. Una vida de ocho siglos de guerra contra los moros cubriólos de gloria, hízolos poderosos, mas contribuyó á conservar en ellos la crudeza y violencia del carácter vándalo y visigodo, á pesar del cristianismo por ellos abrazado con tanta fé y decisión. La América no pudo haber esperado de los españoles mejor tratamiento que el que habían dado á los Países-Bajos é Italia. Corazones encallecidos en estas guerras y aceros teñidos aún en sangre flamenca y romana, vinieron al Nuevo-Mundo á continuar la serie de bárbaras crueldades allá cometidas. Trascurrieron tres centurias; cambiaron los tiempos, no los hombres: la guerra de la independencia vino á probarlo. ¡Qué *españoles* los dé esta guerra, Sr. Valera! ¡Cómo demostramos á maravilla que en pleno siglo XIX podíamos presentarnos dignos de los conquistadores del siglo XVI! Los españoles de acá teníamos razón de pelear por cambiar de régimen independizándonos; los españoles de allá tenían razón de pelear por mantener la integridad de su grande imperio; pero ¿había razón para ser tan crueles? No: la razón de tanta crueldad estaba sólo en nuestro carácter, sangre y tradiciones de raza. Siempre somos los mismos: después que en-

sangrentamos el suelo sud-americano en el primer cuarto de este siglo; Vdes. se han degollado bárbaramente en las guerras carlistas, y nosotros en nuestras revueltas diarias. A Vdes., aunque desaparezca la bandera carlista, no les faltarán motivos para matarse; nosotros quién sabe cuándo nos veamos libres del prurito de hacer revoluciones que nos arruinan y deshonoran.

Respecto del Ecuador, esta patria mía adorada, sin tomar agua bendita, puedo decir que es también patria de indios desdichadísimos en gran parte, para los cuales los beneficios de la emancipación van siendo asaz tardíos. Ya no existen las mitas, los obrajes, tributos y repartimientos, con tan negros colores pintados por don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa en sus *Noticias Secretas*; mas no por eso dejan de sufrir pesado yugo de parte de muchos hacendados y de muchas autoridades, dignos del tiempo en que el rey encomendó á aquellos sabios peninsulares el examen del estado social y político de las colonias americanas. En mis escritos, en las legislaturas á que he concurrido, en los empleos que he desempeñado, he sido defensor constante de los indios contra las preocupaciones y los abusos de la gente de mi raza; pero los abusos y las preocupaciones han sido más poderosos que todos mis razonamientos y mis esfuerzos. Tuvo razón Montalvo cuando dijo que podría escribir un libro que haría llorar á todo el mundo; pero nó cuando echó toda la culpa á los españoles que nos dejaron al indio "humillado, estropeado moralmente, abandonado de Dios y de la suerte"; porque si ellos nos lo dejaron así, "hecho y derecho", nosotros participamos de esa terrible culpa conservándolo como nos lo dejaron. Es verdad que algo ha mejorado en algunos puntos la suerte de los indios; pero ese algo muy pequeño en comparación del cúmulo de sus desgracias, no puede satisfacer á quienes, como yo, quisieran verlos levantados en el orden moral y social, y gozando las li-



bertades y garantías que dan á todos la constitución y leyes de la República.

Ya ve V. hasta dónde va mi franqueza. Sr. Valera; hasta rayo en durillo. Pero ¿qué quiere V.? es mía su máxima, acogida también por el Sr. Merchán: "La verdad ante todo, por amarga que sea". ¡Ah! ¡si supiera usted qué coscorriones y azotainas he sufrido por adorador de la verdad! ¡y qué incorregible he sido y soy en esta material!

*"No he de callar, por más que con el dedo
Ya tocando la boca, ó ya la frente,
Silencio avises, ó amenazas miedo.*

*En otros siglos pudo ser pecado
Severo estudio y la verdad desnuda,
Y romper el silencio el bien hablado.*

*Pues sepa quien lo niega y quien lo duda
Que es lengua la verdad de Dios severo,
Y la lengua de Dios nunca fué muda".*

Quisiera ser yo autor de estos versos, ó que don Francisco de Quevedo los hubiese escrito por mí.

Excusa V. los desafueros y barbaridades de los conquistadores españoles con los que otros han cometido en iguales circunstancias; pero el pecado ajeno ¿puede minorar la gravedad del propio? Concretemos el punto de comparación, y vengan los conquistadores ingleses. Mi sentir acerca de ellos, y sin duda también el de usted, son iguales al de toda persona amante de la justicia y la moral y que conoce la historia de la India desde que los hijos de Albión asentaron en ella su pesada planta. La política egoísta ó insidiosa de estos conquistadores los llevó hasta la tiranía, que es tanto más cruel y repugnante, cuanto más calculada. Dupleix, Lord Clive, Warren Hastings y otros llevan sobre sí terribles cargos de inhumanidad. Hastings, sobre todo, no me-

rece absolución. No por esto se ha de negar que los pueblos asiáticos conquistados por los ingleses, como otros que conservan su autonomía, se hallaban como los americanos (y aún se hallan muchos) necesitados de que la civilización europea los regenerase. Pero la civilización que va precedida por el interés mercantil y metida entre fardos, no es muy fecunda. El elemento religioso entre los católicos hace prodigios llevado á la conquista; entre los protestantes es nulo, porque sus sacerdotes hacen también de la misión un negocio: ganar dinero es para ellos cosa igual, si no superior, á ganar y salvar almas. El misionero católico lleva en una mano la cruz y en otra el breviario; el protestante lleva su biblia y su libro de caja. El misionero católico reza, el protestante calcula.

La ambición y la codicia han sido siempre los móviles de los conquistadores á mano armada, y los crímenes y atrocidades que han cometido no dejan de serlo porque sean comunes á los ingleses y franceses, españoles y portugueses; ni hay circunstancias que puedan atenuar tampoco los ejecutados por la gente que rabia ó gime so el yugo extranjero. Horrible fué el hecho de nuestros indios de Logroño que abrían la boca á los españoles y les echaban oro derretido, para que saciasen la sed que de él tenían, como fué horrible el hecho de los soldados de Surajah-Dowlah que encerraron á los prisioneros ingleses en un reducido aposento para que muriesen sofocados por el infernal calor de un verano de Bengala. Con que, condenemos, pues, lo malo donde quiera que se encuentre, y si aplaudimos las partes buenas de la conquista española en América, no nos empeñemos en quitar á nuestros abuelos el sambenito que merecieron por sus malas acciones. No sé quién inventó aquello de: "Con razón ó sin ella, acá de los nuestros"; mas quien quiera haya sido, á fe que no entendía de moralidad.

Respecto de la destrucción de la cultura moral y ma-

terial de los indios, y hasta de los monumentos que habrían servido para estudios históricos y científicos hoy en día, el Sr. Merchán con más talento y erudición que yo, ha dicho lo necesario. Añadiré solamente dos cosas, ya que V. recuerda la cita que hice de "el auto de fe que de muchos manuscritos ó pinturas simbólicas hizo el arzobispo don Juan de Zumárraga", y ya que el literato cubano trae á cuento un hecho igual del obispo Landa. Apenas terciado el siglo anterior, esto es, cosa de doscientos años después de los Ilmos. Zumárraga y Landa, vino á México el caballero Boturini Benaduci, y después de largos años de fatigosas indagaciones, logró coleccionar gran número de documentos así indígenas como españoles de los días de la conquista. He leído el catálogo de esos documentos en el libro de Boturini *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, y aunque juzgo que Prescott tuvo razón cuando creía que el autor no tenía el despejo y la discreción necesarios para aprovechar su riquísimo museo de antigüedades mexicanas, creo también que es lamentable la pérdida de éstas. Pero ¿por qué se perdieron? El infeliz Boturini quiso hacer uso de una facultad pontificia coronando solemnemente la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe; la Bula no había obtenido el pase del Consejo de Indias y esto bastó para que el piadoso italiano fuese preso y su tesoro de documentos confiscado y puesto en un cuarto húmedo del palacio del Virrey. Las reclamaciones de su dueño y de sus herederos más tarde, fueron inútiles, y cartas jeroglíficas, calendarios, manuscritos, instrumentos diversos, todo desapareció podrido ó robado algunos años después. "Cuando el barón de Humboldt visitó México, dice Prescott, ya no existía ni la octava parte de este inapreciable tesoro"; y añade: "Si entro en todos estos pormenores relativos al pobre Boturini, es sólo porque no conozco ejemplo más notable de los serios obstáculos y de las persecuciones que toda empresa literaria relativa á las

antigüedades nacionales ha sufrido por cualquier causa en la Nueva-España". Es también digno de notarse que el espíritu religioso español se mostrara dormido en este punto, pues además de que Boturini quería hacer un acto que debió ser muy del gusto de los mexicanos; cual fué la coronación de la Virgen de Guadalupe, entre los documentos confiscados y luego perdidos se hallaban los que había colectado para comprobar la verdad de la milagrosa aparición de Nuestra Señora. Échase de ver en esto con qué severidad ejercía su poder el Consejo de Indias, poder cuya extensión y fuerza se penetra al recorrer las numerosas leyes concernientes á dicho Tribunal en la *Recopilación de Indias*; y también puede notarse la influencia del regalismo en las ideas y sentimientos de la católica sociedad española, desarrollado y crecido cual en ningún otro siglo en el xviii, en el sentir del Sr. Menéndez y Pelayo. Cuando hablaba el rey ó se hablaba en su nombre, no había sino que guardar silencio, aunque Dios se pusiera delante á reclamar sus derechos. Un caballero piadoso quiso coronar la imagen de la Virgen, Benedicto XIV le dió su consentimiento, el Consejo de Indias, á nombre de Felipe V, le dijo *no quiero*, y los mexicanos no dijeron tenemos lengua, y agacharon la cabeza. Pero es necesario recordar en justicia que Boturini, aunque no se le devolvió su tesoro científico y literario, que no quería cambiar "por todo el oro y la plata y todos los diamantes y perlas del Nuevo-Mundo", fué al cabo absuelto y puesto en libertad, se reconoció su mérito, y hasta fué agraciado con un empleo según lo refiere el escritor bostoniano á cuyo testimonio he acudido más de una vez. Pasadera fué la reparación; pero Boturini no aprovechó de ella, porque murió en esos días. Bien pudo haber ordenado á su testamentario que le pusiera como epitafio el final de la fábula: "Al asno muerto...."

Mas para sólo decir que las autoridades españolas fueron culpables de la pérdida de los documentos de

Boturini, me he extendido tanto! Ya dije, á V. que no era difícil fuesen mis cartas charla y nada más, y que temía se fastidiase V. con ellas.

La otra cosa que me propuse añadir es la siguiente reflexión: si fueron destruidos ó no se quisieron conservar los objetos materiales, muchos de ellos de grande utilidad práctica como los caminos y acueductos, ¿qué interés pudieron haber tenido los conquistadores en recoger y guardar objetos intelectuales? El oro del alma nada les importaba, y lo único que ansiaban era el oro de los templos, los palacios y las minas. Fácil es, pues, explicar por qué los doctos no nos han conservado⁴ las odas, los dramas, las filosofías y teologías del Perú y del primitivo reino de Quito⁵; pero los mismos doctos nos aseguran que todo eso existía, y tenemos que creerles. No se puede negar que los indios alcanzaron alguna ciencia aunque sea rudimentaria: pruébanlo los calendarios mexicanos y las proporciones geométricas que se observan en las ruínas de sus edificios. En el Cuzco y en Quito había columnas gnomónicas que servían á los *amautas* para sus observaciones astronómicas. Prescott dice: "Los conquistadores españoles derribaron estas columnas juzgándolas idolátricas", y añade con acrimonia: "¿Cuál de los dos pueblos merece más justamente el nombre de bárbaro?" En cuanto á la literatura, creo que en el Perú y Quito los *quipus* servían sólo para conservar sus leyes, cuentas y todo lo relativo á la administración pública; pero los hechos históricos y piezas poéticas se conservaban por medio de la enseñanza oral, fiel y prolija, en cuyo caso era muy fácil que desapareciese todo desde que la conquista hizo cesar esa manera de instrucción. Se ha observado que los indios tienen generalmente muy buena memoria, y es de creer que antes fuese mejor por el ejercicio á que se la obligaba. ¡Quién sabe! tal vez en cada indio noble y educado á su modo que se moría ó le mataban en los días de la conquista, desaparecía un tomo de poe-

sías, una crónica, un relato interesante cualquiera.

Puede quizás hallarse en muchos casos motivos de disculpa á las injusticias y barbaridades de la conquista, ya se atienda á lo árduo de la empresa, ya á una costumbre salvaje que se creía deber extirpar con una crueldad, ya á la sed de oro que es de suponer haya sido más violenta en esos días para almas no acostumbradas á las riquezas, etc.; pero no acierto á disculpar á quienes continuaron oprimiendo y martirizando á los indios cuando estaban ya establecidas las colonias y los aborígenes no podían levantar cabeza ni rehacerse. Bajo este aspecto pesa mayor responsabilidad sobre los colonos que sobre los conquistadores. Nunca serán bastante alabadas las Leyes de Indias. Desde los días mismos en que Hernán Cortés, Pizarro, Jiménez de Quesada, Benalcázar y otros sometían la América á la corona de España, los reyes miraban con ojos paternales y tendían los brazos á los indios para protegerlos. Ninguna nación conquistadora posee monumento más honroso que la Recopilación de Indias que enaltece tanto al Gobierno Español. Éste no sólo cuidaba de la libertad de los indios y de castigar á los que los esclavizaban, como se echa de ver en la Ley 1.^a, Título II, Libro VI y otras, sino que daba disposiciones para traerlos á la vida social y moralizarlos, según se ve en la primera y otras leyes del Libro VI, Título III, y en la XXXVI y demás del mismo Libro, Título I. La prudencia y bondad reales llegaron hasta á ordenar que se respetase la libertad aún de los indios que se habían sublevado y cometido crímenes contra los españoles. La Ley XIV, Libro VI, Título II, á este respecto, es admirable. La Ley XXI del mismo libro, Título III, demuestra que en la Corte se conocía muy bien que en las colonias pululaba la mala gente, pernicioso á los naturales, y corrobora mi juicio desfavorable para los aventureros que se venían de España ó se habían ya acercado en estas tierras. Por esto juzgo conveniente transcribir



algunas palabras de la expresada Ley. "Prohibimos y defendemos, que en las Reducciones, y Pueblos de Indios puedan vivir, ó vivan Españoles, Negros, Mulatos ó Mestizos, porque se ha experimentado, que algunos Españoles que tratan, tragan, viven y andan entre los Indios, son hombres inquietos, de mal vivir, ladrones, jugadores, viciosos, y gente perdida, y por huir los Indios de ser agraviados, dexan sus Pueblos y Provincias, y los Negros, Mestizos y Mulatos, demás de tratarlos mal, se sirven de ellos, enseñan sus malas costumbres, y ociosidad, y también algunos errores, y vicios, que podrán estragar, y pervertir el fruto que deseamos, en orden á su salvación, aumento, y quietud; y mandamos, que sean castigados con graves penas, y no consentidos en los Pueblos, etc." El celo del monarca, á este respecto, llegó hasta á prohibir que los caminantes se detuviesen más de dos días en las poblaciones indias, y los mercaderes más de tres. Hay otra Ley (la XIII del Título XVII, Libro VI) que revela lo antiguo de un abuso que alcancé á presenciar cuando yo niño, cual era el de obligar por fuerza á las indias á dejar sus hijos tiernos para que se ocupasen en amamantar los de los blancos. Acontecía muchas veces que moría el indiecillo entregado á extrañas manos y destetado antes de tiempo; mas también no era extraño que la forzada nodriza matase al hijo de su amo. Felipe III había tratado de cortar estos males desde 1609.

Pero ese mismo celo que tales y otras cosas buenas hizo en favor de los indios, obró también á las veces de manera que, si facilitaba la acción del Gobierno ó le traía provecho, dudo que les hubiese sido beneficioso: tal me parece, por ejemplo, la orden de que ningún indio pudiese cambiar de domicilio.

Tantas leyes benéficas acompañadas de disposiciones severas contra los que no las cumplían, eran desgraciadamente con frecuencia — casi siempre — letra muerta, y cuando la caridad cristiana no movía los áni-

mos—y lo común era que no los movía—autoridades y particulares continuaban tiranizando á los indios, pues no atendían sino á conservar ó aumentar su grangería. Los que dictaron las leyes protectoras estaban allá, y por allá se quedaron, como lo observa V.; pero, como añade en seguida, los verdugos codiciosos y empedernidos de los indios, con raras excepciones, por aquí se quedaron para cepa de las familias españolas que han cundido en estas nuevas tierras; y para vergüenza nuestra (¿por qué no confesarlo?) la herencia de los vicios y defectos de nuestros abuelos no ha desaparecido del todo entre nosotros, y sirve de rémora no sólo al mejoramiento de la condición de los indígenas, en buena parte sujetos aún á injusto y duro trato, sino también al progreso de los mismos que nos ufamamos de pertenecer á una raza superior.

Hecha la merecida justicia á las prudentes y humanitarias leyes dictadas por el Gobierno español á favor de los indios, debo observar, de acuerdo con mi amigo el Dr. González Suárez en uno de sus excelentes escritos, que la política de la madre patria se inspiraba más en el provecho particular de ésta, que en el de sus colonias, y si quería que las colonias progresasen y para ello daba disposiciones adecuadas, era para que refluyese todo en propio beneficio. Del estudio de las mismas Leyes de Indias podía sacarse la prueba de lo dicho. Verbigracia, para proteger los intereses de la Península, se puso restricciones al cultivo de la viña, y aunque por fuerza se lo consintió en el Perú, el vino que producía era de introducción vedada en Panamá, Guatemala y otros puntos. Las mismas trabas tenían la fabricación de paños y otras industrias. Hay en Ambato, mi tierra natal, la tradición de un hecho curioso, que demuestra cómo procedían las autoridades españolas en obediencia á las leyes y órdenes de la Metrópoli. A principios de este siglo, un señor Egítez había plantado en su quinta unos pocos pies de morera; consiguió,

no se sabe cómo, algunos huevecillos de gusano de seda, los sometió á la incubación y logró sacar preciosos capullos. Alentado por el buen éxito del ensayo, pensó en formalizar la industria y darla extensión; pero lo supo don Bernardo Darquea (español muy honrado y tronco de una estimable familia), á la sazón corregidor de Ambato, y aunque admiró los capullos y aplaudió la habilidad del Sr. Egúez, le dijo: "Amigo mío, que esto no pase de travesura: V. no tiene ni puede tener permiso de seguir con sus gusanos y sus moreras". Y ahí se quedó el industrioso ambateño con su excelente proyecto y, sin duda, con sus halagüeñas esperanzas.

Aun bajo otros respectos la Recopilación mencionada tenía leyes nada á propósito para el adelanto de las colonias. Recordaré una por parecerme muy substancial. Además de las trabas, comunes á todos los dominios de España, impuestas á la impresión y circulación de libros, se dictó para la América la Ley IV, Título XXIV, Libro I, que decía: "Porque de llevarse á las Indias libros de Romance, que traten de materias profanas, y fabulosas y historias fingidas se siguen muchos inconvenientes: Mandamos á los Virreyes, Audiencias y Gobernadores, que no los consientan imprimir, vender, tener, ni llevar á sus distritos, y provean que ningún español, ni indio los lea". Mire V. cómo hasta al famosísimo *D. Quijote de la Mancha* se le cerraban las puertas del Nuevo Mundo!

Es digno de notarse, á mi juicio, que los mismos que hacían buenas leyes para las Indias (suponiendo que todas fuesen buenas), siquiera sea para que en su mayor parte queden de hecho anuladas sobre el poder de las costumbres y del interés egoísta de los colonos,—anulación en que, por cierto, el legislador no tenía culpa ninguna,—es digno de notarse, repito, que no solamente no se impidiera que viniese gente mala para acá, sino que nos la enviaran expreso, cuando de este modo era natural que se dificultase más y más la consecución de

los sanos propósitos del Gobierno. Si mal no recuerdo, los señores Juan y Ulloa se quejaban de este errado proceder en sus *Noticias Secretas*, como asimismo de que muchas veces influyera el valimiento de los cortesanos en la provisión de los empleados de ultramar en personas indignas y nada á propósito para trabajar en bien de las colonias. El comerciante quebrado, amigo del Conde Fulano; el zapatero del Duque Zutano; el marido de la costurera de la Marquesa tal, conseguían buenos acomodos en América, á donde venían con el único objeto de enriquecerse. Ni sería difícil hallar algún calavera de la nobleza española, de esos que Jovellanos flagelaba en sus sátiras, ocupando la silla de un virreinato. Además de las necesidades que el tiempo trajo á la sociedad americana, los desaciertos mismos del Gobierno de la Metrópoli, prepararon la emancipación de las colonias.

La legislación española permaneció vigente hasta muchos años después de la independencia en nuestras Repúblicas. Ahora cada una de ellas tiene sus leyes propias. Yo no conozco sino las de mi patria, que generalmente son buenas, y ojalá los ecuatorianos fuéramos menos descontentadizos y amigos de reformar nuestros Códigos: no hay Congreso que no los manosee y quite ó ponga algo en ellos, á riesgo de que con justicia se aplique á los innovadores el refrán: "tanto hizo el diablo á sus hijos, hasta que los dejó tuertos". *Fray Gerundio* decía en su *Teatro Social*: "La prueba de la corrupción de un pueblo es la abundancia y la complicación de sus Códigos y de sus Leyes". Parece que los ecuatorianos tenemos empeño en mostrarnos corrompidos, y á la verdad, las luces que hemos adquirido no nos han hecho perder todavía en el todo la sencillez y pureza de las costumbres, para que se nos pueda aplicar la tétrica reflexión de Chateaubriand, de que las conquistas de la civilización van á una con la decadencia de las costumbres, "cual si la balanza estuviese des-

tinada á hacer imposible la perfección entre los hombres“.

Si puedo escribir á V. la quinta carta, he de decirle algo sobre el estado de cultura en que está el Ecuador, y, sobre todo, he de hablarle un poco acerca de nuestra literatura de 1868 para acá.

De V. atento y seguro servidor.

J. LEÓN MERA.

Atocha, 20 de Diciembre de 1889.

V.

Muy respetado señor mío:

En mi carta del 20 de Diciembre ofrecí á V. hablarle del estado de la civilización en esta República, y del movimiento literario que en ella se viene observando de 1868 para acá. Voy, pues, á hacerlo siquiera sea brevemente, animado por la esperanza de que dirigiéndome á persona tan conspicua, como lo es V., quizás mis cartas sean leídas en Europa, y contribuyan á corregir algo el errado concepto que allá se tiene de los ecuatorianos.

No crea V. que, forzado por el amor patrio, voy á bañar á mi pueblo en agua de rosas y á ceñirle las sienes de corona de oro, no, señor: ¡no faltaría más para que todos se riesen de mí! Muy atrasados andamos por aquí, lo confieso; pero por mucho que lo estemos, no es á tal punto que seamos dignos del vituperio con que suelen tratarnos los que no nos hallan á la altura á que han llegado otros pueblos más viejos ó más felices. Relativamente no es poco lo que hemos adelantado. Hemos hecho y continuamos haciendo lo que es posible, dadas las condiciones de la naturaleza del país y otras

que nos dejaron nuestros abuelos ó que pertenecen á nuestra propia naturaleza moral. En fin, hoy resbalando, mañana cayendo, y luchando siempre con mil obstáculos, graves los más, es lo cierto que vamos adelantando.

La naturaleza del país, he dicho; y, en efecto, es preciso conocer el Ecuador para penetrar lo que es ella y apreciar cuanto vale cada triunfo sobre ella. Tan variada, tan rica y exuberante, tan hermosa y poética, en muchas cosas que constituyen su belleza misma nos presenta las dificultades que á veces nos desesperan. Necesitamos, por ejemplo, caminos para ponernos en fácil contacto con el mundo, y mire V. si en estas deliciosas altiplanicies andinas, será cosa que tengamos en un dos por tres ferrocarriles que salven abismos estupechos y trepen montañas, junto á las cuales los Alpes y los Apeninos son juguetes. En la costa no hay estos inconvenientes; ¡pero el clima! En las serranías la naturaleza nos tiene aprisionados entre montañas y volcanes, ríos precipitados y abismos de profundidad hiperbólica, con los cuales nos impide aprovechar las riquezas que nos brinda; en la costa nos deja expeditos los caminos terrestres y fluviales, mas en cambio de perseguirnos á muerte con sus fiebres y sus tísis. Con todo, como el deseo de las riquezas es más poderoso que la muerte, y el trabajo inteligente y honrado halla gran remuneración en esas tierras fértiles y vecinas al mar, Guayaquil es la parte de la República que más ha progresado.

Otras de las causas que nos han impedido adelantar, son las revoluciones y los malos gobiernos,—esas revoluciones hijas de las ambiciones personales; esos gobiernos que ha sido preciso derrocar por medio de revoluciones. Esto quiere decir que no todas ellas han sido injustificables. Hemos tenido trastornos políticos que han puesto la Nación en agonía, y gobiernos que le han traído graves males, iguales, si no peores que los

producidos por aquellos. El día que pudiéramos decir: "Las revoluciones son imposibles en nuestra patria, y nuestros gobiernos son siempre patrióticos y justos", tendríamos puesta una pica en Flandes en materia de progreso y civilización; y si al propósito de dejar de ser revoltosos, añadiéramos el de ser cuerdos en la política, sin meternos en novelorías peligrosas ó, cuando menos, estériles para el bien, de seguro que entraríamos con pie firme en el camino de las luces y la prosperidad. Tal cual vez la revolución ha sido necesaria para salvar la República: por ejemplo, en 1859 fué indispensable oponerla á los militares que trataban de entregar al enemigo extranjero gran parte del territorio nacional, y en 1882 ¿qué otro remedio quedaba sino el levantamiento de los pueblos contra otro militar que con su bárbara dictadura los arrastraba á la ruína y el descrédito? Pero por justa que sea una revolución, mientras ella domina no se progresa, y luego deja consecuencias nada buenas que duran largo tiempo. Sucede lo que con el cáustico que se aplica al enfermo: le salva, pero le debilita é impide por muchos días el libre movimiento de sus miembros. No se hace sino cambiar la enfermedad que debió rematar en muerte, con la que debe rematar en salud.

Cerrada la época gloriosa, pero sangrienta, de la lucha por la emancipación, nuestros pueblos quedaron anémicos, debilitados, en postración lamentable, y cuando la paz y el orden eran absolutamente necesarios para que convalecieran y, robustecidos, trabajaran en la realización de los propósitos de quienes movieron y consumaron la gigante revolución, el demonio de la ambición, las rencillas y la venganza abrieron la era de las guerras intestinas que tantos y tan crueles daños han causado á la América española.

Con todo, el progreso es visible y en algunas repúblicas sorprendente; y cuánto el Ecuador mismo ha adelantado á pesar de los obstáculos antedichos, es muy

notable, y hace comprender al observador lo mucho más que, sin ellos, habría alcanzado en civilización. Hasta los indios, si bien la mayor parte es todavía víctima de infausta suerte, según dije á V. en otra carta, cuentan con no pocas familias que han mejorado de condición: ya hay indios propietarios consagrados á la agricultura por cuenta propia; otros se dedican al comercio de productos del país, llevándolos de provincia á provincia, ó bien se emplean en el porteo de mercaderías extranjeras de los pueblos litorales á los serraníos; muchos trabajan libremente en oficios mecánicos, para los cuales suelen tener buenas aptitudes: todo lo cual va sacándolos de su antigua miseria y abyección. Difúndese también entre ellos la lectura y escritura, y la repugnancia de que sus hijos concurran á las escuelas ya no existe sino en los indios que habitan los campos distantes de los centros de población, y hasta en puntos de la cordillera desiertos y frígidos por extremo. Eso sí, estos indios, por desgracia, son en gran número.

Los mestizos abundan en esta República; llámaselos *cholos* si moran en las ciudades, y *chagras*, si en las aldeas ó campos. Los primeros se dan de preferencia á las artes mecánicas, y los segundos á la agricultura, sin que falten entre unos y otros quienes se aficionen al comercio. En unos y otros también hay empeño en que sus hijos aprendan á leer, escribir y contar. No es difícil hallar entre esta gente individuos que á fuerza de trabajo y honradez han acumulado regulares bienes de fortuna, y hasta se han enriquecido. Sus hijos concurren á los colegios y universidades y optan grados académicos. Una vez ilustrados, son acogidos en la buena sociedad y acaban por mezclar su sangre con la de la aristocracia. De este modo nuestra sociedad va acostumbrándose á apreciar el mérito fundado en la acertada dirección de la inteligencia, en el trabajo y las prendas morales, más que el mérito mal arraigado tan

sólo en la pureza de la sangre ó en antiguos blasones.

La parte de los ecuatorianos de origen español más ó menos puro, que es sin duda la parte menor, junto con otra porción de la clase social anterior, se ha apresurado á acoger las luces y el orden y pulcritud de las costumbres de los europeos. Si los extranjeros que nos visitan se fijan sólo en los indios y mestizos, ó en aquella agrupación de éstos que fluctúa entre las sombras de ayer y las luces de hoy, han de hallar naturalmente ancha tela en que emplear las tijeras de la crítica; pero si detienen los ojos en el grupo que ha entrado de lleno en el camino de nuevos y serios estudios, de la reforma de las costumbres, de la cortesanía en el trato social, del buen gusto en las habitaciones, el vestido y la mesa, etcétera, á fe que habrán de convenir en que no estamos á muchas leguas de distancia de la cultura europea. Y en este grupo deberían fijarse de preferencia, puesto que en él están los que estudian y leen, los literatos, los poetas, los periodistas, los artistas, los que componen el personal del Gobierno, la Legislatura y los tribunales, los que explotan las riquezas del país, los que dan vida al comercio, etc., etc. De este grupo descienden las luces, siquiera sea lentamente, sobre los demás: él les comunica el movimiento regenerador que va sacándolos de la postración del semisalvajismo á la civilización. Injustos por extremo se muestran los que nos juzgan mal. No queremos que se eche velo ninguno sobre nuestros defectos y faltas; pero tampoco gustamos de que, por ignorancia ó por mala voluntad, se nos niegue lo bueno que tenemos. Sería conveniente, además, que nuestros censores extranjeros echasen una mirada al fondo de su casa; quizás dirían aunque sea á regaña dientes: ¡Ah! si penetrasen en ella los americanos, á quienes nada queremos disimular, ¡cuánto trapo sucio encontrarían! Y ellos son niños de ayer, en tanto que nosotros somos viejos seculares. Cuando estábamos en su edad, ¿qué éramos nosotros....?

Voy á permitirme hacer algunos recuerdos y comparaciones de tiempo á tiempo, para que en vista de ellos se pueda apreciar con más acierto los adelantos del Ecuador. En pie todavía los usos y costumbres de la colonia, y aún muchas de sus leyes, á pesar de la emancipación, el Ministro General de Estado, don José Félix Valdivieso, presentaba la *Exposición* de los diversos ramos que corrían á su cargo al primer Congreso constitucional en 1831, y en ella habla poquísimo sobre instrucción pública, y eso para dejar traslucir la postración casi absoluta en que se hallaba. No determina el número de escuelas y alumnos; sin embargo, se sabe que eran bien pocos, y que las primeras eran todas privadas, por cuanto se sostenían con un miserable estipendio que pagaba cada padre de familia por el hijo ó hijos que enviaba á ellas. Las escuelas destinadas exclusivamente á las niñas, eran desconocidas, y si éstas aprendían á leer, escribir y rezar, lo único que se les enseñaba, lo hacían en los establecimientos del otro sexo. Las personas pudientes pagaban maestros ó maestras que les enseñasen á domicilio. ¡Y qué manera de enseñanza para niños y niñas así en la escuela como en la casa! No había más textos que la Cartilla y el Catón; la pizarra era desconocida y el papel carísimo, y se lo suplía, á lo menos para las primeras lecciones de escritura, con pencas de maguey, ó bien con tablas en que se espolvoreaba arena para trazar en ella letras y números con un palito; el método empleado por el maestro corría parejas con esos utensilios; no se conocía estímulo ninguno para el discípulo, á no ser lo que llamaban *palco* y era la nota que el maestro apuntaba por cada buena lección, para perdonar los látigos ó disminuir su número; la máxima suprema que sintetizaba el régimen pedagógico, era la de *la letra con sangre entra*.

Don Vicente Rocafuerte, que fué uno de los mejores Presidentes que ha tenido el Ecuador, tomó vivo em-

peño en favor de la instrucción pública, y dió el primer *Reglamento* para organizarla y metodizarla. A beneficio del impulso dado por él, don Francisco Marcos, Ministro de Estado en el segundo período presidencial del General don Juan José Flores, pudo ya á principios de 1841 dar un informe algo circunstanciado, aunque nada halagüeño todavía, de nuestras escuelas y nuestros colegios. Había, pues, 139 de las primeras (las más privadas) para 4,328 alumnos, y 31 para 546 educandas. De estas escuelas eran públicas solo 5. ¡Qué triste exigüidad de cifras! ¡y qué lamentable desigualdad contra las niñas! Con todo, busquemos algún consuelo en la idea de que en esas sumas no éntaban los niños y niñas que tenían enseñanza en sus propias casas.

Hasta 1845 la instrucción pública se mantuvo poco más ó menos en el mismo pie. La revolución de este año, una de las más recias y trascendentales que han sacudido la República, trajo un orden de cosas en que la afición á la política dominó de preferencia en todos los ánimos, y el Gobierno y las Legislaciones se acordaron bien poco de la educación literaria y científica de nuestra sociedad. El resultado se echa de ver en la *Memoria* del Ministerio presentada al Congreso de 1853: hallamos disminución en vez de aumento en el número de niños y niñas que concurrían á las escuelas, pues los primeros no pasaban de 3,884 y las segundas de 422.

Tres años después, al cesar el Gobierno del General Urvina, no obstante los graves defectos de que adoleció y merced á la paz que disfrutó la República, el Ministro del ramo pudo ufanarse del incremento que habían tomado las escuelas: contábanse entonces 8,530 niños y 2,537 niñas que concurrían á ellas.

En los dos años que duró el Gobierno del General Robles, hubo también aumento en el número de alumnos, pues ascendió á más de diez mil; pero bajó el de las educandas, que no llegó á dos mil.

Aquel General no terminó su período: estallaron re-

voluciones y la situación se complicó horriblemente con la guerra que nos trajo el Perú. Pocas veces se ha visto el Ecuador en más graves conflictos. Entonces nadie se acordó de la instrucción pública, sino de pelear. Los contendientes eran por una parte Urquina, Robles y Franco, representantes del militarismo, y al fin sólo Franco, rudo y semisalvaje soldado de quien se sirvió el peruano Castilla para hacer surgir sus pretensiones contra el Ecuador; por otra parte las revoluciones del interior, que establecieron su Gobierno provisional en Quito, y puede decirse que eran la encarnación del patriotismo, y luchaban desesperadamente por salvar los intereses y la honra de la Nación. García Moreno era el alma de este partido. Al cabo de dos años de intrigas, discordias, caídas y levantadas, y numerosos combates y el famoso paso del *Estero Salado*, triunfó la causa nacional, y García Moreno fué elegido Presidente de la República en Enero de 1861. El nuevo magistrado arrimó valerosamente el hombro á la árdua empresa de reconstituirla y regenerarla; empresa tanto más árdua, cuanto no solo consistía en remover escombros para edificar de nuevo, sino en continuar luchando al mismo tiempo contra otras y otras revoluciones, promovidas por Urquina y sus partidarios, y en sostener dos guerras internacionales que, por añadidura, nos fueron adversas. Las fuerzas del coloso se extendían por todas partes y alcanzaban para todo. Su actividad era vertiginosa y su brazo de hierro; nada le acobardaba, y si era preciso regar sangre para llevar adelante su obra patriótica, regábala sin vacilar. Cayó el militarismo que tantos daños causara en los años anteriores; se acentuó la política de los partidos que tomaron por base ideas y principios, y ya no los nombres de los caudillos; se emprendió en una multitud de reformas útiles, y en general la sociedad ecuatoriana toda recibió tan poderoso impulso hacia el progreso, que las perturbaciones que han venido después,—el asesinato mismo del

Grande hombre y la dictadura de Veintemilla,—no han sido parte á que el Ecuador retroceda: se ha visto á las veces en la necesidad de acortar el paso, aún se ha detenido; pero ha conservado sus conquistas.

Uno de los anhelos de García Moreno era levantar la instrucción pública hasta donde fuese posible; pero en los cuatro años que duró su primera presidencia, las conmociones intestinas y las guerras con enemigos de fuera absorbieron la mayor parte de las rentas que pudieron haberse empleado en proporcionar luces al pueblo; además una ley inconsulta coartaba la acción del Poder Ejecutivo en materia de escuelas y colegios. Así, pues, al cerrarse aquel período, el estado de dichos establecimientos no fué muy satisfactorio. Dos años después, á la caída del Gobierno del señor Carrión, apenas se contaban 13,500 alumnos de ambos sexos en toda la República; en 1871 había cerca de 15,000. En este año llevaba la Nación dos de venir sintiendo el nuevo impulso benéfico de García Moreno, cuya segunda presidencia había comenzado en 1869. En 1873 el Ministerio informaba á las Cámaras Legislativas, que se habían multiplicado las escuelas y se contaban en ellas 22,500 niños y niñas. En 1875 subía este número á 32,000. La *Memoria* del Ministerio presentada al Congreso de 1880, no da bastante luz para juzgar el estado de las escuelas bajo la dominación, que no Gobierno, del General Veintemilla; pero, en verdad, no decayeron tanto como era de temerse. En los diez y seis meses de guerra cruda y sangrienta emprendida para derrocar aquel odioso poder, apenas se sostuvo la instrucción pública. Restablecido el orden y organizado el nuevo Gobierno, volvió á tomar impulso tan importante ramo, y siempre avanzando y avanzando, en 1888 los niños de ambos sexos que tenían maestros y maestras en numerosas escuelas, eran 53,000. El empeño de ilustrar á los niños y jóvenes crece cada día de parte del Gobierno, las Municipalidades y los padres de familia, y es de esperarse que el

Congreso, muy próximo ya á reunirse, sea informado del mayor adelanto de los establecimientos de enseñanza en los dos últimos años, que han sido de paz y orden, si bien nada favorables al erario (1).

Los Colegios y las Universidades han pasado por las mismas vicisitudes que las escuelas; quizás han sufrido pruebas más rudas. La libertad de estudios en los gobiernos de los generales Urvina y Veintemilla fué desastrosa para la juventud. Veintemilla, además, como gustaba de poner la mano en todo, quiso hacer de la Universidad central un elemento de su política y recabó del Congreso una ley que conculcaba los derechos de los profesores; éstos dejaron sus cátedras en cuanto el Gobierno, de propietarios de ellas los pasó á la calidad de interinos; los estudiantes protestaron, aunque moderadamente; persiguiólos el Dictador, hizo prender á muchos, á quienes encerró en la Penitenciaría y, so pretexto de hacerles enseñar ejercicios militares, los sujetó á un tratamiento duro y humillante. Veintemilla había sembrado en terreno fecundo: los jóvenes, de luego á luego, contribuyeron de manera eficaz á derribarlo.

En resumen, de 1830 para acá se han multiplicado las escuelas y colegios y ha mejorado mucho la enseñanza primaria, secundaria y superior. Casi no hay aldea en que no se enseñen las primeras letras. Entrando en cuenta el número de habitantes de la República, que pasa de 1.200,000, el de los niños y niñas que concurren á las escuelas (casi todas gratuitas), deja todavía mucho que desear; pero es seguro que irá en aumento. Hay tres causas, á mi juicio, que se oponen al incremento de la instrucción pública, siquiera sea la indispensable para el pueblo: la población diseminada en los campos á grandes distancias de las ciudades y aldeas, lo cual

(1) Del *Informe* presentado por el Ministro de Instrucción Pública al Congreso de 1892 tomamos el siguiente resumen que manifiesta el estado de la misina en la actualidad: número de establecimientos, 1153; número de profesores, 1924; número de alumnos, 74,858; renta anual duros 594,701'70. (N. del E.)

dificulta la concurrencia de los niños á las escuelas; la gran repugnancia que por lo general tienen todavía los indios habitantes de las serranías de enviar sus hijos á ellas, y la idea dominante en la plebe de que es innecesario que sus niñas aprendan á leer y escribir. Este error va desapareciendo paulatinamente; mas ¡cuán difícil es persuadir á los indios, sobre todo á los del campo, de la necesidad de que sus hijos se eduquen! Se contentan con que aprendan á trabajar para que les ayuden en las labores agrícolas. Además, los indios son los que comunmente viven más lejos de los centros de población. Debe también no olvidarse la circunstancia del despego y recelo con que miran á los blancos y la de que, por lo mismo, no gustan mucho de ver á sus hijos en contacto con los de ellos. García Moréno tuvo el feliz pensamiento, que se empeñaba en realizar, de educar indios en la escuela de los Hermanos Cristianos, para que sirviesen de maestros á los de su raza.

El segundo período presidencial de este hombre célebre, que comenzó en 1869 (dos años después de escrita mi *Ojeada*), fué harto fecundo en beneficios para el Ecuador, digan lo que dijeren en contrario sus enemigos apasionados. Si no le hubiesen matado los liberales (lo sabe todo el mundo por confesión ufana de ellos mismos), en su tercer período de mando, el Ecuador se habría colocado en primera línea entre las Repúblicas sudamericanas. En el lapso de 1869 á 1875 nos vimos los ecuatorianos como asediados por los elementos que necesitan los pueblos para educarse é ilustrarse. Multiplicáronse las escuelas primarias; se aumentó el número de colegios, ó á lo menos se pusieron en buen pie los ya existentes; se crearon varios para señoritas, cuando antes no los había; se mejoraron los textos y se metodizó la enseñanza; se establecieron escuelas hasta en los cuarteles y las cárceles; se fundó el *Protectorado Católico* para que aprendiesen artes mecánicas los hijos del pueblo; vimos nacer y organizarse y aun comen-

zar á producir buenos frutos la *Escuela Politécnica*, la *Escuela de Bellas Artes*, el *Conservatorio de Música*, el *Colegio de Cadetes*, el *Observatorio Astronómico*, etcétera. Abriéronse, pues, á la juventud nuevas vías para la vida intelectual y la de la industria y la riqueza. Ya no podía quejarse nadie, como me quejaba yo en mi *Ojeada* en 1867, de que nuestros jóvenes no tenían sino tres caminos para asegurar su porvenir, ni había pretexto para la vagancia.

Si no fuera un si es no es ajeno á la indole de estas *Cartas*, presentaría á V. otras muestras del adelantamiento del Ecuador, verbi-gracia, el gradual aumento de sus rentas, sin nuevas contribuciones ni recargo de las antiguas, y el desarrollo de las empresas agrícolas, comerciales é industriales. La agricultura es la que menos ha progresado, y, con todo, es digno de llamar la atención el aumento del valor de la propiedad territorial, que es cuatro tantos más que el de ahora cincuenta años; esto sin tomar en cuenta las grandes extensiones de terreno que se han arrancado á la naturaleza silvestre é inculta para entregarlas á la labor inteligente y productiva. Otra cosa que llamará la atención de usted, especialmente si compara el Ecuador con varias naciones de Europa, es ver lo poco gravada que está nuestra agricultura. Aquí muchos, en verdad, han puesto el grito en el cielo contra la contribución del diezmo, hasta hacer que se sustituya con otra; pero ni antes ni después hemos pagado, sumando todos los gravámenes, más del once ó doce por ciento sobre el producto neto, en tanto que en España é Italia, por ejemplo, si no estoy equivocado, sube hasta el setenta y cinco. Esto hacía decir, no hace mucho tiempo, á un escritor español que allá en su tierra los hacendados no eran sino arrendatarios del Gobierno, y tenían que contentarse con una ganancia bien mezquina. Bastante caras cuestan, pues, en Europa la grandeza y pompa de la civilización de que alardea.

Antes de pasar adelante, no será malo que diga dos palabras acerca de otro progreso de mi patria. La caridad, que se la quiere disfrazar con el nombre de filantropía, que para ciertos oídos progresistas suena mejor que esotro, anticuado ya y, sobre todo, con su dejillo fraileesco, es uno de los distintivos de la verdadera civilización. Donde se vé con indiferencia la miseria y el dolor ajenos, no hay civilización completa; al contrario entre la riqueza, el lujo, las comodidades de la vida, los prodigios del saber y todo el brillo de las sociedades que han llegado al más alto grado de cultura, si no se destaca la angelical figura de la Caridad, claro está que anda oculto el demonio de la barbarie. Pues bien: si antes no faltaba en el Ecuador esa virtud, parece que estaba en relación con nuestro atraso en todo lo demás. De algunos años para acá se ha propagado y hecho más activa y ostensible. Tenemos por todas partes hospitales, hospicios y lazaretos; no nos faltan manicomios y casas de huérfanos, y abundan las sociedades de señoras y caballeros consagrados al alivio de las miserias humanas.

Pasemos á otras cosas. He dicho á V. que la parte española de la sociedad ecuatoriana, y aún buena parte de la mezclada con la sangre americana, se han apresurado á acoger las luces, el orden y la pulcritud europeas y que, siquiera sea poco á poco vamos siempre adelante. En el lenguaje, especialmente en el familiar, andábamos antes tan mal, que nuestros abuelos no sólo cometían las faltas comunes en quienes no conocen la gramática y la ortografía, sino que chapurraban el español con el quichua, formando á veces frases que hoy el diablo que las entendiera. En algunas coplas populares que han llegado hasta nosotros se conserva todavía esa extraña mezcla. Ahora, si no podemos lisonjearnos de la pureza de la lengua, ya es castellano lo que hablamos en el hogar y fuera de él.

En las habitaciones, en los edificios públicos, en

nuestras diversiones, en casi todo la comparación con lo antiguo da resultados favorables para lo moderno. Sólo en los templos, especialmente en la capital, no tenemos cosa que pueda competir con la arquitectura que nos dejó la colonia. Antes, excepto en Quito, no había ciudad en que no se viesen miserables casas de paja haciendo feo contraste con las de teja; y aun éstas solían ser de pésimo gusto y nada cómodas; mas hoy en día las chozas van desapareciendo,—hay ciudades en que ya no se las vé,—y generalmente se construyen las habitaciones elegantes y con las conveniencias necesarias para la vida. Ya se gusta de sustituir en las paredes el simple blanqueo de cal por el papel pintado, y se tiende alfombra en el pavimento; en vez de los sillones de vacueta, hay silletas y poltronas y sofás forrados de seda; el piano ocupa el lugar del monacordio; se cantan óperas en vez de *yaravies*, y ya no se baila el *costillar* y el minué, sino cuadrillas y *polkas* y valeses. Ahora voy á hacer á V. una confesión, señor Valera: hay algo en esta cultura moderna en que vamos entrando tan resueltamente, que no me gusta. El excesivo lujo, por ejemplo, al que son muy aficionadas muchísimas familias, y el desatentado culto que se rinde á las modas que nos vienen de ultramar, nunca merecerán mi aprobación; menos esos bailes ofensivos del respeto y delicadeza con que deben ser tratadas las mujeres. Don José Selgas está en lo justo cuando condena la danza en que cualquier hijo de vecino se cree con derecho de abrazar á una joven para hacerla dar vueltas en un salón. Yo habría querido, pues, que la civilización no llegase á desterrar la sencillez medio patriarcal de las costumbres coloniales, y que les hubiese quitado sólo la aspereza y el desorden cuasi salvajes de que se hallaban contaminadas.

Entre las muestras de nuestro progreso material es preciso recordar algunos edificios públicos, en los que luce una arquitectura, sino severa y magnífica, sí de

buen gusto y notable elegancia, como 'los teatros de Quito, y Guayaquil, la Penitenciaria, el Observatorio Astronómico, la Escuela de Artes y Oficios, los templos de San Alfonso Ligorio y del Corazón de Jesús en Riobamba y muchos puentes de la carretera central. Y no hablaré á V. de las varias fábricas industriales, de las muchísimas bellas y lujosas quintas de que están poblados los valles y las márgenes de los ríos, de la afición al cultivo de las flores y árboles, y de otras cosas que manifiestan la cultura de los ecuatorianos, pues esta carta va excediendo de los límites prudentes; y terminaré diciendo á V., que si se viniera por acá, nos haría justicia; pero echaría menos, de seguro, en todas partes y con razón la cultura europea y de los Estados Unidos de América, que ha alcanzado tan sorprendente perfección, (aunque, según se me ha dicho, en algunos lugares y en varias cosas, España se anda también atrasadilla); y el entusiasmo con que le recibiríamos los ecuatorianos, y los agasajos que le haríamos, y todo nuestro fraternal cariño, no bastarían para que le tuviéramos contento.

Me repito de V. muy atento seguro servidor y amigo,

J. LEÓN MERA.

Latacunga, 1.º de Febrero de 1890.

VI.

Respetado y querido señor mío:

Es necesario que yo dé principio á esta carta por donde V. ha terminado la última suya que he recibido.

"Y aquí, dice V., debo advertir que V., si bien es anti-español á veces, por sobrado americanismo, es siem-

pre ultra-conservador, ferviente católico, y en política lo que hemos llamado por aquí *clerical* ó *neo-católico*. Tal calidad debe tenerse en cuenta á fin de mitigar las diatribas de V. contra sus propios contemporáneos y paisanos.—Las observaciones que acerca de ello tengo que hacer requieren nueva carta“.

Esta debe ser la quinta y no ha venido aún, y la he aguardado con ansia, y hasta he retardado la presente mía, deseoso de ver primero qué piensa V. de mí al tomarme por el lado del conservatismo y el catolicismo. Dios quiera que la suspensión de las doctas cartas de usted no provenga de haber caído V. con el *trancaso*, ni de ninguna otra causa desagradable, y que pueda continuar escribiéndolas para beneficio y deleite de americanos y españoles:

De las palabras de V., que acabo de citar, se deduce claramente que en la *Ojeada* sobre la poesía en el Ecuador ha creído ver la influencia de mis principios religiosos y políticos. Añade V., además, que le parezco *hombre apasionado*, y antes había dicho que soy *cruel* y *exagerado*. Todo esto merece explicación, pues yo no quisiera que V. ni nadie me tengan por lo que no soy. Bueno habría sido que nuestras cartas no tuvieran ningún olorillo á política, sino únicamente á literatura; pero es menester sincerarme, y allá va algo de lo mismo que no quisiera.

En religión soy católico y en política conservador. Profeso las doctrinas católicas, no por la razón que he oído aducir á muchos, de que ellas fueron las de nuestros padres;—razón falsa y movediza que puede aplicarse al error y la mentira, y con la cual disculparíamos hasta á los adoradores del elefante blanco de Siam: yo soy católico, no porque mis padres tuvieron la dicha de serlo, sino por el profundo convencimiento que tengo de la verdad y bondad del catolicismo. En cuanto á mis principios políticos, he aceptado los conservadores después de maduro examen, de haber visto que son los



que más armonizan con los católicos, y de haber experimentado personalmente los contrarios, que, en mi sentir, no son los que convienen para labrar la felicidad de los pueblos. Por otra parte (y aquí intercalo una migajita de literatura), noto que los principios liberales, seductores y brillantes, se enfrascan demasiado en la materia, y trascendiendo á las letras y las artes les quitan la espiritualidad que las hermosea, engrandece y hace dignas del destino humano y de la inmortalidad. Muchos piensan, sin duda, de diversa manera; yo pienso también á mi modo: tengo mi teoría, que no es nueva, por cierto. Para mí la naturaleza material no tiene poesía, sino por el soplo divino que la anima, por aquel no sé qué impalpable, invisible, misterioso que habla más á mi espíritu que á mis sentidos. No gusto de la naturaleza-cadáver, sino de la viva, ardiente, que se mueve, que habla, que me muestra á Dios y me hace columbrar tras ella otro mundo mejor, sin miserias que abruman y sin carne que se pudre.

Y no porque soy católico y conservador, ó como me dicen por acá ciertos liberales muy cultos y muy alhajas, *terrorista*, *retrógrado*, *obscurantista*, etc., dejo de ser fervoroso republicano, amante y defensor de toda libertad pública bien entendida, y respetuoso para con todo derecho legítimo; ni dejo de servir á mi patria en cuanto puedo, ni he arrumbado los libros, reñido con los progresos del siglo, ni he roto mi pluma, ni he despedido á mi Musa cascándole un par de cachetes como inducidora á pecado.

Hecha mi confesión de fe religiosa, política y aún artística, vamos al grano. Mis principios político-religiosos no influyeron en la censura de los poetas de la *Lira Ecuatoriana*, ni me acusa la conciencia de haber sido apasionado. Porque fuí severo, luego lo diré. Los poetas que entonces vivían, y varios que viven todavía, eran casi todos mis amigos; algunos profesaban doctrinas conservadoras, otros las liberales moderadas, y uno

sólo las radicales. Aún éste fué muy amigo mío. Ya ve usted que no pudo haber apasionamiento, cuando medí en la misma vara al doctor Carvajal conservador, por ejemplo, y al radical doctor Riofrío. En la *Ojeada* no me guió sino el deseo de hacer algún bien á la literatura patria. Para esto era preciso ser justo ante todo, porque al no serlo, claro está que mis esfuerzos habrían sido inútiles: de la injusticia jamás nace el bien. Por esto, aún cuando sólo por incidencia dejaba lo concreto, que era la poesía, para merodear en otros campos, mostraba sin rebozo mi parecer y juzgaba sin miramientos. Sino, recuerde V. de qué modo, en el capítulo XVIII, que V. califica de sangriento, flagelo en general y sin distinción de partidos políticos, las pasiones envenenadas y la intolerancia que los informan, y confieso sin ambages que en esta materia "liberales ó no liberales, con escasas excepciones, todos son cortados en un solo patrón". Ya vé V. como envuelvo en la censura á los míos juntamente con los que no lo son. En otro capítulo había dicho comparando á los dos poetas mencionados: "Carvajal es el reverso de Riofrío: sus ingenios son antagonistas como sus caracteres y sus ideas. Si fuese posible, daríamos al primero el calor, la movilidad, el delirio que le sobran y perjudican al segundo; y á éste el método, el orden, el juicio y la claridad que abundan en el otro.... Entonces ambos brillarían con luz igual y clara, y no sería la del uno inquieta y derramada como hacha de viento, y la del otro inmóvil y pálida como antorcha entre opacos vidrios; esto es, ambas viciosas por muy diversos aspectos. Si no temiésemos profanar el tema poético en que nos ocupamos, diríamos que la primera representa el espíritu de la política liberal exagerada, bulliciosa y demente, y la otra el de la política conservadora llevada al extremo contrario, cobarde y encogida". Pudiera citar otros pasajes para demostrar á V. que no hay en la *Ojeada* la pasión que V. sospecha de parte del *ultraconservador*

ó *clerical*; pero basta. Después he visto, eso sí, que hubo alguna sinrazón en condenar á una por la intolerancia y el exclusivismo á conservadores y liberales, pues la experiencia, gran maestra del alma y del corazón, me he enseñado que los segundos sobrepasan á los primeros en tercio y quinto. Los liberales que dan á sus doctrinas ilimitado ensanche, ó sea los radicales, no *toleran* en los conservadores derecho ninguno, ni el de vivir: de ellos es el *puñal de la salud* adoptado como agente político. ¿Cree V. que exagero? ¡Ah, señor! ojalá todo eso que digo no se hubiese convertido ya en historia...!

Pero estas cartas no son políticas, y si he tocado puntos que no son literarios, créame V. que ha sido con disgusto, y sólo porque me he creído obligado á ello por uno de los párrafos de la última carta de V. Doblemos la hoja, y vengamos á los motivos de la *Ojeada*.

No es posible negar, ni yo lo he pretendido, que durante la dominación española en América hubo personas de luces en ésta que descollaron bizarramente. Esto, en mi humilde opinión, quiere decir no tanto que el gobierno de la Metrópoli facilitaba la ilustración de sus colonos, cuanto que entre éstos había hombres de buen talento y de voluntad enérgica muy capaces de vencer todos los obstáculos para acumular los conocimientos que añelaban. Los centros de ilustración se hallaban sólo en las capitales, y las ciudades ó poblaciones de segundo orden no los tenían. En éstas se estudiaba algo cuando había alguna orden religiosa. Aún en las capitales, la enseñanza estaba por lo común confiada al clero. Las personas pudientes solían enviar algunas veces sus hijos á educarse é instruirse en España, ó á lo menos en las grandes capitales americanas. En el Ecuador, ó más bien en la Presidencia de Quito, como entonces se llamaba, los jóvenes concurrían á los Colegios y la Universidad de la Capital. Espejo y Mejía no tuvieron que salir de ésta; pero Olmedo dividió sus estudios

entre Lima y Quito. La mayor parte los hizo en aquella capital. La educación literaria y científica era, pues, sumamente difícil entre nosotros en tiempo de la colonia; pero estoy muy lejos de échar toda la culpa de ello al Gobierno español: allá tampoco andaban muy bien las cosas, y tiene V. mucha razón cuando dice: "Más no podíamos dar, porque *nemo dat quod in se non habet*"; si bien yo creo que algunas cosas no nos dieron, porqué no les convenía á los peninsulares que los americanos las poseyéramos. Haré también á V. otra confesión: juzgo que algunos ramos se estudiaban entonces mejor que ahora, como el latín, por ejemplo; y esto viene sin duda de que las asignaturas eran pocas, en tanto que hoy se da á la inteligencia una tarea superior á sus fuerzas y á los años de los cursos. No sé si me engaño; mas tengo para mí que, salvo las excepciones que hay que hacer en justicia, hemos perdido en profundidad cuanto hemos ganado en extensión de conocimientos. Antes guardábamos en la cabeza pocos tratados, pero completos; ahora es ella una biblioteca de epitomes. Ya se ve, lo que hoy conviene es que nos luzcamos, y con aquello nos basta, ya que tenemos libertad de imprenta y de lengua.

Acabo de dar á V. una prueba más de que no soy parcial ni apasionado. Con todo, temo no estar bastante limpio de culpa en concepto de V. Mi costumbre de presentar la verdad demasiado desnuda y de ser bastante severo en la aplicación de la justicia, me ha traído la nota de *exagerado*. ¡Y quién sabe! tal vez V. y otras personas, á causa de la *Ojeada* y de otros escritos míos, me tienen por hombre de índole acerba, de diente viperino, intratable, insufrible, digno de las gmonías. En fin, ya que en mal hora salí á plaza cargado de mi patriotismo, mi americanismo, mi amor á las letras y mis censuras á causa de ese amor, es preciso que sufra las injusticias de los hombres.

Para continuar, transcribiré unas palabras de usted:

“Si procediese con enojo, y no con afecto, diría ahora: ¿cómo fué que desde que ustedes sacudieron el pesado yugo de España (no hablamos aquí de ciencias, pues me limito á hablar de la poesía de que habla la *Ojeada*) apenas han tenido ustedes un buen poeta? La *Ojeada* llega, creo, hasta 1868, y hasta entonces no cita usted autor de versos que se eleve sobre el nivel de la medianía”.

No hay otra explicación para la esterilidad del Parnaso ecuatoriano, y de otros ramos del saber entre nosotros, durante la guerra de la independencia, que la guerra misma. En ese tiempo y hasta bastantes años después, en la cima de aquel sagrado monte no quedó sino la grande y magnífica figura de Olmedo, cincelada bajo el régimen colonial é inaugurada al fragor de la guerra que derribó ese régimen. No sé si Olmedo durante los largos años de la lucha hubiera podido hacer los estudios literarios que hizo antes; quizás el vigor de su ingenio se hubiera sobrepuesto á todas las dificultades. Esos años fueron de desbarajuste y destrucción—destrucción de gobierno, de usos y costumbres, de ideas y principios, de todo un mundo moral é intelectual. Después se siguió el tiempo de la reconstrucción, difícil, dura, fatigosa, y que verdaderamente no se termina hasta hoy, aunque en verdad también el edificio está muy adelantado. En esas dos épocas azarosas, yo no sé que se haya formado en nuestros colegios ningún hombre notable, á no ser, en los primeros años de la segunda, don Pedro Moncayo y algún otro dotados de buen talento, pero á quienes extraviaron las lecciones del inglés Hall, impío y demagogo de cuenta. Fray Vicente Solano, los Váscones, los Salazares, etc., habían estudiado en los últimos años del régimen colonial, como Olmedo y Rocafuerte: eran los sucesores de Espejo y de Mejía. Creo que en el foro fué donde menos decayeron los estudios. En ciencias médicas, la noche era cerrada. En poesía y en otros ramos de literatura, idem.

Sólo en 1838 comienza á brillar alguna luz: entonces en Quito algunos jóvenes entusiastas, estudiantes de la Universidad los más, fundaron una sociedad con el título de *Filantrópico-Literaria*. Los cursos en las aulas, ayudados por las tareas de esa congregación juvenil, dieron buenos frutos: con ellos se formaron el después renombrado García Moreno, el doctor don Rafael Carvajal y otros, entre los cuales séame permitido citar al doctor don Nicolás Martínez, mi tío materno, mi maestro y protector, que tanto honró la abogacía y la judicatura ecuatorianas.

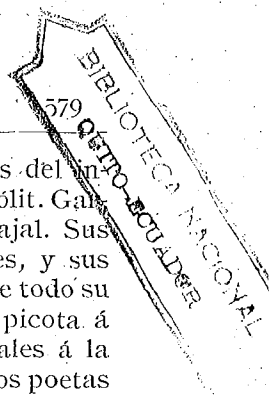
Me limitaré á la poesía. Imagine V., señor Valera, con cuánta diligencia habré buscado siempre las pruebas necesarias demostrativas de que no fué Olmedo el único dueño de nuestro Parnaso durante la guerra y después de ella, y juzgue si no habré tenido pena de hallar al bardo del Guayas solo en la cumbre, y desiertas las faldas. Creo que no faltarían ingenios; pero me parece que embelesados todos con la Musa de Junín, no querrían pulsar sus propias liras. No quiero decir que faltaron cantores, no señor: puede decirse que se los hallaba al voltear cada esquina, primero cargando contra los españoles y los americanos realistas y ensalzando y animando á los patriotas, y después vituperándose unos á otros los que se creían con derecho á recoger la herencia de los años heróicos, ó cantando fruslerías. Pero aquí tratamos de poetas, no de versificadores; de cantos hijos de verdadera inspiración, no del instinto vulgar que forja versos á ojo y canta al son de cualquier guitarra. Así como así, y aunque lamentándome de no hallar un poeta junto á Olmedo, los versos de aquellos tiempos son para mí muy apreciables, algunos como datos históricos y otros porque sirven para conocer el estado moral de la sociedad ecuatoriana antigua. Algo acerca de esto he dicho en uno de los apéndices de la *Ojeada*, y añadiré ahora que al fin de una abundante colección de coplas populares nacionales, que he

preparado con el fin de darla á luz, he agregado una parte con el título de *Antiguallas Curiosas*: en ella están las composiciones desde el año de nueve hasta pasado el de treinta, que he creído que merecen ser conocidas. Casi todas son epigramáticas y las más anónimas.

Indudablemente se han perdido muchos frutos del ingenio de entonces. Mi amigo el docto jurisconsulto doctor don Ramón Miño, me contaba que, cuando joven, conoció en poder de su padre un ábultado volumen que llevaba por título: *Versos de los quiteños*. ¡Quién sabe si ese libro, perdido por desgracia, no contenía alguna cosa superior á las piezas que nos han quedado!

Eran más bien algunos extranjeros los que venían á llamar la atención entre nosotros con sus partos en verso. El doctor don Fidel Quijano era neo-granadino que vivió y murió en Quito; tenía notables disposiciones para el epigrama, y algunos versos suyos corren en las *Antiguallas Curiosas*. A fines de la presidencia de Rocafuerte ó principios de la década siguiente, estuvo en el Ecuador un señor Miranda, español, que dió á la estampa en Quito un tomo de versos, entre los cuales no hay cosa notable; pero agradaron entonces y muchos de ellos se cantaban. Don Antonio José Irisarri comenzó, también en la capital, la impresión de sus versos, pero no la concluyó. Irisarri, muy notable literato y percucente polemista, fué guatemalteco. El peruano don Francisco Santur Urrutia pertenecía á la sociedad quiteña *Filantrópico-Literaria*, y publicó dos folletitos de versos, en los cuales ya hay chispa poética y seriedad.

Entre los ecuatorianos alumnos de aquella Sociedad, sólo sé de dos que escribieron versos, aunque no en el tiempo que á ella pertenecían, sino mucho después: el doctor don Rafael Carvajal y el doctor don Gabriel García Moreno. Lo que fué el doctor Carvajal como poeta, ya lo sabe V. por la *Ojeada*. Las poesías de García Moreno, que son pocas, se han dado á luz reunidas en el primer tomo de sus *Escritos y Discursos*, publicación



muy importante debida á los afanes y desvelos del inteligente é ilustrado joven don Manuel María Polit. García Moreno fué más poeta que su amigo Carvajal. Sus traducciones de algunos Salmos son excelentes, y sus sátiras tienen verdadero mérito literario, sobre todo su epístola *A Fabio*, con la cual puso en eterna picota á cierto hombre público que causó no pocos males á la República. Sería desatino el comparar estos dos poetas con Olmedo; pero es indudable que después de él, aunque en género diverso del que con tanto brillo cultivó, en Carvajal y García Moreno,—en el primero ligeramente y en el segundo con más brío,—comienza á despertarse el estro poético en el Ecuador.

En la mencionada Sociedad hay, pues, que buscar los primeros movimientos de la vida de las Musas, en esta mi tierra en el presente siglo y después de Olmedo, aunque no todos los socios escribieron poesías. Ese movimiento fué indeciso, inseguro, perezoso durante algunos años. En 1852 ya se presentó más notable: entonces apareció Zaldumbide con su *Canto á la Música*. Rofrío le había precedido con algunas piezas de corte y entonación muy desiguales. Por esos días tronó también la terrible sátira de García Moreno arriba recordada, y luego Carvajal dió á luz algunos de sus versos burlescos. Varios otros jóvenes mojaron asimismo los labios en la fuente de Hipocrene. Fundóse en Quito el periódico *La Libertad*, y en sus columnas y en las de *La Democracia*, también quiteña, quebraban lanzas los novísimos adalides de las Musas. Casi todos ellos, sobre todo los de *La Libertad*, hallaron en Fray Vicente Solano terrible censor. El sabio y erudito religioso escribía en Cuenca *La Escoba*, con la cual barría malos versos y malos artículos, que era una gloria.

Para que V. comprenda mejor el origen de la *Ojeada*, me permitirá que diga cuatro palabras de mí mismo. Desde muchacho fuí apasionado de la poesía; sin embargo, hasta 1853 había pospuesto su estudio al del

dibujo y la pintura. En ese año senté plaza, de recluta entre mis jóvenes compatriotas dados á la *gaya ciencia*, y me dí á estudios serios. Juzgué desde luego que, si era preciso conocer la poesía de otras naciones, el poeta hispano-americano debía de preferencia educarse en la escuela española, y me consagré á leer y estudiar los buenos modelos del Parnaso castellano; pero comprendí también que era conveniente evitar la imitación servil aún de esos modelos. No por esto, eso sí, dejé de imitarlos hasta formar mi gusto artístico como deseaba. Que lo conseguí, no lo puedo asegurar; pero si fui descontentadizo con las producciones de otros, no lo fui menos con las propias, y de aquí vino que no me enfadase la aspereza con que me trataron los señores Amunáteguis, críticos chilenos, y procuré aprovechar de todo cuanto me pareció justo en lo que de mis pobres versos dijeron.

Entretanto, lo que había comenzado arroyuelo poético iba tornándose río; pero su curso no era ordenado ni limpias sus aguas en el grado que debían. Riofrío era quien gozaba de mayor influjo entre los jóvenes; mas, ni su ejemplo era para seguido á causa del gusto vacilante y á veces nada puro que mostraba en sus versos, ni nunca tuvo valor para emprender la crítica de los ajenos: todos le parecían excelentes y los dejaba correr, satisfecho y alegre de ver que iban asomando en el antes casi desierto Parnaso nacional. Riofrío mismo necesitaba dirección como todos nosotros.

El *Colegio de la Unión*, fundado por tres inteligentes jóvenes colombianos, primero en Loja y después en Quito, vino á aumentar el impulso al estudio de las bellas letras. Todos tres eran poetas (¡no lo habían de ser siendo colombianos!), aunque no en igual grado. El que después de cerrado el Colegio se quedó entre nosotros para satisfacción y contento de sus amigos, sobresalía de sus compañeros con pecho y cabeza, como que fué y es uno de los mejores poetas de Colombia, de esa her-

mosa región que se ufana justamente de poseer á los Caros, los Ortíz, los González Gutiérrez, los Sampér y doscientos más, entre los cuales lucen distinguidas poetas. Don Belisario Peña, don Benjamín Pereira y don Francisco Ortiz Barrera, que murió en Quito, fundaron primero la *Crónica del Colegio de la Unión* y después *El Iris*, periódicos literarios, en cuyas hojas vieron la luz numerosas poesías. Esos maestros educaban una nueva generación, de la cual debían salir nuevos poetas y escritores; pero siempre faltaba la voz de un crítico así para los que ya habían salido á barrera, como para quienes se preparaban á hacerlo. El P. Solano, viejo y enfermo, ya escribía muy poco. Tres ó cuatro años después bajaba á la huesa, dejando un gran vacío entre los escritores ecuatorianos.

Asomé la *Lira Ecuatoriana*, y vino á probarnos que ya teníamos caudal bastante para escoger en él lo mejor y formar un libro; pero también demostró que no se había cuidado mucho de quemar en las aras de las Piérides sólo incienso puro. La *Lira* confirmó mis sospechas acerca del errado camino que iba tomando la poesía entre nosotros, y tanto como esto, me causaba también picazón la probabilidad de que el daño se aumentara en lo porvenir, sino se lo cortaba á tiempo con mano firme. ¿Quién lo haría? ¿Dónde estaba esa mano firme y á par atinada? En algún periódico se publicaron artículos críticos sobre las piezas de aquella compilación; ¡pero qué crítica! Era laudable el propósito de su autor; mas ni su gusto, ni sus conocimientos, ni su manera de desempeñarse eran para corregir el mal, sino para darle creces. Yo, que he tenido genio algo vehementemente, me desesperaba.

A la sazón tenía bastante adelantado mi estudio sobre los poetas ecuatorianos antiguos, y me asaltó la idea, ó más bien la tentación, de extenderlo hasta los poetas de la *Lira*, haciendo de este modo aquello que yo había esperado en vano que otros lo hiciesen. Me

pareció pensamiento audaz y hasta necio, y lo rechazé. Pero había brotado una vez con fuerza en mi cerebro, y era difícil desarraigarlo; renació, pues, y se volvió tenaz. Expúselo á tres ó cuatro amigos, entre ellos al doctor don Pedro F. Cevallos; lo aprobaron, me alentaron, y.... la *Ojeada* fué escrita, y pocos meses más tarde, dada á luz.

La censura es fuerte, lo confieso; y que así la escribí exprofeso, preciso es también que lo diga; pero hícelo luchando contra mí mismo, violentándome, puesto que la palmeta caía sobre mis amigos, arriesgándome á trocarlos en contrarios picados de enojo y temibles. Pues ¿por qué escribí esa crítica en extremo severa? Porque me hallaba persuadido que el mal que comenzaba no se curaría con disimulós y lenidades, y porque no hallaba otro escritor que se atreviese á hacer lo que yo juzgaba necesario y urgente. Si lo hubiese habido, yo también habría presentado las palmas de las manos á la palmeta del Aristarco. Movióme, pues, á ser crítico sólo la falta de otro crítico, no la vanidad, ni menos el mal deseo de mortificar á los demás.

¡Cosa que yo no esperaba! uno sólo de mis amigos se enojó, y tan de veras, que murió sin reconciliarse conmigo, no obstante que le busqué é hice diligencias de que me favoreciese de nuevo con su trato amistoso; de los demás ninguno se mostró resentido, y hasta hubo dos de alma tan modesta y generosa, que me agradecieron el haberlos criticado.

No me parece exacta y justa la acusación que alguien acaba de hacerme en un periódico de Guayaquil, y apoyado en el parecer de V. acerca de lo despiadado de mi censura, de que ésta ha acobardado á muchos jóvenes que se han abstenido de lucir su talento poético y de honrar las letras nacionales: desde la publicación de la *Ojeada* para acá se ha presentado en nuestro Parnaso mayor número de ingenios del que antes había, y si el autor del artículo á que aludo conoce más

de uno que se ha retraído temeroso, yo conozco más de una docena que no ha tenido miedo y se ha presentado en la lisa quizás con la *Ojeada* en la mano; y conozco asimismo no pocos que no se han retraído, debiendo hacerlo, ó que, como verbi-gracia el propio joven que me ha acusado, han debido, cuando menos, ser prudentes en la publicación de sus versos. Yo no quise ahora veintitantos años, ni quiero hoy día, ni querré jamás que los poetas dejen de mostrarse tales, ni que nadie deje de escribir; lo que siempre he querido es que se estudie, que se procure formar el gusto, que se tribute á la patria obras dignas de ella y no poesías descuidadas ni menos badomías que la avergüencen, como se estilaba *in illo tempore* y como hoy en día no falta quien lo haga.

Después de mi atrevimiento de censurar como lo hice á los poetas de la *Lira*, creí necesario escribir los capítulos XVII y XVIII, sobre los *vicios principales de la poesía americana en la actualidad, especialmente en el Ecuador*; y acerca de los *defectos y mal estado de los estudios en la República del Ecuador, y de algunas causas que contribuyen al atraso de su literatura*. Era preciso buscar y combatir la *filoxera* que dañaba los viñedos de las Musas. Si lo conseguí ó no, yo no puedo decirlo; pero mi intento fué bueno.

Lejos de mí la presunción de creer que la *Ojeada* es un libro acabado y excelente, que dió el golpe de gracia al mal gusto reinante, ni que es origen del mejoramiento que en la poesía ecuatoriana se nota de 1868 para acá; pero sí creo que ayudó algo á dirigir el movimiento de reacción favorable en el estudio de las bellas letras. A pesar de la severidad de la censura, y en parte quizás á causa de ella, el librito fué bien acogido, y aún mereció elogios de la prensa extranjera; quedó, pues, probado que él había sido necesario, y que siquiera en parte vino á llenar un vacío en nuestros estudios literarios. Pero de todo cuanto se ha dicho en favor de mi *Ojeada*, nada me ha parecido más concluyente que lo

que V. mismo dice de ella, no obstante la tacha que me pone de *cruel, apasionado*, etc. "Su *Ojeada* de V., dice, está llena de excelentes consejos, de gracia, de discreción y de muy sana crítica. La pintura que hace V. de los vicios de la poesía en el Ecuador y en toda la América meridional, es tan atinada y viva, que no parece sino que puede aplicarse á los malos poetas que también abundan por aquí..." "Apenas hay género de poesía lírica cuyos defectos no marque V. con juicio..." Luego le parece á V. "justo y saludable el enojo con que trueno contra el afán de imitar á Espronceda, á Byron, á Lamartine y á Víctor Hugo, exagerando sus faltas y no acertando á reproducir sus bellezas." En seguida pone V. algunas muestras de mi censura, como para probar la excelencia de los consejos, la discreción, la sana crítica, el juicio y lo justo y saludable de mi enojo. Y digo que este lisonjero fallo de V. me parece concluyente, porque en V., para darlo, se reúnen todas las condiciones de imparcialidad: no hemos sido amigos, le soy extraño personalmente, no pertenecemos á una misma comunión política, quizás difiere hasta nuestra fe religiosa; y V. es muy español y yo muy americano, y, por último, V. se "disgustó no poco" contra mí al ver en *La Época* la acusación que se me hacía de ser enemigo y detractor de España.

Los estudios literarios han mejorado, pues, bastante entre nosotros de ahora veintidos años acá, y sus numerosos y bien sazonados frutos lo demuestran; las ciencias y las artes no han sido desatendidas, y aunque todavía "bulle un enjambre de doctores sin doctrina", hay muchos cuyo título ya no es vano oropel, sino ejecutoria que acredita buenos estudios y sobrada competencia para el ejercicio del doctorado. Con gracia muestra usted su sorpresa de que casi todos los poetas de la *Lira* sean doctores; y ¡qué diría si supiese que tenemos ciudades en las cuales, para evitar una equivocación, es necesario decir *doctor* á todo el mundo! Pero me pare-

ce que en España tampoco escasea ese artículo; pues recuerdo que hace algún tiempo leí en *La Ilustración Española y Americana* unos muy buenos artículos con el título: *Más industriales y menos doctores*; artículos que demostraban, si no me engaño, que también por allá se cuecen habas. Aunque yo dudo que haya entre ustedes la prodigalidad que hay entre nosotros á este respecto: se tonsura un muchacho, y ya le llamamos *doctor*, y *doctor* es el leguleyo, y *doctor* el curandero....

En lo que no hemos adelantado ni una tilde, es en amansar las pasiones de bandería, y en moderar el lenguaje de nuestras polémicas. ¿Recuerda V. mis quejas, con este motivo, en el *sangriento* capítulo XVIII de la *Ojeada*? Pues, señor, sepa V. que todavía estamos en 1868; quiero decir que si hoy escribiera yo sobre el tema de las últimas páginas de ese capítulo, sacudiera no menos duro el látigo de la censura. Y no crea V. que lleve yo á mal el empleo de los conceptos enérgicos y las frases percucientes, no: la indignación es á veces justa y noble, y ha menester de ellos para caer sobre quienes la han concitado. Lo que he condenado y condeno sin restricción, es la salvaje tirría contra los rivales; eso de falsear la verdad para desacreditarlos; eso de no perdonarles ni las faltas más insignificantes; ese empeño de echarles cieno á la cara; ese continuo valerse de todos los medios posibles, por injustos é infames que sean, para derribarlos y anularlos; eso de no reconocer en ellos virtud ni mérito ninguno, por más que redunden en honra de la patria: todo eso repruebo con todo mi corazón y con toda mi alma. ¿Le parece á usted que hago mal? ¡Imposible!

La censura de hoy que no se parecería mucho á la de 1868, sería la que escribiese sobre la nueva constelación de poetas que se ha levantado á brillar en nuestro cielo. Y aún á alguno de los de entonces, que ha conquistado puesto más alto, le juzgaría de diversa manera. Mi amigo el doctor don Luis Cordero, á quien yo

creía más apto para la poesía burlesca y satírica que para la seria y elevada, se ha empeñado en probar, y lo ha conseguido, que me engañé en mi juicio: las composiciones que posteriormente dió á luz suscritas con el pseudónimo *Delius*, y *Aplausos* y *Quejas* y otras, muestran un vate asaz diverso del de la *Lira* del doctor Molestina. ¡Ojalá muchos de sus cofrades le hubieran imitado, echando por tierra los juicios de la *Ojeada*! Y tampoco tendría ya *dedaditas de miel*, como dice usted, sino rebosantes panales para muchos otros que han comprendido lo que es la verdadera poesía y han acertado á expresarla: el melancólico, austero y espiritual Honorato Vázquez; el dulce y filosofador Remigio Crespo Toral; Miguel Moreno, el Trucba ecuatoriano; Leonidas Pallares, de la escuela de Campoamor; y Quintiliano Sánchez, y Juan Abel Echeverría, y tantos otros. No olvidaría á algunas damas que se han ceñido el cíngulo de las sacerdotisas de las Piérides; ni entre los contemporáneos de Olmedo al notabilísimo fabulista García Goyena, que alejándose de su tierra quiso establecer su hogar y cavar su tumba en Centro-América; ni entre los modernos al canario, paisano del cantor de Junín y del fabulista, que cantó la *Odisea del Alma*, el *Grito de dolor en la Montaña* y *Los Caballeros del Apocalipsis*, el cual después de haber sido peruano por adopción ha querido calentar sus últimos años al sol de la patria nativa. No, á nadie que merezca sentarse á la mesa de los dioses olvidaría; y como los tiempos son otros, y ya no hay necesidad de encauzar con mano inexorable la corriente poética, sino dirigirla, ó más bien dejarla que se dirija obedeciendo al buen gusto que ha venido á ser común entre nuestros verdaderos poetas, á lo más; al presentar el oloroso panal á cada uno de ellos, le hablaría en voz baja y con la sonrisa en los labios algunas frasecitas que pudieran serle provechosas. A éste, por ejemplo, le diría (y como es probable que todos ellos lean esta carta, recójase cada cual, haga

examen de conciencia y tome para sí lo que le conven- ga), amiguito, pula un poco más la dicción, mire V. que las señoras Musas son muy exigentes, y pueden disgustarse de ciertos vocablos y construcciones que sólo son buenos para la prosa; á aquel hermano si V. quiere cantar cosas altas, tenga cuidado de levantar también el estilo y de escoger mucho los pensamientos; á esotro vecino, ordene V. un tanto la forma y advierta que la vehemencia de la expresión no debe reñir con ella; al de más allá: ¡jea! compadre, está en un tris que V. confunda la poesía popular con las coplas populares; escatime el uso de los diminutivos; á Fulano: ¡tate, tate! no está bien que V. imite mucho: deje en paz á la Musa del *Idilio* y de *La Pesca*, y no se meta con esos *Poemas cortos* y con esas *Doloras*, que engañan á veces con su apariencia de muy hacederas, siendo, como son, fáciles solamente para su ilustre inventor; á Zutano: mire, explíquese un poquito más: esas estrofitas á lo Heine y á lo Becquer, serían más donosas é inteligibles, no forzándolas á ser tan enanas. Y á este poeta, y al anterior y á otros que los siguen, les repetiría una y mil veces: sean Vdes. más americanos, piensen como americanos, sientan como americanos. A los jovencitos que recientemente han dejado la cartilla y los trazos de la pizarra, y se ensayan en el *Libro Segundo* en la escuela del maestro Apolo, los trataría con dulzura: nada de palmeta, ni de papirotes, ni de felpas. No sería duro ni aún con los que, estrechos de ingenio y ayunos de arte, porfían no obstante por lucirse como poetas. A quien de éstos, sin decirle palabra ni arrugar el entrecejo, me limitaría á ponerle en las manos la pita y la lezna: á quien le enseñaría abierto el libro de las cuentas corrientes; á quien le entregaría el Breviario y le llevaría de la mano á rezar en su coro, para que no se exponga á un nuevo *derrumbe* ni á otro *cataclismo*.

Ya ve V. cómo he cambiado y cuán mansos son hoy mis propósitos. Quizás en esta transformación tengan

parte también los años. Hay mucha diferencia entre la sangre de los 35 y la sangre de los 58: aquélla hierve todavía, ésta es apenas tibia. Y si no, yo le presentaría á V. á cierto joven, amigo mío, que ha comenzado á hacer en días de vivos cosa parecida á la que hiciera yo ahora más de veinte años. Mire V. que el chico tiene dotes para manejar el almocafre; pero conviene que no olvide la diferencia que va de tiempo á tiempo y que penetre bien las necesidades literarias del presente; y también que no abuse de sus fuerzas. Las de la primera juventud en estos ejercicios suelen faltar cuando uno fía más de ellas.

Al terminar esta carta, y con ella las que me propuse dirigir á V. lo hago animado de algunas esperanzas: la de que no habrá quedado en su ánimo ningún vestigio de la sospecha ó creencia de que soy *enemigo y odiador de España*; la de que disimulará bondadosamente todo cuanto en estas descosidas cartas no esté conforme con su manera de sentir y pensar, y por último (es la que más me halaga), la de que al grupo de ilustres literatos españoles que me honran muchísimo con su amistad, como los señores don Manuel Tamayo y Baus, don Marcelino Menéndez y Pelayo y otros, puedo añadir desde ahora al SR. DON JUAN VALERA. Mire usted si no habrá motivo para que esté contento y ufano

Su muy atento amigo y S. S. Q. B. S. M.

J. LEÓN MERA.

Latacunga, Marzo 30 de 1890.

CARTA AL SEÑOR DON ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH,
EN CONTESTACIÓN Á LA SUYA SOBRE EL AMERICANISMO
EN LA POESÍA (1)

Mi estimado señor y querido amigo:

Hace diez meses me honró V. con una hermosa é instructiva carta, en la cual discurría acerca del americanismo que he pretendido introducir en la poesía, ó más bien en la literatura hispano-americana, oponiéndose en términos cultísimos y discretos á mis ideas en este punto. Dicha carta ha salido á luz en el excelente periódico bogotano *Anales de la Instrucción Pública*

(1) La carta del señor Rubió y Lluch es la siguiente:

«DEL AMERICANISMO EN LA POESÍA.

Carta abierta al señor don Juan León Mera sobre sus «Melodías Indígenas».

Muy estimado señor mío y de toda mi consideración:

Tiempo hace que deseaba contestar á su última atenta carta, tan honrosa para mí, como que ella fué portadora del ofrecimiento cariñoso de una amistad franca y sincera que estimo en mucho, y que nunca creí merecer, por más que la había codiciado ya desde los tiempos en que me hablaba de usted el que fué mi inolvidable condiscípulo, Menéndez Pelayo. A su hijo J. Trajano, cuya bondad é ilustrada inteligencia, y cuyo delicado trato se ha ganado las preferencias todos de este humilde hogar, soy deudor de esta satisfacción.

Por su propio hijo recibí también al par que su grata misiva, varias obras de usted, nuevo obsequio con que ha querido usted galardonar yo no sé qué clase de merecimientos. Ya puede usted pensar que hubiera querido hoy corresponder á él, dándole

de Colombia, y luego nuestro amigo D. Vicente Pallares Peñafiel la ha reproducido en su acreditada *Revista Ecuatoriana*.

Comienza V. por hablarme de los recuerdos que, departiendo con V., hacía de mí su sabio condiscípulo y mi bondadoso amigo el señor Menéndez y Pelayo, y del buen comportamiento de mi hijo Trajano, que se

cuenta de haberme enterado del valor que encierra, con una detenida lectura de todas ellas. Mas mi vida es tan atareada, que pocas veces puedo darme el regalo de saborear un libro descansadamente. Ahí tiene usted el motivo de mi tardía correspondencia y de que de tan rica cosecha sólo haya gustado algunos puntos. Por esta razón he tenido que reservar para las vacaciones, contentándome ahora con hojearla, su novela *Cumandá*, por la que me habían abierto el apetito los elogios de Valera, los de la prensa americana, y su propio nombre de usted, que mi culto á las letras americanas me enseñó á respetar, hace ya algunos años.

Del copioso caudal de sus libros y de los artículos con que adorna casi todos los números de la *Revista Ecuatoriana*, los cuales recibo periódicamente por la cortés atención de mi ilustrado amigo el señor Pallares Peñafiel, elegí por lo pronto, como asunto de mayor actualidad, la interesante serie de sus cartas á Valera. Mucho nuevo he aprendido en ellas, admirando, á la par que la naturalidad y la fuerza pittoresca de su estilo, el sello de marcada originalidad y de independencia, en el pensar, que luego he visto ser el distintivo de su carácter y de todas sus creaciones literarias. Puede usted decir con orgullo que no sabe usted lo que son los lugares comunes ni las frases hechas. No todos los que reciben carta de ciudadanía en la República de las letras pueden afirmar otro tanto.

Algo he leído también de la *Virgen del Sol*, y la mayor parte de sus *Melodías Indígenas*. Empecé por ellas para sorprender la nota original y porque presumía que en ambas obras hallaría en toda su fuerza y expansión el *americanismo*, que puso de tan mal humor á nuestro amigo Valera. Efectivamente un tanto excesivo es, mas no soy yo que quizás tenga demasiado vivo el espíritu regional, el que pueda arrojarle la primera ni la última piedra.

Las *Melodías* son terribísimas y un primor de versificación. Con todo, me va usted á permitir sobre ellas algunas ligeras observaciones, que constituirán el tema principal de esta carta, y que espero no tomará usted en ningún caso como palmetazo rudo de dómíne pretencioso. Si supiese que con ellas había de disgustarle en lo más mínimo, las retiraría al momento. Me anima á hacerlas una oportuna nota de su *Ojeada sobre la poesía ecuatoriana*, reproducida en el prólogo de la *Virgen del Sol*. Se me ha quedado grabada por lo gráfico de la forma y la belleza del pensamiento. Dice usted que «todo el que se da al oficio de escritor, debe tener dos cántaras listas, la una desfondada para recibir en ella los votos de las malas pasiones y de la injusticia, y la otra entera para guardar con cuidado los de la honradez y los de la imparcialidad ilustrada». Ya desde ahora presumo que los mios han de caer en la segunda cántara.

Hablándole, pues, con franqueza, no le ocultaré que me parece que dejándose usted llevar del deseo natural, y por otro lado, no del todo desprovisto de fundamento, de dar originalidad y carácter propio á la literatura americana, va usted demasiado lejos en sus tentativas. Sus *Melodías Indígenas* se me figuran de lo más perfecto é inspirado de su riquísimo caudal poético que no conozco más que en una pequeña

ha conquistado las preferencias todas de V. y su estimable familia. Mire V. si con todo esto no estaré contento de la carta y agradecido de su autor.

Síguense conceptos benévolos y halagüeños para mí, los cuales, inútil es decirlo, quedan guardados en mi pecho. A poco, á manera de disculpa de cuanto va á decirme acerca del americanismo por mí encomiado

parte. Como *melodías*, es decir, como poesías, no creo equivocarme al manifestarle que son merecedoras de muy justos elogios. Lo que no encuentro en ellas es el verdadero carácter indígena, que usted con tanto afán persigue. Si no fuera por las alusiones al sol, á los incas, á ciertas costumbres, á ciertos detalles indumentarios, por los nombres propios y algunas palabras *quichuas* que usted intercala, costaría distinguir las de otras composiciones de carácter local histórico que engendró en Europa, antes el idealismo arcádico neoclásico y en tiempos más recientes el romanticismo feudal y trovadoresco y el oriental. Ya ve usted si fué gran poeta Arolas, Nadie que le conozca creo yo que sea capaz de poner en tela de juicio sus méritos; mas tampoco habrá hoy nadie quien se llame á engaño con el pretendido orientalismo de muchas de sus inspiradas odas ó cauciones. Las *Melodías* me producen un efecto algo parecido, desde este punto de vista, á las *Orientales* del malogrado vate catalán.

Todo cuanto es intraducible ó no asimilable, se convierte muy luego en antañonado y convencional. Su atrevido intento de aclimatación de cierto lirismo indígena no es peligroso en usted, porque tiene usted talento poético de veras y discreción tan grande como su talento; pero lo sería en sus imitadores, y en vez de vigorizar como usted pretende la poesía americana, apartándose de caminos trillados y esterilizados ya por las pisadas europeas, se produciría á la larga una poesía falsamente indígena de tercera ó cuarta mano, tan insufrible al fin como las canciones orientales, como el género anacreóntico y otros pseudo-clásicos, como los romances de castellanas y trovadores, y como todas las composiciones híbridas nacidas de un falso concepto de la poesía.

✓ No llegaré nunca á afirmar con Valera que es cosa ó empeño absurdo buscar un sello especial y exclusivo que distinga una obra poética escrita en América. Hacen ustedes muy bien en no vaciar sus inspiraciones en moldes gastados, cuando tienen ahí una naturaleza casi virgen y más rica que la explotada flora del Parnaso helénico, cuando está llena su historia de hazañas famosas y de heroísmo no cantados todavía. Si Chateaubriand sin ser americano acertó á describir con tanta grandeza la pródiga vegetación del Nuevo Mundo, ¡cuánto mejor ustedes que la contemplan todos los días y la conocen y la sienten con amor que no es de curioso, ni hijo de pasajera admiración, sino de algo que se identifica con nuestro ser y con nuestra propia alma!

Usted, sin embargo, lleva demasiado lejos ese amor y esa admiración. Si se contentara usted con hacer americana á la poesía del nuevo continente, en todo aquello que es legítimo y justo y en que debe serlo, principalmente en lo que se relaciona con el colorido local, enriqueciéndola con todos los elementos de vida material é intelectual privativos de esas tierras, y apartándola de la imitación de trasnochadas escuelas europeas, estaríamos de todo punto conformes. Mas á veces se apodera de usted un furor *incásico* parecido á la manía clásica que allá en sus primeros Abriles alimentó nuestro querido amigo Menéndez y Pelayo. Su silva á *Celso*, que se publicó por los años de 1858, es decir, cuando se hallaba usted en todo el vigor de su juventud, contiene un programa de americanismo literario, que estoy seguro hoy ha de parecerle á usted mismo exagerado.



y puesto en mis poesías, trae un pensamiento que corre en mi *Ojeada*, y es: "Todo el que se da al oficio de escritor, debe tener dos cántaras listas, la una desfondada para recibir en ella los votos de las malas pasiones y de la injusticia, y la otra entera para guardar con cuidado los de la honradez y la imparcialidad ilustrada." V. presume que los suyos han de caer en la

Nosotros que del cielo
 A la bondad debimos en el suelo
 De América nacer; que aún abrigamos
 Ardiente fe y angélica esperanza;
 Que sabemos amar, que en fácil vuelo
 La arrebatada mente
 A regiones nos lanza
 No visitadas de profana gente,
Alcemos nueva voz en nuevo canto.
 No del Olimpo santo
 En la altura se sientan nuestros dioses;
 No del Alfeo habitan los cristales
 Ni los bosques de Arcadia nuestras ninfas;
 En los andinos montes colosales
 Del Cotopaxi y del Sangay famosos
 En el candente seno, entre las linfas
 Del Marañón y el Napo caudalosos,
 Entre la selva umbría
 Tendida de la aurora hasta el ocaso,
 En las grandes y augustas soledades....
 Allí moran las indicas deidades.
 Siempre con quien las ama complacientes,
 Si les pide su ingénita armonía,
 De ella le muestran infinitas fuentes
 Brillantes de candor y de belleza.
 ¡Poetas, acudid! ¡Oh mi Celvino!
 Vén, acudamos, vén. ¿Quién nos lo impide?
 ¡Ea! ¡Sús! La grandeza
 Del alma *Pachacámac* ensalcemos,
 Que es amor, vida y fuerza, y dicha y gloria
 Del universo; al sol esplendoroso
 Gratos himnos cantemos,
 Y á su esposa de luz pura y suave,
 Genitores del Inca poderoso.... etc.

A pesar de este caluroso dítirambo á la civilización indígena, inaceptable si se le toma al pie de la letra y despojado de su parte retórica; á pesar de este programa curiosísimo, dada la época en que lo lanzó usted á los cuatro vientos con todo el fervor juvenil y el convencimiento de un apóstol apasionado, programa que me recuerda el que el poeta argentino Rafael Obligado sintetizó en su polémica literaria con don Calixto Oyuela en los dos tercetos siguientes:

segunda cántara. No solamente ha debido presumir, sino tener seguridad de que así sería, como en verdad así es.

Ancha boca y fondo espacioso tiene esta mi cántara, para que no caiga fuera ningún reparo justo ni sano consejo, y á la otra ha sido necesario agrandarle la abertura del fondo, para que no se atasque, no diré

Al esplendor de la Verdad marchando
Cumpla el Arte en la patria los destinos,
Que se vaya asimismo señalando;

No prefera ni griegos ni latinos,
Y para ser ante los pueblos grande,
Tenga forma y espíritu argentinos:

á pesar, en suma, de cuanto usted manifiesta en dicha silva y repite en otros lugares, no creo posible que pueda usted llevar el pensamiento de dar carácter propio á la literatura hispano-americana, más allá de lo que lo lograron Echevarría, Andrés Bello, Gutiérrez González y su eximio paisano Olmedo, para citar sólo los poetas que me son más conocidos. Y en cuanto al vate del Guayas, ya sabe usted cuantas cadenas de comento le ha costado su mal gusto retórico de hacer hablar contra los españoles a la sombra del Inca Huaina Cápac, del modo que lo efectúa. De todo lo cual infero que los americanos han de dar novedad á su literatura, pero hasta cierto punto. La teoría del medio ambiente puede aflojar en algo, no romper por completo el fuerte lazo que les ata á ustedes á la civilización española, por la hermandad de origen, de religión y lengua. El convencionalismo indígena podría serles más perjudicial que á nosotros el convencionalismo clásico; y digo más perjudicial, porque entre la civilización incásica y la hispano-americana hay solución de continuidad, mientras que no sucede lo propio entre la nuestra y la clásica.

Sus *Melodías Indígenas* suponen dos esfuerzos á cual más imposible. En primer lugar ha de traducir usted los sentimientos y pensamientos del indio en una lengua tan distinta por su espíritu, su vocabulario y su construcción, del *quichua*, como lo es la castellana; luego ha de adaptar este sentir y este pensar así imperfectamente expresado y concebido, á indios que continúan siendo ó hemos de suponer que son reales y no fingidos. Doble trabajo de traducción y de adaptación; introversión en un espíritu ajeno y muy distante de nosotros, unas veces por el tiempo, siempre por condiciones especiales de raza, de religión, de lengua, y de costumbres; y otra vez regreso al espíritu propio, siquiera por medio del lenguaje que es con él algo consustancial. En esas difíciles metempsicosis el espíritu indígena se evapora, y lo que queda triunfante es el alma propia, que no acierta á disfrazarse ni á disimular nunca su identidad.

No se han escapado tales obstáculos á su claro talento. ¡Es tan difícil, exclama usted tocando este punto, la transformación de nuestro sér moral é intelectual! ¡Es cosa tan árdua eso de volar en pos del sentir y pensar ajenos para hacerlos propios, y á nuestra vez, trasladarlos sin esfuerzo á otros corazones é inteligencias! ¡Y buscar esos afectos é ideas en siglos lejanos, en una raza diversa de la nuestra, y entre las cenizas de una civilización muerta y olvidada!....

Una civilización *muerta*.... lo dijo usted todo. Los muertos no vuelven, y menos en estos tiempos de positivismo. No soy naturalista al uso; me contento con ser partidario

con las censuras injustas, sino con las inmundicias que me echan mis enemigos y yo me apresuro á recibir en ella. Hay gente que, á trueque de dañar á quienes no son de su escuela política ni piensan como ella en materias filosóficas y morales, ni como ella han desterrado del alma la fe ni abofetean á Jesucristo, no repara en dañarse á sí propia, y aun en hacer mal al buen nombre

río de un realismo sano que no quiera matar la belleza en nombre de la verdad, y que no consienta ofender gravemente á ésta por ciego y mal entendido amor á aquella. Un falso concepto de las relaciones que han de reinar entre las dos hermanas que unidas en afectuoso lazo acertó á ver Platón, primer filósofo que adivinó la existencia de las tres Gracias del verdadero Arte, la Verdad, la Bondad y la Belleza, le hace á usted tomar, á mi entender, por verdad poética lo que ya no lo es ni puede serlo. Es imposible, en efecto, que el culto y clásico don Juan León Mera se finja por un solo momento *haravico* ó poeta indio, únicamente porque ha nacido en la misma tierra que este pobre sér, condenado al salvajismo ó desaparecer y perder por completo su carácter si se civiliza, y que olvidándose del medio ambiente moral é intelectual que le rodea y de los propios afectos que le alientan, pretenda convertirse en intérprete de las ideas y sentimientos de la raza indígena, en lengua castellana y pulsando una lira cristiana.

Esto sería aceptar el divorcio de la idea y de la forma, cuando el lenguaje es la encarnación directa de la idea, no una vestidura externa, una *fermosa cobertura*, como dijo, si no recuerdo mal, el Marqués de Santillana, que se pone y se quita á merced del poeta. Por todo lo cual, no comprendo ni acepto como verdadera poesía indígena en el Ecuador, sino la que se exprese en su lengua propia, en *quichua*, en esa lengua cuya ductilidad y riqueza pintoresca pondera usted tanto.

Tal vez me replicará usted que Lord Byron compuso hermosos cantos con el título de *Melodías hebreas*, procurando interpretar de nuevo las ideas y los afectos que dieron vida á aquella sublime poesía que parece inspirada por el mismo Dios, y que su ejemplo siguieron Lamartine, la Avellaneda y tantos otros. A ello hay que advertir que Lord Byron y cuantos han imitado su intento, y cuantos le precedieron en él, entre ellos nuestro gran poeta hispano-judío Jehudá Levi, se encontraron frente á una literatura riquísima, de vida literaria casi no interrumpida, con modelos admirables y fundada en ideales religiosos que forman como la base inmutable y la preparación necesaria de nuestras creencias.

No me negará usted que en cuanto al *quichua* se halla usted en condiciones bien distintas y del todo desfavorables. Fuera de lo que pueda enseñarle el trato de los indios y el conocimiento de su lengua, que se me ha dicho posee usted á perfección, ¿en qué tradición lírica y en qué modelos ha templado usted su imaginación para darle ese baño de lirismo *quichua* y convertir una y otros en sustancia propia? En su *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana* que he consultado con mucho interés, afirma usted en el primer capítulo *Indagaciones sobre la poesía quichua*, que de las que se conocen sólo la pieza citada por Garcilaso es evidentemente anterior á la invasión de los españoles. Las demás coplas, como observó antes Valera, la sentida lamentación á la muerte de Atahualpa, son ya del tiempo posterior á la conquista, ó sea á los asuntos que trata usted en sus *Melodías Indígenas*, en el que los indios ya no se consideraban hijos del sol, ni adoraban á *Pachacamac*, ni ofrecían sacrificios en las sangrientas aras,

de la patria; pues, en verdad, cuando venga el tiempo de la justicia, ¿qué se dirá de los hombres que han perseguido inicuamente á sus rivales y qué del país donde las imprentas se han convertido en cloacas y los escritores son energúmenos?

La crítica es arte tan necesaria, que donde no se la practica falta uno de los elementos principales del

Do el pecho humano
En atróz agonía se agitaba.

Los mestizos y criollos, dice usted, seducidos por la riqueza y gracias de la lengua *quichua*, se dieron también á su conocimiento y versificaron en ella, pero la adulteraron notablemente, y hasta introdujeron el consonante y el asonante no conocidos por los indios. Luego el abuso de la corrupción llegó al punto de hacer una mixtura escandalosa de las dos lenguas *quichua* y castellana, cosa, añade usted con mucha razón, que nos repugna, cual nos repugnaría ver un hombre vestido con *collma* ó camiseta de indio y sombrero apuntado á la española, con pluma y escarapela. En suina, que ya sea por culpa de la intolerancia española, como usted sostiene con el ejemplo del escritor indio Collahuazo y con el tan cacareado del Arzobispo Zumárraga de México, ó por incuria de ustedes, no hay una verdadera tradición poética *quichua*, ni un solo poema que forme escuela, pues hasta de la propia narración épica *Ollanta*, se me ha asegurado que no ha sobrevivido en su primitiva redacción indígena.

He tenido la desgracia, mi distinguido señor, de nacer en un país bilingüe, y sé y comprendo tanto como usted, lo que es esa nostalgia de lo pasado, y la tristeza que infunde en el hombre todo lo humano que desaparece para no volver más, ya sea una raza, ya una lengua, ya una civilización original é irremplazable. Mas por lo mismo que sé y comprendo todo esto, me hago más cargo tal vez que otros, de la Inuidad de ciertos esfuerzos. De ahí que me haya fijado más en el objetivo é intención que tuvo usted al escribir las *Melodías Indígenas*, que en sus indudables méritos estéticos, y de ahí que hasta me haya distraído en su lectura, bien á pesar mío, la perpétua lucha entre la realización y el intento.

No trato de comparar el catalán con el *quichua*; es imposible establecer paralelo alguno entre una lengua de abolengo literario muy glorioso, y hablada todavía por clases cultas, y la lengua salvaje de un pueblo que al soplo de la civilización se deshace como una momia en sutil polvo, al contacto del aire y de la luz. Pero de lo que ha pasado en la resurrección maravillosa é inesperada de la literatura catalana, si alguna lección se deduce para una causa que juzgo perdida, es, en todo caso, contra el *quichuismo* en castellano y en pró del *quichuismo* en lengua *quichua*.

La historia nos dice, y es observación debida á mi amigo Menéndez Pelayo, que en el larguísimo período de tres centurias en que los catalanes dejaron de cultivar el patrio idioma, en el larguísimo período que va de Boscán hasta Cabanyes y Piferrer, ni un sólo poeta de primer orden, ni á duras penas de segundo, nació en esta tierra catalana, y por el contrario, en cuanto renació la lengua, retoñó con ella el sentimiento patrio, de igual modo como se pueblan los bosques de pájaros cantores al sentir el tibio y amoroso soplo de la primavera.

La historia literaria nos dice también—y esta otra aguda observación es del insigne poeta catalán Mariano Aguiló—que el barcelonés Juan Boscán, el amigo de Garcilaso, haciendo traición á su lengua materna, se olvidó de ella y cantó en la adoptiva caste-

progreso de las ciencias, las letras y demás conocimientos humanos. La crítica es luz para la ignorancia, consejo y guía para quienes emprenden el camino de la ilustración, apoyo de la verdad, crisol del buen gusto, advertencia para los doctos mismos. Mientras más nueva é incipiente es una sociedad, mayor necesidad tiene de la labor de esa maestra grave, inflexi-

llana. El castigo de este olvido, los vengadores de este entonces involuntario parricidio, fueron los críticos castellanós, y entre ellos Fernando de Herrera, el Divino, que le echó en cara el haberse atrevido á traer en su no bien compuesto vestido las joyas de *Ausias March y del Patrarca*. Tres siglos y medio han pasado desde entonces, continúa Aguiló, y los poetas catalanes que siguen el ejemplo de Boscán, suelen tropezar casi siempre con un Herrera más ó menos divino, que tentándoles la ropa les abarrotan las puertas del Parnaso.

¡Cuán cierto es esto, mi señor don Juan! Si los límites de una carta en que todo ha de ir abocetado me lo consintieran, le citaría á usted el caso del inolvidable y originalísimo Cabanyes, á quien inculpan hoy don Juan Valera y don Miguel Antonio Caro el no haber escrito en castellano, sin relajar por ello en un ápice la fuerza de su inspiración poética. Y lo que digo de Cabanyes podría aplicarlo á Piferrer, á Balnes, á Milá y á muchos más.

Fácil me será ahora sacar la aplicación de tales premisas. De ellas se desprende que los catalanes, después de vivir en contacto continuo é inmediato con el pueblo castellano durante tres siglos y medio, hasta el punto de haber corrompido no poco su lengua y sus costumbres; con todo, y pertenecer á la misma raza, profesar igual religión, ser hijos de una civilización idéntica, y hablar una lengua hermana y muy semejante á las de sus vecinos, todavía no aciertan á traducir bien sus pensamientos en el idioma de Castilla, y dejan conocer siempre que el castellano no es su ropaje natural, sino un disfraz mal llevado que les hace traición á la primera prueba. Ahí tiene usted explicado por qué soy tan incrédulo y tan descontentadizo en achaques de transfusión de sangre extraña en organismos literarios completamente opuestos, y refractarios además á esas inoculaciones. En todo caso, si me dieran á elegir entre el *quichuismo* castellanizado de usted y el del doctor Cordero en la lengua propia de los indígenas del Ecuador, de Bolivia y del Perú, me quedaría con el del segundo, por parecerme que ha de ser más cercano á la realidad; no afirmo, pues me faltan datos, que lo sea en absoluto.

La originalidad que usted pretende dar á la literatura americana para vigorizarla, nutriéndola con la savia de la realidad presente, no podrá nunca llegar al punto de que el elemento indígena trascienda hasta el género lírico. La poesía lírica vive de sentimientos propios, parte directamente del alma humana, aunque se apoye en la vida exterior y en la naturaleza. Sólo aquello que con sinceridad se siente y que forma parte de nuestro sér, es lo que se canta con soberana inspiración. Como decía Joubert, los más hermosos versos son los que se exhalan como sonidos ó como aromas, los que conservan el calor ó la humedad del aliento del alma.

A ser yo de usted, fuera menos ambicioso y me contentaría con *americanizar* únicamente en el sentido que usted desea, el género narrativo y descriptivo. Es natural que al narrar hechos ó describir objetos, prefiramos aquellos que están más al alcance de nuestra observación y bajo el dominio de nuestros propios recuerdos, á los que conocemos sólo de oídas ó con el auxilio de los libros. Es una insensatez cerrar los

ble, prudente y sabia. Yo la amo y respeto, y me vuelvo todo oídos para escucharla. El Ecuador, que pertenece á las sociedades nuevas á que he aludido, está menesteroso de ella. Abunda en buenos ingenios y no falta voluntad para el estudio ni índole dócil para dejarse llevar por buen camino; mas, por desgracia, son rarísimos los escritores que saben de crítica ver-

ojos á la realidad exterior; empeñarnos en no respirar el medio ambiente que nos rodea. Razón que le sobra tiene usted, pues, cuando le parece soberanamente ridículo que un americano acuda á las orillas del Rhin en busca de castillos viejos, ni al Sená en busca de ondas turbias, al Pactolo para pedirle arenas de oro, al Vesubio para admirar sus erupciones, al África para oír bramár sús fieras y al Oriente para pedirle sus perlas, cuando tienen ustedes ahí ruinas gigantescas de los templos de los hijos del sol, mares que se precipitan en el abismo como el Ntágara, ó saltos que parecen bajados de las nubes como el Tequendama y el Ayoyán, montes que tocan á las estrellas como el Chimborazo, y volcanes como el Pichincha y el Tungurahua; ríos como el Amazonas, que luchan á brazo partido con el Océano, y minas inagotables como las que hicieron famosos al Potosí y al Dorado.

No supieron nuestros poetas de la conquista beneficiar tan espléndido tesoro; y de ello resultó la total carencia de una epopeya digna de la empresa más grande que haya acometido España en el decurso de su historia. En cambio nuestros cronistas de Indias volvíéron á reproducir las maravillas de los ingénuos relatos de la Edad Media con sólo abrir los ojos á una naturaleza virgen y fecunda y narrar sin pretensiones de ningún género, sin arte y con exquisita naturalidad, el efecto que en su ánimo causaron pueblos ignorados y un mundo desconocido. La *Araucana* de Ercilla, la *Argentina* de Barco Centenera, el *Arauco Donado* del padre Oña, las *Elegías de varones ilustres* de Castellanos, y otra multitud de mal llamados poemas, gracias á la perniciosa influencia italiana en el género épico, empuqueñecieron la América vistiéndola al modo clásico europeo, mientras los historiadores la engrandecieron mostrándola en su magnífica desnudez, sin más atavíos que los de una naturaleza sublime y gigantesca. Y tanta fuerza tiene la clara y no empañada visión de las cosas reales, que ella hizo que nuestros narradores indianos fueran muy superiores á los que trataron la historia de la metrópoli: Y se comprende que fuera así. Unos adquirieron la experiencia de la vida, en la misma vida; los otros en los libros. Aquéllos escribían lo que vieron ignorantes de toda erudición que supliera con ideas hechas los sentimientos naturales. Estos encontraban el asunto que debían esclarecer enmarañado por los falsos cronicones, obscurecido por las tinieblas de los tiempos, y á esta inconsistencia del fondo agregaban la tiranía de una forma convencional impuesta por el Renacimiento.

Hace usted muy bien en beneficiar todas esas riquezas del género descriptivo que su privilegiada patria le ofrece. Nunca han de sustituir ustedes la naturaleza europea á la risueña y llena de encantos de la virgen América. Dentro de ella debe naturalmente moverse y respirar el vate americano que quiera conservar su nacionalidad literaria, entre las varias que pueden lógicamente desenvolverse en las dos grandes unidades filológicas anglo-sajona é hispano-portuguesa que reinan sin rival en ese nuevo continente. Así lo entendieron Bello al escribir su admirable *Silva á la agricultura de la zona tórrida*, el antioqueño Gregorio Gutiérrez González en su delicioso poemita *Memoria sobre el cultivo del maíz*, en el que sólo el título es prosáico; Araujo Porto-Alegre en *La destrucción de las florestas*, Magalhaens, y en general todos los poetas de la escuela

dadera, y va estableciéndose cierta escuela de charla bulliciosa y de flagelación de cómitre brutal, de la que nada bueno tienen que esperar entre nosotros las ciencias, ni las bellas letras ni las artes. Esta manera de crítica, si así puede llamarse, necesita con más urgencia otra crítica que por una parte la desarme y amordace y por otra cure el mal que viene haciendo, entre

brasileña, atenta sobre todo á representar la vida, la naturaleza y las tradiciones del antiguo imperio luso-americano.

La naturaleza es una Musa que no niega nunca sus favores á los que sinceramente la aman; una maga que descubre siempre nuevos tesoros á los que á ella acuden; Ceres hermosa que renueva su juventud y su fecundidad constantemente. El *Tequendama* y el *Niágara* no agotarán su fuente de inspiración mientras no agoten el caudal sublime de sus aguas. Díganlo Heredia y Bonalde, y José Joaquín Ortiz, y Agripina Montes, y Calixto Oyuela, y Miguel A. Caro, y casi todos los más inspirados poetas americanos que han sentido estremecer las cuerdas de su lira al contemplarlos.

En los géneros narrativo y legendario los recuerdos de la conquista, las ruinas pavorosas de los gigantes imperios de las razas aborígenes, las costumbres y modo de ser de su original civilización, no exenta á veces de cierta grandeza, forman como una segunda naturaleza moral de la que de ningún modo puede ni debe prescindir el escritor americano, como usted mejor que yo lo reconoce y lo pone de manifiesto. Pocas cosas ofrecen á un poeta más interesante y trágico juego el momento en que se ponen en contacto y luchan cruelmente, hasta caer la más débil hundida en el polvo, las civilizaciones andina y cristiana. Y además de este lado sublime y terrible de la gran epopeya de la conquista que los españoles no supimos beneficiar, se presenta otro más simpático y más humano: el amor y la religión dulcificando las relaciones entre indios y españoles y recamando con ililios de piedad ó de pasión sincera ó de afectos patriarcales y caballerescos, aquellos cuadros espantosos que preceden á la inexorable desaparición de una raza que inútilmente lucha y se rebela contra una civilización superior. Todas las suavidades de la primitiva sencillez patriarcal y todas las delicadezas del amor cristiano, se combinan con el perfumado ambiente de las espléndidas selvas americanas, y constituyen oasis deliciosos de poesía, encanto principal de las novelas y narraciones de todo género, cuyo asunto se desarrolla en el vasto escenario del Nuevo Mundo, bien así como en la *Jerusalén* del Tasso, en la que luchan también encarnizada-mente dos civilizaciones opuestas, los amores del guerrero Tancredo y de la generosa Clorinda son uno de sus más patéticos episodios.

Imposible citar los escritores americanos que han sacado partido, en sus obras en prosa y verso, de las relaciones amorosas entre indias y españoles, y viceversa; básteme aquí para mi intento recordar la original *Atala* de Chateaubriand, entre las extranjeras de más fama, y en América á Arboleda en su *Gonzalo de Oyón*, al uruguayo Juan Zorrilla en el *Tabaré*, á Enrique Alvarez en la *Santafe redimida*, á usted mismo en su interesante *Commandá*, y á otros que callo por no hacerme prolijo.

No pocos han aprovechado como *Deus ex machina*, y entre ellos usted en su *Virgen del Sol*, la aparición como sobrenatural y misteriosa de los castellanos, cual vengadores de las crueldades de aquellos pueblos, ó amparadores de la virtud y de la inocencia calumniadas y perseguidas. Los simpáticos Titu y Cisa, salvados de un suplicio cruel por las tropas españolas, y de las tinieblas de la idolatría por la elocuente persuasión del venerable R. Niza, se nos presentan como la personificación de la América

los jóvenes sobre todo. Harán grande servicio á la moral y la cultura de mi patria los escritores que con firme voluntad ejerzan en ella la crítica, distinguiendo la que debe emplearse en las contiendas políticas y sociales, de la que debe usarse en las disquisiciones de otras materias, y no confundiendo la estética aplicable á la literatura y las bellas artes con las reglas que requieren otros objetos que poco ó nada tienen que ver con ellas; menos tendiendo en la mesa de la disección á las personas en vez de limitarse á sus obras, para gozarse en la sangre, en el doloroso descoyuntamiento, y hasta en inventar deformidades que no tienen sus víctimas y enseñarlas al público.

Pero, necesario es decirlo, en materia de crítica y otras cosas el mal ejemplo nos viene de fuera. "En todas partes se cuecen habas." Europa nos envía libros de crítica muy semejante á la que campea, cual sátiro desvengonzado, en los periódicos del Ecuador. De España nos vienen cosas... ¡Qué cosas, señor don Anto-

indígena redimida moral y materialmente por el génio castellano convertido en apóstol y civilizador de todo un continente.

Las escenas finales de su leyenda son de sublime grandeza. La siniestra y providencial aparición de los tercios de Castilla en medio de las llamas de un suplicio y de los fulgores gigantescos del bárbaro incendio de Quito, dan á la caída del antiguo imperio de los *Shivis* cierto carácter de magestad y de fatalismo terrible. Nos parece asistir, al leer aquellas vigorosas estrofas, á la tremenda catástrofe del imperio babilónico, en medio de cuyas orgías trazó el dedo invisible de Dios el apocalíptico *Mans, Thecel, Phares* de su ruina.

No sé si habrá usted tenido paciencia de llegar hasta esta última página de mi carta. Si tanta ha sido su bondad, supongo con más motivo que la habrá usted tenido también para disimular los errores de apreciación que en ella haya, hijos de mi ignorancia en asuntos de historia y literatura americanas, y sobrada benevolencia para no ver en mis observaciones otra cosa que el interés inspirado por la lectura de sus *Melodías Indígenas*. Quisiera hablarle otro día de la gratisima impresión causada en mi ánimo por la de *La Virgen del Sol*, á la cual no alcanzan, á mi ver, los reparos de la crítica estética trascendental, ni de las tendencias *veristas* del arte moderno. Crea usted que sería para mi dicha muy grande que mis tareas me consintieran tan grato esparcimiento.

Entre tanto llegue este momento, cuente usted con la seguridad del afecto y de la consideración de su muy adicto amigo y S. S., Q. B. S. M.,

ANTONIO RUBÍO Y LLUCH.

Barcelona, 15 de Febrero de 1892.

niol! Quisiera yo, y como yo quisieran también otras muchas personas, que no se nos colasen en casa escritos que aumenten nuestro daño, sino que lo remedien. Venga la crítica de manos de V., de las de D. Juan Valera, de las de D. Marcelino Menéndez y Pelayo de las del joven religioso Blanco García y de tantos otros, españoles ó nó, que soñ salud de las letras y nó dolencia funestísima que las aniquila y mata.

El señor Valera, con sus *Cartas Americanas*, ha servido noble y provechosamente á las letras españolas en el Nuevo Mundo, y las apreciaciones de V. sobre el americanismo literario, pueden ser muy útiles á la generación de escritores que se levanta en estas tierras tan bellas como ricas y tan nuevas como propicias así al desenvolvimiento de la fantasía como al de los estudios graves y trascendentales. Con todo, deseo explicar mi pensamiento acerca del americanismo que V. impugna. Bastante he escrito sobre esta materia, y es probable que en las líneas que voy trazando á vuela pluma, á pesar mío, y no con la calma y detención que quisiera al dirigirme á un ilustre amigo, repita conceptos ya expresados. En fin, creo que plagiar á uno mismo es menos censurable que plagiar á otros.

Bien puede ser que mi entusiasmo por *americanizar* la literatura me haya llevado á términos inconvenientes. El entusiasmo tiene algo de loco y le impele á uno con violencia hasta por riscos y despeñaderos. Si he sido inconsciente esclavo de él, recojo mis pasos y vuelvo al camino del común trajinar; porque, eso sí, entre mis resabios no cuento el de ser porfiado. Mas, puede ser también que mis ideas innovadoras no hayan sido entendidas en sus cabales; en lo cual yo sólo debo ser culpado, porque indudablemente no las he explicado con la lucidez necesaria.

Mi propósito ha sido, pues, traer elementos nuevos á la literatura, sin repudiar en manera alguna aquellos

que son como su base y armazón absolutamente indispensable. En mi *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana* habrá visto V. estas palabras: "No decimos que la literatura sudamericana debe dejar de ser española por la forma y la lengua; muy al contrario, nos place que se observen las leyes del buen gusto castellano, y somos entusiastas defensores del habla que trajeron nuestros mayores... La originalidad debe estar en los afectos, en las ideas, en las imágenes, en la parte espiritual de las pinturas, y todo en América abre el campo á esta originalidad. La unidad de la lengua y de la forma, la homogeneidad, diremos así, del elemento de que nos servimos para expresar lo que deseamos dar á conocer, nada tiene que ver con la variedad de carácter que podemos imprimir á las obras que escribimos." Me parece que en estas líneas y en otras de artículos en que he procurado desenvolver mi tema, está más clara la idea general del americanismo, que en el trozo de poesía que cita V.:

"No del Olimpo santo

En la altura se sientan nuestros dioses, etc."

Aquí el estro ha perjudicado tal vez á la verdad. Atengámonos á la fría prosa á fin de que veamos el punto discutido con más precisión. En esos versos me propuse dos cosas principalmente: hacer un índice de las riquezas originales que poseemos y demostrar que obran muy mal quienes las miran con desdén y no aprovechan de ellas. Pero esto no quiere decir que se deba prescindir de las ideas, afectos, etc., de una civilización como la cristiana, de la cual nos ufanamos, tan sustancialmente diversa de la civilización preibérica del Nuevo Mundo. Para dar originalidad á esos afectos é ideas, no es menester destruirlos para vaciarlos en otros moldes, ni sería posible; aún más: no sería conveniente. Mas para trasladarlos á otros corazones y otros entendimientos, ¿por qué no hemos de recurrir á los arbitrios

abundantes y variados que nos brinda América en su naturaleza, tradiciones, costumbres y creencias? Quede intacta la vida de la inteligencia y del corazón tal como nos la ha dado la civilización europea; pero preséntesela enriquecida con el oro de América, no con el de Ofir, coronada con las flores de los Andes, no con las de los Alpes, halagada y refrescada por las brisas del Amazonas ó del Orinoco, no por las del Rhin ó del Sena. Para esto la lengua española y el arte como se le comprende allá y aquí de parte de los ingenios que le cultivan con amor é interés, creo que sirven á maravilla: creer lo contrario sería necedad.

No sé si me explico con bastante claridad. Añadiré un concepto más. La poesía, la novela y otros géneros de literatura, se valen de extensos y enredados temas para dar forma á pensamientos morales, filosóficos y aun políticos, y hemos tenido y tenemos escritores que han buscado sucesos y personajes, ó los han inventado allá en ultramar, y esto me parece, con paz sea dicho, no sólo anti-americano, sino hasta cierto punto desatirado. ¿Para qué este mendigar en casa ajena, si tenemos en la propia cuanto necesitamos? En la historia de los indios, en la de la conquista, en la de la colonia, en la de la independencia, y al Sur y al Norte, en todas partes abundan hechos históricos ó fabulosos, personajes de todo género, creencias que se levantan hasta la verdad ó descienden hasta lo absurdo, costumbres variadísimas y teatros admirables, que se prestan á los cantos del poema, al enredo de la novela, á los fantásticos caprichos de la leyenda y á los cuadros de distinto género para los cuales la pluma usurpa las habilidades del pincel. He aquí, si no me equivoco, otra manera de prestar novedad á la literatura en América, sin dar en el convencionalismo indígena que teme V. Tratar asuntos americanos de manera americana, no juzgo sea cosa que no pueda hacerse: además de fácil, esto me parece necesarísimo.

El pensamiento general de las *Melodías indígenas* merece una explicación. Como V. lo ha penetrado muy bien, no se me ocultaron las dificultades opuestas á mi empeño; pero haya ó no acertado en esa poesía, es lo cierto que hubo entre los indios sino todo, algo á lo menos de lo cantado en ella, especialmente en materia de costumbres y de creencias religiosas. Sabemos, por ejemplo, qué cosa eran los *mitimaes*, cómo se renovaba el fuego en el templo del sol, y, según Garcilaso el inca, quién era *Nusta*, la divinidad de las lluvias. Todo esto en verdad, es muy diverso de los objetos traídos de Europa, y las ideas y sentimientos que engendraba han desaparecido al influjo del cristianismo; pero todo eso existe como recuerdo y como historia, y no veo inconveniente para que pueda servir en una obra poética, sea como tema principal, sea accesoriamente.

No habiendo escritos en quichua, no puede haber literatura quichua: verdad tamaña; mas no he pretendido crear ó resucitar esta literatura en su forma externa ni en su ser íntimo por manera absoluta, he pretendido sólo pintar y desenvolver cosas americanas con el instrumento de la lengua española que es la mía. Una literatura pierde el colorido y en aquellas condiciones que pudiéramos llamar innatas del pueblo que la ha creado, cuando se la traslada á otra lengua; cada lengua tiene ciertos elementos peculiares intraducibles; pero por mucho que una literatura pierda al ser trasladada á otro terreno y vestida con el ropaje de distinto idioma, siempre conserva poco ó mucho su fondo, su pensamiento nacional, su alma propia. La literatura hebrea, es hebrea, por más que esté traducida al latín; griegas son las obras de Homero y Platón, por más que las veamos vertidas á diversos idiomas. Una obra, al ser traducida, adquiere por fuerza dualidad: por la lengua en que ha nacido, la Eneida brillará perpétuamente en la literatura del Lacio; traducida por don Miguel Antonio Caro, es joya castellana. Ahora bien: su-

pongamos que haya literatura quichua y que las *Melodías indígenas* no sean sino traducciones de ella: ¿no tendrían también esa dualidad? ¿No serían indígenas y españolas á un tiempo? ¿de qué otro modo las calificaríamos? Pero no me cansaré de repetir, señor don Antonio, que no he querido *quichuizar*, porque he penetrado "cuán difícil es la transformación de nuestro ser moral é intelectual! ¡cuán árdua cosa es eso de volar en pos del sentir y pensar ajenos para hacerlos propios y, á nuestra vez, trasladarlos sin esfuerzo á otros corazones é inteligencias! ¡Y buscar esos afectos é ideas en siglos lejanos, en una raza diversa de la nuestra; y entre las cenizas de una civilización muerta y olvidada!...."

"Una civilización *muerta*... lo dijo V. todo, añade V. Los muertos no vuelven, y menos en estos tiempos de positivismo." Cierto que los muertos no vuelven; pero es cierto asimismo que nos dejan su herencia: de muchas civilizaciones difuntas nos queda un rico acervo, del cual suelen aprovechar las vivas ó, cuando menos, le conservan con veneración. Pero me replicará V. que la civilización de los indios de Quito y el Perú no dejó ningún acervo literario, y tendrá V. muchísima razón. Lo atrevido de mi intento está en haber buscado tal herencia sabiendo que no existe y en haberle fundado en la verosimilitud y no en la verdad: así pudieron cantar los *aravicos*, pues hagamos por imitarlos, he dicho, y nacieron las *Melodías indígenas*. No encontré una poesía *hecha* que pudiera servirme y tomé algunos materiales para *hacerla*; porque materiales sí no faltan en la memoria de los tiempos anteriores á la conquista ni escasean en los que se han seguido de decadencia y desdicha para los indios. ¿Soy por todo ello reo de un delito literario? No lo creo; y si lo fuese, las consecuencias caerían principalmente sobre mí mismo, porque mis poesías (las del género de que trato) serían miradas con menosprecio. Quizás se me acusaría de ser

fundador de una *escuela de quichuismo*; pero en este caso los verdaderos culpables serían los que me siguiesen sin comprenderme. No se ha fundado ni se fundará tal escuela, á Dios gracias. A pesar de mis versos *A Celvino*, las *Melodías indígenas* no serán consideradas nunca sino como una inspiración ocasional, como un recuerdo cantado de cosas indias*extrañas á nuestro siglo y nuestra civilización, como un capricho, si se quiere, y no serán imitadas por los novísimos alumnos de las Musas. Ni deseo tener imitadores, si han de abusar de mi ejemplo; lo que deseo es que en esos versos míos haya poesía, y parece que V. la ha encontrado. Triunfe el arte con mi lira y con todas las liras americanas, y bien pueden caer mis teorías y todas las ajenas, si con él no se compaginan. La perfección del arte para que llene un fin social ó un fin puramente recreativo, debe ser el constante anhelo de todos cuantos le cultivan.

Ya sabe V. que si gusto de que se busque novedad para la literatura hispano-americana, no soy aferrado á mis ideas, y que por el contrario ni aconsejo ni acojo aquello que pudiera ser inconveniente. Cuando V. lea mis poesías indígenas, cuando recorra *La Virgen del Sol*, por ejemplo, tenga presentes mis confesiones ó aclaraciones, y no se fije *más en el objetivo é intención*, que en la estética como la he comprendido y aplicado. Para ensanchar este punto y facilitar el juicio de V. y de otros que quieran dignarse de leer detenidamente mis obras y fallar sobre ellas, he de hacer aún otra confesión: no obstante lo asentado acerca del modo como, á mi juicio, puede *americanizarse* la literatura dándole un colorido y un aspecto nuevos, pero que no repugnen, creo que esto no es posible en ciertos temas y en ciertos casos, y que á veces, aunque sea posible, no es conveniente. Si queremos verbigracia cantar un asunto religioso, un misterio cristiano, es imposible hacerlo de otra manera que la empleada por cantores

como Klopstok, Manzoni y tantos otros: en la lira que conmemore el nacimiento de Jesús ó su sacrificio, no es posible nada americano, y en ella han de susurrar las auras de Belén ó han de lamentar las del Calvario. ¿Y qué se diría del poeta que imitara á ciertas beatas que tenemos por aquí, que ponen en sus *Pesèbres* indios con poncho y zamarro arreando las mulas de los Reyes magos, y á San José y la Virgen trasmontando los Andes en su huída á Egipto? No es conveniente para otros asuntos valerse de troqueles indios: hay pensamientos filosóficos y morales y sucesos históricos que debieran ser sacados á luz á la manera española, á la manera latina ó griega—como V. quiera; porque cualquier elemento americano introducido en ellos los alteraría en su esencia misma. No gustaría una sentencia de Platón expresada con imágenes que pudiera haber empleado Huaina-Cápac, ni sería bien comparar una batalla del Gran Capitán con una tempestad de los Andes, ni decir que Napoleón fué un cóndor en vez de un águila.

Si en *La Virgen del Sol* y las *Melodías indígenas* ha hallado V. que he llevado demasiado lejos mi amor y admiración á la naturaleza americana y á las tradiciones del Nuevo Mundo, por cuanto acabo de decirle acaso se convenza de que no están mis pretensiones en un campo ilimitado. V. mismo me dice en su cuerda y bellísima carta, que á ser yo se contentaría con *americanizar* únicamente en el sentido que *yo deseo*; y después traza este substancioso párrafo que yo tomo como mi defensa: "En los géneros narrativo y legendario los recuerdos de la conquista, las ruinas pavorosas de los gigantescos imperios de las razas aborígenes, las costumbres y modo de ser de su original civilización (ojo á las *Melodías indígenas*, señor don Antonio), no exenta á veces de cierta grandeza, forman como una segunda naturaleza moral de lo que de ningún modo puede ni debe prescindir el escritor americano, como

V. mejor que yo lo conoce y pone de manifiesto, etcétera., etc." V. quisiera que el americanismo no pasara de los géneros narrativo y descriptivo, y yo creo que bien pudiera extenderse aún al lírico, pero en este caso con más tino y parsimonia que en los otros. Todavía he dicho á V. más, y es que esa manera de *originalizar* la poesía no debe entrar por nada ni para nada en ciertos asuntos.

Después de mis obras que V. conoce, se ha hecho la edición de otro tomo de poesías, y ya lo habrá visto, pues Trajano no se debe haber descuidado de poner en manos de su mejor y más querido amigo catalán un ejemplar con las hojas húmedas y aún fresca la tinta. En ese libro, cualquiera que sea el mérito de sus piezas si lo tiene, verá V. mejor cuanto no he alcanzado á decirle en esta carta con bastante claridad. En él, si hay americanismo salpicado en varias composiciones, ha de dar también V. con reminiscencias virgilianas y horacianas, con imitaciones de Fray Luis de León y con otras cosas de que uno sale como impregnado de las aulas de literatura. Yo no he penetrado en esas aulas, pero sí fueron los clásicos mis primeros maestros, y hubo un tiempo en que me atraqué de ellos. Después... ¡fui un revolucionario en mis estudios y ensayos! Por poco que V. se fije en esas poesías, comprenderá la verdad de lo que le digo.

No me he alistado nunca en ninguna escuela ni menos avenídomé con ningún jefe. ¡Y dirá V. que no soy todo un republicano de la América Española!... Unas veces he llamado á las puertas de una escuela, otras veces he penetrado en otra para dejarla luego; ya he ajustado la mano á un clásico peinado á lo Luis XIV, ya á un romántico de desgrefñada cabellera; ora he intentado mojar la pluma en el tintero de Esopo, ora convertirla en el revenque de Juvenal, ora en la saeta de Marcial; y para todo esto yo no sé á donde se me han ido mis aficiones americanistas. Sin embargo,



nunca hice caso omiso del arte, y para estudiarlo y comprenderlo á mi modo, me acogí á uno 'cómo eclecticismo literario. Puede que esto haya sido genial; así tal vez me hizo la naturaleza; pero puede también haber nacido de las circunstancias algo anormales que rodearon mi juventud; mi poderosa inclinación al estudio estuvo frecuentemente contrariada por la falta de elementos, que tenía más fuerza que ella. Carecía, sobre todo, de un maestro en materia de poesía, á cuyos consejos y dirección me atuviese. Cuando comencé mis estudios y me dí á los ensayos poéticos, nuestro gran Olmedo había muerto ya, y no quedaban para el manejo de la lira sino ingenios que, faltos también de acertada dirección, andaban á ciegas y dando traspies como yo. Y no piense V. que entre esos ingenios faltaban algunos adornados de no vulgares condiciones: para no citar sino á los muertos, ahí están Julio Zaldumbide, Miguel Riofrío y Vicente Piedrahita. Al primero intencionalmente he puesto por delante. Tan mal andaban las cosas en el campo literario, y un gusto canijo y feo amenazaba con tal invasión, que yo, no obstante mis estudios *sui-géneris*, mis lecturas desarregladas, mi falta de domicilio escolar y mis tendencias revolucionarias, me atreví, (y grande fué el atrevimiento) á llamar con voz bastante recia á los descarriados ó que empezaban á tirar por el mal camino, para enseñarles el que yo juzgaba que era bueno. Creo que la *Ojeada* hizo algún bien; pero después de ella yo no he debido hacer verso ninguno. ¿Por qué? Bien claro está; porque me he puesto en riesgo de que justamente se apalce mis versos con la misma vara que empleé en sacudir á los de los otros.

El mal humor que recuerda usted del señor Valera no se originó tanto en mi *americanismo*, sino en haberle hallado aún en cosas que nada tienen que ver con la poesía, en algo que está *en la sangre misma* de los americanos, según creo que lo dijo, y que tomó enton-

ces vigor por ciertas acusaciones muy injustas que se me hicieron, pero mis *Cartas* aclararon mi modo de pensar y mis sentimientos respecto de América y de España, y el señor Valera y yo quedamos de amigos, con provecho y honra para mí. Si por ventura el amor que tengo á la América me ha llevado á veces fuera de lo razonable al juzgar á los conquistadores y dueños del Nuevo Mundo, me parece que también (con perdón de usted sea dicho) en España no faltan ni han faltado escritores á quienes pueda acusarse de un pecado igual: es algo excesivo su españolismo cuando tratan de disculpar las barbaridades de la conquista. Quisieran que ellas sean cubiertas y que desapareciesen por completo de la historia bajo el manto glorioso del singular heroísmo de los Corteses, Pizarros, Quesadas, Ojedas y otros ciento; bajo el resplandor divino de la religión verdadera que, predicada por misioneros más heroicos que aquellos Capitanes, abolió la idolatría sangrienta ó absurda de los Aztecas, Peruanos y Chibchas; bajo el imperio de la lengua castellana, real señora de las lenguas modernas, y bajo el influjo por último, de las costumbres y los usos trasplantados de la culta España á las salvajes comarcas descubiertas por Colón; pero ese querer, si justificable porque nace del amor patrio y del orgullo nacional, tiende, por desgracia, á lo imposible. Por más que se anhele, no hay nada que pueda borrar las manchas de la historia, como no habría nada que fuese capaz de eclipsar sus resplandores. Yo convengo en que Olmedo, por influjo de los sentimientos que debió tener cuando estuvo apenas terminada la espantosa guerra de la independencia, en la cual si hubo glorias como pocas en el mundo, corrieron también ríos de sangre y soplaron huracanes de odio y venganza; convengo, repito, en que Olmedo se excedió, al cantar la victoria de Junín, en sus acusaciones contra España y en su adhesión á la raza indígena; pero ustedes no quieren perdonar ni á Quintana

el único rasgo de *americanismo* que hay en sus cantos, porque le ha saturado de amargura para paladares españoles, no obstante que es amargura sacada de las páginas de los Historiadores de Indias, y se paladea en las obras del mismo Quintana sobre Pizarro y el P. Las Casas. Para atenuar la aspereza anti-castellana de sus versos que dicen:

“Virgen del mundo, América inocente, etc.

el gran cantor de la vacuna escribió en seguida:

“Su atroz codicia, su inclemente saña,
Crímen fueron del tiempo y no de España;“

concepto poético que se ha repetido mil veces en la Península y en América, cuando se ha tocado el punto de la conquista. Aquello de achacar al siglo XVI la *atroz codicia*, pase; como pueden pasar otras acusaciones que no convienen al siglo XIX, aunque ese vicio es hoy lo mismo que entonces, sin más cambio que el de estar cubierto á veces de cierta decencia ignorada en otros tiempos; pero sería prudente que no nos acordáramos mucho de aquello de la *inclemente saña*, porque pudiera argüírsenos trayendo á cuento el hecho de que la guerra de la independencia sud-americana no ocurrió en el siglo XVI....

El *americanismo* por una parte y el *iberismo* por otra, se presentan con natural aferramiento y no quieren ceder un punto. Está bien, y aún es necesario que así sea; pero también es necesario que no choquen, y para esto conviene encerrarlos dentro de límites racionales y prudentes, así cuando se relacionan con la política y los intereses materiales del Nuevo Mundo y de la Península, como cuando se mezclan en las letras y las artes: Si el *americanismo* se sale de esos límites, lastima cuando menos el sentimiento y el orgullo de los

españoles; si el *iberismo* se extralimita, se ofenden los americanos; y por ambas partes vienen tropiezos que se oponen á la unión de los grandes grupos ibéricos de aquende y allende el Océano, por la cual se trabaja con noble empeño actualmente, y de la cual hay que esperar inmenso provecho recíproco.

Respetemos la verdad histórica y no tratemos de hacer que la presente ni las futuras generaciones la contemplen con otra fisonomía que la suya propia; no seamos puntillosos ni nos ofendamos cuando por necesidad ó por cualquier incidente venga á tomar puesto en nuestra prosa ó nuestros versos; cuidemos nuestros intereses con entusiasmo, pero sin injusticia, y de este modo ni *americanismos* ni *españolismos* serán óbice á nuestra unión y armonía fraternales ni á la legítima satisfacción que nos causan las gloriosas tradiciones de familia.

Con algún recelo ó timidez comienzan las observaciones críticas de su carta de usted, que cree que yo puedo tomarlas como "palmetazo rudo de dómine pretencioso." Y añade: "Si supiese que con ellas había de disgustarle en lo más mínimo, las retiraría al momento." ¡Vamos, señor Rubió! por poco no me enojan estas atenuaciones y delicadezas excesivas de usted para conmigo, más bien que su crítica. Me ha tenido usted por un Mera bastante diverso de lo que soy en verdad. ¿Cómo había de disgustarme por la manifestación sincera y culta de su pensamiento contrario al mío? ¿Acaso soy infalible para no haber podido errar? ¿Por ventura los amigos no tienen derecho para hacer observaciones, para aconsejar y hasta reprender á los amigos? Y luego ¡me agrada tanto discutir amistosa y francamente! Con personas talentosas, ilustradas y cultas, se entiende. Con las que no lo son, ¡Dios me libre! porque entoncés hay grave peligro de que la discusión se convierta en pelotera.

Siga usted escribiendo y censurando cuanto le pa-

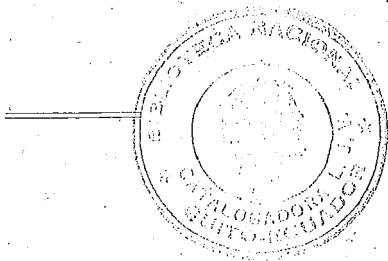
rezca censurable, mi querido don Antonio; y ojalá que *La Virgen del Sol* y todas mis demás obras merezcan tener críticos como usted, como el señor Valera y otros escritores que aman y cultivan la literatura, y llevados de ese amor censuran, que no del criminal deseo de menoscabar el mérito ajeno,—deseo común de ciertos críticos de por acá, de por allá y de todas partes; porque cuando los locos toman la lanceta, hieren sin ton ni son y hacen brotar sangre hasta de un cuerpo sano, sea cualquiera el país en que ejerzan su mal oficio.

Lo sensible para mí es que ya no pueden aprovecharme las enseñanzas de la crítica de usted ni de nadie: estoy viejo, y los viejos muy poco ó nada aprenden; pero aprovecharán á tantos jóvenes talentosos y ávidos de saber como se han levantado para reemplazar á los que nos vamos de la escena literaria y de la vida.

Envía á usted un estrecho abrazo, como su amigo afectuoso y cordial que le desea todo bien,

JUAN LEÓN MERA.

Quito, Diciembre 22 de 1892.



CARTA SOBRE OTRAS CARTAS

Al Excmo. Sr. Dr. D. Antonio Flores

Quito 1.º de Noviembre de 1890.

¡Bénditos sean Todos los Santos, querido amigo mío! Me han traído un día de fiesta; quiero decir, me han cerrado hoy las puertas del Tribunal de Cuentas, y me han abierto las de mi humilde gabinete de estudio. Allá se quedaron los prosaicos y áridos números, y aquí me reciben en sus brazos mis amadas Letras.

Tal vez va á decirme V. que esta figura de las Letras abrazándome es inaceptable; pero advierta V. que estamos en tiempos en que se aceptan *figuras* menos verosímiles.... no obstante que son humanas como las Letras.

Hoy cuando más voy á salir á misa. Después me encierro en mi gabinete, y no hago ni recibo visitas; quisiera no tener hambre para no salir ni al comedor.

¡Vamos! si á cuantos pregunten por mí el paje no les echa la mentira de decir que no estoy en casa, yo le echo una filípica.

Estoy, pues, solo....

No hay tal: ¿por ventura se halla uno solo cuando

está con libros? Yo no estoy nunca menos solo que cuando estoy con ellos. Los libros son personajes (cuando son buenos, se entiende), y tienen alma y corazón, y hablan, y enseñan y deleitan. ¡Cómo los quiero! Y hay algunos que me infunden no sólo amor, sino respeto y veneración. No los cito, porque V. los conoce.

No, no estoy solo: estoy con nuestro amigo el señor don Juan Valera, representado por sus dos tomitos de las preciosas *Cartas Americanas*. Voy conversando con él, esto es voy leyendo sus *Cartas* y escribiendo ésta para V., á fin de que todos tres formemos un grupo: así, pues, V. también está conmigo, ó más bien con nosotros.

En las *Cartas Americanas* hay dos pensamientos fundamentales, el de vindicar á España contra las acusaciones que se la han hecho relativamente á la conquista, á los tres siglos que duró entre nosotros el sistema colonial y á la guerra de la independencia, y el de hacer que vuelva y se afirme la unidad de la raza española, no por medio de lazos políticos, lo cual es ya imposible entre España é Hispano-América, sino por medio de la *liga pacífica* de las inteligencias y de la excitación de los afectos de familia. Por este camino, único que puede abrirse para que los españoles de ambos continentes lleguen á la deseada unión, es natural que venga la *hegemonía suave y sin sospechas ni celos* de España sobre las Repúblicas que de ella nacieron, ó más bien que de ella se arrancaron á impulsos de la revolución.

Para desenvolver el primero de esos dos pensamientos, el Sr. Valera aprovecha todas las coyunturas que se le presentan; pero en todas partes le sale al encuentro la historia á dificultar poco ó mucho su patriótico intento. El Sr. Merchán y hasta yo pobrete hemos abierto libros viejos y nuevos para contradecirle. En la dedicatoria á V. de las *Nuevas Cartas*, dice el Sr. D. Juan que va á replicarnos, aunque no gusta de polémicas. A

fe que yo gusto menos de ellas, y probablemente el daca y toma ha de andar entre el célebre literato español y el erudito cubano. Yo... he de aprender mucho de ellos; pero ¡quién sabe si cambie mi juicio de hoy y de ayer acerca de la conquista, de la colonia, de la guerra de la independencia, etc.! Juicio que, á mi ver, no entraña injusticia, pues si condeno inexorable el mal porte de los españoles en América, no quito, ni amenguo siquiera, los muchos beneficios que á ella trajeron, antes bien se los agradezco; porque si algún cacho del mal me ha venido en herencia, mayor es la parte del beneficio que debo á mis antecesores los iberos: por ellos soy católico, por ellos, aunque no con la destreza que yo quisiera, entiendo y manejo esta lengua castellana, reina de todas las lenguas vivas, por ellos me engrío cuando mi espíritu y mi inteligencia se espacian en el riquísimo campo de nuestra literatura.

No sé si me engañé; pero juzgo que si la polémica sigue, la verdad histórica en punto á la conquista y al gobierno é influencia españolas en América no ha de ganar mucho, y aquí y en España la opinión pública respecto de esas cosas se ha de mantener inalterable. Menos ha de ganar la unión de americanos y peninsulares, hoy laudable empeño de muchos acá y al otro lado de los mares. Cuando queremos olvidar algo que no nos gusta, solemos decir que es preciso echar un velo sobre ello, y nosotros estamos levantando el velo que el tiempo había echado sobre antiguas llagas y podredumbres para enseñárnoslas mutuamente. ¿No le parece que en esto hay imprudencia, mi amigo don Antonio? Dejemos el pasado en la historia con sus beneficios y maldades, sus bellezas y fealdades, sus resplandores y sus negras manchas, y carguemos la mano en la obra del presente, uniéndonos los españoles de ambos mundos para mejorarnos unos á otros y llegar á ser lo que debemos y podemos ser. Pertenecemos á una raza, ó más bien somos una raza que si no se pone de-

lante de las otras como en tiempos pasados, á lo menos debe ir paralela con ellas y no á la cola, como desgraciadamente está sucediendo. El presente es nuestro; trabajemos con buena voluntad y prudencia para que sea también nuestro el porvenir, ó siquiera para que otros no se lo lleven todo. Y la verdad sea dicha, no faltará quien trate de hacerse dueño absoluto del porvenir de la América, con detrimento de los intereses de la raza española en ella arraigada, si esta raza no los precautela en tiempo.

No hay cómo ni para qué negar que entre nosotros existe todavía gente que, bajo la influencia de ingratos recuerdos, recela de los españoles y los mira de mal ojo; pero también en España hay quienes no nos perdonan la independencia ni nos quieren. Este estado de ánimos es perjudicial á la unión por la cual trabajan algunas almas generosas que comprenden bien los intereses de toda la familia ibera, y á modificarlo ó cambiarlo deben dirigirse todos nuestros esfuerzos. Yo creo que el impulso debe venir de España; á los hombres pensadores y de acción de Hispano América les toca el papel de coadyuvantes, no de iniciadores. Y, en efecto, de la Península nos vino, por medio de la Real Academia de la Lengua, el primer movimiento de benéfica reacción, y el segundo por medio de los que concibieron la idea de la *Unión Ibero-Americana*. Los españoles han visto que no hemos sido sordos ni tercos á esos dos llamamientos, y que á la voz insinuante de la madre los hijos nos hemos acercado de buen grado y hasta contentos.

El hilo del razonamiento me ha traído por manera natural al segundo de los propósitos del Sr. Valera en sus *Cartas Americanas*. Con éstas hace mucho bien en el campo de la reconciliación, pues crea simpatías y estímulos. La literatura, como todo el mundo lo sabe, es una de las muestras, acaso la primera, de la civilización de un pueblo; ¿y qué hispano-americano podrá ver

con fría indiferencia que un escritor de la talla de nuestro don Juan tome y examine los libros que por acá se escriben, y enseñándolos á la vieja y orgullosa Europa, diga: no es la América española la tierra semisalvaje que te imaginas, pues la literatura florece en ella? No, no puede haber esa indiferencia: las *Cartas Americanas*, á pesar de los puntos históricos en cuya apreciación no podemos estar del todo acordes los españoles de acá con el Sr. Valera y otros peninsulares, son acogidas por nosotros con sumo agrado, como partos de un hombre que nos estima y quiere, nos alienta y atrae.

En nuestras conversaciones privadas me ha dicho usted varias veces lo que es el Sr. Valera conocido personalmente, y las *Cartas* están en armonía con cuanto V. me ha dicho: esas *Cartas* trascienden por todos sus renglones honradez y bondad, que hacen más amable el talento y más atractivo el saber de su autor. Como crítico, es, por lo mismo, demasiado suave, y aún cuando en ocasiones emplea su poquito de acíbar, forra la píldora de tanto azúcar, que se la traga sin sentir la amargura.

Hay en dichas *Cartas*, ó más bien no hay sino que está sucediendo á causa de ellas una cosa bastante singular, á saber, que muchas obras americanas que el señor Valera hace conocer en España, nos las hace conocer también á los americanos, siquiera de nombre. Hay, por ejemplo, libros chilenos y argentinos que no se conocen en el Ecuador, y libros ecuatorianos poco ó nada conocidos en Chile y la República Argentina, que don Juan va poniendo en alto para que los veamos mutuamente. Esto va despertando la curiosidad y el interés, y es natural que llegue á desaparecer nuestra ignorancia de la vida intelectual que se desarrolla y florece en torno nuestro, por donde vendrán no pocas ventajas á las letras americanas.

Las conexiones literarias son muy escasas entre no-

sotros, y aunque existe este mal también entre europeos y americanos, conocemos más las literaturas extranjeras que la propia nuestra. Desde el establecimiento de las Academias americanas correspondientes de la Española, vamos trabando amistad con los escritores peninsulares, y ¡cosa extraña! estamos todavía desligados de los de nuestro continente. ¿Por qué no nos relacionamos y comunicamos todos, ó á lo menos la mayor parte de los que formamos una sola familia literaria en torno de la madre noble y cariñosa que nos ha llamado y congregado? ¡Qué sé yo por qué! ¿Existen intereses locales que se oponen á ello? ¿Hay celós? ¿hay desdén? ¿hay orgullo que ciega? Averígüelo Vargas.

Nuestro conocimiento de las literaturas de ultramar es algo más extenso en la parte española, y aún mucho más extenso sería, si el excesivo precio de los libros no los alejara de muchísimos aficionados á la lectura, pero generalmente escasos de medios para comprarlos. ¿Por qué no trae V. más libros de venta? pregunto á un negociante en este artículo. — Porque no hay quien me los compre, me contesta. — Pero, hombre de Dios, ¿cómo ha de tener V. compradores á esos precios bárbaros? — Así hay que venderlos para tener alguna utilidad: las letras sobre Europa están carísimas, y los gastos de transporte, y... — ¡Qué letras, ni qué gastos, ni que berengenas! Mire este libro: *Cartas Americanas* por don Juan Valera; en el forro se ha puesto que vale una peseta; échele una más por eso de las letras y esotro de los gastos, etc.; conténtese con otra de ganancia y véndanos en tres pesetas; pero ¡querer que le paguemos seis pesetas porque estamos en Quito y no en Madrid...! Este otro libro: *Al Pie de la Torre Eiffel*, por doña Emilia Pardo Bazán, está publicando en el dorso que vale una y media pesetas en España, y V. nos cobra por él dos sucres, ¡diez pesetas! Y así va todo. ¿Cómo diablos con estas barbaridades queremos que se popularicen los libros? Por un libro que se vende á precio

moderado, hasta un zapatero remendón suelta sus cuartos; un libro caro espanta aún á muchos que no son zapateros, pero que no tienen lo necesario para pagarlo. Esto es lo común: hay infinitos pobres que quisieran comprar libros y no pueden; los ricos, con escasas excepciones, con más gusto compran una limeta de Champagne de á diez pesos, que un buen libro en diez reales.

Pero volvamos á las *Cartas* del Sr. Valera. Quisiera yo analizarlas detenidamente y todas, y no tengo sino unas pocas horas para leerlas por segunda vez é ir escribiendo estas líneas á vuela pluma. Todas me gustan, pues en todas hallo el mérito que el autor sabe imprimir á cuanto escribe. Me limitaré á hablar á V. de la impresión que me han causado algunas.

Cuatro ha dirigido á don Jesús Cavallos Dosamantes, sobre el *Perfeccionismo absoluto. Bases fundamentales de un nuevo sistema filosófico*; y seis á don Juan Enrique Lagarrigue, examinando y criticando su *Circular religiosa*.

La crítica de don Juan es muy suave, es hecha expreso para que el criticado no se ofenda, á pesar de la amargurita que á veces se percibe. Hay cosas que merecen ser empapadas en el vitriolo que derraman las plumas de Alas y de Valbuena, y no obstante, el señor Valera sólo las rocía con un poco de sucotrino muy diluido en agua de rosas. Se conoce que el objeto á que aplica sus reparos no le gusta; pero que le gusta menos mortificar al autor de un desatino ó de una blasfemia contra la verdad ó contra el arte.

Sin embargo, le agrada el empleo de la burla fina y delicada, tan delicada que á veces es menester aguzar bastante el entendimiento para penetrarla. En la tercera de las *Cartas* dirigidas al Sr. Cavallos Dosamantes, dice que muchas personas suponen que se burla del nuevo sistema filosófico inventado por ese escritor mejicano (supongo que lo es); y añade: "Me ha dolido tanto dicha suposición, que he estado á punto de no continuar

escribiendo á V. " Con perdón del Sr. Valera, y aunque siento que le duela, soy también de esas muchas personas que creen en la burla que hace del peregrino sistema. El Sr. Valera se defiende contra la *suposición* que *le ha dolido*, y, por cierto, se defiende bien; mas se comprende mejor que la burla no va encaminada al ingenio y la gracia con que el Sr. Cevallos Dosamantes ha inventado su sistema y le expone en seductorá forma, sino al propio sistema.

Yo, como V. me conoce, soy franco hasta rayar á veces en pecador á causa de mis franquezas; pues bien, francamente le digo, que si á don Juan le ha dolido el que se le tenga por burlón para con el sistema del señor Cevallos Dosamantes, á mí me duele más que haya empleado burletas y no burlazas.

No conozco el libro del Sr. Cevallos Dosamantes, pero el Sr. Valera me hace comprender lo que son esas *Bases fundamentales de un nuevo sistema filosófico*; y por lo poco que he visto de los delirios, por no decir necedades, que hurgando el polvo de vicjísimas filosofías se han echado á volar como nuevos en nuestros días, juzgo que la filosofía *dosamantesca* debe tener sus orígenes en la que fué motivo de burla para Hermias, y la cual criticaba Cicerón mucho antes por contradictoria y hasta ridícula. El Dios de figura redonda de los platónicos, el soberano bien de la apatía de Pyrrhón, y otras ideas *filosóficas* de los antiguos, ¿no se parecen á los absurdos de unos cuantos llamados filósofos hoy en día? Y esto sin entrar en cuenta algunos *sistemas* como el antiquísimo de los átomos, la metempsicosis, etc. Algunos modernos, eso sí, *han puesto la pala*, como se dice en nuestra tierra, á los disparatadores de otros siglos: mire V., Charles Fourier vale un Potosí por esas frutas coloradas nacidas antes de la unión de la tierra con los planetas, por esas fresas hijas de la cópula de Marte con nuestro globo terráqueo, por esos hombres con rabo, que dentro de quince mil años poblarán el

mundo. ¡Qué misteriosas y admirables son las transformaciones de la humanidad! Antes, hace miles de años, imperfecta todavía, era rabuda puesto que era conjunto de monos; y cuando llegue al nonplús de la perfección ha de volver á asomarle aquel aditamento de nuestros prehistóricos antecesores. Esto quiere decir que para alcanzar el ideal de la perfección es preciso retroceder; ¡con razón hay tanto empeño en ello de parte de nuestros reformadores sociales! y quiere decir también que el rabo es una gran cosa....

El Sr. Cevallos Dosamantes, enemigo de lo sobrenatural, como casi todos los novísimos componedores del mundo, "había condenado todas las creencias de sus mayores, renegado de ellas y quedándose sin fe en nada, sin religión y sin filosofía." Esto le causó "enorme disgusto", y este disgusto me hace comprender que el autor de las *Bases para la nueva filosofía* no tiene alma vulgar, sino muy delicada, muy noble y muy sensible á aquella necesidad innata del sér racional, de elevarse á un mundo espiritual y eterno, mucho más bello,—infinitamente más bello y lleno de armonías sublimes que el mundo material; pero como que tuvo vergüenza el Sr. Cevallos de volver á "las creencias de sus mayores", y para satisfacer la necesidad que le atormentaba, tuvo por bien el recurrir á su fecunda y brillante fantasía y crearse un orden de cosas que si está lejos de lo sobrenatural cristiano, no menos lejos asimismo está de lo natural y razonable. No admite la aseveración genesiaca; mas como es preciso dar algún origen á la Creación, dice el Sr. Cevallos Dosamantes que la materia prima ha existido *ab aeterno*, y que "toda la sustancia ha estado en el caos hasta que el universo empezó á formarse. Salió del caos el calor, salió la luz y empezó el progreso". "En el caos estaba el germen de todo.... pero como el caos se hubiera quedado caos sin algo extraño que moviese sus gérmenes", surge una dificultad que es preciso allanar. ¡Patarata! váyase us-

ted con dificultades á dar que pensar á un nene, no al flamante filósofo del *perfeccionismo absoluto*. Ese algo que debió ser el empollador del caos-huevo para que saliesen de éste las maravillas de la Creación, debió ser una cosa de más virtud y valía que el caos,—un Dios. —¡Qué Dios ni qué cuentos de viejas!—Pues ¿cómo me desenreda V. la madeja?—Fácilmente: sepa V. que el caos, sin que nadie le empollase, sacó de sí mismo como quien se extrajera las entrañas, una cosa que se llama *agente cósmico ó demiurgo*.

En el *nuevo sistema filosófico* hacía falta Dios; pero como el Sr. Cevallos Dosamantes le ha suprimido, nos viene con su *demiurgo*. "raro é inexplicable", según el señor Valera que busca siempre frases suaves para no ofender al *filósofo*, pero que cualquier otro crítico menos comedido calificaría de gentil disparate.

Como quiera que sea, ya tenemos uno como Dios, con un nombre bellísimo,—*demiurgo*. Ahora ¿cómo nos componemos para explicarnos la creación del hombre? Va usted á verlo: "Allá en la edad primordial, dice el señor Valera con el gracejo con que sabe disimular sus burlas, nuestro padre común fué el *protoplasma*, organismo sin órganos: un moco, con perdón sea dicho. Este moco, que no era moco de pavo, va progresando, á través de las edades; y llega á ser gusano, con forma de saco. A fuerza de trabajar y luchar por la vida, consigue luego el gusano tener vértebras, pero sin cráneo ni sesos aún (y en esta parte hay muchos todavía que se han quedado gusanos..., aunque convertidos en filósofos). Luego se proporciona cráneo y sesos. Más tarde adquiere mamas ó tetas. En seguida vienen los marsupiales, transición entre el ovíparo y el vivíparo. Sigue-se el animal que ya pare de veras, y de aquí el mono, y luego el mono catarrinio y con cola, durante el período eoceno; el catarrinio pierde, en el mioceno, la cola; y, por último, en el período plioceno, surge el hombre pitecoide, *alalo* ó sin palabra. De este hombre pitecoi-

de nacen luego, siguiendo el progreso, los *ulotrixos*, ó gente de pelo crespo, y los *lisotrixos*, ó gente de pelo liso; y de éstos, todas las razas humanas, etc."

Bien: ya sabemos cuál fué nuestro origen y cómo nos hemos ido trasformando hasta venir á ser lo que somos. Ahora millones de años, nuestro abuelo el moco, que sin embargo no fué ningún mocoso, contenía los gérmenes de nuestra razón, de nuestra inteligencia, de nuestra conciencia, de todos los dotes que nos distinguen de los otros seres que no son capaces de elevarse en noble é invencible aspiración á lo infinito y lo perfecto. Ahora, como no es posible eliminar del todo el alma, y parece que al Sr. Dosamantes no le gusta quedarse sin ella, mire V. como se ingenia y acomoda una, ó más bien nos acomoda á todos. Esta alma que no es espíritu ni materia, ó que es uno y otro á un tiempo, está formada de una cierta cosa extremadamente sutil é impalpable que se llama *materia radiante orgánica*, y es capaz de ser retratada por la fotografía. ¿Qué dice usted de estas maravillas? El Sr. Valera, burla burlando y *serio seriando*, nos va descubriendo otras muchas del libro del Sr. Dosamantes; pero ya no tengo tiempo de seguirle en sus incursiones por las tenebrosidades de la *nueva filosofía del perfeccionismo absoluto*. Sólo quiero decir á V. que aquello de poder retratarse la *materia radiante orgánica* convertida en alma, no me ha sorprendido mucho; pues aunque no en fotografía, como el espíritu de Guillermo Crookes, sí en sus propias obras aparecen las imágenes de muchas *materias radiantes*. Testigo el autor mismo de las susodichas *Bases para una nueva filosofía*.

Unas pocas horas me quedan aún de este día de *Todos los Santos*; veamos si me alcanzan para hojear algunas *Cartas* más y seguir mi plática con V.; pero vamos volando: no quiero que los *Fieles Difuntos* vengan á sorprenderme con las *Cartas* abiertas delante y la pluma garrapateando sobre el papel.

Don Juan Enrique Lagarrigue, *perfeccionista y positivista* como Cevallos Dosamantes, es además apóstol de la *Religión de la Humanidad*, y ha dirigido al señor Valera y á la Sra. doña Emilia Pardo Bazán sendas cartas para atraerlos á la novísima comunión. Ha querido el Sr. Lagarrigue que nuestro ilustre don Juan y la eminente escritora que hoy en día comparte con él y con otros eximios varones la gloria de las letras españolas, se hiciesen el Santiago y la Santa Teresa de esa flamante religión. A ninguno de los dos les ha hecho gracia la propuesta. ¡Qué les iba á hacer! Al dar gusto al discípulo chileno de Augusto Compte, habrían tenido que hacerse predicadores de locuras y tonterías, y ni la autora de la *Vida de San Francisco*, ni el famoso novelista creador del *Comendador Mendoza* y de *Pepita Jiménez* tienen los sesos revueltos para exponerse á que sus nombres se mancillen.

No conozco la carta que doña Emilia ha dirigido al señor Lagarrigue; pero he visto lo que de él y de su doctrina y pujos propagandistas dice en el libro *Al pie de la Torre Eiffel*. La Sra. Pardo Bazán trata el asunto con más gravedad que el Sr. Valera, y sólo un momento se muestra alegre y algo decidora: cuando dice que el consejo del Sr. Lagarrigue, de que no escriba novelas y se dé á propagar "la buena nueva anunciada por Compte", le ha hecho gracia, y cuando en seguida se imagina "á nuestro don Juan oficiando de predicador y tomando un púlpito en cada dedo".

La Sra. Pardo Bazán no ha perdido la fe, y esta prenda sobre otras que me deja ver en las obras que de ella he leído, me la hacen más simpática y hasta querida que otra dama española que se anda por ahí derramando materialismo y ateísmo como quien de un vaso de oro derrama ponzoña. Estas deformidades psicológicas pueden ser explicadas y disimuladas en un hombre; pero ¡en una mujer!...

"Por lo que á mi toca, dice doña Emilia, no negaré

que experimento en grado altísimo la necesidad religiosa. A vueltas de mis estudios, de mis indagaciones, de mis viajes, de mis aficiones artísticas, á veces paganas, mi fondo creyente resurge á cada paso, y llegan días en que necesito iglesia, como necesitaría, en lo material, el agua para la sed. No puede serme indiferente cuestión tan grave como la que nuestros progenitores llamaban con gráfica expresión "el negocio del alma", y cuando encuentro personas á quienes jamás se les ha ocurrido pensar seriamente en tal problema, me asombro y las considero faltas de un sentido espiritual, á modo de ciego de nacimiento del espíritu."

Bravo! señora, ¡bravo! Así siente y piensa la verdadera mujer civilizada por el cristianismo.... Y así piensa y siente también el verdadero hombre. "El negocio del alma" es de todos.

El Sr. Valera me parece menos chancero al dirigirse al autor de la *Circular religiosa*, que cuando juzga el *perfeccionismo absoluto* del Sr. Cevallos Dosamantes. Éste, al fin, no hizo sino remitirle su libro acompañado de una carta, la cual tuvo sin duda frases lisonjeras, cuando el Sr. Valera se muestra contento y satisfecho; pero el *comteísta* chileno le ha pedido que se alistara entre los positivistas y que predicase *la religión de la humanidad* en España. Esto quizás, si no de mal humor, le puso bastante serio á don Juan. Y hubo para ello sobrada razón: ya ve V. que no es para ponerle á uno carialegre esto de que se le suponga desjuiciado, cuando menos.

El Sr. Valera se confiesa excéptico y la Sra. Pardo Bazán le califica de escritor de corte volteriano y de muy descreído. Por las pocas obras tuyas que he leído, veo que, en efecto, no anda por el camino de la ortodoxia, y que por este lado no es español castizo, y que me perdone este concepto el señor don Juan; pero me repugna creer que sea tan volteriano y sin fe como lo dice la Sra. Pardo Bazán. Tan simpático me es el señor

Valera y tal afecto he llegado á tenerle, que no lo quisiera ver adepto del abominable *mono de Satanás* ni mucho ni poco ni nada, sino creyente y con sed de iglesia como doña Emilia, como Menéndez Pelayo y tantos otros varones ilustres y chapetonés de pura sangre.

Al refutar las ideas y doctrinas de Cevallos, Dosamantes y de Lagarrigue, vierte el Sr. Valera conceptos que me confirman en mi opinión de que no es del todo descreído, y que aún conserva raíces del catolicismo á cuya sombra floreció sin duda su niñez. Y digo *no es del todo descreído*, porque en las *Cartas* mismas que tengo delante pudiera citarse más de un pensamiento que no ajusta bien en la tuerca del cristianismo; pero para no tenerle por absolutamente desnudo de fe, encuentro también en ellas no escasos argumentos. Fácil me sería traerlos á cuento; mas no lo haré, porque esta carta va tomando dimensiones tales, que hay peligro de que V. se aburra. Solamente, abriendo el libro de las *Nuevas Cartas Americanas* por la página 243, señalaré á V. este trozo: "V. y su hermano, dice el Sr. Valera al Sr. Lagarrigue, que son tan entusiastas y tan devotos de San Pablo, de Santa Teresa de Jesús y de San Ignacio de Loyola, quién sabe si cuando vean que, sin dejar los carriles del positivismo, pueden llegar con Enrique Drumond á creer en lo que creyeron dichos Santos, no acabarán por abjurar de esa Religión de la Humanidad, sin más Dios que la Humanidad misma, y por volver al Catolicismo, el cual, dado, como yo creo, que la religión no ha concluído ni concluirá nunca, es la verdadera religión de la Humanidad: la religión definitiva." Exacto, exactísimo: el Catolicismo es la única religión verdadera, la religión de la humanidad, la religión definitiva.

Cuatro palabras más sobre este asunto, en sentido *subjetivo*, y no añadido tilde sobre él. Yo también soy *positivista*..... á mi manera, se entiende. Cuando veo tanto pretendido filósofo y reformador del mundo, con

fondo casi en el todo antiquísimo, pero con la superficie moderna, y que loquean, y tontean, y se contradicen y no se entienden entre sí ni se dejan entender de otros, digo siempre, lo *positivo* es no seguirlos ni hacerles caso. Cuando hallo que la negación á nada bueno conduce, y que maldita de Dios la cosa si para algo vale en las ciencias, en las artes, en las letras, ni en la vida del hogar, ni en la vida social, en tanto que con la fe se resuelven muchos problemas trascendentales, se allanan mil dificultades y crean beneficios inmensos, digo sin vacilación, lo *positivo* es tener fe. Cuando veo en la historia formada por los pueblos y los siglos que pasaron, y en la que van tejiendo las sociedades vivas, tantas y tan variadas religiones que me prueban la ineludible y perpetua necesidad del hombre de creer en algo que está sobre él, y sobre todo lo visible y sobre todo cuanto puede penetrar la razón; cuando estudio esas religiones y las hallo nulas para llenar las nobles aspiraciones del alma, y corruptoras y degradantes casi todas; cuando las comparo con el Cristianismo que ha verificado la revolución social más honda, más extensa, más permanente y benéfica que han visto los siglos, digo con irrevocable convicción, lo *positivo* es ser cristiano. Cuando veo que la soberbia y la concupiscencia han maleado el Cristianismo, y le han dividido y subdividido, convirtiendo en obra humana errónea y defectuosa la obra divina de Jesucristo, y cuando penetro que ésta se conserva en el Catolicismo intacta y llena de verdad, de justicia y de belleza, digo y repito, como hombre que no menosprecio "el negocio del alma," lo *positivo* es ser católico.

¿Qué dice V. de mi *positivismo*, mi querido don Antonio? Muchos filósofos ó afilosofados con sus dos dedos de profundidad científica y su abismo de orgullo y su desdén para con los pobrecitos como yo, se reirán de mí; pero yo también ¡cuántas veces me he reído de ellos! Estamos bien pagados.

Último capítulo.

Por vida de cuatro, era imposible no escribirlo después que acabo de repasar la *Carta* del señor Valera en que juzga la *Atlántida; canto al porvenir de la Raza Latina*, del inspirado poeta argentino don Olegario Andrade. Aquí me le agarré á don Juan. Es el caso que yo también juzgué esa celebrada poesía, y aplaudí sinceramente los aciertos y sacudí la correa sobre lo que me pareció reñido con la estética ó la justicia. Las *Cartas* sobre la *poesía argentina* dirigidas á mi amigo don Rafael Obligado y á don Enrique García Mérou, son de las más bellas é ilustradoras entre las de la primera serie. La cuarta y quinta enderezadas al segundo contienen el juicio sobre la *Atlántida*, si bien en aquella el señor Valera fija su atención más que en lo literario en lo desrazonable, á su juicio, de llamar *raza latina* á la que debe con más propiedad llamarse *raza española*, y en otros puntos que no tienen qué ver mucho con lo que voy á decir á V. al terminar esta carta. La quinta entra más de lleno en la poesía que nos ocupa. Y en el juicio que contiene esta carta, veo que su autor y yo estamos acordes en tildar "el desaliño y demás faltas" que, á vueltas de su original y fogosa inspiración, muestra Andrade no sólo en la *Atlántida*, sino en sus otras poesías; pero no podemos compaginarlos cuando el señor don Juan cita los versos en que el vate deplora la caída de España, y los censura. Mas nó, que uno sólo es el censurado: los demás ahí están copiados sin el estigma que merecen. El poeta atribuye la decadencia de los españoles á que cayó sobre su espíritu

La sombra enervadora del Papado,

"lo cual me desagrade, dice el señor Valera, no tanto porque dude yo de que el Papado tenga *sombra enervadora*, ni de que esta sombra sea como la del manzanillo, causa de perdición y muerte, cuanto por el feisi-

mo vocablo *Papado*, que hace pensar en la *papada*, y que se me resiste en verso heróico."

Pues, señor mío, á mí me parece detestable también esa *sombra enervadora*, que si no es feísima como el *Papado*, si es horriblemente fea la falsedad que encierra. Los enemigos del Pontificado ó de la Iglesia, que es lo mismo, se dejan atufar por el odio que le tienen, y dicen unas cosas..... Quien no conozca la historia, podrá creer, con vista de los versos de Andrade, que la alteza, el poderío y las glorias de España fueron conquistados antes que la predicación apostólica y la crisma regenerasen á los nietos de Tubal; pero que vino el catolicismo ó la *sombra enervadora del Papado*, y todo se empequeñeció bajo de ella, y palideció, y se marchitó, y cayó, y se murió. Para quien mira las cosas sin preocupación anticatólica, lo contrario sucedió: á la *sombra del Papado* se labró y levantó á su mayor altura el carácter español, se desarrolló é iluminó su inteligencia y se movió su brazo de hierro para crear la grande, justa y envidiable preponderancia que por algún tiempo hizo de España la nación dominadora de Europa y respetada aún en Asia y Africa.

Cita el señor Valera en seguida los versos que dicen, que España

.....duerme acurrucada

Al pié de los altares,

Calentando su espíritu aterido

En la hoguera infernal de Torquemada.

Y no dice más el ilustre autor de las *Cartas Americanas*, sin embargo de que ese verbo *acurrucar*, tan feo como el sustantivo *papado*, se está ahí como un graznido entre el concierto matutino de las aves. Y lo de *dormir acurrucada* no sólo me parece disonante en una poesía seria, sino que encierra un concepto tan falso como el de la *sombra enervadora* que cae sobre España y la mata.

Me encanta el españolismo del señor Valera, y le aplaudo aunque no estoy con él, hasta cuando, lleno de celo por la honra de los suyos, disculpa á los que se vinieron por acá á despachurrar indios y recoger oro empapado en sangre y lágrimas, y niega que en América hubiese habido civilización, y me vapula con ocasión de mis conceptos acerca de la conquista. Por lo que es mi americanismo comprendo lo que es el españolismo del señor Valera. ¡Gran virtud es el amor patrio! Yo también la tengo, y ufánome de ello; y todos los individuos y todos los pueblos que abrigan esa virtud en su pecho, tienen en mí un entusiasta admirador que bate palmas y se desata en elogios á cada noble acción á que ella los obliga.

Pues por esto mismo no me ha gustado que el señor Valera se porte tan manso con esa *sombra enervadora* y esa *España acurrucada* de don Olegario Andrade. Con tal decir, el poeta, prescindiendo del espíritu anticatólico que entrañan esas frases, ofendió á un tiempo á los españoles y la verdad histórica. Yo no pude tolerar la ofensa. Y aquí me le agarré á don Juan, como dije á V. hace poco. Pues sí, señor, por aquello de *La Epoca* y por lo de mi *Ojeada*, el señor Valera se inclinó á creerme *enemigo y odiador de España* y se enfurruñó su poquito. Yo me defendí como pude, y ¡qué diantrel no me acordé que tenía un argumento más para probarle que en el juicio sobre la *Allántida* de don Olegario, mi afecto por la madre patria superó al españolismo de don Juan. Parece increíble; pero abra V. el tomo VIII del excelente *Repertorio Colombiano* por la página 229; y allí, en una carta que dirigí á mi amigo don Belisario Peña, hallará lo siguiente:

“¡Conque España, la hija predilecta de la Raza Latina, *enervada* por el *Papado*, y *acurrucada* y *dormida* se encastilló con Pelayo en las ásperas serranías de Asturias, y dió comienzo á la más sublime epopeya que conocen los siglos!

¡Conque España, *acurrucada* y *dormida* luchó durante ocho siglos por la fe religiosa y el amor á su independencia y libertad!

Sí, no hay duda: *enervada*, *acurrucada al pie de los altares* estuvo cuando, hazaña tras hazaña, y victoria tras victoria, limpió el suelo ibérico hasta de las últimas reliquias musulmanas.

Enevada y *acurrucada* con el Cid, los Laras, los Mendozas, los Gonzalos de Córdoba, y con Alfonso el Sabio y con los Reyes Católicos;

Enevada y *acurrucada* en las Navas, y en Lepanto, y en Pavía, y en San Quintín, y en Bailén;

Enevada y *acurrucada*, y llevada por el *enervado* Colón, se lanzó al descubrimiento de América, y con los Corteses, y los Pizarros, y los Quesadas y otros pobres *enervados* por la Iglesia, la conquistó con heroísmo y constancia, cuya gloria no pueden amenguar las barbaridades que desgraciadamente acompañaron á esa otra epopeya del genio español;

Enevada y *acurrucada* estuvo cuando llevaba su bandera victoriosa y soberbia por todos cuatro vientos, cuando su voz era escuchada con respeto en todas las naciones, cuando su poder se extendía sobre todos los poderes de la tierra, cuando su sol no conocía ocaso;

Enevada y *acurrucada* destruyó los ejércitos del Alejandro moderno, é hirió de muerte su avasalladora influencia, y contribuyó á robustecer la tempestad que le arrojó por fin á una isla desierta del Atlántico;

Enevada, *acurrucada* y *dormida* estuvo con el filósofo Vives, con el teólogo Cano, con el enciclopédico Lulio, con la mística Santa Teresa y los Luises, con el titán de los ingenios, Cervantes, pasmo y envidia del mundo, con el historiador Mariana, con el épico Ercilla, con Lope de Vega, encarnación de la asombrosa fecundidad, con Calderón, el Shakespeare español, y con Herrera, y con Rioja, y con León, y con La Torre, y con Quevedo; con todos los sabios, literatos y poetas

que encumbraron tanto las letras castellanas, cuanto fué menester para ponerlas sobre las de otras naciones;

Energada, por último, y *acurrucada* y *dormida* estuvo la pobre España con sus Murillos, Riberas, Velázquez y Goyas, con sus Alonsos Covarrubias, Martínez Montañeses y otros que son verdaderas glorias de las artes.

¡Vamos! el *enervamiento de la sombra del Papado* es de lo más singular, y la España *acurrucada* y *dormida* ha hecho prodigios que nadie podrá negar, á menos que voluntariamente cierre los ojos á la verdad de la historia y los oídos al aplauso con que la saluda siempre la imparcialidad ilustrada."

Quisiera mostrar á V. mi juicio sobre las demás *Cartas Americanas*. Para la mayor parte de ellas, casi para todas, yo no tendría sino elogios. *Casi*, y nada más: ¿no ve V. que entre ellas daría con una que rompería mi pluma? ¡Qué lindo estaría yo echando flores sobre la carta en que el señor Valera ha levantado á *Cumandá* y *Entre dos tías y un tío*, para enseñarlas y recomendarlas al mundo! ¡sobre la carta en que me excita á escribir otras novelas, porque me juzga apto para el caso! Imagine V. cuál será mi gratitud para con el señor don Juan, que ha querido ocuparse en mis obrillas y en mi persona, acerca de las cuales no sé ha dicho en nuestra tierra, con justicia tal vez, chus ni mus, ni que ellas tienen pizca de mérito ni que yo valgo para forjar cosa siquiera medianilla; silencio que me iba haciendo creer que en el mundo literario valía yo tanto como el cero á la izquierda del guarismo. Ya se ve, no soy el único para quien los Andes ecuatorianos no tienen auras de estímulo. No me quejo por mí, que nunca he aspirado á las alabanzas y la gloria que dan los hombres; pero sí me disgusta que la indiferencia enfríe el ánimo y corte el vuelo de muchos ingenios que podían elevarse para honra de la patria. Entre los beneficios que nos hacen á los americanos las *Cartas*

del señor Valera, uno de los mayores es el estímulo que nos traen; estímulo tanto más poderoso, cuanto que nos viene de fuera, y de parte de un escritor cuya celebridad se ha extendido en ambos continentes.

Sí, quisiera seguir hablando á V. de las demás *Cartas*: la voluntad no es poca y el asunto sobra; pero ya es muy tarde. Se van *Todos los Santos* y vienen *todos los difuntos*. Mañana iremos á *San Diego* y al *Tejar* con nuestras oraciones, nuestras lágrimas y nuestras flores para hacer la visita anual á nuestros queridos muertos. V., yo, todos tenemos allí reliquias amadas que despiertan tristes pero gratísimas memorias y avivan en nuestro corazón los más tiernos y puros afectos.

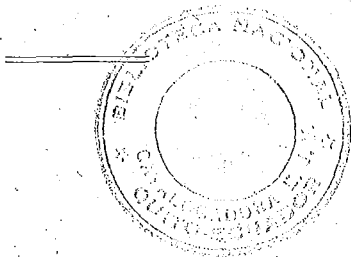
Allí hay un sepulcro que V. ha humedecido mil veces con su llanto y sobre el cual se han marchitado mil coronas tejidas por su amor; allí están las tumbas que me ocultan amigos inolvidables..... ¡Ah! nuestros muertos queridos!.....

“Y desde el alto mundo, silenciosas,
Vendrán las almas vuestras
Agradecidas á juntarse un breve
Momento con las nuestras.”

Voy á terminar esta carta haciendo á V. una invitación, que espero ha de aceptarla con agrado: juntemos V. y yo nuestros recuerdos y saluciones afectuosas para enviarlos al señor don Juan Valera.

Adiós, y reciba V. el cariñoso apretón de mano de su viejo y cordial amigo.

J. LEÓN MERA.



INDICE

	Página
PRÓLOGO.	V
CAPÍTULO I.—Indagaciones sobre la poesía quichua.	11
CÁP. II.—La poesía ecuatoriana en los siglos XVI y XVII.	29
CAP. III.—Siglo XVIII. Breve ojeada sobre la restauración de la poesía española. Los P. P. Juan B. Aguirre, Joaquín Aillón y otros poetas.	49
CAP. IV.—Don José Orozco, poeta épico.	65
CAP. V.—El P. Ramón Viescas.	117
CAP. VI.—Los P. P. Ambrosio y Joaquín Larrea.	151
CAP. VII.—Los P. P. Juan de Velazco, Juan Ullaauri y otros.	175
CAP. VIII.—Siglo XIX. Don Juan, Don Benigno, Don Fortunato y Don Lucas Larrea. El teatro en el Ecuador.	205
✓ CAP. IX.—Don José Joaquín Olmedo.	219
✓ CAP. X.—Doña Dolores Veintemilla de Galindo, La educación de la mujer entre nosotros.	249
CAP. XI.—Don Julio Zaldumbide.	265
CAP. XII.—El Dr. Miguel Riofrío.	285
CAP. XIII.—El Dr. Rafael Carvajal.	293
CAP. XIV.—Los doctores Miguel Angel Corral y Luis Cordero. Poesía satírica y epigramática. El Dr. Antonio Marchán.	315
CAP. XV.—El Dr. Julio Castro. Poesía popular. Corrección de un errado concepto de un escritor.	339
CAP. XVI.—Don Vicente Piedrahita, Don Ignacio C. Roca, y los Doctores Joaquín F. Córdoba y José Matías Avilés. Dos palabras sobre la «Lira ecuatoriana».	351
CAP. XVII.—Vicios principales de la poesía americana en la ac- tualidad, especialmente en el Ecuador.	373
✓ CAP. XVIII.—Defectos y mal estado de los estudios en la Repú- blica del Ecuador. Algunas causas que contribuyen al atraso de su literatura.	393
CAP. XIX.—¿Es posible dar un carácter nuevo y original á la poesía Sudamericana?.	415
APÉNDICES. I.	435
II.—Décimas del P. Juan de Velazco á Nuestra Señora de la Luz.	435
III.	437
IV.—Don Miguel Herboso y el Dr. Viteri.	442
V.	446
NUEVOS APÉNDICES.	
Explicaciones del Editor.	453

	Página
Carta al Señor Don Manuel Cañete sobre Don José Joaquín de Olmedo.	455
Breve estudio sobre las Cartas inéditas de Olmedo.	491
Cartas al Señor Don Juan Valera. I.	506
II.	518
III.	529
IV.	542
V.	556
VI.	570
Carta al Señor Don Antonio Rubió y Lluch en contestación á la suya sobre el americanismo en la poesía.	589
Carta sobre otras cartas al Excmo. Señor Don Antonio Flores.	613

FIN

FE DE ERRATAS ⁽¹⁾

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Léase</u>
viii	20 y 21	Las fábulas de <i>la lechusa y los perros</i> , y <i>El Trapero</i>	La fábula de <i>la lechusa, los perros y el trapero</i>
17	16	las sombras	la sombra
25	33	todos	todas
25	35	cotos	celos
51	3	cimentos	cimientos
101	4	que	de
101	5	de	que
190	2	hecha	echa
221	22	hecha	hecho
227	16	la de	de la
253	13	efectos	afectos
281	19	el	al
363	4	prenda	prendas
396	15	éstos:	estos
402	18	muchos	mucho
409	32	ya	ya que
446	última	séxtinas	Sextinas
496	31	materialista.	materialista,
596	18	relajar	rebajar

(1) Solo salvamos las sustanciales, ó que pueden alterar el texto, dejando á la inteligencia del lector el corregir algunos cambios ó faltas de letras, mala acentuación y otros errores, algunos de los cuáles se hallan repetidos, como *explendor* por *esplendor*, *á penas* por *apenas*, etc.

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Ley



